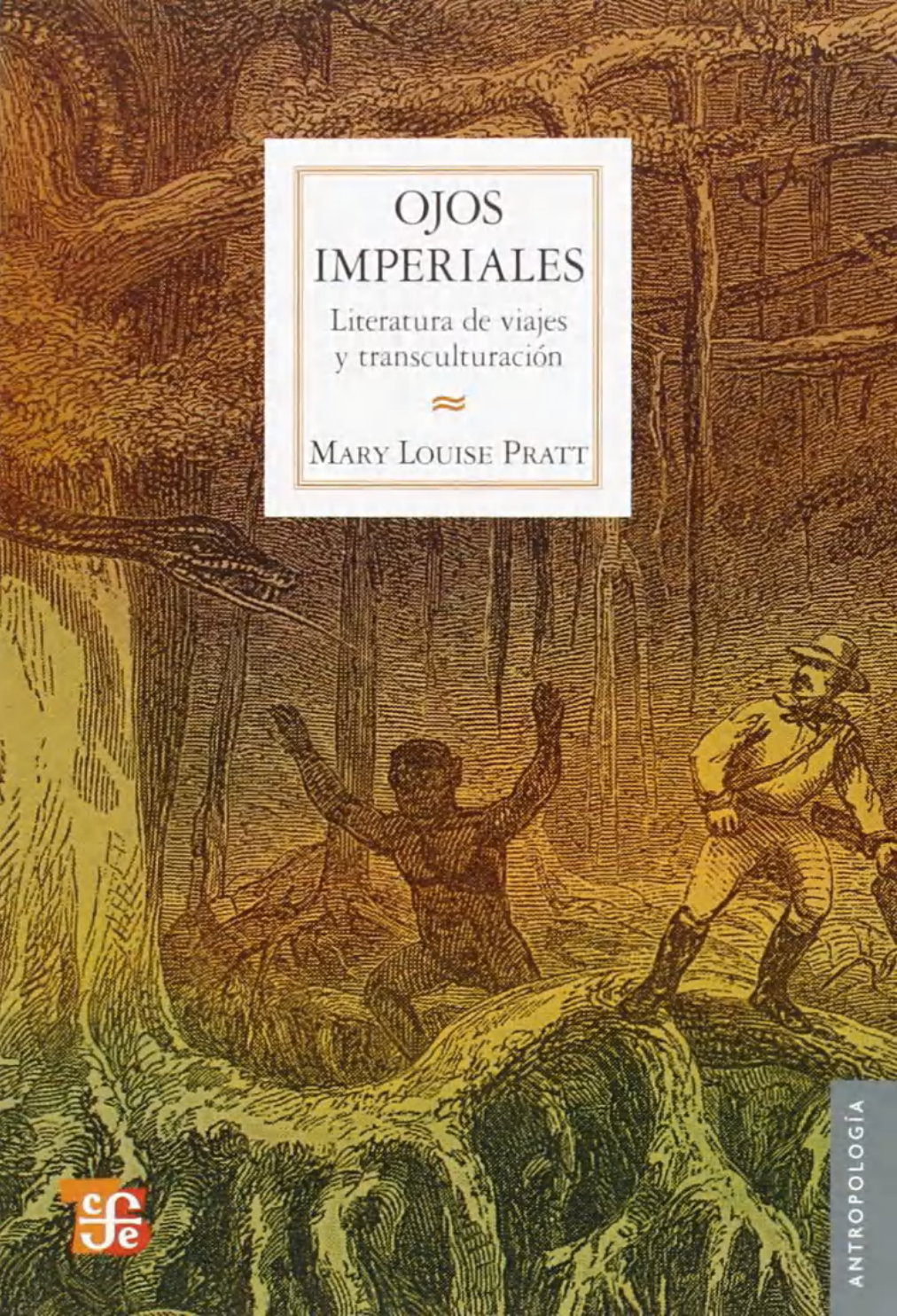


OJOS IMPERIALES

Literatura de viajes y transculturación

MARY LOUISE PRATT

ANTROPOLOGÍA

Traducción:
OFELIA CASTILLO

MARY LOUISE PRATT

Ojos imperiales

Literatura de viajes y transculturación

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2010

Pratt, Mary Louise
Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación / Mary Louise Pratt ; trad. de Ofelia Castillo – México : FCE, 2010
471 p. : ilus. ; 21× 14 cm – (Colec. Antropología)
Título original: Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation
ISBN 978-607-16-0185-8

1. Historia 2. Descripción y viajes – Literatura 3. Literatura – Crítica e interpretación I. Castillo, Ofelia, tr. II. Ser. III. t.

LC D34.L29 Dewey 940.22 P665o

Distribución mundial

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero
Imagen de la portada: "Cruzando un manglar con marea alta",
de Du Chaillu, *Explorations and Adventures in Equatorial Africa* (1861)

Título original: *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*
Routledge, Londres, 1992
D. R. © 1992, 2008 Mary Louise Pratt
Traducción autorizada de la edición en lengua inglesa
publicada por Routledge, miembro del grupo Taylor & Francis

D. R. © 2010, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001: 2000

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672 Fax (55) 5227-4694

CREATIVE COMMONS

ISBN 978-607-16-0185-8

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Se puede observar muchísimo con sólo mirar.

YOGI BERRA

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS, Y NO COMERCIALES

ÍNDICE GENERAL

Prefacio 11
Prólogo a la segunda edición 15
Introducción: La crítica en la zona de contacto 19

Primera Parte
CIENCIA Y SENTIMIENTO
1750-1800

I. Ciencia, conciencia planetaria, interiores..... 43
II. Narrar la anticonquista..... 83
III. Anticonquista II: la mística de la reciprocidad... 138
IV. Eros y abolición..... 169

Segunda Parte
LA REINVENCIÓN DE AMÉRICA
1800-1850

V. Alexander von Humboldt y la reinvención de América..... 211
VI. La reinvención de América II: la vanguardia capitalista y las "exploratrices sociales"..... 268
VII. La reinvención de América/La reinvención de Europa: la autoformación criolla..... 317

Tercera Parte

LA ESTILÍSTICA IMPERIAL, DE 1860
A LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

VIII. Del Victoria N'yanza al Sheraton San Salvador .. 363
IX. En la neocolonia: modernidad, movilidad, globalidad 407

Bibliografía 441
Índice de figuras 457
Índice analítico 459

PREFACIO

Este libro empezó con un curso sobre literatura de viajes y expansión europea que mi colega Rina Benmayor y yo dictamos juntas en la Universidad de Stanford en los años 1978-1981. Ella se dedicó después a otras cosas; yo quedé capturada por el tema.

El proyecto fue apoyado por muchas fuentes. El curso inicial recibió el apoyo económico del programa de desarrollo curricular del National Endowment for the Humanities (NEH), a través del Programa de Relaciones Internacionales de la Universidad de Stanford. El primer año de investigación fue posible gracias a una beca NEH para investigadores independientes, en 1982-1983. El tiempo dedicado a la escritura, entre 1987 y 1988, me fue brindado por la Pew Foundation, una beca Guggenheim y el Centro de Humanidades de Stanford. Agradezco a todas estas fuentes el apoyo a mi trabajo.

Este libro está marcado por los reacomodamientos globales y los disturbios ideológicos que empezaron en la década de 1980 y continúan hoy. Fue comenzado durante los angustiosos años de la era Thatcher-Reagan, cuando desmitificar el imperialismo parecía más urgente que nunca, y también más difícil. Se vio interrumpido por el estallido de las intensas luchas institucionales que aún se están librando en la mayoría de las universidades norteamericanas: luchas por el currículo para las humanidades a nivel de licenciatura... y luchas, precisamente, alrededor del legado del euroimperialismo, el androcentrismo y la supremacía blanca en la educación y la cultura oficial. La escritura de este libro, por lo tanto, ha estado acompañada por una constante confrontación con las ideologías mismas cuyas obras se

intenta analizar aquí. Su publicación coincide, para mejor o para peor, con el año del quinto centenario de la llegada de Colón, ocasión en Europa y las Américas para una reconsideración del eurocolonialismo y sus consecuencias. En el ámbito de la cultura oficial esta coyuntura está brindando sobre todo una ocasión para renovar las narrativas celebratorias de la superioridad europea. Las naciones indígenas de las Américas encuentran en el quinto centenario una oportunidad para afirmar una contrahistoria, reivindicar sus formas de vida y consolidar las actuales luchas en pos de territorio y autonomía. Se convoca a los intelectuales a definir, o redefinir, su relación con las estructuras de conocimiento y poder que ellos producen, y por las que son producidos. En medio de la catástrofe ecológica y la permanente sed de aventura imperial, el quinto centenario subraya cuán tremenda ha sido la fuerza histórica ejercida por las ideologías europeas centradas en la posesión territorial y global, que constituyen el foco crítico de este libro.

Además, este libro ha sido escrito por una anglo-canadiense expatriada, para quien los espacios abiertos en las décadas de 1960 y 1970 culminaron en el esfuerzo sostenido por realizar actividades de docencia, maternidad, investigación, crianza, construcción institucional e integración de una pareja en los Estados Unidos. Muchos de aquellos a quienes debo mi salud mental, mi bienestar y la cuota de sabiduría que haya venido a mí en estos años son personas sin las cuales este libro probablemente habría sido terminado mucho antes (con poco beneficio): los estudiantes de posgrado del Departamento de Español y Portugués y del Programa de Pensamiento Moderno y Literatura en Stanford; los colegas del Seminario sobre Las Mujeres y la Cultura en América Latina y el Grupo de Investigación en Estudios Culturales; mis amados e indescriptibles hijos Sam, Manuel y Olivia; mi compañero y más preciado interlocutor, Renato Rosaldo. A Jean Franco, Kathleen Newman, Ed Cohen, Rina

Hermayor; Nancy Donham y Jim Clifford, les agradezco las conversaciones y comentarios sobre partes de este trabajo, pero sobre todo su perdurable amistad. Estoy agradecida con Harriet Ritvo y Vince Rafael por su generosa lectura de algunos capítulos y por muchos comentarios útiles. Como asistentes editoriales y de investigación, Judith Raiskin, Elizabeth Cook y Dane Johnson trabajaron más intensa e imaginativamente de lo que yo tenía derecho a esperar. Aprecio su ayuda.

Si bien nada del material que sigue ha sido presentado previamente en la forma que aquí tiene, versiones anteriores de algunas secciones aparecieron en artículos en *College Literature*, 8, 1981; *Escritura*, 7, 1979; *Georgetown University Roundtable in Language and Linguistics*, 1982; *Critical Inquiry*, 12, 1985; *Nuevo Texto Crítico*, 1, 1987; *Inscriptions*, 1, 1987; y ensayos en las colecciones *Writing Culture* (eds. James Clifford y George Marcus, Berkeley, California University Press, 1986), *"Race," Writing and Difference* (ed. Henry Louis Gates, Chicago, Chicago University Press, 1986) y *Literature and Anthropology* (eds. Jonathan Hall y Ackbar Abbas, Hong Kong, Hong Kong University Press, 1986).

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Ojos imperiales fue concebido como parte de un trabajo intelectual amplio, con el propósito de poner las acciones del imperialismo —en sus formas colonial, neocolonial, no colonial— al alcance de la reflexión y la transformación. Este libro trata de la posibilidad de debilitar el control del imperialismo sobre la imaginación y el conocimiento, y de generar zonas despejadas para instalar mejores formas de vida y de conocimiento del mundo. En ese trabajo han participado ya varias generaciones de estudiosos y artistas durante las últimas cinco décadas. Y ese trabajo ha sido el compromiso fundamental de mi vida intelectual.

El estado actual del mundo no permite estar seguro del éxito de esta empresa. El pensamiento imperial sigue renovándose y mutando con gran capacidad de recuperación. Hoy los ojos imperiales se posan sobre los espacios "menos desarrollados" y ven sitios propicios para instalar fábricas en el exterior; enormes extensiones de tierra donde imponer el cultivo de semillas genéticamente modificadas en plantaciones de monocultivo; basurales para amontonar desechos tóxicos.[1] El guión se repite sin que nadie lo corrija. Cuando

[1] Cito aquí la ahora famosa declaración que hizo en 1991 Lawrence Summers, en su condición de vicepresidente del Banco Mundial. En ese documento recomendó "más migración de las industrias sucias a los LDC [*less developed countries:* países menos desarrollados]", donde los altos índices de mortalidad infantil y las bajas expectativas de vida de los países pobres significan que menos personas vivirán para sufrir los efectos de la contaminación: "Siempre creí que los países subpoblados de África están insuficientemente contaminados [...] La preocupación por un agente patógeno que modifica en una proporción de uno en un millón las posibilidades de contraer cáncer de próstata será, obviamente, mucho mayor en un país

George W. Bush, a principios de 2003, les dijo a los soldados del ejército de los Estados Unidos que los mandaría a Irak "no para conquistar, sino para liberar a ese pueblo", habló como el muñeco de un ventrílocuo: el general de división británico *sir* Stanley Maude cuando llegó a Bagdad para ocuparla, en marzo de 1917. "Nuestros ejércitos —dijo Maude— no entran a vuestras ciudades y a vuestros campos como conquistadores o enemigos, sino como libertadores."[2] Los británicos se retiraron en 1958, cuando Bush tenía 12 años de edad, y Saddam Hussein, 21. Este último —criado por un tío militante que había luchado contra los británicos— ya se había unido al partido Baat para combatir la dominación europea en el mundo árabe. Cuando escribo estas líneas, la ocupación estadunidense de Irak entrará pronto en su séptimo año.

Celebro tener esta oportunidad de reeditar *Ojos imperiales* renovado y ampliado. Agradezco a los lectores que recomendaron una nueva edición y dijeron por qué lo hacían. Sus generosas palabras, junto con la extraña visita de un

donde la gente vive lo suficiente como para tener cáncer de próstata que en un país donde la mortalidad de los menores de cinco años es del 200 por mil" (Lawrence E. Summers, memorándum interno, Banco Mundial, 12 de diciembre de 1991).

El texto completo del memorándum puede consultarse en www.globalpolicy.org. Después de que se hizo público, en febrero de 1992, el entonces secretario de Medio Ambiente de Brasil, Jose Lutzenburger, le replicó a Summers: "Su razonamiento es perfectamente lógico, pero totalmente demencial".

[2] Sobre Stanley Maude, véase: US Library of Congress [Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos], "A Country Study of Iraq". La cita de Bush ha sido tomada de un discurso pronunciado ante las tropas en la base militar Fort Hood el 3 de enero de 2003. El informe de la BBC sobre el discurso puede encontrarse en www.news.bbc.co.uk/2/hi/middle_east. Los kurdos fueron atacados con gas por primera vez por orden de Winston Churchill, no de Saddam Hussein. "No comprendo que se tengan tantos escrúpulos contra el uso del gas. Yo estoy decididamente a favor de usar gas venenoso contra las tribus incivilizadas", dijo Churchill en 1919, refiriéndose a los kurdos. Muchos de los soldados británicos que estuvieron en Irak fueron llevados desde India.

emisario (episodio que relaté en la introducción), me ayudaron a superar las reservas, razonables pero algo tímidas y hasta mojigatas, que yo tenía acerca de obligar a colegas y estudiantes a comprar el libro por segunda vez. Agradezco también al profesor Robert Reich, quien tuvo la gentileza de ponerse en contacto conmigo cuando halló el manuscrito y los borradores originales en un gabinete de estudio de la Biblioteca de la Universidad de Stanford. Yo los había buscado durante 15 años.

La mayor modificación de esta edición es un nuevo capítulo agregado al final que, según creo, redondea la tercera parte del libro mejor que la edición anterior. El capítulo, denominado "En la neocolonia: modernidad, movilidad, globalidad", estudia la estética y el neocolonialismo en los modernismos del siglo XX, concentrándose en algunos escritores desde los años veinte hasta los años cuarenta en Hispanoamérica y en Brasil. Por sugerencia de algunos lectores, la introducción al libro ha sido prácticamente reescrita, con el propósito de hacerla más accesible.

El año que pasé en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social en Guadalajara, México (1998-1999), fue una oportunidad decisiva para pensar la modernidad, la migración y muchas otras cosas. El primer borrador del capítulo IX fue escrito durante un año en el Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences en la Stanford University, lo que constituyó un verdadero privilegio. Partes de ese trabajo aparecieron en un primer formato en: Mabel Moraña, Enrique Dussel y Carlos Jáuregui (comps.), *Coloniality at Large: Latin America and the Postcolonial Debate*, Durham, Duke University Press (en prensa). El texto completo por fin tomó forma en el libro que el lector ahora sostiene en sus manos. Los niños a los que hice referencia en el prólogo de 1992 son ahora brillantes adultos jóvenes que leen y comentan mis borradores; Renato Rosaldo sigue siendo, milagrosamente, mi interlocutor más

preciado; los amigos citados en el primer prólogo siguen siendo mis amigos. A todos ellos les estoy agradecida de innumerables maneras, y también agradezco el áspero abrazo de la ciudad de Nueva York que ahora me saluda todos los días.

Nueva York, febrero de 2010

INTRODUCCIÓN:
La crítica en la zona de contacto

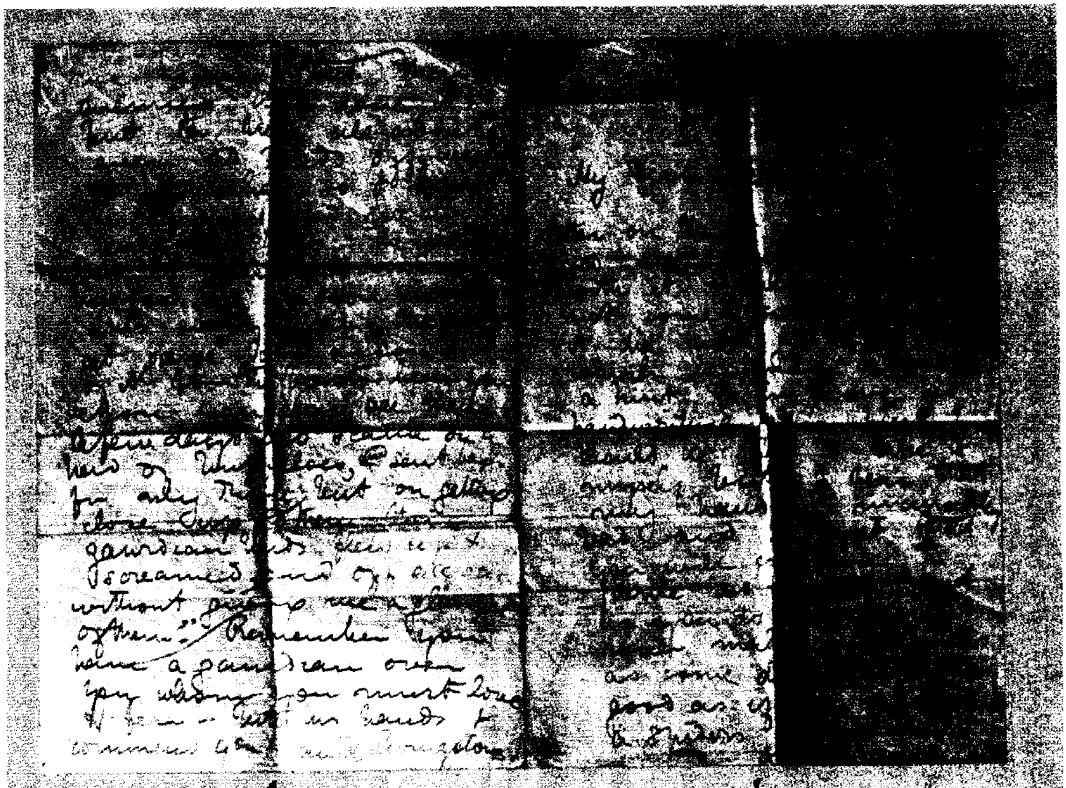
En Listowel, Ontario, el pueblo rural agrícola donde crecí, una de las cuatro esquinas de la principal intersección de calles la ocupaba la farmacia Livingstone, que dirigía el doctor del mismo nombre. El doctor Livingstone era un médico que se había hecho farmacéutico, pero para los niños del pueblo su local era sobre todo el sitio donde se podían comprar artículos para hacer bromas; aunque también podía suceder que uno se convirtiera en objeto de tales bromas, especialmente si era un día en que la señora Livingstone no estaba en la farmacia. Fue a través del doctor Livingstone, por ejemplo, que yo conocí los milagros de la bomba fétida, el anillo que lanzaba un chorro de agua, el truco de las esposas chinas, el falso paquete de goma de mascar que explotaba al tocarlo y, alrededor de 1955, un terrorífico artículo nuevo que el doctor Livingstone les vendió en secreto a mi hermano y a uno de sus amigos: el vómito plástico. Por lo tanto, no supe si creerle cuando me mostró aquella descolorida hoja de papel cubierta de una escritura desvaída, enmarcada como un cuadro, y declaró que se trataba de una carta escrita por un tío abuelo suyo que había sido un famoso misionero en África. Sólo lo tomé en serio cuando, después de la clase de religión del domingo, se lo pregunté a *miss* Roxie Ellis, que era una ex misionera. Era cierto: "nuestro" doctor Livingstone era sobrino nieto del "verdadero" doctor Livingstone de África. En la década de 1950 el Canadá inglés todavía era colonial: la realidad y la historia estaban en otra parte, encarnadas en la monarquía y en los ingleses.

Desde entonces el nombre del autor de la vieja carta me persiguió, arrastrando consigo su plumaje colonial. Cuando en Listowel se instalaron cloacas, el gobierno decidió cambiar además los nombres de todas las calles, y la nuestra ascendió de categoría: de ser la calle Raglán pasó a ser la avenida Livingstone. Un siglo atrás, el pueblo había sido bautizado por el jefe de Correos según el lugar de nacimiento de su esposa en Irlanda. Mi hermana tropezó con ese fragmento de la historia a mediados de la década de los setenta, también en África. En el vestíbulo de la YWCA (Young Women's Christian Association [Asociación Cristiana de Mujeres Jóvenes]) de Nairobi conoció a la señora Judith Listowel, una excéntrica aventurera de unos setenta años, delgada pero fuerte, y sin un céntimo, que estaba disgustada por el precio de los hoteles y mostró muy poco interés por oír hablar de la ciudad que llevaba su nombre en Canadá. Algunos años después estaba yo en California trabajando en mi investigación cuando encontré un libro de la señora Judith. Al parecer, estaba terminando de escribirlo cuando mi hermana la conoció. Era una biografía de David Livingstone. Ignoro dónde estará la señora Judith hoy, pero mi madre envejeció en Listowel, en una casa de retiro llamada Livingstone Manor. "¡Pueblos angloparlantes del mundo, uníos!" Durante toda su vida mi padre se adhirió apasionadamente a esa nostálgica exhortación neoimperial. Ni siquiera después de que le cambiaron el nombre a su calle y mi hermana volvió de Nairobi con su historia, reconoció él que los angloparlantes de todo el mundo ya estaban unidos, o por lo menos pegados, por las palabras. Livingstone, Listowel, Livingstone. Las sílabas recorrían nuestras vidas, uniendo por efecto de la repetición cosas que eran distantes, discontinuas e irreales. *Living stone:* piedra viviente. Es así como el imperio da sentido al mundo para sus súbditos, es así como se entreteje con la vida cotidiana. En la Listowel donde viví, el imperio nos incorporaba a una historia que estaba en otro lugar,

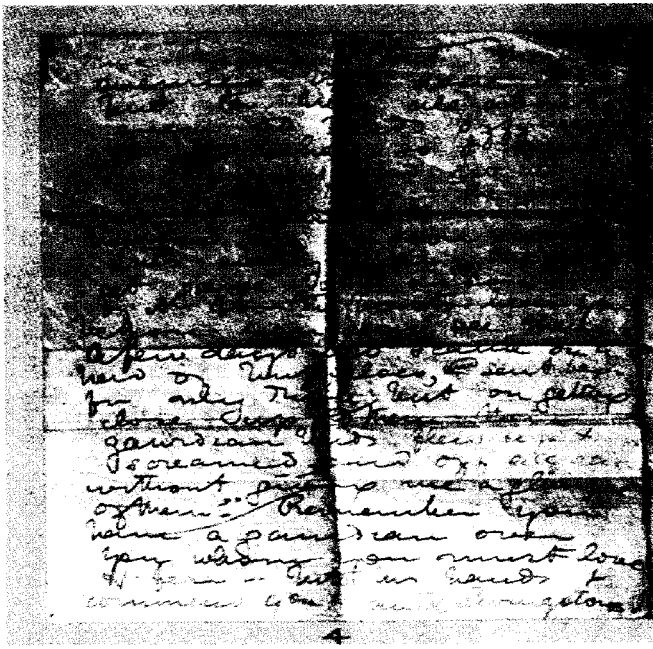
que había sido construida por personas que no éramos nosotros. Pero al mismo tiempo, cuando se trataba de África, nosotros sabíamos quiénes éramos. Los relatos de los misioneros de la escuela dominical trazaban en nuestra imaginación la frontera del color. Esa acción formaba parte de su trabajo, que consistía en crearnos como sujetos imperiales, en darnos nuestro lugar en el orden establecido.

Esta historia tiene una secuela. En el verano de 2006, mientras reflexionaba sobre si debía publicar una nueva edición de *Ojos imperiales*, pasé una temporada en la cabaña de nuestra familia, en el Lago Hurón. Un día el vecino llamó a mi puerta y me dijo que había recibido una llamada telefónica para mí. "Es alguien que quiere conocerla —me explicó—. Dice que usted escribió un libro." Al día siguiente un hombre alto, elegante y de cabellos blancos atravesó con paso decidido el patio, me extendió la mano y dijo: "Soy David Livingstone". Era el hijo del farmacéutico. Alguien le había mostrado este libro y ahora él quería conocer a la autora que había escrito sobre su padre, la farmacia y su famoso pariente y homónimo. Además, quería decirme dos cosas: la primera, que en el futuro no escribiera algo tan difícil de comprender; y la segunda, que su padre le había legado la carta enmarcada. "¿Le gustaría tener una copia?", me preguntó. "¡Por supuesto!", respondí. Entonces, con autorización de su dueño, hela aquí. Livingstone, Listowel, Livingstone.

En las últimas décadas del siglo xx los procesos de descolonización iniciaron el cuestionamiento de la facultad del imperio para construir significado. Ese cuestionamiento se enmarca en un trabajo de gran escala dirigido a descolonizar el conocimiento, la historia y las relaciones humanas. Este libro forma parte de esa intención y de ese esfuerzo. Su tema principal, aunque no único, es la literatura europea de viajes y exploración, analizada en relación con la expansión económica y política que se inició alrededor de 1750. El libro aspira a ser un estudio de este género literario y

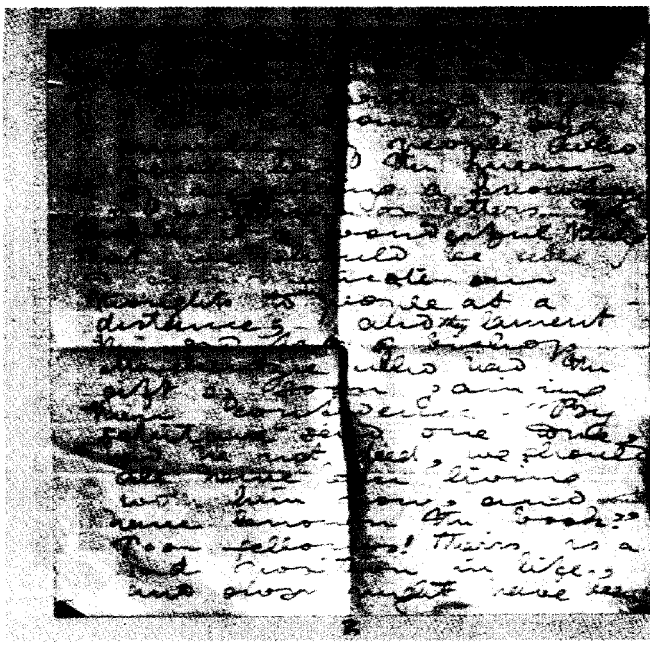


Carta de David Livingstone a su sobrino John, de 12 años (20 de julio de 1863): "Querido sobrino:



Carta de David Livingstone a su sobrino John, d

Luego Livingstone comenta la "triste situación"
sus planes para ir a las cataratas del Shira. [Rep



también la crítica de la ideología que lo sustenta. Su objetivo predominante consiste en mostrar cómo fue que los libros de viajes escritos por europeos sobre partes no europeas del mundo crearon el orden imperial para los europeos "locales", y les otorgaron un lugar dentro de él. También indago de qué manera la literatura de viajes logró que la expansión imperial llegase a ser significativa y deseable para las poblaciones de los países imperiales, aunque sólo unos pocos participaran de los beneficios materiales que el imperio acumulaba. Argumento que los libros de viajes les dieron a los públicos lectores europeos un sentido de propiedad, derecho y familiaridad respecto de las remotas partes del mundo en las que se invertía y que estaban siendo exploradas, invadidas y colonizadas. Los libros de viajes tenían éxito. Generaban una sensación de curiosidad, emoción, aventura y hasta fervor moral acerca del expansionismo europeo. Además, propongo la hipótesis de que esos libros fueron uno de los instrumentos clave para hacer que las poblaciones "locales" de Europa se sintieran parte de un proyecto planetario o, para decirlo con otras palabras, de la creación del "sujeto doméstico" del imperio.[1]

He abordado tales cuestiones leyendo determinados conjuntos de relatos de viajes, conectados todos ellos con importantes transiciones históricas dentro del proceso de la empresa imperial. En un capítulo analizo los escritos europeos del siglo XVIII sobre África del Sur, dentro del contexto de la expansión hacia el interior del continente y del surgimiento de la historia natural (capítulo II); en otros considero el surgimiento de la literatura de viajes sentimental a través de materiales caribeños y de la temprana exploración de África Occidental (capítulos III y IV); en los capítulos V y VI examino el modo en que los escritores europeos y latino-

[1] Escuché por primera vez esta expresión en un comentario de Gayatri Spivak, a quien agradezco por ello y por sus muchas otras ideas penetrantes. Véase su colección de ensayos en *Other Worlds*.

americanos reinventaron América del Sur durante el periodo de la independencia hispanoamericana. En el capítulo VIII rastreo las mutaciones de la imaginación imperial desde los victorianos en África Central (1860-1900) hasta los viajeros del Tercer Mundo en las décadas de 1960 y 1980; y por último, he agregado un nuevo capítulo, escrito para esta segunda edición de *Ojos imperiales*, en el que se examinan las diversas maneras en que los relatos de viajes están siendo reciclados con miras a representar la nueva ola de la globalización desde 1980.

Estos estudios de caso presentan diferentes enfoques según los interrogantes que aborden. ¿Con qué códigos la literatura de viajes y exploración *produjo* —es decir, creó y modeló— "al resto del mundo" para los públicos lectores europeos en diferentes momentos del proceso expansionista de Europa? ¿Cómo ha producido las concepciones que Europa desarrolló y sigue desarrollando acerca de sí misma en relación con algo que llegó a ser posible llamar "el resto del mundo"? ¿De qué modo las prácticas significativas de la literatura de viajes codifican y legitiman las aspiraciones de expansión económica y de dominio imperial? ¿En qué puntos socavan esas aspiraciones? ¿Qué actitudes asumieron los escritores en los países receptores de la intervención europea con respecto a las codificaciones de su realidad que Europa había realizado? ¿Cómo las cuestionaron, revisaron, rechazaron o trascendieron? ¿Cómo fue que "los otros" súbditos de Europa moldearon las construcciones de los europeos sobre ellos y los lugares que habitan o la visión de Europa de sí misma? Mientras la metrópolis imperial tiende a imaginar que determina la periferia (por la difusión del resplandor de la misión civilizadora o del flujo de capitales del desarrollo, por ejemplo), por lo general es ciega frente a la dinámica opuesta: la dinámica del poder que cada colonia tiene sobre su "madre patria". Esa realidad se advierte, por ejemplo, en el hecho de que los imperios generan en el cen-

tro imperial del poder una necesidad obsesiva de presentar y re-presentar continuamente para sí mismos a sus periferias y sus "otros" súbditos. Para conocerse, el centro imperial depende de sus otros. Y la literatura de viajes, como también otras instituciones, está fuertemente organizada para satisfacer esa necesidad.

En estos estudios de caso parto de un supuesto metodológico fuerte: que las transiciones históricas importantes alteran la manera en que la gente escribe porque alteran sus experiencias y, con ello, también su manera de imaginar, sentir y pensar el mundo en el que viven. Por lo tanto, las modificaciones de la escritura siempre nos dicen algo sobre la índole de los cambios. Tales modificaciones de la escritura, si son históricamente profundas, afectan a más de un género literario. Y ese hecho otorga gran importancia a la manera en que los cambios que tuvieron lugar en la literatura de viajes se entrecruzaron con otras formas de conocimiento y expresión. El libro empieza, por ejemplo, examinando la interacción de la literatura de viajes europea con la historia natural de la Ilustración, interacción ésta que produjo una forma eurocéntrica de conciencia global o "planetaria". Luego estudio los esquemas de clasificación de la historia natural en relación con los conocimientos autóctonos que esos esquemas buscaban desplazar. Más adelante se examinan dos modos de la literatura de viajes, el científico y el sentimental, como formas complementarias de autoridad burguesa, que desplazan las tradiciones más antiguas de historias de supervivencia. Dentro del modo sentimental, se señalan las relaciones que existen entre la narrativa de viajes y la autobiografía de esclavos, que aparecen más o menos al mismo tiempo y se influyen mutuamente. También examino el impacto del feminismo de comienzos del siglo XIX y me concentro en una división del trabajo bastante impredecible entre escritores y escritoras. La literatura de viajes de la década de 1960 se yuxtapone con la pro-

paganda turística, por una parte, y con el testimonio y la historia oral por el otro.

Pero mientras estudiaba el enorme corpus de relatos de viaje escritos por europeos a lo largo de dos siglos y medio, poco a poco tomaba conciencia de la existencia de los participantes a los que no oía. Había una enorme brecha en los archivos. ¿Qué habrán pensado aquellas gentes de los visitantes que recibieron y de los designios imperiales con que llegaron? ¿Cómo y con qué formas de expresión habrán interpretado el proceso que vivieron? De vez en cuando, mientras leía, vislumbraba las maneras en que el imperio era codificado continuamente por las personas sobre cuyas vidas intervenía: codificado en las ceremonias, la escultura y la pintura, la danza, la parodia, la filosofía, la historia. Y ese proceso se daba en expresiones suprimidas, perdidas, o simplemente sepultadas bajo la repetición y la irrealidad. Todo esto me pide que cuente la historia de otra carta.

En 1908 un peruanista llamado Richard Pietschmann estaba en Copenhague escudriñando los Archivos Reales de Dinamarca cuando dio con un manuscrito que nunca antes había visto. Estaba fechado en Cuzco en el año 1615, unas cuatro décadas después de la capitulación final del imperio incaico ante los españoles, y firmado con un nombre inconfundiblemente amerindio: Felipe Guamán Poma de Ayala. En lengua quechua *guamán* significa "águila" o "halcón" y *poma*, "puma". Escrito en una mezcla de quechua y un español burdo y gramaticalmente imperfecto, el manuscrito era una carta dirigida por este desconocido hombre de los Andes al rey Felipe III de España. Pietschmann quedó atónito al descubrir que la carta tenía 1 200 páginas. Había casi 800 páginas de texto escrito y 400 dibujos cuidadosamente elaborados, con epígrafes explicativos. El manuscrito, titulado *Nueva corónica y buen gobierno i justicia,*[2] proponía nada

[2] Guamán Poma de Ayala, *Nueva corónica y buen gobierno,* eds. John Murra y Rolena Adorno, p. 372.

menos que una nueva visión del mundo. Comenzaba reescribiendo la historia del cristianismo para incluir a los pueblos americanos nativos, y luego describía detalladamente la historia y las formas de vida de los pueblos andinos y sus líderes. Seguía a esto un relato crítico y revisionista de la conquista española, y cientos de páginas que documentaban y denunciaban la explotación y los abusos cometidos. Las 400 ilustraciones se ajustaban al género europeo del dibujo con epígrafes, pero la investigación posterior reveló que desplegaban estructuras de simbolismo espacial específicamente andinas (véanse las figuras 1 y 2). La carta de Guamán Poma termina con una entrevista ficticia en la que el autor aconseja al rey de España sobre sus responsabilidades y propone una nueva forma de gobierno, basada en la cooperación entre las élites andina y española.

Nadie sabe cómo llegó esta extraordinaria obra a la biblioteca de Copenhague, ni cuánto tiempo hacía que estaba allí. Y al parecer, nadie se había molestado en leerla, ni en averiguar cómo hacerlo. En 1908 el quechua no era considerado una lengua con escritura, y por eso se consideraba que la cultura andina no era letrada.

Pietschmann redactó un trabajo sobre su descubrimiento y lo presentó en Londres en 1912. Su recepción, en el marco de un congreso internacional de americanistas, fue confusa. Debieron transcurrir 25 años más para que apareciera en París una edición facsimilar de la obra de Guamán Poma, y los pocos académicos que trabajaron sobre ella lo hicieron individualmente. Los estudiosos europeos de comienzos del siglo xx carecían de las herramientas necesarias para poder descifrar la carta. Siguiendo los hábitos de lectura de la época, leyeron la obra en términos simples, de verdad y falsedad, de exactitud e inexactitud. Desde luego, le encontraron falencias. Mirada a través de la lente del elitismo eurocéntrico, aquella obra maestra aparecía imperfecta y mal construida. En los años sesenta y setenta se des-

FIGURA 1. *Dibujo de la creación bíblica de Guamán Poma de Ayala. El encabezado dice "El primer mundo / Adan, Eva". El dibujo está organizado según el espacio simbólico andino, con Adán y el gallo del lado "masculino" del dibujo bajo el símbolo masculino del Sol y Eva, las gallinas y sus hijos del lado "femenino", marcado por la Luna. Las dos esferas están divididas por una diagonal, marcada aquí por el arado de Adán, una herramienta básica para la agricultura andina. El imperio inca estaba compuesto de cuatro reinos que, de manera similar, estaban divididos por dos diagonales que se cruzaban en la ciudad de Cuzco.*

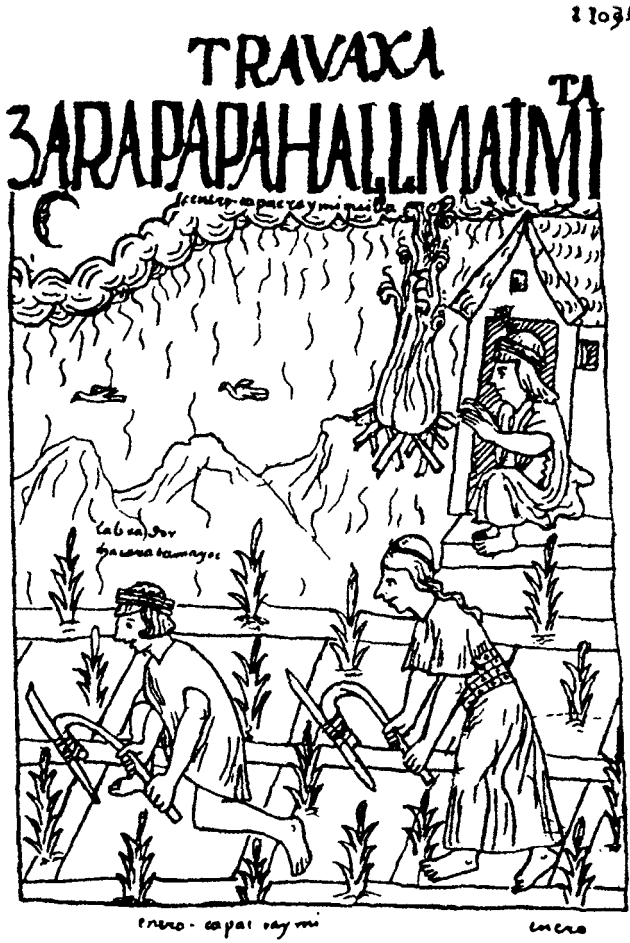


FIGURA 2. *Presentación autoetnográfica tomada de la obra de Guamán Poma* Nueva corónica y buen gobierno, *de una serie de representaciones de la agricultura andina. El epígrafe reza: "travaxa/zara, papa hallmai mita", que significa "trabajo/maíz (en español) tiempo de lluvias y de siembra (en quechua)". La letra pequeña debajo del epígrafe dice: "enero/capac raymi quilla", que significa "enero (en español)/mes de gran festejo (en quechua)". El hombre que aparece a la izquierda es identificado como un "labrador, chacarq camahoc", "trabajador (en español) a cargo de la siembra (en quechua)".*

arrollaron maneras más complejas y refinadas de interpretar las representaciones textuales, tanto ficcionales como no ficcionales. Las voces de críticos del Tercer Mundo empezaron a ser escuchadas en la metrópoli. En el diálogo entraban puntos de vista anclados en las colonias y ex colonias, perspectivas que cuestionaban los valores eurocéntricos y revelaban la fuerza que ejercieron el colonialismo y el imperio en la creación del mundo moderno. Por fin, el texto de Guamán Poma empezó a ser leído como el extraordinario *tour de force* que era.[3]

Ser leído, *y ser legible*. La legibilidad de la carta de Guamán Poma hoy en día es un indicio más de la cambiante dinámica intelectual a través de la cual la construcción de sentido imperial llegó a ser objeto de investigación crítica. Su elaborado texto intercultural y su trágica historia ejemplifican las posibilidades y los peligros que entraña escribir en lo que en este libro llamo "zonas de contacto", espacios sociales donde culturas dispares se encuentran, chocan y se enfrentan, a menudo dentro de relaciones altamente asimétricas de dominación y subordinación, tales como el colonialismo, la esclavitud, o sus consecuencias como se viven en el mundo de hoy. En las páginas que siguen describo este término más a fondo.

Estas dos cartas —la aparentemente inevitable página monolingüe escrita por un inglés en África y dirigida a su sobrino, que amarilleaba colgada en la pared de una farmacia rural de Canadá, y las increíbles 1 200 páginas bilingües dirigidas por un desconocido habitante de la región andina al rey de España, perdidas en los archivos de una biblioteca de Copenhague— apenas sugieren la vasta, densa y discontinua historia de la construcción de significado imperial que

[3] La mejor fuente introductoria a la obra de Guamán Poma en inglés es: Rolena Adorno, *Guaman Poma de Ayala: Writing and Resistance in Colonial Peru*. En 2000, la Royal Library of Copenhagen publicó en línea un facsímil de alta calidad digital del manuscrito.

constituye el tema de este libro. Si estudiamos solamente lo que los europeos vieron y dijeron, no haremos más que reproducir el monopolio del conocimiento y de la interpretación que la empresa imperial pretendía tener. Esto constituye una distorsión enorme porque, desde luego, tal monopolio no existe ni existió nunca. La gente que se encontraba en el extremo receptor del imperialismo europeo construyó su propio conocimiento y elaboró su propia interpretación, usando a veces —como Guamán Poma— las propias herramientas de los europeos. Es por eso que el término "transculturación" figura en el título de este libro. Los etnógrafos han utilizado esta palabra para describir cómo los grupos marginales o subordinados seleccionan e inventan a partir de los materiales que les son transmitidos por una cultura dominante o metropolitana.[4]

Si bien los pueblos subyugados no pueden controlar lo que la cultura dominante introduce en ellos, pueden, sin embargo, determinar (en grados diversos) lo que absorben para sí, cómo lo usan y qué significación le otorgan. La transculturación es un fenómeno de la zona de contacto. Dentro del contexto de este libro, el concepto de transculturación sirve para plantear varios conjuntos de preguntas. ¿Qué hacen las personas que se encuentran en el extremo receptor del imperio con los modos metropolitanos de representación? ¿Cómo se los apropian? ¿Con qué discurso los devuelven? ¿Qué materiales podemos estudiar para responder estas preguntas? En este libro yo sólo empiezo a encarar esta cuestión. Los textos y los dibujos indígenas (como los de la

[4] La palabra "transculturación" fue acuñada en la década de los cuarenta por el sociólogo cubano Fernando Ortiz, en una innovadora descripción de la cultura afrocubana (*Contrapunto cubano* [1947, 1963]). El crítico uruguayo Ángel Rama incorporó el término a los estudios literarios en la década de los setenta. Ortiz propuso la adopción de este término para remplazar los conceptos de aculturación y desculturación que describían la transferencia de cultura realizada de una manera reduccionista, imaginada desde dentro de los intereses de la metrópoli.

carta de Guamán Poma) brindan algunos ejemplos. Otra fuente clave es la de los textos literarios de escritores de los lugares colonizados. Los escritores de las colonias, ex colonias y neocolonias de Europa se ven obligados a ocuparse de los libros de viajes europeos en el proceso de buscar modos de representarse a sí mismos. Con frecuencia los archivos europeos proporcionan una valiosa materia prima sobre la cual ejercitar una creatividad descolonizante. Un capítulo de este libro está dedicado a examinar cómo los escritores hispanoamericanos de comienzos del siglo XIX seleccionaron los discursos europeos sobre América y los adaptaron a su propia tarea de crear culturas autónomas y descolonizadas, conservando al mismo tiempo los valores europeos y la supremacía de los blancos (capítulo VII). Se trata, pues, de un estudio de la dinámica del proceso de autoinvención criolla. El nuevo capítulo añadido extiende este enfoque para abarcar a los escritores latinoamericanos de los años veinte, treinta y cuarenta, y el filón que encontraron para su creatividad en las exasperantes intersecciones del neocolonialismo y la modernidad.

En ese intento por desarrollar un abordaje dialéctico e historizado de la literatura del imperio, fui acuñando algunos términos y conceptos. Uno de éstos que reaparece a lo largo de todo el libro es el de *zona de contacto*, que uso para referirme al espacio de los encuentros coloniales, el espacio en el que personas separadas geográfica e históricamente entran en contacto entre sí y entablan relaciones duraderas, que por lo general implican condiciones de coerción, radical inequidad e intolerable conflicto. Aquí el término *contacto* ha sido tomado de la lingüística, en la que la frase *lengua de contacto* se refiere a lenguajes improvisados que se desarrollan entre hablantes de distintas lenguas que necesitan comunicarse continuamente, por lo general dentro del contexto de las relaciones comerciales. Esas lenguas empiezan como una suerte de *pidgin* y luego, en el momento en

que producen hablantes nativos, se les llama lenguas *creole* o "criollas". Al igual que las sociedades de la zona de contacto, esos idiomas son considerados por lo general caóticos, bárbaros, carentes de estructura. (Ron Carter ha sugerido la expresión "literaturas de contacto" para referirse a las literaturas escritas en idiomas europeos pero en países que no están en Europa.)[5]

En mi exposición, la expresión zona de contacto es con frecuencia un sinónimo de frontera colonial. Pero esta última forma conserva una perspectiva europea expansionista —ya que la frontera es una frontera sólo con respecto a Europa—. La "zona de contacto" desplaza el centro de gravedad y el punto de vista hacia el espacio y el tiempo del encuentro, al lugar y al momento en que individuos que estuvieron separados por la geografía y la historia ahora coexisten en un punto, el punto en que sus respectivas trayectorias se cruzan. El término *contacto* pone en primer plano las dimensiones interactivas e imprevistas de los encuentros coloniales, tan fácilmente dejadas de lado o hasta suprimidas por los relatos de conquista y dominación contados desde el punto de vista del invasor. Una perspectiva "de contacto" destaca que los individuos que están en esa situación se constituyen en y a través de su relación mutua. Además, trata de las relaciones entre colonizadores y colonizados, o de viajeros y "viajados", no en términos de separación sino en términos de presencia simultánea, de interacción, de conceptos y prácticas entrelazadas, algo que a menudo se da dentro de relaciones de poder radicalmente asimétricas.[6]

[5] Ron Carter, "A Question of Interpretation: An Overview of Some Recent Developments in Stylistics", en Theo D'Haen (ed.), *Linguistics and the Study of Literature*, pp. 7-26.

[6] He desarrollado más extensamente esta argumentación en "Linguistic Utopias", en Nigel Fabb, Derek Attridge, Alan Durant y Colin McCabe (eds.), *The Linguistics of Writing*, pp. 48-66.

Otro término que uso con frecuencia en el texto que sigue es *anticonquista*. Uso esta palabra para referirme a las estrategias de representación por medio de las cuales los miembros de la burguesía europea tratan de asegurar su inocencia al mismo tiempo que afirman la hegemonía y la superioridad europeas. Elegí el término anticonquista porque —según sostengo en mi argumentación— en la moderna literatura de viajes y exploración a partir del siglo XVIII, estas estrategias de inocencia fueron construidas en relación con la vieja retórica imperial propia de la era absolutista de los siglos XVI y XVII. El principal protagonista de la anticonquista es una figura a la que a veces llamo "el veedor", una etiqueta reconocidamente antipática para caracterizar al sujeto blanco y masculino del discurso paisajístico europeo: aquel cuyos ojos imperiales pasivamente contemplan y poseen.

El tercero y último de los términos no convencionales que uso es *autoetnografía* o *expresión autoetnográfica*. Estas expresiones se refieren a instancias en las que los sujetos colonizados emprenden su propia representación de maneras que *se comprometen con* los términos del colonizador. Si los textos etnográficos son un medio por el cual los europeos representan para ellos mismos a sus (usualmente subyugados) otros, los textos autoetnográficos son los que los otros construyen para responder a esas representaciones metropolitanas o para dialogar con ellas. Guamán Poma revisa la historia y las costumbres incaicas en su *Nueva corónica*, y para hacerlo se apropia de la forma literaria llamada "crónica". Es éste un ejemplo canónico de representación autoetnográfica, como también lo son las obras visuales de los artistas andinos de las figuras 1, 2, 3 y 25. Los textos autoetnográficos difieren de las formas de autorrepresentación consideradas "auténticas" o autóctonas. En los Andes, por ejemplo, no había sistemas de escritura cuando tuvo lugar el contacto con los españoles. Para almacenar información (inclusive información que Guamán Poma posteriormente

consignó por escrito) se usaban los *quipus*, que eran cuerdas anudadas y organizadas según una compleja codificación. Los *quipus* eran una forma autóctona andina (aunque bien podría ser que hayan tenido otra procedencia). Actualmente nadie sabe descifrarlos. La autoetnografía, por el contrario, implica una colaboración parcial y cierta apropiación de los idiomas del conquistador: la escritura alfabética, la lengua española, la forma literaria llamada "crónica", el dibujo de línea, el papel. Todo aquello fue tomado y transculturado por Guamán Poma. Con frecuencia, como en el caso de Guamán, la autoetnografía se apropia de los discursos de la literatura de viajes y exploración y los mezcla con diversos grados de modos indígenas. Además, como en el caso de la carta de Guamán Poma, la autoetnografía suele ser bilingüe y dialógica. Por lo general los textos autoetnográficos son heterogéneos también por el lado receptor. O sea que habitualmente están dirigidos tanto a los lectores metropolitanos como a los lectores del propio grupo social del escritor o relator. Esos textos están destinados a ser recibidos de maneras muy diferentes por estos distintos lectores, y muchas veces constituyen el punto de entrada de un grupo al circuito de comunicación metropolitana. Aunque en este libro no pude profundizar en el tema, creo que la expresión autoetnográfica es un fenómeno muy difundido de la zona de contacto, y cobrará una gran importancia para develar los relatos de la dominación imperial y de la resistencia vistas desde el lugar mismo en que ocurrían.[7]

Las líneas generales de este estudio son deliberadamente amplias, pero se despliegan desde un punto de partida bastante específico: mediados del siglo XVIII, y están marcadas por dos procesos que se dieron en el norte de Europa y que, en mi opinión, se intersectan. Uno es el surgimiento de la

[7] Las primeras escritoras chicanas usaron el cuadro folclórico de esta manera, como demuestra Gloria Treviño en su estudio de los escritos de Josefina Niggli, Jovita González y María Cristina Mena.

historia natural como estructura de conocimiento; el otro, el viraje hacia la exploración de los interiores continentales, algo muy diferente de la exploración marítima. Estos dos acontecimientos, como sugiero en el capítulo siguiente, registran un cambio en lo que podría llamarse la "conciencia planetaria" europea.

Este cambio coincidió con muchos otros. Se consolidaron las formas burguesas de la subjetividad; empezó una nueva fase territorial del capitalismo, impulsado por la búsqueda de materias primas; el comercio costero se extendió hacia el interior, y las naciones empezaron a apoderarse de territorio ultramarino, con el propósito de impedir que se les adelantaran las potencias europeas rivales. Desde este punto de partida, el libro avanza en un orden aproximadamente cronológico.

Los parámetros geográficos que he elegido están dados también por la historia. A fines del siglo XVIII, América del Sur y África, desde hacía mucho tiempo vinculadas con Europa y entre sí por el comercio, llegaron a ser emplazamientos paralelos de las nuevas iniciativas expansionistas europeas. La "apertura" de África se inició con vacilaciones en la década de 1780, con la fundación de la African Association [Asociación Africana]. Simultáneamente, en la América española tomaban forma —también de manera vacilante— los movimientos independentistas que habrían de abrir el continente sudamericano a la ola expansionista. Precisamente en la década de 1780 Francisco Miranda fue el primero en buscar el apoyo de Inglaterra para la lucha revolucionaria. Gran parte de ese impulso en ambos continentes fue inglés, como sostengo en este libro. En 1806 Gran Bretaña invadió las Provincias Unidas del Río de la Plata en América del Sur, y el Cabo de Buena Esperanza en África; y hasta hubo oficiales que participaron en ambas campañas. Pero los actores de esta época no fueron solamente británicos. En 1799 el alemán Alexander von Humboldt y el francés Aimé Bon-

pland se preparaban para incorporarse a una expedición que remontaría el Nilo pero que se frustró debido a que Napoleón invadió África del Norte. Entonces los expedicionarios cambiaron de rumbo, se encaminaron a América del Sur y remontaron el Orinoco. En las décadas de 1960 y 1970 los movimientos de descolonización en África y los movimientos de liberación en las Américas compartieron ideales, prácticas y liderazgo intelectual. En ese mismo periodo, no fue casual que ambos continentes fueran objeto del áspero discurso metropolitano que analizo en el capítulo VIII como los "blues tercermundistas".

Los lectores de libros de viajes sobre Europa escritos por europeos han hecho notar que muchas de las convenciones y de las estrategias literarias que yo asocio aquí con el expansionismo imperial se dan también en los relatos de viaje

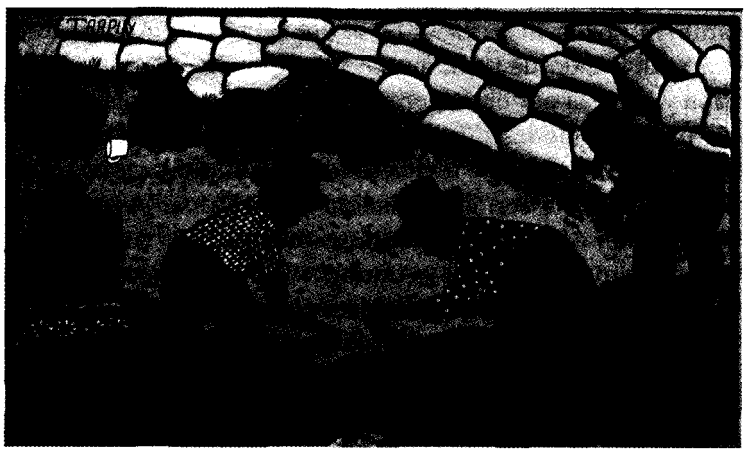


FIGURA 3. *Representación autoetnográfica contemporánea, realizada por pintores de la ciudad andina de Sarhua, en la provincia de Ayacucho, Perú. El epígrafe, "Tarpuy", significa "siembra" en quechua. Estas pinturas, una singular creación de los artistas de Sarhua, incluyen con frecuencia epígrafes mucho más largos, que explican en español lo que se describe en quechua.*

sobre Europa. Como señalo en varios pasajes de mi exposición, en tales casos es muy probable que dentro de ese discurso exista asimismo una dinámica de poder y de apropiación. Por ejemplo: es bastante previsible que los discursos que legitiman la autoridad burguesa y deslegitiman las formas de vida campesinas y de subsistencia cumplan esta misión ideológica tanto dentro de Europa como en Sudáfrica o en Argentina. Las formas de crítica social a través de las cuales las mujeres europeas reclaman su libre expresión política en sus propios países les permiten hacer reclamos similares, aunque no idénticos, en el exterior. En el siglo XVIII la Europa septentrional se afirmaba como centro de la civilización y reivindicaba como propio el legado del clasicismo griego y romano.[8] No sería de extrañar, entonces, que textos alemanes o ingleses representaran el mundo mediterráneo con los mismos códigos que usaban para describir Sudamérica.

Caracterice este libro como estudio de género y también como crítica de una ideología. La bibliografía erudita sobre literatura de viajes y exploración que existía cuando acometí este proyecto no se había desarrollado en ninguna de estas líneas. Con frecuencia era celebratoria y se limitaba a recapitular las hazañas de intrépidos excéntricos o de fervorosos científicos. En otros casos, los académicos consultaron los relatos de viajes simplemente como fuentes de información acerca de los lugares, personas y épocas que querían analizar. Con el modernismo se desarrolló una veta esteticista o literaria que estudiaba los libros de viajes, usualmente escritos por figuras literarias famosas, en sus dimensiones artísticas y con referencia a los dilemas existenciales de los europeos. Yo no he hecho nada de todo esto. Con respecto al género, he intentado prestar la mayor atención a las convenciones de representación presentes en la literatu-

[8] Véase el polémico estudio de Martin Bernal, *Black Athena*.

ra de viajes europea, identificar las diferentes tendencias y señalar algunas maneras de leer y de encarar el análisis retórico. Sin embargo, mi objetivo no es ni definir ni codificar; lo que pretendo es usar el estudio de los tropos tanto para desmembrar como para unificar lo que muy bien podría llamarse la "retórica de la literatura de viajes". Mi objetivo no fue circunscribir la literatura de viajes como género sino señalar su heterogeneidad y sus interacciones con otros tipos de expresión. El libro incluye muchos análisis de los pasajes citados. Aliento la esperanza de que algunas de las lecturas y maneras de leer que propongo sean estimulantes para quienes reflexionan sobre materiales similares desde otros tiempos y otros lugares.

Primera Parte

CIENCIA Y SENTIMIENTO
1750-1800

I. CIENCIA, CONCIENCIA PLANETARIA, INTERIORES

> [Él puede] recorrer el mundo en los libros, él puede adueñarse de la geografía del universo en los mapas, atlas y mediciones de nuestros matemáticos. Puede viajar por la tierra con los historiadores, por el mar con los navegantes. Puede dar la vuelta al mundo con Dampier y Rogers, y saber mil veces más haciendo todo eso que lo que saben esos marineros analfabetos.
>
> DANIEL DEFOE, *The Compleat English Gentleman*, 1730)

> Los versos ya no están de moda. Todo el mundo ha empezado a jugar a ser geómetra, físico. El sentimiento, la imaginación, la elegancia, han desaparecido... La literatura muere ante nuestros propios ojos.
>
> VOLTAIRE, carta a Cideville, 16 de abril (1735)[1]

LA PARTE europea de esta historia empieza en el año europeo de 1735. Al menos, es allí donde empezará la narración; porque la historia tardará unos 20 o 30 años más para echarse a andar. En ese año, 1735, tuvieron lugar dos eventos nuevos y profundamente europeos. Uno fue la publica-

[1] Citado en Peter Gay, *The Enlightenment: An Interpretation*, vol. II, *The Science of Freedom*, p. 126. La referencia es a Voltaire, *Correspondencia*, vol. IV, pp. 48-49.

ción de *Systema Naturae (El sistema de la Naturaleza)*, de Carl Linneo. En esa obra el naturalista sueco propuso un sistema de clasificación destinado a categorizar todas las formas vegetales del planeta, conocidas o desconocidas para los europeos. El otro acontecimiento fue el lanzamiento de la primera gran expedición científica de Europa, un emprendimiento conjunto que pretendía determinar de una vez y para siempre la forma exacta de la Tierra. Es mi propósito sostener que estos dos eventos, y su coincidencia en el tiempo, indican importantes dimensiones de cambio en la comprensión que las élites europeas tenían de sí mismas y de sus relaciones con el resto del mundo. El presente capítulo trata del surgimiento de una nueva versión de lo que me gusta llamar la "conciencia planetaria" de Europa, una versión caracterizada por una orientación hacia la exploración interior y la construcción de significado en escala global, a través de los aparatos descriptivos de la historia natural. Señalaré que esta nueva conciencia planetaria es un elemento básico en la construcción del eurocentrismo moderno, ese reflejo hegemónico que perturba a los occidentales, aun cuando siga operando intuitivamente.

Bajo liderazgo francés, la expedición científica internacional de 1735 se dispuso a resolver una candente cuestión empírica: ¿era la Tierra una esfera, como afirmaba la geografía cartesiana (francesa), o era, como había supuesto Newton (que era inglés), un esferoide achatado en los polos? En este interrogante pesaba fuertemente la rivalidad política entre Francia e Inglaterra. Un equipo de científicos y geógrafos, dirigido por el físico francés Maupertuis, fue enviado hacia el norte, a Lapland, para medir un grado longitudinal en el Mediterráneo. Otro se encaminó a América del Sur para hacer la misma medición en el ecuador, cerca de Quito. Nominalmente conducida por el matemático Louis Godin, esta expedición pasó a la historia con el nombre de uno de los pocos sobrevivientes, el geógrafo Charles de la Condamine.

La expedición La Condamine fue un gran triunfo diplomático para la comunidad científica europea. Hacía más de dos siglos que los territorios americanos de España estaban estrictamente cerrados a viajes oficiales de extranjeros. Era legendaria la obsesión de la Corte española por aislar a sus colonias de toda influencia foránea y de todo posible espionaje extranjero. Después de que hubo perdido el control del tráfico de esclavos a Gran Bretaña en 1713, España se había mostrado más temerosa que nunca ante la posibilidad de incursiones en su monopolio económico y cultural. Mientras más se ampliaban los contactos internacionales de las élites criollas en sus colonias, más miedo tenía España. "La política de los españoles —escribió el pirata inglés Betagh en la década de 1720— consiste fundamentalmente en tratar de evitar por cualquier medio que las vastas riquezas de aquellos extensos dominios pasen a otras manos."[2] El conocimiento de la existencia de aquellas riquezas, decía Betagh, y de "la gran demanda de manufacturas europeas por parte de los americanos ha inquietado a casi todas las naciones de Europa". Las instalaciones militares en los puertos hispanoamericanos y la explotación minera en el interior eran las dos construcciones coloniales que más escrupulosamente se ocultaban a los ojos ajenos, ya que esa información era precisamente la más codiciada por los rivales de España. En 1712, por ejemplo, el rey de Francia contrató a un joven ingeniero llamado Frézier para que, haciéndose pasar por comerciante, recorriese las costas de Chile y Perú y "se ganase la confianza de los gobernadores españoles, con el propósito de aprovechar todas las oportunidades de conocer sus posesiones".[3] Aunque obsesionado por las minas, Frézier

[2] Capitán Betagh, *Observations on the Country of Peru and its Inhabitants During his Captivity*, en John Pinkerton (ed.), *Voyages and Travels in All Parts of the World*, vol. XIV, 1813, p. 1.

[3] M. Frézier, *A Voyage to the South Sea and along the Coasts of Chile and Peru in the Years 1712, 1713, and 1714*, prefacio.

jamás logró posar sus ojos sobre alguna. Sin embargo, el informe que mandó fue ávidamente devorado por los lectores de Francia e Inglaterra. A falta de nuevos escritos sobre América del Sur, el compilador de la colección de viajes de Churchill tradujo en 1745 un relato sobre Chile, escrito un siglo antes por el jesuita español Alonso de Ovalle.[4] Con respecto al interior de Hispanoamérica, hasta estos relatos tan antiguos eran más confiables que las fabulaciones de la época, como por ejemplo el informe de Betagh sobre un terremoto en el interior que había "levantado campos enteros y los había arrojado a millas de distancia".[5]

En el caso de la expedición La Condamine, la Corona española dejó de lado su legendario proteccionismo. Ansioso por recuperar su prestigio y por desmentir la "leyenda negra" de la crueldad de España, Felipe V aprovechó la oportunidad para actuar como un monarca continental ilustrado. Se llegó a un acuerdo sobre el alcance de la expedición, y dos capitanes españoles, Antonio de Ulloa y Jorge Juan, fueron enviados para garantizar que la investigación científica no diera paso al espionaje, lo que se produjo inmediatamente. Casi todo lo demás también salió mal. La expedición La Condamine fue una empresa tan difícil que habrían de pasar más de 60 años antes de que alguien volviera a intentar algo semejante.[6] Muy pronto las rivalidades dentro del contingente francés se impusieron sobre los vínculos solidarios. La cooperación internacional cedió el paso a una interminable disputa con las autoridades coloniales locales sobre lo que se podía o no se podía ver, medir, dibujar o tomar como muestra. En cierto momento toda la

[4] Alonso de Ovalle, *An Historical Relation of the Kingdom of Chile* (1649), en Pinkerton, *op. cit.*, vol. XIV, pp. 30-210.

[5] Capitán Betagh, *op. cit.*, p. 8.

[6] En este punto de mi exposición he utilizado: Victor von Hagen, *South America Called Them*; Hélène Minguet, "Introduction to La Condamine", *Voyage sur l'Amazone*, pp. 5-27; Edward J. Goodman, *The Explorers of South America*.

expedición fue retenida en Quito por ocho meses, acusada de complotar para apoderarse de los tesoros de los incas. Los extranjeros, con sus raros instrumentos y su obsesión por medirlo todo —gravedad, velocidad del sonido, alturas y distancias, cursos de los ríos, altitudes, presión barométrica, eclipses, refracciones, trayectorias de las estrellas—, eran objeto de permanente sospecha. En 1739 el cirujano del grupo fue asesinado después de haberse visto envuelto en una disputa entre dos familias poderosas de Cuenca, Ecuador, y La Condamine escapó por poco al mismo destino. Durante más de un año se libró en las cortes una batalla sobre si la *fleur de lys* francesa podía ser colocada sobre las pirámides de triangulación de la expedición (la *fleur de lys* perdió). La exploración interior estaba resultando una pesadilla política mayor aun que su predecesora marítima.

Las pesadillas logísticas de la exploración interior también eran nuevas, y a la expedición La Condamine no le fue ahorrada ninguna. Los rigores del clima andino y los viajes por tierra eran causa permanente de enfermedades, instrumentos dañados, ejemplares perdidos, cuadernos de anotaciones mojados, demoras e intolerable frustración. Por último el grupo francés se desintegró completamente y cada persona quedó librada a su suerte; algunos regresaron a su patria y otros quedaron abandonados en América del Sur. Aunque la expedición sudamericana había partido un año antes que la del Ártico, transcurrió casi una década antes de que los primeros sobrevivientes empezaran a volver penosamente a Europa. En cuanto a la cuestión de la forma de la Tierra, para entonces hacía ya tiempo que se había mandado a guardar (Newton ganó).

Además de la información sobre otros temas, lo que el grupo sudamericano llevó de vuelta a Europa fue un conjunto de desconcertantes lecciones sobre la política y los (anti)heroísmos de la ciencia. El matemático Pierre Bouguer fue el primero que volvió, conquistando así la gloria de ren-

dir informe ante la Academia de Ciencias de Francia. La Condamine llegó en 1744, vía el río Amazonas, y fue aclamado por ese viaje sin precedentes. Por medio de una agresiva campaña contra Bouguer, La Condamine se las arregló para convertirse en el principal vocero de la expedición en toda Europa. Mientras tanto, Louis Godin, el líder nominal, regresaba lentamente. En 1751 llegó a España, donde —gracias a las maquinaciones de Bouguer y La Condamine— le negaron un pasaporte a Francia. El naturalista Joseph de Jussieu continuó su investigación en la Nueva España hasta 1771, fecha en que fue enviado de vuelta a Europa desde Quito, completamente loco. El joven técnico Godin des Odonnais se fue a Cayena, donde esperó durante 18 años que su esposa peruana fuera a reunirse con él; después regresó a Francia, en 1773. (Más adelante contaremos algo más de la historia de esa mujer.) De otros no se supo nunca nada más.

La cooperación de España con la expedición de La Condamine fue una impresionante evidencia del poder de la ciencia para elevar a los europeos por encima de las más intensas rivalidades nacionales. La Condamine mismo celebró ese impulso continental: en el prólogo a su relato del viaje, felicitó a Luis XV por haber apoyado la cooperación científica con las otras naciones, a pesar de estar en guerra con ellas. "Mientras los ejércitos de Su Majestad se desplazaban de un extremo al otro de Europa —decía—, sus matemáticos, dispersos sobre la superficie de la Tierra, trabajaban en la Zona Tórrida y en la Zona Frígida en pro del adelanto de las ciencias y del común provecho de todas las naciones."[7] No obstante, no se puede dejar de advertir un

[7] Charles-Marie de la Condamine, *A Succint Abridgement of a Voyage made within the Inland Parts of South-America*, p. iv. Es ésta la primera traducción al inglés de su *Relation abrégíe d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique méridionale* (1745) [*Relación abreviada de un viaje hecho por el interior de la América meridional*].

matiz claramente nacionalista en las palabras de La Condamine: el científico francés felicita con orgullo a su rey por su ilustrado cosmopolitismo. De modo igualmente dual, la Sociedad Real británica y la Academia de Ciencias francesa recompensaron a los españoles Juan y Ulloa nombrándolos miembros honorarios; fueron gestos transnacionales que no estaban desvinculados de las intensas rivalidades nacionales entre Gran Bretaña y Francia y sus encontrados intereses en la América española. Estas actitudes resumen la ambigua interacción de las aspiraciones nacionales y continentales que había sido una constante en la expansión europea y que habría de prolongarse en la era científica. Por una parte, las ideologías dominantes establecían una clara distinción entre la (interesada) búsqueda de riquezas y la (desinteresada) búsqueda de conocimiento; y por la otra, la competencia entre naciones siguió siendo el motor de la expansión europea en ultramar.

Hubo un aspecto en el que la expedición de La Condamine fue todo un éxito: la escritura. Los textos y los relatos que la expedición produjo circularon por Europa durante décadas, en circuitos orales y escritos. Por cierto, el *corpus* de textos que surgió de la expedición de La Condamine indica claramente el alcance y la diversidad de la escritura producida por los viajes a mediados del siglo XVIII, escritura que presentó otras partes del mundo ante la imaginación de los europeos. El examen de un breve catálogo de escritos de la expedición La Condamine servirá para indicar lo que quiere decir hablar de viajes, escritura y zonas de contacto en ese momento de la historia.

El matemático Bouguer, el primero en volver, amplió su informe de 1744 ante la Academia de Ciencias francesa al redactar una *Relación abreviada de un viaje al Perú*. Al comienzo de su relato predomina la voz del científico, que estructura un discurso alrededor de mediciones, fenómenos climáticos, etc. Pero a medida que describe el viaje tierra

adentro, la narrativa científica de Bouguer empieza a entrelazarse con una historia de sufrimiento y privaciones cuya lectura conmociona aún hoy. Cuando la expedición acampa en la cima de alguna elevación de la helada cordillera de los Andes para hacer sus triangulaciones, las anécdotas sobre sabañones sangrantes y esclavos amerindios que morían de frío se mezclan con especulaciones fisiológicas acerca de la retención del calor corporal. Con respecto a la minería, Bouguer sólo repite lo que sabe de oídas, y comenta que "la región es impenetrable", lo que hace difícil encontrar filones nuevos. Dice también que "los indios son lo suficientemente astutos como para no colaborar en tales búsquedas", porque "si tuvieran éxito, se iniciarían trabajos largos y excesivamente penosos, de los que ellos tendrían que soportar el mayor peso, recibiendo en pago una ínfima porción de las ganancias".[8] Bouguer escribió también un libro técnico sobre la expedición, titulado *La figure de la Terre.*

La Condamine publicó su informe ante la Academia Francesa con el título de *Relation abrégíe d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique méridionale* [*Relación abreviada de un viaje hecho por el interior de la América meridional*] (1745). Fue muy leído y traducido [en inglés: *Brief Narrative of Travels through the Interior of South America* (1745)]. Quizás debido a que Bouguer ya había hablado de la parte andina de la misión, el relato de La Condamine versó fundamentalmente sobre su extraordinario viaje de regreso por el Amazonas y sus intentos de delinear mapas de ese río y sus afluentes. El relato no está escrito como un informe científico sino más bien en el estilo del popular género de literatura de supervivencia. Junto con la navegación, los dos grandes temas de la literatura de supervivencia son: por un lado, las dificultades y peligros atravesados; y por otro, las maravi-

[8] Pierre Bouguer, *An Abridged Relation of a Voyage to Peru* (1744), en Pinkerton, *op. cit.*, vol. XIV, pp. 270-312.

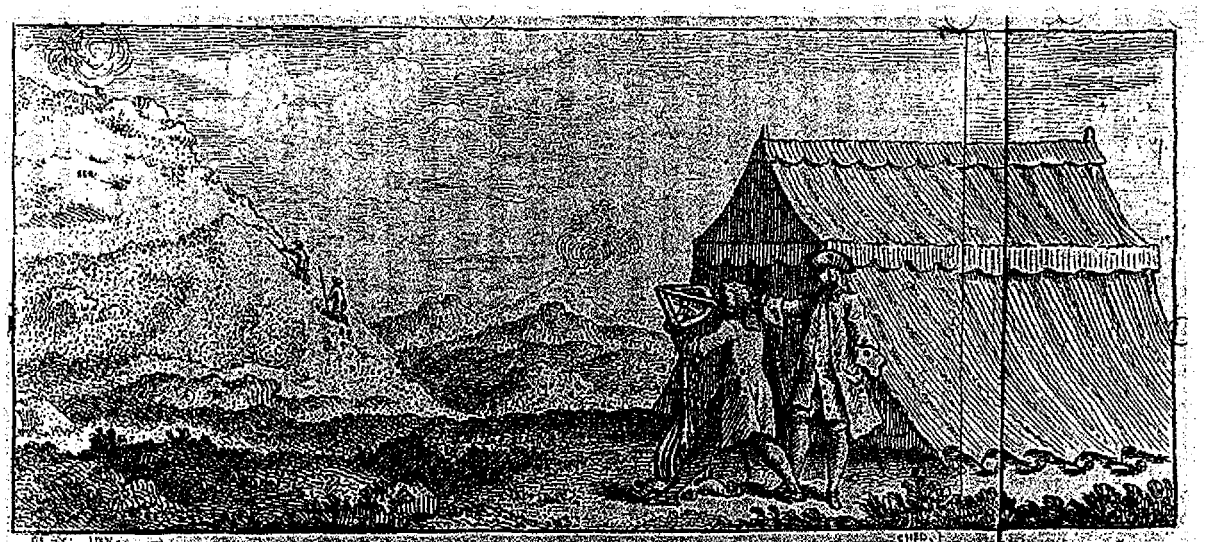


FIGURA 4. *La expedición La Condamine levanta medidas topográficas. Tomado de Charles de la Condamine,* Mesure de trois premiers degrés du Méridien dans l'Hémisphère Austral *[Medición de los tres primeros grados del meridiano en el Hemisferio sur], París, Imprimerie Royal, 1751.*

llas y curiosidades vistas. En la narración de La Condamine se recrea, con todas sus asociaciones míticas, la dramática narrativa de las expediciones del siglo XVI en la región: las de Orellana, Raleigh, Aguirre. Al entrar en la jungla, La Condamine se encuentra "en un mundo nuevo, lejos de todo comercio humano, navegando en un mar de agua dulce... Me encontré allí con nuevas plantas, nuevos animales y nuevos hombres".[9] Especula, como lo habían hecho todos sus predecesores, sobre la ubicación de El Dorado y la existencia de las amazonas, quienes, aunque muy bien podrían haber existido, probablemente "han abandonado sus antiguas costumbres".[10] La jungla sigue siendo un mundo de fascinación y peligro.[11]

Si bien la *Relación abreviada* de 1745 es su obra más conocida, La Condamine publicó también muchos escritos en otros géneros, siempre basándose en sus viajes por América. Su "Carta sobre el levantamiento popular en Cuenca" apareció en 1746, seguida por una *Historia de las pirámides de Quito* (1751) y un informe sobre las *Mediciones de los primeros tres grados del meridiano* (1751). Durante el resto de su vida se dedicó a investigar y polemizar sobre una amplia gama de cuestiones científicas relacionadas con América; entre otras, los efectos de la quinina, la vacunación contra la viruela (muy usada por los misioneros españoles), la existencia de las amazonas y la geografía de la cuenca del Orinoco y el Río Negro. Escribió sobre el caucho —que hizo conocer a los científicos europeos—, el veneno llamado curare y sus antídotos, y la necesidad de establecer patrones de medida comunes para todos los países de Europa. Los escritos científicos especializados de La Condamine indican

[9] La Condamine, *op. cit.*, p. 24.

[10] *Ibidem*, p. 51.

[11] Y desde luego, todavía lo es. En el momento en que escribo estas líneas, la más reciente puesta en escena de la exploración del Amazonas es la obra de Joe Kane, *Running the Amazon*.

en qué medida la ciencia de la época articuló los contactos de Europa con la frontera imperial y fue articulada por ellos.

Fueron los dos capitanes españoles, Juan y Ulloa, quienes produjeron el único relato extenso de la expedición. Escrito a requerimiento del rey de España, su *Viaje a Sudamérica* mejor conocido como *Noticias secretas de América* apareció en Madrid en 1747; la traducción inglesa [*Voyage to South America*], de John Adams, mereció cinco ediciones. Ni texto científico ni literatura de supervivencia, el relato de Ulloa y Juan está escrito de un modo que denomino "descripción cívica". Prácticamente desprovisto de anécdotas, el libro es un enorme compendio de información sobre muchos aspectos de la geografía española colonial y de la vida colonial española, exceptuando, por supuesto, las minas, las instalaciones militares y otras informaciones estratégicas. Se trata de una obra "estadística", en el sentido original del término, cuando estadística significaba "una indagación del estado de un país" *(Oxford English Dictionary)*. Adams elogió el relato por su confiabilidad, que contrastaba con las obras de ciertos "pomposos autores de descripciones de curiosidades maravillosas".[12] Sin duda una alusión a la literatura de supervivencia en general y a los relatos de La Condamine en particular.

Juan y Ulloa enviaron además a su rey un segundo volumen —éste, clandestino— titulado *Noticias secretas de América,* en el que se informaba sobre muchos aspectos del gobierno colonial español y que, según afirmó un comentarista, explicaba "gran parte de lo que no había sido dicho en los trabajos de los académicos franceses".[13] No fue sino en los primeros años del siglo XIX, cuando se producía el derrumbe total del Imperio español, que cayó esta obra en manos de los ingleses y se hizo pública.

[12] John Adams, prefacio a Ulloa *et al., Voyage to South America* (1747), en Pinkerton (ed.), *op. cit.*, p. 313.

[13] Von Hagen, *op. cit.*, p. 300.

Junto al corpus de textos que fueron escritos a partir de la expedición de La Condamine, hay otro corpus que no llegó a ser escrito. Este segundo conjunto de textos incluye, por ejemplo, la obra de Joseph de Jussieu, el naturalista que se quedó en América del Sur, donde siguió ejerciendo su profesión durante 20 años más. Cuando finalmente enloqueció y tuvo que ser mandado de vuelta a Francia desde Quito, parece ser que los amigos que lo despidieron se olvidaron de enviar también el baúl que contenía las investigaciones de toda su vida. Sólo un estudio sobre los efectos de la quinina llegó a ser publicado ¡con la firma de La Condamine! El resto puede aparecer algún día, en Quito.

La historia más repetida y duradera que surgió de la expedición de La Condamine fue un relato oral, del que sólo se publicó un tosco resumen. Se trata de una historia de supervivencia que no fue protagonizada por un hombre de ciencia europeo sino por una mujer euroamericana, Isabela Godin des Odonais. Esta peruana de clase alta se casó con un miembro de la expedición de La Condamine. Tuvieron cuatro hijos. Después del desmembramiento del equipo científico, su marido viajó a Cayena, donde pasó 18 años tratando de conseguir pasaportes y pasajes a Francia para él y su familia. A lo largo de esos años murieron los cuatro hijos de la pareja. Después de la desgarradora muerte del último, *madame* Godin, que tenía por entonces algo más de 40 años, tomó una decisión audaz. Acompañada por un grupo formado por sus hermanos, su sobrino y numerosos sirvientes, resolvió reunirse con su esposo e inició una travesía que la llevaría a través de los Andes y a lo largo del Amazonas, por la misma ruta que había hecho de La Condamine un héroe. Lo que siguió fue desastroso. Amenazados por la viruela, los guías indígenas desertaron y todos, incluyendo a los hermanos, el sobrino y los sirvientes, murieron de insolación después de languidecer durante días en la jungla. *Madame* Godin, presa del delirio, siguió andando y logró volver

al río, donde fue rescatada por indígenas canoeros, quienes la llevaron a un puesto misionero español. Trastornada y macilenta, con el cabello totalmente encanecido, dice el relato, llegó a la costa de Guyana, donde se reunió con su devoto esposo, que la llevó a Europa.

La romántica y escalofriante historia de *madame* Godin fue escrita en 1773, no por ella sino por su marido, a pedido de La Condamine, que la agregó a todas las ediciones de su propio relato.[14] Aun hoy la narración es fuertemente atractiva y sus complejidades son irresistibles, como suele suceder cada vez que en la saga de las fronteras coloniales aparecen protagonistas mujeres. La historia de *madame* Godin es una nueva versión de la búsqueda del río Amazonas llevada a cabo por una amazona, o alguien que lo parecía. El amor, las pérdidas y la jungla transforman a aquella criolla de aristócrata blanca en amazona, la combativa guerrera que los europeos habían creado para simbolizar América. Y al mismo tiempo, su aventura la destruye como objeto sexual: *madame* Godin emerge como una versión de la vida real de la arruinada princesa Cunegunda, de Cándido. En esta historia abundan las inversiones simbólicas. El intercambio del oro, por ejemplo, invierte su dirección. En cierto momento *madame* Godin les da dos de sus cadenas de oro a los dos indios que le habían salvado la vida en la jungla, volviendo sobre sí mismo el paradigma de la conquista. Para su furia, los regalos son inmediatamente incautados por el sacerdote residente y remplazados por la mercancía por antonomasia de la colonización: telas. No es sorprendente entonces, teniendo en cuenta las deliciosas ironías que contiene, que el relato del viaje de *madame* Godin por el Amazonas perdurara en toda Europa por más de 50 años. La carta de 20 páginas de su marido es apenas un mezquino rastro de su vital presencia en la cultura oral.

[14] Louis Godin des Odonnais, "Carta a M. de la Condamine", julio de 1773, anexada a la *Relación abreviada* de La Condamine, pp. 259-269.

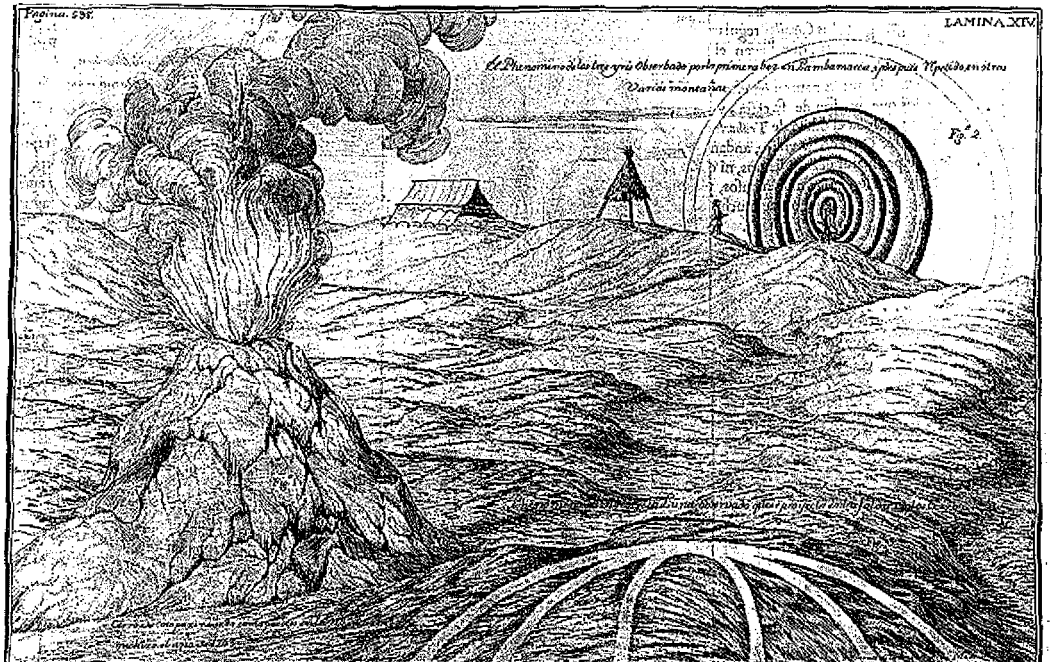


FIGURA 5. *Fenómenos naturales de Sudamérica vistos por la expedición La Condamine: en la parte inferior izquierda está el volcán Cotopaxi, cubierto de nieve y en erupción; en la parte inferior derecha aparece el "fenómeno del arco de la Luna" proyectado en las laderas de las montañas; arriba a la derecha se representa el "fenómeno del triple arco iris, visto por primera vez en Pambamarca y más tarde en otras montañas". Tomado de Jorge Juan y Antonio Ulloa,* Relación histórica del viaje a la América meridional, *Madrid, Antonio Marín, 1748.*

La alfombra más allá del orillo

Textos orales, textos escritos, textos perdidos, textos secretos, textos robados, abreviados, traducidos, antologados, plagiados; cartas, informes, relatos de supervivencia, descripción cívica, narraciones de navegación, monstruos y maravillas, tratados de medicina, polémicas académicas, antiguos mitos vividos e invertidos: el *corpus* de La Condamine ejemplifica bien el variado perfil de la literatura vinculada con los viajes en las fronteras de la expansión europea a mediados del siglo XVIII. La expedición misma tiene interés en nuestro trabajo como un ejemplo temprano, y notoriamente fallido, de lo que poco después habría de llegar a ser uno de los más orgullosos y notables instrumentos de expansión de Europa: la expedición científica internacional. En la segunda mitad del siglo XVIII, la exploración científica se convertiría en un imán que atraería las energías y los recursos de complicadas alianzas de élites intelectuales y comerciales en toda Europa. Y lo que es igualmente importante, la exploración científica sería un foco de intenso interés público y la fuente de algunos de los más poderosos aparatos de ideas y de ideología, por medio de los cuales las ciudadanías europeas se relacionarían con otras partes del mundo. Esos aparatos, y particularmente la literatura de viajes, constituyen el tema de lo que sigue.

Para fines de este estudio, la expedición de La Condamine tiene además una significación más específica. Es un ejemplo temprano de una nueva orientación hacia la exploración y documentación de las tierras interiores continentales, en contraste con el paradigma marítimo que había ocupado el centro del escenario durante 300 años. Hacia los últimos años del siglo XVIII, la exploración interior había llegado a ser el objeto más importante de las energías y la imaginación expansionistas. Este cambio tuvo importantes con-

secuencias para la literatura de viajes, al reclamar y hacer surgir nuevas formas de conocimiento y autoconocimiento de Europa, nuevos modelos para el contacto europeo más allá de sus bordes, nuevas maneras de codificar las ambiciones imperiales de Europa. En 1715 el espía francés Frézier estimó que la exploración de las tierras interiores del Perú era imposible porque "los viajeros deben llevar hasta sus propias camas, a menos que se resignen a dormir como los nativos, en el suelo, sobre cueros de oveja, con el cielo por dosel".[15] Tres décadas después, el autor del prólogo de la edición inglesa del relato de Ulloa consideraba que la exploración interior era el paso fundamental que había que dar a continuación, porque: "¿Qué idea podemos hacernos de una alfombra turca si sólo miramos el borde, es decir, el orillo?"[16] Ya en 1792 el viajero francés Saugnier vio el tema como una cuestión de justicia global: el interior de África "merece el honor", dijo, de que los europeos lo visiten, tal como a las costas.[17] En 1822 Alexander von Humboldt dijo: "No es navegando a lo largo de una costa como podremos descubrir la dirección de las cadenas montañosas y su constitución geológica, el clima de cada zona y su influencia sobre las formas y hábitos de los seres organizados". Para su traductor inglés, la cuestión era estética: "En general, las expediciones marítimas tienen cierta monotonía que surge de la necesidad de hablar continuamente de navegación en lenguaje técnico... Es mucho más probable que los relatos de viajes por tierra en regiones remotas susciten un interés general mucho mayor".[18]

[15] Frézier, *op. cit.*, p. 10.

[16] Adams. *op. cit.*, p. 314.

[17] Messrs. Saugnier y Brison, *Voyages to the Coast of Africa* (1792). Es ésta una traducción al inglés del original francés de 1792, titulado *Relation de plusieurs voyages à la côte d'Afrique.*

[18] Alexander von Humboldt, *Personal Narrative of a Voyage to the Equinoctial Regions*, vol. I, p. vii.

Como viaje, por lo tanto, la expedición de La Condamine marca el comienzo de una era de viajes científicos y de exploración interior, lo que a su vez indica un cambio en la concepción de Europa sobre sí misma y sobre sus relaciones globales. En sus calamitosos fracasos, la expedición es precursora. Como escritura, ejemplifica configuraciones de la literatura de viajes que, a medida que las formas burguesas de autoridad ganaban impulso, se reorganizarían totalmente. (En el siguiente capítulo se examinarán estas transformaciones en la literatura de viajes sobre África del Sur.) En la segunda mitad del siglo XVIII muchos escritores viajeros se apartarían de tradiciones tales como la literatura de supervivencia, la descripción cívica o la narrativa de navegación, para dedicarse íntegramente al nuevo proyecto de construcción de conocimiento que proponía la historia natural. El surgimiento de ese proyecto está marcado por el segundo evento de 1735 que prometí discutir: la publicación del *Sistema de la naturaleza,* de Linneo.

El sistema de la naturaleza

Mientras la expedición de La Condamine atravesaba el Atlántico en nombre de la ciencia, un naturalista sueco de 28 años mandaba a la imprenta su primera contribución importante al campo del conocimiento. Ese naturalista se llamaba Carl Linneo (en latín, *Linnaeus*) y el libro se tituló *Systema Naturae (El sistema de la naturaleza).* Se trataba de una extraordinaria creación que tendría una influencia profunda y duradera no sólo sobre los viajes y la literatura de viajes sino también sobre las maneras generales en que los ciudadanos europeos construían y explicaban su lugar en el mundo. Para un lector de nuestros días *El sistema de la naturaleza* es un logro modesto, y en realidad, hasta curioso. Fue un sistema descriptivo destinado a clasificar todas las plantas

de la Tierra, conocidas y desconocidas, según las características de sus partes reproductoras.[19] Se identificaron y clasificaron 24 (y después 26) configuraciones básicas de estambres, pistilos, etc., ordenándolas según las letras del abecedario (figura 6).

Completaban la taxonomía cuatro parámetros visuales: número, forma, posición y tamaño relativo. Todas las plantas de la Tierra, afirmaba Linneo, podían incorporarse a este sistema único de distinciones, incluyendo las que aún eran desconocidas para los europeos. Inspirado en anteriores intentos de clasificación, como los de Roy, Tournefort y otros, el método de Linneo tuvo sin embargo una elegante simplicidad, de la que sus predecesores carecieron. La combinación del ideal de un sistema de clasificación unificado para todas las plantas y una indicación concreta y práctica de cómo construirlo significó un enorme avance. Se percibió que su esquema ponía orden en el caos, tanto el de la naturaleza como el de la antigua botánica. Y hasta sus críticos así lo entendieron. "En la botánica —dijo Linneo—, el hilo de Ariadna es la clasificación, sin la cual sólo existe el caos... toda nota debe ser extraída del número, de la figura, de la proporción, de la situación."[20]

Pero el *Sistema* de 1735 fue sólo una primera versión. Mientras La Condamine viajaba por América del Sur, Linneo perfeccionó su sistema y le dio su forma final en dos obras decisivas: la *Philosophia Botanica* (1751) y la *Species*

[19] La exposición sobre Linneo y la historia natural está basada en las siguientes fuentes: Heinz Goerke (ed.), *Linnaeus*; Tore Frangsmyr (ed.), *Linnaeus: The Man and His Work*; Gunnar Broberg (ed.), *Linnaeus: Progress and Prospects in Linnaean Research;* Daniel Boorstin, *The Discoverers;* Henry Steele Commager, *The Empire of Reason;* P. J. Marshall y Glyndwr Williams, *The Great Map of Mankind;* Edward Dudley y Maximilian E. Novak (eds.), *The Wild Man Within*; Michel Foucault, *The Order of Things* [*Las palabras y las cosas*]; Gay, *op. cit.* En 1956 el Museo Británico publicó una edición facsimilar de la edición de 1758 de *The System of Nature,* con su título en latín: *Caroli Linnaei Systema Naturae.*

[20] Foucault, *The Order..., op. cit.*, p. 136 [*Las palabras...*, p. 135].

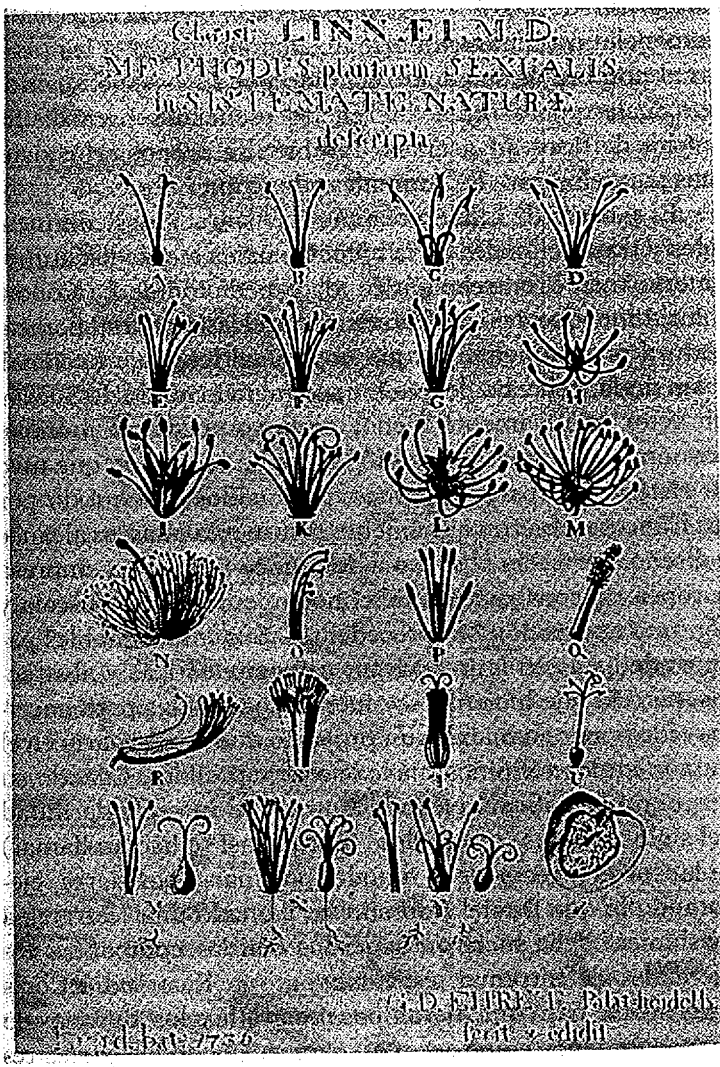


FIGURA 6. *El sistema de Linneo para identificar las plantas por sus aparatos reproductivos. Esta ilustración de Georg D. Ehret apareció por primera vez en 1736 en la edición Leiden de su* Species Plantarum.

Plantarum (1753). A estas obras debe la ciencia europea la nomenclatura botánica normalizada que asigna a las plantas el nombre de su género seguido por su especie, seguido por cualesquiera otras diferencias esenciales para distinguirlas de tipos adyacentes. También se propusieron sistemas paralelos para los animales y los minerales.

El sistema de Linneo resume las aspiraciones continentales y trasnacionales de la ciencia europea que discutimos anteriormente, en relación con la expedición de La Condamine. Linneo revivió deliberadamente el latín para su nomenclatura precisamente porque no era un lenguaje nacional. Y sin duda, el hecho de que Linneo fuera oriundo de Suecia, un actor relativamente menor en la competencia mundial económica e imperial, facilitó la amplia recepción que tuvo su sistema. Otros paradigmas, producidos sobre todo por los franceses, fueron igualmente continentalistas en alcance y diseño. Pero sólo el sistema de Linneo inició una empresa europea de construcción de conocimiento en una escala y con una aceptación sin precedentes. Sus interminables páginas de listas en latín podrían parecer estáticas y abstractas, pero lo que hicieron —y fueron concebidas para hacerlo— fue poner en marcha un proyecto que se realizaría en el mundo en los términos más concretos posibles. Cuando su taxonomía se afirmó en toda Europa en la segunda mitad del siglo XVIII, sus "discípulos" (porque así se hacían llamar) se lanzaron a recorrer el mundo, por mar y por tierra, ejecutando lo que Daniel Boorstin ha llamado una "estrategia mesiánica".[21] Se hicieron acuerdos con las compañías comerciales de ultramar, especialmente la East India Company sueca, para que dieran pasajes gratis a los alumnos de Linneo, quienes empezaron a aparecer por todas partes recogiendo plantas e insectos, midiendo, anotando, preservando, dibujando y tratando desesperadamente de llevarse todo

[21] Boorstin, *op. cit.*, p. 16.

intacto. La información daba origen a los libros; los ejemplares, si estaban muertos, eran incorporados a colecciones de historia natural que llegaron a ser pasatiempos serios para gente rica de toda Europa; y si estaban vivos, eran plantados en los jardines botánicos que también empezaban a surgir, en ciudades y predios privados, en todo el continente europeo. Kalm, alumno de Linneo, fue a Norteamérica en 1747, Osbeck a China en 1750, Forsskal al Cercano Oriente en 1761; Solander se incorporó al primer viaje de Cook en 1768, Sparrman al segundo en 1772 (véase el capítulo II), etc. Las palabras mismas que Linneo dirigió a un colega en 1771 transmiten bien la energía, el entusiasmo y el carácter global de la empresa:

> Mi alumno Sparrman acaba de embarcarse rumbo al Cabo de Buena Esperanza, y otro de mis alumnos, Thunberg, acompañará a una delegación holandesa que va a Japón; ambos son competentes naturalistas. El menor de los Gmelin está aún en Persia, y mi amigo Falck está en Tartaria. Mutis está haciendo espléndidos descubrimientos botánicos en México. Koenig ha encontrado muchas cosas nuevas en Tranquebar. El profesor Friis Rottboll, de Copenhague, está publicando las plantas encontradas en Surinam por Rolander. Los descubrimientos de Forsskal en Arabia serán publicados muy pronto en Copenhague.[22]

Es como si hablara de embajadores y del imperio. Y por supuesto, lo que quiero sostener es que, en cierto modo, así era. Tal como el cristianismo había puesto en movimiento una tarea universal de conversión religiosa, que se afirmaba en todos los puntos de contacto con otras sociedades, la historia natural puso en acción una tarea universal y secular que, entre otras cosas, hizo de las zonas de contacto un sitio

[22] *Ibidem*, p. 444.

de trabajo manual e intelectual, e instaló allí la distinción entre ambos. Al mismo tiempo, el proyecto de sistematización de Linneo tuvo una dimensión marcadamente democrática, popularizando la investigación científica como nunca antes lo había sido. "Linneo —según lo expresa un comentarista de nuestros días— era sobre todo un hombre para los no profesionales." Su sueño era que "con su método, cualquiera que hubiera aprendido el sistema pudiera ubicar cada planta de cualquier lugar del mundo en la clase y el orden correctos, si no es que incluso en el género, fuese dicha planta conocida o no por la ciencia".[23]

Los viajes y la literatura de viajes jamás volverían a ser los mismos. En la segunda mitad del siglo XVIII, todas las expediciones, científicas o no, y todos los viajeros, científicos o no, tuvieron algo que ver con la historia natural. La recolección de ejemplares, la creación de colecciones, la denominación de especies nuevas, el reconocimiento de las conocidas, todo ello llegó a ser un tema obligado en los viajes y en los libros de viajes. En las fronteras, junto a las figuras del marino, el conquistador, el cautivo, el diplomático, empezó a aparecer por todas partes la figura benévola y decididamente culta del "herbolario", quien, armado con una bolsa de recolección, un cuaderno de notas y algunos frascos, sólo pedía que lo dejaran en paz con sus bichos y sus flores. Las narraciones de viajes de todo tipo empezaron a introducir lentas páginas llenas de refinada "literatura de la naturaleza". Las descripciones de flora y fauna no eran nuevas en la literatura de viajes. Por el contrario, siempre habían formado parte de los libros de viajes, al menos desde el siglo XVI. Pero en general estaban estructuradas como apéndices o digresiones formales de la narración. Con el establecimiento del proyecto global de clasificación, la observación

[23] Sten Lindroth, "Linnaeus in his European Context", en Broberg, *op. cit.*, p. 14.

y catalogación de la naturaleza se tornó narrable. Podía constituir una secuencia de hechos y hasta producir una trama argumental. Podía ser la historia principal de un relato. Desde cierto punto de vista, lo que se cuenta es una historia de europeos que se urbanizan e industrializan y al mismo tiempo se lanzan por el mundo en busca de relaciones de no explotación con la naturaleza, aun cuando en sus centros de poder estén destruyéndolas. Como trataré de mostrar en el capítulo siguiente, también se cuenta una narrativa de "anticonquista", en la que el naturalista naturaliza la presencia y la autoridad globales de la Europa burguesa. Esta narrativa de naturalistas habría de seguir teniendo una enorme fuerza ideológica durante todo el siglo XIX y se ha prolongado hasta hoy.

El sistema de Linneo es sólo un ejemplo de los esquemas de clasificación totalizadores que se fundieron a mediados del siglo XVIII para formar la disciplina llamada "historia natural". La versión definitiva del sistema de Linneo apareció junto con empresas igualmente ambiciosas, como la *Historia natural* de Buffon, que empezó a aparecer en 1749, o la *Familles des plantes* [Familias de las plantas] de Adanson (1763). Si bien estos escritores proponían sistemas opuestos que diferían de los de Linneo en aspectos fundamentales, los debates entre ellos siguieron centrados dentro del proyecto totalizador de clasificación que distingue a este periodo. Los esquemas constituían, según la expresión de Gunnar Eriksson, "estrategias alternativas para realizar un proyecto común a toda la historia natural del siglo XVIII: la fiel representación del plan de la naturaleza".[24] En su clásico análisis del pensamiento del siglo XVIII, *Les mots et les choses* [*Las palabras y las cosas*], publicado en 1966, Michel Foucault describe así el proyecto: "La gran proliferación de

[24] Gunnar Eriksson, "The Botanical Success of Linnaeus. The Aspect of Organization and Publicity", en Broberg, *op. cit.*, p. 66.

los seres por la superficie del globo puede entrar, gracias a la estructura, a la vez en la sucesión de un lenguaje descriptivo y en el campo de una *mathesis* que será también una ciencia general del orden".[25] Foucault dice que la historia natural se propone "una descripción de lo visible", y centra su análisis en el carácter verbal de la empresa que, según él,

> tiene como condición de posibilidad la pertenencia común de las cosas y del lenguaje a la representación; pero no existe como tarea sino en la medida en que las cosas y el lenguaje se encuentran separados. Así pues, deberá reducir esta distancia para llevar al lenguaje lo más cerca posible de la mirada, y a las cosas miradas lo más cerca de las palabras.[26]

Ejercicio no sólo de correlación sino también de reducción, la historia natural

> reduce todo el campo de lo visible a un sistema de variables, cuyos valores pueden ser asignados, todos ellos, si no por una cantidad, sí por lo menos por una descripción perfectamente clara y siempre acabada. Así pues, se puede establecer, entre los seres naturales, un sistema de identidades y el orden de las diferencias.[27]

Aunque los historiadores naturales con frecuencia se concibieron como personas cuya labor consistía en descubrir algo que ya estaba allí (por ejemplo, el plan de la naturaleza), desde un punto de vista contemporáneo se trata más bien de "un nuevo campo de visibilidad [que] se constituye en todo su espesor".[28]

Si bien la historia natural se estableció incuestionable-

[25] Foucault, *op. cit.*, p. 136 [p. 137].
[26] *Ibidem*, p. 132 [pp. 132-133].
[27] *Ibidem*, p. 136 [p. 137].
[28] *Ibidem*, p. 132 [p. 133].

mente en y por medio del lenguaje, fue una tarea que se realizó también en muchos aspectos de la vida social y material. Las crecientes capacidades tecnológicas de Europa se vieron desafiadas por la demanda de mejores medios para preservar, transportar, exhibir y documentar los especímenes; se desarrollaron especializaciones artísticas en el dibujo botánico y el zoológico; los impresores se sintieron bajo el reto de mejorar la reproducción de las ilustraciones; creció la demanda para que los relojeros inventaran y conservaran instrumentos; nacieron empleos para científicos en expediciones comerciales y puestos coloniales; se generaron redes de patrocinio que financiaron viajes científicos y la posterior producción escrita; por todas partes, a nivel local, nacional e internacional, surgieron sociedades profesionales y de aficionados; las colecciones de historia natural adquirieron valor comercial y prestigio; los jardines botánicos se convirtieron en espectáculos públicos a gran escala, y los naturalistas soñaban con supervisarlos. (Buffon fue cuidador del jardín del rey en Francia, y Linneo dedicó su vida a su propio jardín.) No se podría encontrar mejor ejemplo de cierta manera de existir del conocimiento, no como acumulaciones estáticas de hechos, *bits* o *bytes*, sino como actividades humanas, tramas de prácticas verbales y no verbales.

Desde luego, la empresa científica implicaba toda clase de aparatos lingüísticos. Muchas formas de escribir, publicar, hablar y leer llevaron el conocimiento a la esfera pública y crearon y mantuvieron su valor. La autoridad de la ciencia se dedicó más directamente a textos descriptivos especializados, como los incontables tratados botánicos organizados alrededor de las diversas nomenclaturas y taxonomías. Sin embargo, el periodismo y la narrativa de viajes fueron mediadores fundamentales entre la red científica y un público europeo más amplio. Ellos fueron agentes centrales en la legitimación de la autoridad científica y su pro-

yecto global, que comprendía las otras maneras que tenía Europa de trabar conocimiento del mundo y de estar en él. En la segunda mitad del siglo, los viajeros científicos elaborarían paradigmas discursivos que se distinguirían fuertemente de los que La Condamine heredó en la primera mitad del siglo.

Lo que quiero decir es que la sistematización de la naturaleza es un proyecto europeo nuevo, una nueva forma de lo que podríamos llamar conciencia planetaria entre los europeos. Durante tres siglos los aparatos europeos para la construcción del conocimiento habían estado interpretando el planeta sobre todo en términos de navegación. Esos términos dieron origen a dos proyectos totalizadores o planetarios. Uno fue la circunnavegación, una doble hazaña que consiste en navegar alrededor del mundo y escribir un relato de ello (el término "circunnavegación" se refiere tanto al viaje cuanto al libro). Los europeos han estado repitiendo esta doble hazaña casi continuamente desde que Magallanes la llevó a cabo por primera vez en la década de 1520. El segundo proyecto planetario, que dependió también del papel y la tinta, fue el relevo cartográfico de las costas del mundo, tarea colectiva que en el siglo XVIII era considerada viable, si bien estaba aún en marcha. En 1704 era posible hablar, para citar las palabras de un editor de libros de viajes, del "Imperio de Europa", que se extendía "hasta los límites más remotos de la Tierra, donde varias de las naciones europeas tienen territorios conquistados y colonias".[29] La circunnavegación y la cartografía, entonces, habían dado origen ya a lo que podríamos llamar un sujeto europeo global o planetario. Su perfil está expresado con facilidad y sencillez por Daniel Defoe en el pasaje que figura como epígrafe de este capítulo. Como se desprende claramente de las palabras de Defoe, este sujeto histórico mundial es europeo,

[29] Citado en Marshall y Williams, *op. cit.*, p. 48.

masculino,[30] laico e instruido; su conciencia planetaria es el resultado de su contacto con la cultura de la imprenta y es infinitamente más *compleat,** o sea, "completa", que las experiencias vividas por los marineros.

La sistematización de la naturaleza en la segunda mitad del siglo XVIII habría de afirmar aún más vigorosamente la autoridad de la imprenta y, por lo tanto, de la clase que la controlaba. Esa sistematización parece cristalizar los imaginarios globales, que para entonces ya eran diferentes de los antiguos imaginarios de la navegación. La historia natural no releva el delgado trazo de una ruta, ni las líneas donde la tierra y el agua se juntan, sino los "contenidos" interiores de aquellas masas de tierra y agua cuya extensión constituye la superficie del planeta. Estos vastos contenidos no habrían de ser conocidos a través de las delgadas líneas trazadas sobre la página en blanco, sino a través de las representaciones verbales resumidas en las nomenclaturas, o a través de grillas rotuladas, dentro de las cuales se colocarían las entidades. La finita totalidad de estas representaciones o categorías constituía un "relevo cartográfico" no sólo de las costas o los ríos, sino de cada pulgada visible, cuadrada y hasta cúbica, de la superficie de la Tierra. "La historia natural", escribió en 1749 Buffon,

> tomada en toda su extensión, es una inmensa Historia, que abarca todos los objetos que el Universo presenta ante nosotros. Esta prodigiosa multitud de cuadrúpedos, pájaros, peces, insectos, plantas, minerales, etc., ofrece a la curiosidad del espíritu humano un vasto espectáculo; un conjunto tan grande

[30] Desde luego, esto no equivale a decir que no había mujeres naturalistas; las había, por cierto, pero su participación en los aspectos profesionales era limitada, y al principio no figuraron entre los discípulos que fueron enviados al exterior en cumplimiento de la misión. Véanse los capítulos V y VII, donde se trata de algunas escritoras de libros de viajes en relación con la misión científica.

* En el inglés de esa época así se escribía *"complete"* [T.].

> que parece, y en realidad lo es, inagotable en todos sus detalles.[31]

En comparación con este abrazo totalizador, qué tímida parece la antigua costumbre de los navegantes de llenar los espacios en blanco de los mapas con dibujos de íconos representativos de las curiosidades y los peligros regionales: amazonas en el río Amazonas, caníbales en el Caribe, camellos en el Sahara, elefantes en la India, etcétera.

Tal como el surgimiento de la explotación interior, el relevo cartográfico sistemático de la superficie del globo se correlaciona con una amplia búsqueda de mercados, recursos comercialmente explotables y tierras para colonizar, así como el relevo cartográfico de las vías navegables se vincula con la búsqueda de rutas comerciales. Sin embargo, a diferencia de la confección de cartografía marítima, la historia natural concebía el mundo como un caos, del que el científico *sacaba* un orden. No se trata simplemente de describir el planeta tal como era. Para Adanson (1763), el mundo natural sin el *ojo* ordenador del científico es

> una mezcla confusa de seres que el azar parece haber acercado: aquí el oro se mezcla con otro metal, con una piedra, con la tierra; allá la violeta crece al lado del roble. Entre estas plantas vagan igualmente los cuadrúpedos, los reptiles y los insectos; los peces se confunden, por así decirlo, con el elemento acuoso en el que nadan y con las plantas que crecen en las profundidades de las aguas... Esta mezcla es tan general y tan múltiple que parece ser una de las leyes de la naturaleza.[32]

Semejante punto de vista puede parecer raro a las imaginaciones de fines del siglo XX, preparadas para ver a la natu-

[31] Citado en Gay, *op. cit.*, pp. 152-153.
[32] Citado en Foucault, *op. cit.*, p. 148.

raleza como un conjunto de ecosistemas autoequilibrados que la intervención humana arroja al caos. La historia natural reclamó la intervención humana (principalmente, la intelectual) que compusiera un orden. Los sistemas clasificatorios del siglo XVIII generaron la tarea de ubicar a cada especie en el planeta, sacándola de su entorno particular y arbitrario (el caos) y colocándola en un sitio adecuado dentro del sistema (el orden: libro, colección o jardín) con su nuevo nombre europeo, secular y escrito. Linneo mismo cosechó el mérito de haber agregado 8000 nuevos ítems al *corpus* en el transcurso de su vida.

Los análisis de la historia natural, como el de Foucault, no siempre subrayan las dimensiones transformadoras y apropiadoras de su concepción. Una por una, todas las formas de vida del planeta habrían de ser retiradas de los enmarañados hilos de su entorno vital y habrían de ser entretejidas en las tramas europeas de unidad global y orden. El ojo (letrado, masculino, europeo) que sostenía el sistema podía hacer familiares ("naturalizar") nuevos sitios/vistas inmediatamente en el primer contacto, al incorporarlos al lenguaje del sistema. Las diferencias de ubicación geográfica, de distancia, perdían importancia: con respecto a las mimosas, Grecia podía ser igual a Venezuela, África Occidental o Japón; y el rótulo "picos graníticos" puede aplicarse igualmente a Europa del Este, los Andes o el Oeste norteamericano. Barbara Stafford menciona algo que probablemente fue uno de los ejemplos más extremos de esta resemantización global: un tratado, escrito por el alemán Samuel Witte en 1789, donde se afirmaba que todas las pirámides del mundo, desde Egipto a las Américas, son realmente "erupciones basálticas".[33] El ejemplo es elocuente, porque indica la capacidad del sistema para subsumir cultura e historia dentro de la naturaleza. La historia natural no sólo despoja-

[33] Barbara Stafford, *Voyage into Substance*, p. 10.

ba a los ejemplares de las relaciones orgánicas o ecológicas que mantenían entre sí, sino también de su sitio en las economías, historias y sistemas sociales y simbólicos de otros pueblos. Para La Condamine, en la década de 1740, antes de que el proyecto clasificatorio se hubiese impuesto, el conocimiento de los naturalistas existía paralelamente con otros conocimientos locales aún más valiosos. Haciendo notar proféticamente que "la diversidad de plantas y árboles" en la región del Amazonas "daría trabajo intenso por muchos años al más laborioso de los botánicos, y también a más de un dibujante", agrega un pensamiento que hacia el fin del siglo, en contextos científicos, se habría vuelto casi impensable:

> Me refiero aquí sólo al trabajo que requeriría hacer una descripción exacta de estas plantas y reducirlas a clases, y clasificar cada una según género y especie. *¿Y qué pasaría si consideráramos al mismo tiempo un examen de las virtudes que les atribuyen los nativos de la región? Un examen que es, indudablemente, a nuestros ojos, la más atractiva entre las ramas de este estudio.*[34]

Dondequiera que fuese aplicada, la historia natural como manera de pensar interrumpió las redes existentes de relaciones históricas y materiales entre las personas, las plantas y los animales. El observador europeo mismo no tiene un lugar en la descripción. Con frecuencia el proyecto de Linneo ha sido representado gráficamente como Adán en los jardines del Edén. Para Linneo, dice Daniel Boorstin, "la naturaleza era una inmensa colección de objetos naturales entre los cuales él transitaba como superintendente, pegando etiquetas. Tuvo un precursor en esta fervorosa tarea: Adán en el Paraíso".[35] Al invocar la imagen de la inocencia

[34] La Condamine, *op. cit.*, p. 37; las cursivas son mías.
[35] Lindroth, *op. cit.*, p. 25.

primigenia, Boorstin, como muchos otros comentaristas, no la cuestiona.[36] Pero si la cuestionamos podemos ver por qué desde el comienzo mismo los seres humanos, especialmente los europeos, plantearon un problema a los sistematizadores: ¿podía Adán nombrarse y clasificarse a sí mismo? Si así era, entonces ¿estaba el naturalista suplantando a Dios? Muy al comienzo del juego, Linneo parece haber contestado que sí: según se supone, cierta vez dijo que Dios "había tenido que aguantar que él espiara Su gabinete secreto".[37] Para gran incomodidad de muchos, incluyendo al papa, Linneo finalmente incluyó a las personas en su clasificación de los animales (el rótulo de *homo sapiens* le pertenece). No obstante, sus descripciones del ser humano son bastante diferentes de las de otras criaturas. Inicialmente Linneo postuló entre *los* cuadrúpedos una sola categoría *homo* (descrita sólo con la frase "Conócete a ti mismo") y trazó una única distinción entre *homo sapiens* y *homo monstrosus*. Hacia 1758, el *homo sapiens* había sido dividido en seis variedades, cuyas principales características se resumen a continuación:

a. Hombre Salvaje. Cuadrúpedo, mudo, peludo.

b. Americano. De color cobrizo, colérico, erecto. Cabello negro, lacio, espeso; fosas nasales anchas, rostro áspero; barba escasa; obstinado, contento, libre. Se pinta con finas líneas rojas. Lo regulan las costumbres.

c. Europeo. De tez blanca, sanguíneo, fornido; cabello rubio, castaño, sedoso; ojos azules; amable, agudo, con inven-

[36] Barbara Stafford, en una desconcertante formulación, convierte la inocencia en un hecho de la naturaleza, argumentando que "La popularidad del relato de viajes de no ficción [a fines del siglo XVIII] dependió en parte del deseo genético de los exploradores y el público de volver a una aprehensión casi mítica de la Tierra como podría haber sido o como se desplegó antes de que la conciencia humana apareciese en ella" (*op. cit.*, p. 441).

[37] Commager, *op. cit.*, p. 7.

tiva. Cubierto con vestimentas ceñidas al cuerpo. Lo rigen las leyes.

d. Asiático. Oscuro, melancólico, rígido. Cabello negro; ojos oscuros; severo, arrogante, codicioso. Cubierto con vestiduras sueltas. Lo rigen las opiniones.

e. Africano. Negro, flemático, relajado. Cabello negro, rizado; piel sedosa; nariz chata, labios túmidos; taimado, indolente, negligente. Se unta con grasa. Lo rigen los caprichos.[38]

Una última categoría del "monstruo" incluía a enanos y gigantes (los gigantes de la Patagonia eran todavía una realidad firme), como también a "monstruos" hechos por el hombre —por ejemplo, los eunucos—. Como se advertirá, la categorización de los seres humanos es explícitamente comparativa. Difícilmente se podría pedir un intento más patente de "naturalizar" el mito de la superioridad europea. Con excepción de los monstruos y los salvajes, la clasificación, apenas modificada, subsiste hasta el día de hoy en algunos textos escolares.

Desde luego, también la cartografía náutica ejercía el poder de nombrar. Por cierto, fue en el acto de nombrar donde confluyeron el proyecto geográfico y el religioso, ya que los emisarios reclamaban el mundo bautizando los accidentes geográficos y los hitos con nombres eurocristianos. Pero también en comparación con ese caso, el acto de nombrar de la historia natural es más directamente transformador, porque saca a todas las cosas del mundo y las reorganiza dentro de una nueva formación de pensamiento cuyo valor radica, precisamente, en ser diferente del caótico original. Aquí nombrar, representar y tomar posesión son una sola cosa; el acto de nombrar produce la realidad del orden.

Sin embargo, desde otro punto de vista la historia natu-

[38] John G. Burke, "The Wild Man's Pedigree", en Dudley y Novak; *op. cit.*, pp. 266-267.

FIGURA 7. *Los cuatro tipos de* anthropomorpha *de Linneo. De izquierda a derecha: el troglodita, el hombre con cola, el sátiro y el pigmeo. Publicada originalmente en* Anthropomorpha *(1760) de Linneo-Hoppius.*

ral no es en absoluto transformadora. Es decir, la historia natural, según se entiende a sí misma, no se propone hacer prácticamente nada en el mundo, ni causar efecto alguno en él. La "conversión" de una naturaleza cruda al *systema naturae* es un gesto extrañamente abstracto y no heroico, un gesto que no pone gran cosa en juego —por cierto, en ningún caso a las almas—. Comparado con el navegante o el conquistador, el naturalista-recolector es una figura benigna y con frecuencia hogareña, cuyos poderes transformadores actúan en los contextos domésticos del jardín o de la sala de colecciones. Como ejemplificaremos en el próximo capítulo, la figura del naturalista tiene un cierto aire andrógino; su producción de conocimiento no posee, decididamente, aspectos fálicos, a lo que tal vez haga alusión la imagen propuesta por el mismo Linneo: Ariadna siguiendo el hilo para salir del laberinto del Minotauro.

Es posible encontrar aquí una imagen utópica de un sujeto burgués europeo, simultáneamente inocente e imperial,

que impone una visión hegemónica inofensiva y no instala aparato alguno de dominación. A lo sumo los naturalistas eran considerados sirvientes de las aspiraciones de expansión comercial de Europa. Hablando concretamente, a cambio de viajes gratuitos con compañías comerciales y otros beneficios, ellos producían conocimiento comercialmente explotable. "Es principalmente de la historia natural —dijo un escritor en un prólogo de 1759— de donde extraemos el conocimiento del valor y la importancia de cualquier país, ya que a través de ella aprendemos sobre sus productos y recursos de todo tipo."[39] Al presentar un nuevo compendio de viajes en 1756, De Brosse elogiaba la nueva capacidad "de agrandar la Tierra con un nuevo mundo, de enriquecer el Viejo Mundo con toda la producción natural y las serviciales costumbres del Nuevo".[40] En 1766 el comentarista de un libro de viajes escrito por uno de los alumnos de Linneo declaró que los viajes de los "hombres de ciencia" eran superiores a los de los "hombres de fortuna", por razones literarias y comerciales:

> Las investigaciones del naturalista, sobre todo, además de deleitarlo a él mismo, producen ventajas para el resto de las personas; especialmente las investigaciones del *botánico*, cuyos descubrimientos y adquisiciones son con frecuencia de la mayor importancia para los intereses comerciales y de tráfico comercial de su país. Aún más, el celebrado Linneo se ha aventurado a afirmar que el conocimiento de las plantas es el fundamento mismo de toda la economía pública, puesto que son las plantas las que alimentan y visten a una nación.[41]

[39] Adams, *op. cit.*, p. 310.

[40] Citado en Stafford, *op. cit.*, p. 22.

[41] Anónimo, reseña de Hasselquist, *Voyages and Travels in the Levant*, *Monthly Review*, Nueva Serie, vol. xxxv, 766, pp. 72-73.

Al mismo tiempo, los intereses de la ciencia y los del comercio eran mantenidos cuidadosamente por separado. Las expediciones montadas en nombre de la ciencia, como aquella de Cook a los Mares del Sur en las décadas de 1760 y 1770, solían recibir órdenes secretas de buscar oportunidades comerciales y descubrir amenazas en ese campo. El hecho de que estas órdenes existieran y, aun así, fueran secretas indica la dialéctica ideológica entre las empresas científicas y comerciales. Por una parte, se entendía que el comercio estaba reñido con el desinterés de la ciencia. Y por la otra, cada una de las partes creía que reflejaba y legitimaba las aspiraciones de la otra. "Un comercio bien regulado —dijo Anders Sparrman, discípulo de Linneo—, como también la navegación en general, tienen su base en la ciencia... mientras que ésta a su vez obtiene apoyo de aquél y le debe su expansión."[42]

Supuestamente, los proyectos comerciales ponían la ciencia al servicio del interés público general, pero de hecho la mayor parte de los beneficios del imperialismo y la expansión mercantil iban a dar a manos de pequeñas élites. Sin embargo, en el nivel de la ideología, la ciencia —"la descripción exacta de todo", según lo expresó Buffon— creó imaginarios globales más allá y por encima del comercio. La ciencia operó como un lujoso y multifacetado espejo sobre el cual Europa toda podía reflejarse como un "proceso planetario" en expansión, sin la competencia, la explotación y la violencia acarreadas por la expansión comercial y política y la dominación colonial.

Por cierto, cuando se trataba de plantas, animales y minerales, pero no de personas, los sistemas se aplicaban de idéntica manera a Europa que a Asia, África y las Américas. La sistematización de la naturaleza representa no sólo un discurso europeo acerca de mundos no europeos, como ya

[42] Anders Sparrman, *A Voyage to the Cape of Good Hope*, p. xiii.

lo he expresado, sino también un discurso urbano sobre mundos no urbanos, y un discurso burgués y culto acerca de mundos campesinos e incultos. Los sistemas de la naturaleza se proyectaban tanto dentro de las fronteras europeas como fuera de ellas. Los herbolarios eran tan felices en la campiña escocesa o del sur de Francia como en el Amazonas o en África del Sur. Dentro de Europa la sistematización de la naturaleza se produjo en un momento en que las relaciones entre los centros urbanos y la campiña estaban cambiando rápidamente. Las burguesías urbanas empezaban a intervenir en una nueva escala en la producción agrícola, tratando de racionalizar la producción, incrementar los excedentes, intensificar la explotación de la mano de obra campesina y administrar la producción de alimentos, de la que los centros urbanos dependían totalmente. El proceso de cercado de la propiedad fue una de las intervenciones más notables, pues despojó de la tierra a muchos campesinos y los impelió a irse a las ciudades u ocupar terrenos públicos. También se iniciaron en esta época los intentos de mejorar científicamente las cosechas y la crianza de animales domésticos.[43] Las sociedades de subsistencia empezaron a parecer atrasadas respecto de los modelos orientados hacia la plusvalía, y se pensó que era preciso "mejorarlas". En 1750 el comentarista francés Duclos, en su obra *Consideraciones sobre las costumbres de este siglo,* opinaba que "quienes viven a cien millas de la capital están a un siglo de ella en sus maneras de pensar y actuar". Y hoy en día los estudiosos de la Ilustración suelen reproducir tal visión sin cuestionarla.[44]

Cuando las diferencias entre las formas de vida del cam-

[43] Véase un estudio detallado que se centra en el siglo XIX, en Harriet Ritvo, *The Animal Estate.*

[44] Gay, *op. cit.,* p. 4. Gay trabaja notablemente bien *dentro de* la ideología de la Ilustración, sin cuestionar seriamente lo que en ésta se consideraba una "mejora".

po y la ciudad se ensancharon, el campesinado europeo empezó a ser visto como apenas algo menos primitivo que los habitantes de la Amazonia. De modo similar, el sistema de la naturaleza pasó por alto las maneras que tenía de adquirir conocimiento las comunidades locales y campesinas dentro de Europa, tal como lo hizo con las maneras locales indígenas en el exterior. Sten Lindroth vincula el método documental y totalizador de Linneo con formas de burocracia estatal que estaban particularmente desarrolladas en Suecia, sobre todo los archivos que documentaban y clasificaban cuidadosamente a los ciudadanos. Hacia mediados del siglo XVII, dice Lindroth, "ninguna otra nación de Europa tenía un conocimiento más exhaustivo de su población que Suecia; el millón y medio de ciudadanos suecos estaban correctamente registrados en las estadísticas según nacimiento, matrimonio, enfermedad, muerte, etc.".[45] Por cierto, los rótulos de género y especie de Linneo se parecen mucho al nombre y apellido de los ciudadanos: Linneo se refirió a los nombres genéricos como "la moneda de buena ley en nuestra república botánica".[46] Aunque la sistematización de la naturaleza precedió a la Revolución Industrial, Lindroth observa "notables similitudes entre la manera de escribir [de Linneo] y los principios que surgieron en la manufactura".[47] La estandarización y la fabricación en serie, por ejemplo, ya se habían impuesto en la producción, sobre todo en la construcción de partes intercambiables para las armas de fuego. También surgen otras analogías dentro del campo de la organización militar, que precisamente en ese periodo empezó a estandarizar uniformes, ejercicios, disciplina, etcétera.

Tales analogías se tornan aún más sugestivas cuando se recuerda que la burocracia y la militarización son los ins-

[45] Lindroth, *op. cit.*, p. 11.
[46] Foucault, *op. cit.*, p. 141 [p. 142].
[47] Lindroth, *op. cit.*, p.10.

trumentos centrales del imperio, en tanto que el control sobre las armas de fuego resulta el factor más decisivo en el sometimiento de otros pueblos por parte de Europa hasta el día de hoy. (Mientras escribo este capítulo, y quizá mientras el lector lo lee, en Soweto y en la franja occidental del Jordán pueblos sometidos, sin armas, tiran piedras contra vehículos blindados.) La erudición académica sobre la Ilustración, decididamente eurocentrada, suele negar las agresivas incursiones coloniales e imperiales de Europa como modelos, inspiración y terrenos de prueba para formas de disciplina social que, llevadas nuevamente a Europa en el siglo XVIII, fueron adaptadas para construir el orden burgués. La sistematización de la naturaleza coincide con el punto culminante del tráfico de esclavos, el sistema de plantaciones, el genocidio colonial en Norteamérica y África del Sur, así como las rebeliones de esclavos en los Andes, el Caribe, Norteamérica y otros sitios. Es posible invertir la dirección de la mirada de Linneo, o del viajero de sillón de Defoe, para contemplar Europa desde la frontera colonial. Entonces empezamos a ver otras genealogías para los procesos de estandarización, burocracia y normalización de la Ilustración. Porque ¿qué fueron el tráfico de esclavos y el sistema de plantaciones sino experimentos masivos de ingeniería social y disciplina, producción en serie, sistematización de la vida humana, estandarización de las personas? Experimentos cuyos dividendos superaron los más audaces sueños europeos. (La riqueza que fomentó la Revolución francesa se creó en Santo Domingo, que en la década de 1760 era el lugar más productivo que se había conocido nunca en la Tierra.) La agricultura de plantación surge claramente como un elemento crucial para la Revolución Industrial y la mecanización de la producción. Del mismo modo, aun a comienzos del siglo XVII no había burocracias como las burocracias coloniales, para las que España había sentado un estudiado ejemplo.

Los historiadores económicos a veces llaman al lapso que va de 1500 a 1800 el periodo de la "acumulación primitiva", en el que, por medio de la esclavitud y de monopolios protegidos por el Estado, las burguesías europeas pudieron acumular el capital que sirvió para que despegara la Revolución Industrial. Uno se pregunta qué tenía de primitiva esta acumulación (así como nos preguntamos qué tiene de avanzado el capitalismo avanzado), pero era acumulación. En la esfera de la cultura, las numerosas formas de recolección que se practicaron durante este periodo se desarrollaron en parte como la imagen de esa acumulación y como su legitimación. La sistematización de la naturaleza lleva esta imagen de acumulación a un extremo totalizado, y al mismo tiempo modela el carácter extractivo, transformador del capitalismo industrial, y los mecanismos ordenadores que empezaron a dar forma a la sociedad de masas urbana en Europa bajo la hegemonía burguesa. Como construcción ideológica, la sistematización de la naturaleza representa al planeta apropiado y reorganizado desde una perspectiva europea y unificada.

En Europa, como también en las fronteras de expansión fuera de ella, esta producción de conocimiento no expresa conexiones con cambiantes relaciones de trabajo o propiedad, o con aspiraciones de territorialidad. Es, sin embargo, una configuración comentada indirectamente en la teorización contemporánea acerca de la estructura del Estado moderno. El Estado, sostiene Nicos Poulantzas, siempre se describe a sí mismo, "en una imagen topológica de exterioridad", como separado de la economía: "Como objeto epistemológico, el Estado se representa a sí mismo como poseedor de fronteras inmutables, fijadas por medio de su exclusión del dominio atemporal de la economía".[48] Cuando el impulso de la expansión europea se vuelve hacia el inte-

[48] Nicos Poulantzas, *State, Power, Socialism*, p. 17.

rior, hacia el "descubrimiento" de las tierras interiores, es
tas concepciones entran en juego dentro de Europa y en la
fronteras de su expansión. En los capítulos que siguen s
señalará más cabalmente cómo se las reorganiza y cuestio
na en la literatura de viajes y exploración.

II. NARRAR LA ANTICONQUISTA

> A veces los funcionarios de la Compañía permitían que el principal depósito de esclavos en Ciudad del Cabo se usara como una especie de burdel.
>
> PHILIP CURTIN *et al.*, *African History* (1978)

> Es un alivio volver la espalda a estas escenas de enfrentamiento y desorden y observar los esfuerzos que varios colonos hicieron en esta época [1793] para mejorar a los animales domésticos del país.
>
> GEORGE M. THEAL, *A History of Southern Africa* (1907)[1]

EN EL CAPÍTULO anterior se presentó la sistematización de la naturaleza efectuada en el siglo XVIII como un proyecto europeo de construcción del conocimiento que creó una nueva clase de conciencia planetaria eurocentrada. Cubriendo la superficie del globo, especificaba plantas y animales en términos visuales como entidades discretas, subsumiéndo-

[1] Con respecto a los materiales sobre la historia sudafricana, estoy en deuda con las siguientes fuentes: Chinweizu, *The West and the Rest of Us: White Predators, Black Slavers and the African Elite;* Philip Curtin, Steven Feierman, Leonard Thompson y Jan Vansina, *African History,* especialmente los capítulos 9 y 10; D. K. Fieldhouse, *The Colonial Empires: A Comparative Survey from the Eighteenth Century;* Vernon S. Forbes, *Pioneer Travellers of South Africa: A Geographical Commentary upon Routes, Records, Observations and Opinions of Travellers at the Cape, 1750-1800;* Mary Gunn y L. E. Codd, *Botanical Exploration of Southern Africa;* George M. Theal, *History and Ethnography of Africa South of the Zambesi,* vols. II y III (hasta 1795), reeditado como *History of South Africa before 1795.*

las y reacomodándolas en un orden finito y totalizador de hechura europea. Pero tal vez deberíamos ser más específicos con los términos: en este caso, la palabra "europea" se refiere sobre todo a una red de ciudadanos de Europa del Norte que son cultos, sobre todo hombres de los niveles más bajos de la aristocracia y de los niveles medio y superior de la burguesía. En cuanto a "naturaleza", significaba principalmente todas las regiones y ecosistemas que no estaban bajo el dominio de los "europeos", aunque incluía también a muchas regiones de la entidad geográfica conocida como Europa.

El proyecto de la historia natural determinó muchas clases de prácticas sociales y de significación, de entre las cuales los viajes y la literatura de viajes eran las más vitales. Para los propósitos de este libro, es de especial interés el compromiso mutuo entre la historia natural y el expansionismo económico y político de Europa. Como ya señalé, la historia natural afirmó una autoridad urbana, culta y masculina por sobre el resto del planeta; elaboró una comprensión racionalizante, extractiva, disociadora, que ocultaba las relaciones funcionales y experienciales entre personas, plantas y animales. En estos aspectos, representa cierta clase de hegemonía global, sobre todo una hegemonía basada en la posesión de tierra y recursos, más que en el control sobre las rutas. Al mismo tiempo, el sistema de la naturaleza en sí, como paradigma descriptivo, era una apropiación del planeta totalmente benigna y abstracta. Como no pretendía poseer poder transformador alguno, difería mucho de las articulaciones francamente imperiales de la conquista: conversión religiosa, apropiación territorial y esclavitud. El sistema generó, como señalé antes, una visión utópica e inocente de la autoridad europea global, a la que me refiero como una *anticonquista.* Con ese término trato de poner de relieve el significado *relacional* de la historia natural: pretendo señalar hasta qué punto se tornó significativo especí-

fragmente en contraste con una anterior presencia europea expansionista, imperial y preburguesa.

En este capítulo me propongo ilustrar más concretamente el impacto de la historia natural y la ciencia global sobre la literatura de viajes. A través de una serie de ejemplos quiero señalar que la historia natural brindó medios para narrar viajes y exploraciones tierra adentro que no apuntaban al descubrimiento de rutas comerciales sino a la vigilancia territorial, la apropiación de recursos y el control administrativo. Esta exposición requiere ser leída juntamente con los dos capítulos siguientes, que abordan la literatura de viajes sentimental, la otra forma importante de anticonquista en este periodo. En la literatura de viajes, sostengo, la ciencia y el sentimiento codifican la frontera imperial en los dos lenguajes eternamente complementarios y en pugna de la subjetividad burguesa.

A continuación examino una secuencia de cuatro libros de viajes noreuropeos sobre África del Sur, escritos a lo largo del siglo XVIII y que abarcan lo que he llamado el parteaguas de Linneo: Peter Kolb, *The Present State of the Cape of Good Hope* [*El estado presente del Cabo de Buena Esperanza*] (Alemania, 1719); Anders Sparrman, *Voyage to the Cape of Good Hope* [*Viaje al Cabo de Buena Esperanza*] (Suecia, 1775); William Paterson, *Narrative of Four Voyages in the Land of the Hottentots and the Kaffirs* [*Narración de cuatro viajes a la tierra de los hotentotes y los kaffirs*] (Gran Bretaña, 1789) y John Barrow, *Travels into the Interior of Southern Africa* [*Viajes al interior de África del Sur*] (Gran Bretaña, 1801). No es mi propósito ofrecer aquí un panorama de la extensa literatura de viajes sobre África del Sur. De ese periodo he seleccionado, en cambio, cuatro textos que ilustran muy bien la influencia discursiva de la historia natural y de la nueva conciencia planetaria. (En el capítulo siguiente se ha tomado un ejemplo opuesto de literatura de viajes sudafricana.) Mis observaciones coinciden en varios puntos con

las de J. M. Coetzee en su estudio de 1988, titulado *White Writing: On the Culture of Letters in South Africa* [*La escritura de los blancos: la cultura epistolar en Sudáfrica*]. Los primeros capítulos de este valioso libro se concentran principalmente en la literatura de viajes de los siglos XVIII y XIX en África del Sur, incluyendo a los escritores que aquí se analizan. Coetzee procede a examinar la manera en que la problemática de la representación europea se prolonga en la literatura de los siglos XIX y XX en África del Sur, tal como yo he tratado de hacerlo, en el capítulo VI, en relación con la América española.

La literatura sobre el Cabo de Buena Esperanza es particularmente fructífera para estudiar los cambios discursivos en la literatura de viajes, porque el Cabo era un lugar donde se manifestaron de manera impresionante y dramática los viajes científicos, el impulso para la expansión hacia el interior y las cambiantes relaciones de contacto que éstos engendraron. La "gran época" de los viajes científicos suele asociarse con las expediciones a los Mares del Sur de Cook, Bougainville y otros, organizados en primera instancia alrededor del tránsito de Venus en 1768. Estas expediciones marítimas inauguraron la era de los viajes científicos y de la literatura de viajes científica. Pero al mismo tiempo, marcan un final: la última gran fase náutica de la exploración europea. Cook descubrió y trazó un plano de las costas del último continente sin mapas: Australia. En cierto modo, él preparó el escenario para la nueva fase de exploración tierra adentro. El Cabo de Buena Esperanza era uno de los pocos lugares de África por donde los europeos del Norte tenían acceso al interior continental. Era un imán, tanto para los colonos como para los exploradores ansiosos por dejar su marca. Fue un lugar donde la colonización interior estalló en un conflicto abierto con el mercantilismo orientado hacia el mar, donde la competencia entre las naciones europeas se dirimió casi como una guerra. En las primeras

décadas del siglo XIX, a medida que la expansión interior proseguía, África del Sur habría de convertirse también en un sitio de prueba canónico para la misión civilizadora en los trabajos de la London Missionary Society (Sociedad Misionera de Londres) y su inmanejable estrella: David Livingstone.

Establecida en 1652 por la Compañía Holandesa de las Indias Orientales como un puerto de abastecimiento para barcos comerciales, la Colonia del Cabo resultó ser un vital punto de paso para toda clase de viajeros europeos. Se podía obtener carne fresca recurriendo a la población indígena khoikhoi ("hotentote")[2] y la Compañía cultivaba verduras para combatir el escorbuto, proporcionaba descanso, cuidaba de los marineros enfermos, abastecía a los barcos con tripulantes sanos, etc. Por ser vulnerable a los ataques y depender de la población indígena criadora de ganado para consumir carne fresca, la Compañía se esmeró mucho al principio por minimizar su usurpación de la región y su explotación de la mano de obra indígena. En 1654 fue rechazada una propuesta para intentar esclavizar a los khoikhoi. Inicialmente los esclavos se conseguían en África Occidental y después en Malasia y Ceilán. No obstante, los conflictos fronterizos eran constantes (el primer asesinato racial registrado se produjo en 1653), y se intensificaron mucho en la década de 1670, mientras se expandía también la colonización interior por los europeos.

Pocos años después de la fundación de la Colonia del Cabo, la Compañía Holandesa de las Indias Orientales accedió reticentemente a conceder a una parte de los habitantes

[2] He decidido seguir aquí la nomenclatura usada por Curtin *et al.* (véase la nota 1), que hace referencia a los pueblos africanos con nombres de origen indígena, y no por nomenclaturas europeas coloniales. Así, excepto en las citas, el pueblo conocido en la literatura europea como "hotentotes" es llamado khoikhoi; los "bosquimanos", son mencionados como !kung; los "kaffirs", como nguni; en general el término tradicional "bóer" ha sido reemplazado por la palabra contemporánea "afrikáner".

el estatus de *free burghers*, o sea "granjeros libres", y a permitirles que se apoderaran de tierras de labranza y pastoreo, arrebatándoselas a los pueblos indígenas criadores de ganado. Esta población de colonos independientes creció poco a poco, principalmente a partir de las filas de los trabajadores de la Compañía, los marineros extraviados y las mujeres africanas o euroafricanas. (Hasta 1685 no hubo prohibiciones raciales en el matrimonio; a partir de esa fecha fueron prohibidos los matrimonios entre personas europeas y africanas, pero no entre europeos y personas mestizas.) La cantidad de colonos aumentó sustancialmente en 1689 con el arribo de 150 disidentes hugonotes de Holanda, que introdujeron la Iglesia Holandesa Reformada. En 1699 la población de granjeros independientes (bóer), ancestros de los actuales afrikáners, ascendía a más de 1 000 hombres, mujeres y niños, dueños de un número no especificado de esclavos. Un siglo más tarde, eran 17 000, más 26 000 esclavos. Hoy ascienden a dos millones.[3]

A grandes rasgos, la sociedad agropastoral afrikáner y la actual guerra racial de África del Sur existían ya en el año 1700. La prisión de Robben Island, donde Nelson Mandela y los fundadores del Congreso Nacional Africano estuvieron encarcelados durante la década de 1960, fue establecida en 1657 para alojar a los hotentotes "que asaltaran o robaran a un granjero independiente".[4] En gran medida fuera del control de la administración de la Compañía, y con frecuencia en discrepancia con los intereses de ésta, la sociedad de granjeros independientes se desarrolló según su propia tendencia expansionista, presionando para abrirse paso tierra adentro, por lo general en conflicto y ocasionalmente en alianza con los jefes khoikhoi de la región. Merced a la fuerza de los caballos (que, por ley, los africanos indígenas no

[3] Curtin *et al.*, *op. cit.*, p. 295.
[4] Theal, *op. cit.*, vol. III, p. 68.

podían tener) y a la de las armas de fuego (que, por ley, los colonos europeos debían tener), así como a las alianzas estratégicas entre grupos rivales, los europeos superaron gradualmente el control indígena y destruyeron las estructuras socioeconómicas locales. Las epidemias de viruela de 1713, 1755 y 1767 debilitaron la posición indígena. Gradualmente más y más khoikhoi fueron obligados a convertirse en trabajadores de subsistencia, apacentando el ganado de los boers en vez del propio. Hacia 1778 el nuevo gobernador, Von Plattenburg, informó que no había encontrado comunidades khoikhoi autónomas en la Colonia del Cabo. Lo que, desde luego, no equivale a decir que la sociedad indígena y la resistencia indígena a la colonización terminaron allí; ambas continuaron en formas que discutiré más adelante.

Desde el comienzo de su presencia, los europeos del Cabo organizaban periódicamente expediciones para explorar el interior. Uno de los primeros objetos de interés, típico del siglo XVII, fue un imperio mítico, productor de oro, conocido como Monomotapa, algo así como El Dorado tan largamente buscado en las Américas.[5] Se creía que estas primeras expediciones no habían realizado ningún descubrimiento de valor; y tampoco, en la era de la narrativa de navegación, produjeron libros de viajes. Fue recién a comienzos del siglo XVIII cuando se inició formalmente una literatura europea en África del Sur, y una de sus primeras y mayores contribuciones ha sido la obra de Peter Kolb titulada *The Present State of the Cape of Good Hope.*

Monomotapa resultó ser un lugar real. En los siglos XIII y XIV, se había consolidado en el Valle de Zambezi un gran Estado de minería del oro, que los historiadores modernos llaman Gran Zimbabwe. En los siglos XVI y XVII ese Estado entró en un prolongado conflicto con los portugueses buscadores de oro y empezó a declinar. Los sobrevivientes se reagruparon en el valle de un río tributario del Zambezi, donde siguieron excavando oro. Sus gobernantes eran conocidos como Mwene Mutapa, de donde surgió el término europeizado "Monomotapa" (Curtin *et al., op. cit.*, capítulo 9).

Peter Kolb y la reivindicación de los hotentotes

Publicado en alemán en 1719, el libro de Kolb fue traducido al holandés (1721), inglés (1731) y francés (1741) y siguió siendo una de las principales fuentes impresas sobre África del Sur durante la primera mitad del siglo.[6] Kolb, que era matemático, fue enviado al Cabo en 1706 por un patrocinador prusiano para realizar investigaciones astronómicas y meteorológicas.

Aunque su misión era científica, el relato de Kolb, como el de La Condamine en América del Sur, no lo fue. Su libro, como el de La Condamine, contrasta en muchos aspectos con lo que se escribía del otro lado del parteaguas de Linneo. Esta obra está dedicada principalmente, como lo expresa la primera página, a "Un particular INFORME sobre las diversas NACIONES de los *HOTENTOTES:* su religión, gobierno, leyes, costumbres, ceremonias y opiniones; su arte de la guerra, profesiones, lengua, carácter, junto con una breve RELACIÓN sobre la COLONIA HOLANDESA en el CABO". El relato de Kolb consiste en líneas generales en vívidas descripciones etnográficas de la sociedad y las formas de vida khoikhoi y está escrito según el modelo tradicional de descripción de costumbres y conductas. Si bien el relato se basa en lo que Kolb describe como años de contacto con muchos grupos diferentes de hotentotes, no se narra el contacto mismo, ni tampoco los viajes de Kolb por las tierras interiores. Kolb escribía antes de que surgieran los paradigmas narrativos para los viajes y las exploraciones interiores, lo que aconteció en las últimas décadas de ese siglo. En 1719 aún prevalecían los paradigmas de la náutica: la única parte de su experiencia que Kolb presenta como narración es su viaje de seis meses por mar para llegar al Cabo. En concordancia

[6] Peter Kolb (o Kolben), *The Present State of the Cape of Good Hope,* vol. I.

FIGURA 8. *Frontispicio de la edición francesa de la obra de Peter Kolb,* Present State of the Cape of Good Hope *(Description du cap de Bonne Espérance [Descripción del Cabo de Buena Esperanza], Ámsterdam, Jean Catuffe, 1741). "Historia —dice el pie de ilustración— se prepara para escribir lo que le enseñó Experiencia, quien se presenta con su piedra de toque y su lema* Rerum Magistra. *En el fondo aparece la bahía del Cabo de Buena Esperanza; sobre una nube está la compañía de la East India Company sostenida por el dios del comercio.*

con las convenciones de la narrativa de navegación, la travesía está contada como una historia de supervivencia canónica, con tormentas, enfermedad, falta de agua dulce y amenazas de ataque en mares encrespados.

Como el título lo promete, el relato de Kolb incluye capítulos sobre la vida khoikhoi: formas de gobierno, religión, ceremonias, economía doméstica, cría de ganado, medicina, etc. Es fácil confirmar lo vívido de la descripción, pero no lo es tanto hablar de su exactitud. Kolb declara que él "tomó por norma no creer nada que no hubiera visto y que fuera posible ver"; pero a continuación afirma haber visto "que los *negros* nacen blancos"[7] y ¡cambian de color siete días después! No obstante, su relato es indudablemente la fuente más importante sobre la población indígena del Cabo en este período. He aquí un pasaje representativo, que transmite algo del sabor de su escritura:

> Para hacer mantequilla usan, en lugar de mantequillera, el cuero de una bestia salvaje, en forma de bolsa, con el lado peludo hacia adentro. En esta bolsa ponen leche hasta la mitad. Después atan el saco y dos personas, hombres o mujeres, lo toman, uno por un extremo y el otro por el otro, y sacuden vivamente la leche de aquí allá, hasta que se convierte en mantequilla. Después la ponen en potes, ya para untar sus cuerpos y *kruces,* o para la venta a los *europeos;* porque los *hotentotes,* excepto en el servicio de los *europeos,* no comen mantequilla.[8]

La última oración es interesante porque ubica a "los europeos" en el mismo contexto que "los hotentotes", según el tipo de interacción cotidiana que se produce constantemente en las zonas de contacto. Tal interacción habría de encontrar poco espacio en los escritores que seguirían. El co-

[7] Kolb, *op. cit.,* p. 56.
[8] *Ibidem,* p. 172.

mentario de Kolb sobre la mantequilla revierte la habitual dirección del intercambio y el valor cultural eurocolonial. En este caso son los europeos los que consumen una sustancia que los africanos rechazan por incomible; los europeos no están vendiéndoles sino comprándoles un producto manufacturado a los africanos. ¿Quiénes son los bárbaros y quiénes los civilizados? ¿Quiénes son los mercaderes y quiénes los compradores?

Tal vez podamos atribuir estas manipulaciones de la perspectiva al intento polémico de Kolb: reivindicar a los khoikhoi de los estereotipos negativos establecidos por escritores anteriores. Kolb ataca a sus predecesores por "su precipitación y volubilidad al describir el carácter de los *hotentotes,* cuya conducta y modales, aunque bastante malos, no lo son tanto como se ha dicho".[9] Con un humanismo ausente en los escritores posteriores, Kolb afirma a los hotentotes sobre todo como seres culturales. Expresa una aguda crítica de las declaraciones europeas respecto de la falta de capacidad de los hotentotes para la creencia religiosa; declaraciones hechas, por supuesto, por escritores cristianos que trataban de explicar el completo fracaso de la evangelización en el Cabo. En respuesta, Kolb señala la profundidad del compromiso de los khoikhoi con su propia religión; en otras palabras, insiste en que sean comprendidos por los europeos en los mismos términos en que los europeos se comprenden a sí mismos. Sin negar lo repugnantes que eran para los europeos muchas prácticas khoikhoi, rechaza los paradigmas de diferencia esencial que hacen que para los europeos sea "natural" tratar a los africanos de un modo distinto a como se tratan ellos mutuamente. Por ejemplo, el pasaje sobre la mantequilla que hemos citado condena luego lo "asqueroso" del producto y las condiciones de suciedad en que se le elaboraba, pero en el párrafo siguiente se

[9] *Ibidem,* p. 37.

condena también a los europeos del Cabo, que compraban grandes cantidades de aquella mantequilla. Es extraño y hasta chocante, pero en la descripción de Kolb los khoikhoi no son un pueblo conquistado, ni Kolb defiende su conquista. De hecho, cuando describe sus relaciones con los colonos holandeses, pinta un cuadro idealizado de dos naciones que, después de las confrontaciones iniciales, construyeron "el más solemne de los Compromisos" para dejar de guerrear y, en lugar de ello, existir como una Confederación mediante la que pudieran defenderse mutuamente de los enemigos comunes.

En concordancia con su punto de vista interactivo, el relato de Kolb, especialmente en comparación con los relatos posteriores, tiene un carácter sorprendentemente dialógico. Se cita con frecuencia a personas khoikhoi (aunque nunca en su propia lengua) o se les representa respondiendo a las preguntas del autor acerca de sus acciones o costumbres; por cierto, Kolb muestra una particular fascinación por las complejidades de la interacción en la zona de contacto. Al comienzo de su relación establece lo que podríamos llamar una perspectiva de contacto, mediante una larga anécdota acerca de un talentoso empresario khoikhoi llamado Claas, quien llegó a ser agente de negocios entre europeos e indígenas pero terminó quedando mal con ambos. Otro caso anecdótico relata la historia de un muchacho indígena que fue criado por holandeses y enviado al exterior, de donde regresó para volver a incorporarse a la sociedad indígena.

La insistencia de Kolb en la conmensurabilidad de las sociedades khoikhoi y europea constituye la limitación misma de su enfoque. Su estrategia de reivindicación de los khoikhoi no consiste en demostrar que son iguales a los europeos (él no cree tal cosa) sino en mostrar que son seres cabalmente antropológicos, en términos europeos. A diferencia de lo que afirman sus detractores, los khoikhoi pue-

den ser descritos en función de toda la gama de categorías por medio de las cuales los europeos reconocen a otras sociedades como reales y humanas: religiones, gobierno, leyes, profesiones, etc. —el catálogo completo del título del libro de Kolb—. Son también éstas las categorías por las que los europeos se definen y valoran a sí mismos y se comparan con otros. Obviamente, la reivindicación que hace Kolb de los khoikhoi implica asimilarlos a los paradigmas culturales europeos. Las diferencias que caen fuera de los paradigmas son inaccesibles al discurso o sólo pueden expresarse como ausencias y carencias. O sea que, como señala J. M. Coetzee, las diferencias más fundamentales entre los khoikhoi y los europeos pueden estar más claramente presentes, aunque en una forma perversa, en el discurso de sus detractores. Coetzee atribuye la difundida denigración de los "hotentotes" en los escritos europeos de los siglos XVII y XVIII a la frustración por la incapacidad de los khoikhoi para satisfacer las expectativas antropológicas y económicas. Desde su primer contacto con los habitantes del Cabo, según los documentos de Coetzee, los europeos criticaron incesantemente a los "hotentotes" por su ociosidad y su pereza, es decir, por su incapacidad (negativa) a responder a la oportunidad (exigencia) de trabajar por una recompensa material. Lo que falta, arguye Coetzee, es el reconocimiento de los valores internos de la sociedad khoikhoi y sus formas de vida, basadas en la subsistencia. "El momento en que el viajero-escritor condena a los hotentotes por no hacer nada es también el momento en que los hotentotes lo ponen frente a frente (si es que puede reconocerlo) con los límites de su marco conceptual."[10] Tanto la posición de Kolb como la

[10] J. M. Coetzee, *White Writing: On The Culture of Letters in South Africa*, p. 9. En este punto Coetzee parece darse de cabeza, él también, contra los límites de su propio marco conceptual. La visión alternativa de la "ociosidad", parece sugerir en este ensayo, es la de Adán antes de la Caída, un paradigma cuya idealización y eurocentrismo reconoce claramente.

de los autores contra los cuales él escribía muestran esta profunda limitación.

Hacia fines del siglo XVIII, a medida que surgían las categorías racistas modernas, que el intervencionismo europeo se hacía cada vez más militante y la sociedad khoikhoi era destrozada y sometida por los colonizadores, la postura humanista de Kolb desapareció como posibilidad discursiva. Los "hotentotes" dejaron de ser descritos por los europeos en función de categorías tales como gobierno, profesiones, opiniones o carácter (como en el título de Kolb). Por cierto, las clasificaciones de los seres humanos elaboradas por Linneo en 1759 (figura 7) borraron todas aquellas categorías con la despectiva frase: "regidos por el capricho". Como otros comentaristas han señalado, en este periodo aun las filosofías europeas que valorizaban las formas de vida no europeas empezaron a compartir esta actitud reduccionista: en las construcciones europeas, los nobles salvajes americanos y los paradisíacos polinesios eran valorados precisamente por su supuesta *carencia* de gobierno, profesiones, leyes e instituciones.[11] Kolb escribió antes de que se consolidara esta reducción global de las sociedades de subsistencia a la naturaleza.

Por último, y como era de prever, en el relato de Kolb el tratamiento de la tierra y el espacio contrasta agudamente con los escritos posteriores. Visto retrospectivamente, lo que habría de llegar a ser paisaje e historia natural en el trabajo de Kolb brilla por su ausencia. Y cuando aparece, los términos de la presentación son muy diferentes de los de los escritores clasificadores posteriores a Linneo. La siguiente descripción del interior del Cabo, por ejemplo, cele-

[11] Como se ha señalado con frecuencia, tales lecturas de las sociedades no europeas parecen reflejar las ansiedades de los europeos por la rápida institucionalización y racionalización de sus propias sociedades. Una vez más, la autocomprensión occidental sólo funciona inventando un otro proyectado, cuyo otro es el yo europeo.

bra la diversidad pero no da señal alguna de un impulso diferenciador, clasificador:

> Todas las llanuras y valles son encantadoras praderas, donde la naturaleza se muestra en tal profusión de encantos que deleita el ojo que la contempla. Por todas partes [la tierra] sonríe; y por todas partes está adornada con bellos árboles, plantas y flores, algunas tan extraordinarias y de forma y belleza tan atractivas, y todas tan fragantes, que llenan los ojos de increíble deleite y el aire con los más dulces aromas. Entre ellas se cuentan el áloe y otros curiosos árboles medicinales, con hierbas de cualidades médicas en abundancia.[12]

El lenguaje corrobora la caracterización que hizo James Turner de la descripción paisajística en el siglo XVII diciendo que era resultado de una "superposición", "no un retrato de determinado lugar sino una construcción ideal de ciertos motivos. Su propósito es expresar el carácter de una región o una idea general de la buena tierra".[13] Tal como en el relato de La Condamine, en el de Kolb la flora y la fauna singulares son destacadas por su rareza, sus cualidades medicinales o el lugar que ocupaban en las formas de vida indígenas. Por ejemplo, las dos descripciones botánicas más complejas que hace Kolb, incluyendo dibujos, son las de las sustancias que los khoikhoi apreciaban especialmente: la hoja de la *dacha* (cannabis) y la raíz de *Kanna* (ginseng). En cuanto al proyecto descriptivo totalizador de Europa, no aparece en absoluto.

Si bien Kolb rechaza las distinciones esenciales entre africanos y europeos, otra línea de jerarquía divide profundamente su mundo humanista: la esclavitud. Aun cuando combate los estereotipos reductivos de los khoikhoi (que no

[12] Kolb, *op. cit.*, p. 23.

[13] James Turner, *The Politics of Landscape: Rural Scenery and Society in English Poetry 1630-1660*, p. 10.

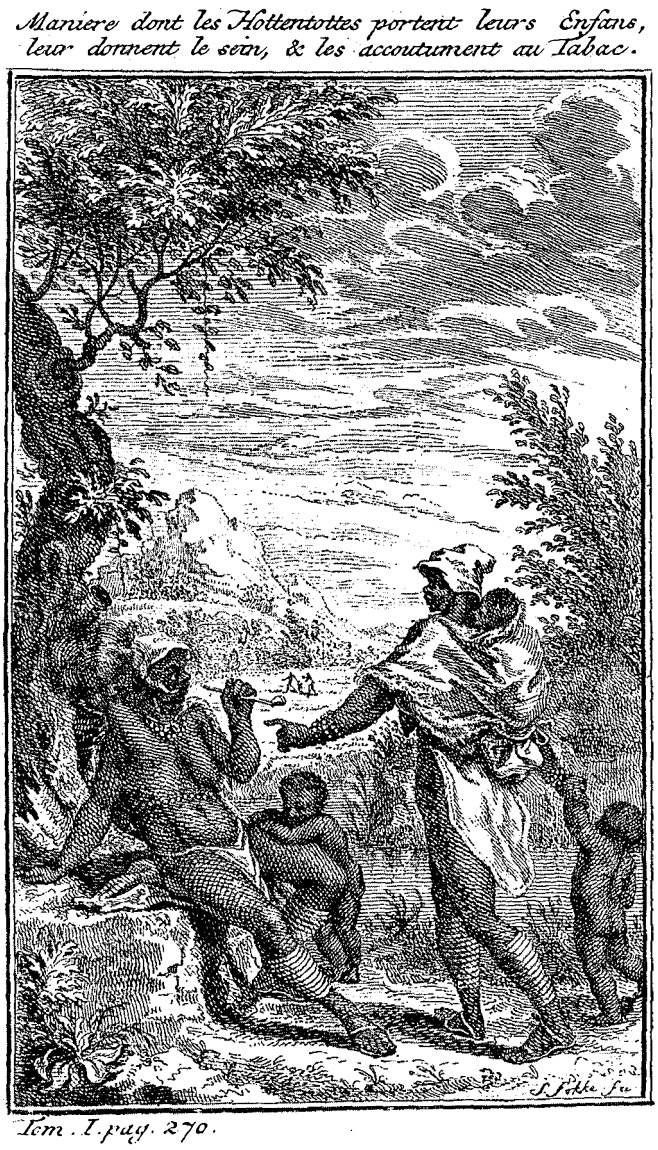


FIGURA 9. *"Cómo los hotentotes cargan y cuidan a sus bebés y los instrumentos para fumar tabaco", de la traducción francesa del texto de Peter Kolb,* Present State of the Cape of Good Hope *[Description du cap de Bonne-Espérance (Descripción del Cabo de Buena Esperanza), Ámsterdam, Jean Catuffe, 1741].*

Figura 10. *"Aldeas y chozas de los hotentotes", de la traducción francesa del texto de Peter Kolb,* Present State of the Cape of Good Hope *[Description du cap de Bonne-Espérance (Descripción del Cabo de Buena Esperanza), Ámsterdam, Jean Catuffe, 1741].*

eran esclavos, no tenían dueño), Kolb escribe evidentemente desde dentro de un mundo preabolicionista. Su descripción de la Colonia del Cabo empieza con casas e iglesias y termina con viviendas de esclavos y establos. Son los esclavos los que continuamente empujan a la sociedad, y al discurso de Kolb, al desorden. Kolb describe a los esclavos de África Occidental que había en el Cabo como "los más intratables, vengativos y crueles canallas que haya conocido nunca". El primer volumen termina con una escalofriante relación de "una o dos ejecuciones". Una de las anécdotas se refiere a la suerte que corrieron un grupo de esclavos que intentaron escapar y en el proceso de la fuga asesinaron a un europeo, "le abrieron el vientre, le arrancaron las entrañas y las colgaron en los arbustos próximos". Capturados y condenados, fueron torturados hasta la muerte:

> Cuatro de los hombres fueron descuartizados vivos: el elegido de la reina fue colgado. Los otros presenciaron las ejecuciones con sogas alrededor de sus cuellos; y después fueron fuertemente azotados con cañas partidas y quemados con un hierro al rojo vivo. Los cuatro que fueron descuartizados vivos no mostraron signos de preocupación cuando los estiraron en la rueda. Ni tampoco, cuando sus miembros se quebraban por los violentos golpes de los verdugos, exhalaron grito alguno, excepto un "¡Oh!", ni dieron muestras de queja...[14]

Y así sigue por media página más llena de sangrientos detalles. Quienes hayan leído el estudio de Michel Foucault sobre el castigo corporal, *Moi, Pierre Rivière...*[15] reconocerán aquí el discurso sensual y sensacionalista de la tortura que precedió a la consolidación en Europa de formas institucio-

[14] Kolb, *op. cit.*, pp. 362-363.

[15] Michel Foucault, *Moi, Pierre Rivière, ayant égorgé ma mère, ma soeur et mon frère* [*Yo, Pierre Rivière, habiendo degollado a mi madre, mi hermana y mi hermano...*]

nales de control social, tales como prisiones, clínicas, escuelas. Kolb no expresa disgusto alguno por ese discurso; y sin embargo, la verdad es que las anécdotas sensacionalistas sobre torturas de esclavos interrumpen su texto (irrumpen en él). La dimensión dialógica desaparece; no son las palabras sino el silencio, la ausencia de gritos de los esclavos torturados lo que se registra. En el mundo de Kolb, la esclavitud parece ser una perturbación, una ocasión para el sensacionalismo, pero también una práctica contenida o normalizada. Desde luego, habría de llegar a ser menos contenida y normalizada en las últimas décadas del siglo. En los escritos de viajes científicos que siguen, el sensacionalismo y la esclavitud prácticamente desaparecen, como se extingue también la mayor parte del drama social de todo tipo. Por otra parte, como mostraré en el siguiente capítulo, ambos rasgos encuentran finalmente un nuevo hogar en la literatura de viajes sentimental, gran parte de la cual era partidaria de la causa abolicionista. En esas obras, el lenguaje sensacionalista del dolor que usa Kolb para reafirmar la esclavitud se transforma estratégicamente en una intensa retórica de protesta.

En suma, el relato de Kolb, como gran parte de la literatura de la expedición de La Condamine, precede tanto al Sistema de la Naturaleza como a la normalización de la exploración y los viajes interiores en las fronteras de la expansión europea. Representa también un particular momento en la historia de Sudáfrica. En la época de Kolb, 60 años de continua presencia europea no habían logrado producir una conquista local y aún había hegemonía indígena. No obstante, la dominación europea figuraba en las intenciones, sobre todo, de los libros en contra de los cuales Kolb escribía, que defendían el sometimiento liso y llano de los khoikhoi. Dentro del círculo ideológico de esos libros, la resistencia khoikhoi al cristianismo, por ejemplo, se consideraba una prueba más de las inferioridades intrínsecas de los nativos que

justificaban la conquista. Dentro de ese contexto, tal vez la afirmación de Kolb de los khoikhoi como seres culturales, políticos, religiosos y sociales no constituya un ingenuo gesto igualitario sino una actitud crítica, según la cual la superioridad europea (de la que Kolb está indudablemente convencido) no implica naturalmente sojuzgamiento. Sesenta años después están en vigencia discursos que tornarían esa actitud obsoleta y prácticamente imposible.

Naturalizar la zona de contacto: Anders Sparrman y William Paterson

El final del siglo XVIII fue un momento de crisis y conmoción en el Cabo de Buena Esperanza. A medida que la colonia europea crecía, se intensificaba la impaciencia local con las políticas proteccionistas de la Compañía de las Indias Orientales, proceso que ocurría al mismo tiempo en las Américas. En 1779 estalló una revuelta de los colonos en Ciudad del Cabo. En el interior, la actividad agraria expansionista de los afrikáners generó un intenso conflicto endémico entre ellos y los intereses mercantiles de la Compañía por una parte, y los pueblos residentes indígenas, por la otra. En 1778 algunos funcionarios de la Compañía trataron de establecer el río Fish como el límite interior para la ocupación de tierras por los colonos, estableciendo que más allá todo seguiría en manos de las sociedades indígenas independientes nguni (en lengua bantú, "kaffir"). Innecesario es decir que esa declaración no logró estabilizar la situación; y la Compañía no estaba preparada para asumir el gran compromiso que hubiera requerido imponerla. El "embrionario pueblo afrikáner", como Curtin *et al.* llaman a aquella población, siguió defendiendo sus propios intereses y construyendo su propia sociedad. En la década de 1770 estaban ya en vigor leyes de control del desplazamiento de personas;

como las que fueron suspendidas en Sudáfrica en 1987. Los grupos nguni siguieron oponiéndose a las incursiones de los afrikáners desde el otro lado del río, y los afrikáners siguieron siendo hostigados por grupos indígenas, sobre todo los !kung (bosquimanos). También los molestaba otro fenómeno de la zona de contacto: las llamadas "bandas mixtas" de khoikhoi, !kung, esclavos fugitivos, euroafricanos y ocasionalmente algún renegado blanco.[16]

Pese a los levantamientos del periodo, hacia fines del siglo XVIII la expansión de la sociedad de los colonos independientes estaba haciendo mucho más factible para los europeos viajar por el interior de África del Sur. Y con el florecimiento de la historia natural, los viajes llegaron a ser sumamente atractivos, al tiempo que el surgimiento de los nuevos paradigmas narrativos hacía que cada vez se escribiera y se leyera más sobre viajes. Estos cambios se advierten claramente en los escritos de dos viajeros de la década de 1770: el sueco Anders Sparrman y el inglés William Paterson.

Discípulo de Linneo, Sparrman fue enviado a África del Sur en 1772 en calidad de naturalista que se ganaría la vida como preceptor privado. A fines de ese año se incorporó a la segunda expedición de Cook alrededor del mundo y dos años después retomó su trabajo en el Cabo, donde permaneció hasta 1776. Considerado como "el primer relato extenso de viajes en las profundidades del interior de África del Sur",[17] el muy citado libro de Sparrman *Voyage to the Cape of Good Hope*[18] fue publicado en sueco en 1783. En 1784 apareció una traducción al alemán a la que siguieron cuatro ediciones en inglés a partir de 1785, y traducciones al holandés y al francés en 1787.

[16] Curtin *et al.*, *op. cit.*, p. 298.

[17] Forbes, *op. cit.*, p. 46.

[18] Anders Sparrman, *A Voyage to the Cape of Good Hope*, vol. I; reimpr. Nueva York, 1971.

Paterson era hijo de un jardinero escocés y la condesa de Strathmore lo envió al Cabo como recolector botánico. De él se dijo que fue "el primero que escribió y publicó en inglés un libro íntegramente dedicado a una descripción de sus experiencias directas de viaje por África del Sur";[19] su *Narrative of Four Voyages in the Land of the Hottentots and the Kaffirs*[20] apareció en inglés en 1789, y al año siguiente se publicaron traducciones al francés y al alemán y una segunda edición inglesa. En 1781, ya con el grado de teniente, Paterson participó en un ataque británico a la Colonia del Cabo, lo que dio origen a la acusación de que sus viajes habían sido de espionaje. Indudablemente, es probable que los británicos hayan sacado gran provecho de sus estratégicos conocimientos.

En los prefacios a sus libros, tanto Sparrman como Paterson se identifican explícitamente como precursores de una nueva era de exploración interior y viajes científicos, particularmente con respecto a África. En su prefacio Paterson se define a sí mismo por encima y en contra de conquistadores y viajeros comerciales, ninguno de los cuales, dice, ha sido capaz de apreciar África:

> Si la ambición nunca infundió en los conquistadores del mundo el deseo de extender su imperio a los desiertos de África; si el comercio no ha tentado a los hombres a examinar un país

[19] Forbes, *op. cit.*, p. 81.

[20] Teniente Guillaume Paterson, *Relation de quatre voyages dans le pays des Hottentots et dans la Caffrerie*. Lamentablemente, no he tenido acceso al original inglés de la narración de Paterson; las traducciones del francés son mías. En 1980 se publicó en Johannesburgo una lujosa edición del original de Paterson (que había sido descubierto en la década de 1950). Preparada por Vernon S. Forbes y John Rourke *(Paterson's Cape Travels 1777-1779)*, el volumen incluye meticulosas notas, mapas, materiales introductorios y complementarios y muchas de las ilustraciones originales, a color. La versión del manuscrito anterior a la revisión difiere mucho de la versión publicada; de allí entonces mi decisión de confiar en el texto francés de 1790.

> cuya apariencia exterior jamás seduciría a nadie cuyo único objetivo fuera incrementar su riqueza [...] aun así existen hombres que encuentran que estos países, pese a todos los horrores que encierran, son capaces de brindar satisfacciones.[21]

Estos nuevos hombres son, desde luego, los naturalistas. El prologuista inglés de Sparrman lo califica de innovador, señalando que "de hecho, la relación que él ofrece del aspecto general del país puede ser considerada, en gran medida, como nueva", dado que de los marinos "no podía esperarse" que brindaran tal información.[22]

No es sorprendente que estos dos escritores se aparten claramente de la literatura anecdótica de supervivencia y del discurso sensacionalista de monstruosidades y maravillas. De hecho, establecen su autoridad distanciándose de ambos. El prefacio de Paterson anuncia gravemente que su libro "no es una novela disfrazada de libro de viajes", y Sparrman le advierte al lector que "muchísimos prodigios y apariciones extrañas, sobre los que me preguntan con frecuencia [...] no habrán de ser encontrados en mi diario". Aunque "los hombres con un solo pie, en efecto, los Cíclopes, las Sirenas, los Trogloditas y otros seres imaginarios han desaparecido casi totalmente en esta era ilustrada", señala Sparrman, sus predecesores han sido culpables de contar leyendas casi tan maravillosas como aquéllas", particularmente con respecto a los hotentotes.[23] (Aquí el dardo está dirigido sobre todo a Peter Kolb.)

Para los dos emisarios de Linneo, la narración de viaje se organiza en función de la empresa acumulativa y de observación de documentar la geografía, la flora y la fauna. El encuentro con la naturaleza y su transformación en historia natural forman el andamiaje narrativo. El procedimiento

[21] Paterson, *op. cit.*, p. 5.
[22] Sparrman, *op. cit.*, p. vi.
[23] *Ibidem*, pp. xv-xvi.

parece tan obvio que resulta difícil concebirlo como una innovación. Como sería de esperar, en estos libros el paisaje ya no es emblemático ni resulta de una superposición, sino que es altamente específico y diferenciado.

El siguiente pasaje ilustra bien la manera en que el sistema de la naturaleza genera la sustancia del relato de viaje de Paterson:

> Cuando hubo pasado el calor del día nos dirigimos hacia el este-noreste, a través de una región extremadamente árida y dejando a nuestra derecha la inmensa cadena de montañas: a unas 40 millas [64 km] de distancia observábamos otra cadena montañosa, a nuestra izquierda. Aunque esta región tiene un aspecto sumamente árido, presenta sin embargo una gran abundancia de plantas de la clase del euforbio, de *telefio, mesembryanthemum* y varias especies de geranio.[24]

El lenguaje del autor es extremadamente visual y analítico. Las páginas están salpicadas de la bastardilla de Linneo, aunque nunca tanto como para desconcertar al no iniciado. He aquí un párrafo de Sparrman que acusa una tendencia muy similar:

> Muy tarde por la noche llegamos a la granja de nuestro conductor, que estaba muy bien situada sobre la otra orilla del río Bott. Este río estaba obstruido a pequeños intervalos por unas hermosas montañas altas, cuyos picos y crestas ponían una deliciosa variedad en el paisaje. En las laderas de algunas se veían cavernas y grutas que sin duda no existían desde el comienzo sino que se produjeron debido a las vicisitudes y cambios a que están sujetos todos los objetos naturales.[25]

[24] Paterson, *op. cit.*, p. 23.
[25] Sparrman, *op. cit.*, p. 128.

La persona que lee varias páginas de tan inofensivas descripciones no puede dejar de evocar la imagen del naturalista como Adán solo en su jardín. ¿Dónde está la gente? nos preguntamos. Se describe el paisaje como deshabitado, desposeído, no historizado, desocupado aun por los viajeros mismos. La actividad de describir la geografía e identificar flora y fauna estructura una narrativa asocial, en la que la presencia humana, sea europea o africana, es absolutamente marginal, aunque desde luego esa presencia fue un aspecto constante y esencial del viaje mismo. En la escritura, la gente va desapareciendo de la escena a medida que se aproxima Adán —razón por la que él puede pasear a su gusto y luego, ya de vuelta en su casa, dar nombre a las cosas inspirándose en sí mismo y en sus amigos—. En cierto momento del relato, en un islote desierto, Sparrman se describe a sí mismo "herborizando... con las mismas vestiduras que lucía Adán en su estado de naturaleza". Encarnadas en el naturalista, la autoridad y la legitimidad europeas son indiscutibles, y su visión apela, indudablemente, a los lectores europeos.

En cuanto al mundo humano, en gran medida está también naturalizado y funciona como un telón de fondo para la búsqueda del naturalista. En los relatos de Sparrman y Paterson, como en la mayoría de los de su tipo, el grupo viajero aporta una suerte de microcosmos de las relaciones coloniales, entrevistas ocasionalmente en un vistazo fugaz. En el rabillo del ojo escudriñador del lugar los sirvientes khoikhoi entran y salen por los bordes del relato, acarreando agua, cargando el equipaje, arreando los bueyes, robando aguardiente, guiando, traduciendo, buscando los carros perdidos. Mencionados simplemente como "un/el/mi hotentote(s)" —o no mencionados, como en la eterna frase "nuestro equipaje llegó al día siguiente"—, todos los khoikhoi son intercambiables: no se distingue a uno u otro ni por el nombre ni por ningún otro rasgo personal, y su presencia, su *dispo-*

nibilité y su condición subalterna son dadas por sentado. (Paterson: "A la mañana siguiente, como encontráramos una aldea hotentote a dos millas de distancia, tomé a uno de los habitantes como guía".)[26]

En estos libros los khoikhoi, fuera de su fantasmal presencia como miembros de "la partida", habitan una patria textual separada, donde se los presenta como objetos de una descripción etnográfica formal. Sparrman les dedica una digresión descriptiva de 30 páginas de extensión en la mitad de su libro, mientras que Paterson los coloca en una nota al pie de 14 páginas en el primer capítulo, entre notas más cortas sobre el venado y la cebra. Estas descripciones etnográficas poslinneanas de los khoikhoi contrastan con la descripción de Peter Kolb en ciertos aspectos que expresan esquemáticamente el avance de los intereses colonialistas. Expresado de modo simple, mientras Kolb escribió sobre los khoikhoi fundamentalmente como seres culturales, estos dos textos de la década de 1780 los presentan sobre todo como cuerpos y apéndices. La indagación etnográfica de Kolb a base de preguntas y respuestas es remplazada con Sparrman y Paterson por el examen visual como medio de conocimiento. El retrato que hace Sparrman de los hotentotes empieza con cinco páginas dedicadas a las partes del cuerpo, especialmente los órganos genitales,[27] cuatro a la ves-

[26] Paterson, *op. cit.*, p. 196.

[27] Durante los siglos XVIII y XIX, y hasta comienzos del XX, los órganos genitales de los "hotentotes" fueron tema de un interminable y por lo general pornográfico debate en toda Europa. La cuestión central —y la fantasía— era dilucidar si las mujeres khoikhoi poseían una parte genital "extra", que terminó por ser llamada "delantal hotentote". Abundan los "testigos" de ambas partes y el debate constituye uno de los capítulos más sórdidos de la historia de los deshumanizadores imaginarios coloniales europeos. Sander L. Gilman estudia algunos aspectos de esta mitología sexual en "Black Bodies, White Bodies: Toward an Iconography of Female Sexuality in Late Nineteenth-Century Art, Medicine, and Literature", en Henry Louis Gates (ed.), *Race, Writing, and Difference*. El artículo de Gilman ha sido justificadamente criticado por reproducir el aspecto pornográfico que trata de

timenta y tres a la ornamentación. Kolb también escribió acerca de cuerpos y genitales, pero en su discurso los cuerpos eran entidades moldeadas o, en la jerga moderna, inscritas por la cultura. Cuando Kolb describe, por ejemplo, una ceremonia en la que a los jóvenes (supuestamente) se les extirpa un testículo y se remplaza por una bola de grasa de oveja, su principal reacción es señalar reiteradamente la *delicadeza y precisión* con que se lleva a cabo la operación. Sparrman, por otra parte, *observa* que los hotentotes adultos *tienen* dos testículos y, basándose en esa observación, niega la existencia del procedimiento descrito por Kolb. Así se lleva a cabo la aculturación de los cada vez más sometidos africanos. Es innecesario decir que la dimensión dialógica del relato de Kolb contrasta con los aparatos descriptivos estáticos de Paterson y Sparrman. En estos relatos de fines del siglo XVIII las voces indígenas rara vez son citadas, reproducidas o siquiera inventadas; los atributos intelectuales y espirituales sobre los que había trabajado Kolb son negados, uno por uno. Cuando Sparrman hace un comentario sobre la planta de cáñamo, no pretende en modo alguno discutir el lugar que ocupa en las costumbres indígenas, sino sugerir que los colonos "la utilizan para fabricar bolsas, telas para sábanas, velas, sogas y otros artículos".[28]

En medio de la actual crítica erudita de los discursos colonialistas, los lectores contemporáneos no pueden dejar de vincular esta creación de un cuerpo mudo, desnudado, biologizado, con la mano de obra desarraigada, desposeída, descartable que los colonialistas europeos tan despiadada e incansablemente lucharon por crear en sus asentamientos en el exterior. Tal vez uno se sentiría tentado de argumentar que los relatos de Sparrman y Paterson reflejan simplemen-

condenar. Véase, por ejemplo, la respuesta de Houston Baker a Gilman y otros en la misma recopilación de trabajos.

[28] Sparrman, *op. cit.*, p. 265.

te los cambios que los pueblos khoikhoi habían sufrido durante las cinco décadas de intervención colonial desde los días de Kolb. Después de todo, sus formas de vida tradicionales habían sido permanentemente perturbadas. Aun así, la complicidad de estos textos empieza en el hecho de que no describen a los pueblos africanos como sujetos a cambios históricos en sus formas de vida, sino como carentes de formas de vida, como integrados por seres sin cultura (*sans moeurs*, en la versión francesa del libro de Paterson). Sean cuales fueren los cambios que podrían haber estado aconteciendo, no se expresan como *cambios* sino que se les "naturaliza" como ausencias y carencias. La descripción de Sparrman se presenta como una verdad intemporal, y cuando entra en conflicto con el relato de Kolb, simplemente cuestiona su veracidad. Así como a los khoikhoi se les desterritorializa (se les saca del paisaje en el que todavía viven), así también se les saca de la economía, la cultura y la historia. La empresa de la historia natural está precisamente dirigida a hacer fáciles, incluso obligatorios, estos cambios. Por lo tanto, la anticonquista "legaliza" la apropiación colonial, aun cuando rechace la retórica y, probablemente, la práctica de la conquista y la dominación.

Sparrman, por ejemplo, reduce rígidamente al mínimo toda referencia a los pueblos indígenas, pero suele describir animadamente sus interacciones con los afrikáners (bóers), de cuya ayuda también dependía. Aquí, la palabra que describe e idealiza las relaciones entre colonos y viajeros es "hospitalidad". Por lo general, los encuentros del viajero con los afrikáners se desarrollan según el amado libreto burgués del campesino humilde y rústico que comparte de buen grado lo poco que tiene con el ilustrado hombre de la metrópoli cuya superioridad esencial se acepta, aun cuando se rechacen y condenen sus prácticas de dominación. Sparrman y Paterson apenas si mencionan las prácticas concretas de intercambio que estructuraban muy concretamente sus re-

FIGURA 11. *Frontispicio de la traducción al inglés de 1785 de* Voyage to the Cape of Good Hope *[Viaje al Cabo de Buena Esperanza] de Sparrman, donde se representa un "panorama del campo en el Cabo de Buena Esperanza".*

laciones con los colonos. Se acostumbraba, por ejemplo, que la ayuda de los afrikáners —comida, alojamiento, bueyes, sirvientes— fuese pagada con pólvora y municiones, productos difíciles de conseguir y almacenar en zonas remotas; productos de los que las invasiones de los colonos dependían totalmente. En los relatos de viajes no se menciona este intercambio, quizás por las mismas razones por las que se dice tan poco acerca del uso que se daba a las municiones y a la pólvora.

Del mismo modo, las complejidades de la vida en la zona de contacto sólo aparecen en ocasionales imágenes fugaces. La pobreza de los afrikáners hace que muchas veces se confundan las categorías: tanto Sparrman como Paterson cuentan que, alguna vez, al aproximarse a chozas africanas descubrieron que en ellas moraban colonos europeos. En las zonas más remotas se encuentra a europeos solitarios que trasponen las fronteras de la diferenciación. Ambos escritores informan sobre alianzas sexuales transraciales y sobre matrimonios mixtos, no sólo el caso bastante común de hombres europeos y concubinas africanas sino también otras situaciones: el rumor sobre una mujer europea embarazada de su amante africano; un hombre europeo que, por verdadero amor, se casa con una mujer de tribu. También se atisban la violencia y la destrucción de la zona de contacto, pero sólo en sus consecuencias, en rastros en el cuerpo o en anécdotas: una mujer herida años atrás por la flecha de un bosquimano, un hombre cuya mujer e hijos fueron asesinados, un jefe a quien le arrebataron su tierra. Los conflictos y tensiones entre los trabajadores africanos contratados y sus amos europeos transcurren entre bambalinas; a veces se les menciona pero nunca hay un testigo presencial ni se les dramatiza o analiza. Por ejemplo, en el relato de Sparrman, la campaña genocida que estaba desarrollándose contra los !kung (bosquimanos) está representada por medio de una descripción desapasionada, algo así como una rece-

tu, de la forma en que los afrikáners organizan una cacería de bosquimanos.[29]

En el libro de Sparrman los encuentros con los hospitalarios colonos sirven con frecuencia para representar un drama ideológico esencial para la autoridad del naturalista: el de la convalidación de su manera de saber sobre las otras maneras que la precedieron. Las interacciones de Sparrman con los afrikáners suelen expresar los choques entre el conocimiento campesino y la ciencia. Sparrman impone sistemáticamente la denominación de "campesino" a los afrikáners en general, aun a los colonos prósperos, que por cierto no se identificarían a sí mismos con ese apelativo. En muchas anécdotas se desdeña a los afrikáners o se los hace objeto de burlas por su condición de "campesinos". Hay una divertida sucesión de anécdotas en las que se destaca el contraste entre las visiones de la naturaleza de los colonos y las de los naturalistas. Cierto día en que la recolección había sido particularmente abundante, Sparrman se da cuenta de que su caja de insectos está llena, y entonces se ve "obligado a colocar un regimiento de moscas y otros insectos alrededor del ala de [su] sombrero".[30] Como necesitaba un lugar donde detenerse, le indican la casa de una "viuda de 52 años de edad, rica y achacosa". Al llegar a la casa Sparrman trata de ocultar su sombrero festoneado de bichos, para no alarmar a su anfitriona. Pero durante la cena es puesto en evidencia por los sirvientes, cuando uno de ellos susurra al oído de su ama que el sombrero del viajero "estaba lleno de pequeñas bestias *(kleine bestjes)*". Sparrman estuvo a la altura de las circunstancias:

> Entonces tuve que dejar de comer por un rato, por miedo de atragantarme con alguna de las grandes palabras y largas fra-

[29] *Ibidem*, p. 202.
[30] *Ibidem*, p. 61.

> ses en holandés que me vi obligado a improvisar sobre la marcha para convencerla de lo útil que es conocer y comprender todos esos pequeños animales, con fines médicos y económicos y al mismo tiempo para gloria del gran Creador.[31]

Al citar la frase afrikáner *kleine bestjes* Sparrman subraya la sustitución verbal que constituye su misión de naturalista. Él dará los nombres "correctos". La heteroglosia o heterogeneidad de lenguas es poderosa, porque la frase afrikáner pone a la dama en un mismo plano con sus sirvientes africanos: en la categoría de científicamente no iniciados. La anécdota sigue: Sparrman logra hacerse excusar, pero poco después se produce otra situación engorrosa, cuando llega a la casa un grupo nutrido de amigos y parientes de la viuda. Una vez más la distancia entre profesionales y legos es tomada con humor: "Ellos habían visto un cazador de insectos, pero cuando examinaron mi colección de hierbas y se dieron cuenta de que contiene no sólo flores sino también hierba y ramitas de árboles y arbustos, no pudieron contener la risa ante tan inesperado espectáculo".[32]

En esta anécdota Sparrman está indudablemente burlándose de sí mismo, pero también primitiviza a sus anfitriones. Esta automofa concuerda con la relación que estos dos escritores poslinneanos establecen con sus lectores. Cuando finalmente aparece, el protagonista deliberadamente ausente de la anticonquista suele estar rodeado por un aura no de autoridad sino de inocencia y vulnerabilidad. A este respecto, la anécdota de Sparrman acerca de la viuda es reveladora. Dejando de lado la convencional potencialidad erótica de la escena (joven soltero/viuda rica), el escritor convierte el episodio en parodia edípica. Al infantilizarse, Sparrman deserotiza a la viuda, comentando su en-

[31] *Ibidem*, p. 63.
[32] *Ibidem*, p. 65.

fermedad y declarando su edad, en vez de eludir delicadamente el tema. Esforzándose por no hablar con la boca llena, el Sparrman-niño trata de poseer a la madre-viuda por medio de palabras, específicamente por medio del discurso de la historia natural. Desde luego, el momento es interrumpido por otras personas que la reclaman, personas a las que Sparrman no puede ni impresionar ni atemorizar. También social y sexualmente Sparrman lleva a cabo una anticonquista.

Nada de todo esto es terriblemente serio, porque la persona que realmente importa es el padre que, allá en Suecia, espera el regreso del hijo. A diferencia de algunos antecedentes de su imagen, como el conquistador y el cazador, la figura del naturalista-héroe tiene muchas veces algo de impotencia y de androginia, y con frecuencia aparece con rasgos infantiles o adolescentes. La producción de conocimiento del naturalista tiene decididamente ciertos aspectos no fálicos, a los que quizás aluda la imagen misma concebida por Linneo para describir la figura del naturalista: Ariadna siguiendo el hilo de oro para salir del laberinto del Minotauro (véase la página 75). Vagando por los campos, mirando, recolectando, improvisando, reaccionando ante lo que se muestra a sus ojos, los discípulos de Linneo no recuerdan del todo al doctor Frankenstein ni a Prometeo, el ladrón del fuego. (El libro *Las ensoñaciones del paseante solitario,*[33] de Rousseau, incluye un famoso retrato del autor herborizando vestido con una larga túnica turca.)[34]

Los naturalistas-héroes, sin embargo, nunca son mujeres. No hay mundo más androcéntrico que el de la historia natural, aunque esto no significa, desde luego, que no hubiera mujeres naturalistas. La estructura paternalista de la

[33] Véase Jean-Jacques Rousseau, *Las ensoñaciones del paseante solitario,* Quinto paseo.

[34] Agradezco a Elizabeth Cook por haberme llamado la atención sobre este ejemplo.

disciplina es abrumadoramente evidente. Mientras que Linneo, el padre/rey, reina en el hogar sobre el jardín/reino, los hijos recorren el mundo en busca de los pedazos que lo completarán. La imagen de Adán en el Jardín del Edén es la imagen del primer hombre antes de la creación de la primera mujer, Eva. Como los prólogos de sus libros indican con frecuencia, el deseo que lleva a los linneanos al extranjero implica una elección —como la del doctor Frankenstein— en contra de la vida conyugal heterosexual y de las mujeres. La ausencia de Eva es, indudablemente, una condición previa para el infantilismo y la inocencia de Adán.

Dentro de su inocencia, la búsqueda del naturalista sí encarna, como dije antes, una imagen de conquista y posesión. Eva es el jardín que él, a su manera inobjetable, saquea y posee. "Nos detuvimos para descansar —dice Paterson una y otra vez— y yo agregué algunos ejemplares a mi colección." Pero a diferencia del botín del conquistador, el suyo no le es arrancado a nadie. Los pequeños ejemplares secos no tienen valor propio: son meros ejemplos de sí mismos, muestras de su género y especie. El prefacio de Paterson destaca el contraste entre la conquista y la anticonquista de la ciencia. Y simultáneamente, revela la conexión entre ambas. En la "naturaleza silvestre" de África, escribe,

> [...] el naturalista encontrará un vasto campo para sus observaciones, y allí descubrirá objetos capaces, por su inmensa variedad, de satisfacer todos sus gustos; allí verá todos los simples objetos en su estado natural, y contemplará en el salvaje hotentote las virtudes que tal vez haya esperado vanamente encontrar en las sociedades civilizadas. Imbuido de tales sentimientos, y muy entusiasmado por la perspectiva de viajar a una tierra cuyos productos son desconocidos para nosotros, salí de Inglaterra con la decisión de satisfacer una curiosidad

que, *si no es considerada útil para la sociedad, al menos es inofensiva.*[35]

¡Qué maraña ideológica hay en estas pocas frases! Por un lado, la afirmación de la propia inocencia y el propio desinterés; y por el otro, el vocabulario de la lujuria y el deseo egocéntricos. Por una parte, un yo exigente (masculino), con necesidades que satisfacer, y al mismo tiempo un yo receptivo (femenino), penetrado de sentimientos. El proyecto de la ciencia, acumulativo y diferenciador, se organiza explícitamente de acuerdo con esa otra forma de diferenciación y acumulación llamada Gusto. El conocimiento se identifica con el consumo (como Sparrman sentado a la mesa de la viuda) y se lo caracteriza como la satisfacción de un deseo autocontenido.

Yo diría que, en la literatura de la frontera imperial, la conspicua inocencia del naturalista adquiere sentido en relación con una asumida culpabilidad de la conquista, culpa que la figura del naturalista constantemente trata de eludir y constantemente invoca, aunque sólo para distanciarse de ella una vez más. Aun cuando los viajeros eran testigos de las realidades cotidianas de las zonas de contacto, aun cuando las instituciones del expansionismo hacían posibles sus viajes, el *discurso* del viaje —que la historia natural produce y por el cual es producida— vuelve eternamente sobre un gran anhelo: encontrar una manera de tomar posesión sin dominación y sin violencia. Ese anhelo encuentra una expresión extrema en el último relato sudafricano que propongo considerar: *An Account of Travels into the Interior of Southern Africa in the Years 1797 and 1798*, de John Barrow. El libro apareció en Londres en 1801.

[35] Paterson, *op. cit.*, p. 5 (las cursivas son mías).

Rasguños en el rostro del paisaje, o lo que Mr. Barrow vio en la tierra de los bosquimanos

Los viajes de Barrow por el interior de la Colonia del Cabo se debieron a un periodo de explosivos trastornos en las relaciones entre la Compañía de las Indias Orientales, la sociedad de colonos afrikáners y los jefes indígenas, junto con una creciente agresión exterior por parte de Francia y Gran Bretaña. El intento de contener la expansión europea en el río Fish fracasó, y los afrikáners continuaron expandiéndose hacia las tierras interiores, sobre territorios controlados por pueblos nguni. Además, seguían profundamente resentidos por la renuencia de la Compañía a apoyarlos. En 1786 la Compañía mandó un *landrost,* o administrador, para contener a los afrikáners, que se mostraban cada vez más militantes. El funcionario duró pocos meses y, poco después, un ataque afrikáner contra los nguni provocó un levantamiento general sin precedentes de los africanos contra los europeos.[36] Gran número de khoikhois contratados y !kungs esclavizados se rebelaron y se unieron a los nguni, proporcionando los preciados caballos y fusiles que les habían robado a sus amos europeos. Estas armas fueron usadas devastadoramente contra los colonos afrikáner, a quienes el gobierno se preocupó poco por proteger. Los afrikáners se tomaron su revancha contra la administración colonial y en algunas zonas proclamaron repúblicas independientes.

La inseguridad y la violencia predominaron en la zona por muchos años, en un momento en que la Compañía Holandesa de las Indias Orientales tenía poca capacidad de respuesta, debido a que atravesaba por problemas financieros. En 1795 la Colonia del Cabo fue tomada por Gran Bretaña (con el pretexto de que corría peligro de caer en manos

[36] Curtin *et al., op. cit.*, pp. 301 y *ss.*

de los franceses, ya que Napoleón acababa de invadir los Países Bajos). Empezaron a arribar colonos británicos (los actuales sudafricanos ingleses), que fueron decididamente mal recibidos por los afrikáners. La Colonia fue devuelta a los holandeses en 1803, retomada por Gran Bretaña en 1806 y confirmada bajo dominio británico en 1815. John Barrow, joven diplomático de carrera, fue al Cabo durante el primer periodo de control británico como secretario privado del nuevo gobernador colonial, *lord* George McCartney. McCartney designó a Barrow representante en el interior, lo que requirió que éste hiciera varios largos viajes en la región. Su trabajo consistía en indagar las desavenencias entre los colonos y los funcionarios de la Compañía, hacer sentir la presencia británica entre los afrikáners y las poblaciones indígenas y documentar ampliamente "el rostro del paisaje".

A diferencia de Kolb, Paterson y Sparrman, Barrow viajaba oficialmente en nombre de una empresa territorial eurocolonial. En sus relaciones de viajes, la retórica naturalista de la anticonquista asume características de discurso oficial dirigido a legitimar la toma de posesión británica del Cabo. En lo que podría parecer una paradoja, la narrativa de Barrow hace escasa referencia a los aspectos militar y diplomático de su misión. Escribe más bien a la manera de Sparrman y Paterson, como naturalista, geógrafo y etnógrafo. Estos discursos aparecen en una forma altamente institucionalizada en el texto de Barrow, y se vinculan con la expansión imperial más explícitamente que en los escritos de Sparrman o Paterson, quizá porque Barrow escribía como funcionario (secretario, en realidad) o tal vez debido a su propio temperamento y afición.

Tal como sus predecesores, Barrow separa a los africanos de África y a los europeos de los africanos al relegar a estos últimos a la condición de retratos etnográficos disociados de la narración del viaje. La narrativa de Barrow

consiste fundamentalmente en descripciones del paisaje y la naturaleza; es una impávida catalogación de lo que le gusta llamar "el rostro del paisaje". He aquí un pasaje muy representativo:

> Al día siguiente cruzamos el río Great Fish, no sin algunas dificultades porque las márgenes son altas y escarpadas, la corriente fuerte, el lecho rocoso y el agua profunda. En este sitio el río está flanqueado por algunos bellos ejemplares de sauce de Babilonia, o una variedad de esa especie. La ribera opuesta presentaba un paisaje bellísimo, bien forestado y húmedo, así como profusamente cubierto de hierba, entre la cual crecía con gran abundancia una especie de índigo, aparentemente el mismo que describiera el señor Masson como *candicans*.
>
> La primera noche que acampamos en la región cafre lo hicimos a orillas de un arroyo llamado Kowsha, que desemboca en el Great Fish. Al día siguiente pasamos por las aldeas de Malloo y Tooley, los dos jefes y hermanos que habíamos visto en Zuure Veldt. Las aldeas están maravillosamente bien situadas, sobre dos elevaciones que se levantan a la orilla del mencionado arroyo. También pasamos por varias villas ubicadas a lo largo de las márgenes del Guengka y sus afluentes. Al día siguiente llegamos a un río de considerable magnitud, llamado el Keiskamma.[37]

Y así sigue el relato, a lo largo de más de 400 páginas. Es una narración extraña, altamente atenuada, que parece hacer todo lo posible por minimizar la presencia humana. Lo que se cuenta es una secuencia de vistas o escenarios. Los detalles visuales están salpicados de información técnica y clasificatoria. Se tiende en general a dar una visión panorámica,

[37] John Barrow, *An Account of Travels into the Interior of Southern Africa in the Years 1797 and 1798*, reimpr. 1968, pp. 190-191. En 1804 apareció un apéndice de *Travels*, en forma de segundo volumen. Excepto indicación en sentido contrario, todas las citas son del vol. I.

con un toque de términos estéticos que suavizan un vocabulario sistemáticamente impasible. A los viajeros se los presenta como una suerte de ojo colectivo móvil sobre el que se registran las vistas/sitios; como agentes cuya presencia es mínima. En el pasaje citado, por ejemplo, las dificultades del grupo expedicionario para cruzar el río no están narradas o dramatizadas en términos humanos sino que se las expresó de una manera altamente mediatizada, como una enumeración de las características del río que causaron las dificultades. No se da prioridad a lo heroico; los protagonistas europeos se ausentan de su propia historia.[38] No se ve ni el menor rastro de algún coleccionista.

Los habitantes de la zona, ya fuesen africanos indígenas o colonos bóers, también aparecen en la narración como marcas en el paisaje. Las aldeas nguni mencionadas más arriba, por ejemplo, son menos importantes en el discurso que los ríos y arroyos, y además, no hay ninguna señal de sus habitantes. La historia que motiva la presencia de Barrow en el lugar y determina su itinerario no desempeña un

[38] Barrow mantiene su actitud de modesta prescindencia hasta cuando relata episodios de gran dramatismo y peligro personal, que podrían haber sido puntos altos de la narración. Al contar cómo huyeron de un incendio en la pradera, hace que sean los carros, los bueyes, los perros y el terreno los que registren la crisis. La experiencia humana, en cambio, apenas si merece una alusión: "Nos desviamos un poco de nuestra ruta, que nos llevaba hacia el sitio de donde venía el humo; pero como estábamos a sotavento y el viento aumentaba, antes de que pudiéramos darnos cuenta los carros estaban en medio del fuego. El humo era tan espeso y acre que resultaba imposible ver siquiera toda nuestra caravana. Los bueyes, que se quemaban las patas, se desbocaron y empezaron a galopar en medio de una gran confusión; los perros aullaban y cundió un desorden generalizado. El humo era sofocante; las llamaradas lamían los costados de los carros, lo cual era muy alarmante, sobre todo para aquellos que contenían pólvora [...] A lo largo de varias millas 'el rostro del paisaje' era una lámina de fuego y el aire se oscurecía con una nube de humo (Barrow, *op. cit.*, p. 150)". ¡Hasta tal punto ha sido suprimida la presencia humana que la sintaxis hace que los que se alarman por las llamas sean los carros y no las personas que corrían el riesgo de volar por los aires!

papel importante en el texto. Se cuenta el cruce del río Fish pero ni se menciona su importancia política por estar situado en la frontera de la penetración afrikáner, aunque su condición de límite es la razón por la que Barrow está allí cruzándolo. Las Montañas Nevadas son atravesadas sin mencionar su importancia como la principal base para la actividad guerrillera antieuropea —lo que constituía una considerable fuente de ansiedad para los viajeros—. En otra ocasión, después de describir una "extensión de tierra salvaje, deshabitada", Barrow menciona que anteriormente la región había sido "una de las divisiones mejor pobladas del distrito", despoblada por entonces debido a "la escandalosa ruptura entre los campesinos y los cafres".[39] Más tarde Barrow habría de decir que había "evitado deliberadamente" toda discusión política en su relato, en parte por discreción y en parte porque "por entonces pensaba que sólo había una opinión posible con respecto al verdadero valor del Cabo de Buena Esperanza".[40]

Por tanto, en el relato de Barrow el dramatismo no es producido por la historia ni por la acción de los viajeros, sino por la cambiante cara del paisaje tal como *se presenta* ante los invisibles contempladores europeos. El lenguaje mismo de Barrow sugiere la fantasía de dominio y apropiación que está incorporada en esta postura que, por lo demás, podría parecer pasiva, abierta. El ojo "comanda" lo que cae dentro de su visión; montañas y valles "se muestran", "presentan una imagen"; el paisaje "se abre" ante los visitantes. La presencia europea es absolutamente indiscutible. Al mismo tiempo, el escudriñador ojo europeo parece impotente para interactuar con este paisaje que se le ofrece, o para modificarlo. Antiheroico, indiferenciado, desprovisto de un yo, el ojo no parece capaz de hacer otra cosa que mi-

[39] Barrow, *op. cit.*, p. 165.
[40] Barrow, *Travels*, vol. II, p. 3.

tar desde una periferia que él mismo ha creado: estamos, una vez más, en el ámbito de la anticonquista.

A veces las descripciones de paisajes de Barrow aparecen acompañadas por un discurso explicativo que refleja los desarrollos de la historia natural a fines del siglo XVIII. En esta modalidad explicativa, la causalidad —no la clasificación— define la tarea inmediata; el rol del observador consiste no sólo en recolectar lo visible sino también en interpretarlo en función de lo invisible. Tras la descripción de un campamento encantador junto a una laguna salada siguen dos páginas de reflexiones sobre los orígenes de la sal.[41] Para explicar la presencia de ciertos minerales, la composición de las ciénagas, la orientación de las cadenas montañosas y del curso de los ríos, se despliegan hipótesis químicas, térmicas y geofísicas. Se realizan experimentos para revelar propiedades ocultas: el mundo no se ofrece simplemente a los ojos, como lo hace para el recolector linneano. Como discurso, la explicación agrega una dimensión de profundidad al manto superficial de la terminología de Linneo. Además, genera nuevos poderes planetarios para el historiador de la naturaleza, dotado ahora de una especie de ojo interior destinado a descifrar lo que Alexander von Humboldt (el gran maestro del modo explicativo) llamaría las "fuerzas ocultas" de la naturaleza. ¿Qué relación tienen estos nuevos poderes de explicación con las fuerzas ocultas de la tecnología industrial y el ávido espíritu empresario que empieza a emanar de Europa durante estas décadas de cambio de siglo?

Dejando de lado las profundidades ocultas, no es tan sorprendente encontrar un emisario de un poder imperial europeo preocupándose sobre todo por definir territorios y medir perímetros, especialmente en África del Sur, donde la posesión territorial se había convertido en parte de la estra-

[41] Barrow, *op. cit.*, pp. 125-126.

tegia expansionista. En el relato de Barrow más que en el de sus predecesores, el ojo que explora perspectivas en el sentido espacial sabe que está mirando también perspectivas en el sentido temporal: posibilidades de un futuro eurocolonial codificado como recursos por desarrollar, excedentes por comercializar, ciudades por construir. Son tales posibilidades las que otorgan importancia a la información en una descripción. Ellas dicen simplemente que una planicie es "hermosa" o hacen notar que un pico es "granítico" o un valle está "bien forestado". Las descripciones visuales presuponen —naturalizan— un proyecto transformador encarnado en los europeos. En el texto de Barrow el proyecto suele salir a la superficie explícitamente, en visiones de "mejora" o "espíritu de progreso" cuyo valor se expresa casi siempre como estético. Se describe un lugar en la Bahía de Algoa diciendo que es "la mejor situación que imaginarse pueda para una pequeña aldea pesquera"; y cerca de allí se extiende un gran pantano que "con un solo drenaje podría convertirse en un hermoso prado";[42] el descubrimiento de mineral de plomo indica "una valiosa adquisición para la colonia"; especialmente porque está en un lugar donde sería fácil fundar una ciudad minera.[43] En sus momentos más pragmáticos, Barrow no tiene inconvenientes en discutir niveles de precios para ciertas mercancías o el valor de una presencia militar británica como un mercado para los productos locales. Fuera de estas declaraciones explícitas, el "espíritu de progreso" británico impregna el texto de Barrow y sus prescripciones emanan de un lugar de poder situado detrás del inocente, invisible "Yo" que habla.

Es tarea de los exploradores de avanzada del "progreso" capitalista codificar lo que ellos consideran "atrasado" y, en consonancia con el vocabulario de la anticonquista,

[42] *Ibidem*, pp. 132-137.
[43] *Ibidem*, p. 310.

disponible para el progreso. Las aspiraciones europeas deben estar representadas como si fueran incuestionables. En este punto, el *apartheid* textual que separa al paisaje de la gente, los relatos de los habitantes de las descripciones de sus hábitats, responde a su propia lógica. El ojo europeo progresista presenta los hábitats de subsistencia como paisajes "vacíos", dotados de sentido sólo en función de un futuro capitalista y de sus posibilidades de producir un excedente comercializable. Desde luego, desde el punto de vista de sus habitantes, esos mismos espacios son vividos como intensamente humanizados, saturados de historia y significación locales, como lugares donde plantas, seres vivos, accidentes geográficos tienen nombres, usos, funciones simbólicas, historias, lugares en formaciones indígenas de conocimiento.

Y no sólo los hábitats deben ser presentados como atrasados y vacíos, sino también los habitantes. Para el ojo progresista, las posibilidades del futuro eurocolonial se predican sobre ausencias y carencias de la vida africana en el presente. Para Barrow, el atrasado presente africano incluye no sólo a los khoikhoi (hotentotes), los !kung (bosquimanos) y los nguni (cafres), sino también a sus explotadores y competidores, los afrikáners. Euroafricanos y africanos deben ser codificados específicamente en relación con las aspiraciones británicas; es preciso cuestionar las antiguas pretensiones holandesas y desacreditar los 150 años de colonialismo holandés. Cuando en el texto de Barrow aparece la sociedad de colonos afrikáners, se la hace objeto de una crítica general y se la define despectivamente por su falta de gusto, confort y espíritu de progreso. La antigua narrativa de la hospitalidad ya no resulta útil:

> Un verdadero campesino holandés —o bóer, como les gusta llamarse— no tiene la menor idea de lo que un granjero inglés quiere decir con la palabra "confort". Vive en un país donde

> no sólo lo indispensable sino también casi todos los lujos de la vida podrían, con esfuerzo, conseguirse, y él no disfruta de ninguno. Aunque tiene mucho ganado, utiliza poco la leche y la mantequilla. Con un suelo y un clima sumamente favorables para el cultivo de la vid, el campesino holandés no bebe vino. Tres veces por día se sienta a una mesa cargada de platos de carne de cordero, que nada en la grasa de la cola de oveja. Su casa no tiene techo; y si lo tiene, es de palos y paja... El asiento de su silla está fabricado con lonjas de cuero de novillo. Las ventanas no tienen vidrios.

Y así sucesivamente, a lo largo de dos páginas. Por supuesto, si se le asignara el signo opuesto, esta descripción podría muy bien ser un canto de alabanza a la noble vida silvestre y a la vida sencilla. Demasiado parcial para ser etnográfica, la descripción termina con un interesante cambio de terminología (las cursivas son mías):

> [...] con una mentalidad carente de todo tipo de cuidado y reflexión, y entregándose en exceso a la satisfacción de todos sus apetitos sensuales, el *campesino africano* engorda desmesuradamente y por eso la primera enfermedad inflamatoria que lo ataca lo saca rápidamente de la escena.[44]

Como señala Coetzee, los viajeros europeos a menudo condenaban a los bóers más o menos en los mismos términos en que solían condenar a los hotentotes y en esa fuerte crítica las palabras clave son "indolencia" y "pereza". Ambos grupos, sostiene, estuvieron sujetos a una deliberada mala interpretación europea de las formas de vida tradicionales de África del Sur, tanto las de los africanos colonizados como las de los colonizadores euroafricanos. Los bóers (afrikáners), afirma Coetzee, presentaron un particular desafío

[44] *Ibidem*, pp. 76-77.

a los valores burgueses europeos, precisamente debido a que, como clase dominante colonial, con un acceso prácticamente ilimitado a la posesión de tierras y a la mano de obra gratuita, disponían de los medios para realizar los valores europeos de acumulación, consumo y enriquecimiento a través del trabajo, pero eligieron no realizarlos. En esta perspectiva, ellos planteaban a los observadores europeos la posibilidad de que "por debajo de su sucia piel, las nubes de moscas y la tosca vestimenta", los colonos afrikáners pudieran estar "defendiendo un rechazo de la maldición de la disciplina y el trabajo en favor de una forma de vida africana, según la cual se goza de los frutos de la tierra que caen en la mano, se elude el trabajo como algo malo, y ocio y pereza llegan a ser la misma cosa".[45] No es sorprendente, entonces, que en 1801 el punto de comparación de Barrow para los "campesinos africanos" (dueños de esclavos) sean "los trabajadores pobres de Inglaterra", cuya superioridad respecto de los euroafricanos reside de algún modo en el hecho de que "durante seis días por semana están condenados a trabajar durante 12 horas por día, para ganar un bocado de pan para sus familias".[46] Ya se habían olvidado —o nunca se habían reconocido— los intensos procesos de adoctrinamiento y coerción que fueron necesarios para crear aquella clase obrera inglesa y obligarla a abrazar la idea de ascenso social y la ética del trabajo.[47]

Las mismas estrategias textuales funcionaban también del otro lado del Atlántico. El despectivo retrato que Barrow hacía de los holandeses en África del Sur se correspondía perfectamente con los escritos de otros funcionarios que escribían acerca de la sociedad colonial holandesa en el Cari-

[45] Coetzee, *op. cit.*, p. 32.

[46] Barrow, *op. cit.*, p. 78.

[47] *Cf.* Coetzee, *op. cit.*, p. 27. El segundo volumen de Barrow, escrito después de que el Cabo volvió al control holandés, retoma el ataque a los afrikáners y lo expresa en textos aún más extensos.

be, como por ejemplo John Stedman, cuya obra se discute en el capítulo IV, y a quien Barrow probablemente había leído. En la América española de comienzos del siglo XIX muchísimos viajeros comerciales ingleses ridiculizarían a la sociedad criolla hispanoamericana en los mismos términos que Barrow había utilizado en contra de los afrikáner (véase el capítulo VI). Las semejanzas no son casuales. En el año 1800 Gran Bretaña estaba tan intensamente interesada en América del Sur como en África del Sur. Barrow mismo trazó fuertes paralelismos entre ambas, llamándolas "continentes opuestos" y comparando la Colonia del Cabo con la posesión británica de la isla de los Estados, cerca del Cabo de Hornos.[48] La historia lo desmentiría. Pocos meses después, algunos de los generales británicos que recuperaron el Cabo para Gran Bretaña en 1806 se trasladaron a la Argentina para participar en el ataque inglés al Río de la Plata.

El principal interés etnográfico de la obra de Barrow, *Travels,* no son los khoikhoi sino los !kung, más conocidos por su nombre colonial, "bosjemans" o "bosquimanos". Los !kung —un pueblo que hasta el día de hoy es objeto de fuerte interés etnográfico y de fantasías ideológicas occidentales— son antiguos habitantes de África del Sur que, en la época en que los europeos llegaron para establecerse, estaban ya enfrentados con los recién llegados khoikhoi y con los nguni, que eran pastores. Los !kung se desplazaban constantemente, vivían en grupos pequeños y no cultivaban la tierra ni criaban animales. En los siglos XVII y XVIII eran conocidos y temidos sobre todo por sus incursiones nocturnas contra el ganado de los khoikhoi y, más tarde, el de los colonos europeos.

Repitiendo la habitual división textual del trabajo, Barrow representa a los !kung en una descripción etnográfica

[48] Barrow, *op. cit.*, p. 17 y p. 1 respectivamente.

de 16 páginas, separada de la narración en sí. Permítaseme utilizarla como una oportunidad para reflexionar sobre la manera en que estos aparatos de literatura de viajes estándar producen temas no europeos para el público doméstico del imperialismo. He aquí un pasaje:

> Es [el bosquimano] de carácter vivaz y alegre; es una persona activa. Sus talentos están muy por encima de la mediocridad; y, enemigo de la pereza, un bosquimano rara vez está sin empleo. Confinados por lo general a sus chozas durante el día, por miedo a los ataques de los granjeros, a veces danzan en las noches de luna, desde que el sol se oculta hasta que vuelve a salir [...] Los círculos marcados en la tierra por sus pisadas alrededor de las chozas indicaban su afición a este entretenimiento. Su carácter alegre es sumamente extraordinario, ya que se ganan el sustento con trabajo, peligros y fatigas. No cultivan la tierra ni crían ganado; y la región en que viven brinda pocos productos naturales comestibles. Los bulbos del iris y algunas raíces gramíneas, de sabor amargo y acre, son lo único que les ofrece el reino vegetal. Toda la superficie de la llanura cerca de las viviendas de la horda fue rasguñada en busca de estos alimentos.[49]

El gesto etnográfico inicial ya homogeneiza a las personas y las sujeta, es decir, las produce como sujetos, a un *"ellos"* colectivo, que se profundiza en un icónico *"él"* (= el ejemplar masculino adulto estándar). Estos abstractos pronombres (él/ellos) son el sujeto de verbos en un tiempo presente intemporal. Estos verbos no caracterizan lo que "él" hace como un evento determinado en el tiempo, sino como un ejemplo de un rasgo o costumbre dados (así como determinada planta es un ejemplo de su género y especie). Por lo

[49] *Ibidem*, pp. 283-284. El libro de Barrow incluye también largas descripciones etnográficas de los pueblos khoikhoi (hotentotes) y nguni (cafres).

tanto, los encuentros entre personas se textualizan como enumeraciones de tales rasgos. Por ejemplo: el hecho de que las comunidades !kung de fines del siglo XVIII vivan en constante miedo y peligro es codificado como una costumbre de esconderse durante el día y danzar por la noche.

La antropología crítica ha reconocido que en gran medida estas prácticas descriptivas sirven para normalizar a otra sociedad, para codificar su diferencia respecto de la propia, para inmovilizar a sus miembros en un presente intemporal donde todas "sus" acciones y reacciones son repeticiones de "sus" hábitos normales. Al igual que el sistema de la naturaleza, esta práctica descriptiva pone orden donde, para el foráneo, sólo hay caos. La producción textual de la otra sociedad no está explícitamente anclada ni en el yo que observa ni en la particular situación de contacto en la cual tiene lugar la observación. "Él" es una configuración *sui generis* (con frecuencia sólo una lista de características), situada en un orden temporal diferente del del sujeto que percibe y habla. Johannes Fabian ha usado la frase "negación de coetaneidad" para referirse específicamente al distanciamiento temporal.[50] Es ésta una vieja práctica textual que complementa muy bien los procesos de aculturación y desterritorialización que hemos discutido.

Gramaticalmente hablando, en el pasaje que acabamos de citar hay dos puntos en los que el presente "etnográfico" intemporal de la descripción normativa es interrumpido por un tiempo pretérito narrativo. Los lugares pisoteados alrededor de las chozas de los bosquimanos *indicaban* su afición a la danza; y debido a la búsqueda de raíces, la superficie de las llanuras circundantes *fue rasguñada*. De una manera fantasmal, estos dos tiempos pasados se refieren a una ocasión específica de contacto entre Barrow y los bos-

[50] Johannes Fabian, *Time and the Other: How Anthropology Makes its Object*, p. 35.

quimanos. Sin embargo, lo que historizan no es el encuentro con *ellos*, sino con las huellas que han dejado en el paisaje: sus rasguños en "la faz del paisaje".

La voz normalizadora y generalizadora de las descripciones etnográficas de conductas y costumbres es diferente de la del narrador del paisaje, pero la complementa. Ambas están autorizadas por el proyecto global de la historia natural: una presenta a la tierra como paisaje y territorio, indagando sus posibilidades; la otra presenta a los habitantes indígenas como cuerpos, cuyas posibilidades también se exploran. Ambas voces desmantelan el tejido socioecológico que las precedió e instalan un orden discursivo eurocolonial cuyas formas de autoridad territorial y visual son las del Estado moderno. Abstraídos del paisaje que está en disputa, los pueblos indígenas son abstraídos también de la historia que se está haciendo... una historia dentro de la que los europeos pretenden reinsertarlos como mano de obra explotada.

En este contexto no puede dejar de advertirse que, en contraste con la pereza de los afrikáners y los khoikhoi, Barrow encuentra en los !kung las mismas cualidades que valora en la clase obrera inglesa: a unos y otros les desagrada la pereza, y están dispuestos a trabajar de buen grado por una remuneración escasa (pan en el caso de los británicos, raíces amargas en el de los bosquimanos). Ninguno de los dos grupos son pastores cultivadores, una forma de vida aparentemente enemiga del espíritu de progreso. Estas observaciones, pese a su aparente intemporalidad, vinculan la descripción de Barrow con la coyuntura histórica que motiva la reivindicación de los !kung.

Sean cuales fueren las formas de vida de los !kung antes del siglo XVII, en la época en que llegaron los europeos parecen haber sido ya una población sitiada y movilizada, que los khoikhoi odiaban por salvaje y viciosa. Los colonizadores europeos tomaron rápidamente este mito y se aliaron

con los khoikhoi en brutales campañas de represión contra ese pueblo "salvaje" que "detestaba la vida pastoril", como tantas veces se dijo. Al recibir constantes quejas acerca de las "depredaciones de los bosquimanos", los administradores de la Compañía de las Indias Orientales autorizaban periódicamente a los colonizadores a organizar sus propias campañas de represalia, que en realidad se convertían en partidas de caza genocidas. Tanto Sparrman como Paterson describen las prácticas que se habían elaborado para localizar y atacar los campamentos !kung por la noche.

Los !kung respondieron a los invasores tornándose aún más elusivos y retirándose a regiones más remotas. (Ellos no han vivido eternamente en su supuesto hábitat "natural", el desierto de Kalahari.) Al parecer, aun en la época de Sparrman y Paterson se había hecho muy difícil localizar a las comunidades !kung, tan bien se habían escondido los sobrevivientes. Sin embargo, algunos !kung habían sido obligados a aceptar la economía pastoril europea, en formas que los viajeros muchas veces condenaron. Aun cuando las leyes de la Compañía prohibían esclavizar a los khoikhoi, los !kung podían ser esclavizados, y lo eran, aunque se escapaban constantemente. Sparrman deplora que los europeos usaran un método que consistía en secuestrar bebés !kung, asegurándose así de que la afligida madre permanecería cerca y aceptaría la esclavitud a cambio de estar cerca de su hijo. Esta práctica había sido adaptada de algunas técnicas para capturar animales.[51]

Hacia finales del siglo XVIII, los !kung habían dejado de ser una amenaza seria y habían adquirido el estatus de pueblo conquistado. En los escritos europeos empiezan a aparecer no ya como salvajes viciosos sino dentro de un nuevo estereotipo sentimental, como víctimas benignas, ingenuas, infantiles. Barrow es uno de los escritores que inaugura es-

[51] Agradezco a Harriet Ritvo por esta observación.

de estereotipo, como en el pasaje citado más arriba. En cierto momento de la narración cuenta su encuentro, en el hogar de un comandante afrikáner, con una familia !kung que acababa de ser hecha prisionera por los afrikáners. El resumen que hace Barrow de una aparente conversación con el hombre cautivo es sorprendente porque contrasta con la retórica dominante en su libro. En vez de convertir al otro en información, Barrow intenta representar su punto de vista y valorizar su experiencia de la persecución colonial:

> Él presentó ante nosotros la condición de sus patriotas como verdaderamente deplorable. Que varios meses al año, cuando las heladas y la nieve les impedían hacer sus incursiones contra los colonos, sus sufrimientos a causa del frío y la falta de comida eran indescriptibles: que muchas veces veían morir de hambre a sus esposas y sus hijos, sin poder hacer nada para ayudarlos. La buena estación traía poco alivio a su miserable situación. Se sabían odiados por toda la humanidad, sabían que todas las naciones que los rodeaban eran enemigos que planeaban su destrucción. El susurro del viento en las hojas, el grito de un pájaro, todo parecía anunciar un peligro.[52]

Pero no hay duda de que el que habla será absorbido por la estructura de poder eurocolonial. A los ojos de Barrow, ya lo ha sido. El relato del episodio termina así: "*Se había pensado* que este hombrecito nos acompañara; pero como él parecía inclinarse más por permanecer con sus esposas, *se le permitió* seguir sus solícitas inclinaciones hacia éstas" (las cursivas son mías).

Finalmente, el compromiso humanitario de Barrow con los !kung lo lleva a cruzar al otro lado de la anticonquista científica, donde su retórica visual y objetivista se hace pe-

[52] Barrow, *op. cit.*, pp. 241-242.

dazos. Lo reprimido reaparece en su texto, en un episodio con el que pondré fin a este extenso capítulo. Fascinado por los !kung, Barrow desea más que ninguna otra cosa verlos en su estado "natural", no colonizado. Tal había sido la intensidad de la persecución a los ¡kung que la única manera de ponerse en contacto con sus comunidades era, literalmente, invadirlas. Sólo a través de un acto culpable de conquista (la invasión) puede llevarse a cabo el acto inocente de la anticonquista (ver). En nombre del ver, Barrow reticentemente contrata a algunos colonos afrikáners para hacer precisamente eso. Llevando las herramientas de la conquista —caballos y armas—, descienden en la noche, habiendo aceptado la condición impuesta por Barrow: que nadie disparará a menos que le disparen. Al parecer, la aventura fue para él traumática, un verdadero descenso a los infiernos, y la narración contrasta fuertemente con el resto del libro. El ataque nocturno a la "horda" hace estallar el lenguaje de la conquista y el lenguaje del remordimiento, llevándolos a la superficie del texto:

> Nuestros oídos quedaron ensordecidos por un horrible alarido, algo así como el grito de guerra de muchos salvajes; de todas partes salían alaridos de mujeres y llanto de niños. Cabalgué junto con el comandante y otro granjero y ambos abrieron fuego contra la aldea. Inmediatamente le expresé a aquél mi gran sorpresa de que hubiera sido él, entre todos los demás, el primero en desconocer la condición que solemnemente había prometido observar, y que yo había esperado de él una conducta muy diferente. "¡Por Dios! —exclamó él—. ¿Acaso no vio usted la lluvia de flechas que cayó entre nosotros?" En realidad, yo no había visto ni flechas ni gente, pero lo que oí bastaba para atravesar el más duro corazón.[53]

[53] *Ibidem*, p. 272.

Sería difícil exagerar cuánto se destaca este episodio en el texto de Barrow. Es la única escena nocturna de la obra, el único ejemplo de diálogo directo, la única ocasión en que Barrow se incorpora a la acción dramática como personaje, el único brote de emoción, la única erupción de violencia, una de las pocas escenas donde personas y paisaje coinciden, y la única vez que Barrow cuestiona su apreciación de lo que lo rodea. Este pasaje, uno de los pocos episodios dramáticos del libro de Barrow, es el único donde el sujeto que habla se escinde: mira y es mirado. Aparentemente, lo que provoca la crisis es el hecho de que Barrow decida ejercer su "derecho" (constituido por el Estado) a "legitimar" la violencia, no, empero, para defenderse o defender a sus conciudadanos o expulsar a un invasor, sino simplemente con el propósito de *echar un vistazo,* de satisfacer su curiosidad. La ideología que entiende al acto de ver como inherentemente pasivo y a la curiosidad como inocente no puede ya ser sostenida, y el orden discursivo de Barrow estalla, junto con su orden moral humanitario. Pero dentro de ese estallido, se inserta un contradiscurso sentimental. Barrow concluye en un tono que se asemeja mucho a una confesión: "Nada —dice más adelante— podría ser más injustificado, por cruel e injusto, que el ataque llevado a cabo por nuestra partida contra el *kraal*".[54]

Tono confesional, pero no transformador, porque la pérdida de la inocencia de Barrow no produce un nuevo yo, ni tampoco nuevas relaciones de habla. Su descenso al infierno colonial habría de ser repetido muchas veces por los escritores que lo siguieron. Un siglo más tarde, cuando Europa del Norte había creado ya su propia leyenda negra en la enconada pelea genocida por África, ese descenso llegaría a ser la historia canónica acerca de Europa en África: la caída desde el paisaje bañado por el sol hasta el corazón de las tinieblas.

[54] *Ibidem,* p. 291.

Posdata histórica

En 1803 Gran Bretaña devolvió la Colonia del Cabo a los holandeses. Esta pérdida perturbó tanto a Barrow que abandonó todo durante tres meses para escribir un segundo tomo de su *Travels*, donde argumentaba acerca del valor del Cabo para los intereses comerciales y militares de Gran Bretaña. Tal vez sus argumentos surtieron efecto, porque en 1806 Gran Bretaña recuperó el Cabo por la fuerza. El viaje de Barrow marcó el comienzo de los cambios acarreados por el gobierno británico, que fue definitivamente confirmado en 1815. Los británicos fortificaron la frontera marcada por el río Fish, comprometiéndose así a unirse a los afrikáners contra los nguni. La resistencia nguni continuó a través de todo el siglo XIX; se libraron guerras en 1819, 1834-1835, 1846, 1850-1853 y 1877-1878.

Mientras tanto, se intentaba legislar el subyugamiento de los indígenas con nuevas leyes. Según la historia estándar de Curtin *et al.*,

> [...] en 1809, la situación legal de los khoikhoi y otras gentes de piel oscura que no eran esclavos fue definida de modo tal que la mayoría quedaban obligados a trabajar para los europeos, aunque disfrutaban de cierta protección porque tenían derecho a contratos de servicio por escrito y tenían también acceso a las cortes de justicia.

La triquiñuela que los bóers habían inventado para esclavizar a los bosquimanos fue legalizada: "En 1812, los terratenientes europeos fueron autorizados a tomar como aprendices a niños que habían criado en sus haciendas [...] una reglamentación que inmovilizó también a los padres".[55] En

[55] Curtin *et al.*, *op. cit.*, p. 311.

1820 arribaron 5000 colonos británicos, y con ellos llegó desde Europa una nueva fuerza: la Sociedad Misionera de Londres (London Missionary Society), que inició una campaña humanitaria en contra de los abusos más brutales. El humanitarismo, junto con la ciencia, es su propia forma de anticonquista; su dinámica tal como se despliega en la literatura de viajes constituye el tema del siguiente capítulo.

III. ANTICONQUISTA II: LA MÍSTICA DE LA RECIPROCIDAD

> Parece ser que por nuestros pecados, o por cierto inescrutable designio Suyo, en todas las entradas de esta gran Etiopía [es decir, África] por la que navegamos, Dios ha colocado un ángel poderoso que, con una espada flamígera, de fiebres mortales, nos impide penetrar en el interior de las nacientes de este jardín, de donde proceden los ríos de oro que fluyen hacia el mar en tantos lugares de nuestra conquista.
>
> JOÃO DE BARROS (Portugal, 1552)[1]

EN JUNIO de 1797, un escocés de 25 años de edad apareció inesperadamente en Pisania, en la costa de África Occidental, solo, indigente y en mal estado físico. Su nombre era Mungo Park y acababa de pasar un año y medio en el interior, explorando la cuenca del Níger. Pronto regresaría a Inglaterra y escribiría uno de los más populares libros de viajes de su época. Park había viajado como empleado de una empresa con base en Londres: la Asociación para la Promoción del Descubrimiento de las Partes Interiores de África (Association for Promoting the Discovery of the Interior Parts of Africa), conocida brevemente como la Asociación Africana. Esta alianza de aristócratas y ricos hombres de negocios, que "incluía a pares del reino, baronets, miembros del Parlamento, un general retirado y un obispo",[2] se formó en 1788 bajo la dirección de Joseph Banks y dirigió

[1] Citado en Christopher Lloyd, *The Search for the Niger*, pp. 13-14.

[2] E. W. Bovill (ed.), *Missions to the Niger*, p. 2.

la exploración británica en África Occidental durante las cuatro décadas siguientes. (Banks sería sucedido en 1815 nada menos que por John Barrow, cuyos viajes de juventud se discutieron en el capítulo anterior.) En la reunión inaugural de la Asociación, "doce caballeros pudientes" coincidieron en lamentar que, según las palabras de su propio manifiesto,

> Independientemente del progreso de los descubrimientos en las costas y límites del continente base [es decir, África], el mapa de su interior es aún una gran extensión en blanco, sobre la cual el geógrafo, basándose en la autoridad de Leo Africanus y del Xeriff de Edrissi, el autor nubio, ha trazado con mano vacilante algunos nombres de ríos inexplorados y de inciertas naciones [...] Conscientes de este estigma y deseosos de liberar a su época de una carga de ignorancia que, en otros respectos, tan poco se acomoda a su carácter, unos pocos individuos, fuertemente impresionados por la convicción de la viabilidad y utilidad de esta forma de ampliar el fondo de reserva del conocimiento humano, concibieron la idea de formar una asociación para la promoción del descubrimiento de las regiones interiores de África.[3]

El pragmatismo, la ausencia de toda mención de la ciencia, la imagen del conocimiento humano como un "fondo", todo refleja los objetivos predominantemente comerciales de la Asociación Africana. Los miembros eran expansionistas económicos, interesados en el "comercio legítimo", es decir, ni colonización ni asentamiento; y, sobre todo, nada de tráfico de esclavos. En dos años la asociación tenía ya 95 miembros.

El proyecto que el grupo concibió inicialmente resultó de tan difícil ejecución que fue el único que emprendió: de-

[3] *Ibidem*, p. 4.

terminar el curso, dirección, fuente y término del río Níger, y establecer contactos comerciales y diplomáticos con los habitantes de la zona. Los fundadores alentaban grandes esperanzas sobre las posibilidades que podían aguardarles. Heródoto había sugerido que tal vez el Níger corriese hacia el este a través de toda África, hasta llegar al Nilo, lo que lo convertiría en una ruta comercial transcontinental hacia el Mediterráneo. Especialmente desde la época de Leo Africanus, el musulmán español cuya *Historia y descripción de África* apareció en 1550, Tombuctú había existido en los mapas mentales europeos como una ciudad del oro situada en el centro de un reino rico y culto.[4] Los primeros informes habían llevado a los europeos a suponer que "el conocimiento y la lengua del antiguo Egipto pueden sobrevivir aún, imperfectamente" en el interior, y que en cierta región oculta hasta podría haber cartagineses que hubieran conservado "algo de las artes, las ciencias y el conocimiento comercial que alguna vez hicieran famosos a los habitantes de Cartago". Los emisarios de la asociación tenían instrucciones, como las había tenido Mungo Park, de localizar el Níger y además, para citar las órdenes de Park, de "visitar las principales poblaciones o ciudades de los alrededores, particularmente Tombuctú y Haussa".[5]

La idea de un interior africano densamente poblado, con Estados y ciudades, redes comerciales y potenciales mercados para los productos británicos, contrasta fuertemente con la visión de pocas décadas atrás, cuando los estereotipos determinados por el tráfico de esclavos regían las

[4] El francés René Caillié fue el primer europeo moderno que sobrevivió a un viaje de ida y vuelta a Tombuctú. Cuando volvió, en 1828, para reclamar la recompensa de 2 000 francos que la Sociedad Geográfica Francesa había ofrecido por semejante hazaña, informó que la legendaria ciudad era, "a primera vista, sólo un montón de feas casas construidas con barro" (citado en Lloyd, *op, cit.*, p. 73).

[5] Mungo Park, *Travels in the Interior of Africa*, p. 3. En adelante, las referencias se remiten a esta edición.

ideologías europeas. En 1759, por ejemplo, el traductor al inglés del libro *Viaje a Senegal* [*Voyage to Senegal*] (Francia, 1756), de Adanson, presentaba a África como "una región invadida por la miseria" cuyo paisaje consistía en "desiertos ardientes, ríos y torrentes" poblados por "tigres, jabalíes, cocodrilos, serpientes y otras bestias salvajes". Los habitantes, tanto negros como moros, eran "pobres e indolentes" pero "amigables y dóciles".[6] Treinta años más tarde ya se cuestionaban tales ideas. El médico danés Paul Isert, en su libro *Travels in Guinea and the Caribbean Islands of America* (1793), sostenía que los defensores de la esclavitud que veían a los africanos como "naturalmente perezosos, obstinados, dados al robo, la bebida, a todos los vicios", deberían viajar por el interior de África "si es que desean sinceramente curarse de sus prejuicios".[7] En 1782 la editora británica de las

[6] Michael Adanson, "A Voyage to Senegal", *Voyages and Travels in all Parts of the World, 1814*, en Pinkerton (ed.), vol. XVI, pp. 598-599. La traducción (1759) fue realizada por "un caballero inglés que residió cierto tiempo en aquellas tierras". Según una cita de Christopher Lloyd en *The Search for the Niger*, en los primeros años del siglo XVIII *lord* Chesterfield le habría dicho a su hijo: "Los africanos son las gentes más ignorantes e incultas del mundo, apenas mejores que los leones, tigres, leopardos y otras bestias salvajes que ese país produce en abundancia" (Lloyd, *op. cit.*, p. 17).

[7] Paul Erdman Isert, *Voyages en Guinée et dans les îles caraïbes en Amérique*, p. 305 (la traducción es mía). El original francés dice: "Mais, disent les défenseurs de l'esclavage, les nègres sont naturellement paresseux, obstinés, adonnés au vol, à l'ivrognerie, a tous les vices [...] Je n'ai autre chose à répondre à ces Messieurs, sinon que s'ils veulent sincèrement être guéris de leurs préjugés contre les Nègres, ils n'ont qu'à se donner la peine de faire un tour dans l'intérieure de l'Afrique, ils y observeront par-tout, l'innocence, la simplicité des moeurs, la bonne-foi. Là, seulement sont en vogue ces pratiques d'enfer, où leurs rudes agens, les Européens, avec leurs productions, ont introduit les appétits qui les y excitent". Mientras visitaba la costa de Guinea, Isert se sintió estremecido de emoción al ser invitado a viajar al interior por una mujer (que él describe como princesa), quien buscaba asistencia médica para un pariente. Al igual que la mayoría de sus contemporáneos, el abolicionismo de Isert no significaba que tuviera ideas de igualdad. Él proponía remplazar la esclavitud trasladando las plantaciones a África, donde los africanos seguirían trabajando en ellas como mano de obra asalariada o bajo régimen de servidumbre por contrato (*ibidem*, p. 307).

célebres cartas del ex esclavo Ignatius Sancho explicaba en términos similares los méritos literarios del manuscrito. "Aquel que pueda penetrar en el interior de África —escribe— probablemente encontrará manifestaciones artísticas y formas de organización negras que en nada se parecen a la ignorancia y grosería de los esclavos de las islas azucareras, expatriados en la infancia y embrutecidos bajo el látigo del capataz."[8] Como estas frases indican, el proceso de reimaginar el interior africano a fines del siglo XVIII coincidió con la extraordinaria aceleración del movimiento antiesclavista después de 1770 y la nueva concepción de los africanos como mercado y no ya como mercancía. Por cierto, la formación de la Asociación Africana se produjo apenas unos meses después de la fundación de otro organismo igualmente histórico: la Sociedad para la Abolición del Tráfico de Esclavos. William Wilberforce, prestigioso miembro del Parlamento, pertenecía a ambas.

Es difícil decir qué fue más notable: que Mungo Park se embarcase en aquella misión al Níger, o que sobreviviera a ella. Su intento había sido precedido por una serie de rotundos fracasos.[9] El primer emisario de la asociación, Simon Lucas, volvió sobre sus pasos a 160 kilómetros de Trípoli; el segundo, un estadunidense llamado John Ledyard, murió antes de salir de El Cairo; el tercero, Daniel Houghton, disfrazado de árabe, se incorporó a una caravana que se dirigía al desierto, mandó dos o tres mensajes escalofriantes y desapareció en Bambouk, en el Sahara. Sin embargo, el entusiasmo doméstico por las aventuras en el Níger nunca se desvaneció. En la época en que Park ofreció sus servicios, en

[8] Citado en Wylie Sypher, *Guinea's Captive Kings: British Anti-Slavery Literature of the 18th Century*, p. 152.

[9] Para elaborar mi resumen de la expedición de Park y su contexto africano me apoyé en las siguientes fuentes: Philip Curtin, *The Image of Africa: British Ideas and Action, 1780-1850*; Lloyd, *op. cit.*; Kenneth Lupton, *Mungo Park, the African Traveler;* Peter Brent, *Black Nile;* Richard Owen, *Saga of the Niger;* Ronald Syme, *I, Mungo Park*.

1794, la Asociación Africana tenía aún casi 100 miembros de todo el continente (incluyendo a un joven alemán llamado Alexander von Humboldt, que más tarde viajaría mucho) y había logrado persuadir al gobierno británico para que instalara un cónsul y 50 soldados en Senegambia, con el propósito de contribuir al desarrollo en las riberas de los ríos Níger y Gambia, corrieran éstos por donde corriesen.

En diciembre de 1795 Park se dirigió al interior desde Pisania, el puesto de avanzada europeo más alto sobre el río Gambia, acompañado inicialmente por un grupo de seis personas que poco a poco fueron disminuyendo hasta que solo quedó un joven esclavo a quien le habían prometido la libertad si completaba el viaje. Finalmente también él desapareció sin dejar rastros. Viajando hacia el este, Park se internó en territorio poblado por los *mandingas* (musulmanes africanos, muchos de los cuales fueron víctimas del tráfico de esclavos), y después en territorio de los *fulani*, cuyo imperio se extendía tierra adentro incluyendo Tombuctú. Entonces, entre los temidos *moros*, cuenta Park, empezaron los verdaderos problemas. Empezó a encontrar bandidos, naciones guerreras, reyes codiciosos; fue encarcelado y torturado durante un mes por un gobernante fulani llamado Alí a la manera orientalista, a quien describe como un modelo de absolutismo corrupto. Una vez que consiguió su liberación, Park enderezó hacia el sur y entró en el reino rival de Bambara, que se extendía a ambos lados del Níger. En la capital, Segu, divisó por fin "el majestuoso Níger, tanto tiempo buscado, que resplandecía bajo el sol de la mañana, ancho como el Támesis en Westminster, y fluyendo lentamente *hacia el este*".[10] Abandonando su pretensión de abrir-

[10] Mungo Park, *op. cit.*, p. 177. La observación de que el Níger corría hacia el este resultó ser falsa, porque finalmente el río tuerce bruscamente hacia el sur y vuelve al oeste, yendo a desaguar en la ensenada de Benín en la costa occidental del continente. Este inesperado recorrido no fue documentado por los exploradores europeos hasta la década de 1820, cuando fue mencionado por Richard Lander.

se paso hasta Tombuctú, Park, desamparado y casi siempre hambriento, enderezó hacia la costa. Hizo gran parte del viaje acompañando a un traficante de esclavos de cuya caridad dependió durante todo ese tiempo. Volvió a Pisania un año y medio después de haber salido y cuando hacía ya mucho tiempo que lo daban por muerto.

Park nunca llegó a Tombuctú, no encontró a los egipcios ni a los cartagineses, ni vio resto alguno de los antiguos reinos cristianos. Pero llegó al Níger y pudo hacer la decisiva observación de que el río corría hacia el este, dejando además abierta la alentadora posibilidad de que se uniera al Nilo (no es así). Y lo que es igualmente importante, hizo contacto directo con los grandes y prósperos reinos de Fulani y Bambara en África Central Occidental, confirmando lo que un comentarista inglés describió como "el elevado estado de desarrollo y civilización de los habitantes del interior, muy superior al de los habitantes de las regiones costeras".[11] Descubrimiento éste que tal vez haya sido aleccionador para los europeos, ya que planteaba la cuestión de qué papel habían desempeñado ellos y su tráfico de esclavos en el "deterioro" del "estado de desarrollo" de la sociedad africana de la costa. Y aleccionador también en *otro* aspecto, porque mientras el estado de desarrollo de Europa era tal que no le había servido para conocer las sociedades de África Central y Occidental, éstas tenían desde hacía tiempo contacto con los productos y los conocimientos europeos.

Y lo más importante de todo fue que Park vivió para completar el viaje de regreso a Inglaterra y dar a conocer sus descubrimientos a sus patrocinadores europeos. Las fantasías comerciales de la Asociación se intensificaron. Estaban exultantes. "Gracias a los descubrimientos del señor Park", dijeron,

[11] Prefacio a Mungo Park, *op. cit.*, p. ix.

> se abre una puerta para que todas las naciones puedan entrar y comerciar en África, de este a oeste [...] Si se encaminan bien los esfuerzos, el crédito y el espíritu de empresa de Gran Bretaña, es difícil imaginar el alcance que puede llegar a tener la demanda de nuestras manufacturas nacionales por parte de países tan vastos y populosos.[12]

A Park le correspondió un doble mérito, por sus hazañas geográficas y comerciales, "al hacer la geografía de África más familiar para mis compatriotas [...] y al abrir a su ambición y empeño nuevas fuentes de riqueza y nuevos canales de comercialización".[13]

Dios sabe que los nuevos canales eran necesarios, para no mencionar el alza de la moral. Las últimas décadas del siglo XVIII habían sido difíciles para el imperialismo europeo. En gran parte del mundo tropical la exploración de las tierras interiores se veía dificultada por las enfermedades; y en otras regiones, por la resistencia indígena. El asesinato de Cook había hecho tambalear la idílica fantasía sobre la Polinesia. En el Caribe habían hecho falta varios miles de soldados británicos para expulsar a los indios caribes de sus tierras en San Vicente, tierras que les habían sido concedidas por tratado.[14] Por otra parte, los Estados Unidos habían conquistado su independencia y otros dominios coloniales ya establecidos se veían más amenazados que nunca. En la América española los movimientos independentistas ganaban impulso, algunos buscando apoyo inglés y francés. En los Andes se intensificaba la resistencia indígena al gobierno colonial. En 1781 un levantamiento generalizado de las poblaciones andinas indígenas había sacudido profunda-

[12] E. W. Bovill, *op, cit.*, p. 48.

[13] Mungo Park, *op. cit.*, p. 2.

[14] Sobre la muerte de Cook, véase Marshall Sahlins, *Islands of History* [hay versión castellana: *Islas de historia*]; sobre los caribes, véase Peter Hulme, *Colonial Encounters*.

mente a la élite colonial española. Desde la década de 1770 las comunidades de esclavos cimarrones de Surinam amenazaban la estabilidad y la viabilidad de la economía de plantación. En 1790 la revuelta de los esclavos en Santo Domingo había derrocado al gobierno colonial francés e instaurado un gobierno independiente, no blanco, y todo el Caribe amenazaba con hacer lo mismo.[15]

El impacto de los sucesos de Santo Domingo fue tan fuerte que detuvo el movimiento abolicionista británico, pero sólo por un tiempo. El inexorable impulso del abolicionismo daba el sostén básico a la sensación de crisis, y no sólo en Gran Bretaña. Los experimentos de estrategias imperiales alternativas terminaron en desalentadores fracasos, como por ejemplo los intentos británicos de colonizar Sierra Leona con ex esclavos. La búsqueda del pasaje noroccidental no conducía a ninguna parte y era difícil imaginar que hubiera algo más de valor en las regiones polares. Como siempre, las potencias coloniales europeas veían menmadas sus riquezas en los conflictos que las dividían, mientras los enclaves eurocoloniales pasaban de mano en mano, enclaves cuyo valor (con excepción del tráfico de esclavos) no se conocía con exactitud, ya que las tierras interiores seguían siendo desconocidas.

Pero por sobre todo, el euroimperialismo enfrentaba una crisis de legitimación. Las historias de tratados rotos, genocidios, desplazamientos de masas y esclavización de pueblos se hacían cada vez más inaceptables, a medida que se afianzaban las ideologías racionalistas y humanitarias. Sobre todo después de la Revolución francesa, se agudiza-

[15] Para consultar una fuente reciente en inglés sobre la revuelta andina, véase Steven J. Stern (ed.), *Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World, 18th to 20th Centuries;* sobre los cimarrones de Surinam, véase Richard Price, *First-Time: The Historical Vision of an Afro-American People*; sobre la revolución de Santo Domingo, véase un clásico: C. L. R. James, *Black Jacobins: Toussaint L'Ouverture and the Santo Domingo Revolution.*

bían las contradicciones entre las ideologías igualitarias democráticas en el país y las implacables estructuras de dominación y exterminio en el exterior. Pero las demandas de capital seguían; y a medida que el capital se expandía, la competencia entre las naciones euroimperiales se intensificaba. Y como siempre, era su propia competencia mutua la que unía a las potencias europeas en la empresa de buscar nuevas formas de intervención euroimperiales y nuevas ideologías de legitimación: la misión civilizadora, el racismo científico y los paradigmas de base tecnológica del progreso y el desarrollo.

No es, pues, sorprendente que el júbilo imperial de la Asociación Africana en respuesta al regreso de Mungo Park se expresara en un lenguaje de racismo y en una imagen de nuevo relevamiento cartográfico:

> Así como el gran continente africano muestra ocasionalmente, entre sus océanos de arena, algún oasis [...] así también, a semejanza de la cara del paisaje, la mente torpe y vaga de sus gentes despliega de vez en cuando matices de inteligencia y filantropía, destellos de genio, ejemplos parciales de organización social desarrollada.[16]

Estas insultantes palabras no llegan a anunciar, sin embargo, el impacto que habrían de tener los viajes/*Viajes* de Park. Aun antes de que apareciera el libro, la Asociación Africana sabía que tenía en sus manos un éxito editorial. "Park avanza triunfalmente —declaró el funcionario encargado de supervisar su trabajo—. Las partes que me ha enviado recientemente están a la altura de lo mejor que se ha escrito en lengua inglesa."[17] La primera edición de *Travels in the Interior Districts of Africa* apareció en abril de 1799, y en sólo

[16] E. W. Bovill, *op. cit.*, p. 48.
[17] Prefacio a Mungo Park, *op. cit.*, pp. viii-ix.

FIGURA 12. *Frontispicio de la edición de 1860 del libro de Mungo Park,* Travels in the Interior of Africa *[Viajes al interior de África] en donde se representa el arribo de Park al río Níger.*

un mes se vendieron 1 500 ejemplares. Ese mismo año aparecieron dos ediciones más, y en 1800 se lanzaron la traducción francesa y la alemana y una edición estadunidense. Park recibió 1 000 guineas, cifra que indicaba la creciente pujanza de la industria de la literatura de viajes. Desde entonces se han hecho constantemente antologías, extractos y reediciones del libro. Durante las siguientes décadas sus dramáticas escenas y su estilo sin pretensiones se convirtieron en piedras de toque para los escritores de relatos de viajes en Europa.

Aunque invariablemente leído como el "relato sencillo y llano" que Park pretendía que fuera, el libro ejemplifica magníficamente el estilo sentimental en la narrativa europea de la zona de contacto a fines del siglo XVIII. Dicho de otro modo, la obra de Park muestra algunas de las maneras en que

la zona de contacto era recuperada por el sentimentalismo europeo en un momento en que, como tan agudamente lo expresa Peter Hulme, "la simpatía sentimental empezó a fluir por las arterias del comercio europeo, en busca de víctimas".[18] En las páginas que siguen me propongo considerar con más detalle el texto de Park como un ejemplo de literatura de viajes sentimental en la frontera imperial. La lectura que hago destaca ciertos puntos de contraste con la literatura de viajes científica, como se analizó en el capítulo previo. Mi objetivo es poner en evidencia que el sentimentalismo desafía y al mismo tiempo complementa la naciente autoridad de la ciencia objetivista. Paso luego a otros ejemplos del estilo sentimental, en un intento por ubicar a la literatura de viajes sentimental dentro del contexto de las crisis del euroimperialismo de fines del siglo XVIII, especialmente a través de los debates sobre la esclavitud.

El antihéroe existencial

Aunque sin duda podría haberlo hecho, Mungo Park no escribió una narración de descubrimientos geográficos, observación o recolección, sino de experiencias personales y aventuras. Escribió —y se escribió a sí mismo— no como un hombre de ciencia sino como un héroe sentimental. Fue protagonista y figura central de su propio relato, que se desenvuelve como una serie de episodios épicos de pruebas, desafíos y encuentros con lo imprevisible. Park se abre paso a través del interior del África Occidental, de pueblo en pueblo y de aldea en aldea, negociando sus salvoconductos con un cacique tras otro, haciendo trueque de chucherías por comida, abrigo y protección. Además, también se desplaza verticalmente, hacia arriba y hacia abajo (sobre todo hacia

[18] Hulme, *op. cit.*, p. 229.

abajo) en la escala social, desde sus encuentros corteses con príncipes hasta episodios en los que, sumido en la indigencia, mendiga comida de los esclavos. Atraviesa la desolación del desierto y sufre las angustias de la sed y la amenaza de los animales salvajes y los bandidos. El siguiente pasaje ejemplifica el relato día por día del libro de Park:

> A la mañana siguiente (10 de marzo) partimos rumbo a Samamingkoos. En el camino alcanzamos a una mujer y dos muchachos que viajaban con un asno; ella nos informó que iban a Bambarra pero que se habían detenido en el camino por causa de un grupo de moros que les habían robado casi todas sus ropas y algunas alhajas de oro, y que tendría que volver a Deena hasta que terminara el periodo de ayuno. Esa misma noche se vio la luna nueva, que anunciaba el comienzo del mes Ramadán. Por causa de ese evento se encendieron grandes fogatas en diferentes partes del pueblo y se preparó más comida que de costumbre.
>
> 11 de marzo. Al amanecer los moros estaban listos, pero yo había sufrido tanta sed en el camino que mandé a mi muchacho a llenar un recipiente con agua para mi uso particular; los moros me habían dicho que no comerían ni beberían hasta la puesta del sol. Sin embargo, pude comprobar que el excesivo calor del sol y el polvo que levantábamos al desplazarnos superaban sus escrúpulos, convirtiendo a mi cantimplora en la pieza más valiosa de nuestro equipaje.[19]

El espacio/tiempo textual que corresponde al espacio/tiempo del viaje está lleno de (hecho de) actividad humana, de interacciones entre los viajeros mismos o con las personas que encuentran. La pausa para hablar con la mujer y los dos muchachos está recreada textualmente por una pausa para contar la historia de la mujer, un drama humano. Cuando

[19] Mungo Park, *op. cit.*, p. 107.

se hace un alto para pasar la noche no se describe el lugar sino la gente. No hay descripción alguna de paisajes. La naturaleza sólo está presente en la medida en que afecta al mundo social: la luna llena anuncia el mes de Ramadán; el polvo y el sol dan sed a los viajeros. Gramaticalmente hablando, en el texto de Park abundan los agentes humanos y hay predominio de construcciones verbales activas, aunque también se encuentran algunas pasivas. El mundo natural se vincula activamente con la gente: la luna *anunciaba el comienzo* de Ramadán; el calor y el polvo *superaron* los escrúpulos de los moros y *convirtieron* a la cantimplora en algo útil.

Las diferencias con la literatura de viajes científica e informativa que se analizó en el capítulo anterior no podrían ser más esquemáticas. Por ejemplo: el libro de Park apareció menos de dos años después de los *Viajes* de John Barrow. Como se vio, el espacio/tiempo del viaje en la literatura de Barrow se textualiza principalmente por la presentación lingüística del "rostro del paisaje", que es visto por agentes cuya presencia es borrada por el lenguaje del texto. Las interacciones sociales dentro del grupo de Barrow y entre ellos y los habitantes locales no están dramatizadas y en la mayoría de los casos sólo se las menciona tangencialmente. Para fines de comparación, reconsideremos el pasaje del libro de Barrow citado en la página 120. Lo hemos resumido:

> Al día siguiente cruzamos el río Great Fish, no sin algunas dificultades porque las márgenes son altas y escarpadas, la corriente fuerte, el lecho rocoso y el agua profunda. En este sitio el río está flanqueado por algunos bellos ejemplares de sauces de Babilonia, o una variedad de esa especie. La ribera opuesta presentaba un paisaje bellísimo, bien forestado y húmedo [...] La primera noche que acampamos en la región cafre lo hicimos a orillas de un arroyo llamado Kowsha, que desemboca en el Great Fish. Al día siguiente pasamos por las aldeas de

> Malloo y Tooley, los dos jefes y hermanos que habíamos visto en Zuure Veldt. Las aldeas están maravillosamente bien situadas, sobre dos elevaciones que se levantan a la orilla del mencionado arroyo.

En el texto de Barrow, como era de esperar, abundan los verbos de estado y las construcciones intransitivas: las márgenes *son* altas, las aldeas *están situadas*, las cosas *están cerca* de otras cosas, las riberas *están forestadas* y húmedas, las elevaciones *se levantan* y el arroyo *desemboca*. En cuanto a las construcciones activas, no presentan acciones sino espectáculos inmóviles: los árboles *flanquean* el río, la ribera *presenta* un paisaje bellísimo. En consonancia con las prácticas burocrático/científicas del objetivismo, la autoridad del discurso de Barrow reside en el distanciamiento que hay entre lo que se dice y la subjetividad tanto del locutor como del actor. En Park sucede lo contrario. La escritura sentimental apoya explícitamente lo que se está expresando en la experiencia sensorial, el juicio, la acción o los deseos de los sujetos humanos. La autoridad reside en la autenticidad de la experiencia sentida por alguien. Los predicados están vinculados a observadores identificados, casi siempre por medio de verbos de experiencia o de proceso mental: los moros le *habían dicho* a Park que tenían *intención* de ayunar, pero éste *comprobó* por experiencia que no lo hacían.

Con respecto al anclaje deíctico del discurso, el pronombre "yo" es, desde luego, el elemento que más claramente marca la línea de complementariedad entre la ciencia y el sentimiento. Consideremos, por ejemplo, la descripción que hace Park de un día de mucha sed y comparémosla con el relato del episodio del incendio de la pradera en el libro de Barrow, citado en la nota 38 del capítulo anterior (las cursivas son mías):

> [Dos muchachos] *me* mostraron sus odres vacíos y *me* dijeron que no habían visto agua en los bosques. Esta información *me* proporcionó escaso consuelo; sin embargo, era en vano afligirse y entonces *yo* me apresuré tanto como pude, con la esperanza de llegar a alguna aguada durante la noche. Para entonces *mi sed* era ya insufrible, *mi boca* estaba reseca e inflamada; con frecuencia aparecía ante *mis ojos* una súbita niebla, junto con otros síntomas de desvanecimiento; y como *mi caballo* estaba muy fatigado, *yo* empecé a temer que me moriría de sed. Para aliviar el quemante dolor de *mi boca y mi garganta,* chupé las hojas de diversos arbustos, pero las encontré amargas e inútiles.[20]

Es difícil imaginar un locutor más sensible y emotivo. Las esperanzas y los miedos de Park, sus experiencias corporales, constituyen los eventos y registran su significación. El lenguaje de las emociones —*consuelo, aflicción, esperanza, insufrible*— asigna valor a los acontecimientos. La información es textualmente relevante (tiene valor) en la medida en que incide en el locutor viajero y su búsqueda. En la narrativa científica, por el contrario, la información es relevante (tiene valor) en la medida en que se vincula con objetivos y sistemas de conocimiento institucionalizados fuera del texto. En los *Viajes* de Park, la escena que generaciones de lectores consideraron la más memorable de todas, absorbe el discurso de la ciencia dentro del narcisismo de lo sentimental. Esa escena, que ilustra la portada de la edición de 1860 (véase la figura 13), representa su más profundo momento de crisis cuando, hallándose en territorio hostil, un grupo de bandidos lo atacan y roban y luego, dándolo por muerto, lo abandonan en el desierto. Encontrándose "desnudo y solo, rodeado de animales salvajes y hombres aún más salvajes —confiesa Park—, mi fortaleza empezó a flaquear". Lo salva una epifanía del naturalista:

[20] *Ibidem,* p. 160.

> En ese momento, pese a lo penosos que eran mis pensamientos, la extraordinaria belleza de un pequeño musgo en fructificación captó irresistiblemente mi mirada. Menciono esto para mostrar que la mente encuentra a veces consuelo en las circunstancias más insignificantes; porque aunque la planta no era mayor que la punta de uno de mis dedos, yo no podía dejar de contemplar admirado la delicada conformación de sus raíces, hojas y cápsula. *¿Podrá acaso ese Ser (pensé) que plantó, regó y condujo a la perfección, en este remoto rincón del mundo, algo que parece de tan escasa importancia, contemplar indiferente la situación y los padecimientos de criaturas formadas a su imagen y semejanza? ¡Es claro que no!*[21]

El hombre sensible, en un momento de necesidad, mira *a través* del lenguaje de la ciencia y encuentra la comprensión espiritual alternativa de la naturaleza como imagen de lo divino. Así como la invasión de John Barrow al campamento bosquimano provocó una ruptura en el lenguaje de la ciencia, así también el arranque emocional de Park en este pasaje es un triunfo del lenguaje del sentimiento y su protagonista, el individuo.

Si, como señalé anteriormente, el productor de información, que escudriña el paisaje y se conduce con modestia, se vincula con los aparatos panópticos del Estado burocrático, entonces este sujeto sentimental y experiencial habita el "otro" sector autodefinido del mundo burgués, la esfera privada: el hogar del deseo, el sexo, lo espiritual, el individuo. En la frontera imperial, si el primero codifica las ambiciones territoriales basadas en el Estado, el segundo, como espero demostrar, no encarna ideales de domesticidad sino de comercio y empresa privada. En muchos aspectos, los dos discursos no podrían ser más diferentes; pero ése es precisamente el punto en cuestión. No podrían ser más dife-

[21] *Ibidem*, p. 225

rentes porque ambos se definen en función del otro; son complementarios, y en su complementariedad delimitan los parámetros de la hegemonía de la burguesía emergente. En la frontera imperial el sujeto sentimental comparte ciertas características fundamentales con su par científico: desde luego, europeísmo, masculinidad, pertenencia a la clase media, pero también inocencia y pasividad. Es, también, el antihéroe de la anticonquista. Como espero demostrar a través de una lectura del libro de Park, el expansionismo europeo está purificado y mistificado en la literatura del sentimiento, así como en la informativo-científica. Si bien está ubicado en el centro y no en la periferia de un campo discursivo, y aunque se componga de todo un cuerpo y no sólo de un ojo desencarnado, el protagonista sentimental también se construye como una presencia europea no intervencionista. A él le suceden cosas, y él las soporta y sobrevive. Como *construcción* textual, su inocencia reside menos en su modestia que en su sumisión y vulnerabilidad, o en su *despliegue* de modestia.

Mungo Park escribe como un receptor, no como un iniciador, tan desprovisto de deseo como su par científico.

La mística de la reciprocidad

Algunos de los momentos más dramáticos en el dramático relato de Mungo Park son las escenas de su arribo a diferentes lugares. Estas escenas puntúan con frecuentes intervalos su narración. Como ya analicé en otra parte,[22] las escenas de arribo son una convención en casi toda la literatura de viajes y sirven como sitios particularmente potentes para enmarcar las relaciones de contacto y fijar los términos de

[22] Véase M. L. Pratt, "Fieldwork in Common Places", en Clifford *et al.*, *Writing Culture*.

su representación. En el ejemplo que sigue Park relata su arribo a una población, de noche, en busca de comida y alojamiento:

> Aconteció que era un día festivo en Dalli y la gente estaba danzando frente a la casa de Dooty. Pero cuando supieron que había llegado al pueblo un hombre blanco dejaron de bailar y acudieron al lugar donde yo me alojaba, caminando en orden, de dos en dos y precedidos por la música [...] Siguieron danzando y cantando hasta medianoche y durante todo ese tiempo estuve rodeado por una gran multitud y debí permanecer sentado y quieto para satisfacer su curiosidad.[23]

Se podría describir la estructura de este episodio diciendo que se trata de una apropiación mutua. El arribo de Park interrumpe el ritual local, que luego se reconstituye alrededor de él. Park se apropia del ritual y es simultáneamente apropiado por él, puesto que se le pide que desempeñe un rol para satisfacer la curiosidad de la gente, a cambio de la satisfacción de su propia curiosidad. Sin embargo, su rol es pasivo y en él su capacidad de acción y su deseo desempeñan un papel mínimo. No predice eclipses, no cura a los enfermos, no hace trucos con la baraja ni se convierte en el hombre que llegaría a ser el rey. No es la conquista: es la anticonquista. No obstante, entre él y los aldeanos no hay un vacío ni un abismo sino que existe una relación "necesaria". Una vez más, la comparación con los *Viajes* de Barrow es esclarecedora. Veamos cómo relata Barrow una escena de arribo análoga:

[23] Mungo Park, *op. cit.*, pp. 104-105. Esta descripción recuerda la que hizo Leo Africanus de Tombuctú, que estaba habitada por "gente de carácter gentil y alegre, que pasa gran parte de la noche cantando y danzando por las calles."

TRAVELS

IN

THE INTERIOR OF AFRICA

BY MUNGO PARK.

EDINBURGH:

ADAM AND CHARLES BLACK, NORTH BRIDGE.

MDCCCLX.

JLC

FIGURA 13. *Portadilla de la edición de los* Travels *[Viajes] de Park, ilustrada con la famosa escena donde Park pierde las esperanzas tras el robo de todas sus posesiones.*

> Una gran multitud de las gentes más diversas se congregó por todas partes y nos siguió a lo largo del camino. Como hacía calor, los hombres se habían quitado sus vestiduras y estaban totalmente desnudos. Pero las mujeres conservaron sus mantos de piel de becerro, y sus esfuerzos por satisfacer su evidente curiosidad por los extranjeros no parecían incomodar a los hombres en lo más mínimo.[24]

Si bien el tropo es el mismo, en la versión de Barrow europeos y africanos (hombres y mujeres) permanecen en esferas separadas que no interactúan y los miembros de cada grupo son responsable de sus deseos, intenciones y acciones. Los aldeanos se incomodan, se esfuerzan y satisfacen *su* curiosidad. Los viajeros europeos, en cambio, pasan y ven; nada les exige que se sienten y sean vistos. Además, en la versión de Park cada una de las partes determina las acciones y los deseos de la otra. Park se sienta y permanece inmóvil por "necesidad", para satisfacer la curiosidad de los aldeanos, quienes, a cambio, le proporcionan alimento y un techo. Como representación, la escena está regida por la reciprocidad.

Sostengo que la reciprocidad es la dinámica que por sobre todas las cosas organiza la narrativa de Park, interactiva y centrada en lo humano. A veces está presente como una realidad alcanzada, pero siempre aparece como un objeto del deseo, como un valor. En los encuentros humanos cuya secuencia construye la narrativa de Park, lo que plantea la sustancia dramática y la tensión es, casi invariablemente, el deseo de lograr reciprocidad, de establecer un equilibrio por medio del intercambio. Los encuentros con gobernantes locales, que constituyen elementos fundamentales de la narrativa, consisten sobre todo en negociaciones

[24] John Barrow, *An Account of Travels into the Interior of Southern Africa in the Years 1797 and 1798*, p. 192.

en las que Park trata de asegurar su supervivencia y conseguir un salvoconducto, a manera de trueque por los productos europeos que entrega. Esas reuniones son una lucha por encontrar un equilibrio entre la finitud de los productos de Park y el nivel de codicia de sus anfitriones. Aun cuando el pillaje y el robo han reducido a Park a la indigencia y la mendicidad, lo encontramos siempre tratando de ejercitar la reciprocidad. Cuando es recibido como gesto de caridad en la casa de una esclava, él le regala a su "compasiva patrona" "dos de los cuatro botones de cobre que quedaban en mi chaleco, la única recompensa que pude darle".[25] En otra reveladora ocasión, un esclavo le pide comida y el indigente Park le dice que no tiene nada para dar. El hombre replica: "Te di de comer cuando tenías hambre. ¿Acaso te has olvidado del hombre que te llevó la leche en Karankalla?" "Inmediatamente lo recordé —escribe Park— y mendigué un poco de nuez molida de Karfa para dársela en retribución por su antigua bondad."[26] Por último, ya sin botones, Park ofrece su propio cuerpo en intercambio para completar su viaje. Se encuentra con un traficante de esclavos que va camino de la costa y, desesperado, le promete "el valor de un esclavo de primera calidad", precio que le pagaría si lo llevaba hasta allí, donde estaban sus contactos británicos.

Por lo tanto, la lucha cotidiana de Park consiste sobre todo en intentos de establecer un vínculo de reciprocidad entre él y los otros, o en soportar su falta. En mi opinión, es en este punto donde su relato representa la expansión comercial en cuyo nombre viajó y escribió. Mientras que en la narrativa de Barrow las aspiraciones territoriales y colonizadoras del euroimperialismo aparecen idealizadas en la faz despoblada del paisaje, en la narrativa de Park las aspiraciones comerciales expansionistas se idealizan en un dra-

[25] Mungo Park, *op. cit.*, p. 180.
[26] *Ibidem*, p. 234.

ma de reciprocidad. Al negociar su viaje a través de África, Park es la imagen misma del empresario. Sin embargo, el impulso del capitalismo europeo, decididamente opuesto a la reciprocidad, apenas si puede discernirse en la figura sufriente y solitaria, por más que uno (sea el lector, sea el testigo africano) la contemple. Park trafica, hace negocios, pero *nunca en busca de ganancia.* Una y otra vez el lector ve que las mercancías europeas producen intercambio simbólico y subsistencia. Con cada transacción Park sólo gana su propia vida... y su inocencia.

Y lo que tal vez sea aún más importante es que, en última instancia, el narrador demuestra ser más grande que todo lo demás. La epifanía provocada por el musgo en fructificación es un momento trascendente, no porque Park haya sobrevivido sino porque, al fin, ha perdido *todo.* Ya no está definido por las mercancías europeas. Se ha convertido en esa criatura en cuya viabilidad y autenticidad sus lectores posiblemente han anhelado creer: el hombre blanco desnudo, esencial, inherentemente poderoso.

La visión recíproca

Las mercancías no son los únicos elementos de intercambio en el relato de Park, centrado como está en el sujeto. A diferencia de la literatura de viajes científica, en este texto el hecho mismo de ver opera en la línea de la reciprocidad. Como se puede apreciar en la escena del arribo citada líneas atrás, a cambio de ver África y a los africanos, Park se describe reiteradamente como sujeto de escrutinio de los africanos. En una intervención paródica, el equipaje de Park se convierte en un despliegue de curiosidades para los africanos que él conoce mientras viaja, y al mismo tiempo su cuerpo es escudriñado minuciosamente, como si fuera un paisaje o un espécimen desconocido:

> Los testigos circundantes, y sobre todo las damas, eran mucho más inquisitivos; hacían mil preguntas, inspeccionaban cada una de mis prendas de vestir, hurgaban en mis bolsillos y me obligaron a desabotonarme la chaqueta y exhibir la blancura de mi piel; hasta contaron los dedos de mis manos y pies, como si dudaran de que yo fuese en verdad un ser humano.[27]

Como se advierte en este pasaje, la visión recíproca se organiza según el género y está determinada por la gran obsesión sentimental: el erotismo transracial. Mientras que los hombres africanos son los principales objetos del mirar de Park, las mujeres africanas son quienes protagonizan el acto de mirar a Park. La escena citada más arriba empieza cuando Park se acerca al déspota Alí, que está mirándose en un espejo sostenido por una de sus siervas. Alí pierde todo interés en Park cuando se entera de que no sabe árabe. Park se convierte entonces en objeto de la mirada femenina, cuyo agresivo voyeurismo lo feminiza: otra forma de anticonquista.

Muchas veces dejarse escudriñar por las mujeres es el precio que Park paga por la comida. Invitado a la corte en el país mandinga, es entregado al serrallo en pleno para que lo inspeccionen. Entonces el imperativo de la reciprocidad se presenta de manera cómico-erótica. Las mujeres se burlan de Park, afirmando que su piel blanca y "su nariz prominente" son artificiales. "Yo, por mi parte —dice Park— sin negar mi propia deformidad, hice grandes elogios de su belleza africana."[28] En otra ocasión la situación se torna crítica: un grupo de mujeres visita a Park con el propósito de "verificar, por medio de una inspección concreta, si el rito de la circuncisión alcanzaba también a los nazarenos". Park sale del paso exigiendo una suerte de reciprocidad:

[27] *Ibidem*, p. 109.
[28] *Ibidem*, p. 49.

> Les hice notar que en mi país no se acostumbraba ofrecer una demostración ocular en tales casos, y ante tantas mujeres hermosas; pero si se retiraban todos, excepto la joven dama a quien señalé (elegí la más joven y bella), yo satisfaría su curiosidad. A las damas les gustó la broma y se retiraron riendo de buena gana; y la joven damisela... me envió comida y leche a la hora de la cena.[29]

Las escenas de serrallo como ésta obedecen en gran medida a las convenciones de la literatura orientalista que floreció en Europa en el siglo XVIII. Como en las famosas *Cartas persas* de Montesquieu, gran parte de la comedia reside en las inversiones paródicas de las relaciones de poder y las normas culturales eurocentradas, especialmente las normas acerca del ver y el ser visto. Pero lo que aquí me interesa en primer lugar es el carácter particularmente interactivo del uso que hace Park de estos tropos, y en segundo lugar, la forma en que los usa para ratificar su posición de anticonquistador.

El imperativo de reciprocidad se extiende también al conocimiento y la cultura. Park a menudo se esmera en informar tanto sobre las reacciones de los africanos ante él como sobre las suyas ante los africanos, y en establecer constantemente cierta forma de equivalencia entre las formas de vida europea y africana, sin dejar de reconocer lo diferentes que pudieran ser. En su relato hay muchos casos de yuxtaposición deliberada de ambas formas de vida, con un punto de vista que podríamos llamar "visión recíproca".[30] En una ocasión, por ejemplo, los africanos solicitan los servicios médicos de Park y él propone una amputación para salvar la vida de un joven herido en la pierna. Los africanos se ho-

[29] *Ibidem*, p. 119.

[30] He tomado esta expresión de mi colega Martin Evans, quien la usa para hablar del diálogo cultural entre los Estados Unidos y Europa. Véase su *America: The View from Europe*.

rrorizan. "Evidentemente, me consideraron una especie de caníbal por proponer una operación tan cruel y desconocida, que en su opinión sería más dolorosa y peligrosa que la herida misma."[31] Se siguen entonces las prácticas indígenas y se prepara al paciente para morir. Park no expresa ninguna crítica sobre la decisión de rechazar la curación a la manera europea, y tampoco intenta convencer a los africanos. Más bien se le permite al lector aceptar la idea de que la concepción africana de la amputación es tan válida como la concepción de Park de que sin la operación el paciente moriría.

No es casual que este intercambio ideológico se produzca alrededor de lo que demostró ser (y sigue siendo) una de las herramientas más eficaces del euroexpansionismo: la medicina occidental. En una época en que la medicina era uno de los puntos fuertes de Europa —sobre todo en el mundo islámico, cuyos gobernantes acostumbraban convocar a médicos europeos para que los atendieran—, Park expresa una postura agnóstica sobre la cuestión. Su incapacidad de demostrar la superioridad de la medicina europea sobre la "superstición" africana tiene implicaciones francamente igualitarias y pone en tela de juicio lo que era un lugar común de la ideología imperialista. Hay también otros ejemplos de visión recíproca que tienen el mismo tenor. En cierta ocasión, por ejemplo, un grupo de esclavos que eran llevados a la costa le dicen a Park que creen que los venderán para ser comidos. Park les explica que los mandarán lejos para realizar tareas agrícolas, pero los esclavos rechazan su explicación. Park, en vez de ridiculizar o subestimar su punto de vista, lo considera factible y se limita a comentar que tal creencia "hace, desde luego, que los esclavos contemplen con terror el viaje a la costa".[32] Así, la cuestión de si la

[31] Mungo Park, *op. cit.*, p. 91.
[32] *Ibidem*, p. 291.

esclavitud es equivalente al canibalismo queda simplemente abierta. A veces Park construye analogías para desentrañar las prácticas africanas en función de las inglesas. Por ejemplo, para explicar la predilección de los mandingas por robarle sus bienes, invierte la polaridad geográfica y racial y razona así: "Supongamos que un mercader negro del Indostán logra llegar hasta el centro mismo de Inglaterra y se pasea con una caja llena de joyas a la espalda, y que las leyes del reino no le brindaran seguridad...".[33]

Una cuestión que Park aborda repetidamente es la de incongruencia que hay entre las visión recíproca de los africanos y la propia sobre la razón de su presencia en ese continente. Cuando se refiere a ese tema hace notar que los africanos cuestionan su explicación. Un rey africano, por ejemplo, "cuando se enteró de que yo había viajado desde un lugar muy distante y había desafiado grandes peligros sólo para contemplar el río Joliba, me preguntó con toda naturalidad si en mi país no había ríos y si todos los ríos no son parecidos".[34] Y otro, ante las explicaciones de Park, se muestra "satisfecho a medias". "La idea de viajar por curiosidad era nueva para él —comenta Park—. Me dijo que él juzgaba imposible que un hombre en sus cabales emprendiese viaje tan peligroso sólo para mirar un país y sus habitantes." Según una lectura posible, los sorprendidos interlocutores africanos ponen en cuestión el principio básico mismo de la anticonquista: la inocente búsqueda del conocimiento. Según otra lectura también posible, los africanos refuerzan la anticonquista de Park: en última instancia, no lo encuentran amenazante sino apenas simple. En el episodio que acabo de citar, Park restablece la inocencia de su excursionismo ofreciéndole al rey "satisfecho a medias" una re-visión, o más bien una no-visión. Para probar que no preten-

[33] *Ibidem*, p. 240.
[34] *Ibidem*, p. 182.

de involucrarse en el comercio local, Park le muestra al rey el escaso contenido de su maleta. "Se convenció; y era evidente que su sospecha había nacido de la creencia de que todo hombre blanco debe necesariamente ser un comerciante."[35] Pero Park y su lector saben, por supuesto, que el rey no estaba tan equivocado. Park recupera su inocencia al precio de desplegar, a través de la equívoca percepción del rey africano, la inevitable mala fe de los imperialistas.

La visión recíproca de Park y su manera de presentar las contradicciones de la ideología euroexpansionista deben haber contribuido al efecto de verosimilitud y confiabilidad que su libro produjo en varias generaciones de lectores. A lo largo de todo el siglo XIX, los revisores de cada nueva edición elogiaron la humildad y la veracidad de Park.[36] El hechizo ha perdurado. El eminente africanista contemporáneo Philip Curtin se expresa en los mismos términos: "Él [Park] dijo simplemente lo que había visto, sin arrogancia, sin argumentos especiosos y (como no era un erudito) sin interpretación".[37] Si bien el calificativo de ingenuo puede ser inmerecido, la admiración no lo es. En comparación con la gran mayoría de otros viajeros, especialmente algunos de los victorianos que le siguieron, Park afirma mundos plausibles de acción y experiencia africanas. Su enfoque relacional de la cultura plantea genuinas posibilidades de un autocuestionamiento crítico. Pero al mismo tiempo, aunque se les relativiza y hasta se les ridiculiza, nunca las ideologías europeas son cuestionadas directamente. El libro de Park debe mucho de su eficacia a esa combinación de humanismo, igualitarismo y relativismo crítico fuertemente

[35] *Ibidem*, p. 47.

[36] Véase, por ejemplo, prefacio, *ibidem*, pp. VIII-IX.

[37] Philip Curtin, *The Image of Africa*, vol. II, p. 207. En una línea similar, Christopher Lloyd considera que Park no era "el tipo de hombre capaz de echar un velo romántico sobre sus aventuras, porque era temperamentalmente incapaz de rellenar su historia con verbosas descripciones" (*op. cit.*, p. 47).

anclada en la convicción de la autenticidad, el poder y la legitimidad de Europa.

La reciprocidad siempre ha formado parte de la ideología del capitalismo sobre sí mismo. En su convincente estudio de la literatura sentimental en la frontera colonial, Peter Hulme así lo afirma, recordando el clásico análisis que hizo Marcel Mauss de la reciprocidad en *El don*. Mauss sostiene que en las sociedades sin Estado y no capitalistas la reciprocidad funciona como la base de la interacción social, aun en formaciones sociales radicalmente jerárquicas, como el feudalismo. Según Hulme, "es sólo dentro de las relaciones sociales fetichizadas del capitalismo que la reciprocidad desaparece totalmente, aun cuando su presencia sea ruidosamente anunciada".[38] El capitalismo, al mismo tiempo que elimina la reciprocidad como base de la interacción social, la conserva como una de las historias que se cuenta acerca de sí mismo. La diferencia entre intercambio igual y desigual es suprimida. Marx aborda más extensamente esta cuestión en un famoso pasaje de *El capital*:

> La *órbita de la circulación* o *del cambio de mercancías*, dentro de cuyas fronteras se desarrolla la compra y venta de la fuerza de trabajo, era, en realidad, el verdadero *paraíso de los derechos del hombre*. Dentro de estos linderos, sólo reinan la *libertad*, la *igualdad*, la *propiedad*, y *Bentham*. La *libertad*, pues el comprador y el vendedor de una mercancía, *v. gr.* de la *fuerza de trabajo*, no obedecen a más ley que la de su *libre voluntad*. Contratan como *hombres* libres e iguales ante la ley. El *contrato* es el resultado final en que sus voluntades cobran una expresión jurídica *común*. La *igualdad*, pues compradores y vendedores sólo contratan como *poseedores de mercancías*, cambiando equivalente por equivalente. La *propiedad*, pues cada cual dispone y solamente puede disponer de lo que es

[38] Hulme, *op. cit.*, p. 147.

> suyo. Y *Bentham*, pues a cuantos intervienen en estos actos sólo los mueve su interés. La única fuerza que los une y los pone en relación es la fuerza de su *egoísmo*, de su provecho personal, de su *interés privado*. Precisamente por eso, porque cada cual cuida solamente de sí y ninguno vela por los demás, contribuyen todos ellos, gracias a una *armonía preestablecida de las cosas* o bajo los auspicios de una providencia omniastuta, a realizar la obra de su provecho mutuo, de su conveniencia colectiva, de su interés social.[39]

Estos son los conceptos, dice Marx, que dotan al "librecomerciante *vulgaris*" de "sus ideas, sus conceptos y las pautas según las cuales juzga la sociedad del capital y la mano de obra asalariada". En diversos aspectos, es precisamente esta la utopía que Park trata de generar dondequiera que vaya en África. Desde luego, los obstáculos a la utopía no son europeos sino africanos. La codicia africana, el bandolerismo africano, el tráfico de esclavos africano amenazan la mística de la reciprocidad a cada momento y son los únicos puntos sobre los que Park no practica la reciprocidad. Él moriría antes que robar. ¿Podrán los africanos llegar a ser igualmente honrados? A través de su anticonquista, Park encarna los valores que respaldaron la mayor empresa no recíproca y no comercial de todos los tiempos: la Misión Civilizadora.

Debido a la malaria, la fiebre amarilla y la disentería, la exploración del río Níger se prolongó durante las cinco décadas siguientes, hasta que el doctor William Baikie decidió probar la eficacia de la quinina para combatir las mortales fiebres que habían coartado todos los sueños de expansión en la región. Sin embargo, como fenómeno literario el esfuerzo del Níger fue un éxito: produjo una literatura de ex-

[39] Karl Marx, *El capital* (1867), vol. I, pp. 128-129. Para una discusión crítica de este pasaje véase Don L. Dorham, *History, Power, Ideology*, pp. 198 y *ss*.

ploración viva, interesante y bien documentada, que siguió a grandes rasgos la tendencia marcada por los *Viajes* de Park. Las líneas argumentales sentimentales de mala suerte y victimización eran muy adecuadas para presentar los sufrimientos y fracasos de una expedición al Níger tras otra; y se demostraba, además, que el solitario protagonista europeo era el único que podía permanecer vivo en la región.[40] Desmintiendo el precedente que él mismo había sentado, Mungo Park perdió la vida en 1806, cuando volvió al Níger encabezando una expedición grande y altamente militarizada. Esta expedición entró en acción inmediatamente, con armas de fuego: pero todos sus integrantes desaparecieron. La Asociación Africana, que había quedado reducida a 14 miembros, fue absorbida por la Real Sociedad Geográfica [Royal Geographical Society] en 1831.

[40] Además de los *Viajes* de Mungo Park, la literatura de exploración sobre el Níger incluye los siguientes trabajos: E. Denham, H. Clapperton y W. Oudney, *Narrative of Travels and Discoveries in Northern and Central Africa* (1828); René Caillié, *Travels through Central Africa to Timbuctoo* (1830); H. Clapperton, *Journal of a Second Expediton into the Interior of Africa* (1829); Richard Lander, *Records of Captain Clapperton's Last Expedition in Africa* (1830); R. y J. Lander, *Journal of an Expedition to Explore the Course and Termination of the Niger* (1830); Macgregor Laird y R. A. Oldfield, *Narrative of an Expedition into the Interior of Africa by the River Niger* (1837); H. D. Trotter, W. Allen y T. R. H. Thompson, *Narrative of the Expedition to the River Niger in 1841* (1848); Samuel Crowther, *Journal of an Expedition up the Niger and Tshadda* (1855); W. B. Baikie, *Narrative of an Exploring Voyage up the Rivers Kwora and Binue in 1854* (1856); Heinrich Barth, *Travels and Discoveries in North and Central Africa* (1857-1858). El relato de Richard Lander (1830) es uno de los mejores ejemplos que conozco de picaresca en la literatura de viajes. Samuel Crowther fue probablemente el primer africano que dirigió una misión de exploración europea.

IV. EROS Y ABOLICIÓN

Sentimentalismo y *sensibilité* se afirmaron en la literatura de viajes más o menos en la misma época que la ciencia, desde la década de 1760 en adelante. En el momento en que aparecieron los *Viajes* de Park en 1799, había ya un público lector preparado para las dramatizaciones sentimentales de la zona de contacto, muchas generadas por el movimiento abolicionista. El sexo y la esclavitud eran dos grandes temas de esta literatura; o quizás uno solo, ya que invariablemente aparecían juntos en narrativas alegóricas que invocaban el amor conyugal como una alternativa a la esclavitud y la dominación colonial o como nuevas versiones legitimadas de éstas.

La literatura de viajes sentimental se basó, tal como el relato de Park, en antiguas formas tradicionales de lo que he llamado literatura de supervivencia: historias escritas en primera persona referentes a naufragios, náufragos, motines, abandonos y (la versión especial del interior) cautiverios. Popular desde la primera ola de expansión europea a fines del siglo xv, esta literatura se mantuvo floreciente por derecho propio en el siglo xviii, y también lo está en nuestros días. Aunque su sensacionalismo fue cuestionado por las formas burguesas de autoridad que he venido analizando en este libro, la literatura popular de supervivencia se benefició con el auge y crecimiento de la imprenta. Los sobrevivientes que volvían de cautiverios o naufragios podían obtener el dinero necesario para empezar de nuevo publicando el relato de sus aventuras en forma de folleto o libros baratos. En 1759, por ejemplo, el periódico inglés *Monthly Review* anunció la aparición de la cuarta edición, "conside-

rablemente mejorada", de la obra llamada *French and Indian Cruelty: Exemplified in the Life, and Various Vicissitudes of Fortune, of Peter Williamson*. El anuncio prometía a los lectores el relato de los diversos eventos de la vida de Williamson —su secuestro cuando niño, su vida como esclavo, colono, cautivo de los indígenas y soldado voluntario—, así como sobre las prácticas de "arrancar el cuero cabelludo, quemar y otras barbaridades", todo por un chelín. Agrega el *Monthly Review*: "Suponemos que el relato de Peter Williamson debe haber sido, en general, bastante apegado a los hechos, con algunos comprensibles retoques debidos a la mano de algún amigo literato. Lo publicamos en beneficio del infortunado autor".[1]

La literatura de supervivencia había desarrollado ya los temas de sexo y esclavitud que habrían de captar tan intensamente a los escritores sentimentales de fines del siglo XVIII. Muchos eran los cautivos y náufragos que sólo podían sobrevivir convirtiéndose en esclavos de paganos e infieles. (En el siglo XVIII los gobiernos europeos todavía tenían —y necesitaban— un sistema para rescatar a los cautivos esclavizados por árabes en África del Norte. La práctica actual de la toma de rehenes en los países árabes refleja esa tradición.) Muchos cautivos (y también fugitivos) de ambos sexos se casaron o vivieron en concubinato con sus captores. A lo largo de la historia del eurocolonialismo temprano y el tráfico de esclavos, la literatura de supervivencia brindó un contexto "seguro" para representar configuraciones alternativas, relativizantes y también con carácter de interdicción del contacto intercultural: europeos esclavizados por no europeos, europeos asimilándose a sociedades no europeas y europeos participando en la fundación de nuevos órdenes sociales transraciales. El contexto de la literatura de super-

[1] Anónimo, reseña de Peter Williamson, *French and Indian Cruelty...*, *Monthly Review*, New Series, vol. XXI, 1759, p. 453.

vivencia era "seguro" para las tramas transgresoras, ya que la existencia misma de un texto presuponía el desenlace imperialmente correcto: el sobreviviente sobrevivía y se reintegraba a su sociedad de origen. El relato adoptaba siempre el punto de vista del europeo que regresaba.

Debido en parte al movimiento abolicionista y en parte al surgimiento de la literatura de viajes como un rubro editorial rentable, el sentimentalismo se consolidó casi súbitamente en las décadas de 1780 y 1790 como una manera válida de representar las relaciones coloniales y la frontera imperial. Tanto en la literatura de viajes como en la novela, el sujeto nacional del imperio se vio obligado a compartir nuevas pasiones, a identificarse con la expansión de otro modo: a través de la empatía con los héroes y heroínas individuales, vistos como víctimas.[2] No es sorprendente que esa retórica subjetiva y empática haya sido considerada reñida con la autoridad de la ciencia. Las reseñas críticas estaban llenas de declaraciones sobre la manera en que debían escribirse los libros de viajes en una era ilustrada. Las dos tensiones principales se daban entre la escritura "naif" (o popular) y la culta, y entre la de información y la de experiencia. Casi siempre los debates estilísticos sobre los valores relativos del "embellecimiento" y la "verdad desnuda" reflejaban las tensiones entre el hombre de ciencia y el hombre de sensibilidad, o entre el escritor culto y el escritor popular. Se utilizaba un vocabulario fuertemente erotizado —desnudez, embellecimiento, vestir, desvestir— para introducir en la discusión los deseos de los lectores. En 1766, antes del auge de lo sentimental, un libro de viajes sobre Medio Oriente escrito por Hasselquist, un discípulo de Linneo, llevó al *Monthly Review* a celebrar la superioridad de los "hombres de ciencia" por sobre los "hombres de fortu-

[2] Desde luego, existió también un cuerpo de literatura de viajes sentimental escrito en Europa sobre Europa que se desarrolló a lo largo de las mismas líneas que considero aquí.

na", quienes meramente "se trasladan de país en país y de ciudad en ciudad sin razonamiento ni progreso".[3] Pero al mismo tiempo se encuentra en estos comentarios cierta ambivalencia respecto del lenguaje que hacía que los libros como el de Hasselquist fueran creíbles pero tediosos. El comentarista del *Monthly Review* prosigue, lamentando la aparente falta de "talento para la composición literaria" de Hasselquist:

> Sus observaciones son superficiales, sin demasiada consideración por el orden o el sistema; y el texto parece un simple diario de viaje, publicado en su forma original, con la misma desnudez negligente con que fue escrito en el transcurso de los viajes que relata. Pero tal vez una belleza desnuda no sea menos atractiva que otra llena de aquellos ornamentos que a veces sólo sirven para menguar los encantos que pretenden aumentar.[4]

¿Belleza desnuda o desnudez negligente? La relación lector-texto se codifica en los mismos términos masculinistas y erotizados que codificaron la relación del viajero europeo con los países exóticos que visitaba.

Treinta años después el mismo periódico reseñaba el libro de John Owen, *Travels into Different Parts of Europe*, y tenía el placer de informar que

> el método de escribir libros de viajes y expediciones ha mejorado mucho en los últimos años. Anteriormente, la mayoría de las publicaciones de este tipo eran diarios personales, meros registros de acontecimientos, cargados de tediosos detalles y rara vez animados por observaciones ingeniosas o embellecidos por las gracias del estilo.

[3] Anónimo, reseña de Hasselquist, *Monthly Review*, New Series, vol. xxxv, 1766, pp. 72-73

[4] *Ibidem*, p. 74.

Sin embargo, ya por entonces era posible encontrar "muchas producciones que, debido a la manera en que están escritas, independientemente de la información que contienen, pueden ser hojeadas con placer por el erudito y el lector de buen gusto". Se ha producido, pues, un cambio en la dirección del placer. Para este crítico literario de la década de 1790, la debilidad del relato del señor Owen no reside en la falta de embellecimiento sino en la falta de sexo y sentimiento, por la sencilla razón de que Owen es un pastor protestante. En una frase destinada quizá tanto a advertir como a dar alivio, el comentarista afirma que "aunque el escritor ha preservado totalmente, tanto en sentimiento como en lenguaje, el decoro del carácter clerical, su obra contiene tanto material interesante que no hay peligro de que peque de insipidez o torpeza".[5]

Ni el embellecimiento ni el sentimiento fueron siempre tan celebrados. John Hawkesworth, por ejemplo, provocó una gran polémica en Inglaterra en la década de 1770. Habiéndosele encomendado la tarea de revisar y retocar el estilo de los relatos de la primera expedición de Cook, se tomó la libertad de fundirlos en un solo texto, redactado en primera persona y embellecido según su personal criterio. Hawkesworth sostuvo que si se le hubiera exigido escribir sencillamente "en nombre de los diferentes comandantes, sólo podría haber presentado una narración desnuda, sin rastro alguno de mis sentimientos y opiniones".[6] El debate alrededor de la intervención de Hawkesworth versó no sólo sobre el embellecimiento sino también sobre los revisores y los llamados "escritores fantasmas". La literatura de viajes

[5] Anónimo, reseña de P. Viaud, *The Shipwreck and Adventures...*, *Monthly Review*, New Series, vol. XXI, 1796, p. 1.

[6] John Hawkesworth (ed.), *An Account of Voyages undertaken by order of his Present Majesty for Making Discoveries in the Southern Hemisphere*, vol. I, p. v. La elección de la primera persona, dice Hawkesworth, "permitía, al acercar al aventurero y el lector [...], aumentar fuertemente el interés, proporcionando con ello más entretenimiento" (*ibidem*).

no fue inmune a la profesionalización de la literatura que se produjo en el siglo XVIII. Como escribir se había convertido en un negocio rentable, los autores de relatos de viajes y sus editores confiaban cada vez más en escritores y correctores de estilo profesionales con el propósito de lograr un producto competitivo, y a menudo transformaban completamente los manuscritos, convirtiéndolos casi siempre en novelas. Los debates sobre embellecimiento, estilo seductor, verdad desnuda, etc., eran en realidad debates sobre estas personas y sobre los compromisos implícitos en el hecho de escribir por dinero. El *Monthly Review*, por ejemplo, estimaba en 1771 que cierto relato de supervivencia, *The Shipwreck and Adventures of Mons. Pierre Viaud,* [*Naufragio y aventuras del señor Pierre Viaud*], "sufría considerablemente por el embellecimiento", lo que quedaba en evidencia en ciertos episodios inverosímiles, como aquellos en que el autor "se enfrentaba con tigres y leones en los bosques de América del Norte". Sin embargo, la relación de Viaud quedaba justificada, hasta cierto punto, por "el juicio laudatorio emitido y firmado por el teniente Swettenham".[7]

Ningún embellecedor irritó tanto al establishment científico como François Le Vaillant, uno de los muchísimos naturalistas que, como se explicó en el capítulo anterior, empezaron a explorar el interior de África del Sur a fines del siglo XVIII. Como ya dijimos, la literatura sobre la Colonia del Cabo tuvo gran influencia en la formación de los paradigmas europeos para los viajes científicos y la literatura de viajes. Le Vaillant fue —y lo es aún hoy— una espina en su costado objetivista. Naturalista experto, participó de la empresa sudafricana y entre 1781 y 1785 siguió los pasos de Anders Sparrman y otros. Consiguió reunir una enorme colección de ejemplares y después se esforzó muchísimo por venderla (en el transcurso de la Revolución Francesa) a di-

[7] *Monthly Review,* New Series, vol. XLIV, 1771, p. 421.

versos gobiernos europeos. Pero en su obra en dos volúmenes titulada *Voyages dans l'intérieur de l'Afrique*, que apareció en 1790 (en 1796 se publicaron tres volúmenes más), mostró cierta deslealtad con la causa de la ciencia y la información. Aunque generoso en información botánica, zoológica y etnográfica, el libro de viajes de Le Vaillant está saturado de la *sensibilité* rousseauniana. Al igual que Mungo Park, sobre quien seguramente influyó, Le Vaillant produjo una narración explícitamente experiencial y narcisista, estructurada alrededor de las situaciones humanas dramáticas que él mismo protagonizó. Su estilo se reconoce fácilmente en el siguiente extracto, en el que se describe una noche en un campamento inundado (la traducción es mía):

> Salimos del bosque inmediatamente y tratamos de instalarnos en terreno elevado y abierto. Debo decir con la más amarga aflicción que no era posible abandonar el sitio donde estábamos atrapados. Los arroyuelos, que anteriormente nos habían parecido alegres y encantadores, se habían convertido en furiosos torrentes que se llevaban la arena, los árboles, las rocas; me di cuenta de que cruzarlos era peligrosísimo. Por otra parte, mis bueyes, helados y asustados, abandonaron el campamento, y yo no veía forma alguna de mandar a alguien a recuperarlos. Mi situación distaba mucho de ser divertida; me sentí presa de una gran angustia. Además, mis pobres hotentotes, cansados y enfermos, habían empezado a murmurar entre sí.[8]

[8] François Le Vaillant, *Voyages de F. Le Vaillant dans l'intérieur de l'Afrique 1781-1785*, vol. I, p. 52. El original francés dice: "Nous quittames aussitôt le bois pour aller nous établir plus haut, en rase campagne. Je voyais avec le plus amer chagrin qu'il n'était pas possible de sortir de l'endroit où nous nous trouvions circonscrits. Ces petits ruisseaux, qui auparavant nous avaient paru si agréables et si riants, s'étaient changés en torrents furieux qui charriaient les sables, les arbres, les éclats de rochers; je sentais qu'à moins de s'exposer aux plus grands dangers, il était impossible de les traverser. D'un autre côté, mes bœufs harassés, transis, avaient désertée de

Del principio al fin Le Vaillant, al igual que Park, es el héroe de su propia historia. Y en su obra también la reciprocidad y el intercambio son ejes centrales de un sobrecogedor drama humano, representado en un mundo no capitalista regido por la hospitalidad y la guerra. En este texto se manifiesta con fuerza un espíritu relativista e igualitario; abundan en él el noble salvajismo y la *sensibilité* de Rousseau, o al menos algo de todo ello fue agregado por el revisor de Le Vaillant, un joven llamado, románticamente, Casimir Varon.[9]

La narración de Le Vaillant adquirió un cariz irrevocablemente sensacionalista debido a un episodio sin precedentes en el *corpus* narrativo sudafricano: una aventura amorosa entre el autor y una joven gonacqua (khoikhoi) llamada Narina. Esa relación constituye el foco de varios capítulos, que narran la visita de Le Vaillant a los gonacqua. Mientras Mungo Park se describe a sí mismo como el involuntario objeto erótico de las mujeres africanas, Le Vaillant es un vehemente enamorado que persigue el objeto de su deseo. El descubridor se convierte en *voyeur* cuando el autor del relato se esconde entre los arbustos a orillas del río para espiar a Narina y sus amigas mientras se bañan, después de lo cual procede a robarles las ropas.[10] El drama erótico es representado con sencillez y buen humor, y nadie

mon camp; je ne savais pas où et comment envoyer après eux pour les ratrapper. Ma situation n'était assurément point amusante; je passais de tristes moments. Déjà mes pauvres Hottentots, fatigués et malades, commençaient à murmurer".

[9] La presencia de Varon ha causado frecuentes y veladas alusiones homofóbicas a la posible homosexualidad de Le Vaillant. También se ha aludido con el mismo matiz de crítica a su dandismo y su narcisismo (por ejemplo, la tendencia a vestirse llamativamente mientras viajaba por África). "Atesoraba en su equipaje un *nécessaire* lleno de polvos, perfumes y pomadas", escribe Vernon Forbes en 1965. Fueran cuales fuesen las preferencias sexuales de Le Vaillant, estos comentarios indican hasta qué punto la figura del científico explorador estaba ligada a los paradigmas heterosexuales de la masculinidad.

[10] Le Vaillant, *op. cit.*, pp. 113-114.

sale con el corazón deshecho. Este episodio contribuyó mucho a la sensación que el libro de Le Vaillant causó entre los lectores europeos, en un momento en que las historias de amor transraciales se convertían en tema de ficción.[11]

El relato de Le Vaillant fue muy leído y también *"vivement attaqué"*, según su prologuista de 1932. Después de la edición francesa de sus *Viajes* en 1789, en 1790 aparecieron tres ediciones inglesas y una alemana; en 1791 salió la versión holandesa, y en 1816-1817 apareció la edición italiana de los cinco volúmenes. Todo ello da cuenta del perdurable interés suscitado por la obra, pese a las implacables críticas a su estilo y falta de verosimilitud. Para los objetivistas de su época, como John Barrow, el dramatismo, el narcisismo y el erotismo de Le Vaillant eran tan intolerables como sus inexactitudes. Y los comentaristas actuales concuerdan bastante con esa postura.[12]

A Le Vaillant se lo lee universalmente como un escritor francés, pero importa señalar que en realidad fue un criollo

[11] Le Vaillant relata también, sin embellecimiento alguno, su encuentro con una mujer blanca que había llegado a ser jefa de una aldea africana, cargo que heredó del africano con quien se había casado. Este ejemplo describe un tipo de situación que otros escritores registraron sólo como rumores o de oídas, si es que lo hicieron.

[12] El venerable Vernon Forbes reconoce que "los sentimientos románticos y la florida verborragia" de los libros de Le Vaillant "aparentemente le ganaron el favor de muchos de sus contemporáneos" (*Pioneer Travellers of South Africa, 1750-1800*, p. 117), pero lo juzga "tedioso en su adulación de los simples hotentotes" (*ibidem*, p. 5) y termina diciendo que "la vanidad fue la fatal debilidad que produjo sus muchas y caprichosas exageraciones e invenciones [...] Es lamentable que no se haya dado cuenta de cómo se habría consolidado su reputación si simplemente se hubiera limitado a consignar por escrito la verdad de todo lo que vio e hizo" (*ibidem*, p. 127). Pero la reputación de Le Vaillant mejoró algo cuando en 1963 se descubrieron 165 acuarelas, pintadas por él o según sus instrucciones, que representan escenas de sus viajes por África del Sur. Además de su contribución estética, estos dibujos coloreados demuestran que Le Vaillant visitó realmente algunos de los lugares que se le había acusado de haber inventado (*ibidem*, p. 127).

blanco del Caribe, un producto de la zona de contacto. Nació en una plantación en Surinam y fue hijo de un cónsul francés, oriundo de Metz, y de su esposa también francesa. La familia se trasladó a Francia cuando Le Vaillant tenía unos 10 años de edad. Fue durante su infancia en la plantación que el futuro viajero desarrolló su fuerte vocación y sus precoces conocimientos de naturalista. Por cierto, su experiencia de la vida colonial y su conocimiento del idioma holandés facilitaron su viaje a África del Sur. La historia de Narina se basa en costumbres sociales y sexuales interraciales (como por ejemplo "el matrimonio surinamés", véase más abajo) que Le Vaillant debe haber conocido en el Caribe, y también en una suerte de drama erótico que estaba presente desde hacía largo tiempo en las fantasías europeas sobre las Américas. Sin duda la experiencia de Le Vaillant de la sociedad colonial multirracial debe haber influido sobre sus relaciones con las gentes de África del Sur y las descripciones que de ellas hizo en los *Viajes;* pero no es posible evaluar con certeza en qué medida fue así. Todavía queda mucho por descubrir acerca del alcance de la participación de los criollos —tanto de las Américas como de África o Asia— en los diálogos que dieron origen a las doctrinas coloniales y anticolonialistas, no sólo en el siglo XVIII sino también desde el comienzo de los colonialismos europeos que las produjeron. En general, una tendencia imperial a ver a la cultura europea emanando hacia la periferia colonial desde un centro autogenerador ha oscurecido el constante movimiento de gentes e ideas en la dirección contraria, sobre todo durante los periodos de la Ilustración y el Romanticismo (véanse capítulos 5 y 7 más adelante).[13]

[13] Como señala Wylie Sypher en *Guinea's Captive Kings: British Anti-Slavery Literature of the 18th Century* (capítulo 1), los comentaristas sociales del periodo suelen registrar la presencia criolla en la sociedad de élite de las capitales de Europa usualmente de manera muy despectiva; las herederas antillanas son personajes típicos de la literatura de ficción de los

De Narina a Joanna

No es casual que el Surinam natal de Le Vaillant haya sido el escenario de un libro de viajes que pocos años después habría de intensificar enormemente la erotización de la zona de contacto. Pocos relatos de viajes tuvieron una recepción internacional (y una promoción) más entusiasta que la obra de John Stedman, llamada *Narrative of a Five Years' Expedition against the Revolted Negroes of Surinam.* Este libro cautivó la imaginación de los lectores en toda Europa hasta 30 años después de su aparición en 1796.[14]

Publicada lujosamente en dos volúmenes con 80 grabados, incluyendo 16 de William Blake, la *Narrative* de Stedman es un vívido compendio discursivo que entrelaza todo el repertorio de las codificaciones europeas del siglo XVIII de la frontera imperial: etnografía, historia natural, reminiscencias militares, historias de caza, descripción social, relatos de supervivencia, crítica antiesclavista y amores interraciales. La combinación de todo ello hace de este libro "una de las más detalladas descripciones 'de forastero' que se hayan escrito sobre la vida en una sociedad de plantadores en el

siglos XVIII y XIX. En cuanto a la historia intelectual y política, tal vez haya sido menos honesta sobre este punto. Durante toda la vida de Le Vaillant, las esferas políticas europeas se veían animadas por representantes de los movimientos en pro y en contra de la independencia de las Américas, que frecuentaban en Europa los círculos de poder en busca de apoyo e influencia. Los hijos criollos estaban tan presentes en los medios educacionales e intelectuales como las herederas en los círculos sociales. En ambos lados del debate antiesclavista, gran parte del liderazgo intelectual y político surgía de los euroamericanos: los cuáqueros por una parte y los antillanos dueños de esclavos por la otra.

[14] Según resulta, pocos libros de viajes han recibido la calidad de atención erudita y editorial que recibió (merecidamente) el de Stedman. Afortunadamente disponemos de la reciente edición y comentario por R. A. J. van Lier, que usaré aquí, y de la reciente edición del manuscrito original de Stedman realizada por Richard y Sally Price, acompañada de su valioso comentario histórico.

siglo XVIII".[15] La polifonía parece haber sido intencional. Refiriéndose a este libro como "quizás una de las producciones más singulares ofrecidas nunca al público", Stedman lo describe en un prefacio diciendo que está organizado "como una especie de gran jardín, donde nos encontramos con la flor más aromática y la espina más afilada, con el insecto más llamativo y el reptil más repugnante", con la esperanza de que el conjunto sea "tan variado como para brindar [...] tanto información como entretenimiento".[16] En los 40 años que siguieron a la primera edición, el libro fue traducido al alemán (1797), francés (1798), holandés (1799), sueco (1800) e italiano (1818); en cuanto a la historia de amor de la trama argumental, fue reiteradamente representada como obra dramática y escrita como poesía, cuento y novela.

John Stedman era un escocés que heredó el cargo de su padre: oficial de la Brigada Escocesa del Ejército Holandés.[17] Nacido en 1744, al parecer se tomó muy en serio el incipiente individualismo moderno. Se esforzó por llegar a ser una suerte de caballero del género picaresco. Escribió en su diario que aspiraba a ser como Roderick Random, Tom Jones y Bamfylde Moore Carew, un joven inglés que huyó del hogar para irse con los gitanos. Como escritor, su ídolo fue Laurence Sterne. (Para su gran disgusto, y a pesar de sus vigorosas objeciones, el revisor del manuscrito eliminó todo rastro del carácter sterniano pero introdujo algo de su sentimentalismo.)

Stedman fue a Surinam en 1773 como voluntario en

[15] John Gabriel Stedman, *Narrative of a Five Years' Expedition against the Revolted Negroes of Surinam* (transcripción del manuscrito original de 1790), Richard Price y Sally Price (eds.), pp. xxi. Para evitar confusiones, en adelante me referiré a esta fuente como "Price y Price".

[16] John Gabriel Stedman, *Narrative of a Five Years' Expedition against the Revolted Negroes of Surinam*, p. xvii. Para evitar confusiones, en adelante me referiré a esta fuente como "Stedman".

[17] En este punto me baso en las introducciones a Price y Price y Stedman.

una expedición militar que respondía a una crisis en el sistema de explotación colonial. Por una serie de razones, incluyendo la geografía de la región, muchos esclavos de Surinam habían logrado escapar y refugiarse en los densos bosques, donde capturarlos era muy difícil. A mediados del siglo XVIII, dos sociedades de cimarrones bien organizadas, los saramakas y los djukas, se habían establecido en el interior, desde donde iniciaron una guerra de terror contra los dueños de plantaciones. Incapaces de derrotar a las comunidades cimarronas, en la década de 1760 los hacendados plantadores se vieron obligados a firmar tratados de paz con ellos, lo que incluía garantías de su independencia a cambio de compromisos de que no seguirían ayudando a los fugitivos. Los resultados fueron desastrosos para los dueños de plantaciones. La noticia de los pactos aceleró enormemente las defecciones de esclavos, y en pocos años la economía de plantación de Surinam se encontró en riesgo, debido a la imposibilidad de retener a la mano de obra esclava. En 1773 el gobierno holandés acudió en ayuda de los hacendados enviando la misión de la que Stedman formó parte, que estaba destinada a derrotar a los grupos cimarrones y devolverlos a la esclavitud. La campaña terminó en 1778, cuando los cimarrones rebeldes abandonaron la zona y se fueron a la Guayana Francesa. Fue una victoria a lo Pirro: no sólo se recuperaron muy pocos esclavos sino que, además, las fuerzas europeas demostraron su total incompetencia para la lucha en la jungla. Las bajas en las filas europeas ascendieron a más del 80 por ciento de los efectivos, y se debieron principalmente a enfermedades. Los descendientes de las comunidades cimarronas, llamados aún "saramakas", viven todavía en la región y han conservado la distintiva cultura afroamericana que desarrollaron en el siglo XVIII.

Gran parte del relato de Stedman de sus años en Surinam está dedicada a describir vívidamente la guerra que libraron en la jungla las fuerzas europeas, conflicto en que

éstas, desorganizadas y mal equipadas, resultaron ser totalmente ineficaces contra los cimarrones, pero que fue muy eficaz para exponer a los soldados europeos a las enfermedades tropicales. Stedman narra sus miserias con estremecedores detalles, intercalando entre los sufrimientos descripciones minuciosas pero decididamente no técnicas de la flora y la fauna de la región. Casi siempre esas descripciones se dan dentro del contexto de una expedición de caza o de la preparación de una comida. Por lo tanto, fue a través de la campaña militar que Stedman se vinculó con la nueva era de los viajes por el interior. Si bien Surinam, dice en su introducción, era conocida desde hacía mucho tiempo, "ya que está habitada y cultivada por europeos cerca de la costa", los obstáculos naturales habían hecho que la exploración de las tierras interiores resultara prácticamente imposible. Sólo la necesidad de una campaña militar "[las] puso obligadamente ante mis ojos".[18]

Entre expediciones contra los cimarrones, Stedman vivió en el corazón mismo de la sociedad colonial holandesa, cuyos afanes describe con detalles impresionantes y a menudo poco gratos. De hecho, sus despectivas descripciones de los plantadores holandeses, ociosos, sádicos, sobrealimentados, coinciden punto por punto con los peores retratos de los afrikáners hechos por Barrow. Sería difícil decir qué aspecto de su libro causó mayor sensación en Europa: si las vívidas —y vívidamente ilustradas— denuncias de la crueldad de los holandeses con sus esclavos, o su idealizado romance *y casamiento* con la mulata esclava Joanna. El movimiento abolicionista utilizó mucho los impresionantes grabados (especialmente los de William Blake) que representaban los horrores de la esclavitud. En cuanto a la historia de amor, generó toda una tendencia literaria romántica, que incluye una obra de teatro alemana, de Franz Kratter,

[18] Stedman, *op. cit.*, p. 2.

titulada *Die Sklavin in Surinam* (1804); un relato de 1824, "Joanna or the Female Slave", publicado en Londres; la novela de Eugène Sue *Aventures d'Hercule Hardi* (París, 1840), y las novelas holandesas *Een levensteeken op een dodenveld*, de Herman J. de Ridder (1857), y *Boni*, de Johan Edwin Hokstam (1983).[19] A continuación se analiza aquí la trama de la historia de amor de Stedman como una re-visión de las relaciones coloniales en un momento de aguda crisis de la sociedad de las plantaciones.

Según cuenta Stedman, conoció a Joanna, una joven de 15 años de edad, poco después de su arribo a Surinam, en la casa de un colono, donde ella era esclava doméstica y favorita de la familia. Inmediatamente el autor del relato se sintió cautivado por la belleza y el encanto de la muchacha, ambas cualidades aumentadas por su estado de relativa desnudez. La explicación de su origen es una excelente parábola de los vericuetos de las relaciones coloniales en el terreno de la raza y el sexo. Joanna es hija de un "respetable caballero" y una esclava, que tuvieron cinco hijos. El caballero, que no era el dueño de su concubina, había intentado comprar la manumisión de sus hijos, pero el dueño se negó a vender, y el caballero murió de pena. El mezquino y poco caballeroso dueño de la esclava cayó en la bancarrota, debido a que "empujó a sus mejores carpinteros negros a huir a los bosques, por culpa de la severidad e injusticia con que los trataba". Por último el individuo huyó a Holanda, dejando abandonada a su esposa, que sería arrestada por las deudas que él había contraído. La dama pasó a vivir en otra casa, acompañada de su doncella personal: Joanna. Y fue allí donde Stedman conoció a la joven. El destino de Joanna era incierto, ya que ella era uno de los bienes que serían vendidos para pagar las deudas de su dueño. Cierto día Stedman

[19] Véase Price y Price, *op. cit.*, pp. lxxiii-lxxxiii, donde se encontrará un resumen de las numerosas ediciones, traducciones y adaptaciones del texto de Stedman.

se entera de que eso está a punto de suceder y corre al encuentro de Joanna, frenético de ansiedad: "La encontré bañada en lágrimas. Me dirigió una mirada. ¡Ah, qué mirada! En ese mismo instante decidí que la defendería contra cualquier agravio".[20]

Entonces Stedman toma la "extraña decisión" de comprar a Joanna para educarla y volver con ella a Inglaterra. Joanna rechaza la propuesta argumentando que, dado que ella es una esclava, "si yo [Stedman] volviera a Europa ella debería separarse de mí para siempre o acompañarme a un lugar del mundo donde la inferioridad de su condición sería enormemente desventajosa para ella y para su benefactor, por lo que en todos los casos sería una desgracia".[21] Stedman cae enfermo y cuando Joanna acude a verlo con su hermana, sus reservas han sido misteriosamente superadas. No acepta ir a Inglaterra y ser educada, pero "se arroja a sus pies" y le jura amor desde ese momento "hasta que el destino nos separe" o su conducta disguste a su amado. Stedman se recupera y se casan "en una ceremonia directa [...] en la que yo me sentí tan feliz como cualquier novio puede sentirse".[22]

La vida en común de la pareja incluye un interludio edénico en una casa rural (construida para ellos por esclavos) y el nacimiento de un hijo que es bautizado con el nombre de Johnny. Los periodos juntos se alternan con separaciones, cuando Stedman regresa a la jungla o Joanna vuelve a su plantación. Cuando el regimiento de Stedman es convocado de regreso a Europa, él vuelve a rogarle a Joanna

[20] Stedman, p. 59. Price y Price comparan este pasaje con lo que Stedman escribió en su manuscrito original. "¡Dios mío! Volé hacia el sitio en busca de la pobre Joanna y la encontré bañándose con sus amigas en el jardín" (Price y Price, *op. cit.*, p. x). Sigue luego un poema de *Voyeur*, que recuerda mucho a Le Vaillant en África, cuando celebra la belleza de su desprevenida bienamada.

[21] Stedman, *op. cit.*, p. 59.

[22] *Ibidem*, p. 62.

que viaje con él, pero ella se niega a hacerlo. Stedman parte solo, prometiendo mandar dinero. Cinco años más tarde, casado en Inglaterra con otra mujer, recibe noticias de Joanna: ella ha muerto, presuntamente envenenada por personas que envidiaban su prosperidad y distinción. El hijo de ambos llega a Inglaterra llevando 200 libras que su madre había ahorrado para él. Años después el joven se hace marinero y muere en un viaje. Stedman cierra el libro con una elegía al hijo perdido y una escena en que se despide del lector, de quien se espera que haya podido "recorrer las páginas de esta narración con amable sensibilidad".[23]

El casamiento de Stedman con Joanna, como muchas historias de amor transracial en la ficción de aquella época, es una transformación romántica de cierta forma de explotación sexual colonial: los hombres europeos destinados a las colonias compraban mujeres locales —pagándole a la familia— para que les sirvieran como acompañantes sexuales y domésticas durante el tiempo de su permanencia en el lugar. En África y el Caribe, y probablemente también en otras partes, tales arreglos solían ser formalizados oficialmente por medio de ceremonias de seudo casamiento. A veces, para concretar estos trámites se requería una autorización consular (otorgada por personas como el padre de Le Vaillant). En 1782, por ejemplo, el viajero dinamarqués Paul Isert describió detalladamente el sistema para la Costa de Guinea, señalando que tal concubinato era considerado fundamental para la supervivencia de los europeos, ya que las mujeres sabían preparar las comidas y las medicinas autóctonas y, por lo tanto, podían atenderlos cuando estaban enfermos.[24] La literatura de viajes sentimental convierte esta

[23] *Ibidem*, p. 440.

[24] Isert, *op. cit.*, p. 241. "Le conseil voit avec plaisir de pareilles alliances, parce qu'un Européen qui se porte à cette démarche ne sera pas probablemente tourmenté bien vite de la maladie de son pays." Referirse a la relación de Stedman con Joanna como concubinato no equivale a afirmar

FIGURA 14. *"Un rebelde negro armado y en guardia." Tomado de John Stedman,* Narrative of a Five Years' Expedition against the Revolted Negroes of Surinam *[Narrativa de una expedición de cinco años contra los negros rebeldes de Surinam] (1796).*

FIGURA 15. *"Marcha a través de un pantano o Pantano en Terra firma", de la* Narrative *de Stedman (1796).*

función en la benéfica figura femenina de la "nativa nutriente", que cuida al sufriente europeo, por piedad, espontánea bondad o pasión erótica. Ella es una figura clave en esta versión sentimental de la anticonquista.

En realidad, en su diario —analizado por Richard Price y Sally Price— Stedman informa sobre su relación con Joanna expresando que fue un arreglo de concubinato formal. La compró a su familia, después de algunas negociaciones respecto del precio, y la convirtió en una de las muchas compañeras sexuales de que dispuso en Surinam. En la versión romantizada del libro aparecen trazos de ese arreglo, casi siempre expresados por Joanna y no por Stedman. La inesperada aparición de la joven en la residencia del europeo, "en compañía de su hermana", corresponde a una sesión de negociación de la vida real, que fue registrada en el diario personal de Stedman.[25] En el relato que se publicó, el sistema de concubinato parece articularse sobre todo a través del conocimiento que Joanna tiene del mismo, y de su sistemática resistencia a aceptarlo. Desde el principio Joanna pone objeciones a la unión, haciendo notar claramente, por ejemplo, que ella sabe que el arreglo es provisorio, independientemente de lo que Stedman diga. Si bien no menciona haber comprado los servicios de Joanna, Stedman registra el dato de que le hizo obsequios por un valor de 20 guineas; empero, al día siguiente de sus esponsales ella devuelve los regalos, insistiendo en que la realidad es que ella es esclava y esposa. Además, le dice al europeo que lo único que quiere es su amor y su buen trato. Cuando se le ofrece la alternativa de ir a Inglaterra como esposa de Stedman,

que la vinculación de Stedman con Joanna no fuese tan real y profunda como la que pudo tener con cualquier otra mujer. Cuando, de regreso en Europa, vuelve a casarse le da a su hija el nombre de Joanna. Por otra parte, su hijo se reúne con él, como cuenta el libro. De hecho, según Price y Price, el revisor de la obra de Stedman atenuó las expresiones de su compromiso con Joanna.

[25] Price y Price, *op. cit.*, p. xxxiii.

Joanna rehúsa en términos que destacan el costado deshumanizante de su propuesta igualitaria y humanitaria. He aquí la versión (supuestamente textual) de sus palabras dada por Stedman (las cursivas son mías):

> Que, pese a lo terrible que parecía la fatal separación, quizá para no verse nunca más, ella prefería quedarse en Surinam: primero, porque tenía conciencia de que, en realidad, no podía disponer de sí misma [todavía es una esclava]; y segundo, por orgullo, ya que en su actual situación desea más ser *una de las primeras de su clase en América que un reflejo mío o una carga para mí en Europa,* ya que está convencida de que así sería, *a menos que nuestra situación llegue algún día a ser más independiente.*[26]

Como Peter Hulme tan agudamente ha analizado, las historias de amor transracial que proliferaron en la narrativa de fines del siglo XVIII fueron moldeadas en muchos aspectos según los antecedentes que existían en la literatura expansionista clásica, sobre todo la *Odisea* y la *Eneida*. La historia de Dido y Eneas, por ejemplo, es un antecedente para la pareja formada por la nativa nutriente y el viajero extraviado y para el modelo del amor y el abandono.[27] Al mismo tiempo, estas tramas responden a las crisis del imperialismo europeo a fines del siglo XVIII, cuando éste se vio combatido en nuevos frentes por las enfermedades tropicales y la resistencia local, y desafiado en los viejos frentes por el abolicionismo, los movimientos independentistas y la declinación en la rentabilidad de la esclavitud, así como por rebeliones indígenas y de esclavos que alcanzaron una magnitud y eficacia sin precedentes. El relato de Stedman, por ejemplo, fue leído dentro del contexto inmediato de la revuelta de los es-

[26] Stedman, *op. cit.*, p. 426.
[27] Hulme, *op. cit.*, p. 249.

clavos en Santo Domingo en 1791, un hecho sangriento y terrorífico cuyo éxito bastó para paralizar el movimiento abolicionista por varios años. La crisis de legitimación provocada por el abolicionismo y las guerras americanas de independencia reclamaban mundos imaginarios que trascendieran la esclavitud y la conquista militar. Es natural ver las tramas argumentales transraciales como imaginarios en los que la supremacía europea queda garantizada por vínculos efectivos y sociales; en los que el sexo remplaza a la esclavitud porque es una manera diferente de considerar que los otros pertenecen al hombre blanco; en los que el amor romántico y no la servidumbre filial o la fuerza garantiza la voluntaria sumisión de los colonizados. Joanna y Stedman son sustitutos imaginarios de Viernes y Robinson Crusoe. Y en esta transformación desaparece una dimensión fundamental del colonialismo: a saber, la explotación de la mano de obra. Las Joannas, al igual que los Viernes, son una propiedad pero no se las posee por fuerza de trabajo. La alegoría del amor romántico mistifica la situación al sacar a la explotación de la escena.

Si las tramas de amor transracial articulan "el ideal de la armonía cultural a través del romance", para usar las bien elegidas palabras de Hulme,[28] lo que convierte al ideal en ideal es, una vez más, la mística de la reciprocidad. Como ideología, el amor romántico —al igual que el comercio capitalista— se asume recíproco. La reciprocidad, el amor correspondido entre individuos dignos el uno del otro, es su estado ideal. La falta de reciprocidad, o de equivalencia entre las partes, es su tragedia central y un escándalo. El viaje de Mungo Park se representa dramáticamente en el intercambio, y el romance de Stedman con Joanna también. Los diálogos de los amantes consisten con frecuencia en conmovedoras conversaciones acerca de lo que se da y se reci-

[28] *Ibidem*, p. 141.

be en ese trueque. Joanna le envía a Stedman una cesta con frutas para ayudarlo a recuperarse de la "depresión de ánimo" en la que él cae al enterarse de la situación de la joven. Ese gesto, argumenta él después, lo pone en deuda con ella de por vida, y es precisamente esa *deuda* lo que constituye la base de su *derecho* sobre ella. Así como los intercambios de obsequios de Mungo Park son una recapitulación ideológica de sus aspiraciones comerciales, en cuyo nombre viaja, así también el amor correspondido entre Stedman y Joanna resume las aspiraciones blancas en las Américas, en una era de valores igualitarios. Si bien los amantes desafían las jerarquías coloniales, en última instancia se someten a ellas. La reciprocidad no tiene importancia.

Ésa es la lección que debe extraerse de las historias de amor coloniales, en cuyos desenlaces la "armonía cultural a través del romance" siempre fracasa. Sea el amor correspondido o no, sea el amante colonizado hombre o mujer, el resultado es en general el mismo: los amantes se separan, el europeo es reabsorbido por Europa y el no europeo muere tempranamente. El destino de Joanna y Stedman, por ejemplo, difiere sólo levemente del de otra pareja famosa, cuya historia de amor alcanzó ribetes míticos a fines del siglo XVIII: Inkle y Yarico. En esta historia popular y apócrifa, una mujer amerindia, Yarico, se enamora del marino inglés Inkle, cuyo barco ha naufragado. Yarico lo encuentra en una playa a punto de morir, lo cuida y le salva la vida. Luego viven juntos y en paz hasta que, recuperada su salud, Inkle recupera también su codicia y vende a Yarico como esclava. En las versiones más fantasiosas Yarico trata de hacer cambiar de idea a su amante confesándole que tendrá un hijo de él. La respuesta de Inkle es aumentar el precio por el que la puso en venta.[29]

[29] Hulme, *op. cit.*, pp. 225 y *ss.* Según Hulme este relato apareció impreso por primera vez en 1734, en la *London Magazine*, y circuló en diversas

FIGURA 16. *"Joanna", tomado de* Narrative, *de Stedman (1796).*

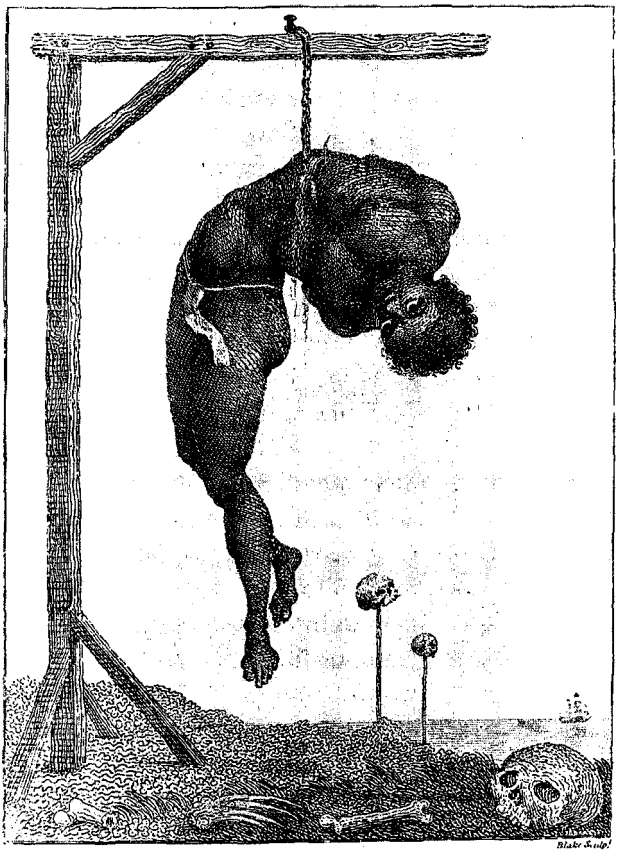


FIGURA 17. *"Un negro cuelga vivo de las costillas", tomado de* Narrative, *de Stedman (1796).*

En su libro Stedman alude directamente a la historia de Inkle y Yarico y cita las (evidentes) diferencias con la suya. La primera ilustra la ruptura de la reciprocidad debido a la codicia capitalista, y pone de manifiesto las contradicciones de la ideología del amor romántico. No es de extrañar que el relato fuera inolvidable. Aunque absorbida, como todas las historias de este tipo, por la propaganda abolicionista, la historia de Inkle y Yarico articula tan claramente como pudiera desearse los valores economicistas (*business is business*) que sustentan la práctica de la esclavitud. Y sin embargo, aunque Stedman es lo contrario de Inkle (él corresponde al amor de Joanna y no quiere abandonarla) y Joanna es lo contrario de Yarico (se niega a seguir con su amante), el desenlace es el mismo en ambas historias. Joanna y Yarico terminan sin marido y esclavizadas en las colonias, mientras que Inkle y Stedman vuelven a Inglaterra. Sea como fuere, la idea de la "armonía cultural a través del romance" no se realiza; la alegoría de una sociedad postesclavista integrada nunca se completa. No sirvió ni a la causa esclavista ni a la antiesclavista. A Joanna no la envenenan sus vecinos envidiosos: la envenena el género literario.

Como los críticos han señalado, los héroes y heroínas colonizados de la literatura sentimental europea rara vez son no blancos "puros" o "verdaderos" esclavos. Como Joanna, son en general mulatos o mestizos que ya tienen contactos europeos o, renovando un antiguo motivo, son "realmente" príncipes o princesas.[30] En cuanto a los rasgos faciales de los objetos eróticos no europeos, se distinguen claramente de las descripciones estereotipadas de esclavos y salvajes. Joanna, por ejemplo, tiene "el porte más elegante que la naturaleza pueda conceder [...] sus mejillas, a pesar de lo oscuro de su piel, brillan con un hermoso tinte bermellón [...]

versiones entre 1754 y 1802. Mary Wollstonecraft lo usó como modelo narrativo; Goethe propuso llevarlo al teatro.

[30] Véase un análisis de este tema en Sypher, *op. cit.*, especialmente cap. 3.

Tenía una nariz perfectamente bien formada, más bien pequeña; y los labios algo prominentes", etc.[31] Aunque universalmente leídas como abolicionistas, las historias de amor transraciales neutralizan las dimensiones concretas de la esclavitud. Las relaciones amorosas se despliegan en cierto espacio marginal o privilegiado donde las relaciones de trabajo y propiedad quedan suspendidas. Muchas veces el naufragio proporciona ese espacio. En el caso de Joanna, la bancarrota de su amo la ha sacado a ella de su lugar en la estructura social de la plantación. Aunque vive en medio de la esclavitud, a Joanna se le ve fuera de ella; a los lectores se les permite pensar en Joanna como propiedad de alguien, pero no como mano de obra de trabajo forzado. Todas estas características son trazos de lo que Hulme llama la "narrativa concesiva", es decir, una narrativa que "hace algunos avances hacia el reconocimiento de un punto de vista nativo y formula una crítica del comportamiento europeo, pero sólo puede hacerlo no encarando la cuestión central".[32]

Sin embargo, en su irrealidad misma, estos semieuropeos, subalternos e idealizados, encarnan otra dimensión real de la sociedad caribeña de fines del siglo XVIII. Por entonces, tanto en el Caribe como en gran parte de la América española, las poblaciones no esclavas de ascendencia mixta habían igualado o superado en número a los blancos. Los grupos de raza mixta (mestizos, mulatos, "falsos blancos") adquirieron gran importancia política durante los levantamientos anticoloniales de fines del siglo XVIII y principios del XIX en las Américas. ¿Brindarían acaso el liderazgo para los individuos de las clases bajas en rebelión, o seguirían sus propios intereses de clase y se aliarían con las élites blancas? En las luchas por la independencia, ¿se pondrían del lado de los movimientos independentistas liderados por

[31] Stedman, *op. cit.*, p. 52.
[32] Hulme, *op. cit.*, p. 253.

los criollos o del lado de las potencias europeas coloniales? Desde el punto de vista de la hegemonía europea, el amor romántico fue un recurso tan bueno como cualquier otro para dar la mano a esos grupos e incorporarlos al imaginario político y social como subalternos. Stedman se refiere constantemente a Joanna como "mi mulata" y eso tiene un peso político. Desde luego, es característico de la ficción sentimental presentar lo político como erótico y tratar de resolver las incertidumbres políticas dentro de la esfera de la familia y la reproducción. En el libro de Stedman tal alegorización actúa en contra de un drama político más literal: los interludios armoniosos con "su mulata" alternan con incursiones militares en el interior de la región para luchar contra los rebeldes negros; los primeros producen un hijo; las segundas, la muerte de soldados europeos. Pese a las lecturas abolicionistas, en la narrativa de Stedman la armonía social sigue alineada con la esclavitud, y la emancipación con la guerra.

El elemento nuevo en el relato de Stedman es el hecho de que Joanna rechace la cultura europea y la invitación a asimilarse a ella. A diferencia de su famosa predecesora, Pocahontas, y hasta de su coetánea Phyllis Wheatley, Joanna no quiere ser educada, ni usar zapatos ni saludar al rey de Inglaterra. En las dramáticas palabras que Stedman le atribuye en su narración, ella declara que prefiere seguir siendo la primera entre los de su clase en América que ser un "reflejo o una carga" para Stedman en Europa. Leídas como alegoría política, estas palabras aluden a otro proyecto que los europeos se sentían cada vez más obligados a imaginar en la década de 1790: la independencia de las Américas. Joanna introduce esa palabra en su adiós a Stedman: si ella y él —dice— hubieran sido más independientes entre sí, su relación podría haber continuado. Así, Joanna y su hijo cuarterón, dotados de un ingreso en dinero y de un esclavo negro propio, quedan detrás para blanquear la raza e inaugurar

una nueva élite poscolonial. Pero el cuadro es de neocolonialismo, no de autonomía: el hogar americano sigue dependiendo de Stedman; la familia, incompleta sin él, fiel y sin medios ni motivos para rebelarse. La muerte de Joanna por envenenamiento es una manera extraordinaria de aprovechar lo fantástico de la situación. El envenenamiento, vinculado con la religión afrocaribeña, era uno de los métodos más impresionantes usados por los esclavos para destruir a sus amos. Al parecer, la América africana tiene la última palabra en la trama amorosa, como también en la militar.

Las comunidades esclavas rebeldes de Surinam tenían sus propias explicaciones de la lucha de resistencia que Stedman describe. Richard Price ha recogido en un libro relatos orales de los descendientes de las comunidades cimarronas del interior de Surinam.[33] Muchas de esas historias se remontan a los dramáticos acontecimientos de las décadas de 1770 y 1780. Este testimonio de los saramakas, transpuesto y publicado por un antropólogo, ingresa en un espacio discursivo que también empezaba a tomar forma en la época de Stedman. Las últimas décadas del siglo XVIII marcaron el comienzo de la literatura afroamericana, mientras los primeros ex esclavos entraban en los circuitos de la cultura europea impresa a través de una puerta abierta por el movimiento abolicionista. El punto de entrada era, en general, la autobiografía. Las primeras autobiografías de esclavos, cuya publicación fue muchas veces facilitada por intelectuales occidentales disidentes, eran autodescripciones estructuradas en cierto modo según las instituciones literarias occidentales y las concepciones occidentales de la cultura y el yo, aunque en directa oposición a las ideologías oficiales del colonialismo y la esclavitud (que, entre otras cosas, excluían a los africanos de estas concepciones). Stedman tenía plena

[33] Véase *First-Time: The Historical Vision of an Afro-American People.*

conciencia del surgimiento de esta literatura. Menciona las cartas de Ignatius Sancho y la poesía de Phyllis Wheatley. Mientras él escribía su libro, muchísimos europeos leían *The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano* (1789), que en 1794 estaba ya en su octava edición inglesa. Con recursos muy elaborados, estos textos tempranos no trataban de reproducir sino de *comprometer* los discursos occidentales de identidad, yo comunal, sí mismidad y otredad. La dinámica es transcultural y presupone relaciones de subordinación y resistencia. Y yo diría que esa dinámica se prolonga en la autobiografía contemporánea y formas relacionadas, como la historia oral, el testimonio, el arte vernáculo. Eso es lo que quiero decir cuando afirmo que las narraciones saramaka recogidas por Price ingresan en un circuito impreso iniciado ya en tiempos de Stedman. Como señalé más arriba, cuando tales textos "autoetnográficos" se leen simplemente como autoexpresiones "auténticas" o como asimilación "inauténtica", su carácter transcultural se ve obliterado y se pierde su compromiso dialógico con los modos occidentales de representación.

El sentimiento y la mujer viajera

Al analizar la historia de *madame* Godin (véase el capítulo 1) señalé que las protagonistas tienden a producir inversiones irónicas cuando aparecen en la zona de contacto. Mientras la historia de *madame* Godin circulaba por toda Europa, una mujer británica, Anna Maria Falconbridge, escribía un libro de viajes acerca de África que invertiría la tradición sentimental, con sus vínculos abolicionistas. El libro, titulado *Narrative of Two Voyages to the River Sierra Leone* (1802), es uno de los pocos libros de viajes europeos acerca de África escritos por una mujer antes de 1850, y uno de los más raros de cualquier periodo. Género, matrimonio y domina-

ción masculina son los temas principales en una narrativa que se propone desenmascarar la hipocresía y la ignorancia de los abolicionistas bien intencionados. Sentimentalismo y humanitarismo se unen en la causa del anti-anti-esclavismo.

Falconbridge fue a África Occidental en 1791 como la joven esposa de *lord* Alexander Falconbridge, un médico que, después de años de trabajar en barcos de esclavos, se había convertido en un notorio abolicionista. Había contribuido al arsenal literario abolicionista con un libro llamado *Account of the Slave Trade on the Coast of Africa* [*Relato del tráfico de esclavos en la costa de África*] (1788). La obra documentaba vívidamente los horrores del tráfico de esclavos, tanto para los africanos esclavizados como para los marinos europeos que trabajaban en los barcos. Renunciando al "tráfico africano", *lord* Alexander ingresó en la Compañía de Sierra Leona, que llevaba adelante la empresa abolicionista de fundar allí colonias para ex esclavos (los "negros pobres") transportados desde Norteamérica. En compañía de su nueva esposa, Anna Maria, el médico fue enviado en 1791 a asistir una colonia en la costa de la que se sabía que atravesaba graves dificultades. En un segundo viaje el esposo de Anna Maria emprendió una misión comercial que fracasó. Murió en África a causa del alcoholismo y el desaliento, cuenta la narradora, dejándola a ella librada a sus propios medios para iniciar una nueva vida sola.

Al igual que Park, Stedman y otros sentimentalistas de la época, el relato epistolar de Falconbridge de sus dos viajes a África asume la forma de una narrativa de tribulaciones y pruebas, en la mejor tradición de la narrativa de supervivencia. Aparte de los infortunios de los colonos de Sierra Leona, Falconbridge describe también minuciosamente los suyos. Por ejemplo, al arribar a África ella se encuentra inmediatamente convertida en cautiva y esclava. Su captor, sin embargo, no es otro que su propio marido, quien, para evitar que ella trabara relación con los acomodados trafi-

cantes de esclavos europeos de la costa, la mantuvo cruelmente confinada en el sucio barco en que habían llegado. Al describir la vivienda, Falconbridge trató de imitar las descripciones abolicionistas de los barcos de esclavos (como las que su propio esposo había escrito):

> Imaginaos encerrados en una jaula flotante, sin lugar suficiente para caminar, permanecer de pie o tenderse; expuestos a las inclemencias del tiempo, con los ojos y los oídos constantemente ofendidos por actos indecentes y un lenguaje demasiado horrible para reproducirlo; y agregad a todo ello la complicación de la suciedad, el hedor que asalta constantemente vuestro olfato: entonces tendréis una vaga idea del Lapwing Cutter.[34]

Cuando Falconbridge consigue liberarse y llegar a tierra, empieza, como cualquier viajero europeo, a mirar y a hacer descubrimientos. Sin embargo, a diferencia de la retórica de la anticonquista, las cosas que ve no son ni inocentes ni agradables. Por ejemplo: ella va a cenar a la casa de los traficantes de esclavos locales e "involuntariamente se acerca" a una ventana, sin la menor idea de lo que había de ver. Entonces contempla el patio de los esclavos y dice:

> Juzgad cuál no sería mi asombro y cuáles mis sentimientos cuando vi que había entre 200 y 300 desdichadas víctimas, encadenadas y divididas en círculos, que calmaban su hambre comiendo arroz de una artesa colocada en el centro de cada círculo.

Entonces la invade el sentimiento de culpabilidad suscitado por semejante espectáculo:

[34] Anna Maria Falconbridge, *Narrative of Two Voyages to Sierra Leone*, p. 24.

> La modestia ofendida me castigó haciéndome sonrojar por no apartar mis ojos de tan repugnantes escenas; pero ya sea que estuviese fascinada por la femenina curiosidad, o por cualquier otra cosa, no pude apartarme del lugar por varios minutos [...] puedo asegurar que desde entonces suspendí mis "exploraciones" por este sector de la casa.[35]

La palabra *exploraciones* recuerda irónicamente al sujeto europeo hegemónico que examina el paisaje y sueña con transformarlo. Y así como esa persona es un hombre, y su deseo es posesivo, así también Falconbridge identifica su mirada y su deseo con su género (habla de "femenina curiosidad" y de "modestia"). Como mujer, ella no debe mirar sino ser mirada; o al menos no debe ser vista mirando.

En contraste con la retórica objetivista del descubrimiento, cuya autoridad es monológica y autosuficiente, Falconbridge es resueltamente dialógica, e investiga el conocimiento local en vez de cuestionarlo. Sus posteriores descubrimientos, lejos de acrecentar la gloria de los designios europeos, dan origen a una vehemente crítica de su marido, los abolicionistas, la Compañía de Sierra Leona y el gobierno británico. Su mirada no revela las utopías de la anticonquista sino las distopías de la explotación y la negación, tanto más perturbadoras cuanto que son el resultado del humanitarismo. La colonia cuyos males ellos deben remediar es una comunidad birracial de esclavos liberados de Nueva Escocia y mujeres deportadas de Inglaterra. Al encontrarse entre aquellas gentes, Falconbridge informa una vez más sobre lo que hubiera deseado no haber sido destinada a conocer: "Yo nunca había visto, y Dios sabe que tal vez nunca vuelva a ver, un sufrimiento tan grande como éste del que aquí fui espectadora".[36] A diferencia de la retórica masculina del descubri-

[35] *Ibidem*, p. 33.
[36] *Ibidem*, p. 38.

miento, el acto de ver viola las normas de conducta de su género. La división del trabajo es clara: los viajeros deben estar impulsados por la curiosidad, que legitima sus actos; en Falconbridge, la curiosidad (o el deseo), marcada como femenina, necesita ser controlada. Su declarada renuencia a conocer parece la antítesis de la posesión, un rechazo del dominio. Es otra clase de anticonquista.

En la indigencia, los decepcionados colonos informan que emigraron debido a las mil promesas que la Compañía les hizo y no cumplió. Las disputas con los habitantes locales han hecho imposible establecer a los colonos en tierras donde puedan autoabastecerse.

> Estoy sorprendida —informa Falconbridge—; los directores de la Compañía, que se jactan de ser filántropos, deberían hacerse las críticas que merecen por haber jugado con las vidas de tantos semejantes. Me refiero a que mandaron aquí a tantas personas de una sola vez, antes de que se hubiesen preparado casas, materiales de construcción y otras comodidades para recibirlos.[37]

Ella está particularmente afligida por la situación física y espiritual de siete mujeres británicas del grupo. Al conversar con ellas, comenta, le dijeron que no eran colonizadoras voluntarias, sino prostitutas londinenses que habían sido detenidas, drogadas, "llevadas a bordo y casadas con hombres negros a quienes no conocían", luego de lo cual las mandaron a África para iniciar una nueva vida. Una vez más la respuesta de Falconbridge es una protesta enmarcada por una retórica de inocente incredulidad: "¡Dios mío!", dice,

> el relato me hizo estremecer; [...] no puedo creerlo; porque es muy difícil que el gobierno británico, en esta era avanzada e

[37] *Ibidem*, p. 150.

> ilustrada, envidiado y admirado por todo el universo, pueda ser capaz de ejercer o tolerar semejante atropello gótico a la libertad humana.[38]

Libertad, ilustración, progreso, el universo: el vocabulario oficial del humanitarismo burgués es puesto sarcásticamente en tela de juicio. La retórica de la incredulidad de Falconbridge y su explícito deseo de no ver constituyen una burla a la autoridad de los discursos europeos dominantes, que afirman el deseo de ver y de conocer, pero que sólo ven lo que quieren ver y sólo conocen lo que quieren conocer.

Al mismo tiempo, en función del sistema de género, la retórica de Falconbridge es menos una antítesis de la retórica masculina del descubrimiento y la posesión que su exacto *complemento*, una exacta comprensión del otro (Otro) lado de los valores masculinos cuyos fundamentos comparte. Tal como la retórica masculina del descubrimiento, la femenina renuencia de Falconbridge a saber se funda en los supuestos del privilegio y la exención del acto de rendir cuentas que distiguen a Europa, es decir, en la anticonquista. Su lenguaje participa del mismo imperativo de inocencia que el de Park, Barrow o Stedman, aunque ese imperativo se realice de manera diferente: Falconbridge declara una inocencia que ya posee, por su género. Lo que es inusual en su relato es que utiliza la supuesta obviedad de su inocencia como punto de partida para un ataque muy focalizado contra otra versión de la anticonquista.

Acorde con la tradición sentimental, en la narrativa de Falconbridge lo político se manifiesta en las esferas de lo erótico y lo doméstico. Mientras que en la historia de Stedman y Joanna el matrimonio se opone a la esclavitud, en la narrativa de Falconbridge esclavitud y matrimonio son una sola cosa, tanto para las prostitutas británicas como para

[38] *Ibidem*, p. 66.

Ningún texto podría desplegar más claramente la división por género del trabajo alrededor de los viajes y la literatura de viajes que un libro llamado *Stories of Strange Lands and Fragments from the Notes of a Traveller* (1835) [*Historia de tierras extrañas y fragmentos de notas de un viajero*], de Sarah Lee (o señora de R. Lee, como acostumbraba firmar). Lee era la viuda de un conocido naturalista y comerciante, T. Edgard Bowdich, que había viajado por África Occidental tratando de negociar acuerdos comerciales con los ashanti. Según cuenta, Lee estaba intensamente dedicada a revisar los escritos póstumos de su esposo cuando el editor de una revista le pidió algunos relatos basados en su propia experiencia africana. Los cuentos que ella escribió narran dramas de la vida cotidiana en África Occidental, principalmente con protagonistas africanos.[42] Todos los relatos, afirma la autora en su prefacio, "se basan en la verdad; todas las descripciones de escenas, costumbres y conductas han sido tomadas de la vida misma".[43] Si bien admite tener gran predilección por "los estudios y reflexiones concretas", Lee no plantea la posibilidad de escribir su propia versión de sus años en África Occidental.

Sin embargo, Lee se las ingenia para convertir sus narraciones en una ocasión para ofrecer esa versión. Cada relato está acompañado por una profusión de notas, algunas de varias páginas, y complementado con ilustraciones. Es en las notas donde encontramos los hallazgos del libro de

[42] Mrs. R. Lee (ex Mrs. T. Edward Bowdich), *Stories of Strange Lands and Fragments from the Notes of a Traveller.* El primer relato, "Adumissa", empieza asignándole a Lee la autoridad de mediadora, basándose en esa situación dramática doméstica que constituía la quintaesencia de la zona de contacto, una conversación con su sirviente africano: "'En esa casa vivió Adumissa', me dijo cierto día mi sirviente, mientras me acompañaba en un paseo por el pueblo de Ogwa. '¿Y quién fue Adumissa?' pregunté yo. 'Pero, doña, ¿no ha oído hablar de Adumissa, la mujer más hermosa que un hombre negro haya visto jamás?'" (p. 1).

[43] *Ibidem.*, p. xiv.

viajes que Lee nunca escribió: comentarios explicativos, descripciones etnográficas, observaciones sobre la flora y la fauna, anécdotas personales.[44] Las notas parecen ser la principal fuente de orgullo de Lee en el libro. En la introducción ella lamenta la necesidad de controlarse al escribirlas, de "reprimir esa exuberancia de observaciones y circunstancias" y de "evitar el egoísmo". "Es increíble la cantidad de veces que he tachado la palabra 'yo', el número de oraciones que fueron retorcidas y modificadas para evitar ese irritante monosílabo."[45]

Tachar, modificar, retorcer: Lee nombra las restricciones a su escritura, aunque sólo las cuestiona parcialmente. No parece casual que Lee dedique su libro a una nueva figura femenina de autoridad en la escena europea: la reina Victoria. En la dedicatoria le recuerda intencionadamente que "la protección de la literatura y de las mujeres escritoras es un tema digno de una reina británica". Y con respecto a la literatura de viajes, Victoria habría ciertamente de satisfacer esa demanda, pues, en efecto, presidió una profusión de escritos de viajes por mujeres tan global e imperial como sus propias ambiciones territoriales.[46]

[44] El pasaje citado en la nota 42, por ejemplo, va acompañado de una nota etnográfica en la que se aclara que "Adumissa era lo que en general se llama, en la costa occidental de África, una mujer de piel roja, es decir, cuya tez es de un hermoso y cálido color moreno, que ciertamente hace más perceptible el juego facial y las emociones interiores que la piel completamente negra..." (*ibidem*, p. 19). Este relato de 19 páginas está seguido por otras 12 páginas de notas sobre multitud de cosas, desde flores y frutas hasta temas de arquitectura y los diversos usos de los colmillos de elefante.

[45] *Ibidem.*, p. xiv.

[46] Los materiales sobre las mujeres victorianas autoras de libros de viajes incluyen: Leo Hamalian, *Ladies on the Loose: Women Travellers of the 18th and 19th Centuries;* Herbert M. van Thal (ed.), *Victoria's Subjects Traveled;* Dea Birkett, *Victorian Women Explorers;* Marion Tinling, *Women into the Unknown: A Sourcebook on Women Explorers and Travelers.* Beacon Press ha empezado recientemente a publicar una serie de libros de viajes por mujeres que incluyen a varias victorianas. Para un análisis de la ahora legendaria Mary Kingsley, véase el capítulo VIII.

Posdata

23 de julio de 1989:
La guerra de guerrillas en Surinam terminó en una tregua que les permitirá a los rebeldes conservar sus armas y finalmente unirse a la fuerza policial de la nación sudamericana, informaron el domingo los diarios holandeses.

San Jose Mercury News

20 de diciembre de 1989:
Pese a las nuevas conversaciones de paz mantenidas la semana pasada entre el comandante del ejército, Desi Bouterse, y el líder rebelde Ronny Brunswijk, los enfrentamientos aumentan en la guerra civil que ya dura tres años en la nación y que hasta hace poco estaba relativamente aplacada. En la madrugada del 4 de diciembre, según el gobierno, mercenarios contratados por Brunswijk atacaron la guarnición militar de Kraka en el este de Surinam, matando a seis soldados del gobierno. El ataque se produjo en la víspera de las conversaciones con los rebeldes, que Bouterse había calificado de "positivas y optimistas".

Washington Report on the Hemisphere

Segunda Parte

LA REINVENCIÓN DE AMÉRICA
1800-1850

V. ALEXANDER VON HUMBOLDT Y LA REINVENCIÓN DE AMÉRICA

> En el viejo mundo son los pueblos y los matices de su civilización los que dan al cuadro su principal carácter; en el nuevo, el hombre y sus producciones desaparecen, por decirlo así, en medio de una gigantesca y salvaje naturaleza. El género humano allí sólo exhibe algunos restos de hordas indígenas poco adelantadas en cultura o una uniformidad de costumbres e instituciones trasplantadas a playas extranjeras por los colonos europeos.
>
> ALEXANDER VON HUMBOLDT, *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente* (1814)

> ¿A usted le interesa la botánica? A mi esposa también.
>
> (Únicas) palabras dirigidas por Napoleón a Alexander von Humboldt (1805)

CUANDO arribaron a América del Sur en 1799, Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland encontraron un intrincado tejido social y una coyuntura histórica crítica. Durante los cinco azarosos años que siguieron, ambos participaron de ese momento histórico, al tiempo que recorrían lo que les gustaba llamar el Nuevo Continente. Su memorable viaje, y el enorme volumen de papel impreso que produjo, establecieron los lineamientos para la reinvención ideológica de América del Sur que tuvo lugar a ambos lados del Atlántico durante las trascendentales primeras décadas del siglo XIX.

Durante 30 años, mientras rebeliones populares, invasiones extranjeras y guerras de independencia convulsionaban a la América española, los extensos trabajos de Alexander von Humboldt sobre sus viajes equinocciales fluían en una continua corriente desde París: en pocos años su obra había llegado a los 30 volúmenes. En un momento en que una disminución de las restricciones para viajar hacía que gran cantidad de europeos fueran a América del Sur, Humboldt siguió siendo el interlocutor más influyente en el proceso de reimaginación y redefinición que coincidió con el hecho de que la América española se independizara de España. Humboldt fue —y aún es— considerado "el explorador más creativo de su época"; sus viajes por América eran tenidos por "un modelo de viajes de exploración y un magnífico logro geográfico".[1] Fue tan celebrado en Euroamérica como en Europa, y sus trabajos fueron la fuente de nuevas visiones fundacionales de América a uno y otro lado del Atlántico. Charles Darwin escribió, estando a bordo del *Beagle*, que "el rumbo de [su] vida se debió a haber leído y releído" en su juventud la obra *Personal Narrative* [*Viaje a las regiones equinocciales*] de Humboldt.[2] Simón Bolívar, el principal arquitecto de la independencia de la América española, rindió homenaje al "barón de Humboldt" reconociéndolo como "un gran hombre, que con sus ojos sacó a América de su ignorancia, y con su pluma la pintó en plenitud de su natural belleza".[3]

Este capítulo y los dos siguientes se refieren a la reinvención ideológica de América del Sur en las primeras décadas del siglo antepasado. Los capítulos adoptan toda una gama de puntos de vista. Aquí examino los escritos sudamericanos de Alexander von Humboldt en su relación con los pa-

[1] Hanno Beck, "The Geography of Alexander von Humboldt", en Wolfgang-Hagen Hein (ed.), *Alexander von Humboldt: Life and Work*, pp. 221, 227.

[2] Citado en Douglas Botting, *Humboldt and the Cosmos*, p. 213.

[3] Simón Bolívar, Carta a A. von Humboldt, 10 de noviembre de 1821.

radigmas anteriores de la literatura de viajes y con las ambiciones europeas en la región. El capítulo VI trata de la ola de viajeros-escritores que llegó a la región en las décadas de 1810, 1820 y 1830, cuando la América española se abrió totalmente a los visitantes noreuropeos, y sobre todo al capital noreuropeo. Allí propongo una comparación entre escritoras y escritores. En el capítulo VII considero cómo los intelectuales sudamericanos, que enfrentaban la nueva era republicana y un auge de las inversiones europeas, seleccionaron y adaptaron las perspectivas europeas al mismo tiempo que trataban de crear hegemonías y valores descolonizados. En cuanto al libro en su conjunto, su principal preocupación sigue siendo el análisis de las relaciones entre la literatura de viajes y los procesos de la expansión económica europea. El fin del dominio colonial español implicó una renegociación en gran escala de las relaciones entre la América española y Europa del Norte: relaciones en política y en economía y, con idéntica necesidad, relaciones de representación e imaginación. Europa tenía que reimaginar a América, y América, a Europa. La reinvención de América fue, por tanto, un proceso trasatlántico que comprometió las energías y la imaginación de los intelectuales y de amplios públicos lectores en ambos hemisferios, aunque no necesariamente en el mismo modo. Para las élites de Europa septentrional, la reinvención está ligada a las vastas posibilidades expansionistas para los capitales, la tecnología, las mercancías y los sistemas de conocimiento europeos. Las nuevas élites independientes de Hispanoamérica, por otra parte, sentían la necesidad de una autoinvención en relación con las masas, tanto europeas como no europeas, a las que intentaban gobernar. Por eso es fascinante que los escritos de Alexander von Humboldt brindaran visiones fundacionales para ambos grupos.

"Una situación extraordinaria y sumamente complicada"

En el momento en que Humboldt y Bonpland se hicieron a la mar en La Coruña, hacía por lo menos dos décadas que la estructura colonial hispanoamericana atravesaba una gran crisis. En 10 años más tendrían lugar grandes transformaciones revolucionarias, que culminarían con la independencia de toda la América española continental alrededor de 1825. La sociedad colonial española era culturalmente compleja, intensamente jerárquica y estaba saturada de conflictos. Los españoles nacidos en Europa ocupaban la cima de la escala social y ejercían monopolio sobre los mayores privilegios políticos y económicos. Por debajo de ellos estaban los *criollos*, es decir, las personas nacidas en América que reivindicaban para sí una ascendencia europea (o blanca). Más abajo estaba la gran mayoría de la población americana, clasificada según sus diversas ascendencias no europeas: *indios*, *negros* (esclavos y libres), *mestizos*, *mulatos*, *zambos* y otros.[4] Las categorías se multiplicaban para abarcar los diversos grados de mestizaje indígena, europeo y africano. (Así manifestó España en América su obsesión por la *pureza de sangre*, legado de su contacto con África del Norte.) El trabajo de estas mayorías subordinadas, especialmente los indígenas americanos y los africanos esclavos, había producido la riqueza de España —y de Europa— en los dos siglos y medio transcurridos desde la con-

[4] Se llama *mestizo* a un individuo que pertenece a la primera generación de una ascendencia mixta: europea e indígena-americana; *mulato*, a una de ascendencia africana y europea; *zambo*, a una de ascendencia africana e indígena americana. El término *pardo* se usa, como el inglés *coloured*, para calificar en general a todos estos grupos. Estas palabras apenas sugieren la complejidad de la clasificación racial de la sociedad colonial española.

quista española. Cuando los pueblos indígenas de los Andes se rebelaron en la década de 1780, exigieron, entre otras demandas, la liberación de una impresionante lista de cargas que les habían sido impuestas por las élites coloniales, religiosas y criollas.[5]

Pese a su propia subordinación a los españoles, tres siglos después los criollos euroamericanos se habían establecido sólidamente como terratenientes, mercaderes y dueños de minas y élites burocráticas con control sobre recursos enormes, que incluían vastas extensiones de tierra, mano de obra forzada de miles de esclavos africanos e indígenas contratados, y la facultad de exigir impuestos y tributos a todo aquel que estuviera por debajo de ellos en jerarquía. Por ejemplo: en 1800, en la provincia de Caracas, donde Humboldt y Bonpland iniciaron su viaje sudamericano, la población ascendía a casi medio millón de personas, de las cuales el 25.5% eran consideradas blancas (principalmente criollos), el 15% negros esclavos, el 8%, negros libertos, el 38.2% *pardos* (denominación que equivaldría a la expresión actual "gentes de color"), y el 14% indígenas americanos.[6] Unas 4000 personas, alrededor de 0.5% de la población, poseían *toda* la tierra fértil, que era trabajada por una mano de obra compuesta por esclavos africanos, negros libertos, peones de raza mixta y blancos pobres. La patria de los líderes revolucionarios Francisco Miranda, Simón Bolívar y Andrés Bello, Venezuela, habría de ser un crisol del movi-

[5] Los líderes de la rebelión en Perú lanzaron una proclama acusando a la Corona española de haber exigido "impuestos intolerables, tributos, 'piezas', 'lanzas', derechos aduaneros, impuestos a las ventas, monopolios, 'catastros', diezmos, servicio militar, virreinatos, tribunales, altos magistrados y otros ministros, todos iguales en su gobierno tiránico, personas que, junto con los funcionarios judiciales de la misma calaña, rematan la justicia al mejor postor [...] maltratando a los nativos del reino como si fuesen bestias de carga, condenando a muerte a todos aquellos a los que nada pueden robarles...". Tomado de Boleslao Lewin, *Tupac Amaru*, apéndice I, p. 153.

[6] John Lynch, *The Spanish American Revolutions 1808-1826*, pp. 190-191.

miento independentista sudamericano liderado por criollos; y fue allí donde Humboldt y Bonpland pasaron el primer año de su viaje.

Muy pronto se dieron cuenta de que el creciente descontento de los terratenientes y comerciantes criollos con el privilegio político de España y las restricciones económicas que les imponía llevaba germinando largo tiempo. Por otra parte, muchos veían en España la única potencia capaz de mantener bajo control a las mayorías subalternas. Sus temores eran justificados. La inesperada fuerza de las rebeliones cimarronas en Surinam, la tenacidad de los indígenas caribes en San Vicente, el enorme y abortado levantamiento indígena andino en 1781, y la triunfante revuelta esclava de Santo Domingo en 1790, habían aterrorizado —con razón— a las castas feudales y esclavistas de todas esas regiones. Estos violentos acontecimientos estaban aún desarrollándose (y de hecho, siguen estándolo) cuando aparecieron Humboldt y Bonpland. Tales antecedentes, junto con las ideologías revolucionarias llegadas desde Francia, el Caribe y los Estados Unidos, galvanizaban a las ya rebeldes poblaciones sometidas, concitándolas alrededor de líderes educados, preparados para defender sus reivindicaciones en el campo institucional. En 1795, en Venezuela, un grupo de esclavos insubordinados exigió la constitución de una república bajo "ley francesa", la emancipación de los esclavos y la abolición de ciertos impuestos particularmente ofensivos. Dos años después una alianza multirracial —aún más amenazante— de los trabajadores y pequeños propietarios, inició una conspiración radical con el mismo programa, además de "la abolición de los tributos indígenas y la distribución de tierras entre los indios". Esta alianza exhortaba a la "armonía entre blancos, indios y gente de color, 'hermanos en Cristo e iguales ante Dios'".[7]

[7] *Ibidem*, p. 194. A lo largo de esta sección estoy en deuda con el lúcido y pormenorizado relato de Lynch.

Los levantamientos coincidieron con el esfuerzo que hizo España a fines del siglo XVIII para reforzar su dominio sobre sus colonias americanas. Y por cierto, el patrocinio de los viajes de Humboldt y Bonpland formó parte de ese esfuerzo. A medida que sus economías locales se expandían, las colonias americanas se tornaban menos dependientes y menos rentables para España. A diferencia de lo que podrían indicar los estereotipos, la Corona española trató de recuperar el control por medio de un movimiento de reformas liberales. Incitada en parte por los informes de Antonio de Ulloa y Jorge Juan, que acompañaron la expedición de La Condamine, España empezó a luchar por modernizar las estructuras sociales y políticas coloniales, que ya le parecían atrasadas y basadas en el dogmatismo religioso, el despotismo local, la esclavitud y la brutal explotación de los indígenas. Para muchos miembros de las élites criollas, España empezaba a aparecer cada vez menos como su protección contra las masas en rebelión; y para los miembros de las mayorías dominadas, se mostraba cada vez menos como el enemigo opresor. Los criollos conservadores estaban indignados por las nuevas leyes que pretendían garantizar los derechos de las mayorías subordinadas en las colonias, abrir las escuelas a la población "de color pero libre", corregir el maltrato a los esclavos, el trabajo forzado, los sistemas de tributo, etc. También se cuestionaba el sistema de las misiones, ya que España trataba de incorporarlas a la jerarquía normal de la Iglesia y remplazar a los misioneros independientes por sacerdotes y una gobernación centralizada. A medida que se agudizaban los conflictos coloniales alrededor de la fecha en que Humboldt y Bonpland llegaron, empezó a ser frecuente que las mayorías explotadas se pusieran del lado de la Corona española "ilustrada", en contra de los criollos "liberadores". Por otra parte, algunos criollos apoyaban el movimiento independentista sobre todo como una manera de asegurar sus privilegios de clase en

contra del desafío liberal proveniente de la Madre Patria. En 1794 los plantadores de Venezuela lograron forzar el rechazo de una nueva ley de esclavos que España había promulgado cinco años antes y que puntualizaba los derechos de los esclavos y las responsabilidades de los amos. Era, como lo expresó Simón Bolívar en su famosa carta de Jamaica de 1815, "una situación extraordinaria y sumamente complicada".[8]

A partir de la década de 1780, los criollos independentistas de diversas tendencias habían empezado a viajar a Londres y París en busca de apoyo contra España. Los gobiernos de Gran Bretaña y Francia se negaron a hacer alianzas oficiales con los movimientos en pro de la independencia de las colonias, pero no intentaron siquiera ocultar sus intenciones respecto de la región. Por otra parte, en el sector comercial florecía el contacto entre los intereses noreuropeos e hispanoamericanos. El legendario proteccionismo español había mantenido los puertos hispanoamericanos oficialmente cerrados para los productos extranjeros y también para casi todas las personas extranjeras. Siempre había sido común el contrabando, pero hacia la década de 1780 la exigencia de relaciones comerciales más amplias había hecho inviable el sistema en su conjunto. Muchos estudiosos dudan de que los movimientos independentistas hispanoamericanos hubieran cristalizado si no hubiese sido por la implacable presión del capital noreuropeo. Inclusive no falta quien considere a los intereses expansionistas europeos como una de las razones de que los movimientos hicieran tan poco para cambiar las estructuras socioeconómicas básicas.

[8] Simón Bolívar, "Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla [Jamaica]", 6 de septiembre de 1815, *Selected Writings of Simón Bolívar*, vol. I, p. 110.

Un viaje en treinta volúmenes

Debemos agradecer en parte a la ideología romántica la altura a que fue elevada la figura de Alexander von Humboldt en la historiografía del siglo XIX. Más que cualesquiera de los otros escritores analizados en este libro, Humboldt existió y existe no como un viajero o como un escritor de libros de viajes, sino como un hombre y una vida, de un modo que sólo fue posible en la era del individuo. Humboldt se presentó como tal. A diferencia de los discípulos de Linneo o los empleados de la Asociación Africana, no escribió ni viajó como un humilde instrumento de los aparatos europeos de construcción de conocimiento, sino como su creador. No fue enviado en misión en nombre de un esquema paternalista encarnado en una figura de autoridad allá en la patria. Persona de extraordinaria energía, capacidad y educación, produjo sus propios viajes y temas y dedicó su vida a promoverlos. Tanto sus viajes como sus escritos tienen una envergadura épica, para cuya creación puso al servicio su vida y su fortuna. Porque Humboldt vivió una vida que sólo Fortuna puede brindar. A diferencia de los Anders Sparrman o los Mungo Park, Humboldt pertenecía a una élite nacional dotada de riqueza independiente, con la que él montó y promovió sus empresas geográficas y literarias. La escala épica de sus hazañas se debe tanto a su fortuna como al espíritu de su tiempo, sin dejar de tener en cuenta su carácter audaz y su apasionada autorrealización. Por lo tanto, al escribir sobre Humboldt parece inevitable referir todo a la vida y al hombre. El texto que sigue reconoce ese imperativo y al mismo tiempo se resiste a aceptarlo.

En un paradigma que frecuentemente se asocia con las mujeres viajeras victorianas, lo que puso en acción a Alexander von Humboldt fue la herencia y una largamente espera-

da orfandad.[9] Nació en 1769, el mismo año que Napoleón, y tenía apenas ocho años de edad cuando murió su padre, en 1777, después de haberse desempeñado durante muchos años en la corte prusiana como chambelán de Federico II. Alexander y su hermano Wilhelm, de 10 años, quedaron con su madre, hugonota francesa y severa calvinista. Los niños pasaron su infancia en un medio austero, dedicados íntegramente al estudio. En realidad los benefició mucho el privilegio curioso pero fructífero de crecer en la corte sin pertenecer a la nobleza. Intelectos audaces, ambos hicieron fuerte impresión durante su juventud en Berlín, donde frecuentaron más los salones judíos liberales que los de la aristocracia alemana. Wilhelm se sintió fascinado con las ciencias del lenguaje y la filosofía y Alexander con las ciencias naturales, que estudió en la Universidad de Gotinga y en la

[9] A diferencia de la mayoría de los otros escritores considerados en este libro, Humboldt ha sido objeto de bastante erudición académica, en general honorífica y surgida principalmente en Alemania. Las fuentes básicas en alemán incluyen la obra de Hanno Beck en dos volúmenes titulada *Alexander von Humboldt;* Heinrich Pfeiffer (ed.), *Alexander von Humboldt: Werk und Weltgeltung*; Kurt Schleucher, *Alexander von Humboldt: Der Mensch, Der Forscher, der Schriftsteller*. Una de las mejores fuentes recientes, la colección de ensayos bellamente ilustrada llamada *Alexander von Humboldt: Leben und Werken*, editada por Wolfgang-Hagen Hein, apareció en 1987 traducida al inglés por John Cumming. Los ensayos y la bibliografía son excelentes. En francés, una fuente básica es la obra enciclopédica y acrítica de Charles Minguet, *Alexandre de Humboldt, Historien et géographe de l'Amérique espagnole, 1799-1804*. Minguet dirigió también la edición de la Biblioteca Ayacucho de las *Cartas americanas* de Humboldt, con traducción de Marta Traba. Como siempre, la edición de la Biblioteca Ayacucho brinda una cronología enormemente útil. Entre otras obras más populares, el libro de Douglas Botting, *Humboldt and the Cosmos*, es interesante y útil; *Humboldt l'explorateur*, de Pierre Gascar, aporta poco de nuevo, excepto cierta franqueza acerca de la homosexualidad de Humboldt. Entre las fuentes hispanoamericanas sobre Humboldt, he utilizado especialmente el libro de Óscar Rodríguez Ortiz (ed.), *Imágenes de Humboldt*. El profesor Kurt Müller-Vollmer, de la Universidad de Stanford, ha descubierto recientemente una gran colección de manuscritos y correspondencia de Humboldt en Alemania, que probablemente afectarán la futura discusión sobre el impacto de Alexander sobre la obra de su hermano Wilhelm.

Escuela de Minas de Friburgo. Siendo aún estudiante, Alexander entabló una estrecha amistad con Georg Förster, el naturalista que había acompañado a Cook en su segundo viaje y cuyos escritos lo habían hecho famoso. En 1790 viajaron juntos a Londres y al París revolucionario.

Terminados sus estudios, Alexander se afianzó económicamente trabajando como consultor e inspector de minería para el gobierno prusiano. El cargo no pudo debilitar ni su talento ni sus ambiciones, sino que le permitió dedicarse a sus intereses científicos, empezar a publicar y viajar dentro de Prusia. Hacía tiempo ya que había desarrollado los hábitos que lo caracterizarían por el resto de su vida, según un admirador actual: "Dormía apenas cuatro horas por día, pasaba poco tiempo en compañía femenina y leía gran cantidad de buenos libros".[10] Cuando murió su madre en 1797 Humboldt se encontró, a los 30 años, libre para dejar la carrera de la que ya se había cansado y para realizar por fin su

[10] Pierre Bertaux, prefacio, en Hein, *op. cit.*, p. 7. Como se desprende de esta cita, la homosexualidad de Humboldt sigue siendo tratada por sus comentaristas de un modo muy caballeresco, es decir, como un secreto vergonzoso. Este hombre vivió en un mundo casi exclusivamente masculino, habitado por colegas, discípulos, amigos y compañeros, y tuvo una serie de duraderas relaciones íntimas. Uno de sus compañeros fue el joven aristócrata ecuatoriano Carlos Montúfar, quien conoció a Humboldt en Quito en 1802, lo acompañó junto con Bonpland durante el resto de sus viajes por América y regresó con él a Europa. Ya en Francia, parece ser que Montúfar fue remplazado en la vida de Humboldt por Louis Gay Lussac, famoso físico y aficionado a los ascensos en globo. Con él Humboldt vivió y viajó durante varios años. Pero el episodio más conocido es la apasionada relación que Humboldt mantuvo con el astrónomo François Arago. Se dice que ambos se vieron todos los días durante 15 años. Como muchos viajeros europeos del siglo pasado y también de éste, la pasión de Humboldt por recorrer el mundo no dejaba de ser, en parte, una manera de huir de las estructuras heterosexistas y matrimonialistas de la sociedad burguesa. En la historia de los viajes y la ciencia tiene considerable importancia el hecho de que ambas actividades eran contextos legítimos para la intimidad entre personas del mismo sexo y para frecuentación de ambientes exclusivamente masculinos.

apasionado deseo de irse de Europa, rumbo a cualquier lugar del mundo.

Partir le llevó algún tiempo. Hizo planes para viajar a las Antillas, pero fracasaron. Después, una invitación para unirse a un grupo de ingleses que se dirigirían al Nilo se frustró porque Napoleón invadió Egipto. Surgió luego una oportunidad de incorporarse a una expedición francesa que recorrería el mundo, pero se evaporó casi inmediatamente. Junto con Bonpland, a quien había conocido en París, Humboldt volvió a hacer planes para ir a Egipto, con la esperanza de sumarse a la expedición de Napoleón; de nuevo, la guerra y la política franco-prusiana sivieron de obstáculo. Varados en Marsella, sin un lugar a donde ir, ambos partieron a España abrigando la ambición de organizar un viaje hacia América. En Madrid, después de meses de buscar y utilizar influencias, lograron ganarse el apoyo del primer ministro español, Mariano de Urquijo, quien los ayudó a persuadir a Carlos IV de que les concediera una *carte blanche* sin precedentes para recorrer los territorios americanos de España, totalmente a expensas de Humboldt. Fue un logro diplomático quizá de mayor importancia que el de La Condamine en 1735, debido en gran parte a que Humboldt había vivido en la corte, tenía formación científica y estaba dotado de una enorme tenacidad. Es indudable que el rey debió recordar lo útiles que le habían sido los informes de Antonio de Ulloa y Jorge Juan (especialmente sus descubrimientos confidenciales) para reformar la política colonial española. Y hasta quizás haya concebido la esperanza de que Humboldt y Bonpland le ayudarían a recuperar el control de sus indómitas colonias. Por otra parte, Carlos IV estaba ansioso por utilizar la experiencia de Humboldt en el campo de la minería y le pidió que elaborara informes especiales sobre sus descubrimientos mineralógicos.

Los amigos se hicieron a la mar (en un velero llamado nada menos que *Pizarro)* hacia Venezuela en 1799. Pasaron

un año allí, yendo y viniendo por el Orinoco, recorriendo los grandes llanos, atravesando montañas, ríos, selvas, de aldea en aldea, de hacienda en hacienda, de misión en misión, midiendo, recolectando, experimentando, dibujando, anotándolo todo. En la zona del Orinoco tuvieron ocasión de ver con sus propios ojos la preparación del curare, el veneno que tanta curiosidad despertaba en Europa. Al viajar por la vía fluvial interior que une el Orinoco y el Amazonas, Humboldt y Bonpland confirmaron definitivamente su existencia para los europeos incrédulos. (En cuanto a los crédulos, lo eran porque hacía décadas que usaban ese canal como ruta para el correo.) Fue también en esa zona donde los lugareños les mostraron la maravillosa anguila eléctrica. Cargados con enormes colecciones de especímenes y plantas, se trasladaron a La Habana a principios de 1802. Poco después se enteraron de que una expedición francesa que daba la vuelta al mundo haría un alto en Perú. Con la esperanza de incorporarse a ella, volvieron a América del Sur. El *Sistema de la naturaleza* seguía unificando el planeta: Humboldt y Bonpland decidieron viajar a Perú por tierra y no por mar, con el propósito de pasar por Bogotá y compartir sus notas con el naturalista linneano José Celestino Mutis. Pasaron dos meses con él y sus colecciones.[11] Después de cruzar la cordillera, llegaron a Quito, donde se quedaron otros seis meses. Esa estancia estuvo caracterizada por la hazaña que más cautivó la imaginación pública de Europa cuando se la conoció, a través de los periódicos, algunos meses después: el intento de escalar el Chimborazo, uno de los picos de la Cordillera de los Andes, considerado entonces la mon-

[11] De hecho, Humboldt visitaba a los naturalistas sudamericanos cada vez que tropezaba con ellos en sus viajes; hasta se entrevistó con las mujeres, como Manuela Santamaría de Manrique, cuya colección visitó en Bogotá. Los encuentros y relaciones de Humboldt con mujeres naturalistas casi no figuran en la bibliografía europea oficial. Mi fuente aquí, por ejemplo, es *La mujer en la sociedad moderna*, de la feminista colombiana del siglo XIX Soledad Acosta de Samper, p. 298.

taña más alta del mundo. Ataviado con levita y polainas y acompañado por un pequeño séquito, Humboldt llegó hasta 400 metros antes de la cima de 6300 metros. La expedición fracasó debido al frío y la falta de oxígeno. A fines de 1802 llegaron a Lima, aunque ya sabían que el encuentro con la expedición francesa no tendría lugar. Se dirigieron entonces a México, donde pasaron un año, que dedicaron principalmente a investigar en archivos, bibliotecas y jardines botánicos que nunca antes se habían abierto para personas no españolas. Luego hicieron una breve visita a los Estados Unidos, donde Humboldt fue muy bien recibido por Thomas Jefferson. En agosto de 1804 volvieron a París y fueron aclamados como héroes por un público que había seguido sus hazañas a través de sus cartas y que en algunos momentos los había dado por muertos.

Al igual que La Condamine, y quizá siguiendo su ejemplo, Humboldt se dispuso inmediatamente a capitalizar sus viajes en el mundo de la alta sociedad, la ciencia y los círculos oficiales de París. Pocas semanas después de su regreso montó una exposición botánica en el Jardin des Plantes. Mientras Bonpland retrocedía y se desvanecía entre bambalinas, hasta desaparecer finalmente con su regreso a la zona de contacto,[12] Humboldt se convirtió en una celebridad continental. La avidez por información de primera mano sobre América del Sur era difundida e intensa y Humboldt llegó a ser una suerte de enciclopedia ambulante. Dio conferencias,

[12] Después del viaje a la América del Sur, Aimé Bonpland siguió el sendero de la carrera linneana y fue cuidador de un jardín real: nada menos que el jardín de la emperatriz criolla Josefina, en su lugar de retiro cerca de París. Después del divorcio de ella Bonpland se convirtió en su devoto confidente, y estuvo a su lado cuando murió. Al parecer desconsolado, volvió a América del Sur y se instaló en Paraguay, donde finalmente el famoso dictador Dr. Francia lo envió a la cárcel por varios años. Humboldt, que durante años se había ocupado de que Bonpland cobrara su pensión, apeló ante Simón Bolívar y logró que lo liberaran. Bonpland murió en Paraguay en 1858.

FIGURA 18. *Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland en el Orinoco. Grabado de O. Roth (Staatsbibliothek, Berlín).*

organizó reuniones, escribió centenares de cartas, visitó a dignatarios, se mostró infatigablemente (y para algunos, hasta fatigosamente) en los salones. Mientras tanto, organizó equipos de redactores e ilustradores y los puso a trabajar para convertir sus colecciones y sus notas en libros.

¡Libros! Las ambiciones literarias de Humboldt eran tan desmesuradas como sus viajes. En el transcurso de su periplo americano, se había entregado con frecuencia a esbozar planes para la monumental obra impresa que produciría su viaje. Para Europa del Norte, la América española era una virtual *carte blanche* que Humboldt estaba resuelto a llenar con sus escritos, dibujos y mapas.

Él llevó a dimensiones insospechadas el impulso enciclopédico que, en el caso de la expedición francesa a Egipto, produciría los 24 volúmenes de la obra *Description de l'Egypte*. Para uno de sus admiradores actuales, las ambiciones de Humboldt como escritor equivalían a "una increíble, casi maníaca adicción a los papeles, registros y anotaciones [...] una hipocondría cultural".[13] Nada podría estar más distante de las modestas aspiraciones de los narradores sentimentales que los 30 volúmenes de *Voyage aux régions équinoxiales du nouveau continent en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 et 1804* [*Relation historique aux régions équinoxiales du Noveau Continent; Personal Narrative of Travels to the Equinoccial Regions of the New Continent; Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*], todos publicados en París, y muchos de ellos atribuidos conjuntamente a Humboldt y Bonpland.[14] La aventura épica de la publicación empezó pocos meses después del regreso de los dos viajeros a Francia, con el *Essai sur la géographie des plants* [*Essay on the Geography of Plants; Ensayo sobre la geografía de las plantas*]

[13] Ortiz, *op. cit.*, p. 10.

[14] Bonpland era experto en botánica, y fue en ese campo donde hizo su contribución como autor. Pero el trabajo de escritorio lo atraía poco, y por ello en la obra se reconocen más sus datos que su autoría.

(1805) y terminó en 1834 con los últimos volúmenes de *Survey of Grasses* [*Reporte de las hierbas*], *Atlas géographique et physique du nouveau continent* [*Atlas geográfico y físico*] y *Historie de la géographie du nouveau continent* [*History and Geography of the New Continent; Historia y geografía del Nuevo Continente*]. En total los *Viajes* comprenden 16 volúmenes de botánica y geografía de las plantas, dos de zoología, dos de mediciones astronómicas y barométricas, siete de descripción geográfica y geopolítica (incluyendo el famoso *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle-Espagne* [*Political Essay on the Kingdom of New Spain; Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*]) y tres narrativas de viajes. Humboldt experimentó mucho con la forma y se especializó no sólo en la impresión sino también en el arte gráfico, con gran costo personal. Sus innovaciones visuales establecieron nuevas pautas para el uso de mapas, gráficos y tablas. En sus trabajos no especializados los grabados sobre fenómenos arqueológicos y naturales son, aún hoy, pasmosos (véanse las ilustraciones 19, 22, 23 y 24).

Fue a través de sus escritos no especializados más que por sus tratados científicos que Humboldt buscó, y obtuvo, una enorme resonancia en la imaginación del público de Europa y Euroamérica. Y son ésas las obras en las que me concentraré aquí: primero, *Ansichten der Natur* o, en inglés, *Views of Nature* [*Cuadros de la naturaleza*], 1808, revisada y ampliada en 1826 y 1849, una de las obras favoritas de Humboldt sobre sus viajes americanos y la única que escribió en alemán; *Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes d'Amérique* [*Views of the Cordilleras and Monuments of the Indigenous Peoples of America; Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*], que apareció en 1810 en dos lujosos volúmenes ilustrados, seguidos en 1814 por una edición popular abreviada; y, finalmente, la obra inconclusa *Relation historique* [*Personal Narrative*], relato personal de sus viajes en tres volúmenes

que aparecieron en 1814, 1819 y 1825.[15] Fueron éstos sobre todo los libros que los públicos lectores continentales e hispanoamericanos leían, revisaban, extractaban y discutían en las décadas de 1810 y 1820. Escritos de viajes en el sentido más inmediato, estas obras no especializadas son, también, audaces experimentos discursivos en los que, como trataré de demostrar, Humboldt trató de reinventar los imaginarios populares de América y, a través de América, del planeta mismo. Aun cuando se propusiera recrear América del Sur en conexión con su nueva apertura hacia Europa septentrional, Humboldt intentó simultáneamente reenmarcar la subjetividad burguesa, desviándola de su escisión de estrategias objetivistas y subjetivistas, ciencia y sentimiento, información y experiencia. Junto con otros autores de su tiempo, propuso a los europeos un nuevo tipo de conciencia planetaria.

Los comentaristas suelen leer los escritos americanos de Humboldt en relación con la famosa *querelle d'Amérique*, la prolongada y arrogante disputa entre los intelectuales europeos acerca del tamaño relativo, el valor y la variedad de la flora y la fauna americanas, en comparación con las de Europa y los otros continentes. En la segunda mitad del siglo Bufón había defendido la idea de que la naturaleza estaba menos desarrollada en las Américas que en el resto del mundo, debido a que el continente era más joven. Como Antonello Gerbi ha demostrado en su enciclopédica *La disputa del Nuevo Mundo*, la cuestión fue discutida acaloradamente y todos los pensadores de la época se sintieron obligados a asumir una posición.[16] Aunque en sus obras po-

[15] En lo que sigue citaré las traducciones inglesas estándares de los escritos de Humboldt. Para *Ansichten der Natur*, cito la de E. C. Otte y Henry G. Bohn. Cito también la traducción al inglés de *Vues des Cordillères, Views of the Cordilleras and Monuments of the Indigenous Peoples of America*, de Helen Maria Williams, para la *Relation historique*, cito la traducción de H. M. Williams, *Personal Narrative of a Voyage to the Equinoccial Regions of the New Continent.*

[16] Antonello Gerbi, *La disputa del nuevo mundo: Historia de una polémica*

pulares no se refiere explícitamente al debate en sí, la celebración de la naturaleza americana que hace Humboldt constituye un compromiso, dirigido en términos generales a la reivindicación del "Nuevo Continente". Sin embargo, en modo alguno consideró Humboldt que su obra se basaba en el debate o dependía de él. Gerbi estima que su posición en la disputa fue "anómala" y "algo marginal", y que ejerció sólo "una influencia indirecta y tardía".[17] En la exposición que sigue me pareció conveniente tratar los escritos de Humboldt y la *querelle d'Amérique* como fenómenos cruzados moldeados por preocupaciones y ansiedades europeas compartidas con respecto a las Américas.

"Naturaleza salvaje y gigantesca"

Como bien lo indican los títulos de sus trabajos, Alexander von Humboldt reinventó la América del Sur en primer lugar y sobre todo como naturaleza. No la naturaleza accesible, recolectable, reconocible, categorizable de los linneanos, sino una naturaleza impresionante, extraordinaria, un espectáculo capaz de sobrecoger la comprensión y el conocimiento humanos. No una naturaleza que espera sentada que la conozcan y posean, sino una naturaleza en acción, dotada de fuerzas vitales, muchas de las cuales son invisibles para el ojo

1750-1900. Véase también de Gerbi *La natura delle indie nove*, traducido al inglés por Jeremy Moyle, con el título *Nature in the New World*. Un dato sorprendente: en el índice de la versión inglesa de esta obra, el nombre de Alexander von Humboldt ha sido remplazado por el de su hermano, Wilhelm. La confusión, que acontece con frecuencia, demuestra que en el siglo xx la reputación de Alexander ha sido eclipsada por la de su hermano. En su trabajo sobre las crónicas de las Américas de los siglos xvi y xvii Gerbi se apoya mucho sobre la enciclopédica revisión que Humboldt había hecho de este material en *Examen critique de l'histoire de la géographie du nouveau continent*, una obra extraordinaria que casi no es mencionada en los índices oficiales de los trabajos de Humboldt.

[17] Gerby, *La disputa...*, *op. cit.*, pp. 411, 416.

humano; una naturaleza que empequeñece a los seres humanos, domina su ser, despierta sus pasiones, desafía sus poderes de percepción. No es de extrañar que los retratos de Humboldt lo muestren casi siempre rodeado y empequeñecido por la naturaleza o por su formidable obra, que la describe.

Tan cercado y empequeñecido estaba lo humano en la concepción cósmica de Humboldt que, para él, la narrativa dejó de ser un modo viable de representación. Entonces la eludió deliberadamente. Sus primeros escritos no especializados sobre las Américas tomaron la forma de ensayos descriptivos y analíticos, preparados como conferencias [*Views of Nature, Cuadros de la naturaleza*], que aparecieron por primera vez en 1808 en alemán como *Ansichten der Natur* y en francés como *Tableaux de la nature*, e iniciaron una serie de aclamadas conferencias públicas dadas en Berlín en 1806. Les siguió en 1810 el libro lujosamente ilustrado titulado *Vues des cordilléres et monuments des peuples indigènes d'Amerique*. La "vista" o cuadro fue la forma que Humboldt eligió para sus experimentos en lo que llamaba "el modo estético de tratar los temas de la historia natural". Hizo innovadoras tentativas de corregir lo que consideraba las fallas de la literatura de viajes de su época: por una parte, una preocupación trivializante por lo que él llamaba "lo meramente personal"; y por otra, una acumulación de detalles científicos que resultaba espiritual y estéticamente insípida. La solución de Humboldt en sus *Cuadros* fue fusionar la especificidad de la ciencia con la estética de lo sublime. Estaba convencido de que la descripción estética vívida se vería complementada e intensificada por las revelaciones de la ciencia acerca de las "fuerzas ocultas" que hacían funcionar la naturaleza. El resultado fue que sus obras, según un historiador de la literatura, "introdujeron en la literatura alemana un tipo absolutamente nuevo de discurso de la naturaleza".[18]

[18] Robert van Dusen, "The Literary Ambitions and Achievements of Alexander von Humboldt", *European University Papers*, p. 45.

La experimentación discursiva de Humboldt está bien ilustrada en el famoso primer ensayo de *Views of Nature*, titulado "Sobre las estepas y los desiertos". Como muchos de los cuadros, éste parte de la perspectiva de un viajero hipotético, vestigio del narrador personal de la literatura anterior. En este caso, la persona abstracta (aunque cabalmente europea y de sexo masculino) aparta sus ojos de la zona costera cultivada de Venezuela, y los posa en los llanos, las grandes planicies del interior. En el siguiente fragmento, nótese el entrelazamiento del lenguaje visual y emotivo con el lenguaje clasificatorio y técnico, así como también la deliberada orquestación de la respuesta del lector:

> Al pie de las altas montañas de granito que desafiaron la irrupción de las aguas al formarse en la época de la juventud de la Tierra el mar de las Antillas, comienza una vasta llanura que se extiende hasta perderse en lontananza. Si después de traspasar los valles de Caracas y el lago Tacarigua, sembrado de numerosas islas, y en el cual se reflejan los plátanos que sombrean sus orillas, se atraviesan las praderas en que brilla el suave y claro verdor de las cañas de azúcar de Tahití o se deja atrás la densa sombra de los bosquecillos de cacao, tiéndese y reposa la vista hacia el Sur sobre estepas que parecen irse levantando por grados y desvanecerse con el horizonte.
>
> Súbitamente arrebatado de todas las riquezas de la vida orgánica, sorpréndese el viajero al penetrar en estos espacios sin árboles, que apenas le ofrecen huellas de vegetación.[19]

Después de haber provocado en el lector un sentimiento de desolación, Humboldt trata de aliviarlo llenando de un sentido poderoso y denso aquel páramo que "se extendía ante nosotros como la desnuda costra pétrea de un desolado planeta". Al explayarse sobre su idea de conciencia planetaria,

[19] Alexander von Humboldt, *Views of Nature*, p. 3.

compara los llanos venezolanos con los brezales de Europa septentrional, las planicies interiores de África, las estepas de Asia central. En su obra se suceden páginas y páginas de descripción analítica y a menudo estadística, pero en un lenguaje que está también lleno de dramatismo, tensión y cierta sensualidad. En el más bien extenso fragmento que citamos a continuación, Humboldt acomete la tarea de explicar por qué América del Sur es menos cálida y seca que otras tierras situadas en latitudes similares. El texto no es narrativo; no aparece en él ningún ser viviente. Sin embargo, la prosa está tan llena de acción que puede llegar a producir agotamiento. Imaginen los lectores el efecto de este texto leído como una conferencia:

> La poca anchura de las tierras entrecortadas en todos sentidos en la parte tropical de la América del Norte, donde la base líquida de la atmósfera hace subir a las regiones una corriente de aire menos caliente; la extensión longitudinal del continente que se prolonga hasta los dos polos helados; el vasto océano, donde se despliegan sin obstáculo los vientos más frescos de los trópicos; el descenso de las costas orientales; las corrientes de agua fría, que partiendo de la región antártica, se dirigen primero de sudoeste a nordeste, van a estrellarse contra las costas de Chile, bajo el grado 35 de latitud meridional, suben hacia el Norte, a lo largo de las costas del Perú hasta el cabo Pariña, y se desvían por fin hacia el oeste; el gran número de cadenas de montañas, abundantes en manantiales, cuya cima cubierta de nieve se levanta sobre todas las capas de nubes, y que hacen descender corrientes atmosféricas a lo largo de sus vertientes; la multitud y prodigiosa anchura de los ríos, que después de infinitos rodeos van a buscar siempre para meterse en el mar las costas más lejanas; estepas sin arena, por tanto menos prontas a caldearse; los bosques que izan la planicie, entrecortada de ríos, próxima al Ecuador; bosques impenetrables que guarecen del sol a la tierra, o no dejan cuan-

> do menos pasar los rayos sin antes tamizarlos a través de su follaje, y que en el interior del país, en los sitios más alejados del mar y de los montes, exhalan y vierten en la atmósfera enormes masa de agua que han aspirado, o aun producido de por sí mediante el acto de la vegetación [...] Ellas no más son las causas de esa savia exuberante y esa vegetación vigorosa, carácter distintivo del continente americano.[20]

He aquí una prosa que fatiga, pero no por tediosamente insípida, como suele suceder con la de los linneanos, sino por un impresionante flujo y reflujo que debe haberse intensificado notablemente en la expresión oral. El "ascenso" de una corriente de aire "menos cálida" y sus "vastos desplazamientos" hacia los "helados polos"; un "vasto océano" barre las "costas llanas" del continente; el agua fría, como un indeseable invasor de los trópicos, golpea, avanza, súbitamente tuerce; las montañas abundan en manantiales y remontan sus cimas; los ríos son enormes y agresivamente buscan las costas; los bosques son impenetrables y bullen de invisible actividad mientras protegen, irradian, cubren, exhalan, absorben, generan. Pensamos en una cámara que se mueve continuamente y cambia de foco, pero advertimos que en esta descripción lo visual no desempeña prácticamente ningún papel. Humboldt no invoca aquí un sistema natural anclado en lo visible sino una interminable expansión y contracción de fuerzas invisibles. En este respecto su discurso contrasta marcadamente con el de sus predecesores, los naturalistas de Linneo. Humboldt mismo esbozó el contraste en una carta que escribió la noche antes de partir hacia las Américas. Sabía que recogería plantas, buscaría fósiles y haría observaciones astronómicas, pero aun así le escribió a un amigo de Salzburgo: "Nada de eso constituye el principal propósito de mi expedición. Mis ojos se dirigirán siem-

[20] *Ibidem*, pp. 7-8.

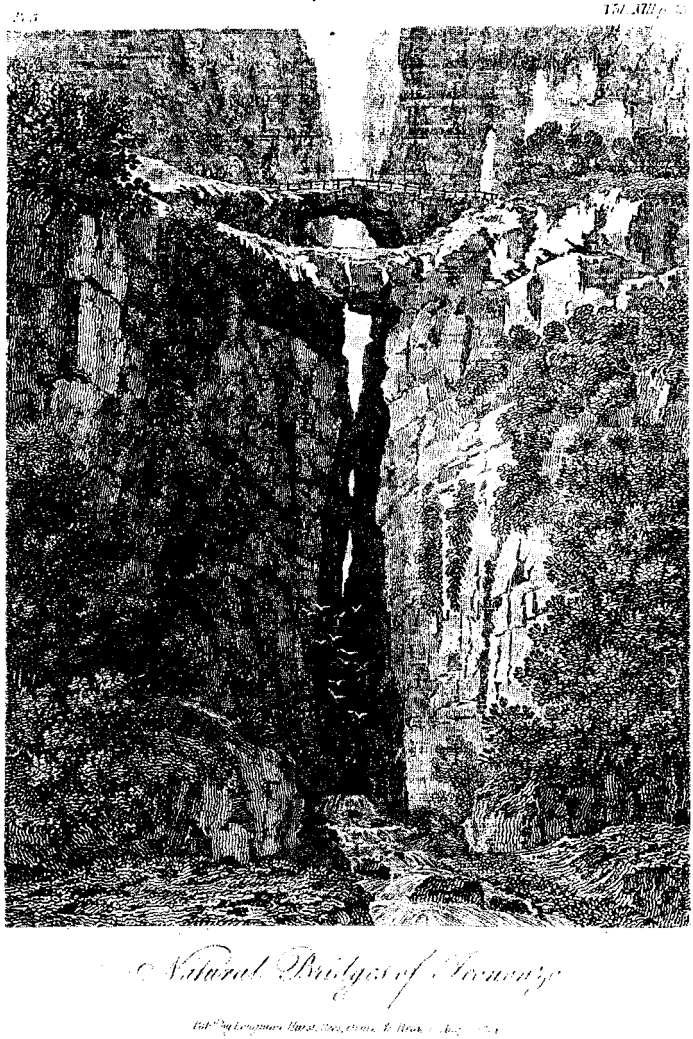


FIGURA 19. *Puentes naturales de Icononzo (Humboldt, 1814).*

pre a la combinación de fuerzas, a la influencia de la creación inanimada sobre el mundo animado de los animales y las plantas, a esa armonía".[21] Indudablemente, Humboldt buscaba aquello que encontró en el nuevo continente; y encontró aquello que buscaba. Su objetivo de científico se convirtió en su objetivo de escritor. En el prefacio a *Views of Nature* declara que su objetivo es reproducir "el placer que una mente sensible obtiene de la inmediata contemplación de la naturaleza [...] enaltecida por una intuición de la conexión de las fuerzas ocultas". Sin tal intuición, "la maravillosa exuberancia de la naturaleza" se reduce simplemente a "una acumulación de imágenes separadas", carentes de "la armonía y el efecto de un cuadro".[22]

Como todos sus comentaristas lo han señalado, el énfasis que puso Humboldt sobre las armonías y las fuerzas ocultas lo enrolan en la estética espiritualista del romanticismo. Pero lo enrolan también en el industrialismo y la era de la máquina y el desarrollo de las ciencias que estaba produciéndose en esa época y al mismo tiempo la producían. (Quizá no exista una intersección más clara de "la creación inanimada" con "el mundo animado de las plantas y los animales" que la industria de la minería, en la que Humboldt había trabajado durante muchos años, y que era uno de los principales objetos de interés de Europa en las Américas.) Otros escritores han discutido la obra de Humboldt en relación con los debates científicos europeos de su tiempo. Yo encaro sus escritos desde un ángulo enteramente diferente: considero sus dimensiones ideológicas y sus relaciones con la literatura de viajes.

A diferencia de las narrativas sentimentales centradas en el yo que discutimos en los capítulos III y IV, muchas de las cuales sin duda leyó, Humboldt trató de alejar la afecti-

[21] Citado en Hein, *op. cit.*, p. 56.
[22] Humboldt, *op. cit.*, p. ix.

vidad de la autobiografía y el narcisismo y fundirla con la ciencia. En el prefacio a *Views of Nature* [*Cuadros de la naturaleza*] dice que su objetivo es reproducir en el lector "la antigua comunión de la naturaleza con la vida espiritual del hombre". El mundo ecuatorial es un sitio privilegiado para tal ejercicio. "En ningún lugar —dice Humboldt— ella [la Naturaleza] nos impresiona más profundamente con la sensación de su grandeza; en ningún lugar nos habla más enérgicamente."[23]

Aunque compartiendo la estructura básica de la anticonquista científica, la visión de Humboldt de la conciencia planetaria hace exhortaciones a la ciencia y al "Hombre" considerablemente más grandiosas que las de los clasificadores de plantas que lo precedieron. En comparación con el humilde y sumiso herbolario, Humboldt asume una postura omnisciente y casi divina respecto no sólo de sus lectores sino también del planeta Tierra. Porque, desde luego, en lo inmediato es él —y no la Naturaleza— quien "nos impresiona", quien "nos habla enérgicamente". A la manera de un virtuoso, Humboldt toca las cuerdas de las delicadas sensibilidades que da por sentadas en su audiencia. Por ejemplo: en el último fragmento que citamos, las principales imágenes sensoriales que aparecen son impredecibles golpes de frío, es decir, lo último que un hombre del Norte esperaría o desearía encontrar en la zona tórrida. (Qué adecuado es que la corriente fría que recorre el Océano Pacífico lleve el nombre de Humboldt.)

En "Sobre las estepas y los desiertos", después de la larga disertación sobre las fuerzas universales y ocultas que hemos citado, el hipotético viajero-testigo regresa finalmente al desolado paisaje de los primeros párrafos y lo transforma, ante los ojos de sus lectores, en una escena de movimiento y vitalidad:

[23] *Ibidem*, p. 154.

> Apenas se ha humedecido su superficie, vístese la estepa embalsamada de kilingias, de pospalum de numerosos panículos y de diversas especies de gramíneas. Atraídas por la luz las mimosas herbáceas despliegan sus adormecidas hojas y saludan el nacimiento del Sol, como los pájaros con su canto matutino, como las flores de las plantas acuáticas se despliegan al primer rayo del día. Pacen los caballos y los bueyes pareciendo contentos de vivir. Ocúltase el jaguar abigarrado entre las yerbas altas; espía la presa desde el fondo de su retiro, y midiendo de una sola mirada el alcance de su salto, se lanza y cae de un solo brinco, al modo de los gatos y tigres de Asia, sobre los animales que pasan.[24]

En contraste con la escritura estrictamente científica, aquí la autoridad del discurso no reside en un proyecto descriptivo totalizador que existe fuera del texto. Aquí, el proyecto totalizador existe *en* el texto, orquestado por la mente y el alma infinitamente expansivas del escritor. Pero lo que esta escritura comparte con la literatura de viajes científica es la eliminación de lo humano. La descripción citada más arriba presenta un paisaje impregnado de fantasías sociales —armonía, laboriosidad, libertad, auténtica *joie de vivre*—, todo proyectado sobre el mundo no humano. Se encuentran allí vagos vestigios de la historia humana: el caballo y el buey, por ejemplo, arribaron allí merced a una fuerza no menos oculta que los invasores españoles. Pero los habitantes humanos de los llanos están ausentes. La única "persona" mencionada en estas "melancólicas y sagradas soledades" es el hipotético e invisible viajero europeo.

Views of Nature fue un libro muy popular, y al parecer eso le importó mucho a Humboldt. Mucho después de haber abandonado su *Personal Narrative* [*Viaje a las regiones equinocciales...*], revisó y amplió dos veces *Cuadros de la*

[24] *Ibidem*, p. 16.

naturaleza: en 1826 y en 1849. Y tuvo razón al preocuparse por esa obra. De *Cuadros de la naturaleza* y de su continuación, *Vistas de las cordilleras,* los públicos lectores europeos y sudamericanos seleccionaron el repertorio básico de imágenes que llegaron a significar "América del Sur" durante el importante periodo de transición 1810-1850. Tres imágenes en particular, todas canonizadas por los *Cuadros* de Humboldt, se combinaron para formar la representación metonímica estándar del "nuevo continente": superabundancia de bosques tropicales (el Amazonas y el Orinoco); montañas coronadas de nieve (la Cordillera de los Andes y los volcanes de México), y vastas planicies interiores (los llanos de Venezuela y las pampas argentinas).[25] Humboldt mismo identificó su tríada canónica en la última edición de *Cuadros de la naturaleza,* que presentó como "una serie de trabajos que se originaron cuando estuve en presencia de los más nobles objetos de la naturaleza: en el océano, en las selvas del Orinoco, en las sabanas de Venezuela y en las soledades de las montañas peruanas y mexicanas".[26]

En rigor, de verdad fue necesaria una recepción altamente selectiva de los escritos de Humboldt para reducir a América del Sur a la pura naturaleza y la tríada icónica de montaña, planicie y selva. Más adelante me referiré a las otras maneras en que Humboldt escribió y pensó sobre Sudamérica, sobre todo las modalidades arqueológica y demográfica. Pero fue indudablemente la imagen de la naturaleza virgen elaborada en sus obras científicas y en sus *Cuadros* la que terminó por codificarse en el imaginario europeo como la nueva ideología del "nuevo continente". ¿Por

[25] En *Views of Nature* la selva es el tema de "Cataratas de Orinoco" y "Vida nocturna de los animales en la selva virgen"; las montañas coronadas de nieve constituyen el tema de las vistas del famoso ascenso al Chimborazo y de varios ensayos sobre volcanes en *Views of the Cordilleras* [*Vistas de las cordilleras*]; los llanos de Venezuela son el tema del clásico texto "Sobre las estepas y los desiertos".

[26] Humboldt, *Views of Nature, op. cit.,* p. ix.

qué? En primer lugar, la ideología, al igual que el continente, no era precisamente nueva. Los europeos del siglo XIX reinventaron América como la Naturaleza, en parte porque había sido así que los europeos de los siglos XVI y XVII habían inventado América en primer lugar para ellos mismos, en gran parte por las mismas razones. Aunque profundamente arraigado en las construcciones de la Naturaleza y el Hombre propias del siglo XVIII, el "veedor" de Humboldt es también un doble autoconsciente de los primeros inventores europeos de América: Colón, Vespucio, Raleigh y los demás. También ellos escribieron de América como un mundo natural primordial, un espacio intemporal y no reclamado ocupado por plantas y criaturas vivientes (algunas de ellas, seres humanos), pero no organizado en sociedades y economías; un mundo cuya única historia estaba aún por empezar. Por otra parte, sus escritos retrataban a América con un discurso de acumulación, abundancia e inocencia. La inspirada invocación que hace Humboldt de un mundo primigenio floreciente evoca algunos escritos como la famosa carta de Cristóbal Colón a los monarcas españoles en 1493:

> Todas estas islas son muy bellas y se distinguen por una diversidad de escenarios; están llenas de gran variedad de árboles de enorme altura que, según creo, conservan su follaje en todas las estaciones; porque cuando los vi estaban tan verdes y exuberantes como lo están usualmente en España en el mes de mayo [...] Además, hay en la misma isla de Juana siete u ocho clases de palmeras que, como todos los otros árboles, hierbas y frutos, sobrepasan considerablemente a las nuestras en altura y belleza. Los pinos también son muy hermosos y hay extensos campos y prados, gran diversidad de pájaros, diferentes tipos de miel y muchas clases de metales, excepto hierro.[27]

[27] Cristóbal Colón, Carta del 14 de marzo de 1493, en *Four Voyages to the New World: Letters and Selected Documents*, pp. 4-5.

En los escritos de Humboldt, Colón aparece en persona de vez en cuando. En *Cuadros de la naturaleza,* por ejemplo, el ensayo sobre las Cataratas del Orinoco repite el famoso encuentro de Colón con el río Orinoco en su tercer viaje a América.[28]

Paradójicamente, el edénico edificio de los cronistas del siglo XVI se erigió sobre la decepción de lo que Colón no pudo encontrar: la China, el Gran Khan, las populosas ciudades y las interminables rutas que Marco Polo había descrito. Humboldt siempre admiró a Colón por responder a la desilusión asignando al lugar un valor estético intrínseco. Esa estrategia, si bien no impresionó a los reyes de España, caló muy hondo en la imaginación de sus súbditos. Trescientos años después esa fantasía edénica resurge en el renovado primer contacto de Humboldt. Hasta se revive el rótulo de "Nuevo Continente", como si los tres siglos de colonización europea no hubieran sucedido o no hicieran diferencia alguna. Lo que fue válido para Colón volvió a ser válido para Humboldt: el estado de naturaleza virgen es celebrado como un estado vinculado con el proyecto de intervención transformadora de Europa. La carta de Colón de 1493 a los monarcas españoles (citada más arriba) fue seguida por otra, en la que no proponía su integración al edénico mundo que había descubierto, sino un vasto proyecto de colonización e imposición de la esclavitud, para ser presidido por él mismo. Humboldt no tenía tales aspiraciones. Sin embargo, en vísperas de la independencia de la América española, y en vísperas de una "estampida" capitalista por "saquear la América", parecida al saqueo de África que estaba aún por suceder, la obra *Cuadros de la naturaleza* y la peculiar visión de su autor marcan un nuevo comienzo de

[28] El "cuadro" se pinta a través de los ojos de un hipotético "marino" que, "al aproximarse más a las graníticas costas de Guyana [...] ve ante sí la ancha boca de un poderoso río, que fluye a borbotones como un mar sin orillas". Alexander von Humboldt, *Views of Nature, op. cit.*, p. 206.

la historia en la América del Sur, un nuevo punto de partida (de Europa septentrional) para un futuro que empieza ahora y que retrabajará ese "terreno salvaje". *Views of Nature* [*Cuadros de la naturaleza*], de Humboldt, formula un punto de partida aborigen para un futuro que muchos de sus contemporáneos consideraban inalcanzable, aunque creían en él apasionadamente. La formulación es pacifista y utópica: en este paisaje no se visualiza ninguno de los posibles obstáculos al progreso occidentalista.

No se trata aquí de argumentar que las representaciones de Humboldt fuesen de algún modo implausibles o inverosímiles. Lo que sostengo es que no eran inevitables, que sus líneas generales estaban condicionadas por determinada coyuntura histórica e ideológica y por determinadas relaciones de poder y privilegio. América del Sur *no tenía* que ser inventada o reinventada como naturaleza primigenia. A pesar del énfasis que pusieron sobre esa naturaleza primigenia, en ninguna de sus exploraciones Humboldt y Bonpland dieron un solo paso más allá de los límites de la infraestructura colonial española: no podían hacerlo, porque dependían enteramente de las redes de aldeas, misiones, puestos de avanzada, haciendas, caminos y sistemas de trabajo colonial para mantenerse y sostener su proyecto; para obtener comida, abrigo y mano de obra que los guiara y transportara su inmenso equipaje. Aun las imágenes canónicas de las planicies interiores, las montañas coronadas de nieve y las densas junglas no estaban fuera de la historia de la humanidad, o fuera de la historia del euroimperialismo. Los habitantes de los llanos venezolanos y las pampas argentinas, aunque apartados de los centros coloniales, estaban a punto de ser reclutados como soldados en las guerras de independencia. La jungla había sido penetrada por el sistema colonial de misiones, cuya influencia se extendía mucho más allá de los microcósmicos órdenes sociales de sus puestos de avanzada. La cordillera andina (las "soledades

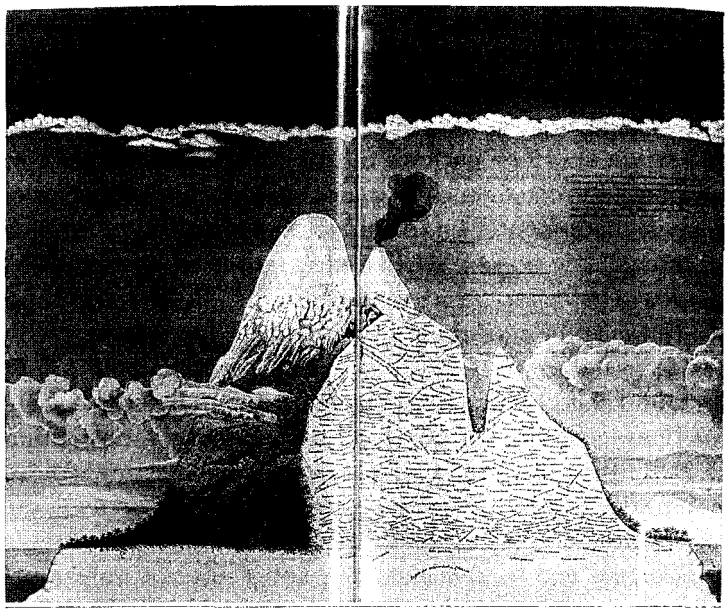


FIGURA 20. *Representación pictórica de la naturaleza en los Andes (1805) a partir de un dibujo hecho por Humboldt en 1803 después de su ascenso al monte Chimborazo. Las etiquetas identifican diferentes especies botánicas según la altitud.*

de la montaña" de Humboldt) era también la morada de la mayoría de los habitantes de Perú, entre quienes las formas de vida precolombinas y la resistencia colonial seguían siendo poderosas realidades cotidianas. Históricamente era también la gran veta madre de la riqueza minera colonial. La descripción ecológica que hace Humboldt del Monte Chimborazo (véase la figura 20) contrasta extrañamente con las representaciones andinas indígenas de otro famoso pico, el Cerro de Potosí, donde la Virgen de Copacabana presidía la escena, por sobre la mayor mina de plata del mundo (véase la figura 21).

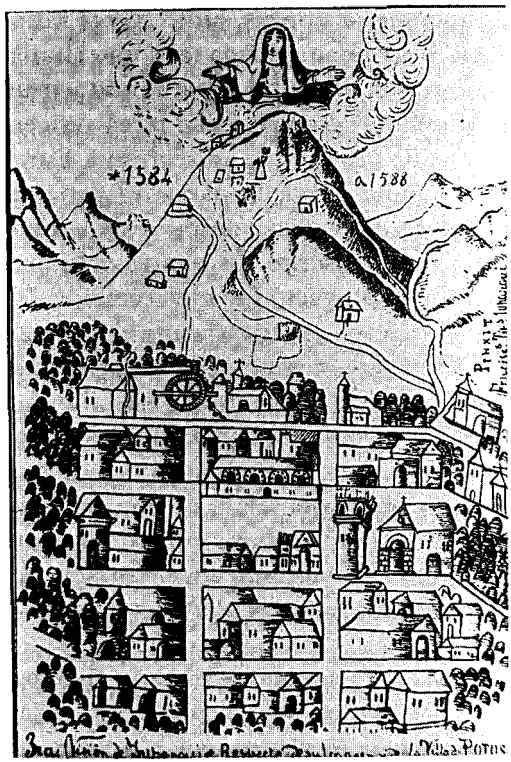


FIGURA 21. *Dibujo del Cerro de Potosí realizado por un artista andino indígena (fechado en 1588). Este cerro albergó la mina española más grande de las Américas. Al pie de la montaña se extiende la ciudad de Potosí; en su cima se representa la aparición de la virgen de Copacabana que, desde muy temprano, se asoció con el monte. Se cree que el artista original fue Francisco Titu Yupanqui.*

EL VIAJE A LAS REGIONES EQUINOCCIALES

En los tres volúmenes de la obra de Humboldt titulada *Personal Narrative* [*Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*] (1814-1825), la narrativa misma trae a la super-

ficie las aspiraciones europeas, junto con la infraestructura de la sociedad hispanoamericana tal como Humboldt la encontró. Bajo presión del público para producir un relato de sus viajes, Humboldt comenzó esa tarea reticentemente y recién una década después de su regreso a Europa. "Superando su repugnancia" por la narrativa personal, escribió tres volúmenes en cinco años; después abandonó el proyecto y destruyó el manuscrito del cuarto volumen.[29] Inicialmente al menos, el proyecto fue bien recibido. "Qué simpatía despierta el viajero —se entusiasma el traductor al inglés de *Personal Narrative*— mientras da los primeros pasos que conducen a la civilización y todas sus ilimitadas bendiciones, a través del desierto jamás hollado." La teleología euroexpansionista constituye el "encanto" de la narrativa.[30] El siguiente fragmento del relato de una excursión a través de la selva rumbo a una famosa mina de oro en Venezuela ilustra bien cómo *Personal Narrative* entreteje el espectáculo de la naturaleza con la temporalidad y el accionar humano:

> Los granjeros, con ayuda de sus esclavos, abrieron un sendero a través de los bosques hasta la primera cascada del río Juagua [...] Cuando la cornisa era tan estrecha que no teníamos lugar para apoyar los pies, descendíamos al torrente, lo cruzábamos vadeando o sobre los hombros de un esclavo y trepábamos hasta la pared opuesta [...] Mientras más avanzábamos más espesa se tornaba la vegetación. En varios lugares las raíces de los árboles habían reventado la roca calcárea, insertándose en las grietas que separan los lechos. Nosotros [*sic*] teníamos dificultad para transportar las plantas que recogíamos a cada paso. Las canáceas, las helicóneas con sus hermosas

[29] Aunque durante toda su vida fue un admirador de Mungo Park y sus *Viajes*, Humboldt veía en el estilo personal y dramático de Park una estimable "reliquia de una época anterior", que se identificaba con las crónicas españolas del siglo XVI (*Personal Narrative* [*Viaje a las regiones equinocciales*], prefacio).

[30] Williams, prefacio a Humboldt, *Personal Narrative, op. cit.*, vol. I, p. viii.

> flores púrpuras, las costóceas y otras plantas de la familia de las amomos [...] forman un sorprendente contraste con el color pardo de los helechos arborescentes, cuyo follaje está tan delicadamente dibujado. Los indios hacían incisiones con sus largos cuchillos en los troncos de los árboles y así nos llevaron a prestar atención a aquellas hermosas maderas, rojizas y de un amarillo dorado, que algún día serán buscadas por nuestros torneros y ebanistas.[31]

El tema sigue siendo la arrebatadora naturaleza; los americanos, amos y esclavos, cobran vida pero sólo porque están al servicio de los europeos. La única acción que se les ve hacer por su propia iniciativa es señalarles a los visitantes los recursos explotables. Por cierto que el gesto incitante de los indios parece desencadenar la alusión, relativamente rara, a un futuro que se visualiza en manos de la industria y el capital europeos ("nuestros torneros y ebanistas"). La presencia de los americanos como sujetos instrumentales es típica de *Personal Narrative.* En los bordes del espectáculo natural, esta obra informa muchísimo sobre la sociedad hispanoamericana, pero esa información es transmitida desde dentro de la estructura de las relaciones coloniales. Los americanos, sean misioneros españoles, funcionarios coloniales, colonos criollos, esclavos africanos, sirvientes amerindios o peones llaneros, aparecen siempre en función instrumental. Con frecuencia, como en el pasaje citado más arriba, quedan subsumidos en el ambiguo pronombre "nosotros" con que los amos se incluyen como agentes del trabajo de sus sirvientes. Es conocido el liberalismo de Humboldt, su apoyo a las revoluciones francesa y americana, la vehemente oposición a la esclavitud que profesó durante toda su vida. Sin embargo, en *Personal Narrative* las relaciones coloniales y la jerarquía racial aparecen como algo natural, y los america-

[31] Alexander von Humboldt, *Personal Narrative, op. cit.*, vol. III, pp. 73-74.

nos son presentados en función de la indiscutible relación colonial de *disponibilité.*

En el prefacio a *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* Humboldt alude directamente al proceso euroexpansionista que motiva su escritura. "Si entonces sobrevivieren al olvido algunas páginas de mi libro", dice,

> el habitante de las orillas del Orinoco y el Atabapo verá con enajenamiento que ciudades populosas y comerciales, que campiñas labradas por manos libres, ocupan los mismos lugares donde, en la época de mi viaje, no se hallaban sino selvas impenetrables o terrenos anegadizos.[32]

Éxtasis y ornamento, ciudades y campos; las fantasías cívicas y estéticas entretejidas dan significado a través de las correspondientes visiones negativas: "selvas impenetrables" y "terrenos anegadizos". Pero ¿quién será el futuro contemplador? ¿Los futuros cultivadores contemplarán extasiados la tierra (si es que se les permite interrumpir el trabajo para contemplar)? Y los habitantes de los bosques, si sobreviven, ¿verán en los campos cultivados un hermoso ornamento? Entre Humboldt y su extasiado par del futuro se extiende una cadena de hechos de los que Humboldt mismo se excluye, aun cuando escribe en nombre de ellos.

Dado que me ocupo de las representaciones de América del Sur, no examinaré aquí los conocidos trabajos de Humboldt titulados *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* y *Ensayo político sobre la isla de Cuba.* Esas obras abordan la sociedad humana a través de una descripción estadística y demográfica y un análisis social basado en el determinismo ambiental. A diferencia de la literatura de la naturaleza, no dan origen a un mito, pero comparten dos de los aspectos del mundo mítico de la naturaleza virgen: la ahis-

[32] *Ibidem,* vol. I, p. li.

toricidad y la ausencia de cultura. Los estudiosos aún valoran los *Ensayos políticos* como fuentes, especialmente en la historia de la esclavitud y las relaciones raciales. Se dice que el *Ensayo político* de Humboldt sobre México produjo allí directamente un *boom* de inversiones británicas en la minería de la plata, y que a él mismo se lo culpó de exageración cuando el auge declinó, en 1830. En cuanto a la denuncia de Humboldt de la esclavitud en Cuba, siguió siendo explosiva: en 1856, en una edición estadunidense de su *Ensayo político* sobre Cuba, se suprimió el capítulo que defiende el abolicionismo. Humboldt, que por entonces tenía más de 80 años, protestó indignado a través de la prensa alemana.

En el aspecto geográfico, los *Ensayos políticos* sobre Cuba y México complementan hasta cierto punto los escritos de cariz estético sobre el paisaje natural de la América del Sur. Ello tiene indudablemente que ver con el itinerario de los viajes de Humboldt; estuvo en Cuba poco tiempo y en México un año, que pasó principalmente en la capital y sus proximidades, donde frecuentó las bibliotecas y alternó con los estudiosos. Los *Ensayos políticos* reflejan esa investigación, siguiendo en líneas generales la tendencia fijada por las burocracias coloniales. Sin embargo, la diferencia con sus escritos sobre América del Sur es también ideológica, porque Humboldt en verdad consideraba que México era más civilizado que la América del Sur en su conjunto. "Nada me impresionó más vivamente —escribe en el prefacio a su ensayo sobre México— que el contraste entre la civilización de la Nueva España y la escasa cultura física y moral de las regiones que yo acababa de visitar."[33] Su proyecto en este trabajo consiste en explicar el notable progreso de México en comparación con la América ecuatorial. Esas actitudes son evidentes en la última obra que consideramos aquí: *Vistas de las cordilleras*.

[33] Citado en Hein, *op. cit.*, p. 74.

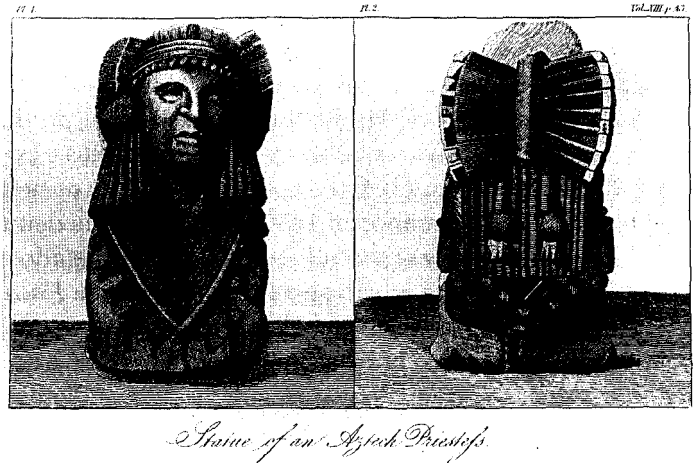


FIGURA 22. *Estatua de una sacerdotisa azteca. Tomado de* Views of the Cordilleras *(1814).*

AMÉRICA ARQUEOLOGIZADA

Mencioné anteriormente que fue necesaria una recepción bastante selectiva de los escritos americanos de Humboldt para producir la imagen de América como naturaleza virgen o primigenia. Y fue sintomático de esa recepción que la conocida obra en dos volúmenes titulada *Views of the Cordilleras and Monuments of the Indigenous Peoples of America* [*Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de la América*] (1810 y 1814) perdiera casi inmediatamente la segunda parte del título, para pasar a ser recordada sólo como *Vistas de las cordilleras*. En adelante me referiré al libro como *Vistas y monumentos*. Publicado originariamente en 1810 en dos volúmenes con el título de *Picturesque Atlas* [*Atlas pintoresco*], incluía 69 asombrosos grabados y fue un conocido complemento de los *Cuadros de la naturaleza*. En cuanto a *Vistas y monumentos*, combinaba

comentarios ilustrados sobre maravillas naturales —el monte Chimborazo, puentes de roca naturales, cataratas, lagos— con comentarios ilustrados sobre reliquias arqueológicas precolombinas de Perú y (principalmente) de México. Entre ellas figuran: la pirámide de Cholula, el calendario azteca, la estatua de una sacerdotisa azteca, jeroglíficos y manuscritos. A este libro no se lo estimó por su parte arqueológica. Y aún hoy un comentarista lo descarta por considerarlo "una extraña mezcla de descripciones e ilustraciones de paisajes de montaña y arte azteca".[34]

Desde luego, la intención de Humboldt en esta obra fue lograr algo más que una "extraña mezcla". Su objetivo, al parecer fallido, habría sido crear algo que no fuese recibido ni como extraño ni como caótico, sino como armonioso y coherente. El propósito del autor, "al presentar en la misma obra los toscos monumentos de las tribus indígenas de América y las pintorescas vistas de las regiones montañosas que habitaban", fue mostrar que "el clima, la naturaleza del suelo, la fisonomía de las plantas, la contemplación de una naturaleza bella o salvaje tienen gran influencia sobre el progreso de las artes".[35] La armonía se logra, en este caso, asimilando cultura a naturaleza de un modo que garantice la condición de inferioridad de la América indígena: mientras más salvaje sea la naturaleza, más salvaje será la cultura. No obstante, los ensayos arqueológicos de *Vistas y monumentos* encierran al menos la posibilidad de contradecir fuertemente la celebración deshistorizada de la América primigenia y la visión primitivista de los amerindios que le es propia. Basta con tener algún conocimiento de la cultura incaica, azteca o maya para advertir que la historia niega las imágenes de salvajes en la selva virgen, incluyendo la imagen que el mismo Humboldt tenía de los amerindios:

[34] Botting, *op. cit.*, p. 202.

[35] Humboldt, *Views and Monuments*, vol. I, pp. 39-40.

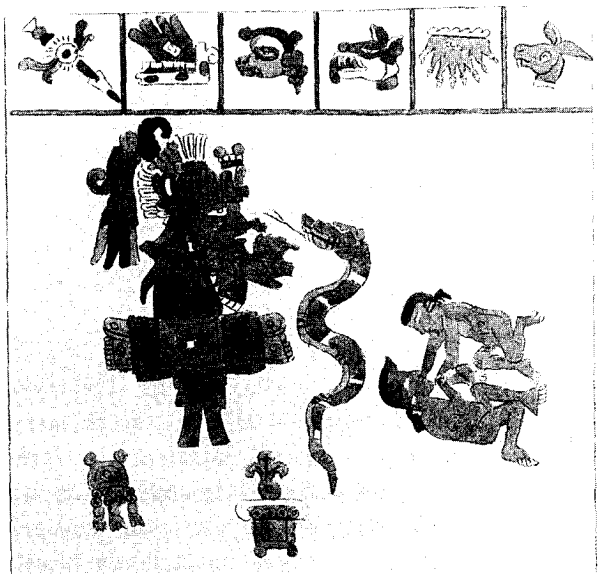


FIGURA 23. *Manuscrito jeroglífico azteca encontrado por Humboldt en el Vaticano. Tomado de* Views of the Cordilleras *(1814).*

los veía como "restos de hordas indígenas". Quizá sea precisamente por esta razón que sus ensayos arqueológicos nunca fueron absorbidos, ni por los lectores ni por los comentaristas de su obra.

Un poderoso modelo para el redescubrimiento arqueológico de América fue Egipto. En Egipto los europeos estaban reconstruyendo una historia perdida a través de —y como— ruinas y monumentos "redescubiertos". Y también allí la recuperación se daba dentro del contexto de un nuevo expansionismo europeo y un nostálgico repensar los antiguos imperios. Algunos de los descubrimientos realizados en Egipto, como la piedra Rosetta, debieron inspirar el interés de Humboldt por los jeroglíficos y las piedras americanos, tema de algunos de los ensayos más extensos y eruditos

de *Vistas y monumentos*. En el contexto de dos siglos de ignorancia e indiferencia europea, las observaciones de Humboldt sobre la historia indígena son notables, y a veces hasta proféticas: después de describir la famosa piedra del "calendario azteca", descubierta por obreros en la ciudad de México en 1790, dice que los aztecas "recibirán una renovada atención si el gobierno, ansioso por arrojar luz sobre la remota civilización de los americanos, inicia excavaciones alrededor de la catedral, en la plaza principal de la antigua Tenochtitlan".[36] En la década de 1970 se hicieron esas excavaciones, después de que unos trabajadores eléctricos descubrieron lo que resultó ser el Templo Mayor de los aztecas.

Aunque obviamente fascinado y conmovido por sus descubrimientos arqueológicos, Humboldt mantuvo una actitud invariablemente desdeñosa respecto de los logros de las civilizaciones precolombinas, en comparación, desde luego, con los del Mediterráneo clásico.

> No nos cansaremos de repetir que la arquitectura americana no puede causar asombro, ni por la magnitud de sus obras ni por la elegancia de su forma —escribe—, pero es sumamente interesante, ya que arroja luz sobre la historia de la primitiva civilización de los habitantes de las montañas del nuevo continente.[37]

Mientras en Grecia "las religiones fueron el principal sostén de las bellas artes", entre los aztecas el primitivo culto de la muerte produjo monumentos cuyo único objetivo era "producir terror y espanto".[38] Tal como en la monumental reinvención de Egipto en el mismo periodo, los vínculos entre las sociedades arqueologizadas y sus descendientes contemporáneos permanecen absolutamente oscuros, de hecho irre-

[36] *Ibidem*, vol. II, p. 45.
[37] *Ibidem*, vol. I, p. 9.
[38] *Ibidem*, p. 44.

cuperables. Pero esto es sólo una parte de la cuestión. La imaginación europea produce sujetos arqueológicos escindiendo a los pueblos contemporáneos no europeos de sus pasados precoloniales, y hasta coloniales. Revivir la historia y la cultura indígenas como arqueología es revivirlas *muertas*. Al hacerlo, al mismo tiempo que se les rescata del olvido europeo, se les reasigna a una era que ya fue.

He expresado reiteradamente en este libro que el discurso europeo del paisaje desterritorializa a los pueblos indígenas, separándolos de los territorios que alguna vez dominaron y en los que siguen haciendo su vida. La perspectiva arqueológica es complementaria: a ella también le pasa inadvertida la condición de los habitantes conquistados de la zona de contacto como agentes históricos que tienen continuidades vivas con los pasados preeuropeos y aspiraciones y reivindicaciones históricas sobre el presente. Es muy improbable, empero, que aquellos a quienes los colonizadores ven como "restos de hordas indígenas" se vean a sí mismos como tales. Lo que los colonizadores matan como arqueología suele vivir entre los colonizados como autoconocimiento y conciencia histórica, dos importantes ingredientes de los movimientos de resistencia anticolonialista.[39] La rebelión andina de 1781, por ejemplo, implicó un renacimiento carismático masivo que predijo el regreso de los incas y la restauración de su imperio. El movimiento dio por sentado que había en la población andina un conocimiento vivo y cotidiano de la historia incaica, su mitología y genealogía, que había sido preservada en quipus y en forma oral, escrita, ritual y pictórica. Uno de los líderes de la rebelión eligió para sí un nuevo nombre: Tupac Amaru, tomado del último inca legítimo, que fue quemado vivo por los españoles en 1572, en la Plaza Mayor de Cuzco. En 1781, después del fracaso de la re-

[39] Véase Michael Adas, *Prophets of Rebellion: Millenarian Protest Movements against the European Colonial Order*.

belión, el nuevo Tupac Amaru fue arrastrado y descuartizado en el mismo lugar.[40]

Humboldt como transculturador

"Los indios —dice el pasaje de *Viaje a las regiones equinocciales* que citamos más arriba— [...] nos llevaron a prestar atención a aquellas hermosas maderas, rojizas y de un amarillo dorado." En el Orinoco, un corregidor que "nos dio tres indios para que marcharan adelante abriendo camino" revela en la conversación ser "un hombre agradable, de espíritu cultivado".[41] Pocas líneas más adelante, un misionero aburre a Humboldt con ansiosos monólogos sobre la reciente inquietud entre los esclavos. Estos trazos de la interacción cotidiana entre los habitantes americanos y los visitantes europeos indican las relaciones heterogéneas y heteroglósicas que el ver y el conocer de los europeos produjeron. Llevado a la superficie por la narración, lo "meramente personal", como Humboldt lo llamó, plantea una ardua cuestión: ¿qué participación, directa o indirecta, tuvieron los interlocutores americanos de Humboldt en la reinvención europea de su continente? ¿En qué medida fue Humboldt un transculturador, al transportar a Europa conocimientos de origen americano, al producir conocimientos europeos infiltrados por conocimientos no europeos? ¿En qué medida,

[40] Estas figuras y estas historias siguen siendo intensamente significativas en los Andes hoy: existe un movimiento guerrillero contemporáneo que lleva el nombre de Tupac Amaru, así como lo llevaron los tupamaros en Uruguay en la década de 1960; sus contrapartes bolivianas, Tupac Katari y Bartolina Sisa, han sido adoptados como símbolos por los movimientos campesinos bolivianos.

[41] Humboldt, *Personal Narrative, op. cit.*, vol. III, p. 178. El corregidor era un alto funcionario colonial, una especie de gobernador con amplias atribuciones; generalmente era detestado por todos aquellos sobre quienes tenía poder.

dentro de las relaciones de subordinación coloniales, los americanos se inscriben sobre él, así como él se inscribe sobre América?

Tales interrogantes son de difícil respuesta dentro de la manera burguesa y centrada en el autor de conocer los textos; y es precisamente por eso que es tan importante formularlos, no sólo sobre Humboldt sino también sobre toda la literatura de viajes. Cada relato de viajes tiene su propia dimensión heteroglósica: su conocimiento no surge sólo de la sensibilidad y el poder de observación de un viajero, sino de interacciones y experiencias usualmente dirigidas y controladas por los "viajados",[42] quienes trabajan desde su propia comprensión de su mundo y de lo que los europeos hacen y deben hacer. Humboldt, por ejemplo, se jactaba de haber sido la primera persona que llevó el guano a Europa como fertilizante de suelos, un "descubrimiento" que finalmente produjo un *boom* del guano que, hacia fines del siglo, causó una guerra entre Perú y Chile y puso a la economía de este último país en una total dependencia respecto de los banqueros británicos. Por supuesto, el descubrimiento de Humboldt consistió simplemente en que los habitantes de la zona costera de Perú le dijeron que la sustancia tenía propiedades fertilizantes. ¿Quién sabe cuáles eran las ideas y las expectativas de los peruanos? Las convenciones de la literatura de viajes y exploración (producción y recepción) constituyen el sujeto europeo como una fuente de conocimiento au-

[42] Este extraño término ha sido acuñado sobre el modelo "empleador-empleado", donde la primera palabra significa "el que emplea" y la segunda el que "es empleado". Así, el individuo "viajado" es el receptor de los viajes del "viajero". Hace algunos años los teóricos de la literatura empezaron a hablar de los "narrados" como de las figuras equivalentes a los narradores pero en el extremo de la recepción de la narración. Obviamente, los viajes se estudian principalmente desde la perspectiva del viajero, pero es perfectamente posible, y sumamente interesante, estudiarlos desde el punto de vista de quienes participan de ese viaje en el extremo de la recepción.

tosuficiente y monádica. Esa configuración prácticamente garantiza que la historia de la interacción se manifieste en los textos sólo como trazos,[43] o a través de las formas de representación del "viajado", como por ejemplo los materiales autoetnográficos mencionados varias veces a lo largo de este libro.

Lo que sí se documentó fueron los encuentros de Humboldt y Bonpland con los intelectuales hispanoamericanos, a quienes ellos buscaron activamente. Al cerrar su imperio para los extranjeros, España había dejado el resto de Europa en la más profunda ignorancia acerca de la historia indígena americana, su cultura y su lengua, y también acerca de la botánica, la zoología y la mineralogía de América. Pero estas cuestiones siguieron estudiándose dentro de las Américas. (¿Será necesario acaso repetir que las universidades de Perú y México datan del siglo XVI?) Se sabe que Humboldt y Bonpland se desviaron mucho de sus itinerarios para encontrarse con naturalistas americanos, como por ejemplo Mutis en Bogotá, y fueron los intelectuales hispanoamericanos quienes los pusieron en contacto con la antigüedad inca y azteca. En gran medida, Humboldt, en sus ensayos arqueológicos, llevó a Europa una tradición académica americana que databa de la época de los primeros misioneros españoles y que fue mantenida por los intelectuales españoles, criollos e indígenas. Humboldt pasó en México un año (1803-1804) y lo dedicó casi íntegramente a las comunidades intelectuales y científicas de la ciudad de México, donde estudió los *corpus* existentes de historia natural, lingüística y arqueología. A su regreso a Europa siguió ocupándose

[43] Johannes Fabian ha escrito una interesante monografía sobre la heteroglosia en los relatos de viajes de África Oriental del siglo XIX, atendiendo en particular al lugar donde las palabras swahili aparecen en los textos europeos: *Language and Colonial Power: The Appropriation of Swahili in the Former Belgian Congo, 1880-1930*. En Occidente, la interpretación lingüística formal asume habitualmente el punto de vista del partido en el poder.

asiduamente de lo que había aprendido, rastreando olvidados manuscritos amerindios, como los códices mayas, que desde la época de los Habsburgo acumulaban polvo en bibliotecas de París, Dresde, el Vaticano, Viena y Berlín.[44]

En algunos sectores de la cultura criolla, por lo tanto, existían ya una naturaleza americana glorificada y una antigüedad americana glorificada, como construcciones ideológicas, como fuentes de identificación y orgullo americanista que alimentaban el creciente anhelo de separarse de Europa. En un perfecto ejemplo de lo que era la danza del espejo de la construcción de significado en la Colonia, Humboldt transculturó a Europa conocimientos producidos por los americanos en el proceso de definirse como separados de Europa. Después de la independencia, las élites euroamericanas habrían de reimportar ese conocimiento, *pero ya como conocimiento europeo,* cuya autoridad legitimaría su dominio.

Interludio romántico

La perspectiva que propongo sobre los escritos de Humboldt suele provocar una respuesta impaciente por parte de los críticos literarios. ¿Qué sentido tiene, me preguntan, todo este aparato explicativo histórico-colonial-ideológico cuando es perfectamente obvio que en sus escritos Humboldt está simplemente *siendo* un romántico, simplemente *haciendo* romanticismo? Y como romántico —y romántico alemán—,

[44] Sobre la base de su contacto con la *intelligentsia* mexicana, Humboldt siguió investigando la historia de los escritos europeos sobre las Américas y produjo una obra en cinco volúmenes: *Examen critique de l'histoire de la géographie du nouveau continent* [Examen crítico de la historia de la geografía del nuevo continente]. Es ésta otra obra extraordinaria, bastante ignorada por los estudios oficiales, en la que Humboldt reseña, de manera enciclopédica, el enorme *corpus* de las crónicas de los siglos XVI y XVII sobre las Américas. En su obra *Nature in the New World* Antonello Gerbi se apoya fuertemente en el trabajo de Humboldt sobre ese material.

¿de qué otro modo podría haber escrito sobre América del Sur? Basta con leer el prefacio a *Cuadros de la naturaleza*, que termina con una cita de *La novia de Messina*, de Schiller, acerca de que la naturaleza es perfecta hasta que el hombre cuidadosamente la deforma. Aun antes de haber puesto un pie fuera de Prusia, ¿no fue acaso Humboldt el único científico a quien Schiller ofreció publicar en su periódico? Aunque tal vez Schiller no lo hubiera visto de ese modo (al parecer, no simpatizaba con Humboldt), ¿no podríamos argumentar, por ejemplo, que en sus *Cuadros* o *Vistas* de América Humboldt simplemente aplica el programa propuesto por Schiller en *La educación estética del hombre* (1795)? ¿No son los románticos quienes exhortan al "cultivo de las sensibilidades"? ¿Y no estará Humboldt tratando de "cultivar" a su lector a la manera que recomienda Schiller: "proporcionando a la facultad receptiva los más diversos contactos con el mundo"?[45] ¿Por qué habríamos de necesitar de Cristóbal Colón, el colonialismo español, las luchas de independencia, las revueltas de los esclavos y hasta de América misma para comprender la manera de escribir de Humboldt? Lo que ya se sabe del romanticismo brinda una explicación perfectamente satisfactoria, sin aventurarse más allá de las fronteras de Europa o de la literatura.

Como algunos lectores ya lo habrán percibido, son precisamente esa satisfacción y esas fronteras lo que yo quisiera cuestionar a través de los escritos americanos de Humboldt. En la medida en que Humboldt "es" un romántico, el romanticismo "es" Humboldt; en la medida en que algo llamado romanticismo constituye o "explica" los escritos de Humboldt sobre América, esos escritos constituyen y "explican" ese algo. Sostener que los escritos simplemente "reflejan" el romanticismo equivale a privilegiar lo literario y lo europeo de un modo que debe ser examinado. El punto

[45] Citado en John Brenkman, *Culture and Domination*, p. 64.

de vista de este libro constituye una exhortación a repensar "el romanticismo" (y "la literatura" y "Europa") a la luz de escritores como Humboldt, y a la luz de procesos históricos como el cambiante contacto con las Américas. El "romanticismo", entonces, brinda la oportunidad de repensar los hábitos de imaginar "Europa" y "la literatura" como entidades *sui generis* que se inventan desde adentro y después se proyectan hacia fuera, hacia el resto del mundo. Uno puede entonces atisbar cómo debe ser imaginar a "Europa" construyéndose también a sí misma desde afuera hacia dentro, a partir de materiales infiltrados, donados, absorbidos, apropiados e impuestos desde las zonas de contacto de todo el mundo.

En la misma medida en que "el romanticismo" *determina* los nuevos discursos sobre América, Egipto, África del Sur, la Polinesia o Italia, es también *determinado* por ellos. (Los románticos son conocidos por su afición a situarse en la periferia de Europa: el Helesponto, los Alpes, los Pirineos, Italia, Rusia, Egipto.) El romanticismo consiste, entre otras cosas, en los desplazamientos de las relaciones entre Europa y otras partes del mundo, sobre todo las Américas, que en ese momento estaban precisamente liberándose de Europa. Si desenganchamos a Humboldt de Schiller y lo ubicamos dentro de otra línea "romántica" —la de George Forster y Bernardin de St. Pierre (dos de los ídolos de Humboldt), Volney, Chateaubriand, Stedman, Bufon, Le Vaillant, el capitán Cook y el Diderot del "Supplement to the Voyage of Bougainville"—, podríamos muy bien sentirnos tentados a sostener que el romanticismo se originó en las zonas de contacto de América, África del Norte y los mares del Sur.

En realidad, tal visión fue propuesta en América del Sur, hace unos 50 años, por la escritora venezolana Teresa de la Parra en su novela autobiográfica llamada *Memorias de Mamá Blanca* (1929). Se invoca el romanticismo en la figura de la esposa de Napoleón, la emperatriz Josefina, quien

(al igual que la riqueza que impulsó a la Revolución francesa) era oriunda del Caribe. "Yo creo", dice la narradora,

> que como el tabaco, la piña y la caña de azúcar, el Romanticismo fue una fruta indígena que creció dulce, espontánea y escondida entre las languideces coloniales y las indolencias del trópico hasta fines del siglo XVIII. Hacia esa época, Josefina Tascher, sin sospecharlo, tal cual si fuera un microbio ideal, se lo llevó enredado en los encajes de una de sus cofias, contagió así a Napoleón, en aquella forma aguda que todos conocemos, y poco a poco las tropas del Primer Imperio, secundadas por Chateaubriand, propagaron la epidemia a todas partes...[46]

Se trata de una serie de imágenes ricamente transculturadas. La referencia al tocado recuerda la iconografía de América representada como una amazona, con un enorme tocado de plumas, que lleva en la mano, sujetándola por los cabellos, la cabeza de un español; la imagen del microbio recuerda la historia de la sífilis como la enfermedad del imperio, que en este caso es llevada de vuelta a Europa a través de su propio saqueo. Y fue sin duda el mismo microbio el que finalmente juntó a la emperatriz Josefina y a Aimé Bonpland, quien empezó como su jardinero y llegó a ser su devoto amigo y confidente.

Las discusiones sobre los orígenes son notoriamente inútiles. No es inútil, sin embargo, subrayar las dimensiones transculturales de lo que canónicamente se llama el romanticismo europeo. Los europeos están acostumbrados a pensar que los proyectos románticos de libertad, individualismo y liberalismo emanaban *desde* Europa *hacia* la periferia colonial, pero están menos acostumbrados a pensar en las emanaciones *desde* las zonas de contacto *de vuelta hacia*

[46] Teresa de la Parra, *Memorias de Mamá Blanca*, en *Obras completas*, p. 329.

Europa. Sin duda Europa fue influida *por* y no sólo influyó *sobre* las tensiones que en la década de 1780 produjeron el levantamiento indígena en los Andes, las revueltas en África del Sur, la rebelión de Tiradentes en Brasil, la revolución que echó a los blancos del poder en Santo Domingo y otros eventos similares en las zonas de contacto. Benedict Anderson ha sostenido el interesante punto de vista de que, contrariamente al usual análisis difusionista, el modelo de la moderna nación-Estado fue elaborado principalmente en las Américas y exportado hacia Europa durante el siglo XIX.[47]

Creo que se debe buscar una perspectiva similar sobre la famosa *querelle d'Amérique* con la que tan frecuentemente se asocia a Humboldt. Sin duda, el debate sobre la supuesta inmadurez e inferioridad de la naturaleza americana no fue una cuestión exclusivamente europea o científica. Como Antonello Gerbi lo ha documentado, los intelectuales de las Américas participaron activamente y con gran interés en el debate sobre la naturaleza, y también en los debates de la época sobre la esclavitud. Por cierto, ningún debate hubiera sido posible sin la participación de los americanos, para quienes esas cuestiones tenían apremiante significación.

Fuera de los debates específicos sobre las edades relativas de los continentes y sus ecosistemas, las dimensiones ideológicas de la *querelle d'Amérique* giraban sobre el intento de ligar las Américas a Europa en una relación —que se quería esencial— de negatividad. Esa relación constituía el pivote mismo de la semántica colonial. Desde luego, el intento se produjo en un momento de creciente inestabilidad en las empresas coloniales de Europa en las Américas. Por una parte, la exploración global estaba abriendo vastas realidades y posibilidades nuevas. Por la otra, el control eurocolonial se veía claramente amenazado. Aquí había socieda-

[47] Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism.*

FIGURA 24. *Frontispicio del* Atlas of America *[Atlas de América] de Humboldt. La alegoría representa un príncipe guerrero azteca derrotado que recibe el consuelo de Atenea, diosa de la sabiduría y Hermes, dios del comercio. En la parte inferior yace una estatua destrozada, mientras que al fondo se puede ver una montaña similar al Chimborazo de Ecuador y la pirámide de Cholula de México. El texto dice "Humanidad, Sabiduría, Economía".*

des que asumían una vida propia. Aquí, en algunos casos, los intelectuales americanos construían visiones positivas y descolonizadas de sí mismos en relación con Europa. Aquí, las mayorías no europeas se afirmaban en contra de la dominación europea. Y aun en los lugares donde todavía estaba firme, la hegemonía blanca estaba produciendo sociedades que eran muy diferentes de sus antecesoras europeas, y que se tornarían aún más diferentes a medida que se descolonizaran. Serían multirraciales; muchas, predominantemente no blancas; en el mejor de los casos, irregularmente cristianas; nunca habrían sido monarquías; se construirían a partir de formaciones como la esclavitud, el sistema de plantaciones, la hacienda, la *mita*,[48] instituciones todas que los europeos habían ideado y de las que se habían beneficiado, pero que no habían sido vividas en Europa como formaciones sociales y culturales. Serían sociedades que Europa probablemente ni siquiera podría entender, ya no digamos controlar.

¡Fuerzas ocultas, por cierto! Gerbi señala que Humboldt, con su visión positiva y totalizadora, aquietó ansiedades a ambos lados del Atlántico, reivindicando a América *dentro* de paradigmas mundiales de base europea. "Con Humboldt —dice Gerbi— el pensamiento de Occidente completa por fin la pacífica conquista y anexa idealmente a su mundo, al Cosmos único, esas regiones que hasta entonces casi sólo habían sido objeto de curiosidad, de estupor o de mofa."[49] La portada de la edición de 1814 de la obra de Humboldt *Atlas Géographique et physique du Nouveau Continent* [*Geographical and Physical Atlas of the New Continent*] lleva un grabado alegórico que representa a Hermes y Atenea (véase

[48] La *mita* fue la forma más odiada de trabajo forzoso en la España colonial. Se exigía a las aldeas que proporcionaran mano de obra para las minas y otros lugares. La tasa de mortalidad de los trabajadores de la *mita* era elevadísima.

[49] Gerbi, *La disputa...*, *op. cit.*, p. 408.

la figura 24) mirando acongojados a un príncipe azteca derrotado, con la cabeza inclinada y sus armas en el suelo. Mientras Hermes (patrono del comercio) toma al guerrero por el brazo, Atenea le ofrece una rama de una planta decididamente no americana: el olivo. Al fondo se eleva el Chimborazo, coronado de nieve. Pero no podemos dejar de preguntarnos si la anexión fue realmente tan pacífica. Quizá los acontecimientos subterráneos, las energías invisibles y las súbitas ráfagas frías que circulan en los escritos de Humboldt sean una representación de los sacudimientos históricos que tan claramente se avecinaban. Sin duda para Simón Bolívar, admirador de Humboldt, lo fueron. "Un gran volcán yace a nuestros pies —escribió Bolívar en vísperas de la victoria sobre España. ¿Quién detendrá a las clases oprimidas? El yugo de la esclavitud será roto y gentes de diverso color de piel tratarán de imponerse."[50]

Como espero mostrar en el próximo capítulo, la propia mistificación de las fuerzas sociales fue lo que hizo útiles los escritos de Humboldt para los líderes e intelectuales euroamericanos que trataban de descolonizar sus culturas y sus sociedades, aunque conservando al mismo tiempo la supremacía blanca y los valores de base europea.

Posdata

Hoy en día, cuando su fama en Europa se ha desvanecido o se ha mezclado con la de su hermano, Alexander von Humboldt es constantemente reverenciado y recordado en la cultura oficial sudamericana, precisamente por su intrínseca e incondicional valorización de la región. "Estamos sembrados de recuerdos de Humboldt", dice un comentarista.[51]

[50] Simón Bolívar, carta al general Páez, 8 de agosto de 1826. Traducción al inglés tomada de Bierck y Lecuna, *op. cit.*, vol. II, p. 628.

[51] Pascual Venegas Filardo, *Viajeros a Venezuela en los siglos XIX y XX*,

Con qué claridad estas palabras remiten al legado del euromito humboldtiano de América: el locutor se constituye él mismo como el terreno en el que Humboldt ha sembrado sus palabras. *Dentro* del euromito, a lo hispanoamericano casi no se le concede existencia propia; y sin duda, no se le concede voz: sólo la Naturaleza habla.

Pero tal vez existan también otras genealogías, aún más intrincadas. La *arpillera,* es decir, el tejido o lienzo que aparece en la figura 25, es un ejemplo de una forma de arte de exportación que surgió en Perú en la década de 1980, asentada en antiguas tradiciones del arte textil y la fabricación de muñecas en la región andina. Fabricadas por mujeres proletarias en asociaciones de madres de ciudades y pueblos, las arpilleras actuales suelen pintar escenas de la vida rural, como lo hace la que aquí mostramos. Titulada *La cosecha,* la obra presenta la organización vertical de la vida agrícola en las comunidades andinas tradicionales. Arriba, en las pasturas altas, pace el ganado; un poco más abajo crecen las flores, tan apreciadas en la vida cotidiana y en las relaciones amorosas; luego granos y hierbas, luego papas y así sucesivamente, siempre hacia abajo, hasta llegar a las naranjas y las bananas en el valle tropical que se aprecia en la parte inferior. Esta arpillera representa una forma de vida en la que las comunidades en diferentes momentos del año cultivan una gran variedad de vegetales a diferentes altitudes, en un clima que va desde lo tropical, pasando por lo templado, hasta el frío más severo.

Comparemos la arpillera con el famoso dibujo de Humboldt del Monte Chimborazo, que aparece en la figura 20. Humboldt se vale de su dibujo para representar la misma ecología vertical de la región andina, donde coexisten múltiples tipos de clima y vegetación en la misma latitud. Am-

p. 14. Gabriel García Márquez ha mencionado los escritos de Humboldt como una de las fuentes de su visión "mágico-realista" de América del Sur.

FIGURA 25. *Arpillera, Perú, en la década de 1980. La obra retrata con un estilo folclórico la organización vertical en la vida agrícola andina: las manadas pastan en lo más alto de la sierra, donde la gente recolecta pastos y flores, en las altitudes medias se cultivan diversas especies de papas, mientras que en las llanuras crecen plátanos, naranjas y otras frutas tropicales. Por todas partes las llamas fungen como bestias de carga.*

bas representaciones muestran una suerte de cartografía atemporal; ambas parecen dirigidas a celebrar la plenitud, la diversidad y el detalle. La arpillera también comparte con el dibujo de Humboldt el uso de etiquetas de referencia (en una lengua europea) para identificar las papas y la sierra. Pero hay también notables diferencias entre las dos representaciones: la arpillera pinta un espacio social en el que pululan la gente y los animales domésticos, cuyas actividades contribuyen a la variedad en la misma medida que el

mundo vegetal. En cuanto a las etiquetas, señalan dos de los elementos más significativos de la cultura andina tradicional: la sierra (morada de los dioses) y la papa (el alimento básico). Mientras que las etiquetas de Humboldt son referenciales y específicas, los dos significantes de la arpillera son resbaladizos de un modo que es intrínseco a la comunicación transcultural: podría esperarse que resonasen de manera diferente para los públicos andino y metropolitano. Las personas no andinas, por ejemplo, podrían no saber que las deidades andinas residen en las cimas de las montañas, o que la papa tiene poderes curativos. Y en el caso de que lo "supieran", lo sabrían siempre como forasteros: conocerían estas cosas en lengua española, mientras que los nativos las conocerían en quechua o en aymara. Tomado de Europa, el recurso de las etiquetas parece, sin embargo, trabajar sobre líneas diferentes al objetivismo europeo.

Ahora bien, ¿hay una base histórica para relacionar la arpillera contemporánea con el dibujo de Humboldt de 1805? Fabricada para consumidores metropolitanos,[52] ¿presupone la arpillera la tradición occidental de una descripción paisajística objetivada y deshistorizada? ¿O propone tal vez una contraversión humanizada? ¿Propone una contraversión miniaturizada, "folclórica", que Occidente mismo ha encargado para complementar la tradición objetivada? Y por otra parte, ¿la interpretación vertical (Michael Taussig la llama "fantástica")[53] que hace Humboldt del Chimborazo tiene una dimensión andina? ¿Acaso los guías e intérpretes andi-

[52] El hecho de que la arpillera se originara en Perú como expresión artística o comercial para exportación la ubica, en mi opinión, fuera del ámbito de lo que la metrópoli llama "autenticidad". Es decir, no podría ser analizada como una expresión o autoexpresión andina "pura". Al hacer esta reflexión tengo plena conciencia de estar rozando importantes y arduas cuestiones vinculadas con la historia del arte y la antropología del arte.

[53] Michael Taussig, *Shamanism, Colonialism, and the Wild Man: A Study in Terror and Healing*, p. 305.

nos que lo llevaron hasta allí le transmitieron algo de su conocimiento del ecosistema y su reverencia por él?

En la década de 1960 los andinistas quedaron fascinados con lo que llamaron el "archipiélago vertical" de la producción agrícola andina tradicional. Se dieron cuenta de que las comunidades andinas abarcaban los complejos agro-ecológicos más intrincados que se conocen. Aquello ante lo que Humboldt se había maravillado en el mundo vegetal maravilló también a los antropólogos y a los agrónomos de la década de 1960 en el mundo socioecológico; y muchas veces como si ellos, también, lo hubieran "descubierto". ¿La mujer que fabricó la arpillera describe el archipiélago vertical como ella lo conoce, o como sabe que los agrónomos lo conocían, o bien lo describe yendo en contra de la manera en que sabe que los agrónomos lo conocían? ¿Está acaso esa mujer reproduciendo un mito nacional peruano? Producto de la zona de contacto, tal vez la arpillera haga aquello a lo que en la introducción llamé gesto autoetnográfico, transculturación de elementos de los discursos metropolitanos para crear autoafirmaciones destinadas a su recepción en la metrópoli. En tales representaciones autoetnográficas, los sujetos dominados retan a las construcciones que hace la metrópoli de aquellos a quienes domina. En esta "danza de los espejos", como la llama Taussig, la América de Humboldt sigue siendo uno de esos espejos.

VI. LA REINVENCIÓN DE AMÉRICA II: LA VANGUARDIA CAPITALISTA Y LAS "EXPLORATRICES SOCIALES"

Prolegómenos

Los historiadores de la región andina relatan que desde los tiempos de *sir* Walter Raleigh se ha mantenido entre la nobleza andina una predicción: que los ingleses llegarían a América del Sur para restaurar la dinastía inca.[1] Cuando esta profecía apareció impresa en 1723, en el prólogo a una nueva edición de *Los comentarios reales de los Incas*, del Inca Garcilaso de la Vega, el libro fue prohibido por las autoridades coloniales, debido a sus posibles efectos insurreccionales sobre las élites nativas. El hecho de que en el siglo XVIII un libro escrito en castellano (citando una profecía escrita en latín) pudiera ser considerado como una probable fuente de agitación de la nobleza inca en Cuzco indica no sólo hasta qué punto la élite nativa había mantenido una identidad como casta enemiga, sino también el alcance de su conexión con las instituciones culturales de los conquistadores. Más de 250 años después de la conquista, los miembros de esa élite se habían adaptado el gobierno español, formalizando matrimonios con miembros de familias españolas colonialistas y compartiendo los frutos de la explotación colonial. Al mismo tiempo, habían mantenido identidades y aspiraciones políticas independientes.

[1] John Rowe, "Movimiento nacional inca", *Revista Universitaria de Cuzco*, p. 12. Citado por Teresa Gisbert, *Iconografía y mitos indígenas en el arte*, p. 204.

Cuando por fin llegaron los ingleses, un siglo más tarde, la élite indígena ya no existía como formación social o fuerza política. Durante el siglo XVIII su poder había sido quebrado: primero, por la ola de represión que siguió a la rebelión de 1871, y después, por las fuerzas republicanas que triunfaron en la lucha por la independencia. Sin embargo, hasta el final de las guerras de independencia, el general independentista José de San Martín, legendariamente asociado por su madre con la nobleza indígena,* había luchado por la restauración de la monarquía incaica como el único camino posible a la independencia de España. Posteriormente, San Martín haría una breve aparición como fugitivo en el hogar de una viajera inglesa que sabía muy poco de la notable historia que estaba detrás de sus peculiares aspiraciones. Quizás ella nunca hubiera visto los retratos andinos de las 14 cabezas de la dinastía incaica (véase la figura 26), o las versiones más nuevas, en las que el mismo San Martín aparecía con vestimenta incaica.[2] Después de la independencia, la dinastía inca siguió siendo tema preferido de los pintores de Cuzco, y los cuadros en serie que la representaban llegaron a ser un *souvenir* muy popular entre los viajeros ingleses que finalmente llegaron con uno o dos siglos de retraso.

La vanguardia capitalista

Pisándole los talones a Humboldt, una multitud de viajeros europeos desembarcó en América del Sur. Hombres, mujeres, científicos, soldados, especuladores, a todos les resulta-

* Dato que contradice lo sostenido por la historiografía oficial, que siempre atribuyó un origen español a ambos padres. Gregoria Matorras, la madre, era oriunda de Castilla la Vieja. Véase, por ejemplo, Ricardo Rojas, *El santo de la espada.*

[2] Para un comentario detallado de esta tradición pictórica, véase Gisbert, *op. cit.*, p. 132.

ba fascinante estar allí. En 1825 W. B. Stevenson apenas si exageraba cuando afirmó, "sin la menor exageración", que aunque las tierras de América del Sur "fueron descubiertas en el siglo XVI, permanecieron casi desconocidas hasta comienzos del XIX".[3] Veinte años antes, John Mawe —quien, como él mismo lo expresa, fue "inducido a emprender un viaje de experimentación comercial, de escala limitada, al Río de la Plata"— había sido encarcelado inmediatamente después de su arribo, y sólo conoció el interior como prisionero.[4]

Hacia la década de 1820, las revoluciones sudamericanas, en las que Gran Bretaña y Francia fueron actores militar y económicamente destacados, se habían convertido en fuente de enorme interés para Europa, haciendo que, como dijo Stevenson, para los viajeros "dedicarse a escribir fuera un deber imperioso".[5] Por otra parte, eran precisamente las revoluciones lo que hacían posibles los viajes, y las oportunidades comerciales que abrían crearon un impulso que rivalizaba incluso con las pasiones científicas y estéticas de Humboldt. Como otros comentaristas han observado,[6] la ola de viajeros sudamericanos de las décadas de 1810 y 1820 estaba compuesta principalmente por británicos, quienes viajaban y escribían como exploradores avanzados del capital europeo. Ingenieros, mineralogistas, criadores, agróno-

[3] W. B. Stevenson, *An Historical and Descriptive Narrative of 20 Years Residence in South America*, vol. I, p. vii. Stevenson fue acusado de ser un espía inglés, lo que posiblemente era, y pasó varios meses de su visita en prisión.

[4] John Mawe, *Travels in the Interior of Brazil, particularly in the Gold and Diamond Districts...*, introducción. Mawe escribió también *The Linnean System of Conchology* (1823) y un tratado sobre piedras preciosas.

[5] Stevenson, *op. cit.*, vol. I, p. viii.

[6] Véase, por ejemplo, Jean Franco, "Un viaje poco romántico: Viajeros británicos hacia Sudamérica, 1818-1828", pp. 129-142; Noé Jitrik, *Los viajeros*; Michael J. Taussig, "On the Indian's Back: The Moral Topography of the Andes and its Conquest", *Shamanism, Colonialism and the Wild Man*; y Kristine L. Jones, "Nineteenth Century British Travel Accounts of Argentina", *Ethnohistory*, edición especial sobre literatura de viajes, etnografía y etnohistoria, pp. 195-211.

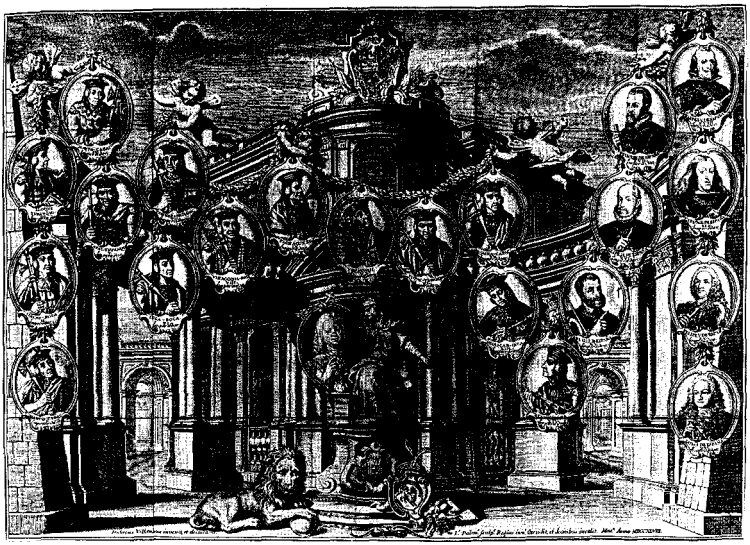


FIGURA 26. *La dinastía inca española. Tomado de Antonio y Jorge Juan de Ulloa,* Viaje en América meridional *(Madrid, Antonio Marín, 1748). Una versión muy estilizada y europeizada de una representación andina y tradicional de la dinastía inca. Se aprecian los retratos de los 14 incas en secuencia cronológica, de Manco Capac a Atahuallpa, seguidos por los retratos de ocho monarcas españoles que siguieron a la conquista. En ciertas versiones más tardías de la época de la independencia el último lugar lo ocupa Simón Bolívar o el mestizo general San Martín en atuendo inca (Gisbert, 1980).*

mos, militares, con frecuencia estos viajeros de comienzos del siglo XIX eran enviados al "nuevo continente" por compañías de inversionistas europeos, como expertos en la búsqueda de recursos explotables, contactos y contratos con las élites locales, información sobre potenciales emprendimientos, condiciones de trabajo de la mano de obra, transporte, posibilidades del mercado, etc. Excepto en "casos aislados", dice el historiador argentino Noé Jitrik,

> se sintieron impulsados a visitarnos debido a una fuerte curiosidad mercantil, instrumentos, a veces involuntarios [...] de la incansable expansión económica europea que, desde fines del siglo XVIII, y aun antes, combinó conocimiento con implantación, interés científico con necesidad de dominación concreta, humanismo con producción y mercados.[7]

Este capítulo trata de la reinvención de América que se produjo en los escritos de esos viajeros, y no en los de Alexander von Humboldt ni en los de los criollos mismos. Trata también del género, porque esta oleada de viajeros-escritores incluyó a algunas mujeres europeas, que figuran entre las primeras que fueron consideradas seriamente dentro de esta categoría.

Hacia fines del siglo XVIII los sectores comerciales de Gran Bretaña y Francia no escondían sus intenciones respecto de la América hispana. Gran Bretaña invadió sin éxito el virreinato del Río de la Plata en 1806 y en 1807, y por otra parte, siempre tuvo un gran interés en el desenlace de las luchas contra España. Tampoco las élites hispanoamericanas ocultaban sus expectativas de entablar relaciones provechosas con Europa del Norte. Los líderes criollos habían peregrinado regularmente a Londres y París en busca de apoyo para sus proyectos. Fue en ese contexto que Simón Bolívar conoció en 1808 a Alexander von Humboldt, por ejemplo. Cuando después de 1810 se desencadenaron realmente las revoluciones hispanoamericanas, hubo oficiales ingleses que, desempeñándose como mercenarios, demostraron tener gran influencia en las luchas militares contra España, como también en los conflictos internos que siguieron. Con ellos arribaron miles de soldados y marinos británicos. Una legión británica luchó a favor de Bolívar. Y no faltaron hombres de negocios europeos que, como John Miers y John

[7] Jitrik, *op. cit.*, p. 13.

Robertson en Chile, proporcionaran (no siempre de buen grado) permanente ayuda financiera para la causa republicana. De 1817 en adelante, un irlandés llamado Daniel O'Leary fue la mano derecha de Bolívar.

Hacia mediados de la década de 1820 se formaban en muchas capitales sudamericanas pequeñas comunidades de europeos expatriados, y se abrían de par en par las puertas a toda clase de aventuras económicas. La minería era una obsesión, especialmente para los inversionistas británicos durante las décadas de 1810 y 1820. El colapso del dominio español había dejado en ruinas buena parte de las minas más famosas de América; hacerlas revivir requería mucho capital y gran pericia tecnológica, y las colonias carecían de ambas cosas. Entonces llegaron gustosos los extranjeros; de la noche a la mañana florecieron en la Bolsa de Londres compañías de inversión en minería, dispuestas a hacerse ricas rápidamente. En una carta escrita en 1826, Simón Bolívar reafirmó las grandes esperanzas que había depositado en Gran Bretaña, "esa señora del universo". "Si podemos procurar una alianza con ella —le escribía a su aliado, el general Santander—, tenga la certeza de que nuestra felicidad futura está asegurada."[8]

No lo estaba, y tampoco la de los inversionistas británicos, al menos no en el corto plazo. En las nuevas repúblicas, destrozadas y empobrecidas por años de guerra y descuido, las dificultades logísticas y tecnológicas del comercio y la industria resultaron ser mucho mayores que lo previsto. Muchos relatos de viajes bien conocidos del periodo, como el de Francis Bond Head, *Rough Notes of some Journeys across the Pampas and in the Andes* (1826) y el de Joseph Andrews, *Journey from Buenos Ayres to Chili* (1827), fueron escritos por enviados de las asociaciones mineras británi-

[8] Simón Bolívar, carta a Santander, 1826, citada en John Lynch, *The Spanish American Revolutions 1800-1826*, p. 343.

cas, mandados a investigar las razones del fracaso de sus prematuras esperanzas. En efecto, hacia 1830, con excepción de la industria del empréstito y la industria ganadera argentina, el inicial auge de las inversiones británicas estaba en franco retroceso. La penetración económica europea habría de recuperar con creces su impulso en la segunda mitad del siglo. Desde fines de la década de 1850 en adelante, fluyó hacia América del Sur capital europeo y particularmente británico, en forma de préstamos para construir ferrocarriles y carreteras, modernizar puertos y minas y desarrollar nuevas industrias, como la de los nitratos en el Perú y la producción de granos en Argentina y Chile. Hacia 1890 diversos países, incluyendo a los tres mencionados, habían generado una total dependencia económica de Gran Bretaña, o más bien de los inversores de la Bolsa británica.

Esta trayectoria neocolonial es representada y dada por sentada por muchos viajeros-escritores que visitaron Hispanoamérica después de la independencia. Yo los llamo "la vanguardia capitalista". Lejos de mistificar los designios expansionistas europeos, la vanguardia capitalista tendió a tematizarlos; en realidad, a consagrarlos. Joseph Andrews dedicó su *Travels* de 1827 al ministro de Hacienda británico, "por el talento político y la visión de futuro que abrieron para Gran Bretaña las grandes ventajas comerciales de las naciones sudamericanas recientemente emancipadas";[9] W. B. Stevenson dedicó su relato de viajes al mercenario inglés *lord* Cochrane, "por los importantes servicios prestados a la Emancipación Sudamericana y a los intereses comerciales de Gran Bretaña".[10]

Hubo en particular un itinerario que se convirtió en paradigma heroico canónico para la travesía del hombre inglés por Sudamérica: desembarcar en el puerto de Buenos

[9] Capitán Joseph Andrews, *Journey from Buenos Ayres... to Santiago de Chili and Coquimbo in the years 1825-1826*, p. i.

[10] Stevenson, *op. cit.*, vol. I, p. i.

Aires, seguir por tierra a través de las pampas argentinas, cruzar la Cordillera de los Andes y, del otro lado, visitar las capitales de Chile y Perú, de donde finalmente volvería a Europa en barco. Era una senda antigua, en gran parte construida sobre las vías incaicas y preincaicas. Ese camino había sido muy transitado durante el periodo del gobierno colonial español, cuando las restricciones impuestas por España impedían la comunicación directa entre ese país y Buenos Aires. Las mercaderías y las cartas dirigidas a la Argentina tenían que ser enviadas a Lima y luego transportadas por tierra hacia las regiones sudorientales del continente. Este penoso recorrido terrestre desde Lima a Buenos Aires constituye el tema del más famoso libro de viajes escrito dentro de la América española colonial, irónicamente titulado *Lazarillo de ciegos caminantes* (1771). En un proyecto nuevo pero igualmente imperial, la vanguardia capitalista hacía el mismo viaje a la inversa, apoyándose en la misma infraestructura que habían usado los españoles. Después de la independencia, Buenos Aires y sus alrededores rápidamente superaron a Lima como punto de entrada y centro de la actividad empresaria trasatlántica, que después fluyó hacia el oeste, tal como lo estaba haciendo en Norteamérica.

A diferencia de los exploradores y naturalistas, estos viajeros de la década de 1820 no describían realidades que dieran por nuevas; no se presentaban como descubridores de un mundo primigenio; los trozos de naturaleza que recogían eran muestras de materias primas, no muestras del designio cósmico de la Naturaleza. En sus escritos, la contemplativa y estetizante retórica del descubrimiento es frecuentemente remplazada por una retórica de conquista y logros orientada hacia objetivos determinados. En muchos aspectos, el itinerario mismo se convierte en ocasión propicia para elaborar un buen relato, en el cual el viaje es un triunfo por derecho propio. Se conquistaban emplazamientos, no reinos; no se superaban problemas militares sino logísticos.

Los viajeros libran una desigual batalla contra la escasez, la ineficiencia, la pereza, las incomodidades, los malos caballos y los pésimos caminos, el mal tiempo, las demoras. En efecto, en esta literatura la sociedad hispanoamericana es codificada como un conjunto de obstáculos logísticos para el avance de los europeos. Las cuestiones de este tipo rara vez fueron tema para Humboldt, y mucho menos adquirieron dimensiones heroicas; pero para la vanguardia capitalista, llegaron a ser en ocasiones una suerte de obsesión, la del viaje como alegoría del ansia de progreso. Abundan, por ejemplo, los registros temporales, como en John Miers:

> Pasados 13 días, sólo habíamos recorrido 180 leguas, un promedio de 14 leguas diarias, en vez de las 25 que habíamos esperado hacer. Una vez que entramos de lleno en la ruta del correo, ya no me sentí dispuesto a admitir tan fácilmente las excusas por las demoras que los peones presentaban constantemente.[11]

El señor Miers estaba muy apurado, lo que era comprensible, porque cruzaba los Andes acompañado por su esposa, que estaba a punto de dar a luz. Y dio a luz, sobre el suelo de un puesto de correos; y se hizo famosa, como Mme. Godin, por un relato que nunca escribió.

Como era de esperar, la naturaleza virgen tenía bastante menos interés para estos aventureros económicos que el que había tenido para Humboldt y sus discípulos. Y sin duda no poseía ni una pizca del valor estético intrínseco que Humboldt le asignaba. Como Jean Franco lo analizó, estos viajeros-escritores solían adoptar en sus escritos una postura conscientemente antiesteticista, introduciendo una retórica pragmática y economicista que no compartía ni el este-

[11] John Miers, *Travels in Chile and La Plata*, vol. I, p. 91. Miers fue también autor de un tratado de botánica.

ticismo ni la tolerancia de Humboldt y sus seguidores más refinados. En 1815 John Mawe se confesó totalmente incapaz de describir el "silvestre y romántico" paisaje de las vastas llanuras de la zona del Plata, y se conformó con proferir el siguiente comentario: "¡Qué escenario para un agricultor emprendedor! Actualmente todo está abandonado".[12] En agudo contraste con la visión de Humboldt, en esta literatura la naturaleza no explotada es vista como molesta o fea, y su estado primigenio mismo indica una falta de espíritu emprendedor. El abandono se convirtió en la piedra de toque de una estética negativa que legitimaba el intervencionismo europeo.[13] Probablemente influido por las descripciones estéticas de Humboldt, en 1825 Robert Proctor expresó su decepción ante la vista que contempló desde la Cordillera de los Andes, codificándola claramente en términos de dinero y dominio:

> Aun aceptando cierta exageración poética, yo resueltamente pensé, basándome en los relatos de otros viajeros, que desde aquí mi vista se extendería hasta divisar Chile, país considerado el más rico del planeta, extendido a nuestros pies como un mapa, recompensando así nuestras fatigas con la grandiosidad y exuberancia de sus posibilidades.[14]

Tenía, en cambio, frente a sí "enormes montañas negras, que se amontonaban sin orden alguno y parecían más áridas

[12] Mawe, *Travels, op. cit.*, p. 121.

[13] Esta estética negativa no nació con la vanguardia capitalista. Se le encuentra, por ejemplo, en los escritos de comentaristas españoles del siglo XVIII, especialmente los críticos de la política colonial. Entre ellos se destacaron los antiguos compañeros de La Condamine, Antonio de Ulloa y Jorge Juan, quienes además de sus escritos públicos habían producido una crítica privada, las *Noticias secretas de América*. Este trabajo se conoció en lengua inglesa recién en 1807 y causó sensación.

[14] Robert Proctor, *Narrative of a Journey Across the Cordillera of the Andes and of a Residence in Lima*, p. 79.

y salvajes que las que ya habíamos atravesado". Y en 1828 Charles Brand encontró que la pampa argentina era "árida e inhóspita", pero el espectáculo del trabajo de los indígenas le proporcionó satisfacción estética. "Fue hermoso —comenta en una ocasión en que dos caravanas de mulas se encontraron en un sendero— ver cómo los peones mantenían su propia tropilla separada de la otra."[15] En cuanto a Charles Cochrane, que se encontraba en Colombia investigando el potencial de las minas y la pesca de perlas, describió el paisaje americano como una máquina dormida que esperaba ser puesta en acción:

> En este país existen todas las facilidades para el espíritu de empresa, y todo augura éxito: sólo hace falta que el hombre ponga en acción la maquinaria, que ahora está inactiva pero que, con capital y diligencia, rendiría algún provecho y hasta, en última instancia, riquezas.[16]

Evidentemente, en este texto la palabra "hombre" no se refiere a los habitantes de la región en ese momento. Para el francés Gaspar Mollien (*Travels in the Republic of Colombia*, 1824), la naturaleza primigenia era aburrida o indescifrable. En el pasaje que sigue, se textualiza el bosque como un sitio no de densidad sino de ausencia de significación. La belleza se encuentra, en cambio, en paisajes domesticados, parecidos a los de su Francia natal:

> Después de atravesar un bosque muy espeso, seguimos subiendo constantemente, hasta que arribamos a un sitio desde el cual surgió ante nuestros ojos una vista verdaderamente magnífica: la provincia de Maraquita yacía íntegra ante nos-

[15] Teniente Charles Brand, *Journal of a Voyage to Peru: A Passage Across the Cordillera of the Andes in the Winter of 1827...*, p. 57.

[16] Capitán Charles Stuart Cochrane, *Journal of a Residence and Travels in Colombia during the years 1823 and 1824*, vol. I, p. vii.

> otros. Desde el lugar en que nos encontrábamos, sus montañas parecían insignificantes montículos, pero podíamos divisar las blancas casas de Maraquita. Mucho más cerca de nosotros se extendía el pueblo de Honda, cuyas murallas baña el río Magdalena, cuyas verdeantes riberas otorgan peculiar belleza al paisaje circundante. Podríamos haber supuesto que era el Sena atravesando las fértiles praderas de la Normandía. Esta hermosa visión se desvaneció muy pronto, sin embargo, cuando volví a internarme en el bosque.[17]

La descripción termina, no empieza, con la selva primigenia. El exotismo, el punto de vista del espectador y la actitud estetizante de Humboldt y sus seguidores han desaparecido totalmente. A veces los trabajos de Humboldt fueron blanco de críticas específicas. Stevenson dice de ellos que son "excesivamente científicos y contienen demasiado pocos detalles como para que resulten aptos para una consulta general".[18] (Al parecer, los detalles que faltan en Humboldt son los logísticos que informen a los potenciales visitantes sobre cuestiones prácticas.) En los escritos de la vanguardia capitalista lo edénico y pastoril es remplazado por una visión modernizante y codiciosa, muy bien ejemplificada por un tropo que podríamos llamar "ensueño industrial". He aquí la visión que en 1827 tuvo de los Andes un ingeniero de minas:

> Contemplando la cadena más próxima y sus altas cumbres, Don Thomas y yo levantamos castillos de aire en sus monumentales laderas. Excavamos ricas vetas de mineral, construimos hornos de fundición, vimos en nuestra imaginación una multitud de trabajadores moviéndose como atareados insectos a lo largo de las elevaciones, y entonces soñamos que

[17] Gaspar Mollien, *Travels in the Republic of Colombia in the years 1822-1823*, p. 57.

[18] Stevenson, *op. cit.*, vol. I, p. i.

> aquella agreste y vasta región estaba poblada por las energías de británicos llegados desde una distancia de nueve o diez mil millas.[19]

La sociedad hispanoamericana ocupaba sólo los márgenes de los escritos de viaje de Humboldt, pero era parte importante de la versión de América ofrecida por la vanguardia capitalista. Con frecuencia, las élites son elogiadas por su hospitalidad, su forma aristocrática de vida y su valoración de los europeos. Sin embargo, la sociedad hispanoamericana en su conjunto es permanentemente acusada de atraso, indolencia y, sobre todo, de "incapacidad" para explotar los recursos naturales. La antiestética del abandono se aplica al mundo social americano tanto como a su paisaje. "Si bien la naturaleza ha sido pródiga en bendiciones —dijo John Mawe— los habitantes se han mostrado negligentes para mejorarla."[20] Mollien señala: "Gran parte de las tierras están sin cultivar; sin embargo, podrían producir buenas cosechas si los habitantes fueran menos indiferentes. No hay estímulo que los haga salir de sus indolentes hábitos y de su rutina habitual".[21] Según John Miers, "la gente de las aldeas, aunque viven en el más fértil de los terrenos y no tienen nada que hacer, jamás cultivan ni una pequeña parcela".[22] El paradigma extractivo y maximizador del capitalismo se da por sentado, y las formas de vida de subsistencia y no acumulativas permanecen en la oscuridad y el misterio.

En esta literatura los fracasos de la vida económica hispanoamericana no son diagnosticados simplemente como el negarse a trabajar, sino también, más específicamente, como la incapacidad de racionalizar, especializar y maximizar la producción. Los visitantes europeos expresaron cons-

[19] Joseph Andrews, citado por Franco, *op. cit.*, p. 133.
[20] Mawe, *Travels, op. cit.*, p. 32.
[21] Mollien, *op. cit.*, p. 89.
[22] Miers, *op. cit.*, pp. 30 y *passim*.

tantemente su desaliento ante la falta de cerramientos y cercos; la indiferencia ante la separación de cosecha y cizaña; la falta de interés en la diversificación de las cosechas; el fracaso (particularmente irritante para John Mawe) en el intento de "preservar la raza" de perros, caballos y hasta de sí mismos, los nativos. Con idéntico vigor se critica a los criollos (es decir, los euroamericanos), especialmente los de las regiones del interior, por no desarrollar hábitos modernos de consumo. Si bien se expresaba con frecuencia cierto entusiasmo por lo pintoresco de la sociedad provinciana, un viajero perturbado tras otro se quejaban de la indiferencia criolla ante las virtudes del confort, la eficiencia, la pulcritud, la variedad y el buen gusto. Estas críticas son particularmente reveladoras en Argentina, donde "el interior", es decir, la parte del país más próxima a la capital virreinal del Perú, era la zona más desarrollada —y no la más atrasada— de la región. Por lo tanto, la crítica a la sociedad provinciana argentina no estaba dirigida sólo a la vida de subsistencia del gaucho, sino también a la cultura tradicional, basada en la hacienda, de la élite colonial. John Mawe se declaró incapaz de concebir, y mucho menos tolerar, una sociedad cuyos miembros, aun los más privilegiados, preferían vivir con base en una dieta de carne de vaca y mate. El interior colonial genera una letanía de quejas. El alojamiento es desagradablemente tosco y vulgar; los caballos, difíciles de conseguir; las demoras, insoportablemente largas. Igualmente terrorífica es la costumbre de compartir los cubiertos, las cacerolas, las copas y las camas. Los empleados son perezosos, taimados, deshonestos. Como en África, los "malos hábitos" de la población son motivo de comentario constante. Y es en este poco presentable contexto donde las mujeres americanas hacen más a menudo sus escasas apariciones. Al llegar a Lima Charles Brand es sólo uno de los muchos viajeros que declaran su repugnancia por las mujeres limeñas, que son "descuidadas y sucias", "fuman cigarros" y

Padre	*Madre*	*Hijo*	*Color*
Europeo	Europea	Criollo	Blanco
Criollo	Criolla	Criollo	Blanco
Blanco	India	Mestizo	6/8 blanco, 2/8 indio (de piel clara)
Indio	Blanca	Mestizo	4/8 blanco, 4/8 indio
Blanco	Mestiza	Criollo	Blanco (a menudo muy claro)
Mestizo	Blanca	Criollo	Blanco (un tanto cetrino)
Mestizo	Mestiza	Criollo	Cetrino (a menudo de pelo claro)
Blanco	Negra	Mulato	7/8 blanco, 1/8 negro (a menudo claro)
Negro	Blanca	Zambo	4/8 blanco, 4/8 negro (cobrizo oscuro)
Blanco	Mulata	Cuarterón	6/8 blanco, 2/8 negro (de piel clara)
Mulato	Blanca	Mulato	5/8 blanco, 3/8 negro (bronceado)
Blanco	Cuarterona	Quinterón	7/8 blanco, 1/8 negro (de piel muy clara)
Cuarterón	Blanca	Cuarterón	6/8 blanco, 2/8 negro (bronceado)
Blanco	Quinterona	Criollo	Blanco (de ojos y pelo claros)
Negro	India	Chino	4/8 negro, 4/8 indio
Indio	Negra	Chino	2/8 negro, 6/8 indio
Negro	Mulata	Zambo	5/8 negro, 3/8 blanco
Mulato	Negra	Zambo	4/8 negro, 4/8 blanco
Negro	Zamba	Zambo	15/16 negro, 1/16 blanco (de piel oscura)
Zambo	Negra	Zambo	7/8 negro, 1/8 blanco
Negro	China	Zambo-chino	15/16 negro, 1/16 indio
Chino	Negra	Zambo-chino	7/8 negro, 1/8 indio
Negro	Negra	Negro	

FIGURA 27. *Tabla tomada de la obra de W. B. Stevenson,* Narrative of Twenty Years' Residence in South America *[Narrativa de veinte años de residencia en América del sur] (1825) que representa "la mezcla de diferentes castas, bajo sus nombres comunes o distintivos". A pesar de su detalle, Stevenson advirtió que la tabla "debe ser considerada general, y no incluye casos particulares". "He clasificado los colores –añadió– de acuerdo con su apariencia y no según la mezcla de castas, porque siempre he recalcado que un niño recibe más el color de su padre que el de su madre" (vol. 1, p. 286).*

"no usan corsé".[23] (Véase más adelante la descripción absolutamente diferente que hace Flora Tristán de las mujeres de Lima.) John Miers tuvo una impresión similar en las pampas argentinas: "Son tales los repugnantes hábitos de estas gentes, que nadie piensa siquiera en lavarse la cara, y son muy pocos los que lavan y reparan su vestimenta: una vez que se ponen la ropa, la usan día y noche, hasta que se pudre".[24]

Esta letanía de críticas se basa, por supuesto, en la más cruda hipocresía, porque es el supuesto atraso de América el que legitima las intervenciones de la vanguardia capitalista. Ideológicamente, la tarea de la vanguardia consiste en reinventar América como atrasada y descuidada, codificar sus paisajes y sociedades no capitalistas como evidentemente necesitados de la explotación racionalizada que llegaba con los europeos. Los estudiosos del discurso colonial reconocerán aquí el lenguaje de la misión civilizadora, mediante el cual los noreuropeos presentan a los otros pueblos como (para ellos) "nativos", seres incompletos que son inhábiles para llegar a ser lo que los europeos ya son, o para convertirse en lo que los europeos pretendían que se convirtieran. Así fue como la vanguardia capitalista se leyó a sí misma, en el futuro de aquellos a quienes pensaba explotar, como una suerte de evento moral e históricamente inevitable.

Tal vez a los lectores acostumbrados a pensar sobre la misión civilizadora con respecto a África les sorprenda encontrar el mismo lenguaje aplicado a los pueblos poscoloniales de la América española: desde hacendados, traficantes, pequeños comerciantes y otros individuos decididamente no tribales, hasta toda una gama de sociedades indígenas con 300 años de experiencia en la negociación de su vida bajo el dominio del eurocolonialismo. Así se comporta, sin embargo, la inmensa flexibilidad de esta retórica de la des-

[23] Brand, *op. cit.*, p. 182.
[24] Miers, *op. cit.*, p. 31.

igualdad, normalizadora y homogeneizadora. Ella afirma su poder sobre toda persona o lugar cuya vida haya sido organizada según principios diferentes de los mecanismos racionalizadores y maximizadores de la producción industrial y la manipulación del capitalismo mercantilista.[25] Esta flexibilidad tolera todas las contradicciones. En Hispanoamérica, como en cualquier otra parte, los juicios de indolencia eran totalmente compatibles con las formas de servidumbre basadas en el trabajo intensivo que los viajeros veían con sus propios ojos. Por otra parte, la infraestructura humana que hacía posible sus propios viajes requería ejércitos de arrieros y peones, para no hablar de los famosos "silleteros" andinos que transportaban a los europeos en su espalda a través de la Cordillera (véase la figura 28).[26] La mayoría de los viajeros que se internaron en la Cordillera de los Andes vieron espectáculos como el de los mineros indígenas que llevaban una vida de indecible sufrimiento, con sentencia de muerte en las heladas minas de plata, envenenadas por el mercurio. Pero tal contraevidencia planteaba pocos problemas al ojo imperial esencializador. Bastaba con ver a una persona descansando para dar fe, si uno quería hacerlo, de su ociosidad. Bastaba con ver algo de suciedad para declarar que la gente era sucia. Este poder discursivo esencializador es impermeable a todo, al menos hasta que los que son vistos también son escuchados.

En esta literatura las contradicciones salen a la superficie de vez en cuando. John Miers por lo menos se sintió levemente sorprendido de que los habitantes de las pampas, que parecían tan indolentes, fueran, "sin embargo, saludables, robustos, musculosos y atléticos".[27] A Charles Brand

[25] Este discurso regía también dentro de Europa, aplicado por los metropolitanos a las periferias rurales y campesinas.

[26] Para leer una encendida diatriba de esta práctica y otros aspectos de esta literatura, véase Michael Taussig, *op. cit.*

[27] Miers, *op. cit.*, p. 32.

le causó admiración la libertad e igualdad de la sociedad pampeana: "Como viven tan libres e independientes como el viento, no pueden ni quieren reconocer la superioridad de ningún otro mortal". Pero también le pareció "raro" que estos individuos tan libres decidieran libremente ser "tan sucios e indolentes; particularmente las mujeres [...] son asquerosamente sucias. De confort, no tienen ni la menor idea [...]".[28] Otros escritores, como Robert Proctor, tenían más amplitud de miras. Y Francis Bond Head, en un relato dramático y bastante popular, escribió de otro modo. En su romántico *Rough Notes taken during Some Rapid Journeys across the Pampas and among the Andes* (1826), Head invirtió agresivamente los signos de valor de sus compatriotas. En su relato del canónico viaje de Buenos Aires a Chile, expresó un ferviente e indeclinable entusiasmo por la libre vida de las pampas, que, de hecho, idealizó bastante. Idealizó también su ecología, pues sostuvo que, en estado natural, la pampa producía una rotación natural de cosechas y que en su suelo no crecía la cizaña. Head denunció ruidosamente los malos tratos de que eran objeto los indígenas de las pampas. La feroz explotación de los mineros andinos le inspiró profundo horror: "Ningún sentimiento excepto la codicia podría llevar a aprobar el establecimiento de una gran cantidad de seres humanos" en un sitio tan desolado.[29] Sin embargo, las expresiones de Head están llenas de una deliberada ingenuidad: se asombra de que los mineros "sigan llevando voluntariamente una vida tan dura", cuando podrían simplemente irse a las pampas.[30] Aun así, su relato se destaca entre los de los emisarios comerciales por su punto de vista crítico sobre el euroexpansionismo y su perspectiva relativizante de la cultura.

[28] Brand, *op. cit.*, p. 74.

[29] Capitán F. B. Head, *Rough Notes taken during Some Rapid Journeys across the Pampas and among the Andes*, p. 224.

[30] *Ibidem*, p. 228

Las formas de vida basadas en la subsistencia, los sistemas de intercambio no monetarios y las economías regionales autosuficientes son un insulto para el capitalismo expansivo, que trata de destruirlas dondequiera que las encuentre. El meollo del discurso de la vanguardia capitalista era claro: América debía ser transformada en un escenario de trabajo y eficiencia; su población colonial debía dejar de ser una amorfa y venal masa indolente, carente de ambición, jerarquía, buen gusto y dinero, para convertirse en mano de obra asalariada y en mercado para los bienes de consumo metropolitanos. Estas aspiraciones eran ampliamente compartidas por los criollos hispanoamericanos urbanos y liberales, que querían conseguir la supremacía política e ideológica después de la independencia. Y sin embargo, aunque no parecen haber objetado el discurso de la vanguardia capitalista, no lo adoptaron totalmente como propio. Como analizaré en el siguiente capítulo, precisamente porque estos criollos no eran la vanguardia capitalista sino sus anfitriones, expresaron por otros medios sus aspiraciones republicanas y modernizadoras.

Las "exploratrices sociales"

Aunque con bastante frecuencia estuvieron acompañados por mujeres, los vanguardistas capitalistas se inscribieron en un mundo heroico y totalmente masculino. Esa supremacía del género se advierte claramente cuando se examinan los escritos de las mujeres viajeras del mismo periodo: esas mujeres con quienes los vanguardistas *no* estuvieron.

La efigie de Flora Tristán fue quemada en Lima y Arequipa cuando su libro de viajes, *Peregrinaciones de una paria*, llegó a Perú desde París, en 1838. Al menos algunos miembros de las clases altas peruanas no se sintieron adulados por el retrato que ella pintó después de haber vivido entre ellos

FIGURA 28. *Un silletero andino carga a un europeo sobre su espalda a través de la cordillera. De no ser por la lluvia, el pasajero probablemente habría sido representado leyendo un libro, pues ésta era la forma más recomendable de pasar el rato durante el paseo.*

durante un año, entre 1833 y 1834. Y probablemente aún menos personas apreciaron el sermón que dio en el prólogo acerca de cómo debían manejar los asuntos de su país. Radicalizada y respaldada por su experiencia peruana, Tristán llegó a ser una de las más prominentes socialistas premarxistas de Francia (fue fundadora de la Unión Obrera). Años después su hija Alina, joven y viuda, habría de regresar al Perú con su hijo llamado Paul Gauguin, quien, como su extraordinaria abuela, se haría famoso en la zona de contacto.

Flora Tristán es una de las dos mujeres que escribieron

importantes relatos de viajes por la América del Sur en las décadas posteriores a la independencia. En la segunda parte de este capítulo me ocupo de los escritos de Tristán y de los de la viajera inglesa Maria Graham Callcott (*Voyage to Brazil* y *Journal of a Residence in Chile,* 1824). Estos textos, fascinantes por derecho propio, ofrecen interesantes comparaciones con los de la vanguardia capitalista y esbozan el perfil de la literatura de viajes escrita por mujeres burguesas, que empezaba a consolidarse en la primera mitad del siglo XIX. Esa literatura constituye otra cara de lo que he llamado "la reinvención de América".

La madre de Flora Tristán era una francesa casada con un aristócrata peruano, hijo de la rica familia Tristán[31] de Arequipa. Flora creció en Francia, en una casa frecuentada por destacados hispanoamericanos, entre ellos Simón Bolívar.[32] La temprana muerte de su padre, que no dejó testamento, arrojó bruscamente a Flora y a su madre a la miseria. Tristán empezó a trabajar como colorista en un taller de litografía y poco después se casó con el grabador y dueño del taller, como una manera de escapar de los agobios. El matrimonio fue desastroso. Hacia los 25 años de edad Flora tenía tres hijos (de los cuales sólo sobrevivieron dos), se había separado de su marido y estaba ya embarcada en lo que sería una larga y encarnizada batalla contra él por la custodia de los hijos. (Por último, en un episodio que tuvo ribetes de escándalo público, el ex marido de Flora le disparó a quemarropa por la espalda. Ella sobrevivió y él fue a prisión

[31] Flora Tristán nació y se crió en Francia, por lo que escribía su apellido siguiendo la norma francesa en vez de la española, que exige acento. Su familia peruana adoptó la regla de nuestra lengua, al igual que se hizo al ponerle su nombre al centro de Lima.

[32] Aimé Bonpland fue también un amigo de la familia. En cuanto a la relación con Bolívar, fue lo suficientemente conocida como para llevar a la sospecha de que él fue el padre biológico de Flora Tristán. Evidentemente, se sintió la necesidad de encontrar una explicación genética para sus actividades revolucionarias...

por muchos años.) Esta brutal historia conyugal y el hecho de que por ser mujer perdiera las propiedades y la posición social que debería haber heredado de su padre, sustentaron sin duda el compromiso que Tristán asumió con el feminismo y la justicia económica a lo largo de toda su vida.

Después de ocho años de luchar por mantenerse y mantener a sus hijos, Tristán tomó la desesperada decisión de viajar al Perú, con la esperanza de reclamar algo de la herencia de su padre y lograr así por fin cierta independencia económica. Se embarcó el día en que cumplía 30 años. Sus parientes peruanos la recibieron afectuosamente, según ella misma lo relató después, pero el patriarca reinante, el conocido monarquista Pío Tristán, se aprovechó de ciertos aspectos legales para negarle a Flora una participación de la herencia (le prometió, en cambio, darle una pequeña asignación).[33] Flora no ocultó su desolación ante la negativa. No obstante, se quedó en Perú con sus parientes más de un año. Fue allí y durante ese periodo que ella experimentó el despertar político que habría de lanzarla de lleno al activismo a su regreso a Francia, en 1834.

Tristán pasó los restantes 10 años de su vida escribiendo y militando, en Francia e Inglaterra, por los derechos de los obreros, "la total emancipación de las mujeres y la pacífica reorganización de la sociedad sobre bases cooperativas".[34] Bajo la apariencia de relatos de viajes, escribió críticas a la situación social en Inglaterra (*Promenades dans Londres*, 1840) [Paseos por Londres] y en Francia (*Viajes por*

[33] El detalle legal técnico fue que los padres de Flora se habían casado en España pero no habían registrado legalmente el matrimonio en Francia. La familia había participado siempre en los asuntos coloniales de Perú. Como Tristán misma lo relata, su tío, Pío Tristán, quien había heredado el liderazgo de la familia a la muerte de la abuela de Flora en 1831, tenía una larga carrera en el ejército español y había sido gobernador de Cuzco. Cuando Flora lo conoció estaba considerando postularse para la presidencia del Perú.

[34] Flora Tristán, *Peregrinations of a Pariah, 1833-1834*, p. xiii.

Francia, inédito hasta 1977), además de una novela, *Mephis, el proletario* (1838) y numerosos ensayos. En 1843 publicó la obra por la que más se le conoce, *Union ouvrière* [*Workers' Union; La unión obrera*], un manifiesto social y político dirigido a unificar a los obreros franceses, hombres y mujeres, en una sola corporación de trabajadores que habría de lograr la igualdad y la justicia para la clase obrera produciendo así, en última instancia, una transformación pacífica de la sociedad francesa. Para Tristán, como para otros pensadores socialistas de la época, la emancipación total de las mujeres era el requisito previo para lograr todo lo demás. Al año siguiente de la publicación de *La unión obrera* Tristán literalmente trabajó hasta morir por su causa: emprendió una gira por las ciudades industriales francesas, haciendo conocer la *Unión* y sus ideas en reuniones de trabajadores. Perseguida por las autoridades, estaba posiblemente a punto de conseguir iniciar el movimiento de masas no violento que anhelaba cuando enfermó de fiebre tifoidea y murió a fines de 1844. Tristán fue rápidamente olvidada en Europa hasta que el movimiento feminista revivió su recuerdo después de la primera Guerra Mundial y, una vez más, en la década de 1970. En Perú su historia volvió a tener relevancia en la década de 1870, cuando la feminista boliviana Carolina Freyre de Jaimes exhortó a su reinvindicación. En la década de 1930 la dirigente socialista peruana Magda Portal también volvió a celebrar la memoria de Flora Tristán en una biografía donde la saludaba como precursora del feminismo socialista. Hoy su nombre identifica una de las instituciones feministas más influyentes de Perú, el Centro Flora Tristán, en Lima.

El libro de Maria Graham Callcott, *Journal of a Residence in Chile during the year 1822* [Diario de una estancia en Chile en el año 1822], es más fácil de encontrar en español que en inglés. Desde que la traducción española apareció en 1902, el relato de Graham ha sido muy valorado en Hispanoamérica como una fuente testimonial aguda y benévola

sobre la sociedad y la política chilenas en el periodo de la independencia. Nacida en 1785, Graham tenía poco menos de 40 años cuando se embarcó hacia América del Sur en compañía de su marido, Thomas Graham, un capitán de la armada británica encargado de ayudar en la guerra contra España. Graham partió casada y llegó viuda, porque su esposo murió en sus brazos cuando rodeaban el Cabo de Hornos. Rechazando una oportunidad de volver directamente a Inglaterra, se quedó en Chile un año (1822-1823) bajo la protección de *lord* Thomas Cochrane, un conocido mercenario británico comprometido con la causa independentista. En 1823, posiblemente siguiendo las actividades de Cochrane, Graham se trasladó a Rio de Janeiro, donde se vinculó con la corte portuguesa (que se había instalado en Brasil después de que Napoleón invadiera Portugal). Trabajó brevemente como institutriz para la familia real portuguesa y después regresó a Inglaterra, en 1824.

En la época de su viaje a América del Sur, Maria Graham era ya una experimentada viajera, escritora de viajes y observadora política. Nacida en una familia de marinos, se educó bajo la dirección de una gobernante "sumamente ilustrada", y con poco más de 20 años de edad viajó a la India acompañando a su padre (que también debió de haber sido bastante "ilustrado").[35] Su segundo viaje a ese país con su esposo, en 1810-1811, resultó en su primer libro de viajes, *Journal of a Residence in India* (1812) [Diario de una estancia en la India]; luego publicó *Letters from India* (1814) [Cartas desde la India], seguido en 1820 por *Three Months in the Hills of Rome* [Tres meses en las colinas de Roma]. Aunque el libro no lo dice, fue Graham quien revisó y compiló diarios íntimos y notas escritas por "oficiales y otros caballeros" para producir el *Voyage of HMS Blonde to the*

[35] José Valenzuela D., introducción del traductor a Maria Graham, *Diario de mi residencia en Chile en 1822*, p. 18.

Sandwich Islands (1826), el relato de la expedición de *lord* Byron a los Mares del Sur en 1824-1825. Después de sus viajes americanos tradujo algunas memorias políticas, publicó una *Historia de España* (1829) y una *Historia de la pintura* (1836) y llegó a ser muy conocida como autora de libros para niños.[36]

Graham y Tristán murieron con dos años de diferencia (1842 y 1844, respectivamente). Aunque sus viajes sudamericanos estuvieron separados en el tiempo por una década y geográficamente por la (tan discutida) frontera entre Chile y Perú, ambas fueron testigos embelesadas y astutas de las luchas por la independencia en América del Sur y de los disturbios políticos y militares que siguieron. Saliendo de los estereotipos, los dramas políticos de Hispanoamérica aparecen mucho más cabalmente en los escritos de estas viajeras que en los de los viajeros de la vanguardia capitalista o los discípulos de Humboldt. Ése es uno de los muchos interesantes puntos de contraste entre ellas y sus pares hombres.

Según he sugerido, al estructurar sus libros de viajes los vanguardistas capitalistas se apoyaban en la trama lineal y pragmática que era propia de la narrativa de la conquista. En los relatos de Graham y Tristán no es así, aunque bien podría haberlo sido. Estos textos se organizan de manera centrípeta alrededor de los lugares de residencia de donde la protagonista parte y a los cuales regresa. Ambas mujeres inician sus relatos cuando se instalan en un centro urbano (Graham en Valparaíso y Tristán en Arequipa). Aunque las dos hacen extensos viajes hacia el interior del país o a través de él hacia otras ciudades, es su posicionamiento inicial fijo el que organiza la narrativa. Los relatos de estas mujeres no sólo son de base urbana más que rural, sino que además siguen un programa descriptivo diferente. La vida so-

[36] Los más conocidos fueron *Little Arthur's History of England* y *Little Mary's Ten Days*.

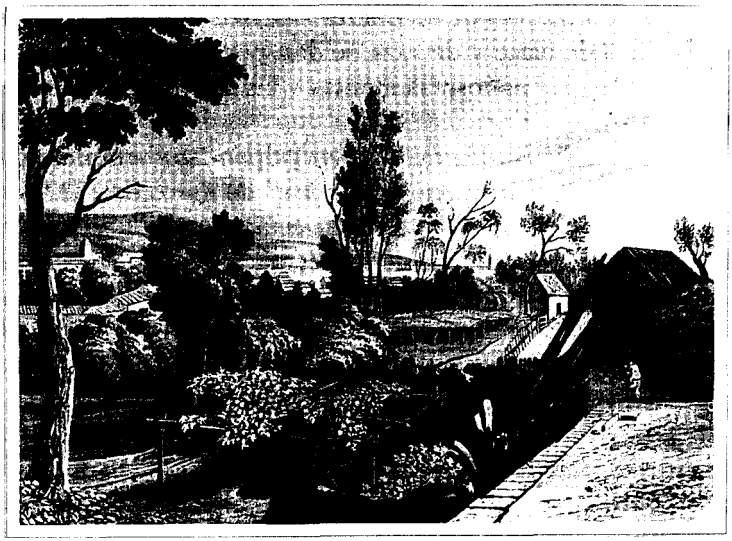


FIGURA 29. *"View of the Bay of Valparaiso from my house" ["Vista de la Bahía de Valparaíso desde mi casa"], Maria Graham,* Journal of a Residence in Chile *[Diario de una estancia en Chile] (1824). Obsérvese que la perspectiva parte del interior de la casa.*

cial y la vida política son focos de compromiso personal; ambas muestran poseer un fuerte interés etnográfico. En las narraciones de la vanguardia capitalista, los objetivos intervencionistas producen constantemente una energía reactiva y evaluadora. Si bien comparten muchos de esos objetivos, Graham y Tristán tienen poco interés inmediato en los eventos que transcurren a su alrededor y escriben en una línea más interpretativa y analítica. Ellas rechazan el sentimentalismo y el romanticismo casi con la misma vehemencia con que la vanguardia capitalista los rechazaba. Para ellas, la identidad en la zona de contacto reside en su sentido de independencia personal, propiedad y autoridad social, y no en la erudición científica, la supervivencia o las aventuras. Ahora bien, en igual medida que los hombres, estas viajeras

viven en un mundo de sirvientes y servidumbre donde sus privilegios de clase y de raza se dan por sentados y donde las comidas, los baños, las mantas y las lámparas surgen de la nada.

"Tomé posesión de mi casa en Valparaíso —empieza diciendo Graham en su anotación del 9 de mayo de 1822— y siento un indescriptible alivio al estar tranquila y sola."[37] Han transcurrido 10 días de su llegada a Chile y una semana del entierro de su marido. Tanto para Graham como para Tristán, el mundo de puertas adentro es la morada del yo; ambas exaltan sus casas y, sobre todo, sus habitaciones privadas como refugio y fuente de bienestar. Graham describe su casa con detalles, incluyendo las vistas desde las puertas y ventanas: inicialmente Chile será visto desde adentro. (No podemos dejar de recordar a Anna María Falconbridge espiando el patio de los esclavos desde la ventana de una sala.) Es preciso enfatizar, sin embargo, que mundo privado, interior, no significa aquí vida doméstica o de familia, sino precisamente su ausencia: es el sitio sobre todo de la soledad, el lugar privado en el que la subjetividad aislada se recoge sobre sí misma, se crea a sí misma, a fin de salir resueltamente al mundo. Tristán, que se aloja en casa de sus parientes, se describe reiteradamente violando las convenciones sociales al retirarse a su habitación en busca de privacidad. Las habitaciones mismas se tornan alegorías de sus estados subjetivos y de relación:

> Esta sala de ocho metros de largo por ocho de ancho sólo recibía luz por medio de una ventana pequeña de cuatro vidrios abierta en lo alto... El sol no entraba jamás en esta inmensa alcoba parecida por su forma, su atmósfera y su oscuridad a un sótano. El examen del sitio que mi familia me daba como

[37] Maria Graham, *Journal of a Residence in Chile during the year 1822*, p. 115.

alojamiento causó en mi alma una profunda impresión de tristeza.[38]

El previsible hecho de que los ambientes domésticos tengan una presencia mucho más destacada en los relatos de viajes escritos por mujeres que en los escritos por hombres (en estos últimos hasta resulta difícil encontrar una descripción del interior de una casa) no responde, pues, simplemente a una cuestión de diferentes esferas de interés o pericia, sino a modos diversos de constituir el conocimiento y la subjetividad. Si la tarea de los hombres era recoger y poseer todo lo demás, estas viajeras buscaban en primer lugar y por sobre todo recogerse y poseerse a sí mismas. Su reclamo territorial fue el espacio privado, un imperio personal de las dimensiones de una habitación. Desde estos reductos privados del propio yo, Graham y Tristán se describen a sí mismas emergiendo para explorar el mundo en expediciones circulares que las transportan a lo nuevo y a lo público, para volver después a lo conocido y a lo clausurado. Una versión de este paradigma fue, por supuesto, las rondas de visitas tan prominentes en la vida social urbana, tanto para las mujeres como para los hombres. Las dos mujeres se movían dentro de la élite criolla y en círculos de expatriados. Graham lleva a sus lectores a visitar al gobernador, a tomar el té con la dueña de su alojamiento, a visitar a mujeres educadas como la poeta Mercedes Marín del Solar. Tristán, menos tolerante con la sociedad peruana, se queja reiteradamente de lo tedioso que es ir de visita. A ella le interesaban más bien los espectáculos locales, como las procesiones de Semana Santa, la representación de un auto sacramental, las cele-

[38] Tristán, *op cit.*, pp. 98-99. Véase también la descripción de su celda conventual "como un tocador parisino", p. 194. Ésta es la primera traducción inglesa del libro de Tristán. Como la mayoría, fue notablemente resumida a partir de las 600 páginas del original. La edición completa que consulté fue la traducción castellana de Emilia Romero.

braciones del Carnaval y, como veremos más adelante, una guerra civil.

También es característica de estos libros la actividad exploratoria más específicamente identificada con las mujeres de clase media urbana a comienzos del siglo XIX. El trabajo político de las reformadoras sociales y las trabajadoras de caridad incluía la práctica de visitar prisiones, orfanatos, hospitales, conventos, fábricas, barrios pobres, casas de pobres y otros sitios de administración y control social. La crítica alemana Marie-Claire Hoock-Demarle usa la expresión en idioma francés *exploratice sociale* ["exploratriz social"] para analizar la obra de Flora Tristán y su coetánea alemana Bettina von Arnim.[39] En Perú Tristán se interesa fuertemente por la vida de los numerosos conventos de Arequipa y visita un campamento militar, un molino de harina y una plantación de caña de azúcar, así como también

> un hospital para enfermos, una casa de locos y otra para niños huérfanos. Esos tres hospicios están en general muy mal atendidos [...] Se cree haber cumplido con los deberes de la caridad proporcionándoles algunos alimentos para sostener su débil existencia; pero por lo demás no se les da ninguna instrucción, no se les enseña ningún arte. De este modo los que sobreviven se convierten en vagabundos, consecuencia necesaria de este abandono.[40]

El rótulo de "exploratriz social" también le sienta a Maria Graham. Las exploraciones sociales de Graham en Chile inclu-

[39] Marie-Claire Hoock-Demarle, "Le langage littéraire des femmes enquêtrices", en Stéphane Michaud (ed.), *Un fabuleux destin: Flora Tristan*. Véase también Magda Portal *et al.*, *Flora Tristán: Una reserva de utopía*; Dominique de Santi, *Flora Tristan, la femme révoltée*; Jean Baelen, *La Vié de Flora Tristan: Socialisme et féminisme au 19e siècle*; Rosalba Campra, "La imagen de América en *Peregrinations d'une pariah* de Flora Tristán: Experiencia autobiográfica y tradición cultural", pp. 64-74.

[40] Tristán, *op. cit.*, p. 121.

yen visitas a una prisión, una aldea de artesanos, puertos, mercados y retiros religiosos para mujeres jóvenes: "Allí, bajo la dirección de un viejo sacerdote, las jóvenes que se retiran son obligadas a orar día y noche, con tan poco alimento y tan escaso sueño que sus cuerpos y sus mentes se debilitan".[41]

Como estas citas lo recuerdan, la crítica oral o escrita forma parte integral de la exploración social vista como práctica política. Evidentemente, esta crítica institucional difiere de la denuncia de los hábitos de vida americanos ofrecida por la vanguardia capitalista, basada en el gusto por los hábitos de vida americanos, aunque ambas críticas se anclan en valores de clase. Se podría decir que otra rama de la misión civilizadora, el reformismo social, constituye una forma de intervención imperial femenina en la zona de contacto. Desde luego, esto no equivale a decir que la crítica basada en el buen gusto pertenezca exclusivamente a los hombres. Flora Tristán incursiona con bríos en ese terreno, y con más elegancia que muchos escritores. Ella encuentra que la cocina arequipeña es "detestable":

> El valle de Arequipa es muy fértil, pero las legumbres son malas; las papas son arenosas, las coles y las arvejas son duras y sin sabor; la carne no es jugosa; en fin, hasta las aves de corral tienen la carne coriácea y parecen sufrir la influencia volcánica [...] Las únicas cosas que he encontrado buenas en Arequipa son los bizcochos y las golosinas hechas por las religiosas.[42]

El estudio de Hoock-Demarle de las exploratrices sociales se concentra particularmente en el lenguaje que usaron las escritoras para relatar sus exploraciones y enmarcar sus críticas. La terminología de "exploratrices" y "exploración"

[41] Graham, *op. cit.*, p. 271.

[42] Tristán, *op. cit.*, pp. 122-123. Graham, por el contrario, encuentra "papas de primera calidad; coles de todo tipo; y lechugas sólo inferiores a las de Lambeth...", etc. (*op. cit.*, p. 132).

fue introducida por Hoock-Demarle para distinguir la obra de estas "mujeres contestatarias" de la "investigación" y las "investigadoras" (*enquêtes, enquêtrices)* oficialistas, cuyo discurso autoritario estaba constituido por descripciones técnicas y estadísticas. Como se dirigían al gran público, argumenta, las exploratrices sociales evitaron los lenguajes estadísticos y especializados basados en la pericia y recurrieron, en cambio, a la práctica novelística para expresar sus descubrimientos, con lo que produjeron una "sutil fusión de lo literario y lo social, realizada en el nivel del estilo". Desde luego, el rechazo de la descripción estadística tenía mucho que ver con el impulso contestatario y con frecuencia específicamente antiestatista de su obra. Su adaptación del lenguaje de la novela realista, dice Hoock-Demarle, les permitió a las exploratrices sociales

> evitar la trampa del tecnicismo burocrático, el coto vedado del discurso masculino oficial, que según ellas tiene poca influencia sobre las masas. También escaparon a la fácil sociosentimentalidad que está empezando, no sin éxito, a explotar el género del panfleto.[43]

Las observaciones estilísticas de Hoock-Demarle son pertinentes para los escritos sudamericanos tanto de Tristán como de Graham. Al visitar el sitio turístico llamado Chorrillos, cerca de Lima, por ejemplo, la siempre inquisitiva Tristán hace una excursión a una refinería de azúcar ("No había visto caña sino en París, en el Jardín Botánico"). Entonces describe el lugar basándose en sus experiencias, en un lenguaje que es explicativo pero no técnico:

> Vi con mucho interés cuatro molinos para triturar la caña movidos por una caída de agua. El acueducto que trae el agua a

[43] Hoock-Demarle, *op. cit.*, pp. 105-106.

la usina es muy hermoso y su construcción costó mucho dinero, por los obstáculos que el terreno ofrecía. Recorrí el vasto establecimiento en donde se hallaban las numerosas calderas y se hacía hervir el jugo de la caña. En seguida fuimos a la refinería contigua, en donde el azúcar se separaba de la melaza.[44]

No es sorprendente que la visita sea ocasión propicia para lanzar un ataque verbal contra la esclavitud y el sistema de plantación. Tristán presenta la crítica novelísticamente, a través de un largo diálogo dramatizado con el dueño de la plantación. En el intercambio ella desempeña el papel de la heroína del iluminismo. Sin embargo, las tácticas que usa son las de los realistas, no las de la novela sentimental. Como lo muestra el siguiente extracto, la crítica de Tristán no exhibe ni el más leve rastro del sentimentalismo presente en la temprana literatura abolicionista. De hecho, ella establece en parte su autoridad apropiándose de algunos elementos de la retórica económica:

[Tristán.] —Pues es imposible para el esclavo que pueda alguna vez usar de la facultad de rescatarse, con la continuidad del trabajo exigido. Si los productos debidos en América al trabajo de los negros perdiesen su valor, estoy segura de que la esclavitud sufriría felices modificaciones.

[Hacendado.] —¿En qué forma, señorita?

—Si el precio en que se vende el azúcar, comparado con el valor del trabajo que demanda, estuviese en la misma relación que los productos de Europa comparados con sus gastos de producción, el amo, sin tener entonces una compensación por la pérdida de su esclavo, no lo obligaría al trabajo más duro y velaría por su conservación.

—Señorita, usted habla de los negros como personas que no conoce sino por los bellos discursos de sus filántropos de

[44] Tristán, *op. cit.*, p. 281.

tribunal. Mas por desgracia es demasiado cierto que no se les puede hacer marchar sino con el látigo.

—Si es así, señor, le confieso que hago votos por la ruina de los ingenios y creo que estos votos serán escuchados muy pronto. Dentro de algunos años la betarraga destronará a la caña.[45]

Tristán llega a la conclusión de que "al hablar con el viejo agricultor hablaba con un sordo". Y con cierta suficiencia declara: "... sentí un gozo inefable cuando tuve noticia de la formación de esa santa liga de señoras inglesas que se abstenían del consumo del azúcar producida bajo la esclavitud en las colonias occidentales". Contrastando con las formas totalizadoras, monovocales de la autoridad discursiva, Tristán explora y explota la heteroglosia.

Aunque Graham y Tristán optan por la narrativa personal y los discursos dramáticos asociados con la novela, ninguna de las dos se apoya demasiado en los recursos del sentimiento. El dolor de Graham después del sepelio de su esposo se resume en una sola línea de su diario: "Me he sentido muy mal; mis amigos me han procurado una casa pequeña a cierta distancia del puerto, y estoy preparándome para trasladarme a ella".[46] Tristán cae en cierto sensacionalismo cuando se trata de su vida interior, pero es antisentimental respecto de quienes la rodean. Al comienzo del libro, por ejemplo, presenta lo que parece ser una deliberada contraversión de la por entonces famosa historia de Stedman y Joanna (véase el capítulo IV). Encontrándose en las islas del Cabo Verde, entabla conversación con un terrateniente francés que la ha invitado a cenar junto con otras personas. El anfitrión cuenta lo siguiente: "Me vi obligado a casarme con una de esas negras para asegurar mi vida. Ya habían tratado de envenenarme tres veces. Temía morir y

[45] *Ibidem*, pp. 282-283.
[46] Graham, *op. cit.*, p. 115.

pensé que casándome con una de aquellas mujeres ella sentiría interés por mí, sobre todo si le hacía creer que todo lo mío le pertenecía también a ella. La hago cocinar y la obligo a probar delante de mí lo que me sirve de comer. Encuentro en esa precaución una gran seguridad. Tengo con esta mujer tres hijos a quienes ella quiere mucho". "Entonces —comenta Tristán— ya no puede pensar en regresar alguna vez a Francia..." "¿Por qué —replica el hacendado—. ¿Acaso por esa mujer?" Explica luego que cuando haya realizado su pequeña fortuna se preparará para regresar e invitará a la mujer a ir con él, sabiendo que rehusará porque "todas estas mujeres tienen gran miedo al mar". La esposa abandonada no se quejará. "Venderá a sus hijos, de los que sacará un buen precio, y después podrá encontrar otro marido." "Yo estaba roja de coraje e indignación", comenta Tristán.[47]

En diálogos dramáticos como los que hemos citado, Tristán se construye y se idealiza a sí misma como una buscadora de conocimiento agresiva e interactiva. Maria Graham hace lo mismo, en deliberado contraste con las maneras objetivistas de conocer basadas en una relación estática entre los que ven y los que son vistos. Al comienzo de su estancia en Chile, por ejemplo, Graham va a visitar una fábrica de artículos de cerámica. Llega a una aldea pobre, donde no hay signo alguno de la fábrica que esperaba encontrar: "Ni división del trabajo, ni maquinaria, ni siquiera un torno de alfarero, ninguno de los elementos auxiliares que yo siempre había considerado indispensables para un oficio tan refinado como el de fabricar cerámica". Encuentra, en cambio, a una familia sentada sobre cueros de oveja frente a una choza. Frente a ellos había un montón de arcilla recién preparada. "Como la mejor manera de aprender un oficio es mezclarse con los que lo conocen, yo también me senté sobre las pieles de oveja y empecé a trabajar [...] La anciana,

[47] Tristán, *op. cit.*, p. 28.

que parecía ser la jefa, me miró muy seria, tomó mi trabajo, me dijo que empezara de nuevo y me enseño a hacerlo."[48] Luego Graham describe el proceso de fabricación de la cerámica, empleando un lenguaje explicativo pero resueltamente no técnico. A diferencia del veedor y el observador estadístico, Graham se presenta adquiriendo tímidamente los conocimientos de una manera participativa y desde una posición casi infantil, no patriarcal. Pero digamos, para retomar términos usados en el capítulo III, que aquí lo experiencial se da sin lo sentimental.

En vez de considerar a la alfarería artesanal como un deplorable ejemplo de atraso que necesita corrección, Graham la presenta, en este episodio, casi como una utopía, nimbada además de un sentido matriarcal. La producción artesanal familiar es presidida por una figura de autoridad femenina. Pero aun cuando afirma valores no industriales y centrados en lo femenino, Graham afirma también el privilegio europeo. En relación con ella, los alfareros siguen teniendo la cualidad esencial de los colonizados, la *disponibilité*, puesto que aceptan su intrusión sin cuestionarla y adoptan espontáneamente los roles que Graham quiere que adopten. Cuando Graham echa una mirada crítica sobre la aldea, sus juicios no se refieren al abandono, la ignorancia o la incapacidad de los habitantes, sino a la categoría humanitaria, aunque también negativa, de la pobreza: "Es imposible imaginar un mayor grado de visible pobreza que la que se ve en las chozas de los alfareros de Rincona [...] Sus habitantes, sin embargo, me señalaron la belleza de la vista que desde allí tienen, una vista en verdad magnífica, que permite apreciar, a través del océano, las cumbres nevadas de los Andes".[49]

En ocasiones Graham critica explícitamente el conocimiento objetivista de sus pares masculinos. Relata, por

[48] Graham, *op. cit.*, p. 141.
[49] *Ibidem*, p. 143.

ejemplo, un almuerzo en el que "tuvo oportunidad de observar que aun hombres sensatos se permiten hacer observaciones muy desaprensivas en países extranjeros".[50] Un médico y naturalista se explaya sobre las cualidades medicinales de una planta llamada *culen*, y dice que podría cultivarse bien en Chile. Graham replica que las gentes del lugar le han mostrado una planta a la que llaman *culen*, pero el experto le informa que eso no es posible, porque él "nunca oyó hablar de esa planta allí". Graham vuelve a su casa y en el montecillo detrás de ésta ve que las rocas están cubiertas por la planta en cuestión. Naturalista aficionada ella misma, Graham da pormenores de su propia herborización, que conscientemente mezcla conocimientos objetivistas, de élite, con los saberes vernáculos de los lugareños. La autora se describe como una agente algo ingenua de ambos. Al describir una flor llamada "cabello de ángel" *(cuscuta)*, utiliza un lenguaje decididamente no especializado y bien pronto regresa al conocimiento local:

> La flor crece en apretados racimos y parece estar hecha de cera blanca, con un tinte rosado en el centro [...] Los nativos afirman que estas plantas parásitas son emolientes, y las aplican a las heridas.
>
> Bien pronto descubrí que mis conocimientos eran insuficientes, así que tomé un gran ramo de diversas plantas y se las llevé a un vecino que tenía fama de conocer todas sus propiedades.[51]

El *culen*, descubre después, tiene poderes contra los maleficios.

Graham critica también a la vanguardia capitalista. Viaja de Valparaíso a Santiago y se maravilla de que nadie haya escrito de la belleza de la ruta. Su escepticismo respecto de

[50] *Ibidem.*, p. 139
[51] *Ibidem*, pp. 153-154.

las aspiraciones industriales de Europa se resume en una vívida descripción alegórica que construye en Viña del Mar:

> Me sentí apenada al ver gran cantidad de excelentes máquinas, adaptadas para laminar cobre, tiradas en la playa, donde el señor Miers había construido un pequeño dique. Esa maquinaria había sido mirada con codicia por ciertos miembros del gobierno, porque se podía usar una parte para acuñar moneda; sin embargo, me temo que esa codicia no bastará para que el Estado se decida a comprar las máquinas y a reformar gracias a ellas sus toscos métodos de emisión. Y allí yacen ruedas, tornillos y palancas, esperando que circunstancias más favorables le permitan al señor Miers acometer proyectos más ambiciosos.[52]

Política y feminotopías

Aunque en su época las historias oficiales se estaban escribiendo en el campo de batalla, Tristán y Graham hicieron de sus casas y de sí mismas sitios privilegiados de comprensión y acción política. Los círculos sociales de élite en los que ambas se movieron estuvieron fuertemente comprometidos en las intrigas y en los levantamientos del periodo. Durante la estancia de Graham, Chile estaba en guerra (con la ayuda del amigo de Graham, *lord* Cochrane) contra el baluarte realista y monárquico del Perú. El empleador de Cochrane, el general argentino José de San Martín, había conducido el ejército que consiguió la independencia, primero para Chile, en 1818, y después para Perú, en 1821. Hacia 1822 San Martín estaba luchando por consolidar su victoria, resistido tanto por los realistas como por los liberales republicanos, que rechazaban sus planes de fundar una monarquía constitucional americana. Simón Bolívar, líder de

[52] Graham, *op. cit.*, p. 301.

la causa republicana, se negó a apoyar a San Martín y a fines de 1822 el decepcionado general salió de Perú y se dirigió a Chile. Pasó por la casa de Maria Graham en Valparaíso, y después inició su exilio en Europa. Graham comentó extensamente la crisis de 1822 a medida que se desenvolvía. Ofreciendo consejo y emitiendo juicios ("Si yo fuera un legislador..."), se describe moviendo influencias en favor de los prisioneros de guerra, ofreciendo su casa como lugar de reunión y como refugio para los aliados de *lord* Cochrane y, en un episodio culminante, recibiendo al fugitivo San Martín después de su derrota.

La visita de Flora Tristán al Perú coincidió con una etapa posterior de la misma crisis. En la década intermedia Perú tuvo 12 jefes de Estado diferentes. Tristán asistió a un periodo de guerra civil, tras un golpe de Estado a comienzos de 1834 en el que su tío, el realista Pío Tristán, estaba fuertemente involucrado. Ella también describe la casa de la familia Tristán como un estratégico lugar de reunión cuando el conflicto lleva a una batalla en Arequipa. Según su relato, Tristán participa activamente en la crisis, ofreciendo consejos sensatos a todas las partes, manteniéndose serena, visitando campamentos militares y trepando heroicamente a un tejado para vigilar el campo de batalla ("Sólo una persona de carácter intrépido como el mío se habría atrevido a permanecer allí tanto tiempo").[53]

A partir de su compromiso político en Perú y del aplastamiento de sus aspiraciones personales, Tristán empezó a ambicionar convertirse en activista política. En su transformación fue crucial una de las figuras más impactantes de la vida pública peruana: doña Pencha Gamarra, esposa de Agustín Gamarra, presidente de Perú desde 1829 hasta 1833. Mujer notable y ambiciosa, se dice que durante el mandato de su marido doña Pencha fue quien condujo el país. Ves-

[53] Tristán, *op. cit.*, p. 206.

tida con capote y *breeches* (pantalones bombachos) y a caballo, dirigió la campaña militar para resistir un golpe contra el hombre que ella había elegido para remplazar a su esposo. Tristán se demora en su libro en la figura de este ejemplo de militarismo y liderazgo femenino. También le intrigan mucho las "rabonas", otro fenómeno femenino en el campo de batalla. Las rabonas eran las mujeres indígenas que, en gran número, iban siguiendo al ejército. Ellas alimentaban a los soldados (mayoritariamente indígenas) y se sumaban al combate cuando podían. Para Tristán, el coraje, la energía y la confianza en sí mismas de las rabonas demuestran claramente "la superioridad de las mujeres en las sociedades primitivas". "¿Acaso no se podría decir lo mismo —pregunta— de los pueblos en un estadio más avanzado de civilización si ambos sexos recibieran una educación similar? Debemos alimentar la esperanza de que algún día se hará ese experimento."[54]

La admiración de Tristán por las rabonas ejemplifica la perspectiva feminocéntrica adoptada por ella y por Graham, y su deuda con imágenes de poder femenino producidas por la Revolución francesa y el feminismo temprano. Ambas escritoras señalan reiteradamente ejemplos de fuerza y heroísmo en mujeres. Graham presenta a personajes tales como una mujer hacendada, famosa por ser "la mejor domadora de caballos de la región"; una mujer soldado de infantería que conoce en Brasil (véase la figura 30); la esposa de un ex gobernante, encarcelada y luego exiliada por haberse negado a leer cartas cifradas escritas por su marido; y, en fin, una mujer que caminó 800 kilómetros hasta Santiago para ver a su esposo, confinado en una prisión mi-

[54] *Ibidem*, p. 180. Maria Graham habla también de las rabonas cuando visita un orfanato en Santiago que alojaba niños que habían perdido padre y madre en el campo de batalla. Excepto por estas referencias, ni Tristán ni Graham prestan demasiada atención a la sociedad mestiza e indígena de Perú o de Chile.

FIGURA 30. *Retrato realizado por Maria Graham de "Doña María de Jesús, a young woman who has lately distinguished in the war of the Reconcave" ["Doña María de Jesús, una joven mujer que recientemente se había distinguido en la guerra de Reconcave"]. Graham añade: "Su ropa es la de un soldado del batallón del emperador con el agregado de una falda escocesa de tartán como el vestido militar más femenino, la cual me ha dicho que adaptó de un dibujo que representaba un habitante de las tierras altas. ¿Qué dirían los Gordons y los MacDonalds sobre esto?"* (Journal of a Voyage to Brazil *[Diario de viaje al Brasil], 1804, p. 292).*

litar. Además de doña Pencha ("esta mujer de una ambición verdaderamente napoleónica"), Tristán vuelve repetidamente a la historia de su prima Dominga, quien pasó 11 años en un convento, contra su voluntad, y que para escapar se valió del ardid de poner subrepticiamente un cadáver en su cama y después incendiar todo.

Los relatos de ambas mujeres incluyen asimismo elaboradas construcciones de lo que muy bien podría ser llamado "feminotopías". Son éstas episodios que presentan mundos idealizados de autonomía, poder y placer femeninos. Tristán encuentra esa feminotopía en Lima, donde viaja sola en las últimas semanas de su estadía. Durante esos viajes se siente fascinada por la independencia de la mujer limeña. "No hay ningún lugar sobre la Tierra —se exalta— donde las mujeres sean más *libres* y ejerzan mayor imperio que en Lima."[55] Como Francis Bond Head en las pampas, Tristán idealiza: las limeñas son más altas que los hombres, maduran tempranamente, tienen embarazos fáciles y, aunque no son hermosas, "su graciosa fisonomía tiene un ascendiente irresistible". Además, superan holgadamente a los hombres en inteligencia y fuerza de voluntad. Van y vienen como les place, conservan su apellido después del matrimonio, usan adornos masculinos, juegan juegos de azar, fuman, cabalgan ataviadas con ropa masculina, nadan y tocan la guitarra. Sin embargo, carecen de educación y son muy ignorantes.

En el meollo mismo de la feminotopía de Tristán está el largo análisis que hace del singular estilo de vestimenta de las limeñas —la saya y el manto— que ella considera fundamental para su libertad social y sexual. La saya es una falda larga y muy ajustada, completamente plisada en pliegues pequeños, de modo tal que "dibuja todas las formas y se presta a todos los movimientos".[56] El manto es una especie de

[55] *Ibidem*, p. 269
[56] *Ibidem*, p. 270.

rebozo negro que envuelve los hombros, los brazos y la cabeza, excepto un ojo. Esta vestimenta, característica de Lima, era muy sorprendente y gozaba de la predilección de los ilustradores (véase la figura 31), aunque los forasteros la criticaban por su manera de adaptarse al cuerpo y por la horrible ausencia de corsé (véase Charles Brand, más atrás, p. 283). Tristán ofrece un análisis detallado y totalmente feminista de este código de vestuario. Como les permite a las mujeres no ser reconocidas, sostiene, la saya y el manto son el instrumento de su libertad. Y lo que otros escritores registran como el desaliño y la falta de limpieza de las mujeres limeñas, Tristán lo juzga una práctica cultural estratégica:

> Cuando las limeñas quieren hacer su disfraz aún más impenetrable, se ponen una saya vieja, toda desplisada, rota y cayéndose a pedazos, un manto y un corselete viejos. Pero las que desean hacerse reconocer como pertenecientes a la buena sociedad se calzan perfectamente y llevan en el bolsillo uno de sus más lindos pañuelos. Este subterfugio es aceptado y se llama *disfrazar*. A una disfrazada se la considera como persona muy respetable. No se le dirige la palabra. No se le acercan sino muy tímidamente.[57]

El análisis de Tristán de la saya y el manto tiene un antecedente directo en los escritos de otra famosa viajera feminista, la inglesa *lady* Mary Montagu. Montagu viajó a Constantinopla en 1714, cuando su marido fue nombrado embajador en Turquía, y vivió allí hasta 1718. *Lady* Montagu no pudo publicar sus cartas durante su vida, pero cuando finalmente aparecieron, en 1763, fueron muy leídas en toda Europa. Seguramente Tristán las leyó, porque su análisis de la saya y el manto recuerda directamente el análisis que hizo *lady* Montagu de la vestimenta de las mujeres turcas. Montagu

[57] *Ibidem*, pp. 274-275.

condena la "extrema estupidez" de los escritores que se ocuparon anteriormente de las mujeres turcas, y dice: "Es fácil advertir que ellas tienen más libertad que la que tenemos nosotras, ya que a ninguna mujer turca, sea cual fuere su rango, le está permitido salir a la calle sin dos velos: uno que le cubre todo el rostro excepto los ojos, y otro que oculta su cabeza y su tocado". Después de describir los voluminosos atavíos, llega a la siguiente conclusión:

> Podrán ustedes imaginar con qué perfección esta ropa las disfraza, hasta el punto de que no se puede distinguir a la gran dama de su esclava; y por eso, ni el más celoso de los maridos podría reconocer a su esposa si se cruzara con ella. Por otra parte, ningún hombre se atreve a tocar a una mujer o a seguirla en la calle. Esta perpetua mascarada les otorga una absoluta libertad de seguir sus inclinaciones sin miedo de ser descubiertas.[58]

Es interesante notar que en el texto de Maria Graham la feminotopía tiene también un aire decididamente oriental. Cuenta la escritora un paseo en Valparaíso: la visita a un sitio de recreo al aire libre, dirigido por una mujer mayor y sus cinco hijas de mediana edad. Graham ha invitado a una amiga joven y pasan un día delicioso, que termina con una exquisita cena preparada para ellas por las propietarias del lugar. Este episodio inusual, lleno de armonías alegóricas, parece distinguirse claramente del resto de la narrativa de Graham. Graham misma invoca la imagen de un Jardín del Edén dirigido, aunque descuidadamente, por mujeres. Las mujeres de esta familia están representadas en términos que evocan y recrean las tradicionales representaciones alegóricas europeas de América como una figura femenina, generalmente una amazona con el torso desnudo. La madre,

[58] *Lady* Mary Montagu, *Embassy to Constantinople: The Travels of Lady Mary Wortley Montagu*, p. 111.

que las recibe cuando llegan, es muy vieja y lleva los cabellos grises en una trenza que cae por su espalda. La menor de las hijas "representaba por lo menos 50 años y era musculosa y fuerte, pero en su paso elástico y su voz agradable se apreciaban aún los restos de su antigua belleza".[59] De tal modo cuestiona Graham el culto de la juventud, la valoración de la mujer sólo en función de su actividad reproductora, así como también la imagen de América como el "nuevo continente". En una escena con matices de sensualidad oriental, las mujeres comen frutas sentadas sobre alfombras y almohadones. La refinada comida que se sirve más tarde es tomada en el mismo lugar; la anciana anfitriona distribuye y come los alimentos con la mano, aunque se han puesto cubiertos para las dos mujeres europeas. El jardín-huerto mismo no es decorativo sino productivo: no contiene flores sino árboles frutales de todas clases, incluyendo sobre todo algunas especies americanas, como la lúcuma y la chirimoya. Al terminar la visita Graham vuelve abruptamente sobre el tema de la brujería: "Hay algo en su aspecto cuando está rodeada de sus cinco altas hijas, que me hizo pensar en las brujas y sentí una gran tentación de preguntar qué eran".[60] Así termina el episodio, envuelto en una atmósfera de paganismo, erotismo femenino y hermandad misteriosa.

Si el discurso de vanguardia capitalista se estructura a través de una mezcla de lo estético (o antiestético) y lo económico, el de las exploratrices sociales mezcla lo político con lo personal. Mientras los vanguardistas tienden a elaborar sus relatos en forma de exhortaciones a la realización de un logro, impulsadas por fantasías de transformación y dominio, las exploratrices tejen la trama de los suyos a manera de exhortaciones a la autorrealización y fantasías de armonía social. Estas características son evidentes en la

[59] Graham, *op. cit.*, p. 158.
[60] *Ibidem*, p. 160.

FIGURA 31. *"Females of Lima" ["Mujeres de Lima"], por W. B. Stevenson en* Narrative of Twenty Years' Residence in South America *[Narrativa de veinte años de residencia en América del Sur] (1825) en donde se representa el atuendo de saya y manto.*

manera en que Graham y Tristán terminan sus libros: con episodios que constituyen una alegoría de la búsqueda personal, pero en términos altamente políticos. En un estilo impensable para Humboldt o la vanguardia capitalista, la reinvención de América coincide con una reinvención del yo.

Cuando se va de Chile, Graham construye lo que podríamos considerar una antiutopía feminista. En su ruta hacia el Cabo de Hornos su barco se detiene brevemente en las islas Juan Fernández. Las islas, que alguna vez fueron prisión política, son famosas por ser el lugar donde Alexander Selkirk, el hombre que sirvió de modelo para Robinson Crusoe, vivió confinado durante muchos años. Habiendo desembarcado allí, en cierta ocasión Graham se encuentra sola en un claro del bosque y experimenta entonces su pro-

pia vivencia de Robinson Crusoe: "Al principio me hubiera lanzado a gritar con alegría: 'Soy el monarca de todo lo que me rodea y no hay nadie que pueda disputarme ese derecho'. Pero muy pronto percibí que la completa soledad es tan desagradable como antinatural".[61] Rechazando el paradigma territorial y posesivo, Graham termina citando las líneas de Cowper: "Mejor vivir en la zozobra / que reinar en este horrible lugar". Como ella estaba volviendo al mundo, viuda y sola, la zozobra debe haber sido algo muy real. (Véase más adelante otra revisión de *Robinson Crusoe*, cuando el viajero argentino Domingo Faustino Sarmiento visita las islas Juan Fernández.)

También Flora Tristán construye el momento de su partida como una alegoría política y una profecía personal. Cuando el barco en el que piensa viajar llega al Callao, ¿a quién había de encontrar a bordo sino a doña Pencha Gamarra, la dirigente política y líder militar cuya carrera tanto la fascinaba? Gamarra está desesperada y desorientada en su camino al exilio (adonde la envía el nuevo comandante del Ejército, Pío Tristán, tío de Flora). Doña Pencha es igualmente pintada con matices que evocan la figura alegórica de América (de hecho, una imagen dual). Cuando Tristán se encuentra con ella, la señora Gamarra

> llevaba un traje de gros de la India color ave del paraíso bordado de seda blanca, ricas medias de seda rosa y zapatos de raso blanco. Un gran chal de crespón de China punzó, bordado de blanco, el más lindo que he visto en Lima, caía negligentemente sobre sus hombros. Tenía sortijas en todos los dedos, zarcillo de diamantes, un collar de perlas finas [...] Su vestido ligero y elegante, de los más esmerados, formaba un extraño contraste con la dureza de su voz.[62]

[61] *Ibidem*, p. 352.
[62] Tristán, *op. cit.*, p. 294.

Gamarra misma resuelve el enigma: las "ropas europeas" no son suyas, dice, sino que ha consentido en usarlas debido a la insistencia de su hermana. El traje le molesta porque traba sus movimientos, las medias "son frías para [sus] piernas" y, además, tiene miedo de quemar el chal con su cigarro. Luego le cuenta a Flora cuál es la ropa que "más le conviene":

> Desde hace mucho tiempo recorro el Perú en todas direcciones, vestida con un largo pantalón de tosco paño fabricado en el Cuzco, mi ciudad natal, con una amplia chaqueta del mismo paño, bordada de oro y con botas con espuelas de oro. Me gusta el oro. Es el mejor adorno de un peruano, es el metal precioso al que mi país debe su reputación.[63]

Ante los ojos de la atónita "Florita", Gamarra se derrumba, presa de una serie de convulsiones epilépticas que la ponen al borde de la muerte; una muerte no muy diferente de la de Tristán, que habría de producirse sólo seis años más tarde, cuando ella también caería agotada en el combate político.

En 1828 un reseñista algo irritable del *Blackwood's Magazine* se quejó de la mediocridad de la literatura de viajes de la época. En el catálogo de culpables se incluían "el inexperto novicio", "el petimetre superficial" y "la mujer romántica, cuyos ojos sólo ven una media docena de salas de estar y que juzga todo a través del lente de la ficción poética".[64] Tomemos nota del hecho mismo de la queja, no de su contenido: hacia 1828 había suficientes escritoras viajeras inglesas que publicaban como para formar una categoría de la que los hombres podían quejarse. Algunas de esas mujeres viajaban más allá de las fronteras de Europa. Y en la zona de

[63] *Ibidem*, p. 295.
[64] *Blackwood's Magazine*, Edimburgo, W. Blackwood, 1828, p. 621.

contacto surgían: una literatura que creaba relaciones específicamente femeninas con el expansionismo noreuropeo; una ciudadana, sujeto doméstico del imperio, y formas femeninas de autoridad imperial. Flora Tristán y Maria Graham fueron ejemplos tempranos dentro de la larga serie de mujeres viajeras que visitaron Hispanoamérica y cuyos relatos habrían de alcanzar gran renombre en la segunda mitad del siglo: Fanny Calderón de la Barca, cuya obra clásica, *Life in Mexico (La vida en México)*, apareció en 1843; la notable Ida Pfeiffer, cuyo libro *A Lady's Travels Round the World* [*Viajes de una dama alrededor del mundo*] apareció en 1852, y *lady* Florence Dixie, autora de *Across Patagonia* (1881, *A través de la Patagonia)*, para nombrar sólo algunas.

Al discutir el surgimiento de la literatura escrita por mujeres acerca de viajes en África (capítulo IV), señalé que el acceso de las mujeres a la literatura de viajes fue aún más restringido que su acceso a los viajes mismos. Muchas veces las mujeres publicaron sus relatos de viaje empleando formas ocasionales: por ejemplo, cartas. Así escribieron *lady* Montagu en Turquía, Mary Wollstonecraft en Escandinavia (1794) y Anna Maria Falconbridge en África Occidental. Maria Graham usó el diario personal, común tanto a hombres como a mujeres en travesía. Flora Tristán, sin embargo, adoptó la forma que ya se había tornado canónica y estaba investida de autoridad en la era burguesa: la narrativa autobiográfica. Ella se constituye como protagonista de sus viajes y de su vida, y reclama la intencionalidad de apelar directamente a la posteridad. La apelación de Tristán a la autoridad se vincula directamente con el feminismo europeo de fines del siglo XVIII y principios del XIX. No es casual que muchas de las mujeres escritoras de viajes fueran también feministas y *escribieran como* feministas. Tal el caso conspicuo de *lady* Montagu y de Mary Wollstonecraft. El primer texto que escribió Tristán sobre Perú era un manifiesto titulado *La necessité de faire un bon accueil aux femmes étrangères* [*On the Need to*

Welcome Foreign Women; Sobre la necesidad de dar la bienvenida a las mujeres extranjeras, 1835], en el que explicaba las necesidades de las mujeres que viajaban al extranjero y exhortaba a las mujeres a educarse viajando. El manifiesto reclama una nueva legitimidad para la experiencia de viaje de las mujeres burguesas. Tampoco es casual que al mismo tiempo que las *Peregrinaciones de una paria*, de Flora Tristán, entraban en prensa en 1837, la reina Victoria ascendiera al trono de Inglaterra, preparada para codificar lo que habría de ser la empresa imperial *par excellence* de la mujer europea: la misión civilizadora. Paralelamente, la claustrofobia de su reinado liberaría a otra figura particularmente propensa a aparecer en la zona de contacto, y que recordaremos en el capítulo VIII: la aventurera solterona, quien, de espaldas a Europa, escapa a los límites de su tiempo y vuelve —a veces— para escribir sobre ello.

VII. LA REINVENCIÓN DE AMÉRICA / LA REINVENCIÓN DE EUROPA: LA AUTOFORMACIÓN CRIOLLA

América es el arca que al porvenir humano
contiene Misteriosa y un día se abrirá;
entonces el Eterno levantará en su mano
la herencia de los hombres que prometida está.

José Mármol, *Cantos del Peregrino*
(Argentina, 1847)

Pues sólo atento al goce que imagina
vuela veloz y la distancia salva,
llegando ronco, fatigado, inerte,
al término feliz de su esperanza,
donde obtiene, por fin, ver con asombro...
¡un gran desierto que tapizan lavas!

Gertrudis Gómez de Avellaneda,
"El viajero americano" (Cuba, 1852)

En octubre de 1826, mientras España se resignaba a la pérdida de su imperio americano y John Miers al fracaso de su empresa de minería del cobre en Chile; mientras Simón Bolívar se encaminaba al último baluarte realista del Perú y Alexander von Humboldt trabajaba en París en el tercer volumen de sus *Viajes equinocciales*, aparecía en Londres el primer número de un nuevo periódico. Se trataba de una revista en lengua española titulada *Repertorio americano*, que había sido fundada por el intelectual venezolano Andrés Bello. Bello había viajado a Londres en 1810, junto con Bolívar, para requerir la ayuda británica contra el dominio español. Atra-

pado por la metrópoli, se quedó en Londres 19 años, hasta que en 1829 regresó a América del Sur, donde llegaría a ser uno de los más prominentes estadistas e intelectuales de la era inmediatamente posterior a la independencia.

El *Repertorio americano* de Bello fue un intento de aportar conocimientos y lucidez a la tarea de fundar las nuevas repúblicas americanas. Bello mismo se convirtió en nexo y filtro para los escritos europeos que podrían ser útiles para el proceso de construcción de la nación. La revista, prometía en el prólogo, sería "rigurosamente americana". La sección sobre ciencias físicas y naturales incluiría sólo materiales "de aplicación directa e inmediata a América"; las secciones sobre humanidades y sobre la ciencia moral e intelectual incluiría sólo materiales "de acuerdo con el estado actual de la cultura americana".[1]

El primer número del *Repertorio* contenía artículos sobre Virgilio y Horacio, sobre el uso del barómetro y el mejoramiento del algodón, sobre el uso del tiempo y sobre el proceso revolucionario de Colombia. Incluía también un largo poema de Bello que ha sido considerado desde entonces como "el comienzo y la proclamación consciente de la literatura americanista en el continente [sudamericano]".[2] "Silva americana", el poema se titula "La agricultura en la zona tórrida". Originalmente este poema debía servir de introducción a una composición épica en tres partes, titulada *América*, que Bello nunca completó. Para los lectores poscoloniales contemporáneos, el hecho de que uno de los textos fundacionales de la literatura hispanoamericana haya sido escrito y publicado en Inglaterra por alguien que había vivido casi veinte años en el extranjero, y como parte de una

[1] Andrés Bello, "Prospectus", *Repertorio americano*, vol. I, 1826. El gobierno venezolano publicó una edición facsimilar en dos volúmenes, en 1973, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República.

[2] Pedro Grases, nota introductoria, *Antología de la poesía de Andrés Bello*, p. 48

obra totalizadora que quedó inconclusa, puede muy bien considerarse el paradójico síntoma de la difícil situación cultural neocolonial. Pero para Bello, un *americanismo* transmitido hacia occidente desde Europa no era una paradoja y tampoco representaba situación difícil alguna. El tema de este capítulo es esta lógica cultural euroamericana (criolla).

Escribiendo en celebración de la independencia hispanoamericana, Bello inicia su "Silva americana" con un gesto de descubrimiento: "Salve, fecunda zona", empieza el poema, como la exclamación de un viajero que se aproximara a un lugar por primera vez. En una intrincada sintaxis poética que pronto habría de ser suplantada por otros recursos expresivos, el poeta entona una alabanza a la naturaleza americana:

> ¡Salve, fecunda zona,
> que al sol enamorado circunscribes
> el vago curso, y cuanto ser se anima
> en cada vario clima,
> acariciado de su luz, concibes!

Sigue una enumeración celebratoria, que ensalza las riquezas naturales de América:

> Tú [fecunda zona] tejes al verano su guirnalda
> de granadas espigas; tú la uva
> das a la hirviente cuba;
> no de purpúrea fruta, o roja o gualda,
> a tus florestas bellas
> falta matiz alguno; y bebe en ellas
> aromas mil el viento y greyes van sin cuento
> paciendo tu verdura desde el llano
> que tiene por lindero el horizonte, hasta el erguido monte,
> De inaccesible nieve siempre cano.[3]

[3] Andrés Bello, "Silva a la agricultura en la zona tórrida", versos 1-15, *Obras completas*, pp. 65-74.

La enumeración se prolonga por unos cuarenta versos más, en un estilo enérgicamente americanista que canta alabanzas a productos tan típicamente americanos como la caña de azúcar, la tintura de cochinilla, el nopal, el tabaco, la yuca, el algodón, el fruto del pan, etc. La influencia de las *Geórgicas* de Virgilio sobre este poema ha sido muy comentada. Estas primeras líneas llevan también el sello de Cristóbal Colón al invocar el mundo primigenio propio del exaltado discurso europeo sobre la llegada a América. Bello alude a Colón directamente en un poema anterior, llamado "Alocución a la poesía" (1823), donde exhorta a la "divina poesía" a dejar "la culta Europa, que tu nativa rustiquez desama", y a venir a América, donde "te abre el mundo de Colón su grande escena".[4] También aquí abundan las paradojas coloniales. Las exhortaciones a la rusticidad son hechas en la retórica menos rústica, más culta que la lengua española permitía en la época; y al mismo tiempo, este español culto está condimentado con referentes históricos y materiales americanistas —azteca, yaraví, Caupolicán, yuca— que Bello se sintió obligado a explicar en notas a pie de página.

Algunas de esas notas explicativas citan a una figura que, temporal y textualmente, se erige gigantesca entre Cristóbal Colón y Andrés Bello: Alexander von Humboldt. Cuando era un joven estudiante en Cumaná, Bello conoció a Humboldt y a Bonpland poco después de su arribo a Venezuela, y los acompañó en algunas excursiones locales. Después siguió asiduamente los escritos de Humboldt a medida que se publicaban en París, en las décadas de 1810 y 1820. Ni un solo número del *Repertorio americano* apareció sin incluir algún fragmento de Humboldt, seleccionado y tradu-

[4] Andrés Bello, "Alocución a la poesía", *Obras...*, *op. cit.*, p. 43. Los versos en cuestión, tomados de la primera estrofa, rezan: "Tiempo es que dejes ya la culta Europa / que tu nativa rustiquez desama, / y dirijas el vuelo adonde te abre / el mundo de Colón su grande escena".

cido al español por Andrés Bello. El comienzo de la *Oda americana* de Bello no sólo recuerda las estetizadas invocaciones a América de Humboldt en *Cuadros de la naturaleza*, sino que también repite e incorpora el gesto mismo de Humboldt, justo en la famosa tríada de "floresta" (verso 9), "llano" (verso 12) y "monte siempre cano" (verso 15).

"Si entonces sobrevivieren al olvido algunas páginas de mi libro —había declarado Humboldt en 1814—, el habitante de las orillas del Orinoco y el Atabapo verá con enajenamiento [...] ciudades populosas y comerciales, fértiles campos labrados por manos libres."[5] No podría haber estado más equivocado acerca del Orinoco, pero tuvo razón respecto del libro: sus páginas sobrevivieron. Los escritos de Humboldt —mucho más que los de la vanguardia capitalista o las exploratrices sociales— llegaron a ser una materia prima fundamental para las ideologías americanas y americanistas forjadas por los intelectuales criollos en las décadas de 1820, 1830 y 1840. Su obra fue una piedra de toque para la literatura cívica que proclamaba la independencia literaria de Hispanoamérica, formulando interpretaciones de la realidad americana que eran orgullosamente *americanistas* y, al mismo tiempo —como lo señaló el historiador cultural Pedro Henríquez Ureña—, no eran *europeas* sino *europeizantes*.[6] Una y otra vez en los textos fundacionales de la literatura hispanoamericana, la estetizada América virgen de Humboldt brindó un punto de partida para la elabora-

[5] Alexander von Humboldt, introducción, *Personal Narrative of Travels to the Equinoctial Regions of the New Continent*, vol. I, p. li.

[6] Pedro Henríquez Ureña, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, pp. 27 y *ss.* Henríquez Ureña considera que en las letras hispanoamericanas el "afán europeizante" coexistió con el auge "criollista". La discusión de textos literarios que sigue no pretende ser una lectura cabal de las letras del periodo de la independencia en América del Sur, ni tampoco se compromete con los actuales debates dentro de la crítica literaria. El objetivo, mucho más limitado, es analizar ciertos puntos de contacto con la narrativa de viajes europea y también ciertas extrapolaciones de ésta.

ción de prescripciones cívicas y morales para las nuevas repúblicas. Su reinvención de América para Europa fue transculturada por los euroamericanos a un proceso criollo de autoinvención. Esa transculturación y sus aspectos de selección e invención constituyen el foco de lo que sigue.

En cierto modo, la distinción entre lo "europeo" y lo "europeizante" resume la apropiación trasatlántica a través de la cual los criollos de la élite liberal empezaron a buscar fundamentos estéticos e ideológicos como americanos blancos. Esos fundamentos eran difíciles de hallar, y eran también muy vulnerables a los temblores y erupciones volcánicas subterráneas. Política e ideológicamente, el proyecto liberal criollo implicaba la fundación de una sociedad y una cultura americanas descolonizadas e independientes, manteniendo al mismo tiempo los valores europeos y la supremacía blanca.[7] En buena medida, América habría de seguir siendo la "tierra de Colón", como dijo Andrés Bello (el general Bolívar había elegido el nombre de Gran Colombia para la gran república sudamericana que esperaba fundar). Al mismo tiempo, los criollos se vieron obligados a enfrentar la cruda codicia neocolonialista de los europeos a quienes tanto admiraban, y también los reclamos de igualdad de los indígenas, mestizos y africanos sometidos, muchos de los cuales habían combatido en las guerras por la independencia. Dentro de las filas criollas, los liberales se enfrentaron con poderosas fuerzas conservadoras que, aunque estaban en favor de la independencia, se oponían a ciertos cambios como la implantación del libre comercio, la abolición de la esclavitud, la educación laica y hasta el régimen republicano mismo.[8]

[7] El general San Martín, uno de los líderes del movimiento independentista, propugnaba por un sistema de gobierno monárquico para América del Sur después de la independencia. Entre las posibilidades que se barajaban figuraba la de coronar emperador a Bolívar, siguiendo el ejemplo de Napoleón, o restaurar la dinastía incaica.

[8] Estos desafíos y aspiraciones fueron compartidos, en gran medida,

FIGURA 32. *Frontispicio de la primera edición del* Repertorio americano *(1826) editado en Londres por Andrés Bello. La figura europea de la libertad con un gorro frigio saluda a América, representada en la forma tradicional europea como una mujer amerindia con los pechos desnudos.*

No es necesario identificarse con los intereses y prejuicios de las élites criollas para reconocer los desafíos que los sudamericanos enfrentaban en el momento de la descolonización. La "independencia" no era un proceso conocido, sino que estaba improvisándose al mismo tiempo que los

por las élites blancas estadunidenses. Todo lo que aquí expreso sobre la estética y la ideología criollas poscoloniales en América del Sur tiene muchos paralelos en los Estados Unidos, donde el término "criollo" no se usa, pero probablemente debería usarse.

escritores escribían. Las palabras "descolonización" y "neocolonialismo" no existían. En las Américas, del Norte y del Sur, esta primera ola de descolonización significó, en verdad, embarcarse en un futuro que trascendía la experiencia de las sociedades europeas (como sigue siendo hoy). Después de todo, no fue en Europa donde instituciones "europeas" como el colonialismo, la esclavitud, el régimen de plantaciones, la *mita*, el tributo colonial, las misiones de corte feudal, fueron vividas como historia, lengua, cultura y vida cotidiana. En este sentido, Hispanoamérica en el momento de su independencia era sin duda un Nuevo Mundo, porque había iniciado un camino de experimentación social para el cual la metrópoli europea brindaba escasos precedentes. Los de las élites autorizadas para construir nuevas hegemonías en América se veían forzados a imaginar muchas cosas que no existían, incluyendo su propia existencia como ciudadanos-súbditos de la América republicana.

Permítaseme puntualizar algunas operaciones de este imaginario en la "Silva a la agricultura de la zona tórrida", de Andrés Bello. Ya señalé anteriormente que las primeras líneas del poema ("¡Salve, fecunda zona...!") vuelven a representar el gesto de apropiación de Humboldt al *re*descubrir América como naturaleza primigenia: gesto repetido, es decir, la repetición de Colón por Humboldt. No obstante, el punto importante es que Bello repite el descubrimiento *sólo como gesto*. Después de sesenta versos de rapsodia de la naturaleza, el poema de Bello cambia abruptamente de dirección y pasa de la celebración a la exhortación. El poeta exhorta a sus lectores a "cerrar las hondas heridas de la guerra", a ponerse a trabajar para reclamar el terreno virgen:

> Cerrad, cerrad las hondas
> heridas de la guerra; el fértil suelo,
> áspero ahora y bravo
> al desacostumbrado yugo torne

del arte humana, y le tribute esclavo.
Del obstruido estanque del molino
recuerden ya las aguas el camino;
el intrincado bosque el hacha rompa,
consuma el fuego; abrid en luengas calles
la oscuridad de su infructuosa pompa.
Abrigo den los valles
a la sedienta caña;
la manzana y la pera
en la fresca montaña
el cielo olviden de su madre España;
adorne la ladera
el cafetal...[9]

Después de poner en escena la fantasía primigenia del veedor europeo, Bello hace nacer el futuro transformador con el que el veedor europeo sólo sueña, aunque su presencia lo presupone. Se introduce una visión social en el vacío paisaje de la *disponibilité*. Tímidamente fundacional, el texto explaya su versión de la narrativa difusionista del progreso, tratando de legitimarla como un proyecto colectivo y hegemónico.

Es interesante observar algunos detalles de la visión respecto al proyecto. La fantasía de Bello de la nueva América es agraria y no capitalista, y notablemente ni industrial, ni urbana ni mercantil. Por ejemplo, en marcado contraste con Cristóbal Colón y la vanguardia capitalista, los minerales están ausentes del inventario de riquezas naturales que hace Bello, y su exhortación al trabajo no incluye la minería. Tampoco el comercio forma parte de la receta. Dejando de lado a Virgilio, esto no parece ser una decisión puramente literaria. Esas ausencias son notables, teniendo en cuenta el hecho de que para los capitalistas, tanto europeos como

[9] Andrés Bello, "Silva", *Antología...*, *op. cit.*, líneas 203 y *ss.*

americanos, el comercio y los minerales eran los intereses fundamentales en las luchas por la independencia. Bello pasa resueltamente del modo pastoril al agrario (de las *Geórgicas*), pero nunca al industrial o mercantil. Las prescripciones consumistas de la vanguardia capitalista y sus críticas a la falta de "gusto" de los hispanoamericanos están totalmente ausentes. Por el contrario, Bello exhorta a los habitantes de las nuevas repúblicas a rechazar los enervantes males de las ciudades a favor de una vida campestre y sencilla:

> Oh, jóvenes naciones, levantad
> al asombrado Oeste vuestras testas
> de nuevo coronadas de laureles,
> honrad el campo, honrad la vida humilde
> del labrador y su frugal simpleza.[10]

En su exhortación a los humildes labradores que no le tienen miedo al trabajo, Bello comparte la crítica europea burguesa a la sociedad provinciana tradicional, que no pudo dominar su entorno para mejorarlo. Y al mismo tiempo, ni la mano de obra asalariada ni el consumismo, ni la pulcritud ni el confort ocupan lugar alguno en la exhortación de Bello a llevar una vida simple y frugal en el campo. Entonces, tal vez el punto de vista no industrial, pastoril, de su "Silva" no deba ser entendido como meramente nostálgico o reaccionario, sino como una respuesta dialógica a la mirada mercantilizante, codiciosa, de los ingenieros ingleses.

Al igual que en otros textos que examinaré más adelante, en el poema de Bello "la tierra baldía" americana es un hecho de la historia, *así como también* (y no en vez) de la naturaleza. A España se le define como la fuerza retrógrada cuya "bárbara conquista" —leemos— destruyó los campos

[10] *Ibidem*, versos 351 y ss.

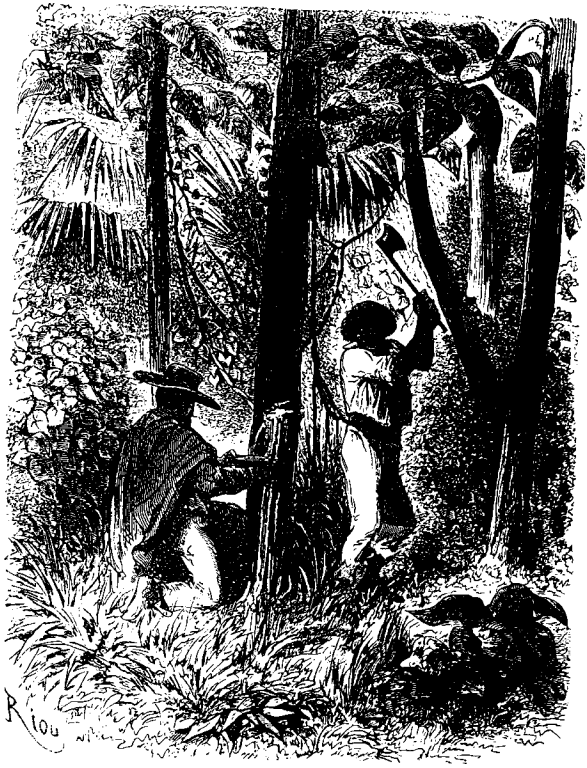


FIGURA 33. *La savia del árbol sandi (palo de vaca). Grabado hecho por E. Riou a partir de la obra de Paul Marcoy,* Travels in South America *[Viajes en América del Sur], 1875.*

y las ciudades de Atahualpa y Moctezuma; los hijos de América deben expiar ahora esa pérdida. El paisaje —se dice en "Silva"— debe "olvidar a su madre española".[11] Los últimos versos del poema equiparan la derrota española con el cruce de los Andes, como grandes hazañas por las cuales la

[11] *Ibidem,* versos 302 y ss. Atahualpa y Moctezuma fueron los gobernantes de los imperios inca y azteca, respectivamente, en el momento del primer contacto con los españoles.

posterioridad inmortalizará a los nuevos americanos. Así, la imagen canónica de las montañas coronadas de nieve es incorporada a la visión cívica republicana.

No obstante, de un modo curioso los límites de la empresa emancipadora salen a la superficie en el lenguaje que Bello usa para imaginar su paraíso agrario americanista. Los lectores que se interesan por el estilo habrán quizá notado que en las líneas citadas antes, la sintaxis deja sin especificar ciertos agentes. ¿Los brazos de quién manejarán el hacha que derribará los árboles? ¿Quién plantará los cafetos que han de adornar las laderas de las montañas? Como si Bello mismo se sintiera incómodo ante estas cuestiones (o como si anunciara la crítica desconstruccionista), él interrumpe su descripción para plantear una pregunta sorprendente y crucial. Al referirse a la escena que ha descrito, el poeta pregunta: "¿Es éste el ciego error de una vana ilusión?" Como para disipar la duda, por primera y única vez en el poema la figura autoritaria del veedor aparece explícitamente:

> Mírola ya que invade la espesura
> de la floresta opaca; oigo las voces,
> siento el rumor confuso; el hierro suena,
> los golpes el lejano
> eco redobla; gime el ceibo anciano
> que a numerosa tropa
> largo tiempo fatiga;
> batido de cien hachas, se estremece,
> estalla al fin, y rinde la ancha copa.[12]

Sin embargo, la duda persiste. Aquí el "ellos" sigue definido vagamente como una "laboriosa multitud"; y aun esa nebulosa presencia es detectada apenas como un "distante eco". Cuando se trata de relaciones concretas de trabajos y pro-

[12] *Ibidem*, versos 227-235.

piedad, las facultades del veedor parecen esfumarse en el ruido confuso, en los sonidos distantes de un árbol cortado por manos invisibles. En este caso, la pregunta que se impone no es: "¿Dónde está la gente?" sino "¿Quién hace el trabajo?" y "¿Para quién?" Es en ese punto que las aspiraciones liberales parecen tornarse incapaces de autorrepresentarse. Con frecuencia la conciencia cívica criolla parece menos inclinada que Humboldt a imaginar, a representarse a los americanos en cuyo nombre se libraron guerras con España en las que ellos pelearon; a los americanos cuyos afanes habrían de construir las nuevas repúblicas y cuya permanente subyugación constituía la base misma de los privilegios de los euroamericanos. En el ámbito estético (y también en el político) era difícil incorporar las inquietas multitudes americanas.

La misma dinámica prevalece en otra rescatable página humboldtiana: un texto escrito por Simón Bolívar enmedio de las guerras de la independencia. Hacia fines de 1821, 15 años después de haber conocido a Humboldt en París, Bolívar era aclamado como el Gran Libertador de la América del Sur. Dejando la recién fundada República de la Gran Colombia en manos del general Santander, partió con su ejército y su edecán irlandés, Daniel O'Leary, para apoderarse de Quito y Guayaquil, en Ecuador, esperando una oportunidad para atacar uno de los baluartes realistas, el Perú. Quizá para matar el tiempo, Bolívar organizó una expedición para escalar —cómo podía ser de otro modo— el Chimborazo. Y quizá también para matar el tiempo, escribió un relato de la experiencia, en el que aparece Humboldt como punto de referencia fundamental. "Busqué las huellas de La Condamine y de Humboldt —dice—. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas, y quise subir al atalaya del universo."[13]

[13] Simón Bolívar, "Mi delirio en el Chimborazo", *Escritos fundamentales*, p. 235.

El ascenso de Bolívar fue, aparentemente, el primer intento oficial de escalar el Chimborazo desde el fallido esfuerzo de Humboldt en 1802. Recordando el impresionante relato de Humboldt de los efectos físicos de la altitud, Bolívar cuenta cómo "llegó a la región glacial" donde "el éter cortaba el aliento". Al acercarse al lugar donde (como hace notar) Humboldt se había visto obligado a retroceder, el americano es "capturado por la violencia de un espíritu para mí desconocido" que le permite seguir. "Dejé atrás las huellas de Humboldt", para llegar por fin "a los eternos cristales que rodean al Chimborazo".[14] Ya en la cima, Bolívar se entrega a una visión delirante, en la que el ascenso al Chimborazo se convierte en una alegoría de su épica misión política como Libertador de las Américas. Aparece entonces el "padre de los siglos" y le dice a Bolívar que los logros humanos son insignificantes en presencia del infinito: "¿Por qué desmayáis, niño o viejo, hombre o héroe? [...] ¿Creéis que vuestras acciones tienen algún valor en mi presencia?" Identificando la cruda altitud con el crudo poder, Bolívar replica: "¿Qué mortal no desmayaría, habiendo subido tan alto? [...] Domino la Tierra con mis pies; toco la eternidad con las manos [...] en tu rostro leo la historia del pasado y los pensamientos del destino". Luego el espíritu le indica que "observe y aprenda", para "pintar para los ojos de tus semejantes el cuadro del universo físico, el universo moral [...] para decirle la verdad a la humanidad". Después Bolívar vuelve en sí al oír "la voz tonante de Colombia".[15]

Si bien sigue las huellas cósmicas de Humboldt, nada podría ser más opuesto al repertorio imaginativo y verbal de Humboldt que este delirio místico y su inocultable alegoría paternal/imperial. Mientras que en sus escritos Humboldt trató de ocultar su condición de sujeto histórico y po-

[14] *Ibidem.*, p. 236
[15] *Ibidem*, p. 237.

lítico, es ése precisamente el reconocimiento que Bolívar pide para sí en la cumbre del Chimborazo. El modo de representación de Humboldt depende de una distinción ideológica entre conocimiento y conquista; el relato de Bolívar, en cambio, junta uno y otra, para hacer de la naturaleza una alegoría de la historia humana e incorporar la historia humana dentro de la eternidad. Nada podría contrastar más con el estetizado cientificismo de Humboldt que el severo simbolismo invocado por Bolívar. Para Humboldt, es la ciencia la que revela las "fuerzas ocultas" del cosmos, según lo expresó, y no el misticismo, el delirio, el ideal revolucionario o la falta de oxígeno.

En términos de viaje y de discurso, entonces, Bolívar deja atrás las huellas de su predecesor europeo; pero sólo después de haberlas transitado en primer lugar. En cierto modo, la viñeta de Bolívar resume el lugar que ocupa Humboldt en las letras criollas tempranas: es un punto *desde el cual* parte la conciencia americanista, y *más allá del cual* pretende avanzar. El "modo estético de tratar los temas de la historia natural" propio de Humboldt volvió a presentar una América en un estado primigenio, desde el cual habría de ascender a la gloriosa eurocivilización. En el mito que se desprendió de sus escritos (y del cual Humboldt no debe haber sido el único responsable) América era imaginada como una tierra vacía y sin dueño; las relaciones coloniales estaban fuera de escena; la presencia del viajero europeo no era cuestionada. He llamado a esta configuración una "anticonquista", expresión de un incipiente proyecto expansionista en una forma mistificada. Como espero mostrar, fue la mistificación misma la que hizo que los escritos de Humboldt fueran especialmente útiles para los líderes e intelectuales criollos que trataban de elaborar una nueva representación de sus sociedades y de ellos mismos.

Esperar hasta que oscurezca

Cuando leemos los textos literarios canónicos del periodo de la independencia en Hispanoamérica, nos sorprende advertir con cuánta frecuencia es invocado Humboldt como un gesto inicial para inaugurar (y presumiblemente legitimar) las aspiraciones intelectuales e imaginativas específicamente criollas. Y esas aspiraciones, a su vez, son a menudo expresadas en términos alegóricos abstractos que, como quiero señalar, mantienen en suspenso algunas de las contradicciones implícitas en el intento de legitimar sociedades jerárquicas a través de ideologías igualitarias.

En otro texto clásico de la década de 1820, el poeta cubano José María Heredia repite el ascenso de Humboldt a la pirámide de Cholula en México, descrito en *Vistas de las Cordilleras* (véase la figura 34). Heredia visitó el sitio en 1820, mientras estuvo exiliado de Cuba por razones políticas, debido a sus actividades independentistas. Esa visita dio origen a su famoso poema "En el teocalli [templo] de Cholula". Al igual que Bolívar en el Chimborazo y los poetas románticos europeos que Heredia admiraba, el "yo" del poema trepa a la pirámide en busca de una posición de poder y conocimiento. El poema se inicia en la voz del veedor, con una estrofa de alabanza a la naturaleza americana canónica. "¡Cuánto es bella la tierra que habitaban / los aztecas valientes! En su seno/ en una estrecha zona concentrados, / con asombro se ven todos los climas / que hay desde el Polo al Ecuador..."[16] Aquí se hace alusión, directa o indirectamente, a la famosa observación de Humboldt sobre la ecología vertical de la zona equinoccial (véase la página 242). La estrofa avanza sobre la tríada canónica de las imágenes americanas: los llanos, los bosques, el pico cubierto de nieve:

[16] José María Heredia, "En el teocalli de Cholula", versos 1-5.

... Sus llanos
cubren a par de las doradas mieses
las cañas deliciosas. El naranjo
y la piña y el plátano sonante,
hijos del suelo equinoccial, se mezclan
a la frondosa vid, al pino agreste,
y de Minerva al árbol majestuoso.
Nieve eternal corona las cabezas
de Iztaccihual purísimo, Orizaba
y Popocatepec, sin que el invierno
toque jamás con destructora mano
los campos fertilísimos.[17]

Sin embargo, cuando la noche cae sobre esta escena, una nueva visión trae la historia al escenario. La sociedad azteca precolombina desfila frente al poeta, desplegando la "inhumana superstición" en cuyo nombre fue construida la pirámide. La pirámide, razona Heredia, es un recordatorio "de la locura y el furor humanos", semejantes a los que causaron su propio exilio. La tiranía española es equiparada a lo que para Heredia fue la barbarie azteca.

Una vez más, los tropos de Humboldt funcionan como pretexto para una meditación histórica y política americanista, que no es en absoluto humboldtiana sino de corte "criollísimo", como Heredia mismo fuera llamado.[18] Humboldt, por ejemplo, comparó al teocalli con los monumentos de Egipto y el Mediterráneo antiguo, ya que el templo azteca data de "una época en que México estaba en un estado de civilización más avanzado que Dinamarca, Suecia y Rusia". Esta actitud respecto del legado azteca es muy diferente de la expresada por el criollísimo Heredia. Como en otros textos que se analizan más adelante, es más bien el

[17] *Ibidem*, versos 5-16.
[18] José Martí, "Palabras sobre Heredia", *Obras completas*, vol. v, p. 136.

exilio que la exploración lo que sitúa al veedor y crea la otredad entre el que ve y el que es visto. Las dinámicas del descubrimiento se transculturan en un marco de nostalgia y pérdida. Cincuenta años después, refiriéndose a Heredia como "el primer poeta de América", el ensayista cubano José Martí describió el verso de Heredia con un vocabulario humboldtiano: "volcánico como las entrañas [de América] y sereno como sus cumbres". Heredia, dijo, muestra la diferencia entre una selva y un jardín: "en el jardín todo está pulido, podado, cubierto de grava [...] ¿Quién se atreve a entrar en una jungla con un delantal y una tijera de podar?"[19] Así, dos generaciones después el estetizado paisaje silvestre determina un vocabulario crítico americanista.

Son los pueblos indígenas del presente, y no del pasado, los que Esteban Echeverría alegoriza en su largo poema narrativo *La cautiva* (Argentina, 1837), otra obra que arranca desde el tropo humboldtiano del paisaje. En la década de 1830, cuando el poema fue escrito, la luna de miel con los ingenieros ingleses había terminado, y la Argentina nativa de Echeverría había caído en una prolongada guerra civil entre independentistas progresistas, centros de poder tradicionales y nuevas alianzas comerciales trasatlánticas. Sobre el vacío paisaje americano Echeverría no pone en escena una visión utópica, como Bello, sino una distopía moral y cívica. De una manera convencional, *La cautiva* empieza con el paisaje de Humboldt en "Sobre estepas y desiertos": el sol dorando los distantes picos de los Andes, mientras "el desierto, inconmensurable, abierto y misterioso", se extiende como el mar. Y una vez más este paisaje es invocado sólo como gesto. El telón de la oscuridad cae sobre él y vuelve a levantarse, como en la contemplación de Heredia en Cholula, sobre la guerra racial americana. Los indios pampas recorren la nocturna tierra baldía en una horda salvaje, representada —como en Bello— no como una visión sino como

[19] *Ibidem*, pp. 136-137.

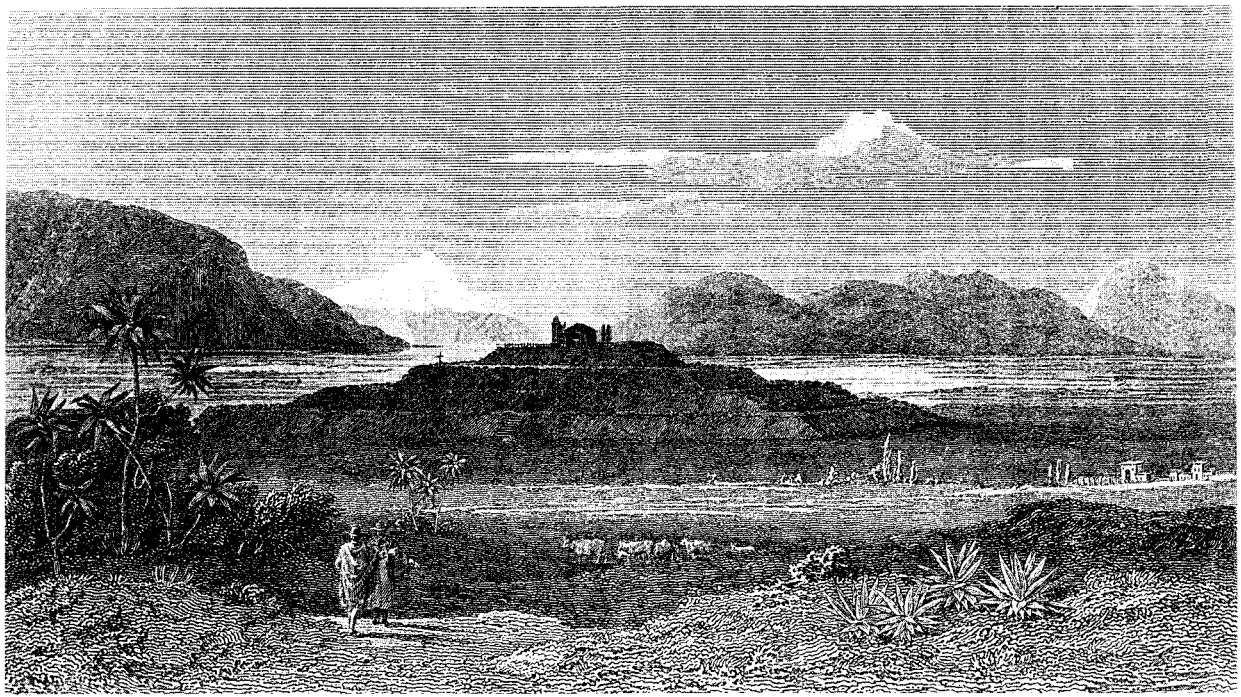


FIGURA 34. *La pirámide de Cholula como está representada en* Views of the Cordilleras *de Humboldt (1814).*

un caos de imágenes desencarnadas y confusos sonidos: "Entonces como el ruido/que suele hacer el tronido cuando retumba lejano/se oyó en el tranquilo llano sordo y confuso clamor:/Se perdió... y luego violento, como baladro espantoso/de turba inmensa, en el viento se dilató sonoroso/dando a los brutos pavor".[20] El suelo tiembla. Una polvareda cubre caballos, lanzas, cabezas, crines; y en un instante (como Bello, como John Barrow), aparecen las interrogantes temerosas: "¿Quién es? ¿Qué insensata turba/con su alarido perturba las calladas soledades/ de Dios? [...] ¿Dónde va? ¿De dónde viene?/¿De qué su gozo proviene? ¿Por qué grita, corre, vuela?"[21] Excepto por los caballos, la representación de Echeverría de los indios pampas es casi idéntica a la de los bosquimanos en la literatura de África del Sur (véase el capítulo II). Tal como en el episodio en que John Barrow y sus hombres caen de noche sobre los bosquimanos, cuando se trata de entrar en la zona de contacto y confrontarse con el objeto del exterminio, el código visual y la autoridad imperial del veedor se deshacen en sonidos, ceguera, confusión. Resulta difícil imaginar que apenas una o dos décadas antes estos mismos indios pampas habían sido buscados como aliados potenciales en las luchas militares por la independencia. Pero ahora se han tornado desconocidos y temibles.

A continuación *La cautiva* dramatiza la derrota de la civilización a manos de la barbarie. Una familia simbólica de colonos —la criolla blanca María, su esposo inglés Brian y su hijita— son perseguidos y brutalmente asesinados por los indios. A diferencia de muchos escritores de décadas anteriores, el poema de Echeverría dramatiza realmente la confrontación indígenas-europeos, la violencia y el terror de la zona de contacto, aunque en la forma más bien misti-

[20] Esteban Echeverría, *La cautiva*, pp. 22-23.
[21] *Ibidem*, pp. 23-24.

ficada de la alegoría romántica racial y familiar. Hablando mecánicamente, la alegoría es evidente: la civilización, encarnada en la tríada constituida por el hombre inglés o euroamericano, la mujer criolla y su hija, pierde la batalla; en *La cautiva* la promesa de la vanguardia capitalista se reduce a un solo cadáver con nombre inglés. El futuro, suponemos, reside en los hombres criollos y sus hijos varones. Pero ¿dónde están ellos? En Buenos Aires, quizá (¿escribiendo largos poemas?) o, como veremos ahora, de viaje rumbo a París. Después de asistir a tres décadas de guerra civil y caos, a Echeverría parecen haberle faltado términos positivos para formular el gran experimento americano. Tanto Europa como América parecen haberle fallado (o él a ellas), porque él, el criollo americano, no tiene un par de ellos en su propia narrativa. En el capítulo I señalé que la narrativa del cautiverio constituía tradicionalmente un contexto seguro dentro del cual era posible narrar los terrores de la zona de contacto, porque la historia es contada por un sobreviviente que ha vuelto, reafirmando así los órdenes sociales europeo y colonial. *La cautiva* de Echeverría, a pesar de su título, hace precisamente lo contrario. Narrada en tercera persona, no en primera, cuenta la otra historia, la de los que no sobreviven al enfrentamiento y no logran crear un orden social blanco.

Pocos años después la alegoría americana fundacional se historiza hasta cierto punto en una obra no ficcional, considerada a menudo la más importante del periodo de la independencia hispanoamericana. Me refiero a la biografía política titulada *Facundo, o Civilización y barbarie* (1845), escrita por el argentino Domingo Faustino Sarmiento. *Civilización y barbarie* es un caso más en que la reinvención humboldtiana de América brinda el punto de partida para un proyecto discursivo claramente criollo, que "deja atrás las huellas de Humboldt". En este caso el proyecto implica una confrontación, no con las incertidumbres del futuro si-

no con las antigüedades del pasado. El ensayo de Sarmiento es una polémica en la que el autor legitima valores criollos liberales desacreditando el legado de las tradiciones coloniales, encarnadas en la figura de Juan Facundo Quiroga, un poderoso líder político y militar del interior de Argentina.[22] *Civilización y barbarie* se apoya en los *Ensayos políticos* de Humboldt, así como también en sus escritos estéticos, en un intento por confrontar la "oscura y bastarda herencia" que aparecía como un obstáculo a las aspiraciones de los criollos "europeizantes".[23] La "barbarie" a la cual, según ellos, se oponía la "civilización" estaba constituida por las sociedades indígenas (aún mayoría en muchas regiones); las poblaciones esclavas y ex esclavas; la sociedad colonial española tradicional, autocrática, conservadora y religiosa; y la mezcla de las tres. El mestizaje era visto como el resultado de la violencia colonial que se ensañó con seres inferiores, cuya propia barbarie los dejaba vulnerables a la conquista europea.

En un estilo tan convencional que debe haber parecido natural, el ensayo de Sarmiento empieza con la tierra baldía: un capítulo sobre "El aspecto físico de la República de Argentina y caracteres, hábitos e ideas que engendra", y un epígrafe en francés tomado de la obra de Humboldt "Sobre estepas y desiertos": "La extensión de las pampas es tan prodigiosa que al norte limitan con bosques de palmeras y al sur con nieves eternas".[24] Desplegando el tropo de la *dis-*

[22] La figura de Facundo Quiroga resucitó vívidamente a partir de 1989 a través del presidente peronista Carlos Menem, oriundo de la provincia de La Rioja, como Facundo. A pesar de ser descendiente de inmigrantes libaneses y musulmán, Menem se apoyó fuertemente en el legado de Facundo, sobre todo por usar espesas patillas, como las que luce éste en los retratos que pueden verse en los libros de texto escolares de la Argentina.

[23] La cita pertenece a *Cantos del peregrino*, el poema de José Mármol citado en el epígrafe. Los versos rezan: "América no puede ser libre todavía/ porque su herencia ha sido de bastarda oscuridad".

[24] Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo o Civilización y barbarie*, p. 23. Curiosamente, Sarmiento atribuye el epígrafe a Francis Bond Head, pro-

ponibilité, Sarmiento presenta la "inmensa extensión" de la Argentina como "totalmente despoblada". El autor ve "inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos". Sarmiento rechaza la celebración humboldtiana de esos espacios vacíos, no obstante, y los resimboliza como "el mal que aqueja a la República de Argentina". Ellos provocan "confusión", dice; y cuando los habitantes de las pampas son incluidos en el cuadro, terror:

> ... el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra, entre celajes y vapores tenues, que no dejan, en la lejana perspectiva, señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo. Al sur y al norte, acéchanla los salvajes, que guardan las noches de luna para caer, cual enjambre de hienas, sobre los ganados que pacen en los campos y sobre las indefensas poblaciones.[25]

Hela aquí otra vez, la indiferenciada horda indígena nocturna. Salvajes, al abrigo de la noche sus miembros invaden el paisaje vacío, dibujando la imagen desencarnada que en todo el planeta legitima las campañas de conquista europeas y simultáneamente afirma la culpabilidad blanca por buscar el amparo de la oscuridad. Esta retórica polarizante, que siempre forma parte de una narrativa expansionista, niega las aspiraciones indígenas a la tierra (ellos siempre surgen de la nada o de algún otro lugar invisible), y al igual niega de cuajo las historias del contacto, como la del que se dio entre los indios de las pampas y el colonialismo español.

bablemente por error, aunque un crítico argentino, Ricardo Piglia, señala que el detalle podría ser intencional y burlón. Una traducción al inglés de *Civilización y barbarie* apareció bajo el título de *Life in the Argentine Republic in the Days of the Tyrants*. La traductora es Mary Mann, quien, junto con su marido, Horace Mann, tuvo un prolongado diálogo con Sarmiento sobre política educacional. Hay una reciente traducción de Kathleen Ross al inglés del *Facundo*.

[25] Sarmiento, *Facundo, op. cit.*, p. 23.

Dejando de lado a los indios, Sarmiento inicia luego una visión oficial de la zona de contacto y su mestizaje cultural. Se aplican teorías europeas de determinismo ambiental a los habitantes mestizos de las pampas, los gauchos. Las vastas llanuras del interior de Argentina, sostiene Sarmiento, prestan un carácter "asiático" (luego, despótico) a la vida humana allí: "el predominio de la fuerza brutal, la preponderancia del más fuerte, la autoridad sin límites y sin responsabilidad de los que mandan, la justicia administrada sin formas ni debates".[26] Pero al mismo tiempo, de un modo que refleja su entusiasta lectura de Francis Bond Head, Sarmiento está fascinado y atraído por la sociedad y las formas de vida del gaucho. El resto del libro despliega con asombrosa claridad el reconocimiento contradictorio y no resuelto de Sarmiento de que la cultura gauchesca "bárbara" (de contacto) que él desprecia brinda elementos singularmente "argentinos", que ejercen una fuerza tremenda sobre las élites descolonizadoras. De una manera inimaginable en Europa, los árbitros de la cultura en la naciente metrópoli argentina tomaron la cultura gauchesca como fuente de una estética de autenticidad ferozmente androcéntrica. Y así también se expresan las contradicciones de la descolonización blanca, en este extraordinario experimento textual.

El cuerpo fundamental de *Civilización y barbarie* está compuesto por una biografía histórica del caudillo (autócrata) provincial Juan Facundo Quiroga. A través del relato de la vida de Facundo y su muerte violenta, Sarmiento explora las dificultades argentinas para consolidarse como nación. En el análisis de Sarmiento, la crueldad de Facundo, su autoritarismo conservador, su inclinación a recurrir a la violencia y a un ejército privado como herramientas políticas básicas ejemplifican la "barbarie" que infecta a la sociedad argentina y obstaculiza el proceso republicano de construc-

[26] *Ibidem*, p. 28.

ción de la nación. Pero, como hemos dicho, al mismo tiempo que condena esa barbarie, Sarmiento transmite una profunda fascinación por la figura de Facundo y por las formas de vida mestizas del interior (donde Sarmiento mismo creció). Aunque condenadas como atrasadas, las provincias del interior —centros de la vida del país bajo la égida española— son simultáneamente reconocidas como fuente de un material cultural auténticamente americano, auténticamente argentino, es decir, de los ingredientes de una formación cultural independiente (y manejable). Más tarde Sarmiento reclamaría el interior para la nueva imaginación nacional, en una obra autobiográfica titulada *Recuerdos de provincia* (1850).

En resumen, pese a sus muchas veces apasionada anglofilia, cuando las élites cultas sudamericanas reflexionaron sobre la naciente sociedad americana en las décadas de 1820, 1830 y 1840, no se limitaron a asumir la visión intervencionista e industrializadora de la vanguardia capitalista. Los viajeros ingleses y franceses eran leídos en Hispanoamérica; los encontramos citados aquí y allá; y algunos periodistas, como Andrés Bello, tradujeron fragmentos de sus escritos. Y sin embargo, al enfrentarse a los desafíos de descolonizar a sus culturas, dominar a las mayorías, reimaginar relaciones con Europa, forjar modos de autocomprensión para las nuevas repúblicas, legitimarse como clase gobernante, proyectar su hegemonía hacia el futuro e imaginar posibilidades para el experimento histórico sin precedentes en el que estaban comprometidos, los hispanoamericanos se volvieron con notable coherencia a la estética americanista utópica codificada por Humboldt, quien la había encontrado, en parte, en ellos.

Sin embargo, interpretaríamos muy mal las relaciones criollas con la metrópoli europea (aun sus dimensiones neocoloniales) si pensáramos en la estética criolla como una simple imitación o una reproducción mecánica de los discursos europeos. Ya señalé que Humboldt era invocado

principalmente como un gesto y punto de partida para otros "criollísimos" proyectos ideológicos e imaginativos. Mucho más correcto será pensar en las representaciones criollas como una *transculturación* de materiales europeos, que eran seleccionados y desplegados en una forma que no reproducía simplemente las visiones hegemónicas de Europa ni tampoco legitimaba, simplemente, los designios del capital europeo. Por ejemplo: los escritores incorporaron reiteradamente el discurso de Humboldt a una problemática de construcción de la nación que sus propios escritos generalmente rechazaban. A diferencia de la apropiación visual de la ciencia y la estética europeas, los escritos sudamericanos proyectaron dramas morales y civiles sobre el paisaje, proyecciones éstas destinadas a legitimar ideológicamente la hegemonía criolla por encima y en contra no sólo de la antigua dominación española sino también del imperialismo francés e inglés, y, lo que quizás sea aún más importante a partir de la década de 1820, destinadas a legitimar también las reivindicaciones democráticas de las poblaciones sometidas de origen mestizo, africano e indígena. El silvestre paisaje de Humboldt brindaba un escenario adecuado para fantasías de guerras raciales, genocidio, etnocidio.

Porque, desde luego, no todos habrían de ser liberados, igualados y fraternizados por las revoluciones sudamericanas, como tampoco por las revoluciones de Francia y los Estados Unidos. Había muchas relaciones de trabajo, propiedad y jerarquía que los libertadores no tenían intención —o esperanzas— de descolonizar. Proyectos liberales como el de Bolívar se encontraron con una feroz resistencia por parte de los sectores de élite tradicionalistas; y los proyectos radicales no llegaron a ninguna parte. Los levantamientos populares, que eran frecuentes, fueron reprimidos. Con respecto a los sometidos —los pueblos indígenas, los esclavos, los sectores de mestizos y de gente de color privados de derechos cívicos, y las mujeres de todos los grupos—, las guerras de la

independencia y sus secuelas reconfirmaron en general el dominio masculino blanco, catalizaron la penetración eurocapitalista y muchas veces intensificaron la explotación. Para los pueblos de las selvas y los llanos, que de manera autosuficiente practicaban una economía de subsistencia, la independencia significó la irrupción de la cultura de la mercancía, el trabajo asalariado, el control estatal y el genocidio en áreas que anteriormente habían estado fuera del alcance de esos instrumentos de la expansión eurocapitalista. Tuvo lugar, por ejemplo, una conversión masiva de tierras interiores en propiedad privada, con lo que se crearon haciendas de diversas dimensiones que requirieron verdaderos ejércitos de obreros asalariados sin tierra. A llaneros y gauchos se les exigieron permisos de paso (salvoconductos), táctica probablemente importada de África del Sur (véase el capítulo II).

Mientras la vanguardia capitalista podía entusiasmarse abiertamente por estos cambios, desde un punto de vista americanista éstos constituyeron contradicciones internas que no podían ser fácilmente abordadas por quienes trataban de afirmar los valores igualitarios y anticoloniales. Tal vez sea por eso que la literatura cívica proyecta con frecuencia alegorías morales abstractas. En una carta escrita en 1826, Simón Bolívar lamentaba lo que había llegado a considerar una suerte de maldición que comprometía permanentemente el futuro de la América del Sur:

> Somos el vil retoño del español predador, que vino a América para sangrarla hasta tornarla blanca y para reproducirse con sus víctimas. Más tarde, la descendencia ilegítima de estas uniones se juntó con los descendientes de los esclavos transportados desde África. Con semejante mezcla racial y tales antecedentes morales, ¿podemos acaso permitirnos poner a las leyes por encima de los líderes y a los principios por encima de los hombres?[27]

[27] Simón Bolívar, Carta a Santander, citada en John Lynch, *The Spanish American Revolutions 1808-1826*, p. 250.

Dos décadas más tarde, en 1847, Domingo Faustino Sarmiento expresó una visión algo más compleja pero igualmente teñida de abstracta desesperanza; exclamaba:

> ¿Cuánto esfuerzo demandará desenmarañar este caos de guerras y desenmascarar al demonio que las provoca, en medio del clamor de los partidos, las odiosas pretensiones de las ciudades capitales, el arrogante espíritu de la provincia vuelta Estado, la [...] máscara de la ambición y los vientos que desde Europa soplan hacia América, trayéndonos sus ideas y artefactos, sus inmigrantes, y obligándonos a entrar en su evaluación de desarrollo y riqueza?[28]

Aquí Europa forma agudamente parte del problema, no de la solución.

La reinvención de Europa

Esa sombría evaluación fue hecha en un texto cuya apariencia, vista retrospectivamente, parece casi inevitable en los albores de la independencia: un libro de viajes criollo sobre Europa. El sujeto criollo poscolonial, como todos los sujetos, se constituyó relacionalmente, con respecto (entre otras cosas) a los españoles, los europeos del norte y los americanos no blancos. Dentro de la sociedad americana, ese sujeto se creó imaginativamente a sí mismo en parte a través de la imagen de la horda indígena construida como su otro bárbaro. Los españoles también eran bárbaros. Fue inevitable que la cultura criolla terminara por reclamar para sí la Europa de Norte: fue inevitable, o así lo parece, que alrededor de 1850 un intelectual criollo escribiera un libro de viajes sobre Europa. Aunque no es inevitable, tampoco es sorprendente que ese intelectual fuera el mismo que escribió *Civiliza-*

[28] Domingo Faustino Sarmiento, *Viajes*, p. 22.

ción y barbarie. De hecho, fue debido a *Civilización y barbarie* que Domingo Faustino Sarmiento fue enviado al extranjero en 1845.

El furor suscitado por el libro fue suficiente para instar al patrón de Sarmiento, el gobierno chileno, a mandarlo al extranjero con el encargo de estudiar los sistemas de educación pública y evaluar el potencial inmigratorio de otros países. Durante dos años visitó Francia, España, Italia, Suiza y Alemania, como también África del Norte y Estados Unidos de Norteamérica.

Lo nuevo no fue que Sarmiento viajara, ni los países que visitó: lo nuevo fue que escribió un libro sobre ello. Era frecuente que los criollos hispanoamericanos viajaran a Europa y a menudo mandaran a sus hijos a estudiar allí, pero en modo alguno produjeron una literatura sobre Europa. Podríamos muy bien pensar que, como sujetos coloniales, carecían de una autoridad discursiva o de una posición legítima de discurso desde la cual representar a Europa. Tal vez dentro de las restricciones coloniales no existiera un proyecto ideológico que pudiera motivar una representación criolla de Europa. (Por cierto, los hispanoamericanos no tenían acceso a las imprentas ni licencias para imprimir.) Así se manifiestan las asimetrías coloniales en los aparatos de escritura: la metrópoli se representa constantemente —y quizá hasta la obsesión— a la colonia, y también exhorta constantemente a la colonia a representarse a sí misma para la metrópoli, en los interminables registros y en la documentación burocrática en que el Imperio español parece haberse especializado. Sin embargo, para las colonias presentar un reclamo ante su madre patria, aun un reclamo puramente verbal, implica una reciprocidad que no concuerda con las jerarquías coloniales.

Los *Viajes* de Sarmiento, que aparecieron en forma de libro en 1849, constan de más de 600 páginas: 11 cartas públicas enviadas a amigos y mentores en América del Sur, un

ensayo que destaca su permanencia en los Estados Unidos, y más de 100 páginas de minuciosas rendiciones de cuentas, centavo a centavo, que nos hacen recordar hasta qué punto Benjamín Franklin fue un ídolo para Sarmiento. Tal como con otros materiales que figuran en este capítulo, no intentaré comentar ampliamente esta obra, sino que me limitaré a señalar algunos aspectos relevantes.

No es sorprendente que Sarmiento inicie sus *Viajes* reflexionando sobre la cuestión de su propia autoridad discursiva. Para cualquier escritor actual, dice Sarmiento en el prefacio, es difícil producir un libro de viajes interesante, ahora que "la vida civilizada reproduce en todas partes los mismos caracteres, los mismos medios de existencia [...] Y mayor se hace todavía la dificultad de escribir de viajes, si el viajero sale de las sociedades menos adelantadas para darse cuenta de que otras lo son más". Luego, dice, "se siente la incapacidad de observar, por falta de la necesaria preparación de espíritu, que deja turbio y miope al ojo, a causa de lo dilatado de las vistas, y la multiplicidad de los objetos que en ella se encierran".[29] En un ejemplo muy cargado de significación, Sarmiento menciona su propia incapacidad para ver en las fábricas otra cosa que incomprensibles pilas de maquinaria. Y si pensara, termina diciendo, que su texto sería comparado con los textos de grandes escritores de viajes como Chateaubriand, Lamartine, Dumas o Jaquemont, "[yo] sería el primero en abandonar la pluma".[30]

[29] *Ibidem*, p. xiv. El título original de 1849 fue *Viajes en Europa, África y América*. El coetáneo de Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, también escribió sobre sus viajes en Europa en 1843-1844, en una serie de trabajos breves recopilados bajo el título de *Veinte días en Génova*. Como Sarmiento, él también escribió sobre sus viajes en América del Sur, concretamente sobre su visita al Paraná y a Tucumán. Aunque de considerable interés, los escritos de viajes de Alberdi carecen de la dimensión de los de Sarmiento, y he dejado su consideración para una ocasión futura. Véase Juan Bautista Alberdi, *Viajes y descripciones*. Con respecto a ciertos detalles sobre los escritos de viaje de Alberdi, estoy en deuda con Elizabeth Garrels.

[30] Sarmiento, *op. cit.*, p. xviii.

Pese a ese gesto de deferencia, Sarmiento sigue escribiendo su narración sin dar señal alguna de la discapacitación espiritual que se adjudica a sí mismo en el prefacio. En efecto, se plantea frontalmente la cuestión crucial: en la era de la independencia, ¿cómo se sitúa el ciudadano y hombre de letras criollo con respecto a Europa? El libro empieza con una fascinante digresión que plantea el problema en forma alegórica. El barco de Sarmiento sale de Valparaíso, Chile, con destino a Montevideo y luego Le Havre, pero como si reflejara las dificultades de Sarmiento para arrancar con su texto, la falta de viento lo deja inmóvil durante cuatro días muy cerca todavía de la costa chilena. Este "no-evento", que viola decididamente la retórica corriente de la literatura de viajes, tiene lugar en las islas Juan Fernández, donde Alexander Selkirk, modelo para Robinson Crusoe, había estado confinado. Por supuesto, Sarmiento y sus compañeros de viaje conocían el episodio (como también lo conocía Maria Graham) y aprovechan la circunstancia para revisar por sí mismos el mito de Crusoe. Bajan a tierra para pasar un día en la isla de Más afuera y quedan atónitos al descubrir que ya está habitada por cuatro náufragos estadunidenses que allí viven, según las palabras de Sarmiento, "sin zozobra por el día de mañana, libres de toda sujeción, y fuera del alcance de las contrariedades de la vida civilizada".[31] Como ese lenguaje lo indica, la relación que hace Sarmiento de la vida en Más afuera conserva algo del espíritu utópico del *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe. Pinta el escritor un paraíso masculinista que, de hecho, mantiene algunas características de la utopía agraria de Bello. En consonancia con los tiempos, es también un paraíso republicano: no hay ningún Viernes esclavizado, y la única jerarquía visible es generacional. Impera allí un *ethos* caballeresco. Los hombres se divierten durante todo un día cazando las ca-

[31] *Ibidem*, p. 9.

bras montaraces que pululan en la isla. (Como el lector recordará, Crusoe capturó y crió a estas cabras; por otra parte, el original Selkirk dijo que acostumbraba bailar con ellas, tanta era su necesidad de compañía humana.) Pero a medida que la narrativa avanza, Sarmiento va desmitificando gradualmente el paradigma utópico. En realidad, los cuatro hombres son desdichados y están divididos, lo que lleva a Sarmiento a sacar la conclusión de que "la discordia es una condición de nuestra existencia, aunque no haya gobierno ni mujeres".[32]

Al igual que *Robinson Crusoe,* el episodio de Más afuera contado por Sarmiento se presta para una lectura alegórica, lo que indica las complejas relaciones del escritor hispanoamericano con las culturas noreuropea, norteamericana y argentina tradicional. En su importantísima escala de civilización, los habitantes de la isla llamada Más afuera están "más afuera" que él, pero no tan afuera como algunos habitantes del interior de la Argentina. Al enterarse de que los forajidos estadunidenses han mantenido un calendario correcto, Sarmiento recuerda la época en que la población de una de las capitales provinciales de la Argentina descubrió, gracias a un viajero que pasaba por el lugar, que en su cuenta del tiempo habían perdido un día. Durante todo un año, se decía, habían estado "ayunando los jueves, oyendo misa el sábado y trabajando el domingo".[33] Parecería que, aun aislados, los angloamericanos son capaces de captar mejor un tiempo racionalizado que los provincianos coloniales.

Alegóricamente, el episodio de Más afuera le permite a Sarmiento situarse con respecto a los múltiples referentes culturales que lo afectan. Con respecto a Europa, él está ligeramente "más afuera", es decir, algo al margen. Pero al mismo tiempo su marginalidad tiene una connotación afir-

[32] *Ibidem,* p. 22.
[33] *Ibidem,* p. 10.

mativa. El transculturado episodio de Crusoe hace el gesto que la terminología contemporánea llama "realismo mágico". De cara a la metrópoli, el realista mágico envía un mensaje desde la frontera: tus ficciones *(Robinson Crusoe)* son mis realidades (isla de Más afuera); tu pasado es mi presente; tu mundo exótico (fuera de reloj) es mi mundo cotidiano (el interior de la Argentina). Sólo recién después de haberse así situado, Sarmiento asume el rol de viajero escritor como mediador cultural. Se levanta el viento y el barco zarpa.

Sarmiento no llega a París, su Meca cultural, como peregrino ni como conquistador, sino como infiltrado. No adopta la posición del veedor, que contempla panorámicamente un París radicalmente diferente de sí mismo. Sarmiento se introduce en París desempeñando el papel del *flâneur,* quien, sostiene, es el observador privilegiado de la ciudad:

> [...] es cosa tan santa y respetable en París el *flâner* [vagabundear]; es ésta una función tan privilegiada, que nadie osa interrumpir a otro [...] El *flâneur* tiene derecho de meter sus narices en todas partes [...] Si usted se para delante de una grieta de la muralla y la mira con atención, no falta un aficionado que se detiene a ver qué está usted mirando; sobreviene un tercero; y si hay ocho reunidos, todos los pasantes se detienen, hay obstrucción en la calle, atrapamiento.[34]

Aunque Sarmiento no establece la analogía, el *flâneur* es, en muchos aspectos, una versión urbana del explorador del interior. Por cierto, sus goces y privilegios, como Sarmiento los describe, recuerdan extraordinariamente a los de los naturalistas. Como el explorador, "el *flâneur* persigue algo que no conoce; busca, mira, examina, pasa, se demora, gira, camina, y arriba al final... a veces a las orillas del Sena, a ve-

[34] *Ibidem,* p. 112.

ces a un boulevard, casi siempre al Palais Royal".[35] París le brinda al *flâneur* la analogía de lo que Humboldt encontró en las regiones equinocciales: una enorme cornucopia, un lugar de interminable y exótica variedad y abundancia, todas las posibilidades presentes al mismo tiempo.

Lo que Humboldt vio en las selvas y las pampas fue visto por Sarmiento en las tiendas de la Rue Vivienne, las colecciones del Jardín des Plantes, los museos, galerías, librerías y restaurantes. Las descripciones de inventario de Sarmiento en París reproducen el discurso de acumulación de Humboldt y su postura de asombro inocente:

> [...] ¿Es usted literato? Entonces consagre un año a leer lo que publican cada día [...] ¿Es usted artista? Aún dura la exposición del Louvre de 1846. Dos mil cuatrocientos objetos de arte, cuadros, estatuas, grabados, jarrones, tapices de Gobelin [...] ¿Gústanle los sistemas políticos? ¡Oh! ¡No entre usted en ese dédalo de teorías, de principios y de cuestiones![36]

En un gesto paródico y transculturador, Sarmiento reenfoca el discurso de la acumulación sobre su contexto de origen, la metrópoli capitalista. Sin embargo, se trata del paradigma metropolitano sin una de sus dimensiones: la de la adquisición. Figura alienada, el *flâneur* no tiene capital, no acumula nada. No compra, no colecciona ni clasifica muestras, ni se imagina transformando lo que ve. Sin embargo, reacciona: Sarmiento, el archi-*flâneur,* reacciona ante el espectáculo de los *flâneurs* y formula una pregunta muy americana y muy republicana: "¿Éste es, en efecto, el pueblo que ha hecho las revoluciones de 1789 y 1830? ¡Imposible!"[37] Una pregunta audaz y arrogante para que la haga un ex colonizado. Y en vísperas de 1848, una pregunta profética.

[35] *Ibidem,* p. 116.
[36] *Ibidem.,* pp. 114-115.
[37] *Ibidem,* p. 112.

El mundo se torna más simple para Sarmiento cuando va a África del Norte, donde su estatus con respecto a la dicotomía civilización/barbarie es claro. Allí, quizá sólo allí, empieza a ser un europeo puro y simple, y un colonialista. De un modo sorprendentemente esquemático, Sarmiento se identifica completamente con los franceses y su proyecto colonial en Argelia. Los beduinos se convierten en la réplica de los gauchos argentinos, primitivos e ignorantes; el mundo se divide en civilización y barbarie mucho más claramente que en el libro de Sarmiento que lleva ese nombre. Sarmiento mismo empieza a expresarse como la vanguardia capitalista: le repugnan la incomodidad y la falta de higiene, la gente que come con las manos. Sólo los europeos pueden salvar al desierto del abandono y la "esterilidad primitiva".[38] En lo que identifica, en parte, con un paraíso fourierista, Sarmiento imagina la futura colonización de Argelia:

> Por doquier la población europea estaba ocupada en los múltiples afanes de la vida civilizada. Vi las planicies hoy desiertas cubiertas de granjas, jardines, dorados campos; y los lagos [...] de formas armoniosas, contenidas sus aguas por ordenados canales.[39]

Y así sucesivamente. Si Argelia es ahora Francia, América, por otra parte, sigue en las garras de árabes; el continente padece, declara Sarmiento, una tendencia

> [...] a cerrar solo por sus soledades, huyendo del trato de otros pueblos del mundo, a quienes no quiere parecérsele [...] No es otra cosa el americanismo [...] [que] la reproducción de la vieja tradición castellana, la inmovilidad y el orgullo árabe.[40]

[38] *Ibidem*, p. 266.
[39] *Ibidem*, p. 270.
[40] *Ibidem*, p. 33.

Años más tarde, como presidente de los argentinos (1868-1873), Sarmiento organizó una serie de campañas genocidas contra los indios pampas y completó la destrucción de la sociedad gaucha independiente. Toda su vida abogó por la educación pública y por la inmigración de europeos para diluir la "herencia de bastardo oscurantismo" que preocupara a Echeverría, Bolívar, Mármol y tantos otros. Al mismo tiempo, legitimadas en parte por *Civilización y barbarie,* las formas artísticas y las formas de vida gauchescas fueron apropiadas por la cultura letrada, para crear lo que llegaría a ser considerado una tradición nacional argentina.

Palabras bárbaras

La América primigenia reinventada a través de Humboldt no fue, en modo alguno, el único paradigma que fundó el incipiente *americanismo literario* del periodo de la independencia, aunque fue muy prominente. Por ejemplo, las escritoras criollas del periodo trazaron mapas de significación muy diferentes. Como es comprensible, ellas no asumieron la posición discursiva androcentrada del veedor, ni siquiera como gesto. Después de todo, en ese paradigma la mujer es el paisaje, lo que equivale a afirmar que el paradigma del paisaje no es un recurso a través del cual las mujeres criollas pudieran fundarse o legitimarse como sujetos.[41] En las décadas de 1830 y 1840, la escritora cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, por ejemplo, escribió poesía americanista de un tipo muy diferente a la de su contemporáneo y compatriota Heredia; y escribió también una novela, pero no sobre la civilización contra la barbarie, sino sobre el amor no correspondido de un noble esclavo mulato por una

[41] Por esta razón el poema de dimensiones épicas llamado *Poema de Chile,* escrito en las décadas de 1930 y 1940 por la gran poeta chilena Gabriela Mistral, constituyó una innovación radical.

criolla blanca.[42] El retrato que hace Avellaneda del viajero americano, citado en el epígrafe a este capítulo, invoca refinadamente los paisajes americanistas convencionales y luego dice que el viajero que los busca sólo encuentra "un gran desierto alfombrado de lava". Los mitos utópicos son "ilusiones ópticas del alma".[43] Avellaneda usa la imagen de un campo de lava seca para simbolizar los sueños perdidos, y así se apoya directa y paródicamente en la fascinación humboldtiana por los volcanes y las fuerzas de energía volcánica.

La prosista argentina Juana Manuela Gorriti alegorizó los dilemas culturales y políticos criollos en formas que con frecuencia invertían las convenciones de sus coetáneos varones. Uno de sus relatos, escrito en la década de 1840, mientras estaba en el exilio (como Sarmiento y Mármol) durante el gobierno del dictador Juan Manuel de Rosas,[44] comienza con lo que Gorriti tituló "Una ojeada a la patria". La ojeada es hecha a través de la mirada de una mujer exiliada que, disfrazada de hombre, vuelve a la hacienda de su infancia. Y su mirada registra un paisaje americano hiperhistorizado, no deshistorizado. La protagonista encuentra la hacienda ocupada por otras personas: por un español, de hecho, que la recibe amigablemente. El paisaje, lejos de hallarse vacío, está lleno de historia: cementerios, ruinas de misiones y haciendas, viejos amigos, narraciones, recuerdos. Las paredes de la casa aún están adornadas con sus pinturas de la infancia. En este relato, la renegociación de las relaciones con las nuevas naciones se basa en la identificación personal con la región, y no en las polaridades abstractas entre criollo y

[42] La novela en cuestión se llamó *Sab* (1841). La poesía de Avellaneda incluye varios poemas con títulos idénticos a textos de Heredia. Ambos escribieron odas al mar, a Washington, al Niágara, al sol, por ejemplo. En algunos casos, como el poema al Niágara, Avellaneda alude explícitamente al antecedente de Heredia.

[43] Gertrudis Gómez de Avellaneda, "El viajero americano", *Antología poética*, pp. 156-158.

[44] Juana Manuela Gorriti, *Sueños y realidades*.

gaucho, criollo e indio o criollo y español. Al parecer, el travestismo es un recurso para imaginar a la mujer como un ciudadano-sujeto republicano (si bien no como un hombre). En otro fascinante relato escrito en el mismo periodo, Gorriti utiliza una trama de incesto para alegorizar las relaciones transculturales entre los criollos y Europa, por una parte, y entre los criollos y los indígenas americanos, por la otra. En "Quien hace mal no espere bien", una niña andina, hija de una indígena violada por un oficial peruano, es hallada y adoptada por un naturalista francés, quien la lleva a Francia y la cría como francesa. Años después, un joven peruano que estudia en París se enamora de ella y la lleva a Perú como su prometida. El legado de la violación y la abducción coloniales vuelve para acosarlos a medida que se desenvuelve la narración. Por último se revela que el padre del joven era el oficial criollo que había violado a la madre de la joven: por lo tanto, la mujer no es francesa sino mestiza y los enamorados son hermanos. Gorriti prefiere dramatizar el entrecruzamiento de las historias de raza y de cultura y no su polarización. Europa, sin saberlo, está infiltrada por América, y viceversa.

Como el relato andino de Gorriti lo indica, Europa y la América criolla no fueron las únicas formaciones culturales en juego en la negociación de la identidad, la subjetividad y la cultura en la América del Sur poscolonial. Aun mientras Andrés Bello exportaba valores europeos desde Londres, las guerras de la independencia catalizaron nuevos contactos internos entre culturas regionales, populares e indígenas. No obstante, no es en el terreno de las letras donde más fácilmente se observa el *mestizaje* cultural que era una cuestión cotidiana en las sociedades multiétnicas de las Américas y también en sus ejércitos. La historia literaria canónica sólo reconoce algunos trazos dejados por las formas artísticas indígenas y mestizas en las actividades de creación cultural de las élites criollas. Los ejemplos más notorios pro-

vienen (como en los Estados Unidos) específicamente de la zona de contacto multicultural de los ejércitos hispanoamericanos, tanto realistas como independentistas. En Perú, por ejemplo, en la década de 1810 un joven poeta y soldado mestizo llamado Mariano Melgar (a quien, entre otras cosas, le gustaba traducir a Ovidio) transculturó una forma de canción quechua andina en una forma poética escrita que llamó *yaraví*. Su trabajo fue un caso temprano de lo que llegó a ser una importante tendencia indigenista en la literatura nacional peruana. En la Argentina, donde el ejército produjo muchas zonas culturales de contacto, una forma de improvisación musical popular llamada *cielito* ingresó en la cultura impresa a través de los folletos y periódicos y fue el origen de gran cantidad de poesía ocasional y política durante el periodo de la independencia. La persona a quien se atribuye la adaptación, Bartolomé Hidalgo, es celebrado en las historias argentinas como el primer poeta nacional. Hidalgo también inauguró lo que llegó a ser una difundida apropiación de la cultura oral gauchesca y su traslado a la imprenta, especialmente las largas improvisaciones en verso y el duelo poético. El cuerpo resultante de literatura gauchesca argentina es grande y singular, e incluye composiciones curiosas, como por ejemplo una versión del mito de Fausto en estilo gauchesco (1866).

Desde luego, los materiales de este tipo no pueden ser absorbidos fácilmente por las ideologías de autenticidad y las narrativas de origen unitarias. Al igual que la expresión autoetnográfica, su poder expresivo depende de la dinámica intercultural de la zona de contacto y de la historia de la subordinación colonial.

Posdata

En uno de los textos fundacionales de la moderna crítica literaria latinoamericana, reveladoramente llamado *Tientos y*

diferencias (1967), el escritor cubano Alejo Carpentier relata una anécdota sobre Goethe. En 1831, contemplando un dibujo de un paisaje donde planeaba construir una casa de campo, Goethe escribió complacido que el lugar era razonable y pacífico, y expresó la esperanza de que, como él mismo, la naturaleza allí hubiera "abandonado sus febriles y alocados cataclismos" para adoptar una "belleza circunspecta y complaciente". Carpentier le replica a Goethe, "arquitecto de la Ilustración", en términos americanistas: Puedes construir la casa que desees, dice, pero "nuestro continente es un continente de huracanes [...] ciclones, terremotos, mareas, inundaciones [...] una naturaleza incontenible, guiada aún por sus impulsos primigenios".[45]

El explícito contraste que Carpentier establece aquí (¡en 1967!) es geográfico, entre un lado del Atlántico y el otro; pero de todos modos, se trata del contraste histórico entre un lado y otro del parteaguas humboldtiano. Y el lenguaje de Humboldt también resuena profundamente en las novelas de Carpentier, y se repite en su concepto de lo real maravilloso de América. La reinvención de América por Humboldt es la fuente tácita que genera la comparación de Carpentier con Europa, el paso perdido presente a través de la figura próxima del mentor de Humboldt: Goethe. Ahora bien, Humboldt está ausente, y ello constituye un punto esencial: Carpentier está desempeñando el papel de Humboldt, ocupando su discurso, tan alegremente como si la historia en modo alguno los separara. De modo que, 150 años después de los *Cuadros de la Naturaleza,* Humboldt sigue siendo un punto de partida para la estética criolla americanista. Y Carpentier se realiza como sujeto euroamericano transcultural, como una suerte de encrucijada criolla que refleja imágenes hacia un lado y otro del océano Atlántico con per-

[45] Alejo Carpentier, "Problemática de la actual novela latinoamericana", *Tientos y diferencias,* pp. 24-25.

turbadora espontaneidad. Para algunos, esa subjetividad transcultural encarna un legado neocolonial de autoalienación; para otros, constituye la esencia misma de la cultura en las Américas. La elección de un lado u otro de la dicotomía determina lecturas muy diferentes de textos neohumboldtianos, como la novela de viajes autobiografíca de Carpentier titulada *Los pasos perdidos* (Cuba, 1953). El protagonista de esta novela es un hispanoamericano, un intelectual criollo que, después de vivir muchos años en Europa, regresa a la América del Sur en una expedición de investigación por el río Orinoco, en busca de los orígenes de la música. Su descripción de la jungla amazónica es una reescritura distópica de Humboldt:

> Al pasar cerca de las orillas, las penumbras logradas por varias techumbres vegetales arrojaban vaharadas de frescor hasta las curiaras. Bastaba detenerse unos segundos para que este alivio se transformara en un intocable hervor de insectos. En todas partes parecía haber flores; pero los colores de las flores eran mentidos, casi siempre, por la vida de hojas en distintos grados de madurez o decrepitud. Parecía haber frutos; pero la redondez, la madurez de las frutas, eran mentidas por bulbos sudorosos, terciopelos hediondos, vulvas de plantas insectívoras que eran como pensamientos rociados de almíbares, cactáceas moteadas que alzaban, a un palmo de la tierra, un tulipán de esperma azafranada. Y cuando aparecía una orquídea, allá muy alto, más arriba del bambusal, más arriba de los yopos, se hacía algo tan irreal, tan inalcanzable, como el más vertiginoso edelweiss alpestre. Pero también estaban los árboles que no eran verdes, y jalonaban las orillas de macizos de amaranto o se encendían con amarillos de zarza ardiente. Hasta el cielo mentía a veces, cuando, invirtiendo su altura en el azogue de los lagunatos, se hundía en profundidades celestemente abisales.[46]

[46] Alejo Carpentier, *Los pasos perdidos*, pp. 165-166.

El lugar ha permanecido casi idéntico desde que Humboldt escribió "Vida nocturna en la selva virgen", en *Cuadros de la naturaleza,* pero muchos de los signos de valor se han invertido. Aquí, en la obra de Carpentier, la cornucopia americana posee no una plenitud del descubrimiento sino de lo incognoscible, un mundo que la conciencia metropolitana no está preparada para descifrar o abarcar. El sujeto criollo masculino se describe preso en la danza de los espejos de la construcción de significado poscolonial, donde hasta el cielo miente a veces. Lo que queda de la certidumbre europea de Humboldt es la orquídea (desde luego) blanca, tan inaccesible aquí como los Alpes.

Alexander von Humboldt murió en 1859, a la edad de 90 años. En Hispanoamérica, en las últimas tres décadas sus diversos centenarios y bicentenarios han dado origen a un vasto cuerpo de bibliografía sobre su figura. En todas esas páginas casi no hay un matiz de crítica. "Los americanos no deben olvidar nunca a Humboldt —dice un comentarista—; los escritos de este estudioso *les han hecho conocer el país* en que viven."[47] En la cultura oficial Humboldt es pensado como *necesario,* como algo que, visto retrospectivamente, *tenía que suceder.* Una y otra vez leemos que "le cupo" a Alexander von Humboldt "darnos una hermosa visión" de América del Sur. "Nuestro paisaje tendría que esperar al siglo XIX para ser tan afectuosa y ampliamente descrito, primero por viajeros extranjeros y después por los escritores nacionales."[48] Un comentarista contemporáneo afirma que "le cupo" a Humboldt porque la población colonial había llegado, de algún modo, a compartir la supuesta falta de sentido estético de los amerindios.[49] En la primavera de 1985 los estadunidenses se deleitaron con un brillante y nostálgico renacimiento de Humboldt, gracias a la revista *National*

[47] Humberto Toscano (ed.), *El Ecuador visto por los extranjeros,* p. 553.
[48] Pascual Venegas Filardo, *Viajeros a Venezuela en los siglos XIX y XX,* p. 15.
[49] Toscano, *op. cit.,* p. 43.

Geographic. Las fotografías y los mapas publicados acometieron la reconstrucción más literal posible de la perspectiva de Humboldt y del mundo primigenio que describió: un ejemplo de la actividad estrictamente americana que Jean Baudrillard llama "simulacro".[50] ¿Deberíamos entonces llegar a la conclusión de que las estructuras de recepción para los escritos americanistas de Humboldt permanecen inalteradas desde 1820? ¿Acaso las relaciones de autoridad, jerarquía, alienación, dependencia, eurocentrismo, que hicieron atractivos los aspectos esencializantes de Humboldt en 1820, están todavía tan atrincheradas que son invisibles? También se puede pensar, alternativamente, que la era posterior a la segunda Guerra Mundial, periodo de subdesarrollo, industrialización y endeudamiento del Tercer Mundo, intervencionismo político y (más recientemente) ecocidio, ha resucitado la necesidad del mito del Edén americano, aunque no sea más que como un recuerdo. Si empezáramos de nuevo, se pregunta esperanzadamente la metrópoli, ¿podrían *ellos* salvarnos a *nosotros*?

[50] Véase Jean Baudrillard, *America*, y *Simulations*.

Tercera Parte

LA ESTILÍSTICA IMPERIAL, DE 1860 A LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

VIII. DEL VICTORIA N'YANZA AL SHERATON SAN SALVADOR

> Aterrizar en este aeropuerto [...] es zambullirse directamente en un estado en el que no hay terreno firme, ninguna profundidad de campo confiable, ninguna percepción tan definida que no pudiera convertirse en su opuesto.
>
> JOAN DIDION, *Salvador*
> (Estados Unidos, 1983)

> Ellos me pusieron en un cuarto y la primera cosa que vi cuando me destaparon los ojos fue la bandera de los Estados Unidos y al otro lado la bandera boliviana, y un dibujo enmarcado, eran dos manos y decía "Alianza para el Progreso" [...] El escritorio estaba lleno de estampillas.
>
> DOMITILA BARRIOS DE CHUNGARA,
> *Si me permiten hablar...*
> (Bolivia, 1978)

SOY MONARCA DE TODO LO QUE VEO

Nadie representó mejor la escena que llamamos "soy monarca de todo lo que veo" que los exploradores británicos que dedicaron toda la década de 1860 a buscar la fuente del Nilo. Así como los linneanos tenían su sistema de clasificación y los humboldtianos su poética de la ciencia, los victorianos optaron por una rama de la descripción verbal cuyo

más elevado propósito era presentar ante la audiencia nacional los momentos cumbre en los que los "descubrimientos" geográficos eran "ganados" para Inglaterra. Modernizada y parodiada, su vívida retórica imperial perdura aún hoy en los escritos de sus herederos poscoloniales, a quienes les queda poco en el planeta para pretender conquistar.

Uno de mis textos favoritos dentro del género del tipo "monarca de todo lo que veo" está en la obra de Richard Burton, *Lake Regions of Central África*, que apareció en 1860 y alcanzó considerable renombre en aquella prolífica y altamente competitiva era de la literatura de viajes. En el fragmento que sigue, en un *tour de force* descriptivo Burton presenta el dramático momento de su descubrimiento del lago Tanganica:

> Nada, en realidad, podría ser más pintoresco que esta primera visión del lago Tanganica, que se extendía sobre la falda de la montaña, bañado por el magnífico sol tropical. De un corto promontorio en la escabrosa pendiente, por la cual el zigzagueante sendero desciende penosamente, una angosta franja de verde esmeralda, jamás hollada y maravillosamente fértil, se escalona hacia una cinta de resplandeciente arena amarilla, bordeada aquí por una corriente llena de juncos, cortada allá por las chispeantes olas. Al frente se extienden las aguas, una prolongación del más puro y suave azul, en una amplitud variable entre 50 y 55 kilómetros, y salpicada por el áspero viento del este, que forma un oleaje espumoso. La pared rocosa que tenemos enfrente es alta y escarpada, de color acerado, coronada aquí por una niebla perlada, levantándose allá contra el aire azuloso. Sus abismos, de color púrpura oscuro, bostezan inclinándose hacia las colinas bajas, que aparentemente mojan sus pies en el agua. Hacia el sur, y en oposición al punto largo y bajo detrás del cual el río Malagarazi descarga el fango rojo suspendido en su violenta corriente, yacen los cabos y las puntas de Uguhha, y forzando la vista, se divisa un

> puñado de islotes que tachonan el mar hasta el horizonte. Aldeas, tierras cultivadas, las frecuentes canoas de los pescadores sobre las aguas; y si uno se aproxima se oyen los murmullos de las olas que rompen en la playa, dando un algo de variedad, de movimiento, de vida al paisaje que, como todas las mejores perspectivas de estas regiones, no anhela sino un poco de la pulcritud y el acabado perfecto del arte —mezquitas y quioscos, palacios y aldeas, jardines y huertos— contrastando con la profusa lujuria y magnificencia de la naturaleza, y diversificando el ininterrumpido espectáculo de la vegetación, para rivalizar con los más admirados escenarios de las regiones clásicas, si no para superarlos.[1]

Desde luego, las descripciones desde los promontorios son muy comunes en la literatura romántica y victoriana. Como lo ilustran muchos ejemplos ya analizados en este libro, dentro del contexto de la literatura de exploración ese recurso se utiliza para cumplir determinada tarea de construcción de significado que, a primera vista, puede parecer un gran desafío. El pintor verbal debe convertir en enormemente significativo algo que es, sobre todo desde un punto de vista narrativo, prácticamente un no-hecho. Por regla general, el "descubrimiento" de sitios como el lago Tanganica requería que el interesado se trasladase a la región y preguntara a los lugareños si en la zona había grandes lagos u otros accidentes geográficos similares, luego de lo cual los contrataba para que lo llevaran. Entonces, con la guía y el apoyo de los habitantes del lugar, el explorador procedía a descubrir lo que aquéllos ya conocían.

Crudamente expresado, entonces, en ese contexto el descubrimiento consistía en un gesto que convertía los conocimientos (discursos) locales en conocimientos europeos nacionales y continentales, asociados con formas y relacio-

[1] Richard Burton, *The Lake Regions of Central África: A Picture of Exploration* (1860), vol. II, p. 43.

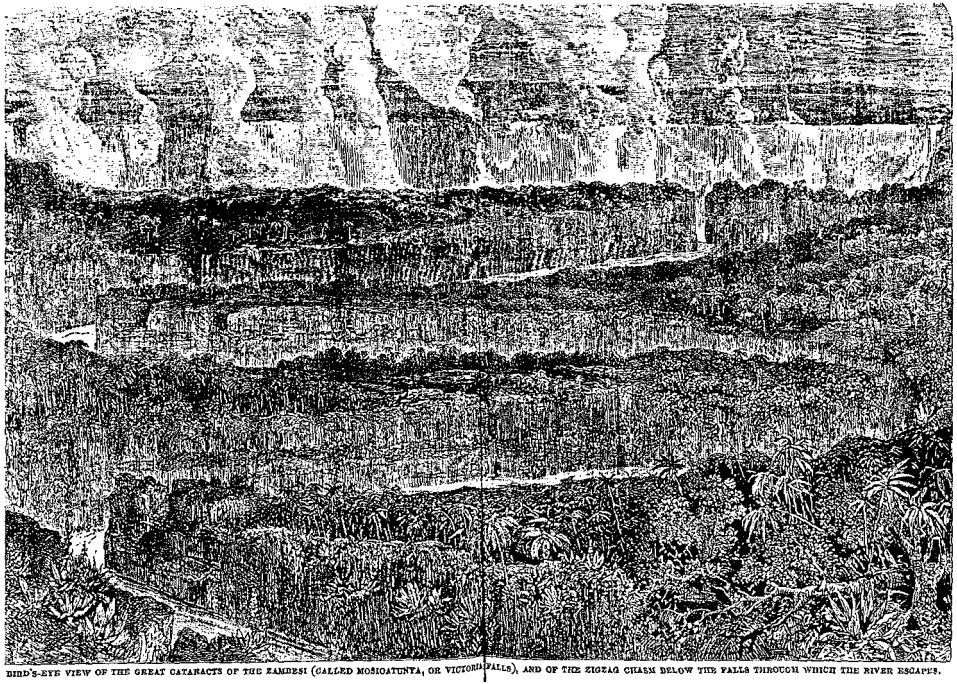
nes de poder europeas. Por supuesto, plantear la cuestión de este modo equivale a dejar de lado agresivamente lo que en realidad constituyó la dimensión heroica de esta clase de descubrimiento: la superación de todos los obstáculos geográficos, materiales, logísticos y políticos que se oponían a la presencia física y oficial de los europeos en lugares como, por ejemplo, África Central. Quiero destacar las contradicciones de la perspectiva heroica. En fin de cuentas, el acto mismo del descubrimiento —en cuyo nombre se sacrificaron incontables vidas y se soportaron intolerables sufrimientos— consistió en lo que la cultura europea considera una experiencia puramente pasiva: mirar. Ahora bien, en la situación de Burton en el lago Tanganica, los rasgos heroicos del descubrimiento fueron particularmente problemáticos. Burton había estado tan enfermo que tuvo que ser transportado por sus ayudantes africanos. Su compañero, John Speke, aunque en condiciones de caminar, había quedado ciego por causa de las fiebres y, por lo tanto, en el momento crucial estuvo literalmente incapacitado para descubrir nada. Aunque la ordalía necesaria para hacer el descubrimiento es inolvidablemente concreta, en este paradigma plenamente victoriano el "descubrimiento" mismo, aun dentro de la ideología del descubrimiento, no tiene existencia propia. Sólo se lo "da por real" después de que el viajero (u otro sobreviviente) vuelve a casa y le da vida a través de los textos: un nombre en un mapa, un informe presentado a la Real Sociedad Geográfica, el Ministerio del Exterior, la London Mission Society, un diario de viaje, una conferencia, un libro de viajes. Allí, el lenguaje está cargado con la construcción del mundo de la manera más auténtica, y con grandes riesgos. Como los exploradores pronto se dieron cuenta, corrían ríos de dinero y de prestigio en función del crédito que se obtuviera con base en la credibilidad de las hazañas.[2]

[2] En la primavera de 1990 se produjo el lanzamiento de una versión

Al analizar la retórica victoriana del descubrimiento, encontré conveniente identificar tres medios convencionales para dar valor cualitativo y cuantitativo al logro del explorador. El texto de Burton que acabamos de citar lo ilustra bien. En primer lugar, es evidente que el paisaje está *estetizado*. La vista es considerada una pintura y, por ende, la descripción está ordenada en términos de primer plano y fondo, simetrías entre el agua bordeada de espuma y las montañas festoneadas de niebla, etc. En el texto de Burton se emplea una retórica binaria, que funciona a base de distinguir entre frente o atrás, grande o pequeño. Es importante señalar que dentro de los términos del texto, el *placer* estético de la vista constituye por sí solo el valor y la significación del viaje. Al final del pasaje citado, Burton resume todo: "¡Fue verdaderamente un deleite para la vista y el alma! Olvidando las fatigas, los peligros y lo dudoso de nuestro regreso, me sentí dispuesto a soportar el doble de lo que ya había soportado; y todo el grupo compartió mi regocijo".

En segundo lugar, en el pasaje se busca *densidad de significado*. El paisaje está representado como extremadamente rico en sustancia material y semántica. Esa densidad se logra especialmente a través de un enorme número de modificadores adjetivos: casi no hay sustantivo en el texto que no esté modificado. Nótese también que muchos de los modificadores derivan de sustantivos (como "coronado" y "atrincherado"), lo que agrega densidad al introducir objetos o materiales adicionales en el discurso. En este aspecto son de particular interés una serie de expresiones de color: "verde *esmeralda*", "*nevada* espuma", "montaña de un color *acerado*", "niebla *perlada*", etc. A diferencia de los adjetivos

heroica hollywoodense de la aventura de Burton y Speke, titulada *The Mountains of the Moon*. Siguiendo una tendencia que se desarrolló en la década de 1980 (*Out of Africa, The Jewell in the Crown, A Passage to India, Lord Greystoke*, etc.), la nostalgia imperialista brinda una respuesta cultural al absoluto fracaso de la modernización en África al estilo occidental.



BIRD'S-EYE VIEW OF THE GREAT CATARACTS OF THE ZAMBESI (CALLED MOSIOATUNYA, OR VICTORIA FALLS), AND OF THE ZIGZAG CHASM BELOW THE FALLS THROUGH WHICH THE RIVER ESCAPES.

FIGURA 35. *Frontispicio de David Livingstone,* Narrative of an Expedition to the Zambesi (1865).

de color simples, estos términos agregan a la descripción referentes materiales que, desde el acero a la nieve, vinculan explícitamente el paisaje con la cultura nativa del explorador, salpicándolo con pedacitos de Inglaterra. El vocabulario científico está totalmente ausente.

En cuanto a la tercera estrategia, a lo largo de todo este libro la hemos discutido, de un modo u otro: hablamos de la relación de *dominio* que se predica entre el que ve y el que es visto. La metáfora misma del cuadro es sugerente. Si la escena es un cuadro, entonces Burton es tanto el que contempla, para juzgarlo y apreciarlo, como el pintor verbal que lo presenta ante los otros. De la analogía del cuadro se desprende, además, que lo que Burton ve es lo único que hay y que el paisaje estaba destinado a ser contemplado desde su punto de vista. Así, la escena está ordenada deícticamente con referencia a su punto de mira, y es estática.

La relación espectador-cuadro implica también que Burton tiene la facultad, si no de poseer, por lo menos de evaluar la escena. Y de modo notable, lo que según él falta es más arte, teniendo en cuenta que se equipara el arte (mezquitas, palacios, jardines) con la alta cultura y las instituciones del Mediterráneo. Evidentemente, las aldeas y los cultivos africanos ya mencionados no son suficientes *estéticamente.* Aquí, la estética no cristiana y mediterránea refleja las profundas ambivalencias del inconformista de Burton respecto de la cultura inglesa victoriana, sus rígidas bases de familia y de clase, su moral represiva y sus arrogantes designios coloniales. (Él ya había consolidado su fama haciendo un peregrinaje a la Meca disfrazado de árabe, en un momento en que ser descubierto probablemente le hubiera costado la vida.) Al mismo tiempo, describir la misión civilizadora como un proyecto estético es una estrategia que Occidente ha usado con frecuencia para definir a los otros como disponibles y necesitados de su benigna y embellecedora intervención. Otro explorador del Nilo, James Grant,

en un relato escrito un año o dos después del de Burton, aportó los elementos que faltaban en una de sus escenas de descubrimiento. Al llegar al lago Victoria N'yanza, informó, se sintió inspirado para hacer un boceto, "y lo poblé de vapores y barcos imaginarios anclados en la bahía", además de los botes africanos que ya había mencionado. Es frecuente que en tales escenas se convoque a la mano de obra indígena para que verifique los logros europeos. "Todo el grupo compartió mi regocijo", afirmó Burton en el lago Tanganica; y Grant observa que "hasta los más dormidos de los wanyamuezi se acercaron para echar una mirada [...] Los seedes estaban extasiados".[3] En cuanto a los miembros africanos del "grupo", es indudable que también compartían la excitación de la búsqueda en expediciones como éstas. La convención literaria que ordena que sus reacciones confirmen los logros de los europeos subordina su respuesta, les asigna la tarea de llevar el equipaje emocional de sus amos, junto con el material.

La escena del tipo "monarca de todo lo que veo" parecería implicar una interacción particularmente explícita entre estética e ideología, en lo que podríamos llamar una retórica de la presencia. En la presentación de Burton, si la tomamos literalmente, las cualidades estéticas del paisaje constituyen el valor social y material del descubrimiento para la cultura nacional de los exploradores, al mismo tiempo que sus deficiencias estéticas indican una necesidad de intervención social y material por parte de la cultura europea. El joven compañero y rival de Burton, John Speke, se apoyó en la misma ecuación para expresar su desilusión cuando uno de sus descubrimientos falló. Cuando acompañó a Burton en su expedición al Nilo, Speke estaba convencido de que la fuente del Nilo se encontraría en el lago Victoria

[3] James Augustus Grant, *A Walk Across Africa, or Domestic Scenes from my Nile Journal,* p. 196.

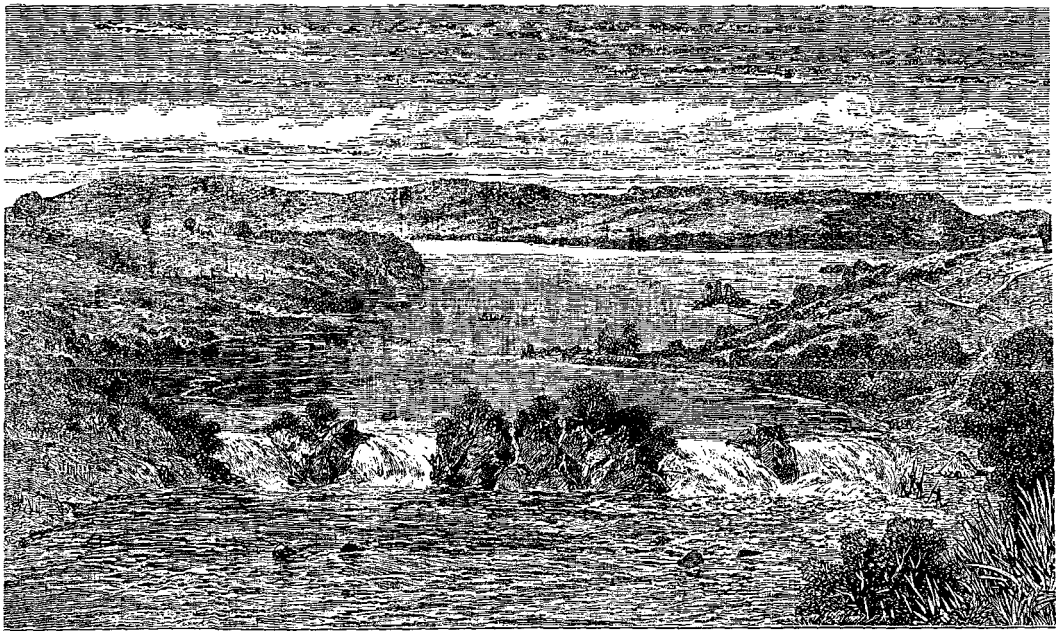
N'yanza (como después fue llamado). En una famosa disputa, su mentor Burton rechazó de plano la hipótesis, que finalmente resultó cierta. Para confirmar su hipótesis Speke hizo una segunda expedición, en compañía de James Grant. Los resultados fueron decisivos, pero como la segunda expedición no logró relevar cartográficamente toda la circunferencia del Victoria N'yanza, el reclamo de Speke permaneció técnicamente sujeto a confirmación. Tal vez muchos lectores conozcan la enconada polémica que se inició, ya de vuelta en Inglaterra, entre Burton y Speke, que terminó con el supuesto suicidio de este último. Speke escribió su relato de la expedición *(Journal of the Discovery of the Source of the Nile,* 1863) en medio de la polémica. De un modo sorprendentemente esquemático, Speke alegorizó su decepción y su angustia filial en la escena del descubrimiento que cierra su narración. El pasaje que se cita más abajo despliega muchos elementos del tropo "monarca de todo lo que veo": el valor de la vista se expresa en términos de placer estético; el grupo acompaña espontáneamente, se menciona la libreta de apuntes, pero el espectáculo mismo se expresa como una decepción (las cursivas son mías):

> Fuimos bien recompensados; porque "las piedras", como los waganda llaman a las cascadas, eran con mucho *el paisaje más interesante* que yo había visto en África. Inmediatamente *todos corrieron a mirarlo,* aunque la marcha había sido larga y fatigosa, y hasta reclamaron *mi cuaderno de apuntes. Aunque hermosa, la escena no era exactamente lo que yo había esperado:* porque la amplia superficie del lago quedaba oculta a la vista por una estribación montañosa; y las cascadas, de unos cuatro metros de profundidad y entre 120 y 150 de ancho, estaban *interrumpidas por rocas.* Sin embargo, la vista atraía por horas: el rugido de las aguas, los miles de peces migratorios que remontaban las cascadas con toda fuerza, los pescadores wasoga y waganda que partían en botes y se apostaban en cada

> roca, con sus cañas y anzuelos; los hipopótamos y cocodrilos tendidos perezosamente en el agua; el ferry más allá de la caída de agua, y el ganado bebiendo en las orillas del lago; todo esto, unido a la *bella naturaleza* de la región —sierras bajas y herbosas, con árboles en los apriscos y jardines en las laderas— conformaba *el cuadro más interesante* que se pudiera desear ver.
>
> Ahora que la expedición había cumplido su objetivo, veía yo que el viejo padre Nilo nace, sin duda alguna, en el lago Victoria N'yanza; y como ya había afirmado, ese lago es la gran fuente del río sagrado que acunó el primer exponente de nuestras creencias religiosas. Me lamenté para mis adentros, sin embargo, al pensar cuánto había perdido por causa de las demoras en el viaje, que me *habían privado del placer* de ir a contemplar el rincón noreste.[4]

La decepción estética de Speke duplica exactamente su decepción logística. Hay obstáculos que impiden la visión: el fácil flujo del río, como el movimiento del explorador, es interrumpido. Detrás de las rocas, las cascadas y la montaña, está indudablemente el lago Victoria N'yanza, así como estaba el Tanganica para Burton, "bañado por el magnífico sol tropical". Pero Speke no puede verlo; y aún así es sólo la visión, y la descripción escrita de esa visión, lo que constituye un descubrimiento cabal y verdadero. Encerrado en la retórica, y encerrado al mismo tiempo en un enfrentamiento edípico público con Burton, Speke despliega aquí su fracaso, aun cuando proclame su triunfo. La retórica lo usa, y él la usa. La estetización se reduce a las categorías mundanas de lo interesante y atractivo, no de lo sublime; ni las metáforas, ni los adjetivos ni la alusión europea brindan densidad de significado. La pretensión europea de domina-

[4] John Hanning Speke, *Journal of the Discovery of the Source of the Nile*, p. 466.



The Ripon Falls—the Nile flowing out of Victoria N'yanza.

FIGURA 36. *Ripon Falls. Tomado de John Hanning Speke,* Journal of the Discovery of the Source of the Nile *(1863).*

ción y su voluntad de intervención también están ausentes. Speke escribe la escena de los peces, los pescadores, el ganado y el ferry como un todo completo, que no sólo no le pertenece sino que ni siquiera lo interpela. Y la dominación está —si es que está en alguna parte— en los pescadores wasoga y waganda, y Speke es uno más de los miles de peces migratorios que saltan infructuosamente cascada arriba. Y en el párrafo final Speke abandona el tropo monárquico para encontrar significado para sus actos en una serie de imágenes edípicas: el viejo padre Nilo; su antepasado bíblico, el pequeño Moisés; y el innombrado, implacable padre, Burton.

Los blancos nacionalizados y la crítica desde adentro

La solemnidad y el tono autocelebratorio de la escena del tipo "soy el monarca de todo lo que veo" son una virtual invitación a la sátira y la desmitificación. El explorador del Congo, Paul Du Chaillu, contemporáneo de Speke y Burton, fue un explorador-escritor que aceptó la invitación y en 1861 escribió un libro de viajes que habría de perturbar brutalmente la matriz estético-ideológica expresada como "arte e imperio". Du Chaillu era un francoestadunidense cuyo padre había sido comerciante en África Occidental. Mientras los ingleses trataban de "ganar" la fuente del Nilo, Du Chaillu eligió otro enigma: el gorila. En el Congo siempre habían circulado rumores de la existencia de un enorme animal con apariencia humana, pero la curiosidad occidental se había visto apaciguada por los rumores, igualmente vívidos, de que en la región se practicaba el canibalismo. Otro poderoso elemento disuasorio era la fiebre tropical, para no hablar de los traficantes africanos del interior del Congo, que estaban particularmente interesados en proteger sus negocios de la intrusión europea. Pero con el adve-

nimiento del pensamiento evolutivo y las modernas teorías sobre las razas en la década de 1850, la posibilidad de la existencia del gorila adquiría significaciones extraordinariamente nuevas: por ejemplo, como la bestia inferior con la cual los africanos estarían más vinculados que los europeos.[5] Se tornaba, entonces, imperioso para los europeos confirmar o desmentir la existencia de la criatura. Más o menos al mismo tiempo, los progresos en la medicina hicieron que viajar por África fuera más seguro para los europeos. Aunque pocos le creyeron, Du Chaillu "descubrió" al gorila y escribió sobre él en su popular y sensacional *Explorations and Adventures in Equatorial Africa* [Exploraciones y aventuras en el África Ecuatorial] (1861). Es éste un descubrimiento que conlleva tal carga ideológica que desde entonces los occidentales han tenido que volver a representarlo periódicamente. (En 1980 tuvo lugar una nueva representación en la película cinematográfica *Gorillas in the Mist*, [*Gorilas en la niebla*], basada en la vida de Dian Fossey, especialista en primates.)

El "descubrimiento" de Chaillu le dio notoriedad y sus entretenidísimos libros de viajes lo hicieron famoso como escritor satírico y sensacionalista, y también como mentiroso. Como Henry Morton Stanley, otro estadunidense nacionalizado (en este caso, un angloamericano), desafió frontalmente el decoro literario de los caballeros viajeros ingleses y su legitimadora retórica de la presencia, remplazándola por lo que podríamos llamar una retórica de la presencia ilegítima. Consideremos, por ejemplo, lo que sucede con la escena del "monarca de todo lo que veo", en esta escena tomada de la vívida narrativa de la exploración de Du Chaillu. El fragmento empieza como un eco de Burton pero luego se convierte en parodia:

[5] Donna Haraway ha producido un monumental estudio de las múltiples significaciones de los primates en las ideologías occidentales. Véase su *Primate Visions*.

> Desde esta elevación —unos 1 500 metros por sobre el nivel del mar— disfrutaba yo de un panorama despejado hasta donde mi vista alcanzaba. Las elevaciones que habíamos escalado el día anterior yacían tranquilamente a nuestros pies y parecían insignificantes toperas. Por todas partes se extendían los enormes bosques vírgenes y aquí y allá se divisaba el resplandor plateado de un curso de agua. Y allá a lo lejos, hacia oriente, se erguían las azules cimas de la lejana cordillera de la Sierra del Cristal, objeto de mis deseos. El murmullo de los rápidos que corrían más abajo llenaba mis oídos y mientras esforzaba mi vista hacia aquellas distantes montañas que esperaba alcanzar, empecé a pensar qué aspecto tendría esta tierra silvestre si la luz de la civilización cristiana pudiera ser introducida alguna vez entre los negros hijos del África. Soñé que los bosques daban lugar a plantaciones de café, algodón, especias; soñé con negros pacíficos dirigiéndose a sus agradables tareas cotidianas; con granjas y fábricas; con iglesias y escuelas; y afortunadamente, al elevar mis ojos al cielo en este estadio de mis pensamientos vi, colgada de una rama del árbol bajo el cual estaba sentado, una enorme serpiente, que evidentemente se preparaba para engullir a este soñador intruso que había invadido sus dominios.[6]

Una vez más están presentes muchos elementos estándar del tropo imperial: la apropiación del paisaje, los adjetivos estetizantes, el amplio panorama anclado en el contemplador, el veedor. Pero tan pronto como los ojos del explorador se posan sobre el "objeto de sus deseos", una fantasía intervencionista desplaza completamente la realidad del paisaje que se extiende ante él, y esa fantasía se convierte en el contenido de la visión. A diferencia de Burton y Grant, cuyas fantasías consisten en agregar algo aquí y allá para perfec-

[6] Paul Du Chaillu, *Explorations and Adventures in Equatorial Africa*, p. 83.

cionar la escena (una mezquita aquí, un barco de vapor más allá), Du Chaillu orquesta una transformación total y de índole descaradamente colonialista (y estadunidense). Y luego aparece la serpiente para ironizar sobre la fantasía culpable y señalar su culpabilidad. Y al mismo tiempo un doble del soñador y un símbolo del otro, la serpiente (adviértase que es una serpiente, no una víbora) llega directamente del Jardín del Edén trayendo consigo, entre otras cosas, el indeseable (pero bienvenido) conocimiento de que la agradable fantasía pastoril de la plantación es un fruto prohibido que puede llevar a la expulsión del Paraíso. ¿Quién podría saberlo mejor que un estadunidense en la secuela de la Guerra Civil?

Frente a la intrusión de la serpiente, Du Chaillu, el pecador/intruso original, abandona su rol visionario y se aferra al instrumento material fundamental de la misión civilizadora: "Mis sueños de civilización futura se desvanecieron en un momento", leemos. Y luego: "Afortunadamente, yo tenía el arma a mano". Ése fue el fin de la serpiente ("mi negra amiga", la llama), pero no de la sátira, porque entonces "la civilización cristiana, con la que había soñado tan placenteramente momentos antes, recibió un golpe más":

> Mis hombres le cortaron la cabeza a la serpiente, luego dividieron el cadáver en pedazos de un tamaño conveniente, lo asaron y se lo comieron allí mismo; y yo, pobre de mí, hambriento pero mortal civilizado, me quedé mirando, ansiando comer algo pero incapaz de digerir aquello. Eso en cuanto a la civilización, que a su manera es algo muy bueno pero que sirve de poco en un bosque africano, donde la comida escasea.[7]

La escena tiene todas las connotaciones de una comunión, o Última Cena, excepto que el Mesías es un forastero que no

[7] *Ibidem*, p. 84.

quiere compartir la comida y que hasta podría llegar a ser parte de ella. Lejos de compartir y reflejar los paradigmas del valor y deseo del explorador, en la descripción de Du Chaillu "el grupo" actúa en función de valores propios que, de un modo muy sobredeterminado, son incompatibles con los de Du Chaillu. A lo largo de todo el libro Du Chaillu repite constantemente que él no come serpiente ni gorila. ¿Por qué no? Simbólicamente, comer serpiente ("mi negra amiga") equivale a comerse a Satanás (es decir, al africano como otro), y comer gorila plantea el fantasma del canibalismo (es decir, del yo como africano).

Costumbres "civilizadas" imprácticas, ancladas en supuestos "incivilizados" de supremacía blanca: así se despliega el proyecto imperial de Du Chaillu. Así se escinde el sujeto imperial en sus escritos: Du Chaillu es a veces parodiador, a veces parodiado; a veces soñador, a veces desmitificador de su propio sueño; a veces Adán y a veces serpiente; proveedor de civilización y despojado de ella; cazador y presa. Su discurso adquiere así su densidad semántica a través de las contradicciones mismas de la presencia europea en África. Probablemente esta perversa perspectiva esté relacionada con el hecho de que Du Chaillu no es ni europeo ni africano, sino francoestadunidense. Un blanco de doble nacionalidad que escribe en la cúspide de la misión civilizadora, Du Chaillu es por cierto una serpiente temprana en el jardín imperial africano. Treinta años más tarde, fue allí mismo, en el Congo, donde la misión civilizadora se desenmascaró lanzando la sádica y genocida acción del auge del caucho. Desde sus refugios en la montaña, quizá los gorilas vigilaban mientras los europeos se convertían (y se veían unos a otros convertirse) en bárbaros blancos, tan salvajes e implacables como los que siempre habían imaginado que existían en África. Devuelta a Europa a través de la intervención de los intelectuales críticos, la barbarie europea en el Congo llegó a ser uno de los grandes escándalos políticos

de fines del siglo XIX. Entre los testigos europeos había varios hombres blancos de doble nacionalidad, armados con papel y pluma: Henry Stanley, el angloamericano que dirigió el saqueo de África y transformó la literatura inglesa de exploración para adecuarse a la versión oficial; Roger Casement, el angloirlandés que trabajó incansablemente para exponer los horrores que Stanley había desencadenado; y Joseph Conrad, el anglopolaco que convirtió la ruina del Congo en la alegoría del fracaso de Europa. Todos eran hombres blancos cuyas identificaciones nacionales y cívicas eran múltiples y muchas veces conflictivas; todos habían padecido profundamente, en su historia personal y social, las crudas realidades del euroexpansionismo, la supremacía blanca, la dominación de clase y el heterosexismo. Los hombres blancos de doble nacionalidad son los principales arquitectos de la (con frecuencia imperialista) crítica interna del imperio. Más adelante en este mismo capítulo considero la continuidad de esa crítica en la obra del francoargelino Albert Camus y en la del afroamericano Richard Wright.

La dama del pantano

Es difícil imaginar un tropo más decididamente centrado en el género que la escena del "monarca de todo lo que veo". El explorador-hombre pinta/posee el recién develado paisaje-mujer. Pero por supuesto, hubo exploradoras-mujeres, como Alexandra Tinné y Mary Kingsley, que dirigieron expediciones al África, y exploradoras-esposas, como Florence Baker, que acompañaron expediciones Nilo arriba. Al igual que las exploratrices sociales discutidas en el capítulo VI, esas mujeres no demuestran en sus escritos haber pasado mucho tiempo escalando promontorios. Y tampoco estuvieron autorizadas para hacerlo. El discurso heroico y masculino del descubrimiento no es fácilmente accesible a las mu-

jeres, lo cual puede muy bien ser una de las razones por las que hay tan poca literatura de exploración escrita por mujeres europeas. La extraordinaria obra *Travels in West África* (1897), de Mary Kingsley, es probablemente el ejemplo más extenso que existe. Por medio de la ironía y la inversión, ella edifica su propio aparato de construcción de significado, a partir de los materiales del discurso monárquico de dominación e intervención del sexo masculino. El resultado, como señalo más adelante, es una voz femenina monárquica que afirma su tipo de dominación, aun cuando niegue la dominación y se burle del poder.

Kingsley fue a África Occidental cuando tenía alrededor de 30 años de edad como entomóloga e ictióloga, principalmente interesada, o así lo declara, en las formas vivientes de pequeña escala que pueblan los vastos e inexplorados manglares de Gabón. El terreno que ella escogió para ocupar no podía ser más diferente de los brillantes promontorios que sus pares victorianos buscaron. Por cierto, "sus" pantanos, como los llamaba, son un paisaje que los africanos no parecen valorar ni usar, un lugar donde no rechazarían la presencia europea. Cuando Kingsley se describe a sí misma se advierte que no descubre sus pantanos mirándolos o caminando alrededor de ellos, sino deslizándose alegremente sobre su superficie en un bote o metiéndose hasta el cuello en el agua fangosa, enfundada en una pesada camisa y con las botas puestas durante semanas. Su personalidad cómica y autoirónica impresiona indeleblemente a quienquiera que lea su libro. Hela aquí, en un pasaje famoso, recién salida del interior africano y haciendo dedo para llegar a la costa en un pequeño bote con una manta por vela. Como de costumbre, es la única europea y la única mujer del grupo.

> Pese a lo mucho que he disfrutado la vida en África, creo que nunca la disfruté tanto como en aquellas noches cuando bajábamos por el Rembwe. El Rembwe, ese enorme, negro y ser-

> penteante río que tiene en el medio, donde la luz de la luna lo toca, un sendero de helada plata; a cada lado las renegridas paredes del manglar, y por encima de ellas, la franja de cielo estrellado que es posible divisar. Más adelante se recortaba la silueta de nuestro velero, idealizado desde su vela de manta de cama hasta la gloria; y el pequeño resplandor rojizo de nuestro fogón ponía una única nota de color cálido en la fría luz de la luna. Tres o cuatro veces durante la segunda noche, mientras remaba a lo largo de la ribera sur, me di cuenta de que la pared del mangle era más fina y, poniéndome de pie, miré a través de la red de raíces y tallos hacia lo que parecía ser una llanura: eran acres y acres de plata pulida, más ejemplares de esas temibles lagunas fangosas, una de las cuales, antes de que llegáramos a Ndorke, había estado a punto de matarme. Yo las contemplaba, mientras nos deslizábamos perezosamente, con una suerte de fascinación... ¡Ay de mí! Dadme un río en África Occidental y una canoa, y experimentaré el más puro placer. ¿Que tiene desventajas? Sí, pero ¿hay acaso algo que no las tenga? Las únicas desventajas de aquellas noches de Rembwe eran los horribles espantajos junto a los cuales pasaba timoneando hacia las sombras de los árboles y pensando que eran bancos de lodo, o en verdad árboles, tan negros y sólidos parecían. Afortunadamente, nunca dejé de vigilar; sacaba suavemente la canoa de las sombras y me decía que era una tonta, en vez de esperar que otro me lo dijera [...] Por cierto, a la luz del día el Rembwe no era tan encantador y bien se podía dormir durante el viaje, sin remordimientos.[8]

¿Podría haber un mundo más feminizado? El resplandor de la luna ilumina el camino; el bote es una combinación de dormitorio y cocina; Kingsley, la diosa doméstica, vigila y saborea la soledad de su vigilia nocturna. El grupo, lejos de

[8] Mary Kingsley, *Travels in West Africa*, pp. 338-339 (cito de la edición más reciente).

CROSSING A MANGROVE SWAMP, WITH THE TIDE OUT.

FIGURA 37. *"Cruzando un manglar con marea alta", tomado de Du Chaillu,* Explorations and Adventures in Equatorial Africa *(1861).*

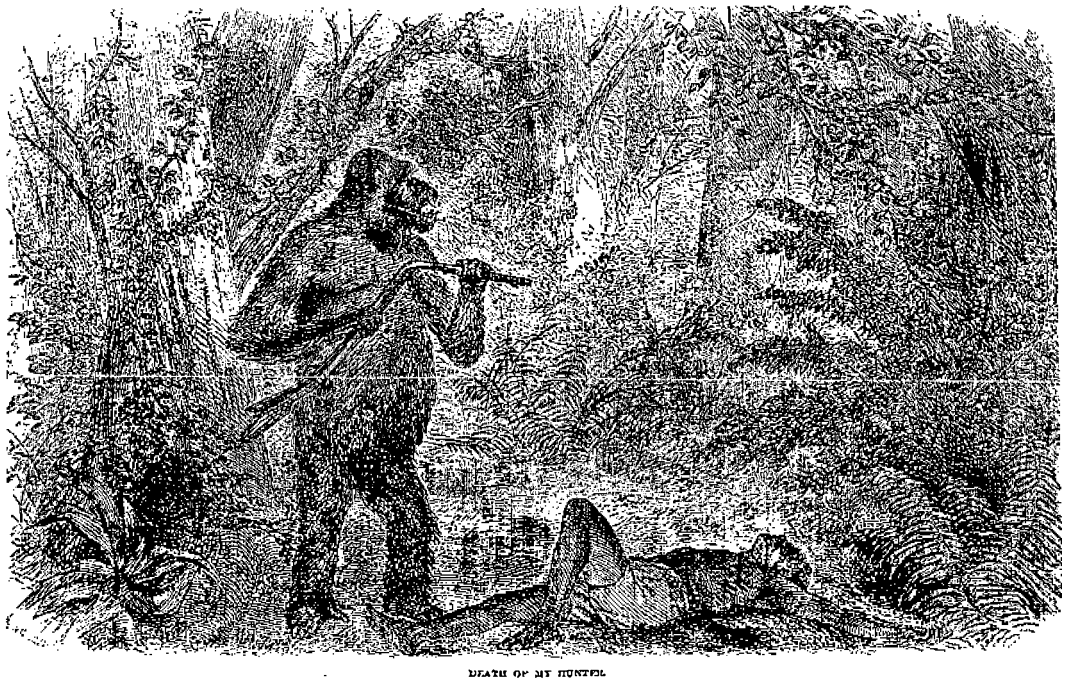


FIGURA 38. *"Gorila con arma de fuego", tomado de Du Chaillu,* Explorations and Adventures in Equatorial Africa *(1861)*

compartir su gozo, duerme, gracias a Dios. El lugar es casi subterráneo; como un topo, la viajera espía a través de raíces y tallos. La belleza y la densidad de significado no residen en la variedad y el color que se revelan, sino en la idealización que el velo de la noche hace posible *en la mente del veedor*. De día, en cambio, no se advierte ni variedad ni densidad, sino precisamente lo contrario: monotonía. Y ello equivale a decir que Kingsley crea valor rechazando decidida y hasta ferozmente los mecanismos textuales que creaban valor en el discurso de sus predecesores hombres: fantasías de dominio y posesión, un cuadro que es al mismo tiempo un inventario material. Ella pone en primer plano las obras de su subjetividad (europea y femenina): la plata pulida es el producto de su imaginación en acción en un manglar. Lejos de tomar posesión de las cosas que ve, se desliza al lado de ellas; lejos de imaginar una intervención civilizadora y embellecedora, ella sólo contempla la tonta posibilidad de "dañar a África", en una colisión que indudablemente la dañaría más a ella.

En Kingsley la estetización es remplazada por una implacable ironía cómica aplicada a ella misma y a quienes la rodean. El placer es constante, pero reside en el juego, no en la belleza: África es una estupenda manera de divertirse. Y sobre todo, el libro de Kingsley debe su duradera popularidad a su magistral irreverencia cómica. Magistral: de eso precisamente se trata. Al mismo tiempo que se burla de la soberbia y el deseo de posesión de sus pares hombres, la ironía de Kingsley constituye su propia forma de dominio, desplegada en un mundo pantanoso que el explorador-hombre no ha visto o no quiere ver. Si los exploradores del Nilo, erguidos en lo alto de sus montañas, son reyes, allá abajo, avanzando en la oscuridad y el fango, Mary Kingsley es la reina, Cleopatra en el Nilo, tal vez, tan sola al timón como su par allá en Inglaterra.

Al imaginar a Mary Kingsley como una reina quiero

captar el hecho de que ella realmente se ubicó dentro del proyecto del imperio, aun cuando fervientemente rechazara los tropos de la dominación imperial. Por cierto, como los biógrafos recientes nos lo recuerdan,[9] Kingsley participó activamente en la política expansionista en Gran Bretaña, en nombre de determinada posición política. Imperialista pero apasionadamente anticolonialista, utilizó su fama como escritora y exploradora para crear opinión en favor de la idea, propia del libre mercado, de que era mejor dejar el expansionismo y las relaciones de frontera en manos de los comerciantes. Las administraciones coloniales, las operaciones misioneras y las grandes compañías eran destructivas, opresoras e imprácticas (como la experiencia del Congo lo estaba demostrando en la década de 1890). Los exploradores del Nilo de la década de 1860 escribieron desde luego en las décadas relativamente inocentes, antes de que la riña por el botín africano desencadenara rivalidades europeas en una encarnizada disputa territorial. Cuando la orfandad dejó a Kingsley en libertad de viajar, el saqueo de África estaba avanzado y la misión civilizadora era muy cuestionada. Mientras ella todavía escribía, otros escritores, como Joseph Conrad y André Gide, transformaban a África de un promontorio bañado por el sol en el culpable corazón de las tinieblas, donde la avidez europea de dominio se encontró con la imposibilidad de ejercer un control total.

Retórica y políticamente Kingsley busca una tercera posición que recupere la inocencia europea. Políticamente ella sostiene que la expansión económica es posible sin dominación y sin explotación. En su retórica trata de separar la maestría de la dominación, el conocimiento del control. Para ella, "no saber" no significa "necesitar saber"; "no ver" no significa "necesitar ver"; "no llegar" no significa "necesitar

[9] Deborah Birkett, "West Africa's Mary Kingsley", *History Today*, núm. 37, mayo, 1987, pp. 10-16. La bibliografía secundaria sobre Kingsley hoy en día es muy extensa.

llegar". En sus escritos, la cómica y chapucera inocencia de todos la incluye a ella, y propone determinada manera de ser una europea en África. Utópica por derecho propio, su propuesta parece estar expresamente destinada a responder a las agonías del europeo que ha aterrizado en el pantano después de caer de su promontorio. Cuán esquemáticamente la utópica escena de Kingsley en Rembwe (citada párrafos atrás) contrasta con una similar en *El corazón de las tinieblas,* de Conrad (1900):

> El crepúsculo llegó deslizándose al río mucho antes de que el sol se hubiera puesto. La corriente fluía rápida y suave, pero una muda inmovilidad imperaba en las orillas. Los árboles, azotados por las plantas trepadoras y los arbustos bajos, podrían haberse transformado en piedra, aun los tallos más delgados, las hojas más leves. No era sueño: parecía algo sobrenatural, como un estado de trance. No se oía ni el más leve sonido, de ningún tipo. Uno miraba en torno azorado y empezaba a sospechar que se había quedado sordo. Entonces la noche cayó de pronto y nos dejó también ciegos. Alrededor de las tres de la mañana un pez grande saltó en el agua y el fuerte chasquido me sobresaltó como si hubiera sonado un tiro. Cuando salió el sol había una niebla blanca, muy cálida y viscosa, que enceguecía más que la noche.[10]

En este texto la noche amenaza a la subjetividad europea con la destrucción y la aniquilación. El corazón de las tinieblas gira alrededor de un vórtice de miedo. En su momento utópico en el río, Kingsley remplaza explícitamente el miedo por "una suerte de fascinación". Los "horribles terrores" que experimenta le son inflingidos por el hecho de remar hacia las sombras y tomarlas por peligros reales. Sólo la necesidad de certeza y control hace temibles a la incertidum-

[10] Joseph Conrad, *Heart of Darkness and Other Stories,* p. 213.

bre y la vulnerabilidad, parece sugerir. Esas cosas pueden pasarse por alto. Y no es sólo el género de Kingsley lo que le permite pasarlas por alto en la escritura. Además de ser mujer, es una niña en África, que juega en el mundo egocéntrico y no edípico que tal vez Speke añoró hasta su muerte. África es la madre de la niña, y a través de los oscuros y viscosos pasajes Kingsley vuelve a nacer.

El lamento del hombre blanco

En los relatos de viaje contemporáneos, la escena del "monarca de todo lo que veo" se repite, pero ahora desde los balcones de hoteles en las grandes ciudades del Tercer Mundo. Allí, como sus antecesores exploradores, los aventureros poscoloniales se posan para pintar la significación y el valor de lo que ven. He aquí un ejemplo tomado de un relato de viaje por África Occidental llamado *Which Tribe Do You Belong To?* [*¿A qué tribu perteneces?*] (1972), del novelista y ensayista italiano Alberto Moravia. Es el primer párrafo del libro:

> Desde el balcón de mi cuarto tenía yo una visión panorámica de Accra, la capital de Ghana. Bajo un cielo de un azul brumoso, lleno de nieblas y de desgajadas nubes amarillas y grises, la ciudad parecía una enorme marmita llena de una espesa y oscura sopa de repollo en la que hervían fideos blancos. Los repollos eran los árboles tropicales con su pesado follaje verde oscuro salpicado de sombras negras; los fideos eran los novísimos edificios de hormigón armado, que empezaban a levantarse en gran número por toda la ciudad.[11]

Pocos años después, en un popular relato de un viaje en tren a través de América Latina (*The Old Patagonian Ex-*

[11] Alberto Moravia, *Which Tribe Do You Belong to?*, p. 1.

press, 1978), el novelista y escritor viajero angloamericano Paul Theroux repitió el gesto en la ciudad de Guatemala:

> La ciudad de Guatemala, un lugar sumamente horizontal, es como una ciudad de espaldas. Su fealdad, que es un aspecto de miedo (las casas bajas y adustas tienen en las fachadas grietas causadas por los terremotos; los edificios parecen estremecerse al verte y muestran marcas brillantes) es aún mayor en ciertas calles donde, justo detrás de un edificio alto, emerge el cono de un volcán. Yo podía ver los volcanes desde la ventana de mi cuarto de hotel. Estaba en el tercer piso, el último. Eran volcanes altos, y parecían capaces de entrar en erupción. Su belleza era innegable, pero era una belleza como de brujas. El estruendo de sus incendios había achatado a esta ciudad.[12]

El contraste entre estos tristes y grotescos paisajes urbanos y los egregios y magníficos panoramas pintados por Burton, Grant y los otros no podría ser mayor. No obstante, las tres estrategias que señalé en el texto de Burton —estetización, densidad de significado y dominación— todavía funcionan aquí, traspuestas a un momento histórico muy diferente y a una clave estética diferente. El texto de Burton, afirmé, creaba densidad de significado por medio del uso abundante de adjetivos y de una general proliferación de referentes concretos y materiales introducidos literalmente o como metáforas. Los textos de Theroux y Moravia comparten esas propiedades. Pese al hecho de que también ellos están en territorio desconocido, estos escritores, como Burton, reclaman autoridad para su visión. Lo que ellos ven es lo que hay. No se advierte ningún sentido de limitación de sus facultades de interpretación. Y tal vez menos explícitamente que en Burton, las relaciones de subordinación y posesión se articulan a través de metáforas. Para Theroux, la ciudad de Guatemala está de

[12] Paul Theroux, *The Old Patagonian Express*, p. 123.

espaldas, en situación de sumisión o derrota frente a él; y además, tiene aire de miedo. En este punto pasa por nuestra mente la imagen de una mujer golpeada. En cuanto a Moravia, ve Accra como un plato de sopa que Ghana parece haber preparado, con fideos y todo, para que él se lo coma.

En estos pasajes también encontramos estetización, con la diferencia de que donde Burton encontraba belleza, simetría, orden, lo sublime, Moravia y Theroux encuentran lo contrario: fealdad, incongruencia, desorden y trivialidad. Al leer belleza, orden y grandeza en su paisaje, Burton lo constituyó verbalmente como una presa apetecible y luego proyectó sobre él una visión de aun más orden y belleza en el futuro, bajo la guía europea, a tal punto llega el temerario optimismo del imperio incipiente. Moravia y Theroux, por otra parte, hablan desde la década de 1970, en lo profundo de la era poscolonial del "subdesarrollo" y la descolonización. Pocos mundos prístinos les quedan por descubrir a los europeos, y los viejos han desmentido hace tiempo el mito de la misión civilizadora. El impulso de estos escritores metropolitanos poscoloniales es condenar lo que ven, trivializarlo y disociarse completamente de ello. Es como si no hubiera una historia que vincule al estadunidense Theroux con Hispanoamérica o al italiano Moravia con África, pese al hecho de que gran parte de lo que ellos lamentan es consecuencia de las depredaciones de la dependencia inducida por Occidente. Quizás haya en sus textos un futuro implícito, un futuro de violencia por y contra sí mismos. Theroux es amenazado por volcanes-brujas que podrían tirar abajo la ciudad, incluyendo su hotel (véase más adelante el relato de Joan Didion de esa misma experiencia); y la imagen de la sopa de Moravia trae a la mente la figura de tira cómica del misionero europeo en África cociéndose en la olla de los caníbales.

Mientras sus paisajes urbanos se construyen alrededor de la fealdad, lo grotesco y la decadencia, para Theroux y Moravia los paisajes rurales constan de una escasez absoluta de

significado. Las descripciones del campo sudamericano y africano adolecen de una suerte de subdesarrollo estético y semántico que ambos escritores, en el más puro estilo euroimperial, vinculan con lo prehistórico. He aquí una muestra tomada de Theroux, en el momento en que se acerca a su destino, la Patagonia. Nótese en ese pasaje cómo la falta de significado y la falta de diferenciación son predicadas en primer lugar respecto de la naturaleza y luego llevadas al mundo humano:

> El paisaje tenía un aire prehistórico, del tipo de los que aparecen como telón de fondo para el esqueleto de un dinosaurio en un museo; simples, terribles colinas y hondonadas; rocas y arbustos espinosos; y todo suavizado por el viento, con aspecto de algo que una gran inundación ha barrido y despojado de todos sus rasgos particulares. Hasta el viento contribuía, porque evitaba que los árboles crecieran, desnudaba el terreno al soplar, ponía al descubierto más roca y hasta arrancaba de raíz aquellos feos arbustos.
>
> Los pasajeros del tren no miraban por la ventanilla, excepto en las estaciones, y entonces, sólo para comprar frutas o pan. Una de las bellezas de los viajes en tren es que uno sabe dónde está con sólo mirar por la ventanilla. No son necesarios los letreros. Una colina, un río, una pradera: ésos son los hitos que nos dicen a dónde hemos llegado. Pero este lugar no tiene hitos, o tal vez esté compuesto sólo de hitos, indiferenciables entre sí: miles de colinas y cauces secos, mil millones de arbustos, todos iguales. Yo dormitaba y me despertaba; pasaban las horas y el escenario que se veía por la ventanilla *no cambiaba.* Y las estaciones eran intercambiables, un cobertizo, una plataforma de cemento, hombres mirando, muchachos con canastos, los perros, las baqueteadas camionetas.
>
> Miré una vez más, buscando a los guanacos. No tenía nada mejor que hacer. Pero no había guanacos.[13]

[13] *Ibidem,* p. 397.

Si Burton construyó la descripción del Victoria N'yanza a partir de la posesión y la ambición, Theroux construye la Patagonia a partir de la parálisis y la alienación. (Si conociera el idioma español, ¿habría tenido algo mejor que hacer? ¿Acaso todo habría sido menos intercambiable?) Difícilmente el contraste podría ser más pronunciado; o más sobredeterminado. Aquí las categorías normativas no son belleza contra fealdad sino densidad contra escasez de significado. Uno de los rasgos más notables de la cultura occidental de la mercancía es precisamente la proliferación de diferenciaciones, especializaciones, subdivisiones, juegos del gusto. La diferenciación es lo que es visto aquí como faltante; no sólo ausente, sino faltante. Nada hay sobre lo que la facultad del gusto de Theroux pueda actuar.

La embarazosa introducción de Moravia a algo que él llama genéricamente "paisaje africano" tiene similitudes obvias. También aquí el lenguaje es invasivamente normativo: el paisaje *carece* de forma, límites, patrón, historia. Pero jamás se insinúa la posibilidad de que la autoridad del locutor tenga limitaciones.

> Así, un viaje al África, cuando no es una mera excursión de uno a otro de esos grandes hoteles que los habitantes del mundo occidental han sembrado en el Continente Negro, es una verdadera zambullida en la prehistoria.
>
> ¿Pero cuál es esa prehistoria que tanto fascina a los europeos? En primer lugar, debe decirse, es la conformación misma del paisaje africano. La principal característica de este paisaje no es la diversidad, como en Europa, sino más bien su terrorífica monotonía. El rostro de África se parece mucho más al de un niño pequeño, con pocos rasgos apenas definidos, que al de un hombre, en el cual la vida ha impreso innumerables líneas significativas; en otras palabras, se parece mucho más a la cara de la Tierra en los tiempos prehistóricos, cuando no había estaciones y la humanidad todavía no había

> hecho su aparición, que a la faz de la Tierra tal como es hoy, con innumerables cambios producidos por el tiempo y el hombre. Además, esta monotonía exhibe dos aspectos verdaderamente prehistóricos: la reiteración, es decir, la repetición de un único tema o motivo, hasta la obsesión, hasta el terror; y lo informe, que es la completa carencia de limitación de lo finito; de hecho, la carencia de patrón y de forma.[14]

No tiene justificación este deshumanizador hábito occidental de representar a otras partes del mundo como carentes de historia. Para un europeo del sur, hacer una afirmación tal acerca de África (o para un estadunidense, hacerla acerca de América del Sur) requiere un extraordinario acto de negación. Y llevarlo adelante requiere una escritura eficaz y persuasiva. Pero Theroux y Moravia caen deliberadamente en abiertas contradicciones para sostener su punto de vista normativo y autoritario. ¿Qué significa para Theroux afirmar, por una parte, que "una de las bellezas de los viajes en tren es que uno sabe dónde está al mirar por la ventanilla", y, por la otra, que en la Patagonia esto no funciona porque el paisaje "no cambia"? Para Theroux, eso significa que la Patagonia está violando las normas estéticas del viaje en tren, al no brindar los hitos adecuados. Los patagónicos, que no miran por las ventanillas, no saben viajar correctamente en sus propios trenes. Del mismo modo, para establecer la desviación del "paisaje africano" Moravia se dedica a argumentar que el rostro de África tal como es hoy no recuerda al rostro de la Tierra como es hoy. Tales son la lógica y la retórica de los prejuicios no cuestionados.

Theroux y Moravia, ambos escritores muy leídos y canónicos, ejemplifican un discurso de negación, dominación, devaluación y miedo que sigue siendo, a fines del siglo XX, un poderoso elemento ideológico de la conciencia que Occi-

[14] Moravia, *op. cit.*, p. 8.

dente tiene de los pueblos y lugares que pretende mantener subyugados. Es el código metropolitano oficial del "Tercer Mundo", su retórica de trivialidad, deshumanización y rechazo, que coinciden con el fin del dominio colonial en gran parte de África y Asia, el surgimiento de los movimientos de liberación nacional, y los acelerados procesos de modernización, industrialización y crecimiento urbano en muchas partes del mundo. Habiendo dejado de ser cornucopias de recursos que pedían la intervención diestra, perfeccionadora de Occidente, los lugares y los pueblos, ahora dueños de sí y desexotizados, se convierten, a los ojos del veedor, en repugnantes conglomerados de incongruencias, asimetrías, perversiones, ausencia y vacío. Aun cuando puedan lamentarlo, estos veedores no renuncian a sus promontorios y a sus cuadernos de dibujo. Aunque ya no puedan contar con "el grupo" para que "se una a ellos en el regocijo", todavía están allí, dirigiendo la visión, asignándole valor, indiferentes a las limitaciones de sus capacidades perceptuales, con sus relaciones de privilegio perfectamente naturalizadas. O quizás imperfectamente naturalizadas, porque hacia las décadas de 1960 y 1970 el dominio del veedor está acompañado de persistentes temores de aniquilamiento y violencia. Es en este miedo donde el veedor contemporáneo registra lo que siempre estuvo presente: la mirada especular de los otros, que ahora exigen reconocimiento como sujetos de la historia.

Como incluso los dos pequeños ejemplos que he dado lo indican, el lamento del hombre blanco occidental de diversas nacionalidades sigue siendo notablemente uniforme a través de las representaciones de diferentes lugares. Es monolítico, como el concepto oficial de "Tercer Mundo" que codifica. En los lectores metropolitanos contemporáneos, este discurso suele producir un intenso "efecto de lo real". En un curso de licenciatura que dicté sobre literatura de viajes, el *Old Patagonian Express* de Theroux neutralizó semanas de lectura crítica cuidadosamente alimentada. Los estudiantes se

sintieron aliviados y confiados: éste sí acertaba, este tipo había captado *realmente* cómo era América del Sur, este tipo sabía de qué estaba hablando. Debido a una escritura vívida y a la riqueza e intensidad con que confirmaba sus expectativas, estereotipos y prejuicios, Theroux había encendido su imaginación, los había autorizado para defender su veracidad. Los estudiantes estaban realizando el proyecto ideológico del tercermundismo y la supremacía blanca, y estaban siendo realizados por él. Producían las ideologías oficiales de la metrópoli tal como les habían enseñado a hacerlo. Yo podía asegurarles que estaban en buena compañía. En una reseña de *The Old Patagonian Express*, publicada en ese órgano de la cultura oficial que es el suplemento literario del *New York Times Book Review*, Paul Fussell elogió a Theroux por su "aguda mirada, capaz de tan sagaz percepción". Como ejemplos de su perspicaz percepción pueden mencionarse, entre otros, el *aperçu* en Perú de que "los indios parecen tener una base ancha, como piezas de ajedrez"; que el altiplano andino parecía, visto desde la ventanilla del tren, un "pequeño basurero". Y si el libro no es tan interesante como la anterior odisea en ferrocarril de Theroux en Asia, decía Fussell en una escalada de arrogancia, la culpa es de América, no de Theroux:

> Europa y Asia son una veta más rica para este tipo de aventuras que la América Latina, que, por contraste, carece de carácter, de diversidad y de asociaciones literarias e históricas profundas. Para cualquiera que conozca Europa, América es desesperadamente aburrida. La sordidez en México es idéntica a la sordidez en El Salvador [...] El analfabetismo aquí es igual al analfabetismo allá [...][15]

etcétera. (El periódico no publicó las cartas que recibió objetando la reseña de Fussell.)

[15] Paul Fussell, reseña de Theroux, *The Old Patagonian Express*, p. 1.

El lamento del hombre blanco es también el lamento del Intelectual y del Escritor; y puede ser considerado, en parte, como un intento de ahogar la charla de otra voz monolítica que surgió en las mismas décadas: la voz del turismo de masas. La facultad de crear vistas con profundidad, propia del escritor de viajes, debe competir con los paquetes de "diez días, nueve noches", incluidas hasta las propinas, y con las arrebatadoras y descarnadas fantasías de la propaganda turística. En los años sesenta y setenta, la industria turística se apropió y comercializó en una escala sin precedentes las visiones exóticas de plenitud paradisíaca. Los "verdaderos" escritores asumen la tarea de brindar versiones "realistas" (degradadas, antimercantilizadas) de la realidad poscolonial. Indudablemente, el "efecto de lo real" que Theroux tuvo sobre mi clase fue construido, en parte, debido a la identificación de los estudiantes con la representación "real", por encima y en contra de las representaciones mercantiles a través de las cuales el turismo, con bastante éxito, les vende el mundo.

Los bifurcados poscoloniales

Quince años antes que Moravia, otro forastero se paró en un balcón en Accra y escribió un libro sobre ello, un libro que Moravia bien podría haber leído. El novelista y ensayista afroamericano Richard Wright hizo su primer viaje a África en ocasión de la independencia de Ghana, en 1957. Relató la experiencia en un libro de viaje cuyo título, *Black Power* [*Poder negro*], anunciaba las formas emergentes de identificación global y subjetividad histórica tan temibles para los dueños del lamento del hombre blanco. Al igual que los blancos bifurcados que lo precedieron, en *Black Power* Wright se pone directamente a trabajar parodiando y remodelando la topología heredada. Consideremos, por

ejemplo, la reconfiguración que hace Wright de la escena del balcón. Al relatar su primer día en Accra dice:

> Yo quería seguir andando y mirar más, pero había demasiado sol. Pasé la tarde esperando ansiosamente; estaba impaciente por ver más de esta África. Mi *bungalow* era limpio, tranquilo y a prueba de mosquitos; pero no era para eso que había venido yo a África. Ya mi mente fantaseaba con un cambio de alojamiento. Parado en el balcón, vi negras nubes de gallinazos volando en círculos en el brumoso cielo azul. A lo lejos, pude divisar el Atlántico grisáceo y encapotado.[16]

Las últimas dos oraciones proponen una versión reducida, casi un vestigio de la convencional escena del promontorio. El panorama atisbado es el del Océano Atlántico que, a diferencia del lago Tanganica, no inspira fantasías posesivas o civilizadoras. Wright lo codifica como malo y muerto, algo que bien podía hacer, porque entre los afroamericanos y África el Atlántico es el lugar de la muerte, la ruta de pasaje. Pero al mismo tiempo Wright declara explícitamente su insatisfacción con la convención del balcón y con la perspectiva que ofrece, desde la que siente que *no se puede ver* ni juzgar adecuadamente. A lo largo de todo su relato, Wright sufre notoriamente por reconocer los límites a su capacidad de veedor (por ejemplo, tiene que retirarse del sol). Probablemente la cuarta parte de su libro está constituida por preguntas retóricas. En el pasaje citado antes casi no hay metáforas y casi ninguna es negativa.

El rechazo de Wright del balcón está predicado, como el de Mary Kingsley, en una conciencia de que hay alternativas: alojamientos alternativos, en primer lugar, pero también convenciones de representación alternativas. Dentro de las normas del libro de viajes de Wright, sólo podemos

[16] Richard Wright, *Black Power*, p. 154.

representar y juzgar aquello en lo cual estamos. Cuando no puede estar en la calle, Wright describe la permanencia en su habitación. Allí, como Kingsley, parece buscar maneras de abdicar de una relación *a priori* de dominación y distancia entre el que describe y lo descrito.

Fuera de la ciudad, Wright se describe a sí mismo como casi tan alienado de la vida rural y tribal como Moravia. Sin embargo, de un modo que recuerda al de Mary Kingsley, se siente cómodo en la noche, cuando se interrumpe la alienación de las relaciones entre el que ve y lo visto. En la noche aparece un sujeto seguro de sí, para quien la incertidumbre, la vulnerabilidad y lo invisible traen gozo, plenitud y una expansión del yo. He aquí la versión de Wright de la escena de la jungla de noche (las cursivas son mías):

> La noche llega *súbitamente*, como un húmedo terciopelo negro. El aire, cargado con demasiado oxígeno, droga la sangre. El chillido de algunos pájaros silvestres atraviesa la oscuridad y se detiene *abruptamente*, dejando en suspenso un vacío. Desde alguna parte se levanta un mal olor. El sonido de un tambor distante se hace oír y después muere, como avergonzado de sí mismo. Una *inexplicable* ráfaga de viento agita la cortina de la ventana, que ondea y después cae, lacia. Un pájaro gorjea soñoliento en la noche indiferente. *Fragmentos* de voces africanas suenan en la oscuridad y después se desvanecen. La llama de mi vela arde vertical, arde hasta consumirse sin un parpadeo, sin un temblor. El sonido de un camión cuyo motor gime tratando de escalar la empinada cuesta me devuelve el mundo que conozco.[17]

En la oscuridad el culto del veedor se disuelve (no hay "yo" hasta que se nombra la vela). La percepción se fragmenta, pero la conciencia y la individualidad (occidentales)

[17] *Ibidem*, p. 263.

no: como en el fogón de Kingsley, que es como un vientre sobre el Rembwe, la fálica vela de Wright arde firmemente. El lector que se interese por el aspecto lingüístico advertirá que la fragmentación y brusquedad de las impresiones está contrarrestada por un ritmo fuerte y continuo, y que las imágenes se van haciendo más inocuas a medida que el texto avanza. Wright trata de representar una experiencia de ignorancia, desorientación, falta de comprensión, autodisolución, que no produce terror ni locura sino más bien una serena receptividad y un intenso erotismo. El camión no aparece para rescatar a nadie; su tarea no consiste en devolver a Wright a su mundo, sino en devolverle ese mundo: los límites entre lo conocido y lo desconocido son permeables.

Y permeables son también en los escritos del francoargelino Albert Camus, contemporáneo de Wright y también extraordinario sujeto bifurcado por el imperio. La ficción de Camus despliega un profundo y específico compromiso con las formas y el discurso que aquí estamos discutiendo. Gran parte de ella explora las contradicciones del colonialismo, un desafío que la crítica occidental ha tratado de rechazar obstinándose en leer la narrativa de Camus como un conjunto de parábolas morales y existenciales descontextualizadas.[18] Un breve ejemplo bastará para sugerir alternativas. El cuento de Camus titulado "La mujer adúltera", publicado en *El exilio y el reino* (1957), relata la experiencia de una mujer francesa nacida en Argelia que acompaña a su marido en un viaje de negocios hacia el interior de Argelia. Allí descubre que "nada era como ella lo esperaba". En el cuento, su crisis existencial coincide con su reconocimiento de la impotencia del poder colonial europeo en las regiones interiores. Y no es casual que sus dos grandes momentos de verdad en la historia tengan lugar cuando está de pie, sola, en lo alto del más meridional fuerte francés, mirando hacia

[18] Véase M. L. Pratt, "Los mapas ideológicos: Gide, Camus y Argelia", *Escritura*, pp. 72-92.

el Desierto del Sahara. Ambos momentos son fascinantes reelaboraciones de la escena del "monarca de todo lo que veo". En el primero, que cito abajo, el paisaje "prehistórico" y escaso de significado tan propio del pensamiento occidental hegemónico es postulado y luego rechazado. Pese a la preeminencia del promontorio, constantemente se hace referencia a cosas que el veedor no puede ver o comprender:

> De este a oeste su mirada se deslizaba lentamente, en una curva perfecta, sin encontrar obstáculo alguno. Debajo de ella, las terrazas azules y blancas de la ciudad árabe su superponían, salpicadas por los puntos rojos de los pimientos que se secaban al sol. No se veía un alma, pero desde los patios interiores, junto con el aroma del café, se elevaban voces y risas o incomprensibles ruidos de pisadas. Más allá, la pálida arboleda dividida en cuadrados irregulares por paredes de arcilla hacía susurrar el follaje más alto en un viento que en la terraza no se sentía. Y más lejos aún, hasta la línea del horizonte, se extendía, ocre y gris, el reino de las piedras, en el que no había vida visible. A cierta distancia del oasis, sin embargo, cerca de los vados que bordeaban el bosquecillo de las palmeras al este se divisaba un conjunto de grandes tiendas negras. Alrededor de ellas, una manada de dromedarios inmóviles, diminutos en la distancia, formaban contra el suelo gris los negros signos de una extraña escritura, cuyo significado había que descifrar. Por sobre el desierto, el silencio era tan vasto como el espacio.[19]

Primero se presenta un paisaje indiferenciado, intemporal y vacío, en términos similares a los del lamento del hombre blanco, pero casi inmediatamente su "curva perfecta" es interrumpida por formas coloridas e irregulares y por cuadrados extraños: la ciudad árabe. Más lejos, el muerto "reino

[19] Albert Camus, "The Adulterous Woman", en *Exile and the Kingdom* [*El exilio y el reino*], pp. 22-23.

de las piedras" resulta estar poblado por tiendas y dromedarios, una sociedad escrita sobre el paisaje en una lengua que la protagonista colonial no puede leer. Y lo que es aún más importante, ella reconoce que no es capaz de leerlo; así, ella, la euroafricana, marca su diferencia respecto del veedor europeo. Porque el veedor rara vez padece tales perplejidades; en sus libros se "autor-iza" no sólo para leer lo que ve sino también para escribir sobre ello en caracteres romanos. La protagonista colonial de Camus por todas partes detecta cosas —cosas humanas— que no puede descifrar. Toda su vida lo ha hecho así.

"La mujer adúltera" culmina con una escena nocturna, que constituye todo un clímax, en el mismo fuerte en que, sola en la profundidad de la noche, la mujer experimenta una orgásmica fusión momentánea con el "desierto reino" que "nunca será suyo", y vuelve llorosa al triste lecho conyugal. Esa momentánea penetración de las fronteras colonialistas entre los euroafricanos y África constituye el adulterio a que hace referencia el título del cuento: una suerte de adulterio cultural. El de "La mujer adúltera" es el único personaje femenino de la ficción de Camus. Los fluidos límites de la subjetividad femenina brindan los medios para imaginar lo que podría significar una descolonización del yo. Camus construye un atisbo, y nada más, de una difícil renuncia, que es también una liberación emancipatoria, y luego retrocede. Su exploratriz colonial no vuelve del interior triunfante, como los héroes del Nilo, sino desesperanzada y con un sentimiento de pérdida. Como ella, Camus mismo pertenecía a la "tercera categoría" de los euroafricanos, una categoría cuya posibilidad de mediación habría de perderse en la polaridad de la guerra colonial.

"La mujer adúltera" de Camus y *Black Power* de Wright fueron escritos a mediados de la década de 1950, cuando los conflictos coloniales en muchas partes de África avanzaban rápidamente hacia la confrontación violenta. Ambos

textos están directamente ligados a momentos específicos en las luchas por la descolonización. Los cuentos de Camus datan del comienzo de la brutal guerra franco-argelina que Fannon estudió como un paradigma de los horrores de la moderna violencia colonial. Un argelino de cada seis moriría antes de que se ganara la guerra por la independencia. Wright asistió a la fundación de la nación independiente de Ghana, ex Costa de Oro inglesa, un evento que llegó a convertirse en un paradigma para el desmantelamiento pacífico de los aparatos coloniales. El francoargelino y el afroamericano escribieron 20 años antes que Theroux y Moravia, antes del advenimiento del lamento del hombre blanco. El poder negro y el adulterio cultural que imaginaron en sus noches africanas de la década de 1950 dan testimonio de ciertas aperturas en las estructuras de la dominación occidental y la ideología colonialista *dentro* de la metrópoli, aperturas hacia las que la literatura y el pensamiento de los movimientos de liberación del Tercer Mundo fluyeron en las décadas de 1960 y 1970. En esas dramáticas décadas, el lamento del hombre blanco se desplegó en contacto con voces contestatarias que cada vez más tomaban la palabra. En ciertos escritores blancos de la década de 1970 la amarga nostalgia por los viejos lugares comunes del descubrimiento y la dominación es una respuesta a ese desafío, así como también a la degradación del "desarrollo" y la cursilería del turismo.

La dama en el aeropuerto

La brevedad misma de *Salvador* (1983), de Joan Didion, sugiere la existencia de un punto final para todo eso, o al menos el deseo de que así sea. Relato de un viaje a El Salvador motivado por las crisis políticas de América Central en la década de 1980, el libro de Didion no gira sobre la categoría de "subdesarrollo" sino sobre la de *terrorismo*, una matriz

ideológica clave en la década de 1980. Didion va a El Salvador para ver el terrorismo en sus formas oficialmente reconocidas: el terrorismo de Estado, las fuerzas parapoliciales y terroristas de los escuadrones de la muerte y la insurrección terrorista. La autora escribe un libro de viaje de escasas cien páginas que se lee, sobre todo, como un intento de desmantelar finalmente el género, hacerlo pedazos bajo el peso de las realidades, más amargas que las que Paul Theroux encontró o quiso nunca encontrar. En un discurso no generado por la belleza y la plenitud ni por la fealdad y la carencia, Didion parece rechazar de plano el proyecto estetizante. Ella no erige nada, no pinta nada, no domina nada. Cita muchísimo. El único paisaje panorámico del libro es una miniatura que se burla del tropo del descubrimiento. Mirando hacia abajo desde el avión que llega al aeropuerto, Didion recuerda que El Salvador "es más pequeño que algunos condados californianos [...] y que esa circunstancia fomentó la ilusión de que el lugar era manejable".[20] O sea que allí las grandes aspiraciones de las potencias imperiales se reducen al burocrático deseo de "manejar". ¡Bienvenidos a los años ochenta!

La voz y la autoridad del sujeto metropolitano se atenúan en *Salvador*, pero no hasta el punto de la disolución, sino hasta el de la desilusión. Estar en el sitio no produce una sensación de dominio (como en Burton y Theroux) ni de autorrealización (como en Kingsley y Wright). Reiteradamente Didion se describe a sí misma viendo menos de lo que esperaba, o abriendo los ojos cuando lo esperado sucede inesperadamente. El relato es deliberadamente polifónico. Ni la subjetividad integrada ni la llama tranquila y vertical de un yo se hacen cargo de las largas citas de funcionarios diplomáticos, defensores de derechos humanos, periodistas, escritores creativos. Los discursos oficiales opuestos hablan

[20] Joan Didion, *Salvador*, pp. 40-41.

por sí mismos, dando a menudo la impresión de pastiche. Todo el proyecto de ver se desestabiliza, casi literalmente. La única escena del balcón que hay en el libro tiene lugar durante un terremoto. "Recuerdo que me acuclillé bajo el marco de una puerta, en mi habitación del séptimo piso —dice Didion—, y mirando por la ventana, el volcán San Salvador parecía tambalearse de izquierda a derecha."[21] Lo que Theroux temió en su fantasía de los volcanes de Guatemala finalmente tiene lugar.

Tal vez no sea una coincidencia, pues Didion invoca específicamente a Theroux como su predecesor en El Salvador. En cierto momento cita su descripción, en *The Old Patagonian Express*, de una experiencia alienante que tuvo mientras daba una conferencia en la Universidad de El Salvador. En la época en que ella llega allí, nos dice, las cosas estaban mucho peor. Hacía mucho que la universidad estaba cerrada, y "sólo se daban algunas clases en ciertos sitios en los alrededores de San Salvador".[22] El lamento del hombre blanco por un mundo (meramente) caído ya no puede seguir dominando la situación. Los estereotipos del subdesarrollo se desmoronan. Observando la clientela metropolitana pudiente en un lujoso supermercado, Didion se da cuenta de que ella (las cursivas son mías) *"ya no está* muy interesada en esta clase de ironía, de que esa historia no sería iluminada por tales detalles, de que tal vez esa historia no sería iluminada en absoluto, de que quizás fuese menos una 'historia' que una verdadera *noche oscura"*.[23] Con su "ya no" Didion parece inaugurar (¿descubrir?) una nueva fase, que requiere diferentes formas de comprensión, relaciones diferentes entre los observadores occidentales y sus observados. Y exactamente en este punto, como quien se da por vencido, su lenguaje retrocede al viejo vocabulario de la os-

[21] *Ibidem*, p. 60.
[22] *Ibidem*, p. 81.
[23] *Ibidem*, p. 36.

curidad y la luz que constituye el discurso mismo en el cual ella "ya no está muy interesada".

¿Qué es una "verdadera *noche oscura*"? ¿Y por qué debe ser nombrada en otro lenguaje? Porque a diferencia de Conrad, Didion identifica su tema como inaccesible para su yo occidental y femenino. El terror, basado en lo invisible, lo desconocido, lo no dicho, se convierte en la fuente de plenitud que el visitante no crea ni certifica, una fuente que ella no puede desplegar en la densidad de la descripción. Mientras el terror construye el punto de vista autoritario a partir del cual todo el panorama adquiere su sentido, a los lectores se les ahorra todo esfuerzo por imaginar o comprender sus actos. Didion experimenta el terror sólo como un estado de desautorización, para citar la escena inicial del libro, que es la del arribo, "en el que no hay terreno firme, ninguna profundidad de campo confiable, ninguna percepción tan definida que no pudiera convertirse en su opuesto. *La única lógica es la de la aquiescencia*"[24] (las cursivas son mías). Como el desventurado Speke, Didion no logra ocupar ese punto de vista, pero acaba haciéndoles creer a sus lectores que tal punto está allí. Así, mientras su libro agresiva y lúcidamente trató de abdicar de la autoridad del veedor, esa autoridad le fue cálidamente devuelta en la recepción final. Los órganos oficiales de la cultura metropolitana le dieron ansiosamente la bienvenida como una descubridora que volviera de una Fuente. En una docena de portadas con títulos encomiásticos, el *New York Times*, el *Washington Post*, *USA Today* y *People* saludaron a *Salvador* precisamente por las cosas que el libro rechaza: entusiasmo, vivacidad, perspicacia, exactitud, toda la actitud dominante del veedor. "El Salvador se ha convertido verdaderamente en el corazón de las tinieblas", se entusiasmaba el *Athlantic Monthly*. ¡Por fin lo sabemos! ¡La locura y el terror no están en nosotros sino en El Salvador! Así, la "ló-

[24] *Ibidem*, p. 13.

gica de la aquiescencia" lleva como siempre a un callejón sin salida que se siente aliviado de descubrirse como tal.[25]

Esta lógica debe ser muy occidental. En San Salvador Didion visita la Catedral Metropolitana, que fue escenario de una famosa masacre política en 1980. Ella ve pintura roja en las escalinatas de la entrada, mientras que en el interior de la iglesia percibe, "aquí y allá, sobre linóleo barato, lo que parecía ser sangre que se ha secado en gotas: la clase de gotas de una hemorragia lenta, o la sangre vertida por una mujer que no sabe que está menstruando, o a quien no le importa".[26] Las mujeres imaginarias siempre han servido como iconos nacionales. En cuanto a ésta que, descuidada, grosera, *inconscientemente*, vierte su propia sangre, parece ser el icono de Didion para El Salvador, nacida de una perspectiva metropolitana de dominación masculinista.

Pero la sangrante mujer de Didion es imaginaria. Si hubiera allí una mujer salvadoreña, y si hablara, probablemente señalaría que para ella las diferencias entre pintura y sangre o entre menstruación y hemorragia lenta, no son en absoluto cuestión de descuido, indiferencia o aquiescencia. Probablemente puntualizaría que para ella el terror consiste en algo más que lo meramente no visto y no dicho. Tales esclarecimientos estuvieron ocurriendo mientras la mujer de la catedral se abría paso en los circuitos comunicativos metropolitanos durante la última década y media, a través de los movimientos políticos y los medios de colaboración, como historia oral, testimonio, entrevistas, películas, videos. El epígrafe que figura al comienzo de este capítulo, por ejemplo, cita un fragmento del testimonio de la activista obrera rural boliviana Domitila Barrios de Chungara y repasa una de las numerosas ocasiones en que sufrió prisión e interrogatorios a manos de su gobierno. En el momento en que le retiran la venda de los ojos, Barrios reclama autoridad para

[25] *Ibidem*, citado en la contraportada del libro.

[26] *Ibidem*, p. 79.

hacer una pintura politizada explícita de la zona de contacto, desde el punto de vista de un sujeto histórico dominado/resistente.[27] Ese punto de vista parece inaccesible en *Salvador* aun en el nivel de lo imaginado. Históricamente hablando, la renuncia de Didion a la autoridad acompaña el reclamo de Barrios por ella: si en una es condicional, en la otra queda por verse.[28]

[27] Domitila Barrios de Chungara con Moema Viezzer, *Let Me Speak*. Para una introducción a la categoría de"literatura de resistencia", véase Barbara Harlow, *Resistance Literature*.

[28] Quizá Didion haga todo lo que un libro de viajes puede honestamente hacer con el terrorismo; y quizá ése sea su desafío para su lectura: ¿cómo pueden los occidentales conocer el terrorismo y la zona de contacto sin tratar de dominarlos a ambos? El antropólogo Michael Taussig da testimonio de ese desafío en su notable libro *Shamanism, Colonialism and the Wild Man: A Study in Terror and Healing, op. cit.* Al analizar la "cultura del terror" alrededor del *boom* del caucho a la vuelta del siglo, en la región de Putumayo en Colombia, Taussig señala que cuando uno trata de comprender las prácticas y la semiótica del terror descubre que están construidas no sólo con lo que NO se ve, se dice o se sabe, sino también con lo que la gente ve, dice y sabe Y con lo que la gente no ve pero oye que otros dicen que han visto; con lo que la gente no oye decir, pero oye o lee a otros que dicen que han oído decir; con lo que la gente no hizo pero oyó decir a otros que lo vieron hacer, etc. La máquina cultural e ideológica del terror, sostiene Taussig, no funciona sólo sobre las concepciones (distorsionadas) que cada parte tiene de su enemigo, sino sobre las concepciones distorsionadas que cada parte sostiene acerca de las distorsionadas concepciones que su enemigo sostiene sobre ella. Y lo que es igualmente importante, Taussig equipara el terror de su título con la curación, insistiendo en que ambos pueden ser encontrados juntos, en que donde hay terror también se encontrará curación: en los poderes de los chamanes, por ejemplo. Didion tal vez concordaría con la idea de que el terror, una vez que se instala, pretende una larga permanencia, así como un libro largo (como el de Taussig) que les diga a los lectores más de lo que quieren saber (como lo hace Taussig). También podría ella argumentar que el *tour de force* de Taussig descansa sobre la clase de omnipresencia de un solo hombre que ella rechaza.

IX. EN LA NEOCOLONIA: MODERNIDAD, MOVILIDAD, GLOBALIDAD

En 1928, el escritor uruguayo Horacio Quiroga publicó su famoso libro de cuentos *Los desterrados*, ambientado en Misiones, una provincia del remoto nordeste de Argentina, lindante con Brasil, donde Quiroga vivió muchos años. Los relatos están poblados por un grupo de personajes excéntricos, sobre todo europeos a la deriva, que han recalado allí, en los márgenes de los márgenes, uno por uno, a lo largo de años. Está, por ejemplo, el francés Rivet, un químico industrial que, después de 20 años en la Argentina y una exitosa carrera industrial, aparece en Misiones sin explicación alguna y finalmente muere por haber bebido, junto con su amigo Juan Brown, "alcohol carburado", es decir, el combustible con que se alimentaban las lámparas. Brown había llegado a Misiones diciendo que se quedaría "por un par de horas, asunto de ver las ruinas", pero habían transcurrido 15 años y todavía estaba allí.[1] Está un belga, flamenco de origen y experto en explosivos, llamado Van Houten y apodado *Lo que queda de Van Houten*, porque había perdido "un ojo, una oreja y tres dedos de la mano derecha" en accidentes.[2] Está el doctor Else, un biólogo sueco que alguna vez fuera miembro de un equipo de expertos europeos contratados por el gobierno paraguayo para organizar hospitales, escuelas y laboratorios, quien 15 años después aparece inexplicablemente en Misiones vestido con "bombachas de

[1] Horacio Quiroga, *Los desterrados y otros textos*, p. 231. Algunas partes de este capítulo fueron revisadas y reescritas a partir de mi ensayo "Modernity, Mobility and Excoloniality", pp. 13-30.

[2] Quiroga, *op. cit.*, p. 221.

soldado paraguayo, zapatillas sin medias y una mugrienta boina blanca terciada sobre el ojo".[3] En un episodio de delirio alcohólico, Else mata de un golpe a su única hija, creyendo que era una rata gigante. Este exceso es el resultado de su colaboración en un fallido experimento de destilación con el ingeniero manco Luisser, cuya posesión más preciada está constituida por dos volúmenes de la *Encyclopédie* de Diderot. Misiones es una parodia del cosmopolitismo de la periferia, que es también el meollo mismo del orden neocolonial.

Los desterrados de Quiroga son los anticonquistadores de la neocolonia, europeos atrapados en los confines del imperio por un mundo americano que ha doblegado su voluntad. Todavía llevan dentro de sí las normas de la modernidad metropolitana —industrialización, individualismo y realización personal, innovación tecnológica, ciencia, medicina, racionalidad, Estado burocrático—, pero allí donde se encuentran no pueden ejercerlas. El narrador de Quiroga se refiere a ellos como a *ex hombres*, término que, junto con el alcoholismo y los cuerpos dañados de todos ellos, marca el colapso de las relaciones de movilidad, imperio, masculinidad, dominio y ciudadanía que supuestamente conforman el orden nacional modernizador. Los trópicos derrotan la teleología misma de la modernidad: su (supuestamente) natural difusión desde el centro hacia la periferia. Extraen de los ex hombres "el pesado tributo que quema como en alcohol la actividad de tantos extranjeros, y el derrumbe no se detiene ya". El viaje hacia lo desconocido se reduce al patético (pero, para Van Houten y Rivet, fatal) desafío de llegar a casa las noches de borrachera. *Los desterrados* relata un solo viaje heroico: un día agotador y un maratón nocturno en medio de la lluvia y la inundación, protagonizado por un funcionario de la municipalidad, quien está decidido a en-

[3] *Ibidem*, p. 269.

tregar a tiempo los Libros de Actas al inspector que se los ha pedido. Pero esta hazaña también se convierte en una parábola de la modernidad periférica. Después de haber derrotado a las fuerzas de la naturaleza, el heroico burócrata es recibido con sarcasmo por haberse tomado en serio el plazo.

Los ex hombres de Quiroga se cuentan entre los viajeros que, como Bonpland, el compañero de Humboldt, nunca volvieron para escribir un libro de viajes. Sin embargo, no es la relación que ellos tuvieron con los relatos de viaje lo que quiero examinar aquí, sino la de Quiroga. *Los desterrados* está escrito desde el punto de recepción de los viajes y los relatos de viajes europeos, desde la posición a que me he referido en este libro como "los viajados", es decir, la gente y los lugares *hacia donde y por donde se viaja*. Esto es así en el trivial sentido de que los cuentos de Quiroga son contados desde América del Sur y de que muchos europeos fueron allí. Pero también es así en un sentido mucho más importante: los viajes y los relatos de viajes europeos forman parte del contexto inmediato de la escritura de Quiroga, forman parte de la materia prima con que él crea, forman parte de lo que hace que el narrador de Quiroga sea quien es. Como lo indica el título del libro, *Los desterrados*, Misiones aparece no como un lugar sino como un destino, y como un confín. Es un lugar que tiene la capacidad de interrumpir el paradigma circular de partida y retorno que es el que produce la literatura de viajes. Es un lugar de exilio donde ex hombres excéntricos van a dar y quedan varados después de haber sido expulsados del relato principal de la modernidad. El orden colonial existe allí como un vestigio, en las ruinas de una misión jesuítica. El narrador de *Los desterrados* describe, desde el punto de recepción, un orden socioeconómico concebido a partir de la discontinuidad y la improvisación, la incorrección y la irresponsabilidad. La incapacidad de la modernidad para arraigarse en el lugar es

puesta en escena una y otra vez, día tras día. Haga lo que haga Luisser, las naranjas de la región no son lo suficientemente dulces como para producir un licor que satisfaga las exigencias del mercado urbano. A pesar de toda la dedicación del notario y de su lealtad hacia el Estado, la lluvia no permite conservar documentos. Nadie llega a viejo; no hay mujeres. Misiones es una parodia del progreso, y una versión tragicómica de lo que algunos teóricos latinoamericanos llegaron a llamar "modernidad periférica".[4]

Las primeras décadas del siglo xx son con frecuencia consideradas como la época en que la modernidad se consolidó en América Latina. Democratizada la participación política, surgieron las clases medias urbanas con sus mercados, la industrialización, la transformación tecnológica de la vida cotidiana y los movimientos políticos modernos, entre ellos el gremialismo, el feminismo, el comunismo y el anarquismo. Defendiendo sus fronteras, a menudo librando guerras terribles, los Estados independientes emprendieron la tarea de construir culturas nacionales fuertes y seculares a través de sistemas de educación pública y de instituciones culturales. Las ciudades crecieron y le arrebataron el poder a la aristocracia provinciana. En las ciudades se desarrollaron las artes, la radio, la fotografía, el cine y los movimientos de vanguardia. Los intelectuales se convirtieron en los portadores de la modernidad y de los valores metropolitanos. Al mismo tiempo, las relaciones económicas y políticas de América Latina eran en gran medida neocoloniales. Es decir, América Latina seguía insertada en un sistema internacional por medio del cual las naciones-Estado, aunque nominalmente independientes, tenían poco control sobre sus propios destinos.

En un libro famoso, el estadista ghanés Kwame Nkruma, quien dirigió la lucha por la independencia de su país

[4] Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930.*

en los años cincuenta, llamó al neocolonialismo "la última etapa del imperialismo". "La esencia del neocolonialismo —dijo— consiste en que el Estado a él sometido es, en teoría, independiente y posee todos los atributos exteriores de la soberanía internacional. En realidad, su sistema económico y, por ende, su rumbo político, están dirigidos desde afuera", por lo general a través de medios económicos y monetarios, como el control sobre el comercio y la actividad financiera.[5] La condición neocolonial implica vivir en un aprieto. Políticamente conlleva las obligaciones de una nación-Estado sin las facultades necesarias para trazar su propio derrotero. Si bien la modernidad imagina un proceso gradual que conducirá a que todas las naciones sean finalmente modernas, el neocolonialismo actúa para limitar la capacidad de un Estado para desarrollarse. Los frutos de la productividad fluyen hacia afuera, hacia los bolsillos de los inversores extranjeros. Culturalmente sucede algo análogo. Ser moderno es suscribir los valores de la metrópoli y tratar de realizarlos en otro lugar. Ser neocolonial es ser incapaz de hacer tal cosa, pero al mismo tiempo ser también incapaz de salirse del sistema y planificar un rumbo diferente. Las normas emanan de la metrópoli y aterrizan en la periferia, donde se convierten en lo que el pensador y crítico brasileño Roberto Schwarz denominó "idéias fora de lugar" [ideas fuera de lugar].[6] Entonces, el apuro en que pone a un sujeto la cultura neocolonial es el siguiente: las normas generadas en otro lugar no pueden ser puestas en ejecución donde uno está, pero tampoco pueden ser rechazadas. Uno se ve obligado a ser un miembro de segunda clase de un club en el que la condición de socio no es opcional. "Entre nosotros —dice el teórico chileno José Joaquín Brun-

[5] Kwame Nkruma, *Neocolonialism: The Last Stage of Imperialism*, pp. ix-x.

[6] Roberto Schwarz, *Misplaced ideas.*

ner—, el desasosiego cultural no proviene del agotamiento de la modernidad, sino de la exasperación con ella."[7]

Para los escritores y los artistas, ese desasosiego se convierte en una fuente de creatividad y experimentación, así como también de exasperación. En los capítulos V y VI analizo la cuadrilla de viajeros noreuropeos cuyos escritos textualizaron la neocolonia española-americana después de la independencia. En el capítulo VII examino cómo las élites ilustradas de las nuevas repúblicas reprocesaron esos relatos para moldear los imaginarios nacionales ex y neocoloniales. Este capítulo tiene dos partes. En la primera examino de qué manera la escritura latinoamericana del siglo XX se compromete con los dilemas de la neocolonialidad a través de los códigos de la literatura de viajes y el medio de la movilidad. La situación de la neocolonia como punto de llegada y como receptor opera continuamente en los textos como un marco de referencia para la negociación de identidades y la autorrepresentación. En otras palabras, los escritores, como Quiroga, preguntan: ¿cómo conviertes en un hogar para el yo lo que para otros es un punto de llegada? En la segunda mitad del capítulo, vuelvo al momento actual para examinar cómo las antiguas tradiciones de la narrativa de viajes son recicladas para describir experiencias contemporáneas de migración y desplazamiento dentro del orden neoliberal, creando así los sujetos de la globalización.

Derrotero a destino: la modernidad neocolonial 1920-1950

¿Cómo conviertes en un hogar para el yo lo que para otros es una meta? Podríamos comenzar con el lugar de ficción más conocido de toda América Latina: el Macondo de Ga-

[7] José Joaquín Brunner, *Bienvenidos a la modernidad*, p. 39.

briel García Márquez, escenario de *Cien años de soledad* (1962). Desde el encuentro inicial con el misterioso bloque de hielo llevado al pueblo por los gitanos, Macondo es creado como un punto de llegada y un receptor. Allí, la historia y el tiempo están marcados por la incontrolable e impredecible llegada de personas, cosas, instituciones y significados desde todas partes. Los habitantes absorben, examinan, ajustan, aceptan, adaptan, inventan, disfrutan, administran, aunque no saben de dónde llegan las cosas ni cómo se originaron. Macondo es algo así como el lado inverso del corpus de la literatura de viajes europea sobre América. Ese corpus habla del mandar y llevar; García Márquez, como Quiroga, describe el arribo y la recepción. En Macondo la modernidad llega mágicamente pero también neocolonialmente, sin invitación y por pedazos: la pianola, el ferrocarril, la compañía bananera. Se convierte en la materia prima con la que los personajes, como el novelista mismo, negocian, interactúan y crean.

Más recientemente, en una novela llamada *La ciudad ausente* (1997), el escritor argentino Ricardo Piglia presenta a su protagonista como descendiente de viajeros ingleses del siglo XIX que "abandonaban a sus familias y sus conocidos para recorrer los territorios donde todavía no había llegado la revolución industrial. Solitarios y casi invisibles, habían inventado el periodismo moderno porque habían dejado atrás sus historias personales".[8] Esta genealogía termina por ser una clave para los principales temas de la novela: que la pertenencia es imposible y la historia, irrecuperable. También en este caso la identidad de América Latina como destino y punto de llegada es una condición de la vida y de la escritura. La difícil circunstancia neocolonial se torna una máquina de autoinvención. Escritores como Piglia, García Márquez y Quiroga trabajan con, sobre y a través de

[8] Ricardo Piglia, *La ciudad ausente*, p. 9.

la configuración de relaciones que la colonia vive. Esta manera de trabajar la neocolonialidad como materia prima de la creación es un aspecto singular y estimulante de los modernismos latinoamericanos. Con frecuencia aparece como una crisis de pertenencia, expresada en términos de viaje. Tomemos como ejemplo el conocido ensayo de Alejo Carpentier "De lo real maravilloso americano", escrito a fines de los años cuarenta. Es fácil olvidar que el ensayo es un relato de viaje, un relato de viaje deliberadamente disfuncional, que marca la diferencia neocolonial entre el viajero americano y su contraparte europeo. En este fascinante ensayo, la diferencia neocolonial se caracteriza sobre todo como una diferencia de autoridad, una diferencia en lo que cada uno tiene derecho a afirmar acerca de otros. Carpentier inicia el ensayo describiendo sus viajes a China, enumerando un catálogo de maravillas llegando a la conclusión de que no ha comprendido nada:

> He visto muchas cosas profundamente interesantes. Pero no estoy seguro de haberlas entendido. Para entenderlas realmente [...] hubiese sido necesario conocer el idioma, tener nociones claras acerca de una de las culturas más antiguas del mundo.[9]

"Lo que a mí me faltaba principalmente", sigue diciendo, "era conocimiento libresco, una comprensión de los textos." A continuación cuenta que fue a Oriente Medio y lo que más agudamente sintió fue "la gran melancolía de quien quiso entender y entendió a medias". Otra vez Carpentier nombra el conocimiento libresco como su falta "de algún antecedente literario, de la filosofía".[10] Los viajeros euro-

[9] Alejo Carpentier, *Tientos y diferencias y otros ensayos*, p. 67. La última parte del texto apareció originalmente como un prefacio a la novela de Carpentier *El reino de este mundo* (1948).

[10] *Ibidem*, p. 68

peos rara vez expresan este tipo de incomodidad (para volver al término de Brunner) acerca de su ignorancia bibliográfica. Las convenciones no lo exigen. Pero al parecer, para el viajero que llega desde la neocolonia tal ignorancia no está permitida. Sin conocimiento libresco no está autorizado para escribir. Cuando llegó a Rusia, dice Carpentier, el universo se hizo inteligible. Encuentra nombres de lugares que ya conoce (por haber leído novelas rusas); edificios de los que ha visto fotos o dibujos; puntos de contacto histórico con América. Y cuando llega a Praga, finalmente se siente cómodo; las piedras le hablan, le hablan de Schiller, de Kepler, de Kafka.

Pero aun en este universo familiar, la escritura de Carpentier despliega un fascinante contraste con los viajeros metropolitanos. Carpentier no registra este mundo de la Europa Occidental, que le es conocido, en actos de representación, sino más bien en experiencias de reconocimiento. Es decir que no construye descripciones literarias que intenten recrear en la mente del lector lo que él ha visto con los ojos. Por el contrario, registra la identificación de vistas ya conocidas en viajes anteriores o a través de los "antecedentes literarios". Carpentier no pretende asumir la autoridad cultural europea para representar, describir o recrear lo que ve. Sólo reclama la autoridad para expresar el reconocimiento de lo que ha aprendido (o le han enseñado). ¿Por qué fue esto así? Tal vez porque faltaba un público. ¿Quién, en los años cuarenta, habría leído un libro de viajes sobre China, Polonia o el Oriente Medio escrito por un cubano? Los escritores latinoamericanos contemporáneos han criticado con frecuencia a Carpentier por ser europeizante. Su texto es, sí, eurocéntrico, pero no está regido por los códigos europeos de la literatura de viajes. Carpentier es europeizante de una manera innegablemente americana, y hasta neocolonial. Su incómoda insistencia en la necesidad del conocimiento libresco refleja, en mi opinión, la concepción cultural del

intelectual de la periferia, para quien la realidad "real" y la historia "real" existen en otra parte. El viajero de Carpentier es un retrato del autodidacta neocolonial, cuya biblioteca personal es la base misma de su pretensión de pertenecer a la modernidad: como los habitantes de Macondo, o como el manco del relato de Quiroga con sus dos tomos de Diderot.

No obstante, Carpentier no se niega del todo la experiencia del descubrimiento. Cuando regresa a Cuba descubre... Cuba. Es entonces cuando nos entrega su famosa frase: "Vuelve el latinoamericano a lo suyo y empieza a entender muchas cosas".[11] Los viajes por el extranjero le hacen ver a la América neocolonial de otra manera: como una autocreación singular y no como un limitado reflejo de Europa. Es como si el escritor hiciera una Declaración de la Independencia estética.[12]

Con este reconocimiento, en el ensayo de Carpentier empieza a tomar forma una óptica descolonizadora que, paradójicamente, sigue encadenada al antecedente europeo. Carpentier viaja a Haití y visita el palacio fortaleza del rey Henri Christophe, el gobernante negro instalado allí después de que la gran rebelión de los esclavos derrocara a los franceses en 1803. Guiado por la figura de Josefina, la esposa caribeña de Napoleón, Carpentier tiene una epifanía en este lugar: aplica sus conocimientos europeos a su tierra natal caribeña de un modo íntegramente nuevo.

> Vi la posibilidad de traer ciertas verdades europeas a las latitudes que son nuestras actuando a contrapelo de quienes, viajando contra la trayectoria del sol, quisieron llevar verdades nuestras adonde, hace todavía treinta años, no había capaci-

[11] *Ibidem*, p. 72

[12] "Arrastra el latinoamericano una herencia de treinta siglos, pero [...] debe reconocerse que *su estilo* se va afirmando a través de *su* historia, aunque a veces ese estilo puede engendrar verdaderos monstruos." (*Ibidem*, p. 73, las cursivas están en el original).

dad de entendimiento ni de medida para leerlas en su justa dimensión.[13]

Una vez más, el viaje es el código que expresa la relación neocolonial. Al llevar las verdades europeas a sus latitudes, Carpentier descubre que en América una parte de Europa vive en función de lo que en Europa ya no está vivo. En las culturas populares de las Américas, las prácticas y creencias que tienen sus raíces en la Edad Media —especialmente la creencia en lo maravilloso— siguen vigentes en la actualidad, mucho después de haber sido destruidas en Europa por la secularización racional que Max Weber llamó "desencantamiento". Este componente europeo no modernizado, afirma Carpentier, es lo que hace que América (en este caso, el Caribe) sea auténticamente maravillosa. El surrealismo europeo, en comparación, dice, tuvo algo de falso, fue una especie de "agotador intento por revivir" lo maravilloso después de que ya había sido aniquilado. La idea de Carpentier perturba a los lectores porque, aun en el momento de su descolonización, la autenticidad cultural de América todavía se apoya en su herencia europea y no, por ejemplo, en la herencia de sus pueblos de raigambre indígena o africana. Por cierto, más de una vez Carpentier se identifica con el conquistador.[14] Carpentier resuelve el conflicto neocolonial imaginando su relación con Europa como una relación de autenticidad, no de otredad. A través de este gesto al mismo tiempo descolonizante y recolonizante, el paradero de los otros se convierte en un hogar para un yo unificado, blanco y criollo.

[13] *Idem.*

[14] Carpentier se expresa despectivamente acerca de la línea de Lautréamont sobre los adolescentes que encuentran placer en violar los cadáveres de hermosas mujeres, y luego puntualiza que "lo maravilloso sería violarlas vivas" (*ibidem*, p. 75). La inconsciencia colonial siempre está presente, codificada en ideologías de género que atraviesan la frontera imperial.

El nuevo sujeto cultural americano de Carpentier nace a través de los viajes, en un itinerario que no evita la metrópoli sino que la atraviesa, para luego volver al punto de partida. El camino hacia la descolonización y la toma de conciencia no pasa alrededor sino a través de los códigos de la modernidad. La literatura latinoamericana del siglo xx está marcada por manifiestos de retorno, desde *Cahier d'un retour au pays natal* [Cuaderno de un retorno al país natal], de Aimé Césaire, hasta *Rayuela*, de Julio Cortázar, el *Canto general*, de Pablo Neruda, *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, o *Vuelta*, de Octavio Paz. Pero para la epifanía epistemológica de Carpentier es igualmente decisivo viajar dentro de las Américas, específicamente a Haití. La literatura de viajes, tanto nacional como regional, desempeña un papel clave en los archivos del modernismo latinoamericano. La neocolonia tiene que desarrollar y mantener por lo menos dos formas de capital cultural: el capital nacional (constituido por formaciones locales y regionales apropiados por el centro) y el capital cosmopolita/universal (que significa la Europa Occidental y la Grecia y la Roma clásicas). Hasta hoy en día las librerías de América Latina tienen secciones separadas para "literatura nacional" —o "literatura latinoamericana"— y "literatura universal". En Europa los movimientos de vanguardia de comienzos del siglo xx fueron decididamente cosmopolitas y continentales; sobre todo, antinacionales. En las Américas, muy por el contrario, la construcción de un capital cultural nacional fue una preocupación común de los artistas de esa época, incluyendo a los vanguardistas. A las personas cultas les correspondió construir los Estados-nación modernizadores y generar el capital cultural que definiría a los ciudadanos y crearía para ellos una pertenencia. Tal vez por eso fue bastante frecuente que los escritores fueran diplomáticos, funcionarios públicos, profesores, presidentes.

Esta responsabilidad de construir la nación fue muy probablemente la razón de que las innovaciones modernis-

tas latinoamericanas se desarrollaran en ejes tanto rurales como urbanos. En Europa, el movimiento que se llamó "modernismo" y los movimientos literarios experimentales fueron marcadamente urbanos. Pero el paisaje literario de la neocolonia está atravesado por experimentos que pretenden expresar la ilustración y la condición de ciudadano en términos no urbanos. Por ejemplo: en los años treinta y cuarenta la poeta chilena Gabriela Mistral, a cuya obra me aproximo más adelante, escribió un voluminoso texto titulado *Poema de Chile*. Constituido por más de 300 composiciones, el libro es una suerte de viaje imaginario en el que el yo poético femenino recorre el paisaje chileno en compañía de un niño indígena.[15] Al igual que el ensayo de Carpentier, el *Poema de Chile* está escenificado como un retorno y un redescubrimiento en el que la poeta vuelve a su tierra natal después de una larga ausencia, en forma de un fantasma. Además de su dimensión nacional, la obra es vehementemente rural y, de hecho, antiurbana. Gabriela Mistral fue maestra rural, y esa condición fue el centro de gravedad de su identidad de sujeto moderno y, al mismo tiempo, de celebridad internacional.

En 1941, un contemporáneo de Mistral y Carpentier, el escritor peruano José María Arguedas, publicó su extraordinaria primera novela, *Yawar Fiesta*. Arguedas, hijo de un abogado itinerante que recorría la zona andina, se crió en un pueblo quechuahablante, donde vivió con una familia indígena, aprendió el quechua y se identificó profundamente con la geografía y la cultura andinas. Arguedas fue un escritor y activista que se propuso la misión de superar la división racial y cultural que fracturaba a la sociedad peruana y mantenía a la mayoría indígena marginada y subordinada. Su novela, cuyo título significa *Fiesta sangrienta*, se inicia con una escena de arribo que explícitamente remplaza la figura del viajero extranjero por la del nativo que vuelve. En

[15] Véase Gabriela Mistral (seudónimo), *Poesías completas*.

otras palabras: el sujeto que llega no es un visitante; es un lugareño andino que presenta su tierra.

> Entre alfalfares, chacras de trigo, de habas y cebada, sobre una lomada desigual, está el pueblo.
>
> Desde el abra de Sillanayok' se ven tres riachuelos que corren, acercándose poco a poco, a medida que van llegando a la quebrada del río grande. Los riachuelos bajan de las punas corriendo por un cauce brusco, pero se tienden después en una pampa desigual donde hay hasta una lagunita; termina la pampa y el cauce de los ríos se quiebra otra vez y el agua va saltando de catarata en catarata hasta llegar al fondo de la quebrada.
>
> El pueblo se ve grande, sobre el cerro siguiendo la lomada...[16]

Arguedas, y en esto radica su genio, presenta el mundo andino de una manera que los lectores no andinos pueden descifrar, y al mismo tiempo aclara que se trata de un cosmos diferente. En el pasaje citado, por ejemplo, el lugar no se describe topográficamente por los accidentes del terreno sino por el fluir de las aguas. (En los pueblos andinos, el agua fresca frecuentemente fluye por canales construidos junto a la calle o en el medio de ella.) Después de su arribo andino, Arguedas incorpora la voz del forastero, el viajero, quien nombra el lugar con los términos racistas propios del forastero: "pueblo indio". El narrador nos cuenta que "pueblo indio" es lo que los "viajeros" dicen cuando suben hasta la cumbre de la montaña y ven el pueblo, Puquio, que se extiende abajo. "Unos hablan con desprecio; tiritan de frío en la cumbre los costeños, y hablan '¡Pueblo indio!'".[17] Pero, advierte el narrador, estos viajeros son de la costa; viven a nivel del mar. Como nunca han visto sus pueblos desde una

[16] José María Arguedas, *Yawar Fiesta*, p. 19.
[17] *Ibidem*, p. 20.

montaña distante, nada saben de "la alegría del corazón que conoce las distancias".[18] Pero ante la vista de su pueblo natal abajo y a lo lejos, los serranos rompen a cantar. Este comienzo, complejo, translingual e intercultural, lanza un audaz experimento, organizado alrededor de la anual corrida de toros en el pueblo, su fiesta de sangre. Los guiones culturales de la modernidad y la nación son incorporados a un mundo andino regido por el enredo —o quizás la fusión— de las relaciones coloniales y el cosmos indígena.

Arguedas invoca los despectivos términos de los viajeros no indígenas, que menosprecian la otredad, y después los remplaza por la voz local. Transforma así a Puquio, que de ser un lugar de llegada pasa a ser un hogar. Para los estudiosos modernos de la neocolonia, la descolonización exige que no pasemos alrededor sino a través de los discursos de la metrópoli y su producción de sujetos.

Uno de los grandes protagonistas del llamado "modernismo" brasileño, Mário de Andrade, insistió sobre este punto. Su obra literaria fundacional, la novela cómica *Macunaíma* (1928), recicló en clave irreverente y lúdica los escritos de los viajeros clásicos decimonónicos a Brasil, notablemente Karl F. von Martius y Theodore Hoch'Grunberg.[19] En su prefacio el autor señala:

> Uno de mis intereses fue, decididamente, no respetar ni la geografía ni la fauna de la región. Así, desregionalicé la creación tanto como me fue posible, al mismo tiempo que alcanzaba el mérito de concebir literariamente a Brasil como una entidad homogénea, como un concierto nacional, étnico y también geográfico. (Decir también que yo no estoy convencido... de haber

[18] *Ibidem*, p. 22.

[19] Mário de Andrade, *Macunaíma: O héroi sem nenhum caráter*. Puede consultarse un detallado estudio de su relación con la literatura de viajes de la Amazonia en Lúcia de Sá, *Rain Forest Literatures: Amazonian Texts and Latin American Culture*.

> escrito una obra brasileña. *Yo no sé si soy brasileño*... Y esto es algo que me preocupa, algo en lo que estoy trabajando; sin embargo, no estoy convencido de haber dado un gran paso adelante.)[20]

De Andrade no duda, en un sentido literal, de ser brasileño (como Arguedas, nunca fue a Europa). Lo que hace es invocar el predicamento cultural neocolonial. Si para trabajar sólo cuenta con los discursos europeos heredados, sólo puede crear algo auténticamente brasileño usando esos discursos en forma conscientemente irónica o inauténtica. En un brillante estudio de la prosa y la fotografía de Mário de Andrade, Esther Gabara muestra que él crea "una práctica de la representación y de la autorrepresentación fundadas en el 'error'".[21] La práctica descolonizadora de Andrade, sostiene Gabara, consiste en crear una inautenticidad auténticamente brasileña, apropiándose deliberadamente de los discursos metropolitanos sobre viajes, geografía y etnografía, y desorganizándolos. Así, Mário de Andrade escribió un libro paródico de viajes llamado *El turista aprendiz,* basado en sus viajes por el interior brasileño y lleno de sarcasmo. Entre otros trucos, apeló a las imágenes fotográficas con doble exposición para desvirtuar los códigos establecidos del viaje. En particular, como demuestra Gabara, superpuso retratos (una forma artística del Yo y del aquí) sobre paisajes (una forma artística del "más allá" y el "en otra parte"). En una foto cómica titulada "Ridícula pose en Teffé, 12 de junio de 1927", aparece él mismo con el bastón y el sombrero propios de los exploradores y naturalistas europeos, los

[20] Andrade, *op. cit.*, p. 356, citado en Esther Gabara, *The Ethos of Modernism: Photography and Literature in Brazil and Mexico, 1920-1940,* capítulo 2. Estoy en deuda con el libro de Gabara aquí y en otras páginas.

[21] Esther Gabara, *Errant Modernism: The Ethos of Photography in Mexico and Brazil,* Durham, Duke University Press 2008 (en prensa), capítulo 2, p. 25 (las páginas refieren al manuscrito del libro).

FIGURA 39. *Mário de Andrade.*

plátanos de los "salvajes" indígenas y afrobrasileños, y el abanico de la dueña de una plantación.

Gabara comenta: "Los símbolos de las llamadas 'tres razas' de Brasil se superponen cómicamente, uno encima del otro, negándose a presentar el retrato de un cuerpo nacional único y unificado".[22] Lo único que tienen en común

[22] *Ibidem*, p. 17.

es el colonialismo, que es al mismo tiempo el elemento que los separa. De Andrade captó el concepto de lo neocolonial en un estilo cómico, pero también habló de su dolor, "el dolor sudamericano del individuo", como lo describió en una carta, un dolor que los europeos no pueden imaginar y que "me fascina y me aflige". Este sufrimiento, surgido de la conquista y sus consecuencias, dice, consiste en "la incapacidad de realización del ser moral". Para Mário de Andrade esto es "un dolor irreconciliablemente humano, inmenso, sagrado; yo siempre imaginé que ese dolor viajó en el primer barco de Colón y vive aquí".[23]

Un dolor sagrado similar y una estrategia similar de superposición aparecen en algunos de los más elocuentes poemas de la poeta chilena Gabriela Mistral, ganadora del Premio Nobel de Literatura en 1942. En la obra de Mistral de los años treinta y cuarenta, el viaje y el desplazamiento articulan una vez más la crisis de la nostalgia y la pertenencia, que constituye la sustancia cultural de la neocolonia. Uno de los poemas que más le gustó a su primer traductor al inglés, Langston Hughes, se titula "La extranjera". Este bello poema utiliza un equivalente verbal de las imágenes superpuestas del hogar y lo lejano que utilizó Mário de Andrade.[24] Así como José María Arguedas cita el tono hostil con que el forastero que está de paso murmura "pueblo indio", el poema de Mistral es la expresión de una voz anónima que la describe a ella, la escritora, como una extranjera intrusa, que no pertenece al lugar: "Habla con dejo de sus mares bárbaros / Con no sé qué algas y no sé qué arenas", dicen los primeros versos. Tal como la foto de Andrade en Teffé, este poema de Mistral es un autorretrato refractado a través de la voz de otra persona. Aparecen las imágenes codificadas

[23] Mário de Andrade, *O turista aprendiz*, *Obras Completas*, São Paulo, Martins, 1955-1966, vol. xx, p. 166, citado en Gabara, *op. cit.*, p. 26.

[24] Gabriela Mistral, "La extranjera", en *Tala* (1938), recogido en Gabriela Mistral, *Poesías*, México, Porrúa, 1986, p. 152.

de la naturaleza de América del Sur, tal como en la foto de Andrade. "En huerto nuestro que nos hizo extraño/[la extranjera] ha puesto cactus y zarpadas hierbas". La falta de pertenencia de esta extranjera es una condición permanente. Podrá vivir entre nosotros ochenta años, dice el poema, "pero siempre será como si llegara hablando/lengua que jadea y gime/que le entienden sólo bestezuelas".

Y esa condición, como la de Mário de Andrade, es irremisiblemente penosa. "Ya va a morirse en medio de nosotros", termina el poema, "en una noche en la que más padezca,/con sólo su destino por almohada."[25] Mistral escribió un poema compañero de "La extranjera", titulado "País de la ausencia", que indaga en la categoría de la pertenencia pero de una manera complementaria. En vez de valerse de una doble exposición o de una superposición de distintos elementos, "País de la ausencia" construye algo así como una placa fotográfica en blanco, una foto de la nada, cuidadosamente elaborada. La poeta describe un lugar de pertenencia hecho de ausencia, negaciones y pérdidas. En su "país sin nombre", dice, "no echa granada/no cría jazmín/no tiene cielos/ni mares de añil... Ni puente ni barca/me trajo hasta aquí... Yo no lo buscaba/ni lo descubrí".[26] Nótese que estas líneas invocan los mitos y estereotipos de América sólo para dejarlos de lado. El país de la poeta es un lugar hecho de "patrias y patrias que tuve y perdí":

Perdí cordilleras
en donde dormí
perdí huertos de oro
dulces de vivir
perdí yo las islas
de caña y añil...

[25] *Ibidem*, líneas 15-17.
[26] *Ibidem*, p. 151.

Las sombras de estas cosas, dice, giran amorosamente a su alrededor, para construir este "país sin nombre [donde] moriré". Como Gertrudis Gómez de Avellaneda en "Viajero americano", el poema analizado en el capítulo VII, Mistral evoca los mitos fundacionales de América con el propósito de borrarlos. Pone a la Nada —la presencia de la ausencia— en su sitio, y propone un vacío semántico como una forma de plenitud. De esta ingeniosa manera, el "País de la ausencia" rompe con la retórica de meta y destino del viajero. El país de la ausencia no puede ser un destino: es un lugar que nace cuando uno deja atrás otros lugares y otras historias.

Así, en la obra de Mistral, Carpentier, Arguedas, De Andrade y tantos de sus contemporáneos, el predicamento neocolonial pasa por la fragua transformadora de la percepción artística. El neocolonialismo impide muchas formas de libertad; crecer y florecer a menudo significa luchar contra la corriente. Al mismo tiempo, en el escenario neocolonial, múltiples formaciones culturales o formas del capital cultural están en juego simultáneamente: lo regional, lo nacional y lo metropolitano-universal. A los artistas estas manifestaciones les ofrecen posibilidades creativas. Las entretejen o superponen, como en las fotografías de doble exposición de Mário de Andrade; las refractan una a través de la otra, como en el poema de Mistral; las funden, forzando nuevos compuestos, como en el penoso experimento de Arguedas. Tal vez estos escritores modernos hayan intentado hacer lo que Vinay Bahl (1997) considera una treta imposible: "Definirse a sí mismos en oposición a las estructuraciones de otredad que les son impuestas por las fuerzas imperialistas, sin dejarse absorber por tales categorías".[27] La respuesta li-

[27] Vinay Bahl, "Cultural imperialism and women's movements: Thinking globally", *Gender and History* 4, 1 (abril de 1997), p. 12. Véase también "On the relevance (or irrelevance) of subaltern studies", en *Economic and Political Weekly* 32, 23 (junio de 1997) pp. 1333-1344.

teraria ante ese predicamento consiste en someterse a una perpetua transformación.

La poderosa figura de la extranjera de Gabriela Mistral no deja de recordarnos a otro extranjero, habitante del otro lado del mundo, que por la misma época perturbó las playas bañadas por el sol en la Argelia colonial. Me refiero, por supuesto, a *L'Étranger* [*El extranjero*] (1942) de Albert Camus, cuya historia se desarrolla en Argelia, que por esos años era todavía una colonia francesa. El contraste es interesante. La Argelia de *L'Étranger* se define aún por las duras y categóricas distinciones del poder colonial, y no por la maraña y las superposiciones de la neocolonia. Camus describió a su protagonista como "un hombre pobre y desnudo amante del sol, que no deja sombra" y que "acepta morir por la verdad".[28] No es casual que el colonialismo, y no el neocolonialismo, genere esta reflexión sin sombra sobre el absolutismo. En 1957, a 15 años de haberse publicado la obra, Argelia se encontraba sumida en una brutal guerra por su independencia. Fue entonces cuando Camus publicó el volumen de cuentos *El exilio y el reino (L'Éxile et le royaume)*, que mencioné brevemente en el capítulo VIII. Allí aparece una Argelia muy diferente, en la que, mientras el poder colonial se derrumba, entran en juego los entrecruzamientos, las superposiciones, las ausencias y los vacíos semánticos, como las sombras que envuelven amorosamente al sujeto poético de Gabriela Mistral en su "país sin nombre [donde] voy a morir".[29] Por cierto, el "país de la ausencia" de Mistral resuena como un eco en el pasaje de uno de esos cuentos.

[28] "Un homme pauvre et nu, amoureux du soleil qui ne laisse pas d'ombres ... qui accepte mourir pour la vérite", Albert Camus, prólogo, *L'Étranger*.

[29] M. L. Pratt, "Mapping Ideology: Gide, Camus and Algeria", citado en el capítulo VIII, nota 18.

El pensamiento a través de la movilidad: 1980-2007

Jesús, Hijo del Dios vivo. Ya estoy a bordo del camión y me dirijo a una tierra que no conozco. Mi ilusión es encontrar un trabajo digno que me permita ganar honradamente lo que mi familia y yo necesitamos para vivir como hijos tuyos. Tú que conociste la amargura del destierro cuando con María y José tuviste que buscar refugio en tierra extranjera, comprendes que a mí también el alma se me destroza de amargura al dejar a mis seres queridos. Cuídalos, Señor. Haz que nunca se olviden de mí y que nunca los olvide yo, a pesar de la lejanía. Te pido, ahora, que este viaje llegue a buen término. Líbrame de todo accidente y que en todo me vaya bien. Virgen Santísima, Madre de Jesús, guía mis pasos y dame la fuerza necesaria para superar todas las dificultades del camino. Señor, yo te entrego mi fe, para que siempre me encuentre firme frente a los peligros que me puedan hacer dudar de tu amor. Amén.

Devocionario del migrante
Diócesis de San Juan de los Lagos, Jalisco, México, 1997

En el pueblo donde trabajo organizan salidas rentando un camión, ¡y lo llenan! Van directo a la frontera y de ahí a Minneapolis. Cada 15 días sale una camioneta llena de mole, chiles, quesos, etc., a Minneapolis, y trae de vuelta ropa y otros artículos. Dicen que la mitad del pueblo está en Estados Unidos. La última vez

> que vi el camión y la salida de los jovencitos, había ahí muchas señoras que conozco, pero no me atreví a hablarles porque se me ponía la carne de gallina de pensar que muchos de ellos nunca más volverían a ver a sus padres, y otros quizá tardarían 15 años en regresar. ¡Qué triste, qué fuertes son las madres y los padres!
>
> Antropóloga mexicana, septiembre de 2005

En los años ochenta y noventa se desplegó en todo el planeta una nueva fase imperial. El colapso de la Unión Soviética inauguró un nuevo orden geopolítico, y la revolución de las comunicaciones transformó para siempre el mapa del planeta. Las pautas enormemente alteradas y aceleradas de la movilidad humana son uno de los nuevos elementos clave, sobre todo el turismo masivo y la migración de trabajadores desde los países pobres hacia los países ricos, y del campo a la ciudad. Hoy en día, en los comienzos del siglo XXI, el turismo es la mayor industria del mundo, sólo detrás del tráfico de drogas. La migración de mano de obra, entre otras cosas, ha invertido el flujo colonial que alguna vez fue de Europa hacia el exterior. Actualmente todas las ciudades de Europa y de América del Norte incluyen comunidades de inmigrantes procedentes de muchas partes del mundo, con frecuencia de sus ex colonias. Casi la mitad de los ciudadanos de Surinam residen en los Países Bajos. A fines de los años noventa, España, que enfrentaba una pronunciada caída demográfica, invirtió su anterior relación con América del Sur. Invitó argentinos a radicarse allá para poblar sus aldeas rurales, con lo que el gobierno español devolvió la invitación que Argentina les había hecho a los colonos europeos en el siglo XIX, cuando este último país intentaba eliminar la presencia indígena y negra de su población. Un siglo después, lo que España buscaba era neutralizar la inmigración desde África.

Según el censo realizado en los Estados Unidos en el año 2000, una de cada 10 personas que vivían allí había nacido en otro país, y de un 10% más, su padre o su madre habían nacido fuera de Estados Unidos. En California, sólo la mitad de los niños que ingresaban a la escuela primaria hablaban inglés como primer idioma. El 15% de la población de Guyana vivía en la ciudad de Nueva York. Estos cambios demográficos han influido en todos los aspectos de la vida social, institucional y material, tanto en los países de origen de los inmigrantes como en los países de llegada. Los viajeros siguen viajando, y todavía se escriben y se leen libros de viaje, pero los profundos y rápidos cambios a partir de los años ochenta nos instan a reflexionar sobre y desde la movilidad.[30] El término "globalización" surgió para señalar el hito que se produjo en las relaciones mundiales a fines del siglo XX. Su marca más característica quizá sea la extinción de la narrativa del progreso, narrativa compartida, en circunstancias muy diversas, por muchísima gente en todo el planeta. La gran narrativa de la modernidad, que incluyó a toda la humanidad en su diseño teleológico, perdió poco a poco su arraigo en la imaginación y las acciones de las personas. Al inicio del nuevo milenio, la idea de un mundo en el que en cierto momento todos serían igualmente "desarrollados" ha sido abandonada por completo, al punto en que tienen que recordarnos que hasta hace poco ésa era una expectativa compartida a nivel planetario.[31] Estas páginas finales no son

[30] Para un desarrollo más extenso de estos temas, véase Mary Louise Pratt, "Why the Virgin of Zapopan Went to Los Angeles", en Jens Andersman (ed.), *Images of Power*, Manchester, Manchester University Press. Publicado en español como "Por qué la Virgen de Zapopan fue a Los Ángeles", en *Sujetos en tránsito: (in)migración, exilio y diáspora en la cultura latinoamericana*, Buenos Aires, Alianza. Parte del material que aquí se presenta ha sido adaptada a partir de ese ensayo.

[31] James Ferguson, *Expectations of Modernity: Myths and meanings of Urban Life on the Zambian Copperbelt*, Berkeley, University of California Press, 1999.

el lugar más adecuado para llevar a cabo una explicación detallada de la globalización y de la restructuración de las relaciones planetarias por obra de un neoliberalismo de contornos imperialistas, pese a lo urgente que es abordar estos temas. Sin embargo, a quienes hayan leído hasta aquí este libro, intentaré convencerlos de que no han perdido su tiempo. Espero demostrar que los tropos y las convenciones de la literatura de viajes que se analizan en los capítulos precedentes aún están con nosotros, aunque en formas que han mutado, tal como han mutado las relaciones imperiales que expresaban. En este presente que se transforma con rapidez, aquellas convenciones siguen generando significados y sujetos condicionados por ellas, al mismo tiempo que siguen des-encantando y re-encantando al mundo.

Durante algún tiempo, el carácter imperial del nuevo orden global fue velado por un discurso legitimador del libre comercio, el flujo internacional de capitales y los mercados abiertos: una visión global ecuménica. Pero la diáspora inversa que llevaba a las personas desde las ex colonias a las ciudades de los ex colonizadores fue provocada principalmente por una nueva etapa del capitalismo multinacional organizada para maximizar las ganancias por medio del endeudamiento y los salarios bajos, tanto en los países centrales como en los periféricos. Junto con la gente, desde los países pobres fluye constantemente hacia los países ricos una corriente vasta y permanente de riqueza, en forma de servicios de deuda, dinero protegido y ganancias brutalmente exageradas. Por medio del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, las alianzas entre los países ricos pusieron en acción una nueva ola de saqueo de los pueblos de los países más débiles, e impusieron sobre sus habitantes —en nombre del beneficio corporativo— condiciones sociales y económicas extremadamente duras. Los Estados fueron obligados a renunciar a sus funciones de protección y redistribución, y puestos al servicio de los

sectores corporativos que sirven y defienden los intereses de los inversores multinacionales. Los trabajadores migrantes, como el que cargó consigo el devocionario citado antes como epígrafe, asumieron la tarea de recuperar algo de la riqueza arrebatada y de enviar ese algo de vuelta a su lugar de origen en forma de remesas. Hoy en día, muchas economías nacionales, incluyendo a las de América Central, México, el Caribe, las Filipinas y la India, dependen para su estabilidad de este dinero enviado por los migrantes a sus países de origen.

La metrópoli es una anfitriona egoísta y ambivalente para estas diásporas inversas. Hemos visto, a lo largo de este libro, que en siglos anteriores los relatos de viajes servían como un instrumento por medio del cual la gente se hacía una representación del cambiante orden global e imaginaba los cambios que estaba viviendo. Hoy en día sigue siendo así. Como estudiosa de la literatura de viajes, no pude dejar de darme cuenta, en los años noventa, de que en el diario que leía todos los días, renacía lo que en el capítulo IV llamé "la literatura de supervivencia". Usé esa expresión para referirme a las sensacionales leyendas de sufrimiento y supervivencia, de monstruos y maravillas que 300 años atrás retornaban a Europa desde remotas tierras. Hacia finales de la década de 1990 ese género reapareció en una nueva variante: esta vez, los dramas ocurrían en las fronteras mismas de la metrópoli. En los diarios metropolitanos empezaron a aparecer relatos de naufragios, como por ejemplo aquél de los 900 kurdos que, en la primavera de 1999, encallaron, no en Tierra del Fuego, sino en la costa del sur de Francia. A comienzos del nuevo milenio, sucesos como ése siguen siendo noticias de todos los días. Mientras escribo estas líneas, por ejemplo, mi diario informó del naufragio en el Mediterráneo de un bote inflable con 50 personas que pretendían llegar a Sicilia desde Túnez. Según los sobrevivientes, 19 tripulantes habían muerto en el camino, y sus

restos habían sido arrojados al mar.[32] Los relatos de polizones también volvieron en los años noventa, pero ya no trataban sobre muchachos europeos que se escondían bajo la cubierta de un barco para llegar a la Isla del Tesoro, sino de familias croatas que viajaban colgadas debajo de los trenes en el túnel entre Francia y Gran Bretaña, o de adolescentes africanos hallados muertos por congelamiento en los compartimientos del tren de aterrizaje de los aviones que arribaban a los aeropuertos europeos.[33] En 1998, el cuento del náufrago se reescribió con tintes de sensacionalismo en los Estados Unidos durante el episodio del niño cubano Elián González, de cinco años de edad, único sobreviviente de un fallido intento por ingresar a ese país y que terminó cuando su precaria embarcación zozobró frente a las costas de Florida. Exhibido durante semanas en la televisión, el caso llegó a ser una causa célebre para los cubano-americanos anticastristas. El asunto fue no sólo una excelente muestra de política contemporánea, también se vio aureolado de un antiguo sentido poético: según algunos habitantes de Florida, el niño era la reencarnación del Niño Jesús, y había sido rescatado por delfines.

Las historias de muerte y de rescate circulan en abundancia en la época neoliberal, y no provienen del desierto del Sahara sino del desierto de Arizona, como cierta historia ocurrida en el verano de 2000: un bebé fue rescatado milagrosamente de los brazos de su madre muerta, una joven salvadoreña que trató de ingresar a los Estado Unidos. El niño fue hallado por la Patrulla Fronteriza, un papel que en las antiguas historias del Sahara era desempeñado por alguna caravana de beduinos que acertaba a pasar por el

[32] Peter Kiefer, "Italy: 19 migrants dead at sea", *New York Times*, 2/24/07, p. A6.

[33] James Ferguson, "Of mimicry and membership: Africans and the New World society", en *Current Anthropology* 17, 4 (noviembre de 2002), pp. 551-569.

lugar. La comparación, desde luego, es sorprendente y casi cómica. En 1999 la sofocante pesadilla del barco de esclavos fue vivida de nuevo en el impresionante informe emitido desde el puerto de San Francisco. Dieciocho trabajadores chinos salieron, enloquecidos por el sufrimiento, de un contenedor remetido en algún rincón de un buque de carga en el que habían cruzado el Pacífico. En el viaje habían muerto siete compañeros. Pocos meses después Inglaterra se sacudió con la historia de 43 chinos muertos por haber inhalado monóxido de carbono en el compartimiento de carga de un camión que los había introducido ilegalmente al país desde Holanda. Pocas semanas después, en las riberas del río Bravo, una multitud contempló atónita cómo se ahogaban dos personas que intentaban cruzar a los Estados Unidos a nado. El hecho fue televisado en vivo. A comienzos de 2001, el linchamiento de negros a manos de blancos salió a relucir, no en el sur de los Estados Unidos, sino en la costa meridional de España. La narrativa del cautiverio ha resurgido en lugares como Los Ángeles y Dubai, Milán y Bangkok, en relatos de cautiverio forzoso en el ámbito del servicio doméstico, o en maquiladoras, o en burdeles. Cuando en el año 2000 se supo que en África Occidental volvió a ponerse en práctica la esclavitud, el reportero del *London Daily Telegraph* comentó que "estábamos frente a un espectáculo del siglo XIX". En Abidján, informó, las niñas eran vendidas a un precio de cinco libras cada una.[34] Al mismo tiempo Europa descubría horrorizada que en su mismo seno alojaba a miles de esclavas sexuales cautivas, muchas de ellas oriundas de Rusia y el este de Europa. Como correspondía, el abolicionismo también experimentó un resurgimiento, li-

[34] La caída del precio de los productos agrícolas, el colapso de la agricultura tradicional, la suspensión de la protección de la mano de obra, la demanda de ganancias cada vez mayores y el empobrecimiento de las familias rurales crearon las condiciones para este grotesco y brutal retroceso.

FIGURA 40. *"Esperar y vigilar." Migrantes detenidos son vigilados por un agente de la Patrulla Fronteriza en el desierto de Arizona, 2005. (Foto de Orlando Lara.)*

derado, como en el siglo XVIII, por la London Antislavery Society, fundada en 1787 y llamada ahora Anti-Slavery International.[35] Menos de 20 años antes, en 1980, nadie podría haber imaginado que sería esto lo que nos preocuparía a finales del siglo XX y comienzos del nuevo milenio.

En los siglos XVII y XVIII los relatos que pusieron en escena el nuevo orden global llegaban de sitios remotos. En el orden neoliberal que se consolidó en la década de 1990, las historias se generan en las fronteras de la metrópoli, a veces frente a los ojos mismos de sus habitantes. Tal como en la literatura de muerte y supervivencia del pasado, estos rela-

[35] En agosto de 2004, la prensa brasileña reveló que había esclavitud en sus nuevas plantaciones industriales de soja. El Congreso brasileño aprobó una enmienda constitucional que legislaba el castigo para los terratenientes que utilizaban mano de obra esclava. Dieciocho diputados votaron en contra de esa ley.

tos dramáticos que aparecen en la prensa mundial todos los días cumplen la tarea de escenificar el nuevo orden planetario, un orden imperial que ha empezado a mutar y que está creando sus propios sujetos, con sus jerarquías y sus relaciones características. Las diferencias son esclarecedoras. En los siglos XVII y XVIII eran los sobrevivientes quienes contaban los cuentos de cautiverio y de naufragios. Fueron ellos los narradores que vivieron para contarlo: por definición la historia siempre tenía un final feliz (el rescate, la supervivencia), que afirmaba la viabilidad de un emergente sujeto metropolitano, global y a menudo imperial. Esos sujetos eran los héroes de sus propios relatos: sus nombres aparecían en el título del texto impreso. Como demuestran los ejemplos citados, este archivo está siendo reciclado hoy, pero en esta nueva variante, la narración está en tercera persona y las obras hablan principalmente de muertes anónimas. Impulsados por un deseo distinto, los relatos contemporáneos no representan los dramas de la partida y el retorno, sino los de la negación y la exclusión. Los trabajadores que viajan mueren en mitad de su camino hacia una nueva vida; y los sobrevivientes son devueltos al lugar de donde salieron. No se narran los finales felices, aunque éstos abundan: muchos migrantes logran una nueva vida. Sin embargo, son las escenificaciones de la muerte, la exclusión y el fracaso las que impactan la imaginación del público metropolitano y perduran en ella.[36]

¿Qué está sucediendo? Los dramáticos relatos de muerte y desesperación no son apenas una expresión de la paranoia antinmigrante. Esos escenarios brindan un registro alternativo, que contradice los glamorosos relatos de la globalización: las enormes ganancias y los épicos cierres de contratos que han ocupado las páginas de las publicaciones de nego-

[36] Al parecer, la excepción son los niños, quienes en los archivos contemporáneos figuran como sobrevivientes. Elián González y el bebé salvadoreño son ejemplos que aquí he citado.

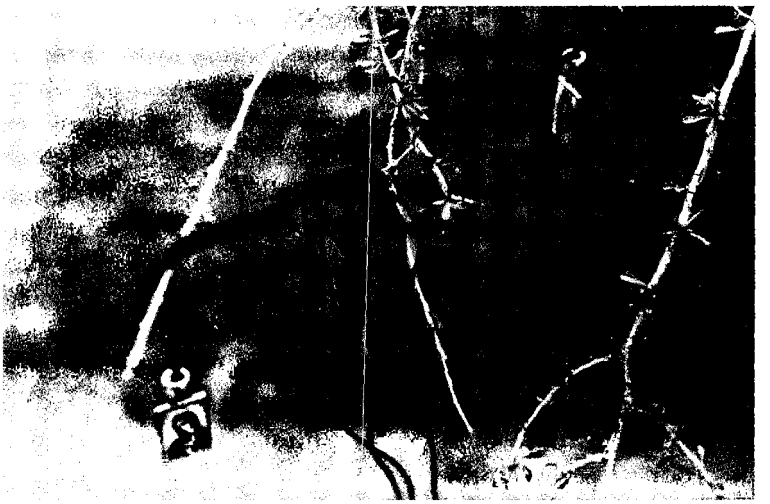


FIGURA 41. *Medallón con la imagen de la Virgen de Guadalupe, abandonado en una rama por un migrante en el desierto del sur de Arizona, 2005. (Foto de Orlando Lara.)*

cios y que atraen fuertemente a quienes viajan en *business class*. La metrópoli se contempla a sí misma en estas narrativas de la no-supervivencia, representándose a sí misma como una fortaleza sostenida por la exclusión violenta y sitiada por gente desesperada, no menos hábil y capaz que la que está adentro, sino solamente menos afortunada. ¿Acaso los privilegiados están planteando una crisis de legitimación cada vez más intensa? ¿Se trata de recordarles a quienes están dentro de la fortaleza cuán afortunados y amenazados son?

A pesar de las historias de muerte, lo concreto es que las diásporas ex coloniales se han establecido en la metrópoli, en formas que sólo paradójicamente podrían compararse con el colonialismo de ocupación. Hoy en día en casi todas las ciudades de los Estados Unidos hay una colonia mexicana o centroamericana, mientras que todos los pequeños poblados de México y de América Central tienen co-

munidades satélites en Estados Unidos, con las que mantienen un flujo continuo de personas, mercancías y dinero. Un buen ejemplo es el flujo que existe entre Minneapolis y la comunidad indígena mencionada en el epígrafe que abre esta sección. Nacen enclaves. En Florida hay complejos de viviendas donde se habla solamente la lengua tzotzil; y en la ciudad de Nueva York existen barrios donde se habla náhuatl. Los mixtecos de Oaxaca han desarrollado una red trasnacional que se extiende desde Puerto Escondido hasta Anchorage. Si los viajeros del siglo XVIII volvían a Europa cargados de novedades, hoy la mano de obra móvil regresa en sentido contrario con maletas llenas de ropa, piezas de automóvil, electrodomésticos, gigantescas maletas colmadas de productos que serán vendidos para pagar el viaje de vuelta a la metrópoli. Si en el Londres victoriano se percibían detalles arquitectónicos originarios de la India, hoy en México los pueblos lucen casas de dos plantas cuya arquitectura delata el dinero del exterior. En el siglo XIX los segundos hijos se encaminaban a la India o al Caribe para hacer fortuna; en nuestros días, jóvenes de Puebla, San Salvador o Cuenca son enviados a Los Ángeles, Chicago o Salt Lake City en busca de dinero para comprar un terreno, abrir un negocio, pagar la educación de los hermanos o la atención médica de la abuela. La Virgen de Zapopan, figura venerada en el estado de Jalisco, en México, recientemente reencarnó en una nueva imagen destinada a atender a sus devotos de California. Muy acertadamente, la nueva encarnación ha sido llamada "La Viajera".

Muchas veces se nos invita veladamente a imaginar estos desplazamientos como un "flujo", una metáfora que sugiere la idea de un proceso natural que alcanzará automáticamente un equilibrio horizontal, como si también sufriera los efectos de la gravedad. La idea de flujo es la metáfora preferida de la globalización, imagen horizontal que le confiere al mercado el carácter de nivelador por excelencia.

Y los efectos que el flujo produce —cualesquiera que éstos sean— son incuestionables; ocurren porque tienen que ocurrir. Pero los relatos de viaje revelan la perversidad de esta metáfora del flujo. Los trabajadores chinos muertos por asfixia no estaban fluyendo en la caja del camión; movidos por la desesperación, habían emprendido un viaje muy peligroso. El río Bravo seguramente fluía, pero no así los jóvenes que en él se ahogaron. El dinero no fluye: las personas lo envían, y la necesidad de enviarlo muchas veces condena a los trabajadores trasplantados a vivir en una especie de cautiverio en el extranjero. La palabra "flujo" oculta el hecho de que el mundo del capitalismo neoliberal está regido por decisiones que son tomadas por personas, y que tienen sentido ético. Esas decisiones han construido un mundo que, para expresarlo metafóricamente, desafía la ley de la gravedad. Sus fuerzas no son horizontales sino verticales. Las políticas neoliberales impulsan la riqueza hacia arriba para concentrarla en unas pocas manos, mientras que aumentan el desarraigo y la indigencia entre las mayorías. Ya no se vislumbra ni la superficie ni el fondo.

Como algunos de los ejemplos que he mencionado indican, esas reconfiguraciones masivas del mundo humano producen nuevas formas de ciudadanía y de pertenencia. La gente trasplantada ejercita su condición de ciudadano o de ciudadana por medio de un distanciamiento que a menudo es permanente. Las comunidades del lugar de origen reconfiguran su vida ritual alrededor del ir y venir de sus migrantes expatriados. El fenómeno de las comunidades satélites suele implicar la existencia de una doble ciudadanía y una doble pertenencia, de una suerte de desdoblamiento del yo en identidades paralelas en un lugar y en el otro, en una lengua y en otra. Esta experiencia puede ser fragmentadora pero también enriquecedora. Con frecuencia transcurre en condiciones de escasez, inseguridad y falta de opciones. Es asombroso darse cuenta de que las matemáticas del mer-

cado no suelen reconocer diferencia alguna entre ganarse la vida en el país de origen y ganarse la vida como emigrado. En otras palabras, el mercado no computa los incalculables costos que el trabajo en el exterior impone a los individuos, las familias y las comunidades. Las relaciones conyugales y generacionales se interrumpen; los niños pierden a sus mentores, cuidadores y maestros. Las estadísticas permiten que todo esto permanezca invisible, aunque esa realidad sobrecoge a quienes, como la antropóloga que cité más arriba, visitan una comunidad rural cuyo tejido social está hecho pedazos.

Las nuevas formas de la movilidad están perturbando el monopolio de una de las normas de la vida social humana más vastamente reconocida: la normatividad del permanecer. Cuando la Virgen de Zapopan generó su nuevo doble, La Viajera, la imagen original recibió un nuevo nombre: La Quedada, es decir, la que permanece. Hasta entonces no había sido necesario nombrar o marcar el estado de permanencia. Aunque se cree que sólo un cuatro por ciento de la gente del mundo integra en algún momento la corriente migratoria, la normatividad de la permanencia ("aquí en casa") en relación con la movilidad ("fuera, en otra parte") ya no es la única base que sostiene el ordenamiento social de la humanidad, ni tampoco el criterio único para definir la ciudadanía y la pertenencia. Se necesitarán nuevos geógrafos para trazar la cartografía de un planeta reconfigurado una vez más por las vastas potencias movilizadoras de la tecnología, la curiosidad, la necesidad y el imperio.

BIBLIOGRAFÍA

Acosta de Samper, Soledad, *La mujer en la sociedad moderna,* París, Garnier, 1895.

Adas, Michael, *Prophets of Rebellion: Millenarian Protest Movements against the European Colonial Order,* Chapel Hill, North Carolina University Press, 1979.

Adorno, Rólena, *Guaman Poma de Ayala: Writing and Resistance in Colonial Peru,* Austin, Texas University Press, 1986.

Alberdi, Juan Bautista, *Viajes y descripciones,* Alberto Palco (ed.), Buenos Aires, Jackson, s. a.

Anderson, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism,* Londres, Verso, 1983.

Andrade, Mário de, *Macunaíma: O héroi sem nenhum caráter,* São Paulo, Martins, 1978.

Andrews, capitán Joseph, *Journey from Buenos Ayres... to Santiago de Chile and Coquimbo in the years 1825-1826,* Londres, John Murray, 1827.

Anónimo, reseña de Hasselquist, *Monthly Review,* vol. XXXV, *Voyages and Travels in the Levant...,* Londres, s. e., 1766 New Series.

Anónimo, reseña de John Owen, *Travels into Different Parts of Europe, Monthly Review,* New Series, vol. XXI, 1796.

Anónimo, reseña de Viaud, *The Shipwreck and Adventures..., Monthly Review,* New Series, vol. XLIV, 1771.

Anónimo, reseña de Williamson, *French and Indian Cruelty..., Monthly Review,* New Series, vol. XXI, 1759.

Arguedas, José María, *Yawar Fiesta,* Lima, Horizonte, 1980.

Baelen, Jean, *La Vie de Flora Tristan: Socialisme et féminisme au 19e siècle,* París, Seuil, 1972.

Baikie, W. B., *Narrative of an Exploring Voyage up the Rivers Kwora and Binue in 1854* (1856), Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1983.

Barrios de Chungara, Domitila, y Moema Viezzer, *Let Me Speak*, trad. Victoria Ortiz, Nueva York, Monthly Review Press, 1978.

———, *Si me permiten hablar... Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia*, México, Siglo XXI, 1977.

Barrow, John, *An Account of Travels into the Interior of Southern Africa in the Years 1797 and 1798*, vols. I y II, Londres, Cadel and Davies, 1801.

———, *An Account of Travels into the Interior of Southern Africa in the Years 1797 and 1798*, Nueva York, Johnson Reprint Corporation, 1968.

Barth, Heinrich, *Travels and Discoveries in North and Central Africa*, Londres, Longman, 1857-1858.

Baudrillard, Jean, *America*, Londres, Verso, 1988.

———, *Simulations*, Nueva York, Semiotext(e), 1983.

Bautista Alberdi, Juan, *Viajes y descripciones*, Alberto Palco (ed.), Buenos Aires, Jackson (Serie Grandes Escritores Argentinos).

Beck, Hanno, *Alexander von Humboldt*, Wiesbaden, Franz Steiner, 1959.

———, "The Geography of Alexander von Humboldt", en Wolfgang-Hagen Hein (ed.), *Alexander von Humboldt. Life and Work*, traducido del alemán por John Cumming, Ingelheim am Rhein, C. H. Boehringer Sohn, 1987.

Bello, Andrés, *Antología de la poesía de Andrés Bello*, introd. Pedro Grasses, Madrid, Seix-Barral, 1978.

———, "Prospectus", *Repertorio americano*, vol. I, Londres, Bossange, Barthes y Lowell, octubre de 1826.

———, "Silva a la agricultura en la zona tórrida" y "Alocución a la poesía", *Obras completas*, vol. I, Caracas, Ministerio de Educación, 1952.

Bernal, Martin, *Black Athena,* New Brunswick, Rutgers University Press, 1987.

Betagh, William, *Observations on the Country of Peru and its Inhabitants During his Captivity,* en John Pinkerton (ed.), vol. XIV, *Voyages and Travels in all Parts of the World,* Londres, Longman, 1813.

Bierck, Jr., Harold A. (ed.) y Vicente Lecuona (comp.), *Selected Writings of Simón Bolívar,* 2 vols., Nueva York, Colonial Press, 1951.

Birkett, Dea, *Victorian Women Explorers,* Londres, Basil Blackwell, 1990.

Birkett, Deborah, "West Africa's Mary Kingsley", *History Today,* núm. 37, mayo de 1987.

Bolívar, Simón, *Doctrina del Libertador,* vols. I y II, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

———, "Carta a Santander", *The Spanish American Revolutions 1808-1826,* John Lynch (comp.), Nueva York, W.W. Norton, 1986.

———, "Mi delirio en el Chimborazo", *Escritos fundamentales,* Germán Carrera Damas (ed.), Caracas, Monte Ávila, 1982.

———, *Selected Writings,* véase Bierck, Jr., Harold A. *et al.*

Boorstin, Daniel, *The Discoverers,* Nueva York, Random House, 1983.

Botting, Douglas, *Humboldt and the Cosmos,* Nueva York, Harper & Row, 1973.

Bouguer, Pierre, "An Abridged Relation of a Voyage to Peru (1744)", en *Voyages and Travels in all Parts of the World,* John Pinkerton (ed.), vol. XIV, Londres, Longman, 1813.

Bovill, E. W. (ed.), *Missions to the Niger,* Hakluyt Society Series II, vol. CXXIII, s. l., s. f.

Brand, teniente Charles, *Journal of a Voyage to Peru: A Passage Across the Cordillera of the Andes in the Winter of 1827...,* Londres, Henry Colburn, 1828.

Brenkman, John, *Culture and Domination,* Ithaca, Cornell University Press, 1988.

Brent, Peter, *Black Nile,* Londres, G. Cremonesi, 1977.

Broberg, Gunnar *et al.* (eds.), *Linnaeus: The Man and his Work,* Berkeley, University of California Press, 1983.

Brunner, José Joaquín, *Bienvenidos a la modernidad,* Santiago, Planeta, 1994.

Burke, John G., "The Wild Man's Pedigree", en Dudley y Novak (eds.), *The Wild Man Within.*

Burton, Richard, *The Lake Regions of Central Africa: A Picture of Exploration* (1860), vol. II, Nueva York, Horizon Press, 1961.

Caillié, René, *Travels through Central Africa to Timbuctoo,* s. l., s. e.,1830.

Campra, Rosalía, "La imagen de América en *Peregrinations d'une paria* de Flora Tristán: Experiencia autobiográfica y tradición cultural", en *Amérique Latine/Europe,* edición especial de *Palinure,* París, 1985-1986.

Camus, Albert, "The Adulterous Woman", *Exile and the Kingdom,* trad. de Justin O'Brien, Nueva York, Vintage Books, 1957 ["La mujer adúltera", *El exilio y el reino,* Buenos Aires, Losada, 1989].

Carpentier, Alejo, "Problemática de la actual novela latinoamericana", *Tientos y diferencias,* Montevideo, Arca.

———, [*The Lost Steps,* trad. Harriet de Onís, Nueva York, Knopf, 1956] *Los pasos perdidos,* Madrid, Alianza Editorial, 1988.

———, *Tientos y diferencias y otros ensayos,* Barcelona, Plaza y Janés, 1987.

Carter, Ron, "A Question of Interpretation: An Overview of Some Recent Developments in Stylistics", en Theo D'Haen (ed.), *Linguistics and the Study of Literature,* Ámsterdam, 1986.

Chinweizu, *The West and the Rest of Us: White Predators, Black Slavers and the African Elite,* Nueva York, Vintage, 1975.

Clapperton, H., *Journal of a Second Expedition into the Interior of Africa,* s. e., 1829.

Clifford, James, y George Marcus (eds.), *Writing Culture,* Berkeley, California University Press, 1987.

Coetzee, J. M., *White Writing: On The Culture of Letters in South Africa,* New Haven, Yale Universiy Press, 1988.

Colón, Cristóbal, *Four Vayages to the New World: Letters and Selected Documents,* ed. y trad. R. H. Major, Nueva York, Corinth Books, 1961.

Commager, Henry Steele, *The Empire of Reason,* Nueva York, Doubleday, 1977.

Condamine, Charles-Marie de la, *A Succint Abridgement of a Voyage made within the Inland Parts of South-America,* E. Withers (ed.), Londres, 1748.

Conrad, Joseph, *Heart of Darkness and Other Stories,* Nueva York, Houghton Mifflin, 1971.

Crowther, Samuel, *Journal of an Expedition up the Niger and Tshadda,* Londres, Church Missionary Society, 1855.

Cruz, Mary (ed.),"El viajero americano", en Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Antología poética,* La Habana, Letras Cubanas, 1983.

Curtin, Philip, *The Image of Africa: British Ideas and Action, 1780-1850,* 2 vols., Madison, Wisconsin University Press, 1985.

———, *et al., African History,* Boston, Little Brown, 1978.

Denham, E., H. Clapperton y W. Oudney, *Narrative of Travels and Discoveries in Northern and Central África,* Londres, J. Murray, 1828.

DeSanti, Dominique, *Flora Tristan, la femme révoltée,* París, Hachette, 1972.

Didion, Joan, *Salvador,* Nueva York, Washington Square Press, 1983.

Dorham, Don L., *History, Power, Ideology,* Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

Du Chaillu, Paul, *Explorations and Adventures in Equatorial Africa,* Nueva York, Londres, J. Murray, 1861.

Dudley, Edward, y Maximilian E. Novak (eds.), *The Wild Man Within,* Pittsburgh, Pittsburgh University Press, 1972.

Dusen, Robert van, "The Literary Ambitions and Achievements of Alexander von Humboldt", en *European University Papers,* Berna, Herbert Lang, 1971.

Echeverría, Esteban, *La cautiva,* Buenos Aires, Huemul, 1974.

Equiano, Olaudah, *The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano, or Gustavus Vassa, the African,* Londres, W. Durrell, 1789.

Evans, Martin, *America: The View from Europe,* Stanford Alumni Association, San Francisco Books, 1976.

Fabb, Nigel, *et al.* (eds.), *The Linguistics of Writing,* Manchester, Manchester University Press, 1987.

Fabian, Johannes, *Time and the Other: How Anthropology Makes its Object,* Nueva York, Columbia University Press, 1983.

———, *Language and Colonial Power: The Appropriation of Swahili in the Former Belgian Congo, 1880-1930,* Nueva York, Cambridge University Press, 1986 (African Studies Series N° 48).

Falconbridge, Anna Maria, *Narrative of Two Voyages to Sierra Leone,* Londres, L. I. Higham, 1802.

———, *Narrative of Two Voyages to Sierra Leone,* Londres, Frank Cass, 1967.

Falconbridge, Lord Alexander, *Account of the Slave Trade on the Coast of Africa,* Londes, s. e., 1788.

Fieldhouse, D. K., *The Colonial Empires: A Comparative Survey from the Eighteenth Century,* Londres, Macmillan, 1982 (orig., 1965).

Forbes, Vernon S., *Pioneer Travellers of South Africa: A Geographical Commentary upon Routes, Records, Observations, and Opinions of Travellers at the Cape, 1750-1800,* A. A. Ciudad del Cabo, Boekema, 1965.

Forbes, Vernon S., y John Rourke, *Paterson's Cape Travels 1777-1779*, Johannesburgo, Brenthurst Press, 1980.

Foucault, Michel, *Les mots et les choses*, París, Gallimard, 1966 [*Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1991].

———, *Moi, Pierre Rivière, ayant égorgé ma mère, ma soeur et mon frère...*, París, Gallimard, 1973 [*Yo, Pierre Rivière, habiendo degollado a mi madre, mi hermana y mi hermano...*, Barcelona, Tusquets, 1976].

Franco, Jean, "Un viaje poco romántico: Viajeros británicos hacia Sudamérica, 1818-1828", *Escritura*, núm. 7, 1979, Caracas.

Fransmyr, Tore (ed.), *Linnaeus: The Man and His Work*, Berkeley, California University Press, 1983.

Frézier, M., *A Voyage to the South Sea and along the Coasts of Chile and Peru in the Years 1712, 1713 and 1714*, Londres, Jonah Bowyer, 1717.

Fussell, Paul, reseña de Theroux, *The Old Patagonian Express*, *New York Times Book Review*, 26 de agosto de 1979.

Gabara, Esther, *The Ethos of Modernism: Photography and Literature in Brazil and Mexico, 1920-1940*, Durham, NC, Duke University Press, s. f.

Garcilaso de la Vega, Inca, *Comentarios reales de los Incas*, Lisboa, 1609.

Gascar, Pierre, *Humboldt l'explorateur*, París, Gallimard, 1985.

Gates, Henry Louis (ed.), *Race, Writing and Difference*, Chicago, Chicago University Press, 1986.

Gay, Peter, *The Enlightenment: An Interpretation*, vol. II, *The Science of Freedom*, Nueva York, W. W. Norton, 1969.

Gerbi, Antonello, *La disputa del nuevo mundo: Historia de una polémica 1750-1900*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Gerbi, Antonello, *Nature in the New World,* Pittsburgh, Pittsburgh University Press, 1985.

Gilman, Sander L., "Black Bodies, White Bodies: Toward an Iconography of Female Sexuality in Late Nineteenth-Century Art, Medicine, and Literature", en Henry Louis Gates (ed.), *Race, Writing, and Difference.*

Gisbert, Teresa, *Iconografía y mitos indígenas en el arte,* La Paz, Gisbert & Co., 1980.

Godin des Odonnais, Louis, "Carta a M. de la Condamine, julio de 1773", *Relato Abreviado de La Condamine,* en Pinkerton (ed.), *Voyages and Travels in all Parts of the World,* vol. XIV, Londres, Longman, 1813.

Goerke, Heinz (ed.), *Linnaeus,* trad., Denver Lindley, Nueva York, Scribner's, 1973.

Gómez de Avellaneda, Gertrudis, "El viajero americano", *Antología poética,* Mary Cruz (ed.), La Habana, Letras Cubanas, 1983.

Goodman, Edward J., *The Explorers of South America,* Norman, The University of Oklahoma Press, 1992.

Gorriti, Juana Manuela, *Sueños y realidades,* Buenos Aires, La Nación, 1907.

Graham, Maria, *Journal of a Residence in Chile during the year 1822,* Londres, Longman, 1824 [*Diario de mi residencia en Chile en 1822,* trad. Emilia Romero, Lima, Antártica, 1946. *Diario de mi residencia en Chile en 1822,* trad. e introd. José Valenzuela D., Santiago, Editorial del Pacífico, 1956].

Grant, James Augustus, *A Walk Across Africa, or Domestic Scenes from my Nile Journal,* Edimburgo, s. e., 1864.

Grasses, Pedro (introd.), *Antología de la poesía de Andrés Bello,* Madrid, Seix Barral, 1978.

Gunn, Mary, y L. E. Codd, *Botanical Exploration of Southern Africa,* Ciudad del Cabo, A. A. Boekema, 1981.

Hagen, Victor von, *South America Called Them,* Nueva York, Knopf, 1945.

Hamalian, Leo, *Ladies on the Loose: Women Travellers of the 18th and 19th Centuries*, Nueva York, Dodd y Mead, 1981.

Haraway, Donna, *Primate Visions*, Nueva York, Routledge, 1989.

Harlow, Barbara, *Resistance Literature*, Nueva York, Methuen, 1987.

Hawkesworth, John (ed.), *An Account of Voyages undertaken by order of his Present Majesty for Making Discoveries in the Southern Hemisphere*, 4 vols., Londres, W. Straham, 1773-1785.

Head, F. B., capitán, *Rough Notes taken during Some Rapid Journeys across the Pampas and among the Andes*, Londres, John Murray, 1826.

Hein, Wolfang-Hagen (ed.), *Alexander von Humboldt: Life and Work*, trad. del alemán por John Cumming, Ingelheim am Rhein, C. H. Boehringer Sohn, 1987 (original en alemán, 1985).

Henríquez Ureña, Pedro, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, Babel, 1927.

Heredia, José María, "En el Teocalli de Cholula", *Niágara y otros textos (Poesía y prosa selectas)*, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 1990.

Hoock-Demarle, Marie-Claire, "Le langage littéraire des femmes enquêtrices", en Stéphane Michaud (ed.), *Un fabuleux destin: Flora Tristan*, Dijon, Dijon Editions Universitaires, 1985.

Hulme, Peter, *Colonial Encounters*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

Humboldt, Alexander von, *Views of Nature*, tad. E. C. Otte y Henry G. Bohn, Londres, Henry G. Bohn, 1850 [*Cuadros de la naturaleza*, México, Siglo XXI, 1999].

———, *Cartas americanas*, Charles Minguet (ed.), Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.

———, *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, vol. I, Caracas, Monte Ávila, 1991.

Humboldt, Alexander von, *Personal Narrative of a Voyage to the Equinoctial Regions*, vols. I y III, trad. Helen Maria Williams, Londres, Longman, 1822.

———, *Views of the Cordilleras and Monuments of the Indigenous Peoples of América*, 2 vols., trad. Helen Maria Williams, Londres, Longman, 1814.

Hutton, Catherine (comp.), *The Tour of Africa*, vol. I, Londres, Baldwin, Cardock y Joy, 1819.

Isert, Paul Erdman, *Voyages en Guinée et dans les îles caraíbes en Amérique*, París, Marandan, 1793.

James, C. L. R., *Black Jacobins: Toussaint L'Ouverture and the Santo Domingo Revolution*, Nueva York, Vintage, 1963.

Jitrik, Noé, *Los viajeros*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969 (Serie "Los Argentinos").

Jones, Kristine L., "Nineteenth Century British Travel Accounts of Argentina", *Ethnohistory*, edición especial sobre literatura de viajes, etnografía y etnohistoria, vol. XXXIII, núm. 2, 1986.

Kane, Joe, *Running the Amazon*, Nueva York, Random House, 1989.

Kingsley, Mary, *Travels in West Africa*, Londres, Macmillan, 1897.

———, *Travels in West Africa*, Londres, Virago, 1982.

Kolb, Peter, *Description du Cap de Bonne Espérance*, Amsterdam, J. Catuffe, 1711 [*The Present State of the Cape of Good Hope*, vol. I, trad. Mr. Medley, Londres, W. Innys, 1731].

———, *The Present State of the Cape of Good Hope*, Nueva York, Johnson Reprint Corporation, 1968.

Laird, Macgregor, y R. A. Oldfield, *Narrative of an Expedition into the Interior of Africa by the River Niger*, s. e., 1837.

Lander, Richard, *Records of Captain Clapperton's Last Expedition in Africa*, Londres, Coburn y Riley, 1830.

———, y J. Lander, *Journal of an Expedition to Explore the Course and Termination of the Niger*, s. e, 1830.

Landes, Joan, *Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution*, Ithaca, Cornell University Press, 1988.

Lee, Mrs. R., *Stories of Strange Lands and Fragments from the Notes of a Traveller*, Londres, Edward Moxon, 1835.

Le Vaillant, François, *Voyages de F. Le Vaillant dans l'intérieure de l'Afrique 1781-1785*, Jacques Boulanger (prol. y comp.), 2 vols., París, Librairie Plon, 1931.

Lewin, Boleslao, *Tupac Amaru*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1973.

Lloyd, Christopher, *The Search for the Niger*, Londres, Collins, 1973.

Lupton, Kenneth, *Mungo Park, the African Traveler*, Oxford, Oxford University Press, 1979.

Lynch, John, *The Spanish American Revolutions 1808-1826*, 2a. ed., Nueva York, W. W. Norton, 1986.

MacGregor, Laird, y R. A. Oldfield, *Narrative of an Expedition into the Interior of Africa by the River Niger*, Londres, R. Bentley, 1837.

Major, R. H. (ed. y trad.), *Tour Voyages to the New World: Letters and Selected Documents*, Nueva York, Corinto Books, 1961.

Mármol, José, *Cantos del peregrino*, Juan Mármol (ed.), Buenos Aires, Félix Lajouane, 1889.

Marshall, P. J., y Glyndwr Williams, *The Great Map of Mankind*, Cambridge, Harvard University Press, 1982.

Martí, José, "Palabras sobre Heredia", *El economista americano*, Nueva York, julio de 1888; en *Obras completas*, vol. v, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

Marx, Karl, *El capital* (1867), vol. I, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Mawe, John, *Travels in the Interior of Brazil, particularly in the Gold and Diamond Districts...*, Filadelfia, M. Carey, 1816.

Michaud, Stéphane (ed.), *Un fabuleux destin: Flora Tristan*, Dijon, Dijon Editions Universitaires, 1985.

Miers, John, *Travels in Chile and La Plata,* vol. I, Londres, Baldwin, Cardock and Joy, 1826.

Minguet, Charles, *Alexandre de Humboldt, Historien et géographe de l'Amérique espagnole, 1799-1804,* París, Maspero, 1969.

Minguet, Hélène, "Introduction to La Condamine", *Voyage sur l'Amazone,* París, Maspero, 1981.

Mistral, Gabriela, *Poesías completas*, Margaret Bates (ed.), Madrid, Aguilar, 1966.

Mollien, Gaspar, *Travels in the Republic of Colombia in the years 1822-1823,* Londres, C. Knight, 1824.

Montagu, *lady* Mary, *Embassy to Constantinople: The Travels of Lady Mary Wortley Montagu,* ed. y comp. Christopher Pick, introd. Derula Murphy, Londres, Century Hutchinson, 1988.

Moravia, Alberto, *Which Tribe Do You Belong To?,* trad. Angus Davidson, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 1972.

Nkruma, Kwame, *Neocolonialism: The Last Stage of Imperialism*, Nueva York, International Publishers, 1965.

Ovalle, Alonso de, *An Historical Relation of the Kingdom of Chile,* vol. XIV, Pinkerton (ed.), Londres, Longman, 1649.

Owen, John, *Travels into Different Parts of Europe in the years 1791 and 1792,* Londres, T. Cadell, 1796.

Owen, Richard, *Saga of the Niger,* Londres, R. Hale, 1961.

Park, Mungo, *Travels in the Interior of Africa*, Edimburgo, Adam & Charles Black, 1860.

Parra, Teresa de la, *Memorias de Mamá Blanca*, en *Obras completas*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982.

———, *Las memorias de Mamá Blanca,* Buenos Aires, EUDEBA, 1966.

Paterson, Guillaume, *Relation de quatre voyages dans le pays des Hottentots et dans la Caffrerie,* trad. M. T. M., París, Letelier, 1790.

Pfeiffer, Heinrich (ed.), *Alexander von Humboldt Werk und Weltgeltung,* Múnich, R. Piper, 1969.

Piglia, Ricardo, *La ciudad ausente*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992.

Pinkerton, John (ed.), *Voyages and Travels in All Parts of the World*, Londres, Longman, 1813, 1814.

Poma de Ayala, Guamán, *Nueva corónica y buen gobierno*, John Murra y Rolena Adorno (eds.), México, Siglo XXI, 1980.

Portal, Magda *et al.*, *Flora Tristán: Una reserva de utopía*, Lima, Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán, 1985.

Poulantzas, Nicos, *State, Power, Socialism*, Londres, Verso, 1978.

Pratt, M. L., "Los mapas ideológicos: Gide, Camus y Argelia", *Escritura*, núm. 7, Caracas, 1977.

———, "Fieldwork in Common Places", en James Clifford y George Marcus (eds.), *Writing Culture*, Berkeley, California University Press, 1987.

———, "Linguistic Utopias", en Nigel Fabb *et al.* (eds.), *The Linguistics of Writing*.

———, "Modernity, Mobility and Excoloniality", *Seuils et Traverses: Actes du Colloque de Brest*, Brest, Centre du Recherche Bretonne et Celtique, 2002, pp. 13-30.

Price, Richard, *First-Time: The Historical Vision of an Afro-American People*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1983.

Proctor, Robert, *Narrative of a Journey Across the Cordillera of the Andes and of a Residence in Lima*, Londres, Archibald Constable, 1825.

Quiroga, Horacio, *Los desterrados y otros textos*, ed. Jorge Lafforgue, Madrid, Castalia, 1990.

Ritvo, Harriet, *The Animal Estate*, Cambridge, Harvard University Press, 1987.

Rodríguez Ortiz, Óscar (ed.), *Imágenes de Humboldt*, Caracas, Monte Ávila, 1983.

Rojas, Ricardo, *El santo de la espada*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1961.

Rousseau, Jean-Jacques, *Les rêveries du promeneur solitaire,* París, Le Livre de Poche, 1983 [*Las ensoñaciones del paseante solitario,* Madrid, Alianza, 1988].

Rowe, John, "Movimiento nacional inca", *Revista Universitaria de Cuzco,* núm. 107, 1995.

Sahlins, Marshall, *Islands of History,* Chicago, Chicago University Press, 1985 [*Islas de historia,* Barcelona, Gedisa].

Samper, Acosta de, *La mujer en la sociedad moderna,* París, Garnier, 1895.

Sarlo, Beatriz, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930,* Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo o civilización y barbarie,* pról. de N. Jitrik, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977 [*Life in the Argentine Republic in the Days of the Tyrants,* trad. Mary Mann, Nueva York, Collier Books, 1961].

———, *Viajes,* pról., Roy Batholomew, Buenos Aires, Belgrano, 1981 (Colección Clásicos Argentinos).

Saugnier y Brison, *Voyages to the Coast of Africa* (1792), Nueva York, Negro University Press, 1969.

Schleucher, Kurt, *Alexander von Humboldt: Der Mensch, Der Forscher, der Schriftsteller,* Berlín, Stapp, 1988.

Schwarz, Robert, *Misplaced Ideas,* John Gledson (comp.), Londres, Verso, 1992.

Simón Bolívar, *Doctrina del libertador,* Biblioteca Caracas, Ayacucho, 1979.

Sparrman, Anders, *A Voyage to the Cape of Good Hope,* vol. I, Londres, G. and J. Robinson, 1785.

———, *A Voyage to the Cape of Good Hope,* Nueva York, Johnson Reprint Corporation, 1971.

Speke, John Hanning, *Journal of the Discovery of the Source of the Nile,* Edimburgo, Blackwood, 1863.

Spivak, Gayatri, *Other Worlds,* Londres, Methuen, 1989.

Stafford, Barbara, *Voyage into Substance,* Cambridge, MIT Press, 1987.

Stedman, John Gabriel, *Narrative of a Five Years' Expedition against the Revolted Negroes of Surinam,* Richard Price y Sally Price (eds.), Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1988.

———, *Narrative of a Five Years' Expedition against the Revolted Negroes of Surinam,* 2 vols., R. J. van Lier (ed.), Massachusetts, Barre, Imprint Society, 1971.

Steele Commager, Henry, *The Empire of Reason,* Nueva York, Doubleday, 1977.

Sten, Lindroth, "Linnaeus in his European Context", Broberg (ed.), 1983.

Stern, Steven J. (ed.), *Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World, 18th to 20th Centuries,* Madison, Wisconsin University Press, 1987.

Stevenson, W. B., *A Historical and Descriptive Narrative of Twenty Years' Residence in South America,* 3 vols., Londres, Hurst, Robinson and Co., 1825.

Syme, Ronald, *I, Mungo Park,* Londres, Burke, 1951.

Sypher, Wylie, *Guinea's Captive Kings: British Anti-Slavery Literature of the 18th Century,* Chapel Hill, North Carolina University Press, 1942.

Taussig, Michael J., *Mimesis and Alterity: A Particular History of the Senses,* Nueva York, Routledge, 1993.

———, *Shamanism, Colonialism and the Wild Man: A Study in Terror and Healing,* Chicago, Chicago University Press, 1987.

Thal, Herbert M. van (ed.), *Victoria's Subjects Traveled,* Londres, A. Barber, 1951.

Theal, George M., *History and Ethnography of Africa South of the Zambesi,* vols. II y III (hasta 1795), Londres, Allen & Unwin, 1897.

———, *History of South Africa before 1795,* Ciudad del Cabo, C. Struik, 1964.

Theroux, Paul, *The Old Patagonian Express,* Boston, Houghton Mifflin, 1978.

Tinling, Marion, *Women into the Unknown: A Sourcebook on Women Explorers and Travelers,* Nueva York, Greenwood, 1989.

Toscano, Humberto (ed.), *El Ecuador visto por los extranjeros,* Puebla, Cajica, 1959.

Tristán, Flora, *Peregrinations of a Pariah, 1833-1834,* Boston, Beacon Press, 1986 [*Peregrinaciones de una paria,* trad. Emilia Romero, Lima, Antártica, 1946].

Trotter, H. D., W. Allen y T. R. H. Thompson, *Narrative of the Expedition to the River Niger in 1841,* Londres, Richard Bentley, 1848.

Turner, James, *The Politics of Landscape: Rural Scenery and Society in English Poetry 1630-1660,* Cambridge, Harvard University Press, 1979.

Ulloa, Antonio de, y Jorge Juan, *Voyage to South America (1747),* Londres, Longman, trad. John Adams, en Pinkerton, vol. XIV, *Voyages and Travels in all Parts of the World,* 1813.

———, *Noticias secretas de América,* Madrid, 1747.

Venegas Filardo, Pascual, *Viajeros a Venezuela en los siglos XIX y XX,* Caracas, Monte Ávila, 1973.

Viaud, Pierre, *The Shipwreck and Adventures of Mons. Pierre Viaud,* Londres, s. e., 1771.

Williamson, Peter, *French and Indian Cruelty: exemplified in the Life, and various vicissitudes of fortune, of Peter Williamson,* Londres, s. e., 1759.

Wright, Richard, *Black Power,* Nueva York, Harper, 1954.

ÍNDICE DE FIGURAS

1. El dibujo de Guamán Poma de Ayala sobre la creación bíblica 29
2. Pintura autoetnográfica tomada de *Nueva corónica y buen gobierno*, de Guamán Poma 30
3. *Siembra*, por los artistas de Sarhua 38
4. La expedición La Condamine haciendo mediciones (1751) 51
5. Fenómenos naturales de Sudamérica (Ulloa y Juan, 1748) 56
6. Sistema de Linneo para la identificación de las plantas por sus aparatos reproductivos (1736) 61
7. *Anthropomorpha*, de Linneo (1760) 75
8. Frontispicio de la edición francesa de la obra de Peter Kolb, *Description du cap de Bonne-Espérance*, 1741 91
9. Costumbres de los hotentotes (Kolb, 1741) 98
10. "Aldeas y chozas de los hotentotes" (Kolb, 1741) .. 99
11. Frontispicio de la traducción al inglés de 1785 del libro de Sparrman *Voyage to the Cape of Good Hope* (1785) 111
12. Frontispicio de la edición de 1860 del libro de Park, *Travels in the Interior of Africa* 148
13. Portada de la edición de 1860 de los *Viajes* de Park 157
14. Un negro rebelde de Surinam monta guardia armado (Stedman, 1796) 186
15. Marcha a través de un pantano (Stedman, 1796) .. 187
16. "Joanna" (Stedman, 1796) 192
17. Maltrato de esclavos (Stedman, 1796) 193
18. Humboldt y Bonpland en el Orinoco 225

19. Puentes naturales de Icononzo (Humboldt, 1814) 234
20. Perfil botánico del Monte Chimborazo según Humboldt (1805) 242
21. Dibujo andino del cerro de Potosí (1588) 243
22. Estatua de una sacerdotisa azteca (Humboldt, 1814) 248
23. Manuscrito jeroglífico azteca (Humboldt, 1814).. 250
24. Frontispicio del *Atlas of America* de Humboldt ... 261
25. *Arpillera,* artista anónimo, Perú, década de 1980 .. 265
26. Dinastías inca y española (Antonio de Ulloa y Jorge Juan, 1748) 271
27. Tabla de categorías raciales (Stevenson, 1825) ... 282
28. Silletero andino 287
29. "Vista de Valparaíso" (Graham, 1824) 293
30. Mujer soldado en Brasil (Graham, 1824) 307
31. La saya y el manto (Stevenson, 1825) 312
32. Frontispicio de *Repertorio americano* (1826) 323
33. La savia del árbol sandi (palo de vaca). Tomado de Paul Marcoy, *Travels in South America* (1875) 327
34. Pirámide de Cholula (Humboldt, 1814) 335
35. Frontispicio de David Livingstone, *Narrative of an Expedition to the Zambesi* (1865)..... 368
36. Ripon Falls. Tomado de John Hanning Speke, *Journal of the Discovery of the Source of the Nile* (1863) 373
37. "Cruzando un manglar con marea alta", de Du Chaillu, *Explorations and Adventures in Equatorial Africa* (1861)..... 382
38. "Gorila con arma de fuego" (Du Chaillu, 1861) ... 383
39. Mário de Andrade 423
40. "Esperar y vigilar" (2005) 435
41. Medallón de la Virgen de Guadalupe (2005)..... 437

ÍNDICE ANALÍTICO

Academia de Ciencias (Francia): 48, 49, 50
Accra: 395
Across Patagonia (Dixie): 315
actitud sentimental: 148-149, 169, 170, 185, 198-199, 226; en la literatura de Park 153-168; sexo y esclavitud 170-171
Adams, John: 53
Adán en el Paraíso: 72, 107, 116
Adanson, Michel: 65, 70, 141
África: 138, 139-145, 219, 389. *Véase también* países y regiones específicos
afrikáners. *Véase* bóers
agricultura: 78, 80
Aguirre: 52
Alberdi, Juan Batista: 346n
Alí, gobernante fulani: 143, 161
"Alocución a la poesía" (Andrés Bello): 320
Amazonas: 48, 50, 79
América española: 214-218; inversión en la, 273-274; literatura de la, 320; proteccionismo en la, 46; sociedad en la, 279-281, 285-286
amerindios: 50, 215. *Véase también* incas, aztecas, indios pampas
Anderson, Benedict: 260
Andes: 146, 241-242, 279, 284, 326; viajeros en los, 284
Andrade, Mário de: 421-426
Andrews, Joseph: 274
anticonquista: 85, 133-134, 155, 156, 104, 201; definición del término, 35
Antillas: 222
arqueología en América: 248-253
Arequipa: 286, 296
Argelia: 350, 399
Arguedas, José María: 417, 418, 419
Argentina: 128, 274-275, 281, 337-339, 351, 354, 405
Arnim, Bettina von: 295
arpillera (tejido): 264-267
Asociación Africana: 138-139, 142, 143, 144, 147, 168
Athlantic Monthly: 404
Atlas Géographique et Physique du Nouveau Continent (Humboldt): 262
Australia: 86
autoetnografía: definición del término; 35, 36; texto, 198

aztecas: 332; arte de los, 248-249

Bahía de Algoa: 124
Baikie, doctor William: 167
Baker, Florence: 377
Bambara: 143
Bambouk: 142
Banks, Joseph: 138-139
Barrios de Chungara, Domitila: 403, 404
Barrow, John: 85, 139, 334; obra de, discutida, 118-135, 151, 152, 153, 154, 158, 159
Beagle: 212
Bello, Andrés: 353; revista fundada por, 316-318; poemas de, 319
Betagh, pirata: 45
Black Power (Poder negro) (Wright): 393-396, 398
Blackwood's Magazine: 314
Blake, William: 179
blancos nacionalizados: 372-377
bóers (afrikáners): 88, 89, 102, 113, 114, 118, 119, 125, 127, 131
Bolívar, Simón: 215, 218, 263, 272, 288, 304, 316, 321, 342; escaló el Chimborazo, 328-329; como el Gran Libertador, 328
Bonaparte, Napoleón: 222, 258, 291
Bonpland, Aimé: 38, 211, 215, 222, 223, 241, 259
Boorstin, Daniel: 72
bosquimanos. *Véase* !kung
Bougainville, Louis: 86
Bouguer, Pierre: 47-48, 50
Bouterse, Desi: 208
Bowdich, T. Edgard: 206
Brand, Charles: 277, 281, 284
Brosse, Charles de: 76
Brunner, José Joaquín: 409-410
Brunswijk, Ronny: 208
Buenos Aires: 274, 336
Buffon, Georges: 65, 67, 69-70, 77, 228
Burton, Richard: 362, 364, 367, 368, 370, 372
Byron, Lord (George Gordon): 291

Cabo de Buena Esperanza: 102, 122; literatura de, 85, 86- 89
Cabo de Hornos: 128, 311
Cahier d'un retour au pays natal (Cesaire): 416
Caillié, René: 140n
Callao: 313
Calderón de la Barca, Fanny: 314
Camus, Albert: 377, 396-398
Canto general (Neruda): 416
cáñamo: 109
capital, El (Marx): 166-167
Caracas: 215, 231Caribe: 128, 145, 195, 259

Carlos IV, rey de España: 222
Carpentier, Alejo: 355, 356, 411-412, 413, 414, 415, 416, 417
"Carta sobre el levantamiento popular en Cuenca" (La Condamine): 52
Carter, Ron: 34
Casement, Roger: 377
caucho: 52
cautiva, La (Echeverría): 333, 334, 336
Cayena: 48, 54
Centro Flora Tristán (Lima, Perú): 290
Cerro de Potosí: 242
Cesaire, Aimé: 416
Chile: 45, 232, 272, 306
Cholula, México, pirámide de: 249, 331
Chorrillos: 298
Churchill: 46
Cien años de soledad (García Márquez): 410
ciudad ausente, La (Piglia): 411
ciencia, autoridad de la: 68, 76, 77
Ciudad del Cabo: 102
Claas, empresario khoikhoi: 94
clasificación: global, 64-65, 72; sistemas de, 62
Cochrane, Charles Stuart: 277
Cochrane, *lord* Thomas: 274, 290, 291, 304, 305
Coetzee, J. M.: 86, 126, 127; y los hotentotes: 95
Colombia: 277
Colón, Cristóbal: 239-240, 319, 324Colonia del Cabo: 87, 89, 92, 118, 128; descrita, 95, 100; literatura de la, 174
comentarios reales de los Incas, Los (De la Vega): 268
comercio: 77
Compañía de las Indias Orientales: 49; Holandesa, 87, 88, 118, 132; Sueca, 62
Compañía de Sierra Leona: 199, 201
conciencia planetaria: circunnavegación, 68; emergencia, 44; cartografía, 68, 74; definición del término, 37
concubinato, sistema de: 185, 188
Congo: 372, 377
Congreso Nacional Africano: 88
Conrad, Joseph: 377, 383
Consideraciones sobre las costumbres de este siglo (Duclos): 78
Cook, James: 63, 86, 103, 145
Copacabana, Virgen de: 242
corazón de las tinieblas, El (Conrad): 384
Cortázar, Julio: 416
Costa de Oro: 399
criollos: 214-215, 255, 256, 272; conciencia cívica de los, 328; contacto con Europa de los, 344; estética, 340-341; escritoras, 351-354

Cuadros de la naturaleza (Humboldt): 226-227, 229-242, 319-320, 355-356
Cuba: 247, 414
Cuenca, Ecuador: 47
culen: 302-303
curare: 52
Curtin, Philip: 102-103, 136, 165
Cuzco: 268, 269

Darwin, Charles: 212
Defoe, Daniel: 68, 69, 80, 346
"De lo real maravilloso" (Carpentier): 411-412
Description de l'Egypte (Humboldt): 226
desterrados, Los (Quiroga): 405, 406, 407
Didion, Joan: 399-404
Dido y Eneas: 189
disputa del Nuevo Mundo, La (1750-1900) (Gerbi): 228
Dixie, *lady* Florence: 314
djukas: 181
don, El (Mauss): 166
Du Chaillu, Pierre: 372-376
Duclos: 78

Ecuador: 328
Echeverría, Esteban: 333
educación estética del hombre, La (Schiller): 257
El Cairo: 142
El Dorado: 52, 89
El Salvador: 399-400; Universidad de, 401
Egipto: 140, 250, 251
Eneida: 189
Ensayo político sobre el Reino de Nueva España (Humboldt): 246, 247, 337
Ensayo político sobre la isla de Cuba (Humboldt): 246, 337
ensoñaciones del paseante solitario, Las (Rousseau): 115
Eriksson, Gunnar: 65
escenas de arribo: 155, 158, 159
escenas del serrallo: 161
esclavos: crueldad de los holandeses hacia los, 182; asesinato de, 100; y envenenamiento, 197, 300; rebeliones de, 80
espacio/tiempo: 151
España: 316; colonias americanas en, 45, 217
Essai sur la géographie des plants (Humboldt): 226-227
exilio y el reino, El (Camus): 396
expansionismo: 37
exploración: interior, 57-58, 70, 103; científica, 57
Explorations and Adventures in Equatorial Africa (Du Chaillu): 373
"exploratrices sociales": 286-304

Fabian, Johannes: "negación de coetaneidad", 130

Facundo, o Civilización y barbarie (Sarmiento): 336-339, 344
Falconbridge, Anna Maria: 294, 315; vida y obra de, 198-205
Falconbridge, *lord* Alexander: 199
Familles des plantes (Adanson): 65
Federico II de Prusia: 220
Felipe III, rey de España: 27
Felipe V, rey de España: 46
feminotopías: 307-315
figure de la Terre, La (Bouguer): 50
First-Time: The Historical Vision of an Afro-American People (Price): 197n
Forbes, Vernon: 177n
Forster, George: 221, 258
Fossey, Dian: 373
Foucault, Michel: 65-66, 71, 100
Franco, Jean: 276
French and Indian Cruelty of Peter Williamson: 170
Freyre de Jaimes, Carolina: 290
Frézier, M.: 45, 58
Fussell, Paul: 392

Gabón: 378
Gamarra, Agustín: 305
Gamarra, doña Pencha: 305, 306, 313, 314
García Márquez, Gabriel: 410, 411
Garcilaso de la Vega, Inca: 268
gauchos: 339, 342, 351
Gauguin, Paul: 286
gente: "malos hábitos" de la, 281, 284; indígenas, 109, 121; colonos y viajeros, 110, 113; estereotipos, 133; ¿en dónde está la?, 107, 121n, 122
Geórgicas (Virgilio): 319, 324
Gerbi, Antonello: 228, 229, 260, 262
Ghana: 387, 393, 408
Gide, André: 383
Godin, Louis: 44, 48
Goethe, Johann Wolfgang von: 355
Gómez de Avellaneda, Gertrudis 351-352
gorilas: 372, 373
Gorillas in the Mist (Gorilas en la niebla): 73
Gorriti, Juana Manuela: 352, 353
Gotinga, Universidad de: 220
Graham Callcott, Maria: 287, 291, 292, 293, 346; y la situación política, 303-304, 306; como *Robinson Crusoe,* 311-312; como "exploratriz social", 296; su uso de la narrativa personal, 300-303; narración de la visita a un sitio de recreo al aire libre, 310
Graham, Thomas: 290

Gran Bretaña, expansión imperial de: 118-119; "espíritu de progreso", 124
Gran Colombia: 321, 328
Grant, James: 367, 368, 369
Guamán Poma de Ayala, Felipe: 27-33, 35, 36
Guatemala, ciudad de: 386-387, 401
Guayana Francesa: 181
Guayaquil: 328

Haití: 414, 416
Hasselquist: 172
Hawkesworth, John: 173
Head, Francis Bond: 273, 285, 339
Henri Christophe: 414
Henríquez Ureña, Pedro: 320
Heredia, Jose María: 331-332-333, 352
Heródoto: 140
Histoire de la géographie du nouveau continent (Humboldt): 227
Historia de España (Graham): 291
Historia de las pirámides de Quito (La Condamine): 52
historia natural: 64-67, 69-73, 84-85
Historia natural (Buffon): 65
Historia y descripción de África (Leo Africanus): 140
historias de amor transraciales: 189, 195
homosexualidad: 176n, 221n
Hoock-Demarle, Marie-Claire 295, 297, 298
hotentotes. *Véase* khoikhoi
Houghton, Daniel: 142
Hulme, Peter: 149, 166, 189, 190, 195
Humboldt, Alexander von: 58, 123, 143, 211, 212, 213, 214, 216, 217, 269, 270, 272, 276, 277, 316, 407; muerte, 357; descripción, 219-220; influencia de, 328-331, 337, 340-341, 356-358; y la *querelle d'Amérique*, 260; como transculturador, 253-256; viajes de, 221-224; literatura de, 226-252, 279, 319-320
Hutton, Catherine: 205

Iglesia Holandesa Reformada: 88
Ilustración, la: 80, 355
incas: 47, 268, 269, 274
indios pampas: 333, 337, 351
Inkle y Yarico, relato de: 194
inocencia primigenia: 72-73
Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano, The: 198
Isert, Paul Erdman: 141, 185
Isla Robben: 88
Islas Juan Fernández: 311, 346

Jardín del Edén: 310, 375
Jardin des Plantes: 224, 349

Jefferson, Thomas: 224
Jitrik, Noé: 271
Joanna, historia de: 182, 183-190, 195, 196, 300
Jordán: 80
Journal of a Residence in Chile (Graham): 287
Journal of a Residence in India (Graham): 291
Journal of the Discovery of the Source of the Nile (Speke): 369
Journey from Buenos Ayres to Chili (Andrews): 273
Juana, isla de: 239
Juan, Jorge: 46, 49, 53, 217, 222
Jussieu, Joseph de: 48, 54

kaffirs. *Véase* nguni
Kalahari, desierto de: 132
khoikhoi (hotentotes): 87, 88, 89, 125; genitalia, 108; descripción de los, 93-96, 101-102, 107-108; levantamiento, 118
Kingsley, Mary: 378-379, 382, 394, 395
Kolb, Peter: 85, 105, 108; obra discutida de, 90-102
!kung (bosquimanos): 103, 112-113, 125, 334; ataque de los, 134-135; descripción de los 128-130, 131-132; levantamiento 118

La Condamine, Charles-Marie de: 44, 48, 49, 72; literatura de, 50-51
La Condamine, expedición: 44-48, 49, 53, 54, 57, 59, 217, 222
La Coruña: 214
Lady's Travels Round the World, A (Pfeiffer): 314
Lago Tacarigua: 231
Lago Tanganica: 362, 364, 370, 394
Lago Victoria N'yanza: 368, 369, 370, 389
Lake Regions of Central Africa (Burton): 362-363
Lapland: 44
Lazarillo de ciegos caminantes: 275
Ledyard, John: 142
Lee, Sarah: 206-207
Leo Africanus: 139, 140
Letters from India (Graham): 291
Le Vaillant, Francois: 174-178, 185
Life in Mexico (Fanny Calderón de la Barca): 314
Lima: 224, 275; mujeres en, 307-308
Lindroth, Sten: 79
Linneo, Carl: 44; alumnos de 63, 115; obra discutida, 59-79
Listowel, Judith: 22

literatura de supervivencia: 170-171, 174
literatura de viajes: como autobiografía, 314-315; ambientes domésticos, 292, 293-295; estetización, 387; mediocre, 314; estilos 169-176
literatura victoriana: 361-363, 366
Livingstone, David: 19, 20, 21, 87
London Missionary Society: 87, 136
Lucas, Simon: 142
Luis XV, rey de Francia: 48

Macunaíma (Andrade): 419
Magallanes, Fernando de: 68
Mandela, Nelson: 88
mandingas: 143
mantequilla: 93, 94
Maraquita: 278
Marco Polo: 240
Marín del Solar, Mercedes: 295
Martí, José: 332-333
Martius, Karl: 419
Marx, Karl: 166-167
Más afuera, isla de: 346, 347
Maupertius, Pierre: 44
Mauss, Marcel: 166
Mawe, John: 270, 276, 280
McCartney, *lord* George: 119
Mediciones de los primeros tres grados del meridiano (La Condamine): 52
Melgar, Mariano: 354
Memorias de Mamá Blanca (Parra): 258
Menem, Carlos: 337n
Mephis, el proletario (Tristán): 289
México: 224, 249, 251
Miers, John: 272, 281, 284, 316; registros temporales en, 276
Miranda, Francisco: 37, 215
misión civilizadora: 283, 315
Mistral, Gabriela: 417
mito de Fausto: 354
minas/minería: 50, 272-273, 277, 279, 285
Moi, Pierre Reviére (Foucault): 48
Mollien, Gaspar: 278, 280
"soy monarca de todo lo que veo": 361, 368-369, 372, 377, 385, 396-397
Montagu, *lady* Mary: 309, 315
Montañas Nevadas: 122
Monte Chimborazo: 223, 242, 249, 263, 328-329
Monthly Review: 169-170, 172, 174
Moravia, Alberto: 393, 399; obra discutida, 385, 386-390
movimiento feminista: 290
"mujer adúltera, La" (Camus): 397-398
mujeres, vestimenta (saya y manto): 309; como viajeras, 286-292, 294-304; 314-315
Mutis, José: 223, 255

Narina, historia de: 176-177
"narrativa concesiva": 195

Narrative of a Five Years' Expedition against the Revolted Negroes of Surinam (Stedman): 179-198
Narrative of Four Voyages in the Land of the Hottentots and the Kaffirs (Paterson): 85, 104-117
Narrative of Two Voyages to the River Sierra Leone (Falconbridge): 198-203
naturaleza, sistematización de la: 77-78, 81
naturaleza virgen o primigenia: 249, 276, 278-279
naturalista, la figura del: 64, 74-76
Necessité de faire un bon accueil aux femmes étrangères, La (Tristán): 315
Neruda, Pablo: 416
New York Times: 402
New York Times Book Review: 392
Newton, Isaac: 44, 47
nguni (kaffirs): 102, 118, 125, 128
Nkruma, Kwame: 408-409
nomenclatura: 87n
Noticias secretas de América (Juan y Ulloa): 53
novia de Messina, La (Schiller): 257
Nueva corónica y buen gobierno i justicia (Guamán Poma): 27-31, 35
Odisea: 189
Odonnais, Godin des: 48
Odonais, Isabela Godin des: 54, 55
Old Patagonian Express, The (Theroux): 385-386, 391, 392
O'Leary, Daniel: 272, 328
Orellana: 52
Orinoco: 52, 223
organización militar: 79-80
Ovalle, Alonso de: 46
Owen, John: 172, 173

Paisaje: de acuerdo con Moravia y Theroux, 387-390; en la literatura victoriana, 366-367
palabras y las cosas, una arqueología de las ciencias humanas, Las (Foucault): 65-66
París: 348-349
Park, Mungo: 138, 140, 175, 176, 190, 191; y el incidente con un esclavo, 159; viajes de, 143-145; obra discutida de, 147-168
Parra, Teresa de la: 258
pasos perdidos, Los (Carpentier): 356
Patagonia: 388, 390
Paterson, William: 85; obra discutida 103-116
Paz, Octavio: 416
Pedro Páramo (Rulfo): 416
People: 402

Peregrinaciones de una paria (Tristán): 286, 315
Personal Narrative (Humboldt): 212, 226, 253n; discutida 243-247
Perú: 45, 117, 223, 249, 274, 281, 286; situación política de, 304, 305
Pfeiffer, Ida: 314
Philosophia Botanica (Lineo): 60
Pietschmann, Richard: 27
Piglia, Ricardo: 411
pintor verbal: 363, 367
pirámides: 71
Pisania: 138, 143
Pizarro: 222
Pocahontas: 196
Poema de Chile (Mistral): 417
Portal, Magda: 290
Poulantzas, Nicos: 81
Present State of the Cape of Good Hope, The (El estado presente del Cabo de Buena Esperanza) (Kolb): 85; comentada, 89-102
Price, Richard y Sally: 188,197, 198
Proctor, Robert: 277, 284
Promenades dans London (Paseos por Londres) (Tristán): 289

quechua: 28; canción, 354
Quiroga, Horacio: 405, 406, 407, 411, 413
Quito: 44, 47, 54, 223, 328

Raleigh, *sir* Walter: 52, 268
Ramadán: 150, 151
Rayuela (Cortázar): 416
Relación abreviada de un viaje a Perú (Bouguer): 49-50
Relación abreviada de un viaje por el interior de la América meridional (La Condamine): 50, 52
Rembwe: 379, 384, 395
Real Sociedad Geográfica: 168
Recuerdos de provincia (Sarmiento): 340
refinerías azucareras: 161
Repertorio americano: 316-317, 319
retratos etnográficos: 129-135; euroafricanos, 126-127
Revolución francesa 80, 174
Revolución industrial: 79, 80, 81
revuelta de los esclavos: 146, 189-190, 216
Río Bott: 106
Río de la Plata: 272, 276
Río Fish: 102, 118, 122, 136, 151
Río Gambia: 143
Río Juagua: 244
Río Negro: 52
Río Níger: 140, 142, 167
Río Nilo: 144, 222, 367, 368, 369-370, 372, 382, 383
Robertson, John: 272
Robinson Crusoe (Defoe): 169, 170, 191
romanticismo: 235, 258

Rough Notes of some Journeys across the Pampas and in the Andes (Head): 273, 285
Rousseau, Jean-Jacques: 115
Rulfo, Juan: 416

Salvador (Didion): 399-404
Sancho, Ignatius: 142, 198
San Martín, general José de: 269, 304, 305
San Salvador: 401
Santander, general Antonio: 273, 328
Santo Domingo: 80, 260; revuelta de esclavos en, 146, 189-190, 216
Saramakas: 181
Sarmiento, Domingo Faustino: 312, 343; como *flâneur*, 349; viajes al extranjero, 344-351; obra discutida, 336-340, 343-351
Saugnier, viajero francés: 58
Schiller, Johann von: 257, 258
Schwarz, Roberto: 409
Segu: 143
Selkirk, Alexander: 311, 346
Senegambia: 143
seres humanos, categorización de los: 73-74
Shamanism, Colonialism and the Wild Man (Taussig): 404n
Shipwreck and Adventures of Mons. Pierre Viaud, The: 174
Sierra Leona: 146
"Silva a la agricultura en la zona tórrida" (Bello): 317-319, 322-324, 325, 326
"Sobre estepas y desiertos" (Humboldt): 231, 236-237
Sociedad Real Británica: 49
St. Pierre, Bernardin de: 258
San Vicente: 216
Sociedad para la Abolición del Tráfico de Esclavos: 142
Sudáfrica: literatura de viajes de, 85-86
Sudamérica: 211, 247, 268, 392, 407; descolonización, 322; recorrido terrestre, 274-275; reinvención de, 229, 236-237; revolución en, 272, 304, 305, 341
Soweto: 80
Sparrman, Anders: 63, 77, 85, 174; sombrero lleno de insectos, 113-114; y la viuda, 114-115; obra discutida 103-116
Species Plantarum (Linneo): 60, 62
Speke, John Hanning: 368-370, 372, 385
Spivak, Gayatri: 24n
Stafford, Barbara: 71, 73n
Stanley, Henry Morton: 373, 377
Stedman, John: 128; vida y obra, 179-198

Sterne, Laurence: 179
Stevenson, W. B.: 270, 274, 279
Stories of Strange Lands and Fragments from the Notes of a Traveller (Lee): 206
Surinam: 146, 179, 102, 197, 216; y los esclavos, 181
Survey of Grasses (Humboldt): 227
Systema Naturae (Linneo): 43-44; discutido, 59-79

Taussig, Michael: 267, 404n
Tenochtitlan: 251
teocalli de Cholula: 331, 333
tierra, la forma de la: 44
Theroux, Paul, obra discutida: 387-393, 399, 400
Three Months in the Hills of Rome (Graham): 291
Tinné, Alexandra: 377
Tientos y diferencias (Carpentier): 355
Tiradentes, rebelión de: 260
Tombuctú: 140
Tour of Africa, The (Hutton): 205
trabajo, división del: 202, 206
tráfico de esclavos: 45, 101, 140-141, 142, 144, 146, 163, 215; abolición del, 142, 146, 171, 190, 245; ataque contra el, 298-299; en Cuba: 247
transculturación, definición del término: 32
Travels into Different parts of Europe (Owen): 172
Travels to the Equinoctial Regions of the New Continent (Humboldt): 226
Travels in Guinea and the Caribbean Islands of America (Isert): 141
Travels in the Interior Districts of Africa (Park): discutido, 147-167
Travels into the Interior of Southern Africa (Barrow): 85; discutido, 118-135
Travels in the Republic of Colombia (Mollien): 278
Travels in West Africa (Kingsley): 378-385
Trípoli: 142
Tristán, Flora: 281, 315; la crítica basada en el buen gusto, 296 -297; sobre su viaje, 312-313; vida y viajes, 287-292; sobre la situación política, 305; sobre la esclavitud, 298-300; uso de la narrativa personal, 300-301
Tristán, Pío: 289
Tupac Amaru: 252-253
Turner, James: 97

USA Today: 402
Ulloa, Antonio de: 46, 49, 53, 58, 217, 222
Unión Obrera (Francia): 286

unión obrera, La (Tristán): 289
Urquijo, Mariano de: 222

Valparaíso: 293
vanguardia capitalista: 274-280, 286, 303, 311
Varon, Casimir: 176
Venezuela: 215, 218, 222, 231; minas de oro en, 244
Venus: 86
Viaje: naturaleza de cambio del, 275-279; por curiosidad, 164
Viajes en Europa, África y América (Sarmiento): 344-351
Viajes por Francia: (Tristán) 289
Victoria, reina: 315
Viña del Mar: 303
Virgilio: 319, 324
visión recíproca: 158, 160-168
Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América (Humboldt): 227, 230, 238, 247, 331
Vistas y monumentos (Humboldt): 248, 249, 250, 251
Von Plattenburg: 89
Voyage of HMS Blonde to the Sandwich Islands (Graham): 291
Voyage to Brazil (Graham): 287
Voyage to Brazil (Martius): 419
Voyage to the Cape of Good Hope (Viaje al Cabo de Buena Esparanza) (Sparrman): 85, 103-117
Viaje a Senegal (Voyage to Senegal) Adanson: 141
Viaje a Sudamérica (Voyage to South America) Ulloa y Juan: 53
Voyages dans l'intérieur de l'Afrique (Le Vaillant): 174-175
Vuelta (Paz): 416

wanyamuezi: 368
Washington Post: 402
Weber, Max: 415
Wheatley, Phyllis: 196, 198
Which Tribe Do You Belong To? (Moravia): 385
White Writing: On the Culture of Letters in South Africa (Coetzee): 86
Wilberforce, William: 142
Williamson, Peter, relato de: 170
Witte, Samuel: 71
Wollstonecraft, Mary: 315
Wright, Richard: 377, 393-396, 398, 399

Xeriff de Edrissi: 139

Yawar Fiesta (Arguedas): 417

zonas de contacto: 92, 94, 112, 292-293, 297, 314, 338, 339; definición del término, 31-32
Zuure Veldt: 152

Suele el lector andar caminos propios al leer un relato de viajes: promesa de conocimiento, cercanía de mundos, vecindad de lejanas costumbres; el universo entero en la palma de la mano y una visión para interpretarlo. Detrás del recorrido individual de la imaginación prevalece, no obstante, una cartografía trazada por el autor, una elucidación del espacio que, como palimpsesto, esboza y recompone posibles lecturas. Cargado de exotismo y de invenciones del espacio, el relato de viajes ha sido un género por derecho propio que encendió durante siglos la imaginación europea; este curioso instrumento de colonización verbal llevaba consigo la fe de un proyecto expansionista presentado como apasionante misión ecuménica.

He aquí una aguda lectura de relatos de muy diversa índole que presentan una rica variedad de miradas colonizadoras: muchos son los ojos, uno solo el ánimo imperial. Los escritos del siglo XVIII sobre África del Sur, la literatura de viajes sentimental, la temprana exploración del África Occidental, la invención de América del Sur durante la independencia, sirven para ejemplificar continuidades y mutaciones de esta imaginación imperial.

Esta edición de *Ojos imperiales* incluye un nuevo capítulo sobre cómo los escritores latinoamericanos han enfrentado la negación de la identidad en el espacio neocolonial; a través de las voces de Horacio Quiroga, Ricardo Piglia o José María Arguedas, se ensaya una reflexión sobre el viaje a la inversa: la diáspora desde las antiguas colonias hacia las metrópolis en busca de una vida mejor. Para esta nueva etapa de viajeros y migrantes, vendrá también otra generación de cartógrafos que trazará el orbe de un planeta reconfigurado por las poderosas fuerzas de la tecnología, la curiosidad y la necesidad.

www.fondodeculturaeconomica.com

9 786071 601858